

**TUS
LIBROS**



La Esfinge de los hielos

Jules Verne



se

Esta novela surgió de la fascinación que sobre Verne ejerció siempre *La narración de Arthur Gordon Pym*, de Edgar Allan Poe, y su misterioso final inacabado. Veinte años antes había escrito: «¿Quién la continuará algún día? Alguien más audaz que yo y más resuelto a avanzar en el dominio de las cosas imposibles». Al fin se decidió él mismo. Para ello ideó al capitán Len Guy, hermano del capitán Guy del relato de Poe, que emprende un viaje al polo tras las huellas de la desaparecida goleta de su hermano. Y, en una sucesión de aventuras por un fantástico mar antártico, llegan a una tierra desconocida, donde descubren el helado secreto de la esfinge.



Jules Verne

La esfinge de los hielos

Tus libros - 115

ePub r1.0

Karras 28.11.2019

Título original: *Le Sphinx des glaces*

Jules Verne, 1897

Traducción: Javier Torrente

Ilustraciones: George Roux

Apéndice: Constantino Bértolo Cadenas

Editor digital: Karras

ePub base r2.1



Índice de contenido

Primera parte

- I. Las islas Kerguelen
- II. La goleta Hallbrane
- III. El capitán Len Guy
- IV. De las islas Kerguelen a la isla del príncipe Eduardo
- V. La novela de Edgar Poe
- VI. ¡Como un sudario que se abre!
- VII. Tristan d'Acunha
- VIII. Rumbo a las Malvinas
- IX. Puesta a punto de la Halbrane
- X. Al inicio de la campaña
- XI. De las Sandwich al círculo polar
- XII. Entre el círculo polar y la banquisa
- XIII. A lo largo de la banquisa
- XIV. Una voz entre sueños
- XV. El islote Bennet
- XVI. La isla Tsalal

Segunda parte

- I. ¿Y Pym...?
- II. Decisión tomada
- III. El grupo desaparecido
- IV. Del 29 de diciembre al 9 de enero
- V. El bandazo
- VI. ¿Tierra...?
- VI. El iceberg volteado
- VIII. El golpe de gracia
- IX. ¿Qué hacer?
- X. Alucinaciones
- XI. Entre las brumas
- XII. Campamento
- XIII. Dirk Peters al agua

XIV. Once años en unas cuantas páginas

XV. La esfinge de los hielos

XVI. ¡Doce de setenta!

Diccionario de términos marítimos

Apéndice

Bibliografía

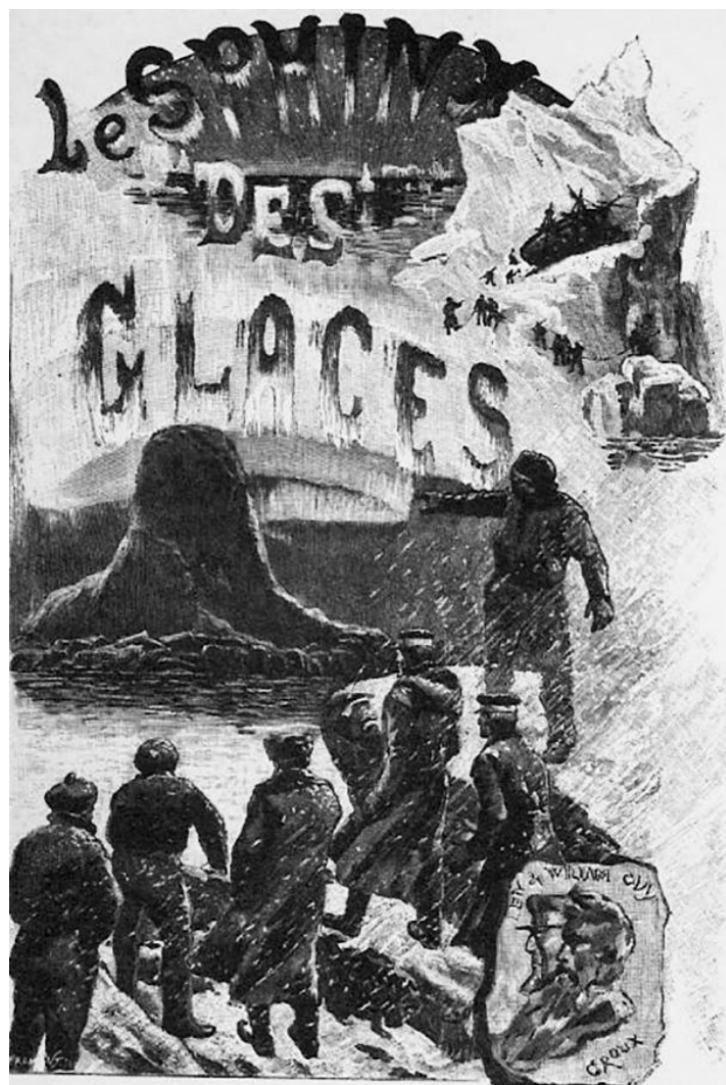
Sobre el autor



JULES VERNE (1828-1905)

*La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición, **Le Sphinx des glaces**, publicada en Ed. Hetzel, París, 1897.*

Las ilustraciones, originales de George Roux, que aparecen en esta edición, acompañaron el texto de la primera edición ilustrada, publicada por Hetzel, París, 1897.



LES VOYAGES EXTRAORDINAIRES
Couronnés par l'Académie française.

LE
SPHINX DES GLACES
PAR
JULES VERNE

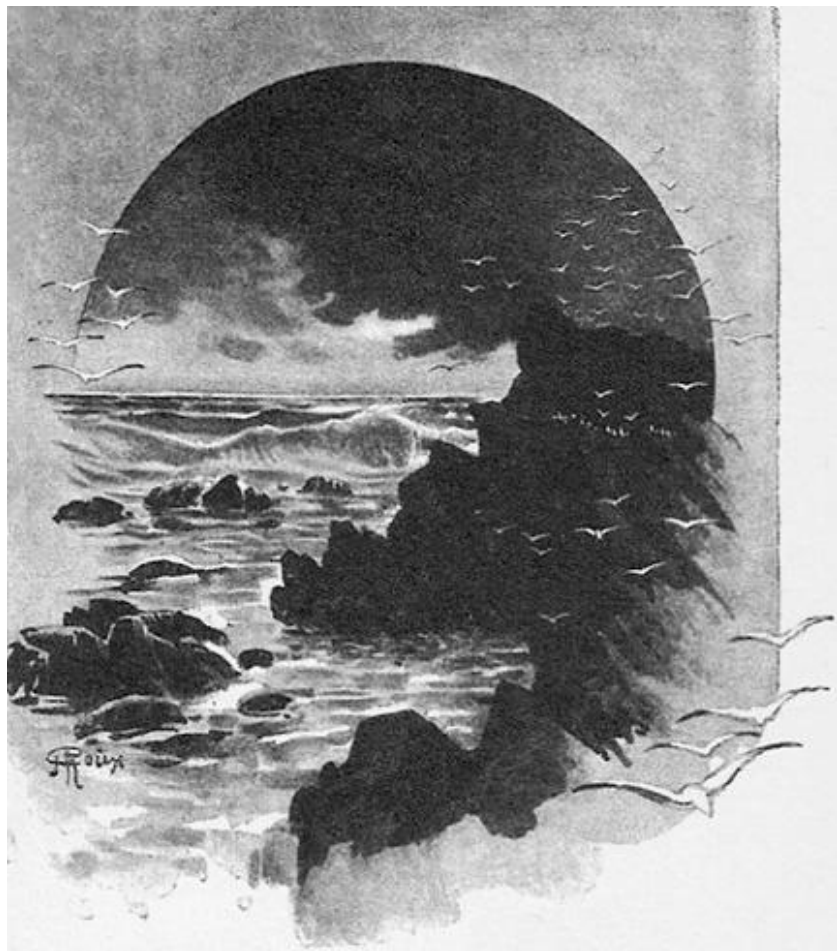
68 ILLUSTRATIONS PAR GEORGE ROUX
DONT 20 GRANDES GRAVURES EN CHROMOTYPOGRAPHIE
UNE CARTE



BIBLIOTHÈQUE
D'ÉDUCATION ET DE RÉCRÉATION
J. HETZEL ET C^e, 18, RUE JACOB

A la memoria de Edgar Poe
A mis amigos de América

Primera parte



I. Las islas Kerguelen

Sin duda, nadie dará crédito a este relato titulado *La esfinge de los hielos*. No importa. Creo que es bueno que vea la luz. Cada cual le dará el crédito que le merezca.

Para el inicio de estas maravillosas y terribles aventuras, sería difícil imaginar un lugar más apropiado que las islas de la Desolación —nombre que les dio el capitán Cook en 1779[1]—. Pues bien, después de lo que allí he visto durante una estancia de varias semanas, puedo afirmar que merecen la lamentable denominación que les dio el famoso navegante inglés. Islas de la Desolación, eso lo dice todo.

Sé que, en las nomenclaturas geográficas, se mantiene el nombre de Kerguelen, generalmente adoptado para aquel grupo de islas situado a 49° 54' de latitud sur y 69° 6' de longitud este. Lo que lo justifica es que, en el año 1772, el barón francés Kerguelen[2] fue el primero en señalar aquellas islas en la zona meridional del océano Índico. En efecto, durante su viaje, el jefe de la escuadra creyó descubrir un nuevo continente en el límite de los mares antárticos; pero, durante una segunda expedición, debió de reconocer su error. Allí no había más que un archipiélago. Pueden creerme: islas de la Desolación es el único nombre que conviene aplicar a aquel grupo de trescientas islas o islotes, situado en medio de aquellas inmensas soledades oceánicas que se ven, casi constantemente, perturbadas por las grandes tormentas australes.

Sin embargo, el grupo de islas está habitado, e incluso, con fecha 2 de agosto de 1839, y gracias a mi presencia en Christmas-Harbour, hacía dos meses que el número de los pocos europeos y americanos que constituían el principal núcleo de la población kergueliana se vio aumentado en una unidad. Aunque también es cierto que yo tan sólo esperaba la oportunidad de abandonarlo,

puesto que ya había finalizado los estudios geológicos y mineralógicos que me motivaron a lo largo de todo aquel viaje.

El puerto de Christmas-Harbour se encuentra en la más importante de las islas de aquel archipiélago, cuya superficie es de cuatro mil quinientos kilómetros cuadrados[3], es decir, la mitad de la de Córcega. Es seguro y de fácil acceso. Los navíos pueden fondear a cuatro brazas de agua. Después de haber doblado, por el norte, el cabo François, que el Table-Mount domina con sus mil doscientos pies, mirad a través del arco de basalto ampliamente recortado por su punta. Contemplaréis una estrecha bahía, protegida por islotes contra los furiosos vientos del este y del oeste. Al fondo se recorta Christmas-Harbour. Que vuestro navío azorre directamente, amurando a estribor. Cuando haya llegado a su punto de fondeo, podrá hacerlo sobre un solo tirante, con facilidad para el borneo, siempre y cuando la bahía no se encuentre cubierta por los hielos.

Además, las Kerguelen poseen otros fiordos, y por centenares. Sus costas son recortadas, deshilachadas como los bajos de la falda de una mendiga, sobre todo en la parte comprendida entre el norte y el sudeste. Las islas e islotes abundan. El suelo, de origen volcánico, se compone de cuarzo mezclado con una piedra azulada. Llegado el verano, brotan musgos verdosos, líquenes grisáceos, diversas plantas fanerógamas, fuertes y sólidas saxífragas. Tan sólo vegeta un único arbusto, una especie de berza de gusto muy amargo, que se buscaría en vano en cualquier otro país[4].

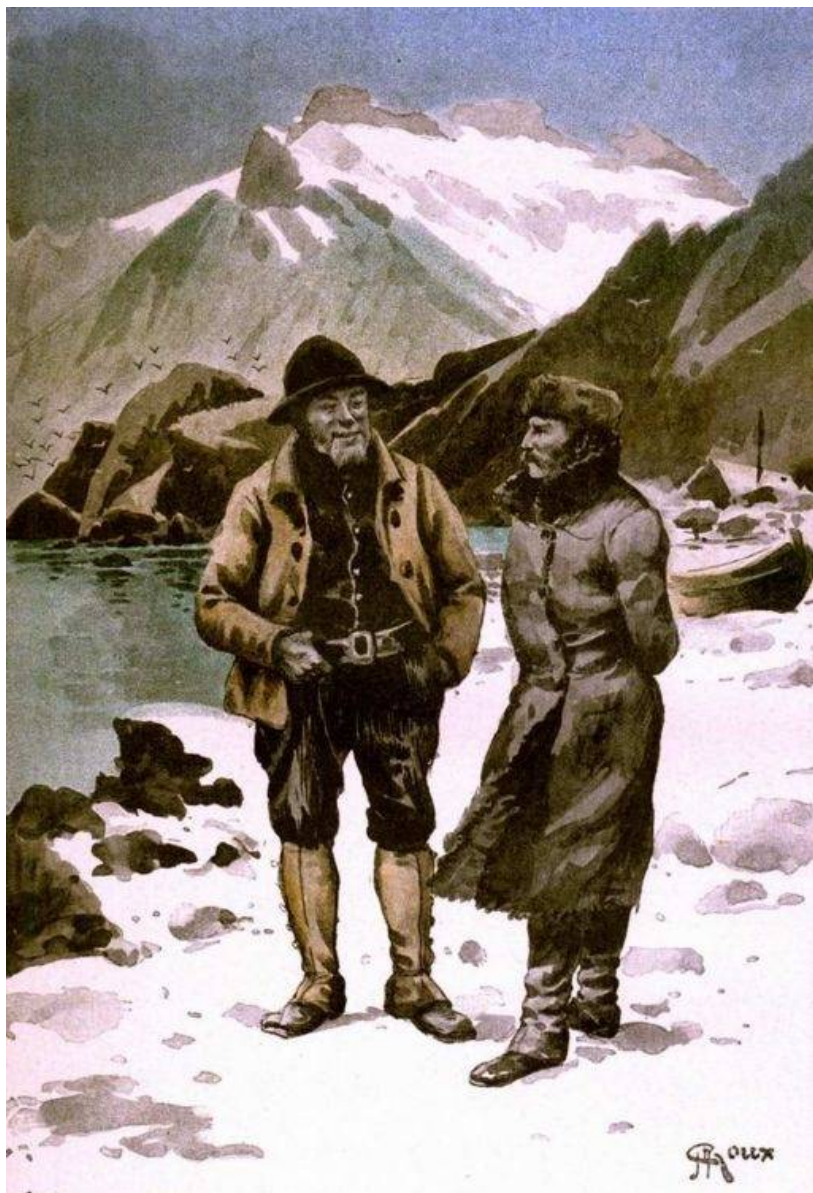
Son precisamente aquellas, con sus *rookerys*[5], las superficies más convenientes como hábitat para los pingüinos reales o de cualquier otra especie, cuyas innumerables bandadas pueblan aquellos parajes. Vestidos de amarillo y blanco, la cabeza echada hacia atrás, sus alas figurando las mangas de un hábito, aquellos estúpidos volátiles parecen de lejos una fila de monjas en procesión a lo largo de las playas.

Añadiremos que las Kerguelen ofrecen múltiples refugios a los becerros marinos peludos, a las focas elefante, a los elefantes marinos[6]. La caza o la pesca de aquellos anfibios, bastante fructífera, puede alimentar un cierto comercio, que atraía por entonces a numerosos navíos.

Aquel día me paseaba por el puerto cuando mi posadero me

abordó, y me dijo:

—A menos que me equivoque, el tiempo empieza a hacerse largo, señor Jeorling.



Se trataba de un americano alto y robusto, instalado en

Christmas-Harbour desde hacía una veintena de años, y que poseía la única posada del puerto.

—Largo, en efecto, maese Atkins [7], le diría, a condición de que no se ofenda con mi respuesta.

—De ninguna manera —respondió el buen hombre—. Imagínese que estoy tan hecho a estas respuestas como las rocas del cabo François a la mar de fondo.

—¿Y resiste usted como él...?

—¡Sin duda alguna! Desde el día en que usted desembarcó en Christmas-Harbour, y se instaló en el establecimiento de Fenimore Atkins, cuyo nombre es el *Cormorán Verde*, me dije: en una quincena de días, si no en ocho, mi huésped estará hartó, y lamentará haber desembarcado en Kerguelen...

—¡No, maese Atkins, yo nunca lamento nada de lo que hago!

—¡Buena costumbre, señor!

—Además, recorriendo este grupo de islas, he podido observar cosas muy curiosas. He atravesado amplias llanuras onduladas, cortadas por turberas [8], tapizadas de resistentes musgos, y me llevaré conmigo un curioso muestrario mineralógico y geológico. He participado en vuestras pescas de becerros marinos y de focas. He visitado vuestros *rookerys*, en los que los pingüinos y albatros viven en perfecta armonía, y eso me pareció digno de ser visto. Usted me ha servido, de vez en cuando, festines de petrel, sazonado por su propia mano, y que es muy aceptable cuando uno tiene buen apetito. En fin, he encontrado una excelente acogida en el *Cormorán Verde*, lo que agradezco infinitamente... Pero, si sé sumar, hace ya dos meses que el tres palos [9] chileno *Penas* me depositó en Christmas-Harbour, en pleno invierno...

—Y usted tiene ganas —exclamó el posadero— de regresar a su país, que es el mío, señor Jeorling, de volver a Connecticut, de encontrarse en Hartford, nuestra capital...

—Sin duda, maese Atkins, puesto que muy pronto hará tres años que recorro el mundo... Será necesario pararse algún día..., echar raíces...

—¡Ah! ¡Ah! ¡Cuando se echan raíces —respondió el americano guiñando un ojo—, acaban por salir ramas...!

—¡En efecto, maese Atkins! ¡Sin embargo, no tengo familia, y es muy posible que yo clausure el linaje de mis antepasados! No creo

que a los cuarenta años se me ocurra el capricho de echar ramas, tal y como usted lo ha hecho, mi querido posadero, ya que usted es un árbol, y un buen árbol...

—Un roble, e incluso una encina, si a usted le parece bien, señor Jeorling.

—¿Y tiene usted una buena razón para obedecer a las leyes de la naturaleza! Pero si la naturaleza nos ha dado piernas para caminar...

—¿También nos ha dado con qué sentamos! —exclamó riendo, con una alegre risa, Fenimore Atkins—. Por eso estoy confortablemente asentado en Christmas-Harbour. Mi comadre, Betsey, me ha gratificado con una decena de hijos, que a su vez, me gratificarán con nietos, los cuales me treparán por las pantorrillas como gatitos...

—¿No regresará nunca a su tierra...?

—¿Y qué haría, señor Jeorling, y qué habría hecho...? ¡La miseria...! Por el contrario, aquí, en estas islas de la Desolación, donde no he tenido nunca la ocasión de desesperarme, el desahogo nos ha llegado a mí y a los míos.

—Sin duda, maese Atkins, y le felicito, puesto que es usted feliz... Sin embargo, no es imposible que algún día desee usted...

—¿Trasplantarme, señor Jeorling...? ¡Por Dios...! ¡Un roble, se lo he dicho, y trate usted de trasplantar un roble cuando se ha enraizado hasta la mitad de su tronco en la sílice de las Kerguelen!

Daba gusto escuchar a aquel buen americano, tan completamente adaptado a aquel archipiélago, tan vigorosamente templado por las intemperies de su clima. Vivía allí, con su familia, al igual que los pingüinos en sus *rookerys* —la madre, una valerosa matrona; los hijos, todos ellos robustos, con una salud resplandeciente, ignorando las anginas y las dilataciones del estómago—. Él negocio era próspero. El *Cormorán Verde*, convenientemente abastecido, tenía como clientela a todos los navíos, balleneros o de cualquier otra clase que recalaban en las Kerguelen. Los abastecía de sebos, de grasas, de alquitrán, de brea, de especias, de azúcar, de té, de conservas, de *whisky*, de ginebra, de aguardiente. Hubiese sido en vano tratar de encontrar otra posada en Christmas-Harbour. En cuanto a los hijos de Fenimore Atkins, eran carpinteros, veleros, pescadores, y cazaban los anfibios

en las profundidades de todos los pasos durante la estación caliente. Eran buenas personas que, sin ambages, habían acatado sus destinos...

—En fin, maese Atkins, para concluir —declaré—, estoy encantado de haber venido a las Kerguelen, y me llevaré un buen recuerdo... Sin embargo, no me disgustaría volver a hacerme a la mar...

—¡Vamos, señor Jeorling, tenga un poco de paciencia! —me dijo aquel filósofo—. Nunca hay que desear ni apresurar la hora de una separación. Además, no olvide que el buen tiempo no tardará en llegar... En cinco o seis semanas...

—Mientras tanto —exclamé—, los montes y las llanuras, las rocas y las playas, están cubiertos por una espesa capa de nieve, y el sol no tiene fuerza suficiente para disolver las brumas del horizonte...

—¡No es posible, señor Jeorling! ¡Si ya se ve la hierba silvestre perforar la camisa blanca...! ¡Fíjese bien...!

—¡Será con una lupa...! Entre nosotros dos, Atkins, ¿osaría usted decirme que los hielos no cierran todavía en este mes de agosto, que es el febrero de nuestro hemisferio norte, vuestras bahías...?

—De acuerdo, señor Jeorling. ¡Pero tenga paciencia, se lo repito...! Este año el invierno ha sido benigno... Los navíos aparecen pronto en altar mar, por el este o por el oeste, puesto que la estación de la pesca se aproxima.

—El Cielo le oiga, maese Atkins, y pueda guiar a buen puerto al navío, que ya no puede tardar... ¡la goleta *Halbrane*...!

—El capitán Len Guy —respondió el posadero— es un marino valeroso, pese a ser inglés (hay gentes valerosas por todas partes), y que se abastece en el *Cormorán Verde*.

—¿Cree usted que la *Halbrane*...?

—¡Será avistada antes de ocho días doblando el cabo François, señor Jeorling, o, de lo contrario, será que ya no existe el capitán Len Guy, y si ya no existe el capitán Len Guy, será que la *Halbrane* se habrá ido a pique entre las Kerguelen y el cabo de Buena Esperanza!

Dicho esto, y después de hacer un gesto de soberbia, indicándome que tamaña eventualidad estaba fuera de toda verosimilitud, Fenimore Atkins me dejó.

Por lo demás, esperaba que las previsiones de mi posadero no tardarían en hacerse realidad, pues el tiempo se me hacía largo. Según él ya se mostraban los síntomas de la buena estación —buena para aquellos parajes, se entiende—. Que la principal de aquellas islas se encuentre, poco más o menos, en la misma latitud que París, en Europa, y en Quebec, en Canadá, ¡sea! Pero se trata del hemisferio meridional, y, como es bien sabido, gracias a la órbita elíptica que describe la Tierra, uno de cuyos focos lo ocupa el Sol, aquel hemisferio es más frío en invierno que el hemisferio septentrional, así como más caluroso que éste en verano. Lo cierto es que, a causa de las tormentas y de que la mar se hiela durante varios meses, pese a que la temperatura no sea extraordinariamente rigurosa —posee una media de dos grados centígrados en invierno, y de siete en verano, al igual que las Malvinas o el cabo de Hornos —, en las Kerguelen el período invernal es terrible.

No hay ni que decir que, durante dicho período, Christmas-Harbour y los demás puertos no abrigan ni un solo navío. En la época a la que me refiero, los *steamers*[10] todavía eran raros. En cuanto a los veleros, atentos a no dejarse atrapar por los hielos, iban en busca de los puertos de América del Sur, en la costa occidental de Chile, o los de África, más comúnmente Ciudad del Cabo, en el cabo de Buena Esperanza. Algunas chalupas, las unas cogidas entre las aguas solidificadas, y las otras dadas de banda sobre las playas y cubiertas de escarcha helada hasta la punta de su mástil, era todo lo que ofrecía a mis miradas la superficie de Christmas-Harbour.

Sin embargo, si las diferencias de temperatura no son considerables en las Kerguelen, el clima es frío y húmedo. Muy frecuentemente, sobre todo en su parte occidental, el grupo de islas recibe el asalto de las borrascas del norte y del oeste, mezcladas de granizo y de lluvia. Hacia el este, el cielo es más claro, pese a que la luz se encuentra medio vejada, y, por ese lado, el límite de las nieves sobre las cimas redondeadas de las montañas se encuentra a cincuenta toesas sobre el nivel del mar.

Por tanto, después de los dos meses que acababa de pasar en el archipiélago de las Kerguelen, no esperaba más que la ocasión de partir a bordo de la goleta *Halbrane*, de la que mi entusiasta posadero no cesaba de alabar sus cualidades, desde el doble punto

de vista social y marino.

—¡No encontrará nada mejor! —me repetía mañana y tarde—. ¡De todos los capitanes de altura de la marina inglesa, ni uno solo es comparable a mi amigo Len Guy, ni por su audacia, ni por su experiencia...! ¡Si tan sólo fuese más hablador, más comunicativo, sería perfecto!

Así es que decidí hacer caso de las recomendaciones de maese Atkins. Desde el momento en que la goleta fondease en Christmas-Harbour, reservaría mi pasaje. Después de una recalada de seis o siete días, se haría de nuevo a la mar, rumbo a Tristan d'Acunha, adonde llevaría un cargamento de mineral de estaño y de cobre.

Mi proyecto consistía en quedarme algunas semanas de la buena estación en aquella última isla. Desde allí, pensaba partir hacia Connecticut. Sin embargo, no olvidaba reservar la parte que le corresponde al azar en todos los asuntos humanos, ya que es prudente, como dijo Edgar Poe[11], que siempre «contemos con lo imprevisto, lo inesperado, lo inconcebible, ya que los hechos colaterales, contingentes, fortuitos, accidentales, merecen ser tenidos en cuenta, y que el azar debe ser, incesantemente, materia de un cálculo muy riguroso».

Y si cito al gran autor americano es porque, pese a que poseo un espíritu muy práctico y tengo un carácter muy serio y una naturaleza poco imaginativa, no por ello dejo de admirar a ese genial poeta de las rarezas humanas.

Por lo demás, y volviendo sobre la *Halbrane*, o, más bien, sobre las oportunidades que tendría de embarcarme en Christmas-Harbour, no tenía por qué temer ningún inconveniente. En aquella época del año, las Kerguelen eran visitadas anualmente por innumerables navíos —al menos quinientos—. La pesca de aquellos cetáceos daba unos fructíferos resultados —júzguese tan sólo por el hecho de que un elefante marino puede producir una tonelada de aceite, es decir, dar el mismo rendimiento que mil pingüinos—. Aunque es cierto que, en estos últimos años, los navíos que ganan aquel archipiélago no son más que una docena, hasta tal punto ha reducido su cifra la destrucción abusiva de los cetáceos.

Por tanto, no tenía ninguna inquietud respecto a las facilidades que se me ofrecerían de abandonar Christmas-Harbour, incluso aunque la *Halbrane* faltase a su cita y el capitán Len Guy no fuese a

estrechar la mano de su compadre Atkins.

Cada día me paseaba por los alrededores del puerto. El sol empezaba a coger fuerza. Las rocas, banales o columnatas volcánicas se desnudaban poco a poco de su blanco tocado invernal. Sobre las playas, en la verticalidad de los acantilados basálticos, crecía un musgo de color vináceo, y, en mar abierta, serpenteaban cintas de largas algas de cincuenta a sesenta yardas. En la llanura, hacia el fondo de la bahía, algunas gramíneas asomaban su tímida punta —y, entre otras, la fanerógama *lyella*, que es de origen andino—, así como todo aquello que produce la flora de la tierra fueguina, además del único arbusto de aquel suelo, del que ya he hablado, aquella berza gigantesca, tan preciada por sus virtudes antiescorbúticas.

Por lo que se refiere a los mamíferos terrestres —ya que los mamíferos marinos pululaban por aquellos parajes—, no encontré ni uno solo, como tampoco encontré batracios o reptiles. Tan sólo algunos insectos —mariposas y otras especies—, pero, incluso, éstos no poseían alas, puesto que, antes de que pudieran hacer uso de ellas, las corrientes atmosféricas los arrojaban hacia la superficie de las olas de aquellos mares.

En una o dos ocasiones embarqué a bordo de una de aquellas chalupas, sobre las que los pescadores hacen frente a las ráfagas de viento que baten, como catapultas, las rocas de las Kerguelen. Con aquellos barcos podría intentarse la travesía hasta Ciudad del Cabo, y ganar aquel puerto, a condición de disponer de tiempo suficiente. Pero esténse tranquilos, pues mi intención no era, en absoluto, partir de Christmas-Harbour en esas condiciones... ¡No!, «esperaba» a la goleta *Halbrane*, y la goleta *Halbrane* no podía tardar.

Durante aquellos paseos de una a otra bahía, observé con curiosidad los diferentes aspectos de aquella costa atormentada, de aquella extraña y prodigiosa osamenta, toda ella de formación ígnea, que perforaba el blanco sudario del invierno y deja asomar los miembros azulados de su esqueleto...

¡Cuánta impaciencia sentía, en ocasiones, pese a los prudentes consejos de mi posadero, tan feliz él de su existencia en su casa de Christmas-Harbour! Son raros en este mundo aquellos que la práctica de la vida ha hecho filósofos. Además, en Fenimore Atkins el sistema muscular dominaba al sistema nervioso. Tal vez también

poseía menos inteligencia que instinto. Esa clase de gentes están mejor armadas ante los avatares de la vida, y es posible que, en definitiva, sus posibilidades de alcanzar la felicidad aquí abajo sean más serias.

—¿Y la *Halbrane*...? —le preguntaba cada mañana.

—¿La *Halbrane*, señor Jeorling...? —me respondía, con un tono afirmativo—. ¡Por supuesto, arribará hoy, y, si no es hoy, será mañana...! ¡Llegará, ciertamente, un día, ¿no es así?, que será la víspera de aquel en el que el pabellón del capitán Len Guy se desplegará por la entrada de Christmas-Harbour!

Por supuesto, y a fin de aumentar mi campo de vista, no hubiese tenido más que emprender la ascensión del Table-Mount. A una altitud de mil doscientos pies se obtiene un radio de treinta y cuatro o treinta y cinco millas, e, incluso a través de las brumas, tal vez pudiese avistarse la goleta veinticuatro horas antes. Pero escalar aquella montaña, en la que la nieve todavía cubría sus flancos hasta la cima, tan sólo un loco hubiese podido soñarlo.

Al recorrer las playas, me ocurría que hacía huir a numerosos anfibios, que se zambullían en las nuevas aguas. Los pingüinos, impasibles y pesados, no se movían, en absoluto, ante mi presencia. Si no fuera por aquel aire estúpido que los caracterizaba, hubiese estado tentado de dirigirles la palabra, pero a condición de hablar su lengua gritona y ensordecedora. En cuanto a los petreles negros, las pardelas negras y blancas, los somormujos, las golondrinas de mar, las negretas, echaban a volar rápidamente.

Un día pude asistir a la partida de un albatros, al que los pingüinos saludaron con sus mejores graznidos —como un amigo que, sin duda, los abandona para siempre—. Estos potentes voladores pueden llevar a cabo etapas de doscientas leguas sin reposar ni un solo momento, y, con tal rapidez, que franquean grandes espacio en unas cuantas horas.



Aquel albatros, inmóvil sobre una alta roca, en el extremo de la bahía de Christmas-Harbour, miraba hacia la mar, cuya resaca rompía con violencia contra los escollos.

De pronto, el pájaro elevó su amplia envergadura, con las patas replegadas, la cabeza ampliamente alargada, como el tajar de un

navío, lanzó un grito agudo e, instantes más tarde, se redujo a un punto negro en medio de las altas zonas, y desapareció tras la cortina brumosa del sur.

II. La goleta *Hallbrane*

Trescientas toneladas de desplazamiento, una arboladura inclinada que le permitía puntear el viento, muy rápida en las ceñidas, un velamen que comprendía, en el trinquete, trinquete-goleta, bandola, gavia y juanete; en el palo mayor, cangreja y galope, y, a proa, trinetilla, foque y petifoque; tal era la *schooner* esperada en Christmas-Harbour; tal es la goleta *Halbrane*.

A bordo había un capitán, un *mat* o segundo, un *bosseman* o contraмаestre, y un *coy* o cocinero, además de ocho marineros — un total de doce hombres, lo que es más que suficiente para la maniobra—. Sólidamente construido, armazón y borda enclavijadas de cobre, ampliamente aparejado, los gálibos de popa muy despejados, aquel navío, muy marinero, muy maniobrable, apropiado para la navegación entre los paralelos 40 y 50 de latitud sur, hacía honor a los astilleros de Birkenhead.

Estas informaciones me fueron proporcionadas por maese Atkins, y ¡con qué séquito de elogios!

El capitán Len Guy, de Liverpool, era el propietario, en sus tres quintas partes, de la *Halbrane*, que comandaba desde hacía unos seis años. Traficaba por los mares meridionales de África y América, yendo de isla en isla y de un continente a otro. Si su goleta no contaba más que con una docena de hombres, se debía a que estaba dedicada tan sólo al comercio. Para la caza de anfibios, focas y becerros marinos, hubiese sido necesaria una tripulación más numerosa con sus máquinas, arpones, cordaje y fisgas exigidas para aquellas rudas operaciones. Añado que, en medio de aquellos parajes poco seguros, frecuentados en aquella época por los piratas, y en las proximidades de algunas islas de las que había que recelar, una agresión no hubiese cogido a la *Halbrane* desprevenida: cuatro pedreros, una suficiente provisión de balas de cañón y de paquetes

de metralla, un pañol de pólvora convenientemente surtido, fusiles, pistolas, carabinas sujetadas en los armeros, en fin, redes de abordaje y todo aquello servía para garantizar su seguridad. Por otra parte, los hombres de guardia no dormían nunca más que con un solo ojo. Navegar por aquellos mares sin haber tomado tales precauciones hubiese sido una terrible imprudencia.

Aquella mañana, el 7 de agosto, todavía acostado y medio dormido, fui sacado de mi cama por el vozarrón del posadero y por los puñetazos con que sacudía mi puerta.

—Señor Jeorling, ¿está usted despierto...?

—Sin duda, maese Atkins, ¿cómo no podría estarlo con todo este alboroto? ¿Qué ocurre...?

—Un navío en alta mar, a seis millas al noreste, ¡y rumbo a Christmas...!

—¿Será la *Halbrane*...? —exclamé, apartando con presteza las mantas.

—Lo sabremos dentro de unas cuantas horas, señor Jeorling. En todo caso, es el primero barco del año, y lo más justo es hacerle un buen recibimiento.

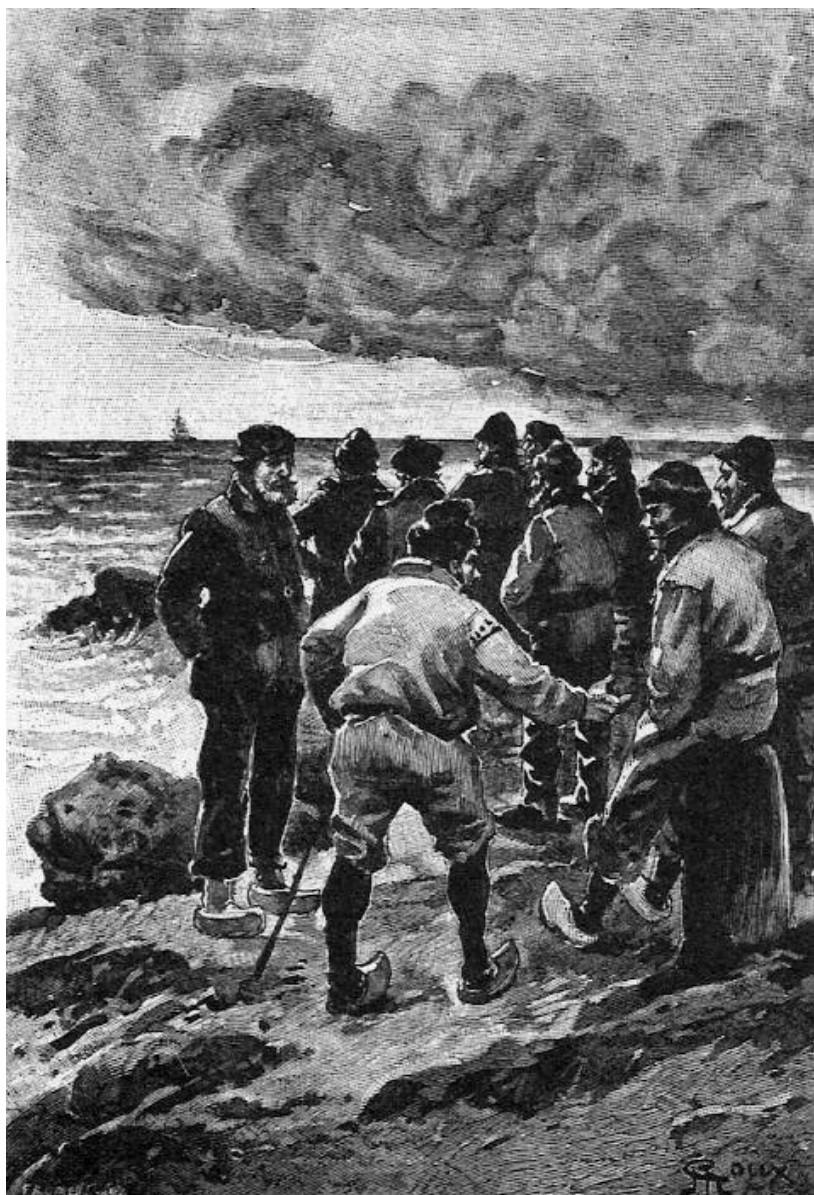
Me vestí en un abrir y cerrar de ojos, y me reuní con Fenimore Atkins sobre el muelle, en el lugar en el que el horizonte se ofrecía a las miradas bajo un ángulo muy abierto, entre las dos puntas de la bahía de Christmas-Harbour.

El tiempo era bastante claro, la alta mar libre de las últimas brumas, las aguas calmas bajo la ventolina. Por otra parte, gracias a los vientos regulares, el cielo es más luminoso por aquella parte de las Kerguelen que por la opuesta.

Una veintena de habitantes —la mayor parte pescadores— rodeaba a maese Atkins, el cual era, sin lugar a dudas, el personaje más considerable y más considerado del archipiélago, y, por tanto, el más escuchado.

El viento favorecía la entrada en la bahía. Pero, como la marea estaba baja, el navío avistado —una *schooner*— evolucionaba sin prisas con las velas amainadas, esperando la pleamar.

El grupo discutía, y yo seguí la discusión con impaciencia pero sin mezclarme en ella. Las opiniones estaban divididas; y eran sostenidas con la misma machaconería.



Debo confesar —y ello me apena— que la mayor parte estaba en contra de la opinión de que aquella *schooner* fuese la goleta *Halbrane*. Tan sólo dos o tres se declaraban abiertamente afirmándolo y, entre ellos, el amo del *Cormorán Verde*.

—¡Es la *Halbrane*! —repetía—. No arribar el capitán Len Guy el

primero a las Kerguelen... ¡pero bueno...! ¡Es él, estoy tan seguro como si ya estuviese aquí, su mano entre las mías, y discutiendo sobre cien picules[12] de patatas para renovar sus provisiones!

—¡Tiene usted bruma en los ojos, señor Atkins! —replicó uno de los pescadores.

—¡Menos que tú en el cerebro! —respondió con acritud el posadero.

—Ese navío no tiene las líneas de un inglés —declaró otro—. Con esa proa tan afilada y esa arrufadura tan acusada, pensaría que es de construcción americana.

—No..., es inglés —repitió el señor Atkins—, y sería capaz de decirnos de qué astilleros ha salido..., sí..., ¡los astilleros de Birkenhead, de Liverpool, del mismo sitio donde fue botada la *Halbrane*!

—¡Ni hablar! —afirmó un viejo lobo de mar—. Esa *schooner* fue botada en Baltimore, en los astilleros de Nipper y Stronge, y son las aguas del Chesapeake las primeras que ha besado su quilla.

—¡Di más bien las aguas del Mersey, especie de memo! —replicó maese Atkins—. ¡Fíjate, límpiate las gafas, y mira un poco hacia el pabellón que están izando en su mástil!

—¡Inglés! —exclamó todo el grupo.

—Y, en efecto, el pabellón del Reino Unido acababa de desplegar su estameña roja, ondeando sobre la embarcación británica.

No cabía duda alguna: era un navío inglés el que se dirigía hacia el paso de Christmas-Harbour. Pero, comprobado aquel punto, no tenía por qué tratarse, forzosamente, de la goleta del capitán Len Guy.

Dos horas más tarde, aquello no hubiese podido ser discutido. Antes del mediodía, la *Halbrane* fondeó a cuatro brazas en medio de Christmas-Harbour.

Maese Atkins saludó eufóricamente —tanto con gestos como con palabras— al capitán de la *Halbrane*, el cual me pareció menos expansivo.

Un hombre de cuarenta y cinco años, complexión sanguínea, contextura tan sólida como la de su goleta, cabeza fuerte, cabellos ya grisáceos, ojos negros cuyas pupilas brillaban con los ardores de la brasa bajo unas cejas espesas, tinte curtido, labios cerrados que

descubrían una dentadura fuertemente implantada en unas potentes mandíbulas, mentón prolongado por una perilla de gruesos pelos rojizos, brazos y piernas vigorosos; de tal suerte se me apareció el capitán Len Guy. Su fisonomía no era dura, sino impasible, la de un individuo muy cerrado sobre sí mismo que no confía gustoso sus secretos —así es como me lo describió aquel mismo día alguien mucho mejor informado que maese Atkins, pese a que mi posadero pretendiese ser un gran amigo del capitán—. La verdad es que nadie podía presumir de haber calado en aquel temperamento tan huraño.

Tal vez sea mejor que señale inmediatamente que el individuo al que me he referido era el *bosseman* de la *Halbrane*, un tal Hurliguerly, natural de la isla de Wight, de cuarenta y cuatro años, talla mediana, achaparrado, vigoroso, con los brazos separados del cuerpo, las piernas arqueadas, la cabeza redonda sobre un cuello de toro, el pecho tan ancho como para contener dos pares de pulmones —y me pregunto si los poseía, tal era la cantidad de aire que consumía en el acto de la respiración—, siempre resoplando, siempre hablando, de ojos guasones, la pinta sonriente, con una red de arrugas bajo los ojos, producto de la constante contracción del gran cigomático. Señalaremos una anilla, una sola, que colgaba del lóbulo de su oreja izquierda. ¡Qué contraste con el comandante de la goleta! ¿Cómo podrían entenderse dos seres tan diferentes? Y, sin embargo, se entendían, puesto que hacía una quincena de años que navegaban el uno junto al otro, primero a bordo de la *brick Power*, que fue posteriormente reemplazada por la *schooner Halbrane*, seis años antes del inicio de esta historia.

Hurliguerly, desde su arribada, supo por Fenimore Atkins que, si el capitán Len Guy accedía, yo tomaría pasaje a bordo. Y fue así como, sin presentación y sin preparación alguna, el *bosseman* se acercó a mí aquella tarde. Ya conocía mi nombre, y me abordó en los siguientes términos:

—Señor Jeorling, le saludo.

—Yo también le saludo, amigo mío —respondí—. ¿Qué desea usted...?

—Ofrecerle mis servicios...

—¿Sus servicios...? ¿Y con qué propósito...?

—A propósito de la intención que tiene usted de embarcarse en la *Halbrane*.

—¿Quién es usted...?

—El *bosseman*, Hurliguerly, así llamado e inscrito en el rol de la tripulación, y, además, el fiel compañero del capitán Len Guy, quien lo escucha gustosamente, pese a tener la reputación de no escuchar a nadie.

Me vino entonces la idea de que haría bien en utilizar a un hombre tan servicial, el cual no parecía dudar en absoluto de su ascendiente sobre el capitán Len Guy.

Por tanto, le respondí:

—Pues bien, amigo mío, hablemos, si es que sus obligaciones no lo reclaman en estos momentos...

—Tengo dos horas por delante, señor Jeorling. Además, hoy hay poco trabajo. Mañana desembarcaremos algunas mercancías y renovaremos algunas provisiones... Todo eso es cosa de niños para la tripulación... Si está usted libre... al igual que yo...

Y, diciendo aquello, agitó su mano hacia el fondo del puerto, en una dirección que le era familiar.

—¿No estamos bien aquí para charlar? —le pregunté, reteniéndolo.

—¿Charlar, señor Jeorling, charlar de pie... y con la garganta seca..., cuando es tan sencillo sentarse en un rincón del *Cormorán Verde* frente a dos tazas de té con *whisky*...?

—Yo no bebo, *bosseman*.

—De acuerdo, yo beberé por los dos. ¡Oh! ¡No se imagine usted que tiene que vérselas con un borracho...! ¡No! ¡Nunca más de lo necesario, pero siempre lo necesario!

Seguí a aquel marino que, evidentemente, estaba acostumbrado a nadar entre las aguas de las tabernas. Y, mientras que el amo Atkins se ocupaba, sobre la cubierta de la goleta, en discutir sus precios de compras y de ventas, tomamos asiento en la gran sala de su posada. Inmediatamente le dije al *bosseman*:

—Es precisamente Atkins con quien contaba para ponerme en contacto con el capitán Len Guy, ya que él lo conoce muy bien..., si no me equivoco...

—¡Bah! —exclamó Hurliguerly—. Fenimore Atkins es un buen hombre, y cuenta con la estima del capitán. En definitiva, ¡que no me sirve...! Déjeme acompañármelas, señor Jeorling...

—Entonces, ¿se trata de una gestión tan difícil de llevar a cabo,

bosseman, y no hay un camarote libre a bordo de la *Halbrane*? El más pequeño de todos me serviría, y lo pagaría...

—¡Muy bien, señor Jeorling! Hay una cabina en la camareta alta, que nunca la utilizó nadie, y puesto que a usted no le importaría vaciarse los bolsillos si fuese necesario... Sin embargo, y entre nosotros dos, ¡conviene ser más astuto de lo que usted cree y de lo que lo es mi viejo Atkins para llegar a convencer al capitán Len Guy de que admita un pasajero...! ¡Sí! ¡No es suficiente toda la malicia del buen muchacho que está bebiendo a su salud, y que siente que usted no le pague con la misma moneda!

¡Y con qué mirada de su ojo derecho, mientras cerraba el izquierdo, acompañó Hurliguerly aquella declaración! ¡Parecía como si toda la vivacidad que poseían sus dos ojos hubiese pasado a través de la pupila de uno solo! Sería inútil añadir que el final de aquella bella frase se ahogó en un vaso de *whisky* del que el *bosseman* no apreciaba sus excelencias, puesto que el *Cormorán Verde* tan sólo se abastecía en la bodega de la *Halbrane*.

Después aquel diablo de hombre sacó de su chaqueta una pipa negra y corta, la cargó, la coronó de un capuchón de tabaco, la encendió después de haberla colocado fuertemente en el intersticio de los dos molares, en un extremo de su boca, y se rodeó de tal humareda, como un *steamer* a toda máquina, que su cabeza desaparecía tras una nube grisácea.

—¿Señor Hurliguerly...? —le dije.

—Señor Jeorling...

—¿Por qué su capitán se opondría a admitirme...?

—Porque no entra en sus cálculos tomar pasajeros a bordo, y, hasta ahora, siempre ha rechazado las proposiciones de esa clase.

—¿Y por qué razón, le pregunto yo...?

—¡Hum! ¡Porque no quiere, de ningún modo, ser molestado en sus asuntos, desea ir a donde le plazca, dar media vuelta por poco que le convenga, ir hacia el norte o hacia el sur, hacia poniente o hacia levante sin tener que dar explicaciones a nadie! El nunca abandona los mares del Sur, señor Jeorling, y hace ya muchos años que los recorremos juntos, entre Australia por el este y América por el oeste, yendo de Hobart-Town a las Kerguelen, a Tristan d'Acunha, a las Malvinas, y no recalando más que el tiempo necesario para vender nuestros cargamentos, y llegarnos a veces

hasta el mar Antártico. Comprenderá usted que, en tales condiciones, un pasajero podría ser molesto, y, además, ¿quién desearía embarcarse en la *Halbrane*, puesto que no le gusta contrariar a la brisa, y siempre va, más o menos, hacia donde el viento la lleva?

Yo me preguntaba si el *bosseman* no trataba de convertir a su goleta en una especie de navío misterioso que navegase al azar, sin casi detenerse en sus escalas; una especie de navío errante en las altas latitudes, bajo el mando de un capitán fantasmagórico. Fuera lo que fuese, le dije:

—Pero, en fin, ¿no va hacerse la *Halbrane* a la mar dentro de cuatro o cinco días...?

—Por supuesto.

—Y, esta vez, ¿no irá rumbo al oeste, para recalar en Tristan d'Acunha?

—Probablemente.

—Pues bien, *bosseman*, esa probabilidad será más que suficiente para mí, y, puesto que usted me ofrece sus buenos oficios, convenza al capitán Len Guy para que me admita como pasajero...

—¡Eso puede darlo usted por hecho...!

—¡Estupendo, Hurliguerly! No tendrá usted de qué arrepentirse...

—¡Ah!, señor Jeorling —respondió aquel curioso contramaestre, sacudiendo la cabeza como si acabase de salir del agua—, yo nunca me arrepiento de nada, y sé perfectamente que al hacerle a usted este favor no tendré por qué arrepentirme en absoluto. Ahora, si usted me lo permite, lo dejaré, incluso sin esperar el regreso de mi amigo Atkins, y volveré a bordo.

Después de haber vaciado de un solo trago su último vaso de *whisky* —pensé que el vaso iba a desaparecer por la garganta con el licor—, Hurliguerly me dirigió una sonrisa protectora. Luego, con su gran torso balaceándose sobre el doble arco de sus piernas, engalanado con la acre humareda que se escapaba de la cazoleta de su pipa, salió y se dejó arrastrar hacia el noreste del *Cormorán Verde*.

Seguí frente a la mesa, dominado por reflexiones harto contradictorias. En realidad, ¿quién era aquel capitán Len Guy? Maese Atkins me lo describió como a un buen marino, amén de un

gran hombre. Nada me autorizaba a dudar de que fuese tanto lo uno como lo otro; tal vez, y de acuerdo con lo que acaba de decirme el *bosseman*, fuese algo extravagante. Pero confieso que nunca se me pasó por la imaginación que la proposición de embarcarme en la *Halbrane* pudiese acarrear dificultad alguna, puesto que no me preocupaba el precio y me conformaba con la vida de a bordo. ¿Por qué razón el capitán Len Guy podría negarse...? ¿Resultaba admisible que no quisiera quedar atado por un contrato, que tan siquiera quisiera sentirse obligado a dirigirse a un lugar determinado si, a lo largo de la travesía se le ocurría la idea de ir hacia cualquier otro lugar...? ¿O era que tenía motivos concretos para desconfiar de que un extraño pudiera prestar atención a su género de navegación...? ¿Se dedicará, por tanto, al contrabando o a la trata de negros, comercio todavía muy ejercido en aquella época por los mares del Sur...? Después de todo, aquélla era una explicación plausible, pese a que mi digno posadero respondía de la *Halbrane* y de su capitán. ¡Honrado navío, honrado comandante: Fenimore Atkins respondía personalmente, tanto del uno como del otro...! ¡Ya era algo, salvo en el caso de que se hiciese falsas ilusiones del uno y del otro...! En realidad, no conocía al capitán Len Guy más que de verlo, una vez al año, hacer escala en las Kerguelen, donde tan sólo se dedicaba a operaciones totalmente regulares, y que no podían dar lugar a suposición alguna...

Por otra parte, me preguntaba si, con la intención de dar una mayor importancia al ofrecimiento de sus servicios, el *bosseman* no trató de hacer valer... Tal vez el capitán Len Guy se sentiría muy satisfecho, muy feliz de tener a bordo un pasajero tan acomodaticio como yo tenía la pretensión de serlo, y que no escatimaría en el precio del pasaje.

Una hora más tarde me encontré con el posadero en el puerto, y lo puse al corriente.

—¡Ah! ¡Ese endemoniado de Hurliguerly! —exclamó—. ¡Siempre el mismo! ¡Según él, el capitán Len Guy ni siquiera se sonaría sin consultárselo antes...! Créame, señor Jeorling, ese *bosseman* es un hombre muy peregrino; no es malo, ni tonto, ¡pero sabe sacar dólares y guineas[13] de las piedras...! Si cae usted en sus manos, ¡cuidado con la bolsa! ¡Abotónese los bolsillos o la bolsa, y no se deje engañar!

—Gracias por el consejo, Atkins. Pero, dígame, ¿ya ha hablado usted con el capitán Len Guy...? ¿Le ha hablado usted de...?

—Todavía no, señor Jeorling... Tenemos tiempo más que suficiente... La *Halbrane* tan sólo acaba de arribar, y ni tan siquiera ha borneado sobre su ancla con el reflujo...

—En efecto, pero... comprenderá usted..., debo estar seguro lo antes posible...

—¡Tenga un poco de paciencia!

—Tengo prisa por saber a qué atenerme...

—¡Ah! ¡No hay nada que temer, señor Jeorling...! ¡Las cosas irán por sus propios pasos...! Además, a falta de la *Halbrane*, no tendría que preocuparse demasiado... ¡Con la estación de la pesca, Christmas-Harbour contará muy pronto con más navíos que casas hay alrededor del *Cormorán Verde*...! Déjelo de mi cuenta... ¡Yo me encargaré de su embarque!

Todo aquello no eran más que palabras, del *bosseman* por un lado, y, por el otro, de maese Atkins. Así es que, pese a sus bellas promesas, decidí dirigirme directamente al capitán Len Guy, por muy poco abordable que fuese, y mantener con él una conversación sobre mi proyecto tan pronto como lo encontrase solo.

La ocasión no se presentó hasta el día siguiente. Hasta entonces, vagué a lo largo del muelle, examinando la *schooner*, un navío de magnífica construcción y gran solidez. Y aquélla era una cualidad indispensable para unos mares en los que, en ocasiones, los hielos navegan a la deriva al norte del paralelo 50.

Era por la tarde. Cuando me acerqué al capitán Len Guy comprendí que él hubiera preferido evitarme.

No hay ni que señalar que la reducida población de pescadores de Christmas-Harbour no se renovaba nunca. Tal vez algunos kerguelianos reemplazasen en los navíos, bastante numerosos en aquella época, lo repito, a los ausentes o a los desaparecidos. En el fondo, aquella población no se modificaba, y el capitán Len Guy debería conocerla individuo por individuo.

Unas semanas más tarde hubiera podido equivocarse, ya que toda la flotilla habría desparramado sus tripulaciones por los muelles, sobre los que reinaría una animación muy poco habitual, y que acabaría con la misma estación. Pero, en aquellas fechas, en aquel mes de agosto, la *Halbrane*, aprovechando un invierno cuya

suavidad fue realmente excepcional, se encontraba sola en medio del puerto.

Era, por tanto, imposible que el capitán Len Guy no hubiese adivinado en mí a un extranjero, incluso aunque el *bosseman* y el posadero no hubiesen realizado, todavía, ninguna gestión sobre mi persona.

Por tanto, su actitud no podía significar más que una cosa: o mi proposición le fue comunicada y él no quería tenerla en cuenta, o ni Hurliguerly ni Atkins le hablaron desde la víspera. En este último caso, si se alejaba de mí se debía a que actuaba obedeciendo a su carácter poco comunicativo, se debía a que no le convenía relacionarse con ningún desconocido.

Sin embargo, la impaciencia se apoderó de mi ánimo. Si aquel erizo me rechazaba, ¡pues bien!, aceptaría la negativa. No tenía la pretensión de obligarle a aceptarme a bordo contra su voluntad. Ni siquiera era compatriota suyo. Además, en las Kerguelen no residía ningún cónsul ni agente americano al que hubiese podido acudir a quejarme. Ante todo, lo que más me importaba era tener una certeza, y, si me estrellaba contra un «¡no!» del capitán Len Guy, no me quedaría más remedio que esperar la arribada de otro navío más complaciente, lo cual no me produciría un retraso mayor de dos o tres semanas a lo sumo.

En el momento en que me disponía a abordarlo, el segundo de a bordo se unió a su capitán. Éste aprovechó la ocasión para alejarse, y, haciéndole un signo al oficial para que lo siguiera, dio la vuelta por el fondo del puerto y desapareció tras la arista de una roca, remontando la bahía por su orilla septentrional.

«¡Al diablo! —pensé—. ¡Tengo mil razones para sospechar que me será muy difícil conseguir mis propósitos! Pero esta no ha sido más que una partida pospuesta. Mañana, de madrugada, iré a bordo de la *Halbrane*. ¡Tanto si lo desea como si no, será necesario que ese Len Guy me escuche, y que me responda sí o no!».

Además, podría ocurrir que, a la hora de la cena, el capitán Len Guy acudiese al *Cormorán Verde*, donde normalmente los marinos comían y cenaban durante sus escalas. Después de varios meses en la mar, gusta variar un menú generalmente reducido al bizcocho y a la carne salada.

Incluso lo exige la salud; así es que, mientras se ponen víveres

frescos a disposición de los tripulantes, los oficiales prefieren comer en la posada. No me cabía duda alguna de que mi amigo Atkins estaría convenientemente preparado para recibir al capitán, a su segundo, y también al *bosseman* de la goleta.

Esperé, pues, y me senté a la mesa muy tarde. Sufrí una decepción.

¡No! Ni el capitán Len Guy ni nadie de a bordo acudió a honrar con su presencia al *Cormorán Verde*. Tuve que cenar solo, tal y como lo hice día a día desde dos meses antes, ya que, como puede suponerse fácilmente los clientes de maese Atkins no se renovaban durante la mala estación.

Hacia las siete y media, una vez acabada la cena, caída ya la noche, fui a dar un paseo por el puerto, del lado de las casas.

El muelle estaba desierto. Las ventanas de la posada daban algo de claridad. Ni un solo miembro de la tripulación de la *Halbrane* descendió a tierra. Las chalupas ya estaban de regreso, y, amarradas a sus cabos, se balanceaban con los chapoteos de la marea ascendente.

Evidentemente, aquella *schooner* era como un cuartel en el que se acuartalaba a los marineros después de la puesta del sol. Aquella medida debería sentar muy mal, especialmente al charlatán y bebedor Hurliguerly, demasiado inclinado, creía yo, a correr de una taberna a otra a lo largo de sus diferentes escalas. Pero no pude verlo, al igual que no vi a su capitán, por los alrededores del *Cormorán Verde*.

Me quedé hasta las nueve, yendo y viniendo por el través [14] de la goleta. La masa del navío fue ensombreciéndose gradualmente. Las aguas de la bahía ya no reflejaban más que un tirabuzón de luz, la del fanal de proa, que se encontraba suspendido del estay del trinquete.

Regresé a la posada, donde me encontré con Fenimore Atkins fumando su pipa, cerca de la puerta.

—Atkins —le dije—, parece ser que al capitán Len Guy no le gusta demasiado frecuentar su albergue...

—Viene a veces los domingos, y hoy es sábado, señor Jeorling...

—¿Le ha hablado usted...?

—Sí... —me respondió el posadero, en un tono que denotaba un visible embarazo.

—¿Le ha anunciado usted que un conocido suyo deseaba embarcar en la *Halbrane*?

—Sí.

—¿Y qué ha respondido...?

—Como yo no lo hubiese deseado, ni como usted lo desea, señor Jeorling.

—¿Se niega...?

—Poco más o menos, si de una negativa se trata el haberme dicho: «Atkins, mi goleta no está hecha para recibir pasajeros... Nunca los he tomado, y cuento con no tomarlos jamás».

III. El capitán Len Guy

Dormí mal, en varias ocasiones «soñé que estaba soñando». Pero —y esta es una observación de Edgar Poe— cuando se sospecha que se está soñando, uno se despierta casi inmediatamente.

Me despertaba, por tanto, y siempre lo hacía muy enfadado con aquel capitán Len Guy. La idea de embarcarme a bordo de la *Halbrane* cuando ésta zarpase de las Kerguelen estaba enraizada en mi mente. Maese Atkins no cesó de alabarme aquel navío, invariablemente el primero del año en ganar Christmas-Harbour. Contando los días, contando las horas, cuántas veces me vi a bordo de aquella goleta, mar adentro del archipiélago, rumbo al oeste, en dirección a la costa americana. Mi posadero no ponía en duda la complacencia del capitán Len Guy, que estaría de acuerdo con sus intereses. No se ve con frecuencia a un navío comercial rechazar un pasajero, cuando ello no le obliga a modificar su itinerario, y si puede sacar un buen precio del pasaje. ¿Quién lo hubiese imaginado...?

De ahí la tremenda cólera que sentía incubarse en mi fuero interno contra aquel poco complaciente personaje. Me quemaba la sangre, mis nervios estaban en tensión. Acababa de surgir un obstáculo en mi camino, y aquello me irritaba.

Fue aquella una mala noche de indignación febril, y no me tranquilicé hasta el amanecer.

Además, resolví tener unas cuantas palabras con el capitán Len Guy sobre su deplorable conducta. Tal vez no consiguiera nada, pero, al menos, le habría dicho todo lo que llevaba dentro de mí.

Maese Atkins habló con él, y tan sólo recibió la respuesta que ya conocemos. En cuanto al servicial Hurliguerly, tan presuroso en ofrecerme su influencia y sus servicios, ¿se habría arriesgado a mantener su promesa...? No lo sabía, puesto que no lo volví a ver.

En todo caso, no pudo ser más afortunado que el posadero del *Cormorán Verde*.

Salí hacia las ocho de la mañana. Hacía un tiempo de perros, como dicen los franceses, o, por emplear una expresión más justa, un tiempo perro. Lluvia, mezclada con nieve, una borrasca que venía del oeste por encima de las montañas del fondo, nubes que caían rodando hacia las zonas bajas, una avalancha de agua y de aire. No era, pues, muy probable que el capitán Len Guy hubiese bajado a tierra arriesgándose a que las ráfagas lo empapasen hasta los huesos.

En efecto, el muelle estaba vacío. Algunas barcas de pesca abandonaron el puerto antes de la tormenta, y, sin duda alguna, se refugiaron en el fondo de aquellas caletas que ni la mar ni el viento podían batir. En cuanto a subir a bordo de la *Halbrane*, no hubiese podido realizarlo sin llamar a una de sus embarcaciones, y el *bosseman* no echaría sobre sus espaldas la responsabilidad de enviármela.

«Además —pensaba—, sobre la cubierta de la goleta el capitán se encuentra en su casa y, para lo que deseo responderle si se obstina en su incalificable negativa, sería mejor que nos encontrásemos en terreno neutral. Voy a espiarlo, desde mi ventana, y si su chalupa lo trae al muelle, esta vez no conseguiré eludirme».

De regreso al *Cormorán Verde*, me aposté tras mi ventana chorreante, a la que limpié el barrillo, sin preocuparme en absoluto por la tromba que se precipitaba por la chimenea y sacaba las cenizas fuera del hogar.

Esperé nervioso, impaciente, tascándome el freno, en un estado de irritación creciente.

Pasaron dos horas. Y, tal y como ocurre frecuentemente a causa de la inestabilidad de los vientos de las Kerguelen, el tiempo se calmó bastante antes que yo.

Hacia las once, las altas nubes del este empujaron con fuerza, y la tormenta acabó agotándose por el lado opuesto de las montañas.

Abrí mi ventana.

En aquel momento, una de las embarcaciones de la *Halbrane* se preparaba para largar amarras. Descendió un marinero, y armó un par de remos mientras que un hombre se sentaba, a popa, sin

sostener los guardines del timón. Por lo demás, a lo sumo había una cincuentena de toesas entre la' *schooner* y el muelle. La chalupa abordó el muelle. El hombre saltó a tierra.

Era el capitán Len Guy.

En pocos segundos franqueé el umbral de la posada y me detuve delante del capitán, sin saber qué postura tomar, lo quisiera o no, para detener el abordaje.

—Señor... —le dije en un tono seco y frío, tan frío como el tiempo desde que los vientos soplaban del este.

El capitán Len Guy me miró fijamente, y me sentí sorprendido por la tristeza de aquellos ojos tan negros como la tinta. Después, en voz baja, y con palabras apenas susurradas:

—¿Es usted extranjero...? —me preguntó.

—Sí, extranjero en las Kerguelen —le respondí.

—¿De nacionalidad inglesa...?

—No..., americana.

Me saludó con un breve gesto, y yo le devolví el mismo saludo.

—Señor —proseguí—, tengo razones para creer que maese Atkins, del *Cormorán Verde*, le ha dicho unas cuantas palabras referentes a una propuesta que me concierne. Dicha propuesta, creo yo, merecería ser bien recibida por parte de un...

—¿La propuesta de embarcar a bordo de mi goleta...? —respondió el capitán Len Guy.

—Precisamente.

—Siento, señor, no haber podido aceptar tal petición...

—¿Podría decirme por qué...?

—En primer lugar, porque no tengo costumbre de llevar pasajeros a bordo.

—¿Y en segundo lugar, capitán...?

—Porque la ruta de la *Halbrane* nunca se determina por adelantado. Zarpa de un puerto y navega hacia otro según me convenga a mí. Sepa usted, señor, que no estoy al servicio de armador alguno. La goleta me pertenece en gran parte, y no recibo órdenes de nadie respecto a las travesías que realizar.

—Entonces, tan sólo depende de usted, señor, el concederme el pasaje...



—En efecto, pero únicamente puedo responderle con una negativa, pese a que lo siento infinitamente.

—Tal vez cambie usted de opinión, capitán, cuando sepa que no me importa cuál sea el destino de la goleta... No es irrazonable pensar que irá a alguna parte...

—A alguna parte, en efecto...

Y, en aquel momento, me pareció que el capitán Len Guy lanzaba una prolongada mirada hacia el sur.

—Pues bien, señor —proseguí—, ir a uno u otro lugar me es totalmente indiferente... Ante todo, lo que deseo es abandonar las Kerguelen en la primera ocasión que se me presente...

El capitán Len Guy no respondió, y se quedó pensativo, sin tratar de marcharse por las buenas.

—¿Me está usted escuchando, señor...? —le pregunté en un tono bastante fuerte.

—Sí, señor.

—Añadiré entonces que, salvo error, y si la ruta de su goleta no ha sido modificada, usted tiene la intención de zarpar de Christmas-Harbour rumbo a Tristan d'Acunha.

—Tal vez a Tristan d'Acunha..., tal vez al Cabo..., tal vez... a las Malvinas, tal vez a cualquier otra parte...

—¡Pues muy bien, capitán Guy, es precisamente a cualquier otra parte adonde yo quiero ir! —le respondí con ironía, forzándome por contener mi irritación.

Entonces se produjo un cambio muy curioso en la actitud del capitán Len Guy. Su voz se alteró, se hizo más dura, más cortante. En términos claros y precisos me hizo saber que sería inútil insistir, que nuestra entrevista duraba ya demasiado, y que tenía mucha prisa, sus asuntos le esperaban en la oficina del puerto..., en fin, que nos habíamos dicho, y harto elocuentemente, todo lo que teníamos que decirnos...

Extendí el brazo para retenerlo —agarrarlo sería la palabra exacta—, y la conversación, harto mal iniciada, parecía que iba a acabar peor todavía, cuando aquel extraño personaje se volvió hacia mí y, en un tono mucho más suave, se expresó de la siguiente manera:

—Créame, señor, que me cuesta mucho no poder satisfacerle y mostrarme tan poco amable con un americano. Pero no sabría cómo modificar mi actitud. A lo largo de la navegación de la *Halbrane* podría ocurrir cualquier incidente imprevisto que haría muy molesta la presencia de un pasajero..., incluso de uno tan acomodaticio como usted... Eso sería exponerme a no aprovechar la oportunidad que estoy buscando...

—Le he dicho, capitán, y se lo repito, que, si bien mi intención es regresar a América, a Connecticut, me es absolutamente indiferente tardar tres o seis meses en hacerlo, ya sea por uno o por otro camino, incluso aunque la goleta tuviese que penetrar en los mares antárticos...

—¿Los mares antárticos? —exclamó el capitán Len Guy en un tono interrogativo, mientras que su mirada escrudiñaba mi ánimo, como si estuviese armada de un bisturí—. ¿Por qué me habla usted de los mares antárticos...? —prosiguió, al tiempo que me cogía una mano.

—Como si hubiese hablado de los mares boreales..., del polo Norte o del polo Sur.

El capitán Len Guy no respondió, y me pareció ver cómo una lágrima se deslizaba por sus ojos. Después, cambiando el rumbo de sus pensamientos, deseoso tal vez de cortar por lo sano con aquel punzante recuerdo evocado por mi respuesta:

—El polo Sur —dijo—. ¿Quién osaría aventurarse...?

—Alcanzarlo es difícil..., y no tendría ninguna utilidad —le respondí—. Existen, no obstante, personas lo suficientemente aventureras como para lanzarse a tal empresa.

—¡Sí..., aventureras...! —murmuró el capitán Len Guy.

—Casualmente —proseguí—, Estados Unidos está realizando una nueva tentativa de alcanzarlo con la división de Charles Wilkes[15], el *Vancouver*, el *Peacock*, el *Porpoise*, el *Flying-Fish*, navegando con varios conservas.

—¿Estados Unidos, señor Jeorling...? ¿Afirma usted que el gobierno federal ha enviado una expedición a los mares australes...?

—El hecho es cierto, y el año pasado, antes de mi partida de América, supe que esa división acababa de hacerse a la mar. Hace un año ya de todo eso, y es muy posible que el audaz Wilkes haya extendido sus descubrimientos más allá de lo que los otros descubridores han llegado antes que él.

El capitán Len Guy volvió a quedarse silencioso, y no abandonó aquella inexplicable preocupación más que para decir:

—En todo caso, si Wilkes llega a franquear el círculo polar, y después la banquisa[16], dudo mucho que llegue a latitudes superiores a las que...

—A las que han llegado sus predecesores Bellingshausen, Forster, Kendall, Biscoe, Morrel, Kemp, Balleny [17] ... —le respondí.

—Y... —añadió el capitán Len Guy.

—¿A quién se refiere usted...? —le pregunté.

—¿Es usted natural de Connecticut, señor...? —dijo bruscamente el capitán Len Guy.

—De Connecticut.

—¿Y más concretamente...?

—De Hartford.

—¿Conoce usted la isla de Nantucket...?

—La he visitado en varias ocasiones.

—Imagino que sabrá usted —dijo el capitán Len Guy, mientras me miraba directamente a los ojos— que es allí donde su escritor, Edgar Poe, situó el origen de su héroe, Arthur Gordon Pym [18] ...

—En efecto —le respondí—, lo recuerdo perfectamente. El principio de la novela se desarrolla en isla de Nantucket.

—¿Dice usted... novela...? ¿Es ésa la palabra que usted ha empleado...?

—Sin duda, capitán...

—Sí..., ¡y habla usted como todo el mundo...! Pero, permíteme, señor, no puedo esperar por más tiempo... Siento... muy sinceramente no poder hacerle ese favor... No crea que la reflexión podrá variar mi decisión respecto a su propuesta... Además, no tendrá usted que esperar más que unos cuantos días... La estación va a comenzar... Los navíos de comercio y los balleneros harán escala en Christmas-Harbour, y le será muy fácil embarcar a bordo de alguno de ellos..., con la seguridad de ir donde su conveniencia le llame... ¡Lo siento, señor, lo siento infinitamente..., y le deseo mucha suerte!

Tras aquellas últimas palabras, el capitán Len Guy se retiró, y la entrevista acabó de forma muy diferente de lo que yo había imaginado..., quiero decir, de una forma educada, aunque formal.

Como no sirve para nada obstinarse con lo imposible, abandoné la esperanza de navegar a bordo de la *Halbrane*, pero guardándole cierto rencor a su maldito comandante. Y, ¿por qué no admitirlo?, mi curiosidad se despertó. Olfateaba algún misterio en el fondo de aquella alma de marino, y me hubiera gustado conocerlo. El imprevisto giro dado por nuestra conversación, aquel nombre de

Arthur Pym pronunciado tan inopinadamente, sus preguntas sobre la isla de Nantucket, el efecto producido por la noticia de que se estaba llevando a cabo una campaña a través de los mares australes bajo el mando de Wilkes, aquella afirmación de que el navegante americano no llegaría más al sur que... ¿A quién habría querido referirse el capitán Len Guy...? Todo aquello era material de reflexión para un espíritu tan práctico como el mío...

Aquel día maese Atkins quiso saber si el capitán Len Guy se mostró en mejor disposición... ¿Obtuve la autorización para ocupar uno de los camarotes de la goleta...? Debí confesar a mi posadero que no fui más afortunado que él en mis negociaciones... Aquello no dejó de sorprenderlo. No comprendía el porqué de las negativas del capitán, de su cabezonería... No lo reconocía... ¿A qué se debía aquel cambio...? Y además —lo que le atañía más directamente—, contrariamente a su costumbre durante las escalas anteriores, el *Cormorán Verde* no fue visitado ni por los hombres de la *Halbrane* ni por sus oficiales. Parecía como si la tripulación obedeciese una orden. Tan sólo en dos o tres ocasiones el *bosseman* se sentó en la sala de la posada, y eso fue todo. Aquello preocupaba mucho a maese Atkins.

Por lo que se refiere a Kurliguerly, comprendía que, después de haberme ofrecido sus servicios tan imprudentemente, no tratase de seguir manteniendo conmigo unas relaciones inútiles. ¿Trató de conmover a su jefe? No sabría decirlo, pero en definitiva había obtenido, sin duda alguna, adecuada respuesta a su insistencia.

Durante los tres días siguientes, el 10, el 11 y el 12 de agosto, las faenas de avituallamiento y las reparaciones se llevaron a cabo a bordo de la goleta. Se veía a la tripulación ir y venir por la cubierta, a los marineros inspeccionar la arboladura, cambiar los aparejos, tensar los obenques y los estays que se habían aflojado durante la última travesía, pintar las superestructuras y los empalmetados deteriorados por los golpes de mar, reenvergar las nuevas velas, recomponer las viejas, de las que todavía podrían llegar a servirse con el buen tiempo, calafatear aquí y allá las costuras de la borda y de la cubierta a grandes golpes de mazo.

Realizaban aquel trabajo con regularidad, sin los gritos, las interpelaciones, las peleas tan corrientes entre los marineros fondeados. La *Halbrane* debería estar muy bien mandada, su

tripulación muy bien atendida, muy disciplinada, e incluso silenciosa. Tal vez el *bosseman* era diferente al resto de sus compañeros, ya que me pareció mucho más dispuesto para las risas, las bromas y, sobre todo, la charla, a menos que tan sólo le entrasen ganas de hablar cuando bajara a tierra.

Finalmente, se supo que la fecha de partida de la goleta se fijó para el 15 de agosto, y la víspera no había lugar a pensar que el capitán Len Guy hubiese reconsiderado su categórica negativa.

Por lo demás, ni siquiera pensaba en ello, ya que pude sacar mis conclusiones sobre aquel contratiempo. Cualquier idea recriminatoria fue olvidada. Ni siquiera habría permitido a maese Atkins que hubiese intentado una nueva negociación. Cuando el capitán Len Guy y yo nos cruzábamos por el muelle, lo hacíamos como personas que no se conocen, que no se han visto nunca. Él iba por un lado y yo por el otro. Sin embargo, debo señalar que, en una o dos ocasiones, se manifestó cierta vacilación en su actitud... Pareció como si hubiese querido dirigirme la palabra..., que estuviese empujado por una idea secreta... No lo hizo, y yo no era hombre capaz de provocar una nueva discusión... Además —y de ello fui informado aquel mismo día—, Fenimore Atkins, haciendo caso omiso de mi prohibición expresa, habló en mi favor al capitán Len Guy sin ningún resultado. Como suele decirse, aquel era un asunto «archivado» y, sin embargo, no era esa la opinión del *bosseman*...

En efecto, Hurliguerly respondía a las preguntas del posadero del *Cormorán Verde* diciéndole que la apuesta no estaba todavía definitivamente perdida.

—¡Es muy posible —repetía— que el capitán no haya dicho todavía su última palabra!

Pero confiar en las palabras de aquel charlatán hubiese sido lo mismo que introducir un término erróneo en una ecuación, y puedo asegurarles que la inmediata partida de la *schooner* me era ya absolutamente indiferente. En lo único que pensaba era en acechar la aparición de cualquier otro navío en altar mar.

—Dentro de una o dos semanas —me repetía mi posadero—, tendrá usted mucha más suerte de la que ha tenido con el capitán Len Guy, señor Jeorling. Habrá más de uno que no desee nada mejor...

—Sin duda alguna, Atkins, pero no olvide que la mayor parte de los navíos que vienen a pescar a Kerguelen se quedan aquí cinco o seis meses, y si tengo que esperar todo ese tiempo para hacerme a la mar...

—¡No todos, señor Jeorling, no todos...! Hay algunos que tan sólo tocan Christmas-Harbour... Se le presentará una buena oportunidad, y no tendrá motivo alguno para sentir el haber fracasado en su intento de embarcar a bordo de la *Halbrane*...

No sé si tendría que arrepentirme o no, pero lo que es bien cierto es que estaba escrito en lo Alto que yo partiría de las Kerguelen a bordo de la goleta, y que ésta me arrastraría a la más extraordinaria aventura que resonaría en los anales marinos de aquella época.

Durante la noche del 14 de agosto, hacia las siete y media, cuando la noche cubría ya toda la isla, me encontraba vagando después de cenar por el muelle norte de la bahía. El tiempo era seco, el cielo estaba cubierto de estrellas, el aire era intenso y el frío cortante. En aquellas condiciones, mi paseo no podía prolongarse demasiado.

Por tanto, media hora más tarde, me dirigí hacia el *Cormorán Verde*, cuando un individuo se cruzó conmigo, vaciló, volvió sobre sus pasos y se paró frente a mí.

La oscuridad era lo bastante profunda para que no resultase fácil reconocerlo. Pero por su voz, por su murmullo característico, no cabía error posible. El capitán Len Guy se encontraba frente a mí.



—Señor Jeorling —me dijo—, mañana el *Halbrane* deberá hacerse a la mar..., mañana por la mañana..., con el reflujo...

—¿Para qué me lo dice usted —le respondí—, si se niega a...?

—Señor..., he reflexionado, y si no ha cambiado de parecer, esté usted a bordo a la siete de la mañana...

—Créame, capitán —le respondí—, no me esperaba este cambio tan brusco por su parte...

—He reflexionado, se lo repito, y debo añadir que la *Halbrane* realizará directamente la ruta de Tristan d'Acunha, lo que le conviene a usted..., me imagino...

—Tanto mejor, capitán. Mañana por la mañana, a las siete, me encontraré a bordo...

—Donde tendrá usted preparado su camarote.

—En cuanto al precio del pasaje... —le dije.

—Ya lo arreglaremos más adelante —respondió el capitán Len Guy—, y a su entera satisfacción. Hasta mañana, pues...

—Hasta mañana.

Extendí mi brazo hacia aquel curioso personaje para sellar nuestro acuerdo. Sin duda la oscuridad le impidió ver aquel gesto, ya que no me respondió y, alejándose con paso rápido se llegó hasta su chalupa, que lo devolvió a bordo en unas cuantas paladas de los remos.

Sorprendido, lo estaba, y maese Atkins lo estuvo tanto como yo cuando, de regreso a la sala del *Cormorán Verde*, lo puse al corriente.

—Bueno —respondió—, ¡ese viejo zorro de Hurliguerly tenía razón...! ¡Lo cual no impide que su endemoniado capitán sea tan caprichoso como una chiquilla mal educada...! ¡Esperemos que no haya cambiado de opinión en el momento de hacerse a la mar!

Hipótesis admirable, y, reflexionando, llegué a la conclusión de que aquella forma de actuar no era ni poco realista ni caprichosa. Si el capitán Len Guy se volvió atrás, se debía tan sólo a que tenía algún tipo de interés en que yo fuese su pasajero. En mi opinión, aquel cambio tenía mucho que ver con lo que yo le dije a propósito de Connecticut y de la isla de Nantucket. Pero ¿qué más me daba ya todo aquello? Dejaba al futuro la oportunidad de confirmármelo.

Llevé a cabo mis preparativos con toda rapidez. Pertenezco, por otra parte, a esa clase de viajeros que son prácticos, que nunca se recargan de equipajes, y que serían capaces de llevar a cabo la vuelta al mundo con una bolsa al hombro y una maleta en la mano. Lo más voluminoso de entre todas mis pertenencias eran aquellas vestimentas de pieles, cuya indispensabilidad se impone a todo aquel que navegue por las altas latitudes. Cuando se recorre el

Atlántico meridional, la mejor de las prudencias le obliga a uno a tomar tales precauciones.

Al día siguiente, el 15, antes del amanecer, me despedí del valeroso y digno Atkins. No recibí más que atenciones y cortesías de mi compatriota exiliado en aquellas islas de la Desolación, donde, en definitiva, tanto él como los suyos vivían felices. El servicial posadero se mostró muy sensible a las frases de agradecimiento que le dirigí. Preocupado por mis intereses, tenía prisa por verme a bordo, temiéndose siempre —tal era la expresión que empleó— que el capitán Len Guy hubiese «cambiado sus amuras» desde la víspera. Me lo repitió incluso con insistencia, y me confesó que durante la noche se había asomado en varias ocasiones a su ventana para asegurarse de que la *Halbrane* seguía fondeada en medio de la bahía de Christmas-Harbour. No se libró de sus temores —que yo no compartía en absoluto— hasta la hora en que el alba empezó a despuntar.

Maese Atkins quiso acompañarme a bordo, deseoso de despedirse del capitán Len Guy y del *bosseman*. Una chalupa que esperaba en el muelle nos transportó a los dos a la escala de la goleta, ya borneada por el reflujo.



La primera persona que me encontré sobre la cubierta fue a Hurliguerly. Me lanzó una mirada triunfal. Era tan clara, como si hubiese dicho:

«¡Eh! ¿Lo ve usted...? Nuestro difícil capitán ha acabado por aceptarlo... ¿Y a quién se lo debe usted, si no es a este buen

muchacho que es el *bosseman*, que le ha servido lo mejor posible y no ha sobrestimado en absoluto su influencia...?».

¿Era cierto todo aquello...? Tenía fuertes presunciones para no admitirlo sin grandes reservas. Pero, después de todo, poco me importaba ya. La *Halbrane* iba a hacerse a la mar y yo me encontraba a bordo.

Comenzaron los preparativos para la maniobra; las velas fueron retiradas de sus fundas, los aparejos estuvieron dispuestos, las drizas y las escotas listas. El segundo, a proa, vigilaba la rotación del cabrestante, y el ancla no tardaría en ser izada.

Maese Atkins se aproximó entonces al capitán Len Guy y, con voz prometedora:

—Hasta el año próximo —le dijo.

—¡Si Dios lo quiere, señor Atkins!

Estrecharon sus manos. Después fue el *bosseman* quien estrechó vigorosamente la del posadero del *Cormorán Verde*, al que la chalupa devolvió al muelle.

A las ocho de la mañana, en cuanto se estableció el reflujo, la *Halbrane* orientó las velas bajas para recibir el viento, tomó la amura de babor y evolucionó para salir de la bahía de Christmas-Harbour empujada por una ligera brisa del norte y, una vez en mar abierta, puso rumbo al noroeste.

Con las últimas horas de la tarde desaparecieron las blancas cimas del Table-Mount y del Havergal, agudos promontorios que se elevan el uno a dos mil y el otro a tres mil pies sobre el nivel del mar.

IV. De las islas Kerguelen a la isla del príncipe Eduardo

¡Probablemente, jamás travesía alguna haya ofrecido unos inicios más felices! Y, gracias a un azar inesperado, en vez de que la incomprensible negativa del capitán Len Guy me hubiese dejado todavía unas cuantas semanas más en Christmas-Harbour, heme aquí que una preciosa brisa me alejaba de aquel grupo de islas, viento en popa y con una mar apenas agitada y a una velocidad de ocho a nueve nudos.

El interior de la *Halbrane* respondía totalmente a su exterior. Perfectamente mantenida, con la limpieza minuciosa de un galeote holandés tanto en la camareta alta como en el sollado de la tripulación.

A proa de la camareta alta, a babor, se encontraba el camarote del capitán Len Guy, el cual, gracias a una claraboya vidriada abatible, podía vigilar la cubierta y, en caso de necesidad, transmitir sus órdenes a los hombres de guardia, situados entre el palo mayor y el palo de trinquete. A estribor, la misma disposición para el camarote del segundo. Ambos poseían un estrecho coy de bastidor, un armario de mediana capacidad, un sofá forrado con paja, una mesa sujeta al suelo, una lámpara giratoria suspendida sobre la mesa, diversos instrumentos náuticos, barómetro, termómetro de mercurio, sextante, reloj marino encerrado en el serrín de su caja de roble, y que no se sacaba hasta el momento en que el capitán se disponía a tomar la altura.

Había otros dos camarotes a popa de la camareta alta, cuya parte central servía de cámara de oficiales, con una mesa para comer situada entre bancos de madera de respaldos móviles.

Uno de aquellos camarotes fue preparado para recibirme. Estaba iluminado por dos claraboyas que se abrían, la una sobre la crujía

lateral de la camareta alta y la otra sobre la popa. En aquel lugar era donde el timonel se mantenía en pie frente a la rueda del timón, por encima de la cual pasaba la botavara de la cangreja, que se prolongaba varios pies más allá del zuncho, lo que hacía a la goleta más briosa.

Mi camarote medía ocho pies por cinco. Acostumbrado a las incomodidades de la navegación, no necesitaba en absoluto ni más espacio ni más mobiliario —una mesa, un armario, un sofá de rejilla, un lavabo sobre peana de hierro y un coy de bastidor, cuya estrecha colchoneta habría provocado, sin duda alguna, las protestas de otro pasajero menos acomodaticio—. Por otra parte, no se trataba más que de una travesía relativamente corta, puesto que la *Halbrane* me desembarcaría en Tristan d'Acunha. Tomé, por tanto, posesión de aquel camarote, que no debería ocupar más que durante cuatro o cinco semanas.

A proa del palo de trinquete, bastante cercana al centro —lo que alargaba la bordada de la trinetilla—, se encontraba la cocina, amarrada por trapas bien sólidas. Más allá se abría la escotilla, reforzada por una lona encerada. Por una escalera se accedía al sollado de la tripulación y al entrepuente. Con el mal tiempo, se cerraba herméticamente aquella escotilla, y el sollado quedaba totalmente al abrigo de los golpes de mar que rompían contra las amuras del navío.

Los ocho hombres de la tripulación se llamaban Martin Holt, el maestro velero; Hardie, el maestro calafate; Rogers, Drap, Francis, Gratien, Burry y Stern, marineros entre los veinticinco y los treinta y cinco años de edad, ingleses de las costas del canal de la Mancha y del de San Jorge, todos ellos buenos conocedores de su oficio, todos sumamente disciplinados bajo una mano de hierro.

Deberé señalarlo desde el principio: el hombre, de una energía excepcional, al que obedecían a la primera palabra, al menor gesto, no era el capitán de la *Halbrane*: se trataba del segundo oficial, el teniente Jem West, que en aquella época contaba treinta y dos años de edad.

Nunca me he tropezado, a lo largo de mis viajes a través de los océanos, con una personalidad de aquel temple. Jem West nació en la mar, y no vivió durante su infancia más que a bordo de una gabarra cuyo patrón era su propio padre, y a bordo de la cual vivía

toda la familia. En ninguna época de su existencia respiró otra clase de aire que no fuese el aire salino del canal de la Mancha, del Atlántico o del Pacífico. Durante las escalas nunca bajaba a tierra más que por las necesidades de su servicio, ya fuese éste para el Estado, ya para el comercio. Si se trataba de abandonar un navío para cambiarlo por otro, se llevaba con él su saco de lona y no volvía a moverse. Alma de marino, aquel oficio era toda su vida. Cuando no estaba navegando realmente, navegaba con la imaginación. Después de haber sido grumete y marinero, se hizo contramaestre, después patrón, después teniente, y ahora cumplía las funciones en la *Halbrane* bajo el mando del capitán Len Guy.

Jem West tan siquiera poseía la ambición de llegar más lejos; no intentaba hacer fortuna; no se ocupaba ni de comprar ni de vender el cargamento. De estibarlos, sí, porque la estiba es de vital importancia para que un navío navegue adecuadamente. En cuanto a los detalles de la navegación, la ciencia marinera, la instalación del aparejo, la utilización de la energía del velamen, la maniobra a cualquier trazo, la de hacerse a la mar, las fondeadas, la lucha contra los elementos, las observaciones de la longitud y la latitud, en fin, todo aquello que concierne a esa admirable máquina que es un buque de vela, Jem West lo entendía como nadie.

He aquí, ahora, cómo era el segundo físicamente: talla mediana, más bien delgado, todo nervios y músculos, miembros vigorosos, de una agilidad de gimnasta, una mirada de marino de extraordinario alcance y de una penetración sorprendente, el rostro bronceado, los cabellos tupidos y cortos, las mejillas y el mentón imberbes, los rasgos regulares, y la fisonomía que denotaba energía, audacia y fuerza física en su máximo de tensión.



Jem West hablaba poco, tan sólo cuando se le interrogaba. Daba las órdenes con una voz clara, con las palabras precisas, sin repetirlas, de tal forma que fuese comprendido sin dilación, y se le comprendía.

Quiero llamar la atención sobre aquel tipo de oficial de la

marina mercante, que estaba consagrado en cuerpo y alma tanto al capitán Len Guy como a la goleta *Halbrane*. Parecía como si fuese uno de los órganos vitales del navío, que aquel conjunto de madera, hierro, lona, cobre y cáñamo obtuviese de él su potencia vital, que existiese una total identificación entre el uno, construido por el hombre, y el otro, creado por Dios. Y si la *Halbrane* tenía corazón, latía en el pecho de Jem West.

Completaré los detalles sobre el personal, citando al cocinero de a bordo, un negro de la costa africana llamado Endicott, de una treintena de años, y que ejercía desde hacía ocho años las funciones de coy o de cocinero a las órdenes del capitán Len Guy. El *bosseman* y él se entendían a la maravilla, y charlaban frecuentemente como auténticos camaradas. Hay que señalar que Hurliguerly pretendía poseer maravillosas recetas culinarias que Endicott ensayaba a veces, sin atraer nunca la atención de los indiferentes comensales de la cámara de oficiales.

La *Halbrane* se hizo a la mar en excelentes condiciones. Hacía un frío cortante, ya que, más allá del paralelo 48 de latitud sur, en el mes de agosto todavía era el invierno el que cubría aquella porción del Pacífico. Pero la mar estaba en calma, la brisa francamente establecida del este-sudeste. Si se mantenía aquel tiempo, lo que no sólo era de prever, sino también de desear, no tendríamos que cambiar ni una sola vez nuestras amuras, únicamente que amainar las escotas suavemente, para elevarnos hasta bordear Tristan d'Acunha.

La vida a bordo era muy regular, muy sencilla, y —lo que es aceptable en la mar— de una monotonía no desprovista de encanto. La navegación es el reposo en movimiento, el balanceo en el sueño, y yo no me quejaba de mi aislamiento. Tal vez mi curiosidad hubiese deseado ser satisfecha en un solo punto: ¿por qué el capitán Len Guy se volvió atrás después de su primera negativa a embarcarme...? Preguntar sobre aquel extremo al segundo hubiera sido perder el tiempo. Además, ¿conocía los secretos de su jefe...? Aquello no estaba directamente relacionado con su servicio y, ya lo he señalado, no se ocupaba de nada que se saliese de sus atribuciones. Y, además, ¿qué habría podido concluir de las respuestas monosilábicas de Jem West...? Entre nosotros, durante las dos comidas de la mañana y la de la noche, no se intercambiaba

ni una decena de palabras. Debo confesar, sin embargo, que con frecuencia sorprendía la mirada del capitán Len Guy dirigida obstinadamente hacia mí, como si deseara interrogarme. Parecía como si hubiese algo que yo le pudiese enseñar, cuando era yo, por el contrario, quien tenía algo que aprender de él. La verdad es que uno y otro nos quedábamos mudos.

Además, si hubiese sentido necesidad de charlar, me habría bastado con dirigirme al *bosseman*. ¡Éste estaba siempre dispuesto a mascullar las frases! Pero ¿qué habría podido decirme que me hubiese llegado a interesar? Añadiré que nunca dejaba de desearme los buenos días y las buenas noches, con una invariable prolijidad. Así..., ¿estaba contento de la vida a bordo...? ¿Me iba bien su cocina...? ¿Quería que le recomendase al morenucho de Endicott algunas de sus recetas particulares...?

—Se lo agradezco, Hurliguerly —le respondí un día—. La comida de a bordo me satisface... Es muy aceptable..., ni siquiera me trataban mejor en casa de su amigo del *Cormorán Verde*.

¡Ah! ¡Ese endemoniado Atkins! ¡Un buen hombre, en el fondo...!

—Esa es mi opinión.

—¿Puede concebirse, señor Jeorling, que él, un americano, haya consentido en confinarse en las Kerguelen con su familia...?

—¿Y por qué no...?

—¿Y que, además, sea feliz...?

—¡Lo cual ya no es tan estúpido, *bosseman*!

—¡Bueno, si Atkins me propusiera cambiarme por él, sería él el inoportuno, puesto que yo presumo de tener una vida agradable!

—¡Mi enhorabuena, Hurliguerly!

—¡Eh, bien sabe usted, señor Jeorling, que haber llegado a meter su saco en un navío como la *Halbrane* es una suerte que no se vuelve a encontrar uno por segunda vez en su vida...! Nuestro capitán no habla mucho, es cierto, nuestro segundo todavía usa menos la lengua...

—Ya me he dado cuenta de eso —declaré.

—¡Pero no importa, señor Jeorling, son dos buenos marinos, se lo aseguro yo! Lo sentirá usted cuando desembarque en Tristan...

—Me alegro de oírsele decir, *bosseman*.

—¡Y tenga en cuenta que, con esta brisa del sur por la popa, y una mar que no se mueve más que cuando los cachalotes y las

ballenas quieren agitarla, eso no tardará mucho en ocurrir! ¡Ya lo verá, señor Jeorling!, no tardaremos más de diez días en devorar las mil trescientas millas que separan las Kerguelen de las islas del Príncipe Eduardo, y otros quince más en las dos mil trescientas millas que separan estas últimas de Tristan d'Acunha.

—Es inútil que se comprometa, *bosseman*. Es necesario que se mantenga el buen tiempo y, quien desee mentir, no tiene más que predecir el tiempo... ¡Es esta una frase marinera que conviene conocer!

Fuera lo que fuese, el buen tiempo se mantuvo. Así, el 18 de agosto por la tarde, el vigía señaló, a proa, por estribor, las montañas del grupo de islas Crozet, a 40° 59' de latitud sur y a 48° de longitud este, cuya altitud está comprendida entre las seiscientas y las setecientas toesas sobre el nivel del mar.

Al día siguiente quedaron a babor las islas de la Posesión y de Schveine, tan sólo frecuentadas en la estación de la pesca. En aquella época, sus únicos habitantes eran los pájaros, las bandadas de pingüinos, las bandadas de aquellas palomas antárticas cuyo vuelo imita al de los pichones y que, por ese mismo motivo, los balleneros las han denominado *white-pigeons*[19]. A través de las caprichosas caletas del monte Crozet se derramaba la totalidad de sus glaciares en espesas capas, lentas y rugosas, y todavía pude ver sus contornos durante algunas horas. Después, todo se redujo a una última blancura, trazada en la línea del horizonte, sobre la que se redondeaban las cimas nevadas del grupo.

La proximidad de tierra es un incidente marítimo que siempre tiene interés. Se me ocurrió la idea de que el capitán Len Guy tuvo la ocasión de romper su silencio hacia su pasajero... No lo hizo.

Si los pronósticos del *bosseman* se cumplían, no pasarían ni tres días sin que los picos de la isla Marion y de la isla del Príncipe Eduardo fuesen avistados al noroeste. Sin embargo, no haríamos allí ninguna escala. Era en las aguadas de Tristan d'Acunha donde la *Halbrane* renovarían sus provisiones de agua.

Por tanto, imaginaba que la monotonía de nuestra travesía no sería interrumpida por ningún accidente marítimo o de cualquier otro tipo. Sin embargo, al amanecer del día 20, estando Jem West de guardia, después de la primera observación del ángulo horario, el capitán Len Guy, con gran sorpresa por mi parte, subió a

cubierta, siguió por una de las crujías laterales a la camareta alta y fue a situarse a popa, delante de la bitácora, donde miró el cuadrante, más por costumbre que por necesidad.

Sentado cerca del zuncho, ¿fui visto por el capitán...? No hubiese podido asegurarlo, y es absolutamente cierto que mi presencia no llamó su atención en absoluto.

Por mi parte estaba decidido a no ocuparme de él más que si él se ocupaba de mí; así es que seguí acodado contra la batayola.

El capitán Len Guy dio unos pasos y se asomó por encima del *empañetado*, observando la larga estela que arrastrábamos a popa, que parecía una cinta de encaje blanco, estrecha y lisa, según las finas líneas de la goleta se libraban rápidamente de la resistencia de las aguas.

En aquel lugar tan sólo una persona podía escuchar cualquier conversación, el timonel, el marinero Stern, quien, con las manos sobre las cabillas del timón, mantenía la *Halbrane* contra las caprichosas guiñadas que provoca la navegación en alta mar.

Parece, sin embargo, que aquello no le preocupaba al capitán Len Guy, ya que se acercó a mí y, con su voz siempre susurrante, me dijo:

—Señor..., desearía hablar con usted...

—Estoy dispuesto a escucharle, capitán.

—No lo he hecho hasta hoy..., siendo mi temperamento poco hablador... lo confieso... Y, además..., ¿le habría interesado a usted mi conversación...?

—Se equivoca al ponerlo en duda —le respondí—, ya que su conversación no puede ser más interesante.

Creo que no notó ninguna ironía en aquella respuesta, o, al menos, no lo demostró.

—Le escucho —añadí.

El capitán Len Guy pareció vacilar, mostrando la actitud de un hombre que, a punto de hablar, se pregunta si no haría mejor callándose.

—Señor Jeorling —preguntó—, ¿se ha preguntado usted por qué razón cambié de opinión a propósito de su pasaje...?

—En efecto, me lo he preguntado, capitán, y no he encontrado respuesta alguna. Tal vez, al ser usted inglés... y no tratándose de un compatriota..., no tenía usted que...

—Señor Jeorling, es precisamente, porque es usted americano, por lo que me decidí, finalmente, a ofrecerle pasaje a bordo de la *Halbrane*...

—¿Porque soy americano...? —respondí, totalmente sorprendido por aquella confesión.

—Y también..., porque es usted de Connecticut...

—Le confieso que sigo sin comprenderlo...

—Lo comprenderá si le digo que, en mi imaginación, puesto que es usted de Connecticut, puesto que visitó la isla de Nantucket, era posible que hubiese conocido usted a la familia de Arthur Gordon Pym...

—¿El héroe cuyas sorprendentes aventuras ha narrado nuestro novelista Edgar Poe...?

—El mismo, señor, ¡narración que ha hecho de acuerdo con el manuscrito en el que se relataban los detalles de aquel extraordinario y desastroso viaje a través del mar Antártico!

¡Creí estar soñando al escuchar al capitán Len Guy hablar de aquella manera...! ¿Cómo...? ¿Creía en la existencia de un manuscrito de Arthur Pym...? Pero ¡si la novela de Edgar Poe no era más que pura ficción, una obra producto de la imaginación del más prodigioso de nuestros escritores de América...! Y he aquí que un hombre sensato admitía aquella ficción como una realidad...

No le respondí, preguntándome *in petto*[20] con quién tendría que vérmelas.

—¿Ha entendido usted mi pregunta...? —prosiguió el capitán Len Guy, insistiendo.

—Sí..., sin duda alguna..., capitán..., sin duda...; pero no sé si he entendido bien...

—Se la repetiré en términos más claros, señor Jeorling, ya que deseo que me dé usted una respuesta formal.

—Me sentiré muy dichoso de poder satisfacerle.

—Lo que yo le pregunto es si, en Connecticut, conoció usted, personalmente, a la familia de Pym, que vivía en la isla de Nantucket, y estaba unida con la de uno de los más honorables fiscales del Estado. El padre de Arthur Pym, proveedor de la marina, pasaba por ser uno de los principales comerciantes de la isla. Es su hijo quien se lanzó a aquella aventura, cuyo extraño encadenamiento Edgar Poe escuchó de su propia boca.

—Y hubiese podido ser más extraño, todavía, capitán, puesto que toda esa historia tan sólo salió de la poderosa imaginación de nuestro gran poeta... No es más que pura invención.

—¡Qué pura invención...!

Y al pronunciar aquellas tres palabras el capitán Len Guy, alzando tres veces los hombros, hizo de cada sílaba la nota de una gama ascendente.

—Así es que —prosiguió— usted no cree, señor Jeorling...

—Ni yo ni nadie lo cree, Guy, y usted es el primero a quien he oído sostener que no se trata de una simple novela...

—Escúcheme usted, señor Jeorling, puesto que aunque esa novela, como usted la llama, no apareció hasta el año pasado, no por ello deja de ser una realidad. ¡Aunque hayan transcurrido once años después de los hechos que narra, no por ello dejan de ser ciertos, y se está esperando, todavía, la última palabra de un enigma que, tal vez, nunca sea revelado...!

¡Decididamente, el capitán Len Guy estaba loco, y se encontraba bajo la influencia de una crisis que producía el desequilibrio de sus facultades mentales...! ¡Afortunadamente, aunque hubiese perdido la razón, Jem West no se sentiría demasiado molesto al reemplazarlo al mando de la goleta! Pero yo no tenía más que escucharle, y como conocía la novela de Edgar Poe, por haberla leído y releído, sentía curiosidad por saber lo que iba a decirme el capitán.

—Y ahora, señor Jeorling —prosiguió, en un tono más acentuado, con una voz temblorosa que indicaba una cierta irritación nerviosa—, es muy posible que no haya conocido usted a la familia Pym, que no la haya encontrado en Hartford ni en Nantucket...

—Ni en ninguna otra parte —le respondí.

—¡Sea! ¡Pero guárdese de afirmar que esa familia no ha existido, que Arthur Gordon Pym no es más que un personaje ficticio, que su viaje no es más que un viaje imaginario...! ¡Sí...! ¡Guárdese usted tanto de todo eso como de negar los dogmas de nuestra santa religión...! ¿Es que un hombre, incluso su Edgar Poe, habría sido capaz de inventar, de crear...?

Por la creciente violencia del capitán comprendí la necesidad de respetar su monotonía y de aceptar sus afirmaciones sin discutir las.

—Ahora, señor —afirmó—, retenga usted bien los hechos que voy a precisarle... Están probados, y no hay posibilidad alguna de discutirlos. Usted sacará de ello las conclusiones que crea más convenientes... ¡Espero que no haga usted que me arrepienta de haber aceptado su pasaje a bordo de la *Halbrane*!

Estaba advertido, y bien advertido, por lo que hice un signo de aquiescencia. Hechos..., ¿hechos surgidos de un cerebro medio perturbado...? Aquello prometía ser interesante.

—Cuando la narración de Poe se publicó en 1838 me encontraba en Nueva York —prosiguió el capitán Len Guy—. Inmediatamente partí hacia Baltimore, donde residía la familia del escritor, cuyo abuelo sirvió como cabo de la marina durante la guerra de la Independencia. ¿Admitirá usted, imagino, la existencia de la familia Poe, ya que usted niega la de la familia Pym...?

Seguí mudo, prefiriendo no interrumpir las divagaciones de mi interlocutor.

—Me informé de ciertos detalles relativos a Edgar Poe... —continuó—. Se me mostró su morada... Me presenté en su casa... Primera decepción: había salido de América en aquella época [21], y no pude verlo...

¡Se me ocurrió pensar que había sido, realmente, una pena, puesto que, teniendo en cuenta la maravillosa aptitud que poseía Edgar Poe para estudiar los diversos tipos de locura, hubiese encontrado en nuestro capitán uno de los más completos!

—Desgraciadamente —prosiguió el capitán Len Guy—, si no pude encontrar a Edgar Poe, me fue absolutamente imposible remitirle a Arthur Gordon Pym... Aquel intrépido pionero de las tierras antárticas estaba muerto. Tal y como lo declaró el poeta americano al final de la narración de las aventuras, aquella muerte ya era conocida del público gracias a las comunicaciones de la prensa cotidiana.

Lo que decía el capitán Len Guy era cierto; pero, al igual que todos los lectores de la novela, creía que aquella declaración no era más que un artificio del novelista. En mi opinión, al no poder o no atreverse a poner fin a una obra de imaginación tan extraordinaria, el autor daba a entender que los tres últimos capítulos no le fueron entregados por Arthur Pym, el cual habría acabado su existencia en circunstancias súbitas y deplorables, que, por otra parte, no

describía en la narración.

—Por tanto —continuó el capitán Len Guy—, al encontrarse Edgar Poe ausente y estar Arthur Pym muerto, tan sólo me quedaba una cosa por hacer: encontrar al hombre que fue el compañero de viaje de Arthur Pym, aquel Dirk Peters que lo siguió hasta el último rincón de las altas latitudes, y de donde ambos regresaron... ¿Cómo...? ¡Se ignora...! ¿Llevaron a cabo Arthur Pym y Dirk Peters su regreso juntos...? La narración no dice nada al respecto, y allí, al igual que en otros pasajes, hay muchos puntos oscuros. Sin embargo, Edgar Poe declaró que Dirk Peters se encontraba en situación de proporcionar algunos detalles relativos a los capítulos sin comunicar y que vivía en Illinois. Partí inmediatamente hacia Illinois..., llegué a Springfield..., me informé sobre aquel hombre, que era un mestizo de origen indio... Vivía en la aldea de Vandalia... Y me dirigí hacia allí.

—¿Y no estaba...? —no pude contenerme y le pregunté, sonriendo.

—Fue mi segunda decepción: no estaba allí, o, mejor dicho, ya no vivía allí, señor Jeorling. Hacía ya cierto número de años que aquel Dirk Peters abandonó Illinois, e incluso los Estados Unidos, para ir a... no se sabe dónde. Pero he hablado, en Vandalia, con gentes que lo conocieron, en cuyas casas vivió durante los últimos tiempos, a los que contó sus aventuras, pero sin llegar a explicarles nunca el desenlace, ¡del que él es, ahora, el único en poseer el secreto!

¿Cómo...? ¿Aquel Dirk Peters existió..., existía todavía...? ¡Estuve a punto de dejarme engañar por las contundentes declaraciones del comandante de la *Halbrane*...! ¡Sí! ¡Un poco más y yo mismo me hubiese acabado entusiasmado con todo aquello...!

He aquí, por tanto, cuál era la absurda historia que ocupaba la mente del capitán Len Guy, ¡a qué estado de desequilibrio mental había llegado...!

¡Se imaginaba haber realizado aquel viaje a Illinois y haber encontrado, en Vandalia, a las gentes que conocieron a Dirk Peters...! ¡Que aquel personaje desapareciese, estaba dispuesto a creerlo, puesto que nunca existió... más que en la mente del novelista...!

Sin embargo, no quería llevarle la contraria al capitán Len Guy,

ni provocar un empeoramiento de su crisis.

Así es que me vi obligado a dar crédito a todo lo que decía, incluso cuando añadió:

—¿No ignorará usted, señor Jeorling, que, en la narración, se habla de una botella que contenía una carta sellada y que el capitán de la goleta a bordo de la cual Arthur Pym se embarcó depositó al pie de uno de los picos de las Kerguelen...?

—Eso se dice, en efecto... —le respondí.

—Pues bien, en uno de mis últimos viajes busqué el lugar donde debería encontrarse esa botella..., y la encontré [22], al igual que la carta...; y aquella carta decía que el capitán y su pasajero, Arthur Pym, realizarían todos los esfuerzos posibles para alcanzar los límites del mar Antártico...

—¿Encontró usted la botella...? —pregunté con bastante energía.

—Sí.

—¿Y la carta qué... contenía...?

—Sí.

Miré al capitán Len Guy... Sin duda alguna, le ocurría como a algunos monómanos, que son capaces de creerse sus propias invenciones. Estuve a punto de responderle: «Veamos esa carta...», pero me contuve... ¿No habría sido, incluso, capaz de haberla escrito él mismo...?

Por eso, le respondí:

—¡Es totalmente lamentable, capitán, que no haya podido encontrarse con Dirk Peters en Vandalia...! Le habría dicho, al menos, en qué condiciones tanto Arthur Pym como él regresaron de tan lejos... Recuerdo que..., en el penúltimo capítulo..., ambos se encuentran allí... Su chalupa está frente a la cortina de blancas brumas... Se precipita en el remolino de la catarata... en el momento en que se yergue una figura humana velada... Después, nada..., sólo dos líneas de puntos suspensivos...

—¡Efectivamente, señor, es realmente una pena que no haya podido ponerle la mano encima a ese Dirk Peters...! ¡Hubiese sido muy interesante saber cuál fue el desenlace de aquellas aventuras...! Pero, en mi opinión, me hubiese resultado mucho más interesante tener alguna certeza respecto a la suerte seguida por los otros...

—¿Los otros...? —exclamé, a mi pesar—. ¿De quién habla usted? Señor Len Guy —observé, como si ya no pusiese en duda la realidad de la novela de Edgar Poe—, ¿pretende usted que esos hombres no perecieron, los unos cuando la goleta fue atacada y los otros con ocasión de la avalancha artificial provocada por los indígenas de Tsalal...?

—¿Quién sabe, señor Jeorling? —respondió el capitán Len Guy con una voz alterada por la emoción—. ¿Quién sabe si, tal vez, alguno de aquellos desgraciados sobrevivió, sea a la masacre, sea a la avalancha, si uno o varios de ellos han podido escapar a los indígenas...?

—En todo caso —le respondí—, sería difícil admitir que aquellos que hubiesen podido sobrevivir se encontraran todavía vivos...

—¿Por qué?

—Porque los hechos de los que estamos hablando sucedieron hace más de once años...

—Señor —respondió el capitán Len Guy—, puesto que Arthur Pym y Dirk Peters pudieron llegar más allá de la isla Tsalal, más allá del paralelo 83, puesto que encontraron los medios para sobrevivir en medio de aquellas regiones antárticas, ¿por qué sus compañeros, si no sucumbieron a los golpes de los indígenas, si fueron lo suficientemente afortunados para poder alcanzar las islas vecinas entrevistas durante el viaje..., por qué esos desgraciados, mis compatriotas, no podrían haber sobrevivido...? ¿Por qué algunos de ellos no seguirían esperando, todavía, ser rescatados vivos...?

—Su pena lo confunde, capitán —le respondí tratando de calmarlo—. Sería imposible que...

—¡Imposible, señor...! ¿Y si se produce algún hecho, si un testimonio irrecusable se ofrece al mundo civilizado, si se descubre una prueba material de la existencia de esos desdichados, abandonados en los confines de la Tierra, osaría gritarle usted «¡Imposible!» al que tratase de acudir en su auxilio?

Y en aquel momento —con lo que me evitó tener que darle una respuesta, ya que no me hubiese escuchado—, el capitán Len Guy, cuyo pecho sacudía por los sollozos, se volvió hacia el sur, como si tratase de atravesar con su mirada los lejanos horizontes.

En definitiva, me preguntaba a qué circunstancias de su vida

debería el capitán Len Guy el haber caído en tales trastornos mentales. ¿Se debería a un simple sentimiento humanitario, llevado hasta la locura, el que se interesase hasta aquel punto por unos náufragos que nunca naufragaron..., por la simple razón de que nunca existieron...?

Entonces, el capitán Len Guy se me acercó, me puso la mano sobre el hombro y me susurró al oído:

—¡No, señor Jeorling, no, todavía no se ha dicho la última palabra sobre la tripulación de la Jane...!



Y se fue.

La *Jane* era, en la novela de Edgar Poe, el nombre de la goleta que recogió a Arthur Pym y a Dirk Peters sobre los restos del *Grampus*, y, por vez primera, acababa de pronunciarlo al final de aquella entrevista.

«De hecho —pensaba yo—, ese nombre, Guy, ¿no era asimismo el del capitán de la *Jane*..., un navío, también, como él, de nacionalidad inglesa...? Pero ¿qué prueba todo eso? ¿Qué conclusiones obtendríamos? El capitán de la *Jane* nunca vivió más que en la imaginación de Edgar Poe, mientras que el capitán de la *Halbrane* está vivo... y bien vivo... Ambos no tienen en común más que ese nombre, Guy, muy frecuente en Gran Bretaña. Pero, ahora que lo pienso, ¡será, sin duda alguna, la similitud de ambos nombres lo que ha turbado la mente de nuestro desgraciado capitán...! ¡Se imaginará que pertenece a la familia del comandante de la *Jane*...! [23] ¡Sí! Aquello era lo que lo llevó al punto donde se encontraba, y era por lo que se apiadaba de la suerte de aquellos náufragos imaginarios».

Hubiese resultado muy interesante saber si Jem West se encontraba al corriente de aquella situación, si su jefe le habló en alguna ocasión de aquellas «locuras» que acababa de relatarme. Pero aquel era un tema muy delicado, puesto que se refería al estado mental del capitán Len Guy. Además, cualquier conversación con el segundo no debería resultar nada fácil y, por otra parte, podría ser peligroso tratar aquel tema...

Me callé, por tanto. Después de todo, ¿no debería desembarcarme en Tristan d'Acunha y no se acabaría, en unos cuantos días, mi travesía a bordo de la goleta...? Pero, en realidad, ¡nunca hubiese esperado encontrarme un día con un hombre que tomase por realidad las ficciones de la novela de Edgar Poe!

Dos días después, el 22 de agosto, desde las nacientes luminosidades del alba, después de haber dejado a babor la isla Marion y el volcán que se erige en su extremo meridional hasta la altitud de cuatro mil pies, avistamos los primeros alineamientos de la isla del Príncipe Eduardo, a 46° 53' de latitud sur, y a 37° 46' de longitud este. Aquella isla quedó por la amura de estribor; más tarde, a doce horas de allí, sus últimas cimas desaparecieron tras las brumas del anochecer.

Al día siguiente, la *Halbrane* puso rumbo al noroeste, hacia el paralelo del hemisferio sur más septentrional de todos los que debería alcanzar en aquella campaña.

V. La novela de Edgar Poe

He aquí, muy sucintamente, el análisis de la célebre obra de nuestro novelista americano, que fue publicada en Richmond, con el título de

La narración de Arthur Gordon Pym [24]

Es indispensable que la resuma en este capítulo. Se verá si se debe dudar o no que las aventuras de aquel héroe de novela fuesen imaginarias. Y, además, ¿es que, aparte del capitán Len Guy, uno sólo de entre los numerosos lectores de la obra ha creído nunca en su veracidad...?

Edgar Poe pone el relato en boca de su principal personaje. Desde el prólogo del libro, Arthur Pym cuenta cómo, al regreso de un viaje por los mares antárticos, se encontró, entre los caballeros de Virginia que se interesaban por los descubrimientos geográficos, con Edgar Poe, por entonces editor del *Southern Literary Messenger*, de Richmond. Según él, Edgar Poe habría recibido su autorización para publicar en este diario, «como si se tratara de una ficción», la primera parte de sus aventuras. Habiendo sido dicha publicación favorablemente acogida por el público, lo seguía un nuevo volumen, que comprendía la totalidad del viaje, y se editó con Edgar Poe como autor.

Por lo que se desprende de mi conversación con el capitán Len Guy, Arthur Gordon Pym nació en Nantucket, donde frecuentó la escuela de New Bedford hasta los dieciséis años de edad.

Después de haber dejado dicha escuela por la academia de M. E. Ronald, fue allí donde hizo amistad con Augustus Barnard, hijo de un capitán de navío, y que era dos años mayor que él. Aquel jovencito ya había acompañado a su padre a los mares del Sur, a

bordo de un ballenero, y no cesaba de calentar la imaginación de Arthur Pym con la narración de su campaña marítima.

Fue, por tanto, de la amistad entre los dos jóvenes de donde surgieron la irresistible vocación de Arthur Pym por los viajes aventureros y aquel instinto que lo llamaba, más concretamente, hacia las altas latitudes de la Antártida.

La primera expedición de Augustus Barnard y Arthur Pym fue una excursión que realizaron a bordo de un pequeño *sloop*, el *Ariel*, chalupa con medio puente, que pertenecía a la familia de este último. Una noche en que ambos se encontraban algo achispados, con un tiempo bastante frío del mes de octubre, se embarcaron furtivamente, izaron el foque, la vela mayor y se lanzaron a mar abierta, empujados por una brisa fresca del suroeste.

Sobrevino una violenta tempestad cuando, ayudados por el reflujo, ya habían perdido de vista la costa. Los dos imprudentes continuaban ebrios. Nadie al timón, ni un solo rizo en la vela. Así es que, bajo los golpes de las furiosas ráfagas de viento, el mástil de la chalupa acabó por romperse. Además, un poco más tarde, apareció un gran navío, que pasó sobre el *Ariel* tal y como el *Ariel* habría pasado sobre una pluma flotante.

Después de la colisión, Arthur Pym nos describe minuciosamente su salvamento y el de su compañero, salvamento que se efectuó en condiciones muy difíciles. Finalmente, y gracias al segundo del *Penguin*, de New London, que llegó a la zona de la catástrofe, los dos camaradas fueron recogidos medio muertos y transportados a Nantucket.

Que aquella aventura tiene todas las características de la veracidad, que incluso sea cierta, no lo pongo en duda. Se trata de una hábil preparación para los capítulos que iban a seguirla. Igualmente, a lo largo de éstos, y hasta el momento en que Arthur Pym traspasa el círculo polar, la narración puede, con todo rigor, ser considerada como verídica. Se describe en ella una sucesión de hechos cuya admisibilidad no está en desacuerdo con su verosimilitud. Pero más allá del círculo polar, al otro lado de la banquisa austral, eso ya es otra cosa y, si el autor no ha echado mano de la más pura imaginación, quisiera verlo... Prosigamos.

Aquella primera aventura no enfrió los ánimos de ambos jovencitos. Arthur Pym se entusiasmaba cada vez más con las

historias de navegaciones que le contaba Augustus Barnard, pese a que, más tarde, haya supuesto que estaban «plagadas de exageraciones».

Ocho meses después del asunto del *Ariel* —en junio de 1827—, el *brick Grampus* fue equipado, por la firma Lloyd y Vredenburg, para la pesca de la ballena en los mares del Sur. Aquel *brick* no era más que un viejo casco mal reparado, del que el señor Barnard, el padre de Augustus, obtuvo el mando. Su hijo, que debería acompañarlo en aquel viaje, convenció a Arthur Pym para que lo siguiera. Éste no hubiese deseado nada mejor, pero su familia, y muy especialmente su madre, nunca se decidieron a dejarlo partir.

Aquello no iba a parar los pies a un joven emprendedor poco preocupado de someterse a la voluntad paterna. La insistencia de Augustus le quemaba el cerebro. Así es que decidió embarcarse secretamente a bordo del *Grampus*, puesto que el señor Barnard no le habría autorizado a desafiar la prohibición familiar. Haciéndoles creer que estaba invitado por un pariente a pasar unos días en su casa de New Bedford, se despidió de sus padres y se puso en camino. Cuarenta y ocho horas antes de que el *brick* se hiciera a la mar, se deslizó a bordo y se ocultó en un escondrijo que le fue preparado por Augustus, sin que su padre ni el resto de la tripulación supiesen nada de ello.

El camarote de Augustus Barnard se comunicaba, por medio de una trampilla, con la bodega del *Grampus*, abarrotada de barriles, balas y los mil y un objetos que componen un cargamento. Y fue por aquella trampilla por donde Arthur Pym pudo llegar a su escondrijo, una simple caja, una de cuyas paredes se deslizaba lateralmente. Aquella caja contenía un colchón, mantas, un cántaro de agua y, como víveres, galletas, mortadelas, un cuarto de carnero asado, algunas botellas de cordiales y de licores y, también, con qué poder escribir. Arthur Pym, provisto de una linterna, de una provisión de bujías y de fósforos, permaneció tres días y tres noches en su escondrijo. Augustus Barnard no pudo ir a visitarlo hasta el momento en que el *Grampus* se preparaba a maniobrar.

Una hora después, Arthur Pym comenzó a sentir los balanceos y el cabeceo del *brick*. Sintiendo incómodo en el fondo de aquella estrecha caja, salió de allí y, guiándose por la oscuridad gracias a una cuerda que estaba tendida a través de la bodega y que llegaba

hasta la trampilla del camarote de su camarada, consiguió desenvolverse en medio de aquel caos. Después, habiendo regresado a su caja, comió y se durmió.

Pasaron así varios días sin que Augustus Barnard hubiese vuelto a aparecer. O no pudo bajar a la bodega, o no se atrevió temiendo descubrir la presencia de Arthur Pym, sin haber tenido en cuenta que ya había llegado el momento de confesárselo todo al señor Barnard.

Mientras tanto, Arthur Pym empezó a sentirse mal en medio de aquella atmósfera caliente y viciada. Terribles pesadillas trastornaban su mente. Se sintió delirar. Buscó, en vano, a través de toda aquella aglomeración de la bodega, algún lugar donde pudiese respirar mejor. Durante una de aquellas pesadillas creyó sentirse entre las ganas de un león de los trópicos y, en el paroxismo del terror, perdió el conocimiento cuando ya iba a traicionarse gritando.

La realidad es que no estaba soñando. Pero tampoco era un león lo que Arthur Pym sintió sobre su pecho, sino un cachorro de perro, de pelo blanco, llamado *Tigre*, su terranova, que fue introducido a bordo por Augustus Barnard sin que hubiese sido visto por nadie —circunstancia bastante inverosímil, hay que decirlo—. En aquel momento, el fiel animal, después de haber podido reunirse con su amo, le lamía la cara y las manos dando muestras de una alegría extraordinaria.

El prisionero ya tenía, pues, un compañero. Por desgracia, durante su desvanecimiento, dicho compañero se bebió el agua del cántaro y cuando Arthur Pym quiso saciar su sed ya no contenía ni una sola gota de agua. Con su linterna apagada —puesto que el desvanecimiento le duró varios días—, sin poder encontrar ni el fósforo ni las bujías, decidió ponerse en contacto con Augustus Barnard. Desde su escondrijo, la cuerda lo condujo directamente hasta la trampilla y anduvo aquel camino pese a que se encontraba extremadamente débil a causa del sofoco y de la inanición. Pero durante el trayecto, una de las cajas de la bodega, desequilibrada por el balanceo del barco, cayó y le cerró el camino. ¡Cuántos esfuerzos no realizaría para franquear aquel obstáculo! Y, además, en vano, puesto que cuando llegó a la trampilla, que se encontraba situada bajo el camarote de Augustus Barnard, no pudo levantarla.

En efecto, introduciendo su cuchillo entre una de las junturas, pudo comprobar que una pesada masa de hierro se encontraba situada encima de la trampilla, como si se hubiese pretendido condenarla. Así es que se vio obligado a renunciar a su proyecto y, arrastrándose apenas, a regresar a su caja, donde cayó extenuado, mientras *Tigre* lo cubría de caricias.

El amo y el perro se morían de sed y, cuando Arthur Pym extendía su mano, podía sentir a *Tigre*, acostado sobre el lomo y con las patas al aire, cuyos pelos sufrían una ligera erección. Y fue así, tanteando de aquella manera, como su mano se encontró con una cuerda anudada en torno al cuerpo del perro. Aquella cuerda llevaba atada una tira de papel precisamente sobre la paletilla izquierda del animal.

Arthur Pym se sentía en el último grado de la debilidad. Su vida intelectual estaba casi aniquilada. Sin embargo, después de varias tentativas infructuosas para procurarse luz, consiguió frotar el papel con un poco de fósforo y, entonces —no podríamos, ni siquiera, imaginar cuántos y cuán minuciosos son los detalles de la narración de Edgar Poe—, se le aparecieron las terribles palabras de una frase que un ligero resplandor iluminó durante un cuarto de segundo: «... sangre tu vida depende de seguir escondido».

¡Hay que imaginarse la situación de Arthur Pym, en el fondo de la bodega, entre las paredes de aquella caja, sin luz, sin agua, sin otra cosa para saciar su sed más que aquellos ardientes licores...! ¡Y aquella nota que le llegó, aconsejándole que siguiese escondido, precedida de la palabra sangre, aquella palabra suprema, esa reina de las palabras, tan viva en misterios, en sufrimientos y en terrores! ¿Habría habido, por tanto, lucha a bordo del *Grampus*...? ¿Fue atacado el *brick* por los piratas...? ¿Se amotinó la tripulación...? ¿Desde cuándo se encontraba en aquella situación...?

¿Se podría pensar que, en medio de lo angustioso de aquella situación, el prodigioso poeta había agotado los recursos de sus facultades imaginativas...? En absoluto... ¡Su desbordante genialidad lo llevó más lejos todavía...!

En efecto, he aquí a Arthur Pym, tumbado sobre su colchoneta, casi totalmente aletargado, que escucha una especie de silbido, de soplo continuo... Es *Tigre*, que jadea..., es *Tigre*, cuyos ojos brillan en medio de las sombras..., es *Tigre*, cuyos dientes rechinan..., es

Tigre, que está rabioso...

Aterrorizado, Arthur Pym recuperó las suficientes fuerzas como para poder escapar de los mordiscos del animal, que se lanzó sobre él. Después de haberse envuelto en una manta, que fue desganaada por los blancos colmillos del perro, se lanzó fuera de la caja, cuya puerta se cerró sobre *Tigre*, que forcejeaba entre sus paredes...

Arthur Pym consiguió deslizarse a través de la estiba de la bodega. La cabeza le daba vueltas, cayó sobre un baúl, al tiempo que el cuchillo se le escapó de la mano.

En el momento en que tal vez iba a exhalar su último suspiro, escuchó pronunciar su nombre... Pusieron una botella de agua en su boca, vaciándola entre sus labios... Después de haber aspirado largamente, de un tirón, aquella exquisita bebida —la más perfecta de las voluptuosidades—, volvió a la vida.

Instantes más tarde, en un rincón de la bodega y a la luz de una linterna sorda[25], Augustus Barnard hacía a su camarada un relato de lo ocurrido a bordo desde que se hicieron a la mar.

Hasta este punto, vuelvo a repetirlo, la historia es perfectamente admisible; pero todavía no hemos llegado a los acontecimientos cuya «extraordinariedad» desafía cualquier verosimilitud.

La tripulación del *Grampus* se componía de treinta y seis hombres[26], contando a los Barnard, padre e hijo. Después de que el *brick* se hiciese a la mar, el 20 de junio, Augustus Barnard intentó, en diversas ocasiones, reunirse con Arthur Pym en su escondrijo, pero fue en vano. Era el cocinero quien lo capitaneaba —un negro como nuestro Endicott de la *Halbrane*, el cual, me apresuro a decirlo, no es hombre capaz de amotinarse.

La novela describe numerosos incidentes, masacres que costaron la vida a la mayor parte de los marineros que permanecieron fieles al capitán Barnard y, después, a la altura de las Bermudas, el abandono, en una de las pequeñas balleneras, de dicho capitán y de cuatro de sus hombres, de los que no se vuelve a tener ninguna noticia.

Augustus Barnard no se hubiese salvado sin la intervención del maestro cordelero[27] del *Grampus*, Dirk Peters, un mestizo de la tribu de los upsarokas, hijo de un mercader de pieles y de una india de las Montañas Negras, el mismo que el capitán Len Guy pretendió encontrar en Illinois...

El *Grampus* puso rumbo al suroeste bajo el mando de su segundo, cuya intención era dedicarse a la piratería recorriendo los mares del Sur.

Después de dichos acontecimientos, Augustus Barnard hubiese querido reunirse con Arthur Pym. Pero lo tenían encerrado en el sollado de la tripulación, con grilletes en los pies y en las manos, y el cocinero le afirmó que no saldría de allí más que cuando el *Grampus* «ya no fuese un *brick*». Sin embargo, unos días más tarde, Augustus Barnard consiguió librarse de los grilletes que lo sujetaban, cortar el débil mamparo que lo separaba de la bodega y, seguido por *Tigre*, intentó llegar al escondrijo de su camarada. Aunque no pudo conseguirlo, felizmente, al menos, el perro «olió» a Arthur Pym, lo que sugirió a Augustus Barnard la idea de atar al cuello de *Tigre* una nota que contenía las siguientes palabras: «He garabateado esto con sangre... Tu vida depende de seguir escondido».

La nota, como ya sabemos, fue recibida por Arthur Pym. Y fue entonces cuando, medio muerto por el hambre y la sed, se deslizó a través de la bodega, y fue el ruido que produjo su cuchillo al caérsele de la mano lo que llamó la atención de su camarada, quien pudo llegar hasta él.

Después de haberle relatado todo aquello a Arthur Pym, Augustus Barnard añadió que los revoltosos se encontraban divididos entre sí. Los unos querían dirigir el *Grampus* a las islas de Cabo Verde; los otros —y Dirk Peters se manifestaba en este sentido— estaban decididos a poner rumbo a las islas del Pacífico.

En cuanto al perro, *Tigre*, de quien su amo pensó que se encontraba rabioso, no lo estaba. Fue tan sólo una sed terrible la que le llevó a aquel estado de sobreexcitación y, finalmente, tal vez hubiese podido llegar a volverse hidrófobo; pero Augustus Barnard lo evitó llevándoselo inmediatamente al castillo de proa.

Sigue, después, una importante digresión sobre la estiba de las mercancías en los navíos comerciales —estiba de la que depende, en gran medida, la seguridad de a bordo—. Sin embargo, como la del *Grampus* se llevó a cabo con bastante negligencia, el material se desplazaba con cada bandazo del barco, por lo que Arthur Pym no pudo continuar escondido en la bodega sin que su vida hubiese corrido peligro. Felizmente, con la ayuda de Augustus Barnard,

pudo llegar hasta un rincón del entrepuente, cerca del sollado de la tripulación.

Mientras tanto, el mestizo no dejaba de testimoniar un gran afecto por el hijo del capitán Barnard. Hasta tal punto, que éste se preguntaba si no podrían llegar a contar con el maestro cordelero para tratar de volverse a hacer con el mando del navío...

Pasaron trece días desde que se hicieron a la mar en Nantucket, cuando, el 4 de julio, estalló una violenta discusión entre los amotinados a propósito de un pequeño *brick* avistado por el través, que los unos querían perseguir y los otros dejar escapar. Resultado de esta discusión fue la muerte de uno de los marineros pertenecientes al bando del cocinero —al que se alió Dirk Peters—, que era el oponente del segundo de a bordo.

Ya no quedaban más que trece hombres a bordo, contando con Arthur Pym.

Fue en aquellas circunstancias cuando estalló una terrible tempestad que conmovió aquellos parajes, El *Grampus*, horriblemente sacudido, hacía aguas por todas sus juntas. Se hizo necesario maniobrar constantemente la bomba de achique, e incluso aplicar una vela a la proa del casco, para evitar que se llenara de agua.

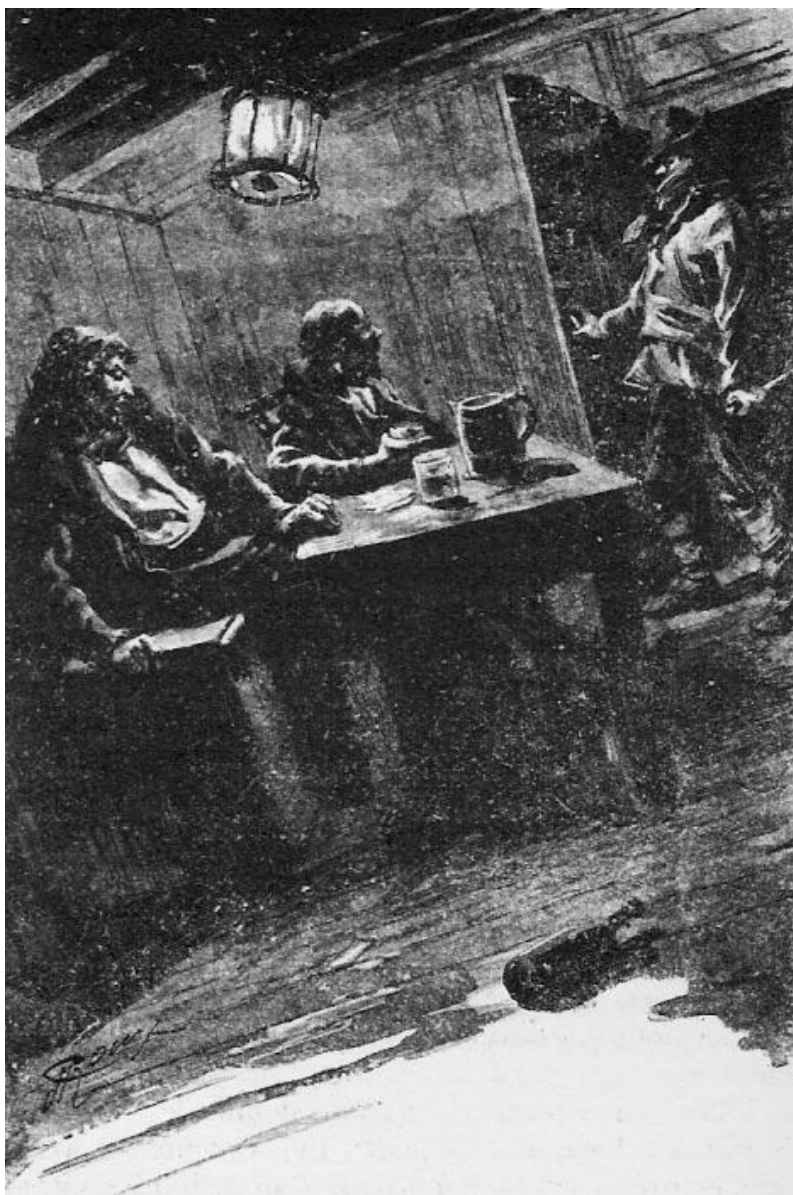
La tempestad amainó el 9 de julio y, aquel día, después de que Dirk Peters manifestase su intención de deshacerse del segundo, Augustus Barnard le prometió toda su ayuda, pero sin revelarle, no obstante, la presencia de Arthur Pym a bordo.

Al día siguiente, un tal Rogers, uno de los marineros fieles al cocinero, murió presa de terribles espasmos, y nadie puso en duda que fue envenenado por el segundo. El cocinero no contaba, pues, más que con cuatro hombres —entre ellos Dirk Peters—. El segundo tenía cinco y, probablemente, acabaría por vencer al otro bando.

No había ni un minuto que perder. Así es que, habiéndole dicho el mestizo a Augustus Barnard que había llegado el momento de actuar, éste le contó todo lo concerniente a Arthur Pym.

Sin embargo, mientras ambos discutían sobre los medios de hacerse con el mando del navío, una terrible ráfaga de viento lo escoró sobre el flanco. El *Grampus* no se enderezó sin haber embarcado, antes, una enorme masa de agua; después, consiguió ponerse a la capa con el trinquete a rizos bajos.

La ocasión parecía favorable para iniciar la lucha, pese a que los amotinados hubiesen hecho las paces entre ellos. Sin embargo, en el sollado no había más que tres hombres, Dirk Peters, Augustus Barnard y Arthur Pym, mientras que en la cámara se encontraban nueve. Además, el maestro cordelero tan sólo poseía dos pistolas y un cuchillo marino. De ahí la necesidad de actuar con toda clase de cautelas.



Arthur Pym, cuya presencia a bordo no podían tan siquiera sospechar los amotinados, tuvo entonces la idea de llevar a cabo una superchería que tenía algunas posibilidades de éxito. Como el cadáver del marinero envenenado continuaba tendido sobre cubierta, se dijo que, si se vestía sus ropas y se presentaba así

vestido en medio de aquellos marineros supersticiosos, tal vez el terror los pondría a la merced de Dirk Peters...

La noche era totalmente oscura cuando el mestizo se dirigió hacia la popa. Dotado de una fuerza prodigiosa, se precipitó sobre el timonel y, de un solo golpe, lo lanzó por encima de la borda.

Augustus Barnard y Arthur Pym se reunieron con él inmediatamente, ambos armados con las palancas de la bomba. Dejando a Dirk Peters en el puesto de timonel, Arthur Pym —disfrazado de tal guisa que parecía el marinero muerto— y su camarada fueron a situarse cerca de la escotilla que daba acceso a la cámara. El segundo, el cocinero, todos estaban allí; los unos durmiendo, los otros bebiendo o charlando, con las pistolas y los fusiles al alcance de sus manos.

La tempestad arreciaba y era imposible tenerse en pie sobre cubierta.

En aquel momento, el segundo dio la orden de ir a buscar a Augustus Barnard y a Dirk Peters —orden que fue transmitida al timonel, el cual, como sabemos, no era otro que el mismo maestro cordelero—. Éste y Barnard hijo descendieron a la cámara, donde Arthur Pym no tardó en presentarse.

El efecto de aquella aparición fue prodigioso. Aterrado ante la presencia del marinero así resucitado, el segundo se levantó, agitó los brazos en el aire y cayó fulminado. Entonces, Dirk Peters se precipitó sobre los demás, ayudado por Augustus Barnard, Arthur Pym y *Tigre*, el perro. En unos instantes todos fueron muertos a palos o estrangulados, salvo el marinero Richard Parker, al que se le perdonó la vida.

Y entonces, cuando la tormenta se encontraba en su apogeo, ya no eran más que cuatro los hombres disponibles para gobernar el *brick*, que estaba horriblemente vencido con siete pies de agua en la bodega. Fue necesario cortar el palo mayor y, a la mañana siguiente, abatir el palo de trinquete. La jornada fue terrible y la noche más terrible todavía. Si Dirk Peters y sus tres compañeros no se hubiesen atado sólidamente a los restos de un cabestrante, habrían sido arrastrados por las olas que hundían las escotillas del *Grampus*.

Le sigue, en la novela, una minuciosa serie de incidentes ocasionados por aquella situación, desde el 14 de julio hasta el 7 de

agosto: busca de víveres en la bodega inundada; llegada de un *brick* misterioso que, cargado de cadáveres, apestó la atmósfera y pasó como un enorme ataúd a la merced de un viento de muerte; terribles sufrimientos a causa del hambre y la sed; imposibilidad de alcanzar el pañol de las provisiones; sorteo echado a pajas en el que la suerte decidiría que Richard Parker sería sacrificado para salvar la vida de los otros tres; muerte de aquel desgraciado a manos de Dirk Peters..., devorado... Finalmente, algunos alimentos, un jamón y un tarro de aceitunas pudieron ser sacados de la bodega, después una tortugueta... A causa del desplazamiento de su carga, el *Grampus* da de banda cada vez más... Como consecuencia del tremendo calor que inflama aquellos parajes, las torturas de la sed alcanzan el límite de lo que un hombre es capaz de soportar... Augustus Barnard muere el 1 de agosto... El *brick* zozobra la noche del 3 al 4... Arthur Pym y el mestizo, refugiados sobre la obra viva invertida, se limitan a alimentarse con los cirrópodos que cubren el casco, en medio de bandadas de tiburones que los vigilan... Finalmente, cuando los náufragos del *Grampus* habían derivado, por los menos 25° hacia el sur, apareció la goleta *Jane*, de Liverpool, capitaneada por William Guy.

Evidentemente, no resulta demasiado irrazonable admitir la veracidad de estos hechos, aunque la exageración de las situaciones llegue hasta sus últimos límites —lo cual no podría sorprendernos en la pluma del prestigioso poeta americano—. Pero, a partir de este momento, veremos cómo es imposible conceder la menor verosimilitud a la sucesión de incidentes que siguieron.

Arthur Pym y Dirk Peters, recogidos a bordo de la goleta inglesa, fueron muy bien tratados. Quince días más tarde, una vez repuestos de los sufrimientos, ya ni se acordaban de ellos —hasta tal punto «el grado de olvido está en relación a la intensidad del cambio»—. Con alternancias de buen y mal tiempo, la *Jane* avistó, el 13 de octubre, la isla del Príncipe Eduardo y, además, siguiendo el rumbo opuesto al *Halbrane*, las islas Crozet y, más tarde, las islas Kerguelen, que yo acababa de abandonar hacía once días.

Durante tres semanas se dedicaron a la caza de becerros marinos, de los que la goleta hizo una buena provisión. Fue durante dicha escala cuando el capitán de la *Jane* depositó aquella botella

en la que su homónimo de la *Halbrane* pretendía haber encontrado una carta en la que William Guy anunciaba su intención de poner rumbo a los mares australes.

El 12 de noviembre la goleta zarpó de las Kerguelen y puso rumbo al oeste, hacia Tristan d'Acunha, tal y como nosotros lo estábamos haciendo eh éste momento. Llegó a aquella isla quince días más tarde, recaló allí durante una semana y el 5 de diciembre se hizo a la mar en busca de las islas Auroras, a 53° 15' de latitud sur, y 47° 58' de longitud este islas imposibles de encontrar y que, por supuesto, no encontró [28].

El 12 de diciembre, incursión de la *Jane* rumbo al polo antártico. El 26 se encontraron con los primeros icebergs, más al sur del paralelo 73, y avistaron la banquisa.

Entre el 1 y el 14 de enero de 1828 realizaron diferentes evoluciones harto difíciles, cruzaron el círculo polar a través de los hielos, después pasaron la banquisa, y navegaron por una mar libre —la famosa mar libre descubierta a 81° 21' de latitud sur y a 42° de longitud oeste, cuya temperatura ambiente era de 47° Fahrenheit (8,33° centígrados), y la del agua de 34° Fahrenheit (1,11° centígrados) [29].

Deberemos aceptar que aquí Edgar Poe despliega toda su fantasía. Nunca navegante alguno llegó a tales latitudes, ni siquiera el capitán James Weddell [30], de la marina británica, que no pasó del paralelo 74 en 1822.

Pero si esta incursión de la *Jane* resulta harto difícil de admitir como verídica, ¿cómo no van a serlo los incidentes que ocurrieron después? Y aquellos extraordinarios incidentes Arthur Pym —es decir, Edgar Poe— los relata con una ingenuidad inconsciente, respecto a la cual nadie podía equivocarse. ¡En realidad, no le cabía duda alguna de poder llegar hasta el polo!

En primer lugar, no encontraron ni un solo iceberg sobre aquella mar fantástica... Innumerables bandadas de pájaros volaban sobre su superficie y, entre otros, un pelícano que fue abatido de un disparo de fusil... Encontraron sobre un témpano flotante —¿entonces, quedaba alguno?—, un oso de la especie ártica y de tamaño ultragigantesco... Finalmente avistaron tierra a proa, por estribor... Se trataba de un islote de una legua de diámetro, al que se le puso el nombre de islote de Bennet, en recuerdo del socio del

capitán en la copropiedad de la *Jane*.

Aquel islote estaba situado a 82° 50' de latitud sur y a 42° 20' de longitud oeste —según dice Arthur Pym en su diario—. ¡No obstante, aconsejó a los cartógrafos que no establezcan ninguna carta de las zonas antárticas basándose en tales fantasías!

Naturalmente, a medida que la goleta avanzaba hacia el sur, la variación de la brújula disminuía, mientras que la temperatura del agua y del aire se suavizaban, bajo un cielo siempre claro, y soplando una brisa constante desde varios puntos del norte.

Desgraciadamente, se declararon algunos síntomas de escorbuto entre la tripulación, y tal vez si no hubiese sido a causa de la insistencia de Arthur Pym, el capitán hubiese virado totalmente el rumbo.

Ni que decir tiene que, en aquellas latitudes, y en el mes de enero, se disfrutaba de una claridad perenne y, en definitiva, la *Jane* hizo muy bien en proseguir su atrevida campaña, ya que el 18 de enero[31], a 83° 20' de latitud y 43° 5' de longitud, avistaron tierra.

Se trataba de una isla que pertenecía a un grupo muy numeroso, que se encontraba algo apartado, al oeste.

La goleta se aproximó a tierra y fondeo a seis brazas; se armaron las embarcaciones. Arthur Pym y Dirk Peters se embarcaron en una de ellas, que se detuvo a la vista de cuatro canoas repletas de hombres armados, de «hombres nuevos», dice el relato.

Nuevos, en efecto, ya que aquellos indígenas, negros como el azabache, vestido con las pieles de un animal negro, poseían un terror instintivo hacia el «color blanco». Y me pregunto ¿hasta qué límites no llegaría aquel horror durante el invierno...? ¿O es que la nieve, si es que nevaba, era de color negro, así como los hielos, si es que llegaban a formarse...? ¡Todo aquello no era más que pura imaginación!

En pocas palabras, aquellos isleños, sin manifestar ninguna disposición hostil, no cesaban de gritar *Anamoo-moo* y *Lama-lama*. Cuando sus canoas abordaron la goleta, el jefe, Too-Wit, pudo subir a bordo con una veintena de compañeros. Por su parte, todo aquello les sorprendió enormemente, ya que tomaban al navío por una criatura viviente y le acariciaban los aparejos, la arboladura y los empalmetados. Dirigidos por ellos entre los arrecifes, a través de una

bahía cuyo fondo era de arena negra, la goleta echó el ancla a una milla de la playa, y el capitán Willian Guy, después de haberse preocupado de retener rehenes a bordo, desembarcó sobre las rocas del litoral.

¡Qué isla, si damos crédito a Arthur Pym, aquella isla de Tsalal! Sus árboles no se parecían a ninguna de la especie de las diferentes zonas de nuestro globo. Las rocas presentaban, en su composición, una estratificación desconocida para los minerólogos modernos. ¡Sobre el cauce de los ríos corría una sustancia líquida sin apariencias de limpidez, estriada de venas diferenciadas, que, cuando eran separadas por la hoja de un cuchillo, no se cohesionaban inmediatamente!

Caminaron tres millas antes de llegar a Klock-Klock, el principal poblado de la isla. Allí no había más que miserables cabañas construidas con pieles negras; los animales domésticos se parecían al cerdo común, una especie de cordero de lana negra, volátiles de una veintena de especies, albatros domesticados, patos y numerosos galápagos.

Al llegar a Klock-Klock, el capitán Willian Guy y sus compañeros se encontraron con una población que Arthur Pym evaluó en diez mil almas, entre hombres, mujeres y niños, y que, si bien no era de temer, al menos deberían mantener a distancia, hasta tal punto eran de ruidosos y expresivos. En fin, después de haber permanecido largo rato en casa de Too-Wit, regresaron a la costa, donde la *biche de mer*[32], ese molusco tanpreciado por los chinos, más abundante que en ninguna otra parte de las regiones australes, podría proporcionar enormes cargamentos.

Y fue por esto por lo que trataron de entenderse con Too-Wit. El capitán William Guy pidió que los autorizase a construir unos hangares en los que algunos hombres de la *Jane* prepararían la *biche de mer*, mientras que la goleta proseguiría su ruta hacia el polo. Too-Wit aceptó gustoso aquella propuesta, y llegaron a un acuerdo, según el cual los indígenas colaborarían en la recolección delpreciado molusco.

Al cabo de un mes, una vez acabadas las instalaciones, se designó a tres hombres para que permaneciesen en Tsalal. No tuvieron nunca el menor motivo para sospechar de los indígenas. Antes de despedirse, William Guy quiso ir, por última vez, al

poblado, a Klock-Klock, después de haber dejado, por prudencia, seis hombres a bordo con los cañones cargados, las redes de abordaje en su sitio y el ancla izada. Debería oponerse a cualquier intento de aproximación por parte de los indígenas.

Too-Witt, escoltado por un centenar de guerreros, salió al encuentro de los visitantes. Remontaron la estrecha garganta de un barranco, entre colinas formadas de piedra jabonosa, una especie de esteatita como Arthur Pym no había visto nunca. Tuvieron que realizar mil sinuosidades a lo largo de taludes de sesenta a ochenta pies de alto y cuarenta de ancho.

El capitán William Guy y los suyos, sin demasiados temores, pese a que el lugar fuese propicio para una emboscada, caminaban apretujados, los unos junto a los otros.

A la derecha, un poco adelantados, iban Arthur Pym, Dirk Peters y un marinero llamado Allen.

Llegados a una fisura que se abría en el flanco de la colina, a Arthur Pym se le ocurrió la idea de penetrar en ella para recoger algunas avellanas que colgaban, en racimos, en avellanos raquíuticos. Una vez hecho aquello, iba a volverse sobre sus pies cuando se dio cuenta de que el mestizo y Allen se encontraban junto a él. Se disponían los tres a regresar a la entrada de la fisura, cuando una violenta y repentina sacudida los derribó al suelo. En el mismo instante, las masas jabonosas de la colina se derrumbaron, y les pasó por la mente que iban a quedarse allí enterrados vivos...

Vivos... ¿los tres...? ¡No! Allen estaba tan profundamente sepultado por los escombros que ya no respiraba.

Arrastrándose sobre sus rodillas, abriéndose camino con los cuchillos, manejando su *bowie-knife* [33], Arthur Pym y Dirk Peters lograron alcanzar ciertas prominencias de arcilla pizarrosa un poco más resistente, y después una plataforma natural en el extremo de un barranco poblado de árboles, por encima del cual se divisaba un trozo de cielo azul.

Desde allí, sus miradas pudieron abarcar toda la comarca que los rodeaba.

Acababa de producirse una avalancha, avalancha artificial, ¡sí!, provocada por los indígenas. El capitán William Guy y sus veintiocho compañeros, aplastados bajo un millón de toneladas de tierra y piedras, habían desaparecido.

La comarca estaba llena de indígenas, llegados desde las islas vecinas sin duda alguna, y atraídos por el deseo de saquear la *Jane*. Setenta balsas se dirigían hacia la goleta. Los seis hombres que quedaron a bordo enviaron una primera andanada mal ajustada y después una segunda andanada de metralla y balas enramadas, cuyo efecto fue terrible.

Sin embargo, la *Jane* fue invadida, presa de las llamas y sus defensores masacrados. Finalmente, cuando el fuego inflamó la pólvora, se produjo una formidable explosión que destruyó a un millar de indígenas y mutiló a otros tantos, mientras que el resto huía lanzando el grito de *tekeli-li... tekeli-li...*

A lo largo de la siguiente semana, Arthur Pym y Dirk Peters, alimentándose de avellanas, carne de alcaravanes y de codearía, pudieron escapar a los indígenas, que no tenían ni la menor idea de su presencia. Se encontraban en el fondo de una especie de abismo negro, sin salida, excavado en la esteatita y en una especie de marga de gránulos metálicos. Recorriéndolo, descendieron a través de una sucesión de simas. Edgar Poe proporcionó un croquis de acuerdo con su plano geométrico, cuyo conjunto reproducía una palabra de raíz árabe que significa «ser blanco», y la palabra egipcia

Π&Θ&ΡΗC

, que significa «región del sur».

Como vemos, el autor americano llega aquí, en lo inverosímil, hasta sus límites extremos. Por otra parte, no sólo había leído y releído aquella novela de Arthur Gordon Pym, sino que conocía también las otras obras de Edgar Poe. Sabía que había que considerar aquel genio como mucho más sensitivo que intelectual. ¿No ha dicho uno de sus críticos, y con razón, que «en él, la imaginación es la reina de las facultades..., una facultad casi divina, que percibe las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y las analogías...»?

¡Lo que es bien cierto es que nunca nadie ha visto, en sus libros, otra cosa que obras de la imaginación...! Entonces, ¿cómo, a menos de tratarse de un loco, un hombre del talante del capitán Len Guy admitía la realidad de unos hechos totalmente irreales...?

Prosigo:

Arthur Pym y Dirk Peters no podían quedarse a vivir en medio de aquellos abismos y, después de numerosas tentativas, lograron

dejarse deslizar por una de las pendientes de la colina. Inmediatamente, cinco salvajes se abalanzaron sobre ellos. Pero, gracias a sus pistolas, y gracias también a la extraordinaria fuerza del mestizo, cuatro de los indígenas fueron muertos. El quinto fue arrastrado por los fugitivos, quienes encontraron amarrada a la orilla una barca cargada con tres enormes tortugas. Una veintena de indígenas, lanzados en su persecución, trataron en vano de detenerlos. Fueron rechazados, y la canoa, provista de sus pagayas, se hizo a la mar poniendo rumbo al sur.

Arthur Pym navegó, entonces, más allá del paralelo 83 de latitud austral. Se encontraban a principios de marzo, es decir, muy próximos al invierno antártico. Cinco o seis islas se mostraban por el oeste, pero, por la más elemental de las prudencias, se hacía necesario evitarlas. La opinión de Arthur Pym era que la temperatura se suavizaría gradualmente a medida que fuesen acercándose al polo. En el extremo de ambas pagayas, enderezadas a bordo de la embarcación, instalaron una vela que hicieron con las camisas, liadas, de Dirk Peters y su compañero —camisas blancas cuyo color aterrorizó al indígena prisionero, que se llamaba Nu-Nu—. Durante ocho días prosiguió aquella extraña navegación favorecida por una ligera brisa del norte, con una claridad perenne, sobre una mar sin un solo témpano de hielo en la que, por otra parte, y gracias a la temperatura uniformemente elevada del agua, no se encontraron ni uno solo al sur del paralelo de la isla Bennet.

Fue entonces cuando Dirk Peters y Arthur Pym se adentraron en una región llena de novedades y de sorpresas. En el horizonte se elevaba una barrera de vapor gris, ligero; estaba engalanada de largas rayas luminosas, como las que proyectan las auroras polares. Una corriente muy fuerte acudió en ayuda de la brisa. La embarcación se deslizó por una superficie líquida, demasiado caliente y de apariencia lechosa, que parecía encontrarse agitada a sotavento. Empezó a llover una especie de ceniza blanquecina, lo que hizo aumentar considerablemente el terror de Nu-Nu, cuyos labios se entreabrían sobre una dentadura negra...

El 9 de marzo se redobló la fuerza de aquella lluvia y aumentó la temperatura del agua, hasta el punto de que ni siquiera la mano podía soportar su contacto. La inmensa cortina de vapor, tendida sobre el lejano perímetro del horizonte meridional, parecía una

catarata sin límites, cayendo en silencio desde la cima de una inmensa muralla perdida en las alturas del cielo...

Doce días más tarde, las tinieblas planearon sobre aquellos parajes, tinieblas surcadas por los efluvios luminosos que se escapaban de las profundidades lechosas del océano Antártico, donde acababa fundiéndose aquel incesante chaparrón ceniciento...

La embarcación se aproximaba a la catarata con una velocidad impetuosa cuyo origen no se señala en el relato de Arthur Pym. En ocasiones, la capa se abría dejando ver tras ella un caos de imágenes flotantes e indistintas, sacudidas por poderosas corrientes de aire...

En medio de aquellas horrorosas tinieblas pasaban bandadas de pájaros gigantescos, de una blancura lívida, lanzando su eterno *tekeli-li*, y fue entonces cuando el salvaje, en el límite del mayor de los tenores, exhaló su último suspiro.



Y, de pronto, la canoa, presa de una velocidad enloquecida, se precipitó en las entrañas de la catarata, donde se abrió una sima como para aspirarla... Pero he ahí que, a lo lejos, se erigía una figura humana velada, de un tamaño infinitamente mayor que el de ningún habitante de la tierra... Y el color de la piel de aquel

hombre era el de la más pura blancura de la nieve...

Tal es la curiosa novela, parida por el genio sobrehumano del más grande de todos los poetas del Nuevo Mundo. Es así como acaba... o, más bien, como no acaba. En mi opinión, se comprende que ante la imposibilidad de imaginar un desenlace a tan extraordinarias aventuras, Edgar Poe haya interrumpido su relato a causa de la muerte «reciente y trágica» de su héroe, al tiempo que dejaba la puerta a la esperanza de que, si algún día se encontraban los dos o tres capítulos que faltaban, serían publicados.

VI. ¡Como un sudario que se abre!

La navegación de la *Halbrane* prosiguió, ayudada por las corrientes y por el viento. Si se mantenían, en quince días se recorrería la distancia que separa la isla del Príncipe Eduardo de la de Tristan d'Acunha —alrededor de dos mil trescientas millas— y, tal y como lo anunció el *bosseman*, no sería necesario cambiar ni una sola vez las amuras. Con la invariable brisa del sudeste bien establecida, que llegaba en ocasiones a viento fuerte, no exigía más que una disminución de las velas altas.

Por lo demás, el capitán Len Guy dejaba a Jem West al cuidado de la maniobra, y el audaz «porta velas» —permítaseme esta expresión— no se decidía a tomar rizos más que cuando la arboladura amenazaba con venirse abajo. Pero yo no sentía ningún temor, ya que con aquel marino no se corría riesgo alguno. No le quitaba el ojo a sus quehaceres.

—¡Nuestro segundo es de lo que no hay —me dijo un día Hurliguerly—, y merecería mandar una nave almirante!

—En efecto —le respondí—, Jem West me parece un auténtico marino.

—¡Y, también, qué goleta nuestra *Halbrane*! ¡Felicítese usted, señor Jeorling, y felicíteme a mí, puesto que he conseguido que el capitán Len Guy cambiase de opinión respecto a usted!

—Si es usted el que ha obtenido ese resultado, *bosseman*, se lo agradezco.

—¡Y hay de qué, pues nuestro capitán dudaba terriblemente, pese a la insistencia del compadre Atkins! Pero logré hacerle comprender...

—No lo olvidaré, *bosseman*, no lo olvidaré, puesto que, gracias a su intervención, en lugar de estar aburriéndome en las Kerguelen no tardaré en avistar Tristan d'Acunha...

—Dentro de unos días, señor Jeorling. Pero ¡imagínese usted que, según lo que he oído decir, actualmente están trabajando en Inglaterra y América con barcos que tienen una máquina en el vientre y ruedas de las que se sirven como un pato de sus aletas...! Esto está bien, pero se sabrá lo que valen con el uso. Sin embargo, ¡me parece que esos barcos nunca podrán igualar a una bella fragata del sesenta navegando a todo trapo! ¡El viento basta, señor Jeorling, incluso cuando hay que puntearlo en cinco cuartos, y un marino no necesita ruedecillas en el casco...!

No tenía por qué discutir las opiniones del *bosseman* sobre el uso del vapor en la navegación. Tan sólo nos encontrábamos en los tanteos, y la hélice todavía ni siquiera había reemplazado a las ruedas. En cuanto al futuro, ¿quién hubiera podido predecirlo...?

Y en aquel momento me vino a la memoria que la *Jane*, aquella *Jane* de la que el capitán Len Guy me habló como si realmente hubiese existido, como si la hubiese visto con sus propios ojos, llevó a cabo, precisamente en quince días, la travesía entre la isla del Príncipe Eduardo y la isla de Tristan d'Acunha [34]. Aunque es bien cierto también que Edgar Poe disponía, a su antojo, tanto de los vientos como de la mar.

Además, durante los quince días siguientes, el capitán Len Guy no volvió a hablarme de Arthur Pym. Incluso parecía como si nunca hubiese dicho nada sobre las aventuras de aquel héroe de los mares australes. Si esperaba convencerme de su autenticidad, habría demostrado poseer una inteligencia mediocre. Lo repito, ¿cómo hubiese sido posible que un hombre sensato consintiese discutir seriamente sobre aquel tema? A menos que hubiese perdido la razón, o que se tratase de un monómano sobre aquel tema concreto, tal y como lo era Len Guy, nadie —lo repito por décima vez—, nadie podría ver en el relato de Edgar Poe más que una obra de la imaginación.

¡Imagínense! ¡Según el relato, la goleta inglesa habría alcanzado el paralelo 84 de latitud sur, y aquel viaje no tuvo el relieve de un gran acontecimiento geográfico...! ¿Cómo era posible que Arthur Pym, de regreso de las profundidades de la Antártida, no hubiese sido encumbrado por encima de un Cook, un Weddell, un Biscoe...? ¿Cómo tanto a él como a Dirk Peters, los dos pasajeros de la *Jane* que habrían incluso ido más allá de aquel paralelo, no se les

rindieron honores públicos...? ¿Y qué pensar de aquella mar libre por ellos descubierta..., de aquella velocidad extraordinaria de las corrientes que los arrastraban hacia el polo..., de la temperatura anormal de aquellas aguas, calentadas por debajo, que ni las manos podían soportarla..., de aquella cortina de vapores que se levantaba en el horizonte..., de aquella catarata gaseosa que se entreabre y tras la que aparecen figuras de tamaño sobrehumano...?

Y, además, y sin entrar en todas esas inverosimilitudes, me hubiese gustado saber cómo regresaron Arthur Pym y el mestizo desde tan lejos, cómo pudieron ir, con su embarcación tsalaliana, más allá del círculo polar; cómo, finalmente, fueron recogidos y repatriados. ¿Franquear una veintena de paralelos, atravesar la banquisa y ganar las tierras más cercanas con una frágil canoa de pagayas...? ¿Cómo es posible que el diario de Arthur Pym no haya descrito todos los incidentes de aquel regreso...?

Se me dirá que Arthur Pym murió antes de haber entregado los últimos capítulos de su relato... ¡Sea! Pero ¿es verosímil que no hubiese dicho ni una sola palabra al editor del *Southern Literary Messenger*...? Y, ¿por qué Dick Peters, que habría residido en Illinois durante varios años, se habría callado el desenlace de dichas aventuras...? ¿Habría tenido, acaso, algún interés concreto en ocultarlo...?

Es cierto que el capitán Len Guy —según él— fue a Vandalia, donde, tal y como dice la novela, vivía Peters, y no lo encontró... ¡Estoy de acuerdo! Al igual que Arthur Pym, no existió nunca, lo repito, más que en la sorprendente imaginación del poeta americano... Y, reconozcámoslo, ¿no era todo aquello un testimonio más de la extraordinaria potencia creadora de aquel genio, puesto que llegó, incluso, a hacer que algunas mentes creyeran que era real lo que tan sólo era pura ficción...?

Sin embargo, me daba cuenta de que habría sido muy mal recibido si intentase discutir de nuevo con el capitán Len Guy —obsesionado por aquella idea fija— y tratase de repetirle unas argumentaciones que no le habrían convencido. Más sombrío, más ensimismado, jamás aparecía por la cubierta de la goleta a menos que su presencia fuese necesaria. Entonces, su mirada recorría obstinadamente el horizonte meridional, como si intentase traspasarlo.

Y tal vez creía ver allí aquella capa de vapores estriada por largas hendiduras, y aquellas alturas del cielo oscurecidas por impenetrables tinieblas, y aquellos resplandores luminosos que surgían de las profundidades lechosas de la mar, y aquel gigante blanco mostrándole la ruta a través de las simas de la catarata...

¡Curioso monómano nuestro capitán! Felizmente, su inteligencia guardaba toda su lucidez respecto a cualquier otro tema que no fuese aquél. En cuanto a sus cualidades de marino, seguían intactas, y los temores que pude haber sentido en otro momento no parecía que fueran a manifestarse.

Debo decir que lo que me parecía más importante era descubrir cuáles eran las razones por las que el capitán Len Guy tenía tanto interés por los supuestos naufragos de la *Jane*. Incluso aunque llegásemos a aceptar como verídico el relato de Arthur Pym, aunque admitiéramos que la goleta inglesa atravesó aquellos infranqueables parajes, ¿por qué aquellos inútiles pesares? Aunque algunos marinos de la *Jane*, sus jefes o sus oficiales, hubiesen sobrevivido a la explosión o a la avalancha provocada por los nativos de la isla Tsalal, ¿podría suponerse, razonablemente, que todavía siguiesen con vida? Según las fechas indicadas por Arthur Pym, hacía once años de los hechos y, desde entonces, admitiendo que aquellos desdichados hubiesen escapado a los isleños, ¿cómo habrían podido satisfacer sus necesidades en tales circunstancias? ¿No deberían de haber perecido hasta el último...?

¡Bueno! ¡Ahora soy yo quien se pone a discutir seriamente sobre semejante hipótesis, pese a que no están avaladas por ningún dato real! Un poco más, y empezaré a creer en la existencia de Arthur Pym, de Dirk Peters, de sus compañeros de la *Jane* perdida más allá de la banquisa de la mar austral. ¿Se me habrá contagiado la locura del capitán Len Guy? Y, de hecho, ¿no he sido yo quien se sorprendió estableciendo, hace unos instantes, una comparación entre la ruta seguida por la *Jane*, remontando hacia el oeste, y la que está siguiendo la *Halbrane*, camino de los parajes de Tristan d'Acunha?

Nos encontrábamos a 3 de septiembre. Si no se producía ningún retraso —y no podría venir más que de cualquier incidente marino—, nuestra goleta avistaría puerto tres días más tarde. Además, era tal la altitud de la principal de las islas del grupo, que, con buen

tiempo, podía ser avistada a grandes distancias.

Aquel día, entre las diez y las once de la mañana, me encontraba paseando de proa a popa, del lado del barlovento. Nos deslizábamos suavemente sobre la superficie de una mar ondulada, algo chapoteadora. Parecía como si la *Halbrane* fuese un enorme pájaro —uno de aquellos gigantescos albatros señalados por Arthur Pym— que desplegase su larga envergadura y llevase a toda una tripulación a través del espacio. ¡Sí! Para un espíritu imaginativo, aquello ya no era navegar, era volar, y el golpeteo de las velas era el aleteo de las alas.

Jem West, de pie cerca del cabestrante, al abrigo de la trinquetilla, con su catalejo en los ojos, miraba, por sotavento, hacia un objeto que flotaba a dos o tres millas, que varios marineros inclinados por encima de la borda señalaban con el dedo.

Se trataba de una masa de diez a doce yardas de superficie, irregularmente formada, en cuya parte central se elevaba una tumescencia que resplandecía vivamente. Aquella masa subía y bajaba con las olas que se desplazaban en dirección noroeste.

Fui hacia la batayola de proa y observé, atentamente, aquel objeto.

A mis oídos llegaban los pareceres de los marineros, siempre interesados por los más insignificantes incidentes marinos.

—No es una ballena —dijo Martin Holt, el maestro velero—. ¡Ya habría resoplado una o dos veces desde que la estamos observando!

—Por supuesto, no se trata de una ballena —afirmó Hardie, el maestro calafate—. Tal vez sea el casco de un navío abandonado...

—¡Que el diablo se lo lleve al fondo! —exclamó Rogers—. ¡Ve y lánzate contra él durante la noche! ¡Bastaría para que nos destrozase el casco y nos enviase a pique sin damos tiempo ni para enterarnos!

—Te creo —añadió Drap—, esos pecios son más peligrosos que una roca, puesto que un día están aquí y el otro allá, y, ¿cómo detenerlos...?

Hurliguerly acababa de acercarse.

—¿Qué piensa usted, *bosseman*? —le pregunté, una vez que se hubo acodado cerca de mí.

Hurliguerly miró con atención y como la goleta, impulsada por una brisa fresca, avanzaba rápidamente hacia aquella masa, se

hacía en cada momento más sencillo dar una opinión.

—Creo, señor Jeorling —respondió el *bosseman*—, que eso no es ni un soplador ni un pecio, sino, tan sólo, un témpano de hielo...

—¿Un témpano de hielo...? —exclamé.

—Hurliguerly no se equivoca —afirmó Jem West—. Se trata, en efecto, de un témpano de hielo, de un trozo de iceberg que las corrientes han arrastrado...

—¿Cómo —proseguí—, que lo han arrastrado hasta el paralelo 45...?

—En efecto, señor... —respondió el segundo—, los témpanos de hielo llegan, en ocasiones, hasta la altura del Cabo, si damos crédito a un navegante francés, el capitán Bloseville, que los habría encontrado por aquellos parajes en 1828.

—Entonces, ¿éste no tardará en fundirse...? —dije bastante sorprendido por el hecho de que el teniente West me hubiese honrado con una respuesta tan extensa.

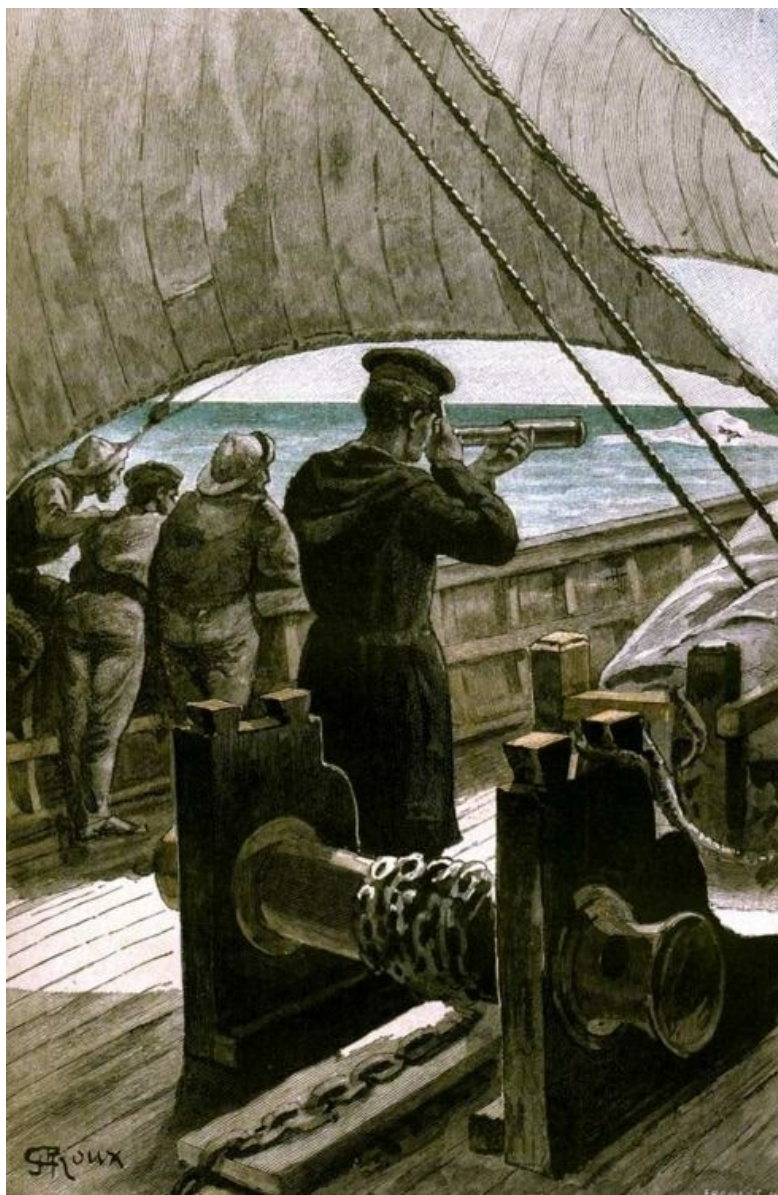
—Debe, incluso, estar disuelto en su mayor parte —afirmó el segundo—, y eso que estamos viendo es, sin duda, lo que queda de una montaña de hielo que debería pesar millones de toneladas.

El capitán Len Guy acababa de salir de la camareta alta. Cuando vio al grupo de marineros en torno a Jem West, se dirigió hacia proa.

Después de unas cuantas palabras pronunciadas en voz baja, el segundo le pasó el catalejo.

Len Guy lo enfocó sobre el objeto flotante, al que la goleta se había aproximado alrededor de una milla y, después de haberlo observado durante casi un minuto:

—Es un témpano de hielo —dijo—, y es una suerte que se disuelva. La *Halbrane* podría haberse averiado gravemente si lo hubiese embestido durante la noche...



Me llamó la atención el cuidado con que el capitán Len Guy lo observaba. Parecía como si su mirada no pudiera apartarse del ocular del catalejo, convertido, por así decirlo, en la pupila de su ojo. Estaba inmóvil, como si se hubiese encontrado clavado a la cubierta. Insensible a los balanceos y cabeceos, los dos brazos

rígidos, gracias a su larga práctica, mantenía imperturbablemente el témpano de hielo en el campo de su objetivo. Su bronceado rostro presentaba, aquí y allá, placas hécticas[35], manchas pálidas y de sus labios se le escapaban palabras ininteligibles.

Pasaron algunos minutos. La *Halbrane*, a buena marcha, estaba a punto de dejar atrás el témpano de hielo a la deriva.

—Viren un cuarto —dijo el capitán Len Guy sin soltar el catalejo.

Adiviné lo que pasaba por la mente de aquel hombre obsesionado por una idea fija. Aquel trozo de hielo arrancado a la banquisa austral venía de los parajes a los que su mente lo arrastraba sin cesar. Quena verlo más de cerca..., tal vez abordarlo..., tal vez recoger algunos pedazos.

Mientras tanto, a la orden transmitida por Jem West, el *bosseman* hizo amainar ligeramente las escotas, y la goleta, arribando de un cuarto, se dirigió hacia el témpano de hielo. Muy pronto nos encontramos a tan sólo dos cables, y pude examinarlo.

Tal y como se ha señalado, la tumescencia central estaba fundiéndose por todos sus costados. Hilillos acuosos se escurrían por sus paredes. En el mes de septiembre de aquel año tan precoz, el sol poseía bastante fuerza como para provocar la disolución, activarla e incluso precipitarla.

Con toda certeza, antes del final de la jornada ya no quedaría ni rastro de aquel témpano de hielo arrastrado por las corrientes hasta la altura del paralelo 45.

El capitán Len Guy seguía observando, pero sin que tuviese necesidad del catalejo. Empezó a distinguirse, incluso, un cuerpo extraño que, poco a poco, a medida que se operaba la fusión, se ponía en evidencia; una forma de color negruzco extendida sobre la capa de hielo.

Y ¡cuál no sería nuestra sorpresa y nuestro horror!, cuando se vio aparecer un brazo, después una pierna, luego un torso, después una cabeza, pero no desnudo, sino cubiertos por ropas oscuras...

Durante unos instantes llegué a creer, incluso, que aquellos miembros se movían..., que aquellas manos se tendían hacia nosotros...

La tripulación no pudo contener un grito.

¡No! Aquel cuerpo no se movía, sino que se deslizaba

suavemente sobre la helada superficie...

Miré al capitán Len Guy. ¡Su rostro estaba tan lívido como el de aquel cadáver, llegado a la deriva desde las lejanas latitudes de la zona austral!

Lo que había que hacer para recoger a aquel desdichado se hizo al instante, ¡quién sabe si, todavía, no lo animaba algún soplo de vida...! ¡En todo caso, tal vez sus bolsillos contuvieran algún documento que permitiese identificarlo...! Después, acompañado de unas últimas oraciones, se abandonaría aquellos restos humanos a las profundidades del océano, ¡aquel cementerio de los marinos muertos en la mar...!

Se arrió la chalupa. Montaron a bordo el *bosseman* con los marineros Gratian y Francis, cada uno de ellos sirviendo a un remo. Invirtiendo la disposición de las velas, sus foques y su trinquetilla atravesados, la cangreja cazada a tope. Jem West anuló la marcha de la goleta, dejándola casi inmóvil, subiendo y bajando sobre las largas olas.

Seguí a la chalupa con la vista. Abordó el costado del témpano de hielo raído por las aguas.



Hurliguerly puso el pie en un lugar que todavía ofrecía cierta resistencia. Gratian desembarcó cerca de él, mientras que Francis mantuvo la chalupa por la cadena del rezón.

Ambos se arrastraron hasta el cadáver, lo cogieron, el uno por las piernas y el otro por los brazos, y lo embarcaron.

En unas cuantas paladas, el *bosseman* alcanzó la goleta.

El cadáver, congelado de la cabeza a los pies, fue depositado junto a la carlinga del palo de trinquete.

Inmediatamente el capitán Len Guy fue hacia él y lo miró largamente, como si estuviese tratando de reconocerlo.

Aquel cuerpo era el de un marino; estaba vestido con un tejido basto, pantalón de lana, marinera remendada, camisa de muletón espeso, un cinturón que daba dos vueltas a su talle. No cabía duda alguna de que su muerte se remontaba a varios meses atrás, poco después, probablemente, de que aquel desdichado hubiese sido arrastrado por la deriva...

El hombre que llevamos a bordo no debería tener más que una cuarentena de años, pese a que sus cabellos ya fuesen entrecanos. Su delgadez era espantosa —un esqueleto cuyos huesos sobresalían bajo la piel—. Debería haber sufrido las terribles torturas del hambre durante el trayecto de, al menos, veinte grados, desde el círculo polar Antártico.

El capitán Len Guy acababa de separar los cabellos de aquel cadáver conservado por el frío. Le irguió la cabeza, buscó su mirada bajo los párpados, pegados el uno contra el otro y, finalmente, se le escapó este nombre con un sollozo desgarrador:

—¡Patterson... Patterson!

—¿Patterson...? —exclamé.

¡Me pareció que aquel nombre, por muy corriente que fuese, ocupaba algún lugar en mi memoria...! ¿Cuándo lo había oído pronunciar..., o es que lo habría leído en alguna parte...?

Entonces, el capitán Len Guy, de pie, recorrió lentamente el horizonte con su mirada, como si fuera a dar la orden de poner rumbo al sur...

En aquel momento, el *bosseman*, obedeciendo a una orden de Jem West, introdujo su mano en los bolsillos del cadáver. Saco un cuchillo, un trozo de cuerda, una caja de tabaco vacía; después, un cuaderno de notas, de cuero, provisto de un lapicero metálico.

El capitán Len Guy se volvió y, en el momento en que Hurliguerly tendía la mano a Jem West:

—¡Dámelo! —dijo.

Algunas hojas estaban cubiertas de una escritura que la humedad borró en su práctica totalidad. Pero la última página

contenía palabras descifrables todavía, e imagínese cuál no sería mi emoción cuando escuché al capitán Len Guy leer, con voz temblorosa:

«La Jane..., isla Tsalal... a 83... Allí... hace once años... Capitán... cinco marineros supervivientes... Que se les socorra pronto...».

Y bajo aquellas líneas un nombre..., una firma..., el nombre de Patterson...

¡Patterson...! ¡Entonces me acordé...! ¡Se trataba del segundo de la *Jane*, el segundo de aquella goleta que recogió a Arthur Pym y a Dirk Peters sobre el pecio del *Grampus*..., la *Jane*, conducida hasta la latitud de la isla Tsalal, la *Jane*, atacada por los isleños y destrozada por la explosión...!

¡Entonces, todo aquello era cierto...! ¡Edgar Poe tan sólo realizó el trabajo de historiador, no el de un novelista...! ¡Tuvo, por tanto, conocimiento del diario de Arthur Gordon Pym...! ¡Establecieron relaciones directas entre ellos...! ¡Arthur Pym existía o, mejor dicho, existió..., él..., un ser real...! ¡Y estaba muerto, de una muerte súbita y deplorable, en circunstancias no reveladas, antes de que hubiera podido completar el relato de su extraordinario viaje...! ¡Y había alcanzado aquel paralelo después de abandonar la isla de Tsalal con su compañero Dick Peters! Pero ¿cómo habrían podido ser repatriados a América...?

Pensé que me iba a estallar la cabeza, que iba a volverme loco, ¡yo, que acusaba al capitán Len Guy de estarlo...! ¡No! ¡Había entendido mal..., había comprendido mal...! ¡Aquello no era más que una jugarreta de mi mente...!

Pero ¿cómo podría rechazar aquel testimonio encontrado sobre el cuerpo del segundo de la *Jane*, de aquel Patterson cuya declaración, tan afirmativa, se apoyaba en hechos reales...? Y, sobre todo, ¿cómo podría conservar ni una sola duda de que Jem West, más tranquilo, hubiese podido llegar a descifrar otros cuantos trozos de frases?

«Arrastrado desde el 3 de junio al norte de la isla Tsalal... Allí... todavía... capitán William Guy y cinco hombres de la *Jane*... Mi témpano de hielo deriva a través de la banquisa... va a faltarme la comida... Desde el 13 de junio... agotadas mis últimas provisiones... Hoy... 16 de junio... no queda nada...».

¡Así es que hacía tres meses que el cuerpo de Patterson yacía sobre la superficie de aquel témpano de hielo encontrado en la ruta de las Kerguelen a Tristan d'Acunha...! ¡Ah! ¡Si hubiéramos podido salvar al segundo de la *Jane*...! ¡Hubiese podido decirnos lo que no sabíamos, lo que tal vez no sabríamos nunca, el secreto de aquella terrible aventura!

Finalmente, tenía que rendirme ante la evidencia. ¡El capitán Len Guy, que conocía a Patterson, acababa de encontrar su cadáver helado...! Y era él quien acompañaba al capitán de la *Jane* cuando, durante una escala, enterró la botella en las Kerguelen, ¡y en aquella botella se encontraba la carta cuya autenticidad me negaba a aceptar...! ¡Sí...! ¡Desde hacía once años, los supervivientes de la goleta inglesa se encontraban allí abajo, sin esperanzas de ser rescatados nunca...!

Entonces se operó en mi ánimo sobreexcitado la aproximación entre aquellos dos nombres, que podría explicarme el interés que nuestro capitán sentía por todo lo que concerniese al tema de Arthur Pym.

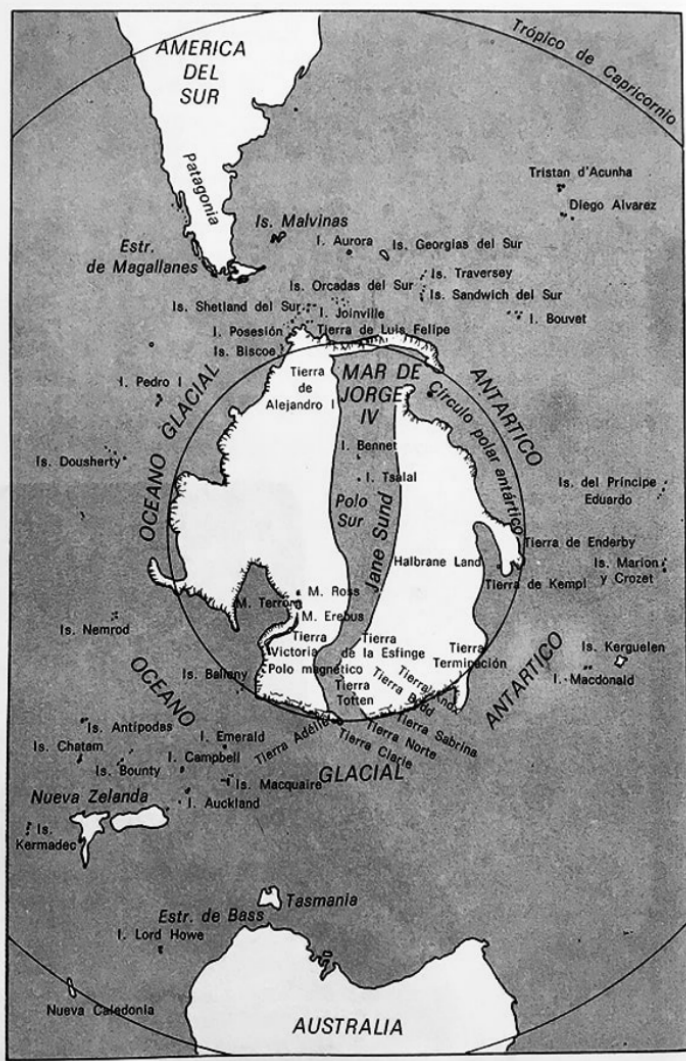
Len Guy se volvió hacia mí y, mirándome, no dijo más que estas palabras:

—¿Lo cree usted, ahora...?

—¡Lo creo..., lo creo...! —pude balbucear—. Pero, entonces, el capitán William Guy de la *Jane*...

—¡Y el capitán Len Guy, de la *Halbrane*, son hermanos! —exclamó con una voz potente, que fue oída por toda la tripulación.

Después, cuando nuestros ojos se dirigieron hacia el lugar donde debería flotar el témpano de hielo, la doble influencia de los rayos solares y de las aguas de aquella latitud había producido sus efectos, y ya no quedaba ninguna señal sobre la superficie de la mar.



VII. Tristan d'Acunha

Cuatro días después, la *Halbrane* avistaba aquella isla tan curiosa que es Tristan d'Acunha, de la que se podía decir que es como la caldera de los mares africanos.

¡Sin duda alguna, aquel encuentro, a más de quinientas leguas del círculo antártico, aquella aparición del cadáver de Patterson, podemos calificarla como de un hecho extraordinario! ¡Y ahora he aquí que el capitán de la *Halbrane* y su hermano, el capitán de la *Jane*, estaban ligados el uno al otro por aquel aparecido de la expedición de Arthur Pym...! ¡Sí! Podría parecer inverosímil... Pero ¿cómo calificarlo, si lo comparamos con lo que todavía me queda por relatar...?

Además, me parecía que era llegar hasta los límites de la inverosimilitud el que la novela del poeta americano fuese una realidad. Primero, mi espíritu se rebeló... ¡Quise cerrar los ojos ante la evidencia...!

Finalmente, tuve que rendirme a ella y mis últimas dudas se despejaron con el cuerpo de Patterson en las profundidades del océano.

Pero no sólo el capitán Len Guy estaba atado por los lazos de la sangre a aquella dramática y verídica historia, sino también, como muy pronto pude saberlo, nuestro maestro velero. En efecto, Martin Holt era el hermano de uno de los mejores marineros del *Grampus*, uno de los que debieron de haber muerto antes de salvamento de Arthur Pym y Dirk Peters por la *Jane*.

¡Así es que, entre el paralelo 83 y el paralelo 84 de latitud sur, siete marineros ingleses —actualmente reducidos a seis— vivieron desde hacía once años en la isla de Tsalal: el capitán William Guy, el segundo Patterson y cinco marineros de la *Jane*, que escaparon, ¿por qué milagro?, a los indígenas de Klock-Klock...!

Y ahora, ¿qué iba a hacer el capitán Len Guy...? No cabía la menor duda al respecto: haría todo lo posible por salvar a los supervivientes de la *Jane*... Lanzaría a la *Halbrane* hacia el meridiano señalado por Arthur Pym... La conduciría hasta la isla Tsalal, señalada en el cuaderno de notas de Patterson... Su segundo, Jem West, iría a donde él le ordenara. Su tripulación no dudaría en seguirlo y el temor a los peligros que acarrearía tal expedición, tal vez más allá de los límites asignados a las fuerzas humanas, no podría detenerlos... El alma del capitán estaría en ellos..., el brazo de su segundo dirigiría sus brazos...

¡He aquí, pues, por qué el capitán Len Guy se negaba a admitir pasajeros a bordo, por qué me afirmó que sus itinerarios nunca eran seguros, esperando siempre que se presentase la ocasión de poder aventurarse por la mar glacial...!

Incluso me atrevería a pensar que, si la *Halbrane* se encontrase ya dispuesta para emprender aquella campaña, el capitán Len Guy habría dado la orden de poner rumbo al sur. Y de acuerdo con las condiciones en que fui admitido a bordo, no habría podido obligarle a proseguir su ruta para que me depositase en Tristan d'Acunha.

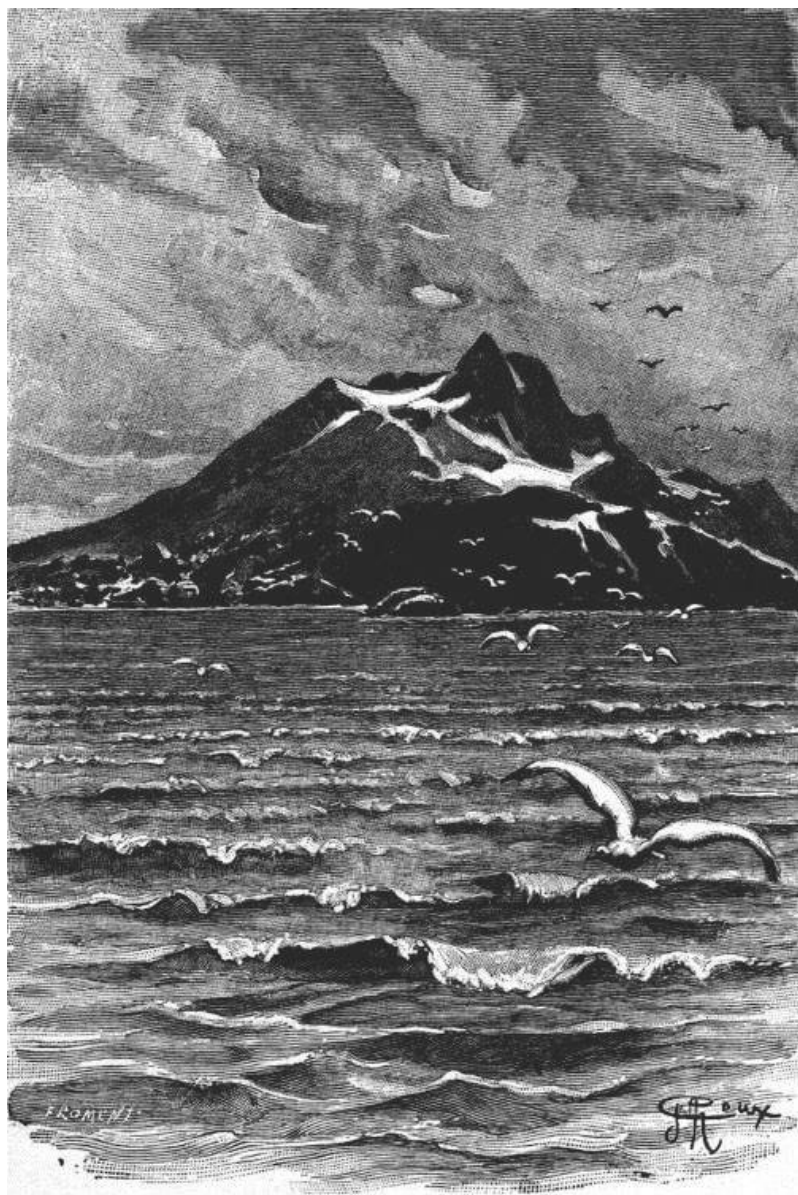
Por lo demás, se imponía la necesidad de hacer provisiones de agua en aquella isla, de la que ya no nos encontrábamos muy lejos. Tal vez allí existiría la posibilidad de preparar a la goleta para que pudiese hacer frente a los icebergs y pudiera alcanzar la mar libre, puesto que estaba libre más allá del paralelo 82, e internarse mucho más lejos de donde lo hicieron Cook, Weddell, Biscoe y Kemp, para intentar, en definitiva, lo que en aquellos mismos momentos estaba intentando el teniente Wilkes, de la marina americana.

Pues bien, una vez en Tristan d'Acunha, yo esperarí el paso de otro navío. Además, aunque la *Halbrane* se hubiese encontrado dispuesta para emprender tal expedición, la estación no le habría permitido, todavía, franquear el círculo polar. En efecto, no habiendo finalizado aún la primera semana de septiembre, deberían pasar, al menos, dos meses antes de que el verano austral hubiese partido la banquisa y provocado el deshielo.

Los navegantes ya sabían por aquel entonces que es, precisamente, a partir de mediados de noviembre y hasta principios de marzo cuando las audaces tentativas pueden llegar a ser coronadas con cierto éxito. La temperatura es entonces mucho más

soportable, las tempestades menos frecuentes, los icebergs se desprenden de la masa de hielos, la barrera se agujerea y la luz perenne ilumina aquella lejana comarca. Existían reglas de prudencia, de la que la *Halbrane*, sabiamente, no quería apartarse. Así, en caso de que fuese necesario, nuestra goleta, después de haber renovado sus provisiones de agua en las aguadas de Tristan d'Acunha y de que se hubiese aprovisionado de víveres frescos, tendría tiempo suficiente para ir, ya sea a las Malvinas, ya a la costa americana, a un puerto mejor equipado, desde el punto de vista de las posibilidades para realizar reparaciones, que aquel grupo solitario de islas en el desierto del Atlántico Sur.

Cuando la atmósfera está clara, la mayor de las islas es visible desde una distancia de ochenta y cinco a noventa millas. Aquellas informaciones sobre Tristan d'Acunha las obtuve del *bosseman*. Como él las había visitado en diferentes ocasiones, podía hablar con conocimiento de causa.



Tristan d'Acunha se encuentra al sur de la zona batida por los vientos regulares del suroeste. Su clima, suave y húmedo, implica una temperatura moderada que no baja de los veinticinco grados Fahrenheit (alrededor de los cuatro grados centígrados), y que no sube nunca de los sesenta y ocho grados Fahrenheit (alrededor de

veinte grados centígrados). Los vientos dominantes son los del oeste y los del noroeste y, durante el invierno —agosto y septiembre—, los del sur.

La isla estuvo habitada, desde 1811, por el americano Lamed y otras cuantas personas del mismo origen, equipados para la pesca de mamíferos marinos. Después de ellos se instalaron los soldados ingleses encargados de vigilar los mares de Santa Elena, y no se fueron de allí hasta después de la muerte de Napoleón, en 1821 [36].

Que unos treinta o cuarenta años más tarde Tristan d'Acunha contara con un centenar de habitantes de bastante buena planta —mezcla de europeos, americanos y holandeses del Cabo—, que se haya establecido una república con un patriarca en calidad de jefe —aquel de los padres de familia que poseía mayor número de hijos—, y que, finalmente, el grupo de islas haya acabado por reconocer la soberanía de la Gran Bretaña, todo aquello todavía no había ocurrido en aquel año de 1839, en el que la *Halbrane* se preparaba para recalar allí.

Además, deberé constatar inmediatamente, como consecuencia de mis observaciones personales, que la posesión de Tristan d'Acunha no valía la pena que nadie se la disputase. Y ello pese a que su nombre, en el siglo XVI, fue el de «tierra de la vida». Si disfrutaba de una flora especial, dicha flora estaba, tan sólo, representada por los helechos, los licopodios, una gramínea picante, la espartina, que tapizaba los declives inferiores de la montaña. En cuanto a la fauna doméstica, los bueyes, las ovejas y los puercos componían su única riqueza, y eran objeto de un cierto comercio con Santa Elena. Es cierto que no existía un solo reptil ni un solo insecto, y que los bosques no abrigaban más que una sola especie de felino muy poco peligroso, una especie de gato vuelto a su estado salvaje.

El único árbol con que contaba la isla era una aladierna [37] de dieciocho a veinte pies de altura. Por lo demás, las corrientes marinas aportaban la suficiente cantidad de maderos flotantes como para poder atender a sus necesidades de calefacción. En cuanto a las verduras, no encontré más que repollos, remolachas, cebollas, nabos y calabazas y, por lo que respecta a las frutas, peras, melocotones y uvas de una calidad mediocre. Debo añadir que el amante de los

pájaros se vería limitado a no cazar más que gaviotas, petreles, pingüinos y albatros. La ornitología de Tristan d'Acunha no tenía otra muestra que ofrecerle.

Fue al amanecer del 5 de septiembre cuando se avistó el volcán de la isla principal —un macizo nevado de mil doscientas toesas, cuyo cráter, extinguido, formaba la cubeta de un laguito—. Al día siguiente, al aproximarnos, pudimos distinguir una amplia escombrera de viejas lavas, dispuesta como un campo de morenas.

A aquella distancia, gigantescos fucus cruzaban la superficie de la mar, auténticos cables vegetales de una longitud que variaba entre los setecientos y los mil doscientos pies, y cuyo grosor era igual al de una barrica.

Debo señalar aquí que, durante los tres días que siguieron al de nuestro encuentro con el témpano de hielo, el capitán Len Guy no se mostró sobre la cubierta más que para tomar la altura. Regresaba a su camarote una vez finalizada la operación, y no tuve otra ocasión de verlo, salvo a las horas de las comidas. No fue posible sacarlo de una especie de taciturnidad, tan sólo comparable al mutismo. Incluso el mismo Jem West no pudo lograrlo. Así es que me mantuve totalmente aparte. En mi opinión, llegaría el momento en que Len Guy me volvería a hablar de su hermano William y de lo que intentarían realizar para salvarlos, tanto a él como a sus compañeros. Sin embargo, vuelvo a repetirlo, teniendo en cuenta la época en que nos encontrábamos, todavía no había llegado el momento cuando la goleta echó el ancla a dieciocho brazas, el 6 de septiembre, cerca de la principal de las islas, en su costa noroeste, en Ansieldung, al fondo de la bahía de Falmouth, precisamente en el mismo lugar donde, según el relato de Arthur Pym, fondeó la *Jane*.

Dije la mayor de las islas, puesto que el grupo de Tristan d'Acunha cuenta con otras dos de menos importancia. A ocho leguas al suroeste se encuentra la isla Inaccesible y, al sudeste, a cinco leguas de esta última, la isla Nightingale. El conjunto del archipiélago se encuentra a 37° 5' de latitud meridional, y a 13° 4' de longitud occidental [38].

Aquellas islas son circulares. Llevada a un plano, Tristan d'Acunha se parece a una sombrilla provista de una circunferencia de quince millas, y cuya armazón, irradiando hacia el centro, la

formarían las crestas regulares que acaban en el volcán central.

Aquel grupo de islas formaban un dominio oceánico poco más o menos independiente. Fue descubierto por el portugués que le dio el nombre[39]. Después de una expedición holandesa en 1643, y de la de los franceses en 1767, se instalaron allí algunos americanos para pescar becerros marinos, animales que abundaban mucho por aquellos parajes. Finalmente, los ingleses no tardaron demasiado tiempo en sucederlos.

En la época en que recaló la *Jane*, un ex cabo de artillería inglés, llamado Glass, reinaba sobre una diminuta colonia de veintiséis individuos que comerciaban con El Cabo, y que por único navío poseían una goleta de escaso tonelaje. A nuestra arribada, el tal Glass ya contaba con una cincuentena de sujetos y, tal como lo señaló Arthur Pym, «con independencia de Inglaterra»[40].

Las aguas que bañaban aquel grupo de islas tienen una profundidad comprendida entre las mil doscientas y las mil quinientas brazas, y están recorridas por la corriente ecuatorial que se desvía hacia el oeste. Las tempestades las azotan raramente. Durante el invierno, los hielos a la deriva pasan con frecuencia más allá de su paralelo en una decena de grados, pero sin llegar nunca a la altura de Santa Elena, al igual que los grandes sopladores[41], poco amigos de ir en busca de aguas tan calientes.

Las tres islas, que están dispuestas en forma de triángulo, están separadas, las unas de las otras, por diferentes pasos de una decena de millas de anchura, cómodamente navegables. Sus costas son francas y alrededor de Tristan d'Acunha la mar tiene cien brazas de profundidad.

Fue con el ex cabo con quien se establecieron relaciones a la arribada de la *Halbrane*. Su bienvenida fue extremadamente calurosa. Jem West, al que el capitán Len Guy dejó al cuidado de renovar las provisiones de agua y de abastecerse de carne fresca y de legumbres variadas, no tuvo más remedio que congratularse de la amabilidad de Glass, quien, por otra parte, esperaba ser bien pagado, como así ocurrió.

Por lo demás, desde nuestra arribada pudo comprobarse que la *Halbrane* no encontraría en Tristan d'Acunha los recursos necesarios para ponerse en condiciones de iniciar la proyectada campaña en el océano Antártico. Pero, desde el punto de vista de

sus posibilidades alimenticias, deberemos convenir que Tristan d'Acunha debería ser frecuentada por los navegantes y resultarles provechoso. Sus predecesores enriquecieron aquel grupo de islas con todas las especies domésticas, corderos, cerdos, bueyes y aves, mientras que el capitán americano Paiten, comandante del *Industry*, no vio allí más que algunas cabras salvajes a finales del siglo pasado. Después de él, el capitán Colquhoun, del *brick* americano *Betsey*, plantó cebollas, patatas y otras clases de legumbres, a las que un suelo fértil como aquel aseguraba la prosperidad. Esto era, al menos, lo que contaba Arthur Pym en su relato, y no existe ninguna razón para ponerlo en duda.

Se habrá observado que hablo del héroe de Edgar Poe como de un hombre de cuya existencia ya no dudo. También me sorprendía que el capitán Len Guy no me hubiese hablado de nuevo sobre aquel tema. Resultaba evidente que los detalles descifrados en el cuaderno de notas de Patterson no fueron creados por las circunstancias, y hubiese sido absurdo que no reconociese mi error.

Además, y por si me cupiese algún género de dudas, un nuevo e irrefutable testimonio iba a añadirse a las afirmaciones del segundo de la *Jane*.

Al día siguiente de nuestra recalada desembarqué en Ansiedlung, sobre una hermosa playa de arenas negruzcas. Incluso me hice la reflexión de que tal playa no hubiese desentonado, en absoluto, en la isla Tsalal, en la que tanto abundaba el color del luto, a exclusión del color blanco que causaba tantas convulsiones violentas, seguidas de la postración y el estupor, a los isleños. Pero, al dar por cierto aquellos fenómenos extraordinarios, tal vez Arthur Pym había sido juguete de alguna alucinación... Por otra parte, sabríamos a qué atenernos al respecto, si es que la *Halbrane* lograba, en algún momento, avistar aquella isla Tsalal...

Me encontré con el ex cabo Glass, un hombre vigoroso, bien conservado, con una fisonomía bastante astuta —hay que reconocerlo—, y al que la sesentena de años no menoscababa su inteligente vivacidad. Independientemente del comercio con El Cabo y las Malvinas, realizaba su importante tráfico de pieles de focas y de aceite de elefantes marinos, y sus negocios prosperaban.

Como aquel gobernador, nombrado por sí mismo y reconocido por la diminuta colonia, parecía deseoso de charlar, empecé con

facilidad, en nuestro primer encuentro, una conversación que acabaría por resultar interesante para más de uno.

—¿Recalan con frecuencia los navíos en Tristan d'Acunha? —le pregunté.

—Con la necesaria, señor —me respondió, al tiempo que se frotaba las manos tras la espalda, una costumbre inveterada en él, según parecía.

—¿Durante la buena estación...? —añadí.

—Sí..., durante la buena estación, ¡si es que podemos afirmar que haya mala estación por estos parajes...!

—Lo felicito, señor Glass. Pero lo que es lamentable es que Tristan d'Acunha no posea un puerto, y que cuando un navío se ve obligado a fondear en mar abierta...

—¿En mar abierta..., señor? ¿Qué entiende usted por mar abierta? —exclamó el ex cabo con una entonación que dejaba bien claro un gran fondo de amor propio.

—Creo, señor Glass, que si tuvieran ustedes muelles para desembarcar...

—¿Y para qué, señor, si la naturaleza nos ha obsequiado con una bahía como ésta, en la que se está al abrigo de las ráfagas de viento, y en la que se puede, incluso, varar entre las rocas...? ¡No! ¡Tristan no necesita puerto; Tristan puede, perfectamente, prescindir de él...!

¿Por qué habría contrariado a aquel buen hombre? Se sentía tan orgulloso de su isla como el príncipe de Monaco tiene derecho a estarlo de su minúsculo principado.

No volví a insistir, y hablamos de unas cosas y otras. Me ofreció organizar una excursión al interior de los espesos bosques que ascendían hasta la mitad de la ladera del cono central. Se lo agradecí y me disculpé de no poder aceptar su ofrecimiento. Quería emplear las horas de nuestra recalada en realizar algunos estudios mineralógicos. Además, la *Halbrane* zarparía de nuevo una vez que el aprovisionamiento hubiese concluido.

—¡Su capitán tiene excesiva prisa! —me dijo el gobernador Glass.

—¿Usted cree...?

—Tanta, que su segundo ni siquiera ha hablado de comprarnos pieles o aceite...

—No estamos necesitados más que de víveres frescos y de agua potable, señor Glass.

—Pues bien, señor —respondió el gobernador, algo contrariado—, ¡lo que no se lleve la *Halbrane* se lo llevarán otros navíos...!

Después prosiguió:

—¿Y adónde dirigirá su goleta al dejamos?

—A las Malvinas, a hacer reparaciones.

—¡Usted, señor..., supongo que no es más que pasajero...!

—Bien dice usted, señor Glass, e incluso tenía la intención de permanecer durante algunas semanas en Tristan d'Acunha... Pero he tenido que modificar mis proyectos...

—¡Lo siento, señor, lo siento! —declaró el gobernador—. Nos hubiésemos sentido muy dichosos de poder ofrecerle nuestra hospitalidad mientras esperaba usted la arribada de cualquier otro navío...

—Hospitalidad que me hubiese sido muy grata —le respondí—. Desgraciadamente, no puedo aprovechar...

En efecto, había tomado, definitivamente, la resolución de no abandonar la goleta. Desde el momento en que aquella recalada hubiese concluido, pondría rumbo a las Malvinas, donde se llevarían a cabo los preparativos necesarios para una expedición a los mares antárticos. Iría, por tanto, hasta las Malvinas, donde encontraría, sin que aquello me produjese una excesiva demora, dónde embarcarme hacia América y, con certeza, el capitán Len Guy no se negaría a llevarme...

Entonces, el ex cabo me dijo, manifestando cierta contrariedad:

—Por cierto, ni siquiera he podido ver el color de los cabellos ni el tinte del rostro de su capitán...

—No creo que tenga la intención de bajar a tierra, señor Glass. —¿Se encuentra enfermo?

—¡No, que yo sepa! Pero, al fin y al cabo, poco le afectará a usted, puesto que se ha hecho reemplazar por su segundo...

—¡Oh! ¡Buena cotorra es ésa...! ¡Con tan sólo dos palabras que se le consiguen sacar de vez en cuando...! ¡Afortunadamente, las piastras salen de su bolsa con muchísima más facilidad que las palabras de su boca!

—Eso es lo que importa, señor Glass.

—En efecto, ¿señor...?

—Señor Jeorling, de Connecticut.

—Bien..., ahora que ya sé su nombre..., mientras que sigo sin tener la menor idea de cuál es el del capitán de la *Halbrane*.

—Se llama Guy..., Len Guy...

—¿Un inglés?

—Sí..., inglés.

—¡Pues bien podría haberse molestado en bajar a visitar a un compatriota, señor Jeorling...! Pero..., espere..., creo que tuve ocasión de conocer a un capitán de ese nombre..., Guy..., Guy...

—¿William Guy...? —le pregunté.

—Precisamente..., William Guy.

—¿El que comandaba la *Jane*...?

—En efecto..., la *Jane*.

—¿Una goleta inglesa que recaló en Tristan d'Acunha hace once años...?

—Hace once años, señor Jeorling. Hacía siete años que me había instalado en esta isla [42], en la que me encontré, incluso, el capitán Jeffrey, del *Berwick*, de Londres, el año 1824. Me acuerdo de aquel William Guy... como si lo estuviese viendo..., un buen hombre, muy abierto, y al que le vendí un cargamento de pieles de foca. Parecía un caballero..., un poco altivo..., con muy buena facha...

—¿Y la *Jane*? —le pregunté.

—Todavía la estoy viendo, en el mismo lugar en el que está fondeada la *Halbrane*..., al fondo de la bahía..., un bonito navío de ciento ochenta toneladas..., con una proa afilada..., afilada... Era Liverpool su puerto de matrícula...

—¡Sí..., es cierto..., todo eso es cierto! —repetí.

—¿Sigue navegando la *Jane*, señor Jeorling?

—No, señor Glass.

—¿No se habrá ido a pique...?

—¡Las cosas no están muy claras, y la mayor parte de su tripulación desapareció con ella!

—¿Me dirá usted cómo pudo ocurrir esa desgracia, señor Jeorling...? —Con mucho gusto, señor Glass. Cuando zarpó de Tristan d'Acunha, la *Jane* puso rumbo a la demora de las islas Auroras y de otras islas que William Guy tenía esperanza de encontrar, de acuerdo con ciertas informaciones.

—¡Que yo mismo le proporcioné, señor Jeorling! —respondió el

ex cabo—. ¿Y... puedo saber si logró encontrar la *Jane*... esas otras islas...?

—No, y tampoco las Auroras, pese a que William Guy se quedó durante varias semanas por aquellos parajes, navegando del este hacia el oeste, y teniendo siempre un vigía en los palos...

—Será que el yacimiento se le escapó, señor Jeorling, puesto que, si damos crédito a varios balleneros dignos de toda confianza, esas islas existen, e incluso deberían llevar mi propio nombre.

—Sería lo más justo —le respondí cortésmente.

—Y si no se llegan a descubrir un día u otro, será realmente una pena —añadió el gobernador con un tono de voz que denotaba una buena dosis de vanidad.

—Entonces —proseguí—, el capitán William Guy quiso emprender un proyecto que llevaba madurando desde mucho tiempo atrás, y al que le incitó cierto pasajero que se encontraba a bordo de la *Jane*...

—Arthur Gordon Pym —exclamó Glass— y su compañero, un tal Dirk Peters..., que fueron recogidos en la mar por la goleta.

—¿Los conoció usted, señor Glass...? —le pregunté, excitado.

—¡Que si los he conocido, señor Jeorling...! ¡Ah! Era un tipo muy curioso aquel Arthur Pym; siempre ávido de lanzarse a nuevas aventuras, un americano audaz..., ¡que sería muy capaz de ir hasta la Luna...! ¿Y no habrá llegado hasta allí, por casualidad...?

—No, señor Glass, pero, según parece, durante el viaje la goleta de William Guy traspasó el círculo polar, traspasó la banquisa, llegó mucho más lejos de lo que ningún otro barco fue antes que ella...

—¡Esa sí que es una campaña prodigiosa! —exclamó Glass.

—Por desgracia —le respondí—, la *Jane* nunca regresó...

—¿Entonces, señor Jeorling, Arthur Pym y Dirk Peters, una especie de mestizo indio de una fortaleza terrible, que era capaz de hacer frente a seis hombres, habrían muerto...?

—No, señor Glass; Arthur Pym y Dirk Peters escaparon a la catástrofe de la que fueron víctimas la mayor parte de los hombres de la *Jane*. Incluso regresaron a América... ¿Cómo lo hicieron? Lo ignoro. Después de su regreso, Arthur Pym murió en no sé qué circunstancias. Y en cuanto al mestizo, después de haber vivido en Illinois, se fue un día sin avisar a nadie, y no ha podido encontrarse su rastro.

—¿Y William Guy...? —preguntó el señor Glass.

Le expliqué cómo acababa de ser recogido sobre un témpano de hielo el cadáver de Patterson, el segundo de la *Jane*, y añadí que todo parecía indicar que el capitán de la *Jane* y cinco de sus compañeros todavía seguían vivos sobre una isla de las regiones australes, a menos de siete grados del polo.

—¡Ah señor Jeorling —exclamó Glass—, ojalá puedan ser rescatados algún día William Guy y sus marineros, que tan buenas personas parecían!

—Es lo que la *Halbrane* intentará, sin duda alguna, una vez que haya sido puesta a punto, ya que su capitán, Len Guy, es el mismo hermano de William Guy...

—¡No es posible, señor Jeorling! —exclamó el señor Glass—. ¡Pues bien, aunque no conozco al capitán Len Guy, me atrevo a afirmar que los dos hermanos no se parecen en absoluto, al menos por la forma en que se han portado con el gobernador de Tristan d'Acunha!

Comprendí que el ex cabo se sentía muy mortificado por la indiferencia de Len Guy, que ni siquiera lo visitó. ¡Imagínense! ¡Al soberano de aquella isla independiente, cuyo poder se extendía hasta las dos islas vecinas, Inaccesible y Nightingale! Pero se consolaba, sin duda alguna, pensando que iba a vender sus mercancías un veinticinco por ciento más caras de su precio real.

Lo que era bien cierto es que el capitán Len Guy no manifestó en ningún momento la menor intención de bajar a tierra. Aquello era tanto más curioso si tenemos en cuenta que no debería de ignorar que la *Jane* recaló en aquella costa noroeste de Tristan d'Acunha antes de poner rumbo a los mares australes. Y lo más indicado habría sido ponerse en contacto con el último europeo que estrechó la mano de su hermano...

Sin embargo, Jem West y sus hombres fueron los únicos que bajaron a tierra. Allí, realmente con auténtica prisa, se ocuparon de la descarga del mineral de estaño y de cobre que constituía el cargamento de la goleta, e inmediatamente embarcaron las provisiones, llenaron los tanques de agua, etc.

Durante todo aquel tiempo, el capitán Len Guy permaneció a bordo sin tan siquiera salir a la cubierta y, por el bastidor vidriado de su camarote, pude verlo constantemente inclinado sobre su

mesa.

Mapas desplegados y libros abiertos. No cabía duda alguna de que aquellos mapas eran los de las regiones australes, y aquellos libros, los que relataban los viajes de los predecesores de la *Jane* camino de aquellas misteriosas regiones de la Antártida.

¡Sobre aquella mesa se encontraba un volumen cien veces leído y releído! La mayor parte de sus páginas estaban dobladas, y sus márgenes llenas de múltiples anotaciones realizadas a lápiz... Y sobre su cubierta brillaba este título, como si hubiese estado impreso en letras de fuego: *La narración de Arthur Gordon Pym*.

VIII. Rumbo a las Malvinas

El 8 de septiembre, al atardecer, me despedí de Su Excelencia el gobernador general del archipiélago de Tristan d'Acunha —tal era el título oficial que se daba a sí mismo el bueno de Glass, ex cabo de artillería británico—. Al día siguiente, antes de despuntar el alba, la *Halbrane* se hizo a la mar.

No hay ni que decir que obtuve del capitán Len Guy la autorización para continuar como pasajero hasta las islas Malvinas. Se trataba de una travesía de dos mil millas que no exigiría más que una quincena de días, por poco que nos viésemos favorecidos por la naturaleza, tal y como acababa de ocurrir entre las Kerguelen y Tristan d'Acunha. El capitán Len Guy no pareció sorprenderse de mi petición, incluso se hubiese dicho que la estaba esperando. Pero lo que yo esperaba, por mi parte, es que volviese a tratar conmigo el tema de Arthur Pym, del que parecía no querer hablarme desde que el infortunado Patterson le dio la razón sobre el libro de Edgar Poe.

Sin embargo, y pese a que no lo intentó hasta entonces, tal vez esperase a hacerlo en el momento y el lugar debidos. Además, aquello no iba a influir, en absoluto, sobre sus proyectos para el futuro, ya que estaba decidido a llevar la *Halbrane* a los lejanos parajes en los que la *Jane* había desaparecido.

Después de haber doblado Herald-Point, las pocas casitas de Ansiedlung desaparecieron tras la extremidad de Falmouth-Bay. Rumbo al suroeste, una buena brisa del este nos permitió navegar a buen trapo.

A lo largo de la mañana dejamos sucesivamente, a popa, la bahía Elephanten, Hardy-Rock, West-Point, Cotton-Bay y el promontorio de Daley. Sin embargo, necesitamos de toda la jornada para perder de vista el volcán de Tristan d'Acunha, que tiene una altitud de ocho mil pies, y al que las sombras de la noche cubrieron

finalmente su cima nevada.

A lo largo de toda aquella semana, la travesía se realizó en condiciones muy favorables y, si éstas se mantenían, no se acabaría el mes de septiembre sin que antes hubiésemos avistado las primeras cimas del grupo de islas Malvinas. Aquella travesía nos alejaba muy al sur, ya que la goleta descendía del paralelo 38 hasta el 55 de latitud sur.

Puesto que el capitán Len Guy tenía la intención de adentrarse en las profundidades atlánticas, sería útil, creo, e incluso indispensable, recordar sumariamente los diferentes intentos de llegar al polo sur o, al menos, a aquel vasto continente del que, probablemente podría ser su punto central. Y es tanto más fácil describir dichas tentativas, cuanto que el capitán Len Guy puso a mi disposición algunos libros en los que se relatan con gran abundancia de datos, así como la obra completa de Edgar Poe, esas *Historias extraordinarias*, que, bajo la influencia de aquellos extraños acontecimientos, releí presa de auténtica pasión.

Ni que decir tiene que si, por su parte, Arthur Pym creyó necesario citar los principales descubrimientos de los primeros navegantes, se detuvo forzosamente en aquellos que se llevaron a cabo antes de 1828. Pero yo escribo doce años después que él, y debo decir lo que hicieron sus sucesores hasta el actual viaje de la *Halbrane*, en 1839-1840.

La zona que, geográficamente, puede comprenderse bajo la denominación general de Antártida, parece estar circunscrita por el paralelo 70 de latitud austral.

En 1772, la *Resolution*, al mando del capitán Cook, y la *Adventure*, al del capitán Furneaux[43] se encontraron, en el paralelo 58, con los hielos que se extendían de noroeste a sudeste. Deslizándose, no sin correr serios peligros, a través de un laberinto de enormes bloques de hielo, aquellos dos navíos alcanzaron, a mediados de diciembre, el paralelo 64, franquearon el círculo polar en enero, y se detuvieron frente a enormes masas de hielo, de ocho a veinte pies de altura, a 67° 15' de latitud, lo que significa que se detuvieron a pocos minutos más allá del límite del círculo polar antártico[44].

Al año siguiente, en el mes de noviembre, el capitán Cook volvió a realizar un nuevo intento. En esta ocasión, aprovechando una

fuerte corriente y desafiando las nieblas, los vientos y un frío todavía excesivamente riguroso, pasó, poco más o menos medio grado, más al sur del paralelo 70, y se encontró con su ruta definitivamente cerrada por infranqueables témpanos, bloques de hielo de doscientos cincuenta a trescientos pies, que se tocan por sus bordes, y que están dominados por monstruosos icebergs, a $71^{\circ} 10'$ de latitud y $106^{\circ} 54'$ de longitud oeste.



El temerario capitán inglés no penetraría más allá, en medio de los mares de la Antártida.

Treinta años después, en 1803, la expedición rusa de los capitanes Krusenstern y Lisiansky [45], rechazada por los vientos del sur, no pudo ir más allá de los $59^{\circ} 52'$ de latitud a $70^{\circ} 15'$ de

longitud oeste, pese a que el viaje se llevó a cabo en el mes de marzo y no se encontraron con ninguna barrera de hielo que les cenase el paso.

En 1818, William Smith y, después, Barnesfield, descubrieron las Shetland del Sur; Botwell, en 1820, las Orcadas del Sur; Palmer [46] y otros cazadores de focas avistaron las tierras de Trinidad, pero no se aventuraron más allá.

En 1819, el *Vostok* y el *Mirni*, de la marina rusa, a las órdenes del capitán Bellingshausen y del teniente Lazarew, después de haber tocado la isla Georgia y costado la tierra de Sandwich, se adentraron seiscientas millas al sur, hasta el paralelo 70. Una segunda intentona, a 160° de longitud este, no les permitió llegar más cerca del polo. Sin embargo, descubrieron las islas de Pedro I y Alejandro I, que, posiblemente, se incorporen a la tierra señalada por el americano Palmer.

Fue en 1822 cuando el capitán James Weddell de la marina inglesa, alcanzó, si su relato no exagera, a 74° 15' de latitud, una mar libre de hielos, lo que le hizo negar la existencia de un continente polar. Señalaré, además, que la ruta de este navegante coincidía con la que, seis años más tarde, debería seguir la *Jane*, de Arthur Pym.

En 1823, el americano Benjamín Morrell, a bordo de la goleta *Wash*, realizó en el mes de marzo, una primera campaña que le llevó a 69° 15', primero, y después a 70° 14', hasta encontrarse con la superficie de una mar libre, con una temperatura ambiente de 47° Fahrenheit (8,33° C sobre cero) y una temperatura del agua de 44° Fahrenheit (6,77° C sobre cero), observaciones que coinciden con las llevadas a cabo a bordo de la *Jane* en los parajes de la isla Tsalal. Si no le hubiesen escaseado las provisiones, el capitán Morrell afirma que hubiera alcanzado, si no el polo austral, al menos el paralelo 85. En 1829 y 1830, una segunda expedición a bordo del *Antarctique* lo llevó a 116° de longitud hasta los 70° 30' de latitud, sin haberse encontrado con ningún obstáculo, al tiempo que descubrió las tierras de Groenlandia del Sur [47].

Precisamente en la época en que Arthur Pym y Dirk Peters llegaban más allá que sus predecesores, los ingleses Forster y Kendall, encargados por el almirantazgo de determinar la figura de la Tierra por medio de las oscilaciones del péndulo en diferentes

lugares, no pasaron de los 64° 45' de latitud meridional.

En 1830, John Biscoe, comandante del *Tuba* y el *Lively*, pertenecientes a los hermanos Enderby fue encargado de explorar las regiones australes al tiempo que se dedicaba a la caza de las ballenas y la foca. En enero de 1831 atravesó el paralelo 60, alcanzó los 68° 51' y 10° de longitud este, donde se detuvo frente a hielos infranqueables, y descubrió, a 65° 57' de latitud y 45° de longitud este, una tierra considerable a la que dio el nombre de Enderby, pero que no pudo abordar. En 1832, una segunda campaña no le permitió franquear el paralelo 66 en más de veintisiete minutos. No obstante, encontró una isla a la que denominó Adelaida, antes de arribar a una tierra, alta y continua, a la que llamó tierra de Graham. De los resultados de esta campaña, la Real Sociedad Geográfica de Londres sacó la conclusión de que, entre los 47° y los 69° de longitud este y los 66° y los 67° de latitud existía un continente. Sin embargo, Arthur Pym tenía razón al sostener que dicha conclusión no era lógica, puesto que Weddell navegó a través de aquellas pretendidas tierras, y que la *Jane* siguió la misma ruta bastante más allá del paralelo 74.

En 1835, el teniente inglés Kemp zarpó de las Kerguelen. Después de haber avistado algo que parecía ser tierra, a 70° de longitud este, alcanzó el paralelo 66, reconoció una costa que probablemente estaba unida a la tierra de Enderby, y no intentó llegar más al sur.

Finalmente, a principios de aquel año 1839, el capitán Balleny, a bordo del navío *Elisabeth-Scott*, el 7 de febrero pasó los 67° 7' de latitud a 104° 25' de longitud oeste, y descubrió un rosario de islas que lleva su nombre; después, en marzo, a 65° 10' de latitud y 116° 10' de longitud este, avistó una tierra a la que dio el nombre de Sabrina. Aquel marino, un simple ballenero —esto lo supe más tarde—, añadió así indicaciones concretas que, al menos en aquella parte del océano austral, hacían presentir la existencia de un continente polar.

Finalmente, tal y como señalé al principio de este relato, mientras que la *Halbrane* meditaba una tentativa que pudiera llevarla más allá que el resto de los navegantes durante el período que va de 1772 a 1839, el teniente Charles Wilkes, de la marina de los Estados Unidos, mandando una división de cuatro navíos, el

Vincennes, el *Peacock*, el *Porpoise* y el *Flying-Fish*, y varios conservas, trataba de abrirse camino hacia el polo por la longitud oriental del centésimo segundo grado. En fin, por esta época todavía quedaban por descubrir los cerca de cinco millones de millas cuadradas de la Antártida.

Tales fueron las campañas a los mares australes que precedieron a la de la *Halbrane*, a las órdenes del capitán Len Guy. Para resumir, los más audaces de aquellos descubridores o, si se quiere, los más afortunados, no traspasaron más que Kemp el paralelo 66, Balleny el 67, Biscoe el 68, Bellingshausen y Morrell el 70, Cook el 71, Weddell el 74... ¡Y era más allá del paralelo 83, cerca de quinientas cincuenta millas más al sur, a donde habría que ir a socorrer a los supervivientes de la goleta *Jane*...!

Debo de confesar que, después de haber encontrado el témpano de hielo de Patterson, por muy práctico y de temperamento poco imaginativo que yo fuese, me sentía terriblemente excitado. Un extraño nerviosismo me impedía reposar. Me sentía obsesionado por las figuras de Arthur Pym y de sus compañeros abandonados en medio de los desiertos de la Antártida. Se iba esbozando en mi mente el deseo de tomar parte en la campaña proyectada por el capitán Len Guy. Pensaba en ello sin cesar. En definitiva, nada me esperaba en América. Poco importaba que mi ausencia se prolongase seis meses o un año. Es cierto que me faltaba por obtener el consentimiento del capitán de la *Halbrane*. Después de todo, ¿por qué iba a oponerse a llevarme como pasajero...? ¿Acaso probarme «materialmente» que tenía razón, llevarme al escenario de la catástrofe que consideré como ficticia, mostrarme los restos de la *Jane* en Tsalal, desembarcarme en aquella isla cuya existencia negué, ponerme en presencia de su hermano William, en fin, ponerme frente a frente con la cruda realidad, acaso todo aquello no le proporcionaría una satisfacción realmente humana...?

Sin embargo, y antes de tomar de una resolución definitiva, esperaba que se me presentase la ocasión de hablar con el capitán Len Guy.

Además, no había por qué apresurarse. Tras un tiempo muy favorable durante los diez días que siguieron a nuestra partida de Tristan d'Acunha, tuvimos veinticuatro horas de calma chicha. Después sopló una brisa del sur. La *Halbrane*, navegando en ceñida,

se vio obligada a reducir el velamen, puesto que soplaba un viento fuerte. Resultaba imposible contar, por tanto, con el centenar de millas que, como media, recorríamos entre una y otra salida del sol. Por ello, la duración de la travesía iba a prolongarse, al menos, el doble de tiempo, y eso si no nos encontrábamos con una de aquellas famosas tempestades que obligan a los navíos a capear poniendo proa al viento, o a huir viento en popa.

Afortunadamente —tal y como pude constatar—, la goleta navegaba admirablemente. No tenía nada que temer respecto a su sólida arboladura, incluso cuando navegaba a todo trapo. Por lo demás, y pese a su audacia y a su cualidad de maniobrero de primer orden, el segundo hizo tomar rizos tantas veces como la violencia de las ráfagas de viento pudo haber puesto en peligro al navío. No teníamos nada que temer por lo que se refiere a cualquier posible imprudencia o falta de habilidad de Jem West.

Del 22 de septiembre al 3 de octubre, durante doce días, hicimos, evidentemente, muy poca ruta. La deriva hacia la costa americana fue tan sensible, que, sin una corriente que haciéndola virar a sotavento mantuvo a la goleta contra el viento, probablemente hubiéramos llegado a tocar las tierras de la Patagonia.

Durante aquel período de mal tiempo busqué en vano la ocasión de entrevistarme a solas con el capitán Len Guy. Fuera de las horas de las comidas, se encerraba en su camarote y dejaba, como de costumbre, la dirección del navío a su segundo, y no aparecía sobre cubierta más que para tomar la estrella cuando el sol se mostraba en medio de un claro. Debo añadir que Jem West estaba admirablemente secundado por su tripulación, el *bosseman* a la cabeza, y hubiese sido difícil encontrar diez hombres más hábiles, más temerarios, más resueltos.

En la madrugada del 4 de octubre, el estado del cielo y de la mar se modificó notablemente. El viento amainó, las grandes olas fueron cediendo poco a poco y al día siguiente la brisa acusaba una tendencia a fijarse del noroeste.

No podíamos esperar un cambio más afortunado. Se largaron los rizos y se izaron las velas altas, gavia, juanete y espiga, pese a que el viento comenzaba a refrescar. Si se mantenía, antes de una decena de días el vigía avistaría las primeras cimas de las Malvinas.

Del 5 al 10 de octubre, la brisa sopló con la constancia y la regularidad de un alisio. No hubo que tensar ni que amainar ni una sola escota. Pese a que su fuerza disminuyó gradualmente, su dirección no dejó de ser favorable.

La ocasión que buscaba de tropezarme con el capitán Len Guy se presentó al mediodía del día 11. Fue él mismo quien me la proporcionó, al dirigirse a mí en las siguientes circunstancias.

Me encontraba sentado a sotavento de la camareta alta, sobre la crujía, cuando el capitán Len Guy salió de su camarote, miró hacia popa, y se sentó junto a mí.

Evidentemente, deseaba hablarme, y, ¿de qué, si no era de aquello que lo tenía absolutamente absorbido? Así empezó, con una voz menos susurrante que de costumbre:

—Todavía no he tenido el placer de hablar con usted, señor Jeorling, después de nuestra partida de Tristan d'Acunha.

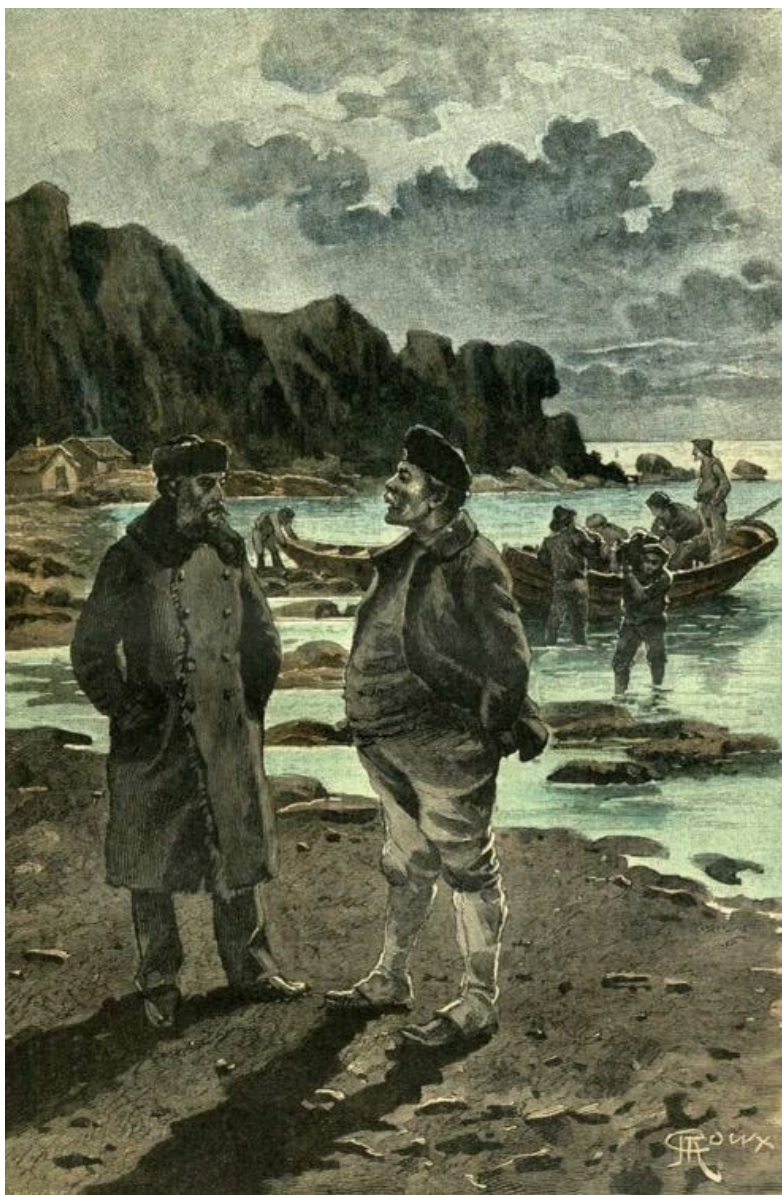
—Y lo he sentido, capitán —le respondí, poniéndome en guardia, de forma que lo viese venir.

—Le ruego me disculpe —prosiguió—. ¡Me atormentan tantas preocupaciones...! Tengo que organizar un plan de campaña..., no dejar nada al azar..., le ruego que no se lo tome a mal...

—No lo he tomado a mal, créame...

—De acuerdo, señor Jeorling, y ahora que ya lo conozco, que ya he podido llegar a apreciarlo, me felicito de llevarlo como pasajero hasta nuestra arribada a las Malvinas.

—Le agradezco mucho, capitán, todo lo que usted ha hecho por mí, y eso me anima a...



El momento me parecía propicio para hacerle mi propuesta, cuando el capitán Len Guy me interrumpió.

—¿Y ahora, señor Jeorling —me preguntó—, se ha convencido usted de la realidad del viaje de la *Jane*, o sigue considerando el libro de Edgar Poe como una obra de pura imaginación...?

—No, capitán.

—¿Ya no sigue poniendo en duda que Arthur Pym y Dirk Peters hayan existido, ni que William Guy, mi hermano, y cinco de sus compañeros estén vivos...?

—Sería necesario que fuese el más incrédulo de los hombres, y no tengo más que un deseo, ¡y es que el Cielo le favorezca a usted y asegure la vida de los náufragos de la *Jane*!

—Pondré en ello el mayor celo posible, señor Jeorling, y ¡por Dios que lo conseguiré!

—Así lo espero, capitán..., incluso tengo la certeza..., y si usted lo permite...

—¿No habrá tenido usted la ocasión de hablar de todo esto con un tal Glass, ese ex cabo inglés que pretende ser el gobernador de Tristan d'Acunha...? —me preguntó el capitán Len Guy, sin dejarme terminar.

—En efecto —le respondí—, y lo que me ha dicho ese hombre ha contribuido mucho a cambiar mis dudas en certezas...

—¡Ah! ¿Le ha asegurado...?

—Sí..., recuerda perfectamente haber visto a la *Jane* cuando recaló allí, hace once años...

—¿La *Jane*..., mi hermano...?

—Él me ha dicho que conoció personalmente al capitán William Guy...

—¿Y comerció con la *Jane*...?

—Sí..., al igual que ha comerciado con la *Halbrane*...

—¿Fondeó en aquella bahía...?

—En el mismo lugar que su goleta, capitán.

—¿Y... Arthur Pym..., Dirk Peters...?

—Habló con ellos con cierta frecuencia.

—¿Le preguntó qué fue de ellos...?

—Sin duda alguna, y le comuniqué la muerte de Arthur Pym, a quien él consideraba como un audaz..., un temerario..., capaz de las locuras más aventureras...

—Diga usted un loco, y un loco peligroso, señor Jeorling. ¿Acaso no fue él quien arrastró a mi pobre hermano a aquella funesta campaña...?

—En efecto, según el relato así parece ser...

—¡Y no lo olvidaré nunca! —añadió, excitado, el capitán Len

Guy.

—Ese Glass —añadí— también conoció a Patterson..., el segundo de la *Jane*.

—Era un excelente marino, señor Jeorling, ¡todo corazón..., de un valor a toda prueba...! Patterson no tenía más que amigos... Era un amigo, de cuerpo y alma, de mi hermano...

—Como Jem West lo es de usted, capitán...

—¡Ah! ¿Por qué habremos encontrado al pobre Patterson muerto sobre aquel témpano de hielo...? ¡Muerto desde hacía tan sólo varias semanas...!

—Su presencia le ha sido muy útil para sus futuras investigaciones —observé.

—Sí, señor Jeorling —dijo el capitán Len Guy—. ¿Sabe Glass dónde están ahora los naufragos de la *Jane*...?

—¡Se lo dije todo, capitán, así como también le dije todo lo que usted ha decidido hacer para salvarlos!

Creí inútil añadir que Glass se quedó muy sorprendido al no recibir la visita del capitán Len Guy, y que el ex cabo, impregnado de su pretenciosa vanidad, esperaba aquella visita, y que no creía que fuese él, el gobernador de Tristan d'Acunha, quien debiera dar al primer paso.



Además, cambiando el rumbo de la conversación, el capitán Len Guy dijo:

—Quería preguntarle, señor Jeorling, si piensa usted que, en el diario de Arthur Pym publicado por Edgar Poe, todo se corresponde exactamente con la realidad...

—Creo que habría que tener ciertas reservas sobre numerosos puntos —le respondí, pensando, especialmente, en la singularidad del héroe de aquellas aventuras—, al menos sobre ciertos fenómenos extraordinarios que hacen referencia a regiones más allá de la isla Tsalal. Y, sobre todo, ahora sabemos que, por lo que se refiere a William Guy y a varios de sus compañeros, Arthur Pym se equivocó al afirmar que murieron en la avalancha de la colina de Klock-Klock...

—¡Ah! ¡Él no afirma eso, señor Jeorling! —me respondió el capitán Len Guy—. Simplemente, dice que cuando Dirk Peters y él alcanzaron la abertura a través de la cual pudieron ver la región que los rodeaba, les fue revelado el secreto de la avalancha artificial. Pero, como la ladera de la colina se precipitó sobre el fondo del barranco, la suerte de mi hermano y de veintiocho de sus hombres no podía ofrecerles duda alguna. Por eso fue por lo que llegó a pensar que Dirk Peters y él eran los únicos hombres blancos que quedaban en la isla Tsalal... ¡No dice más que eso..., nada más...! El resto tan sólo son suposiciones..., por otra parte muy admisibles..., pero simples suposiciones...

—Lo sé, capitán.

—Pero ahora, gracias al cuaderno de notas de Patterson, tenemos la certeza de que mi hermano y cinco de sus compañeros escaparon a aquella avalancha preparada por los nativos...

—Eso es evidente, capitán. En cuanto a lo que ha podido ocurrirles a los supervivientes de la *Jane*, si volvieron a ser hechos prisioneros por los indígenas de Tsalal, o si están libres, las notas de Patterson no nos dicen nada al respecto, así como nada dicen tampoco de las circunstancias en que se vio arrastrado lejos de ellos...

—Eso..., lo sabremos, señor Jeorling... ¡Sí! Lo sabremos... Lo esencial es que tengamos la certeza de que mi hermano y seis de sus marineros se encontraban vivos hace menos de cuatro meses, y que estaban en alguna parte de la isla Tsalal. Ya no se trata de una novela firmada por Edgar Poe, sino de un relato auténtico firmado por Patterson...

—Capitán —le dije entonces—, ¿me permitiría que fuese uno de los suyos hasta el final de esta campaña de la *Halbrane* a través de los mares antárticos...?

El capitán Len Guy me miró, con una mirada tan penetrante como un cuchillo afilado. Pero no pareció sorprenderse de la proposición que acababa de hacerle —y que tal vez esperaba—, y no pronunció más que una sola palabra:

—¡Naturalmente!

IX. Puesta a punto de la *Halbrane*

Formen un rectángulo de sesenta y cinco leguas de largo, de este a oeste, por cuarenta de ancho, de norte a sur, encierren dentro de él dos grandes islas y un centenar de islotes, todo ello entre los 60° 10' y los 64° 36' de longitud occidental y los 51° y los 52° 45' de latitud meridional, y tendrán ustedes el grupo geográficamente denominado islas Malvinas, que se encuentra a trescientas millas del estrecho de Magallanes, y que constituye algo así como el puente avanzado de los dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico.

Fue John Davis quien, en 1592, descubrió aquel archipiélago[48], el pirata Hawkins quien lo visitó en 1593, y Strong quien lo bautizó en 1698. Todos ellos eran ingleses.

Cerca de un siglo más tarde, los franceses, expulsados de sus establecimientos del Canadá, intentaron fundar en aquel archipiélago una colonia de aprovisionamiento de los navíos del Pacífico. Pero, como la mayor parte de ellos eran corsarios de Saint-Malo, bautizaron a aquellas islas con el nombre de islas Malvinas, nombre que siguen llevando junto al de Falklands. Su compatriota Boungainville[49] estableció allí las primeras bases de una colonia en 1763, llevándose con él a veintisiete individuos —cinco de ellos mujeres— y, diez meses más tarde, el número de colonos alcanzaba la cifra de ciento cincuenta.

Aquella prosperidad no dejó de provocar las reclamaciones de la Gran Bretaña. El Almirantazgo envió allí al *Tamar* y al *Dauphin*, a las órdenes del comandante Byron[50]. En 1766, al final de una campaña por el estrecho de Magallanes, los ingleses pusieron rumbo a las Malvinas, se limitaron a reconocer el oeste de la isla de Port-Egmont[51], y prosiguieron su viaje hacia los mares del sur.

La colonia francesa no llegaría a prosperar y, además, los

españoles hicieron valer sus derechos en virtud de una concesión papal anterior[52]. Así, el gobierno de Luis XV, después de ser mediocrementemente indemnizado pecuniariamente[53], se decidió a reconocer tales derechos, y Bougainville acabó entregando las islas Malvinas a los representantes del rey de España en 1767.

Todos aquellos cambios, aquellos «pasos» de mano en mano, llevaron a un resultado inevitable en materia de empresas coloniales, a saber: que los españoles fueron expulsados de las islas por los ingleses. Por tanto, desde 1833, esos asombrosos acaparadores son los amos de las Malvinas.

Es por esto por lo que, cuando el 16 de octubre nuestra goleta recaló en Port-Egmont, hacía tan sólo seis años que aquel grupo de islas formaba parte de las posesiones británicas en el Atlántico meridional.

Las dos islas principales, de acuerdo con las posiciones que cada una de ellas ocupa con respecto a la otra, se llaman East-Falkland, o Soledad, y West-Falkland[54]. Es al norte de esta última donde se encuentra Port-Egmont.

Cuando la *Halbrane* fondeó en aquel puerto, el capitán Len Guy dio permiso a toda la tripulación para bajar a tierra durante doce horas. Desde el día siguiente se iniciarían los trabajos de la indispensable y minuciosa revisión del casco y el aparejo, con vistas a una prolongada navegación a través de los mares antárticos.

El capitán Len Guy bajó inmediatamente a tierra, a fin de tratar con el gobernador del grupo de islas —cuyo nombramiento lo realiza la Reina— sobre un rápido aprovisionamiento de la goleta. Pretendía no reparar en gastos, puesto que por un ahorro mal entendido podría depender el fracaso de una campaña tan difícil como aquélla. Además, yo estaba dispuesto a ayudarlo con mi fortuna —no le dejé que lo ignorase—, contaba con poder asociarme en una parte de los gastos de aquella expedición.

Y, en efecto, ya me encontraba seducido..., seducido por el prodigioso azar, por el curioso encadenamiento de todos aquellos hechos. Me parecía como si yo hubiese sido el héroe de *The Domain of Arnheim*[55], «que un viaje a los mares del Sur conviene a todo ser al que el aislamiento, la reclusión absoluta, la dificultad de entrar o salir serían el encanto de los encantos». A fuerza de leer aquellas obras fantásticas de Edgar Poe, ¡he ahí hasta dónde había

llegado...! Y además se trataba de acudir en ayuda de aquellos desdichados, y me hubiese sentido encantado de poder contribuir personalmente a su salvación...

Si bien el capitán Len Guy desembarcó aquel día, Jem West, de acuerdo con su costumbre, no abandonó el barco. Mientras la tripulación descansaba, el segundo no se permitió reposo alguno, y se dedicó a inspeccionar la bodega hasta la noche.

En cuanto a mí, no quise desembarcar hasta el día siguiente. Durante la escala tendría tiempo suficiente para explorar los alrededores de Port-Egmont, y de dedicarme a las investigaciones concernientes a la mineralogía y geología de la isla.

Fue aquella, pues, una excelente ocasión para que el charlatán de Hurliguerly reanudase la conversación conmigo, y no dejó de aprovecharla.

—Mis más sinceras y vivas felicitaciones, señor Jeorling —me dijo, al abordarme.

—¿A propósito de qué, *bosseman*...?

—A propósito de lo que me he enterado, es decir, de que usted nos seguirá hasta lo más profundo de los mares antárticos...

—¡Ah...! Imagino que no será tan lejos, que no habrá que pasar del paralelo 84...

—¡Quien sabe! —respondió el *bosseman*—. En todo caso, la *Halbrane* va a recorrer más grados de latitud que rizos tiene su cangreja o flechastes sus obenques...

—¡Ya lo veremos!

—¿Y no le da miedo, señor Jeorling...?

—En absoluto.

—¡Y a nosotros tampoco, créamelo! —afirmó Hurliguerly—. ¡Ya!, ¡ya...!, ¿ve usted cómo nuestro capitán, aunque no sea hablador, posee su lado bueno...? ¡Tan sólo hay que saber cómo cogerlo...! Después de haberle dado hasta Tristan d'Acunha el pasaje que le negaba a bordo, he aquí que, ahora, se lo concede hasta el polo...

—¡No se ha hablado del polo para nada, *bosseman*!

—¡Bueno...! ¡Algún día se acabará por alcanzarlo...!

—Pero ahora no se trata de eso. Además, en mi opinión, no es algo que posea demasiado interés, ¡y no tengo la ambición de conquistarlo...! En todo caso, es tan sólo a la isla de Tsalal...

—¡A la isla de Tsalal..., por supuesto! —respondió Hurliguerly—. Sin embargo, reconozca usted que nuestro capitán no ha dejado de mostrarse comprensivo respecto a usted...

—Lo que le agradezco, *bosseman*, y a usted también —añadí rápidamente—, puesto que debo a su influencia el haber hecho esta travesía...

—Y la que todavía le queda por hacer...

—No lo pongo en duda, *bosseman*.

Era posible que Hurliguerly —en el fondo, tal y como pude comprobar, un buen hombre— hubiese notado cierta ironía en mi respuesta. Sin embargo, no lo aparentó, siempre dispuesto a seguir jugando conmigo su papel de protector. Por lo demás, su conversación únicamente podría serme beneficiosa, ya que él conocía las Malvinas, al igual que todas aquellas islas del sur del Atlántico, que visitaba desde hacía tantos años.

El resultado fue que, al día siguiente, cuando la chalupa que me llevaba a tierra abordó aquella orilla, cuyo espeso colchón de hierbas parecía puesto a propósito como para amortiguar el choque de las embarcaciones, me encontraba suficientemente preparado y documentado.

En esta época, las Malvinas no eran tan utilizadas como llegaron a serlo más tarde. Fue después, en Soledad, donde se descubrió el puerto Stanley, al que el geógrafo francés Elisée Reclus[56] ha considerado «ideal». Abrigado, como lo está, de todos los vientos del compás, tenía una capacidad suficientemente grande como para acoger a toda la flota de la Gran Bretaña. Sin embargo, la *Halbrane* fue a la costa norte de la West-Falkland, o Falkland propiamente dicha, para recalar en Port-Egmont.

Pues bien, si durante los dos últimos meses hubiese navegado con los ojos vendados, sin tener ni la menor idea de cuál era el rumbo seguido por la goleta, en el caso de que, durante las primeras horas de nuestra recalada, me hubiesen preguntado dónde me encontraba, si en las Malvinas o en Noruega..., hubiese dudado mucho antes de responder.

Indudablemente, frente a aquellas costas cortadas por profundas caletas, frente a aquellas montañas escarpadas con sus laderas cortadas a pico, frente a aquellos acantilados en los que se escalonaban las rocas grisáceas, la duda estaría permitida. Ni

siquiera aquel clima marítimo, exento de grandes diferencias entre el calor y el frío, deja de ser común a ambos países. Además, la frecuentes lluvias del cielo escandinavo caían con la misma abundancia en el cielo magallánico; y, por otra parte, las mismas nieblas en la primavera y el otoño, aquellos mismos vientos, tan violentos que arrancaban las legumbres de las huertas.

Aunque es cierto que con unos cuantos paseos me hubiese bastado para reconocer que seguía estando separado de los parajes de Europa septentrional por el ecuador.

Y, en efecto, ¿qué pude observar por los alrededores de Port-Egmont, que exploré durante los primeros días? Tan sólo los indicios de una vegetación raquítica, en absoluto arborescente. Acá y allá, por todas partes, en lugar de los admirables abetales de las montañas de Noruega, únicamente brotaban extraños arbustos, como el bolax —una especie de gladiolo, estrecho como un junco, de seis a siete pies de largo, y que destila una goma aromática—, valerianas, líquenes, festucas, citisas, helechos, calceolarias, hepáticas, violetas, vinagretas, y planteles de ese apio rojo y blanco que es tan beneficioso para las afecciones del escorbuto. Además, sobre la superficie de un suelo turboso, que cedía y se elevaba bajo el pie, se extendía un abigarrado tapiz de musgos de esfagnos, de líquenes... ¡No! ¡Aquella no era la atractiva región en la que resuenan los ecos de las sagas, aquéllos no eran los poéticos parajes de Odín, de Ases y de las valquirias! [57]

Sobre la superficie de las profundas aguas del estrecho de Falkland, que separa las dos islas más importantes, se podían contemplar extraordinarias vegetaciones acuáticas, esos *baudeux* que contienen un rosario de ampollas hinchadas por el aire, y que tan sólo se encuentran en la flora falklandesa.

También deberemos reconocer que las bahías de aquel archipiélago, en las que las ballenas ya empezaban a escasear, solían estar frecuentadas por otros mamíferos de enorme talla —focas otarias, que tenían unas crines como las cabras y una longitud de veintiocho pies por un perímetro de veinte— y bandadas de elefantes marinos y lobos o leones marinos, de proporciones no menos gigantescas. Sería imposible imaginar la violencia de los gritos que lanzaban aquellos anfibios, especialmente las hembras y los jóvenes. Parecía como si manadas enteras de bueyes se

encontrasen mugiendo sobre aquellas playas. La captura, o al menos la caza, de aquellos animales no ofrece ni dificultades ni peligros. Los pescadores los matan de un bastonazo cuando se encuentran acurrucados sobre la arena de las playas.

He aquí, pues, las particularidades que diferencian las Malvinas de Escandinavia, sin hablar de los innumerables pájaros que levantaban el vuelo al acercarme, avutardas, cormoranes, somormujos, cisnes de cabeza negra y, sobre todo, aquellas tribus de pájaros bobos o pingüinos, de los que se masacran anualmente varios centenares de millares.

Un día, el aire estaba tan lleno de rebuznos que era como para volverse sordo, le pregunté a un viejo marino de Port-Egmont:

—¿Hay asnos por los alrededores...?

—Señor —me respondió—, no son asnos lo que oye, son pingüinos...

¡Sea, pero los mismísimos asnos se equivocarían al escuchar los rebuznos que daban aquellos estúpidos volátiles!

Durante los días 17, 18 y 19 de octubre, Jem West se ocupó de que el casco fuese examinado con todo detenimiento. Constató que no sufría ningún daño. La roda pareció ser lo suficientemente sólida como para romper los ligeros hielos de los bordes de la banquisa. Se le hicieron diferentes reparaciones de acomodación al codaste, de tal forma que pudiera garantizar el juego del timón sin que corriese el riesgo de ser desmontado a causa de los choques. Puesto que la goleta estuvo dada de banda, tanto por la de babor como por la de estribor, se aprovechó para rellenar con estopa diversas costuras y embrearlas cuidadosamente. Al igual que la mayor parte de los navíos destinados a navegar por los mares fríos, la *Halbrane* no estaba recubierta de planchas de cobre, lo que es mucho más conveniente, sobre todo cuando se deben rozar los *ice-fields* [58], cuyas agudas aristas deterioran fácilmente el casco. Se reemplazó un cierto número de cabillas que unían la bordada al conjunto de las cuernas y, bajo la dirección de Hardie, nuestro maestro calafate, los mozos «cantaron» con un acorde y una sonoridad de buen augurio.

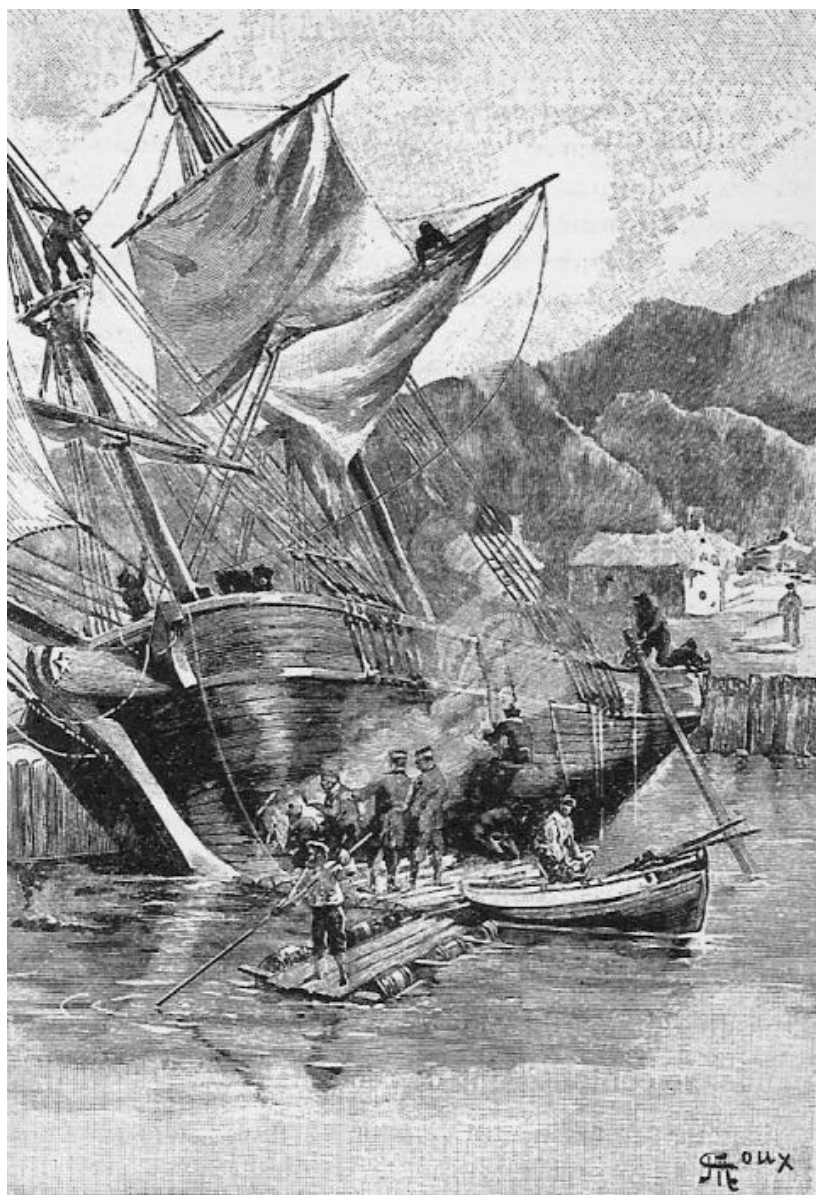
La tarde del día 20, cuando me encontraba acompañado por aquel viejo marino del que ya he hablado —un hombre muy sensible al atractivo de una piastra rociada de un vaso de ginebra—,

llegué mucho más lejos durante mi paseo por el oeste de la bahía. Aquella isla de la Gran Malvina es mucho más extensa que Soledad, su vecina[59], y posee otro puerto en el extremo de la punta meridional de Byron's-Sound, pero que se encontraba demasiado lejos para que pudiera llegarme hasta allí.

No podría, ni siquiera aproximadamente, evaluar la población de aquel archipiélago. Tal vez no contaba, por aquel entonces, más que con doscientos o trescientos individuos, la mayor parte de ellos ingleses, además de algunos indios, portugueses, españoles, gauchos de las pampas argentinas y fueguinos de la Tierra del Fuego. Por otra parte, por millares y millares habría que evaluar el número de cabezas de la raza ovina que se encontraban diseminadas por su superficie. Eran más de quinientos mil los corderos que producían, cada año, lana por valor de cuatrocientos mil dólares. También se criaban en aquellas islas unos bueyes cuya talla parecía haber aumentado, mientras que disminuía entre el resto de los cuadrúpedos, caballos, cerdos y conejos, todos los cuales vivían, por otra parte, en estado salvaje. En cuanto al perro-zorro[60], una especie particular de las islas Malvinas, era el único que recordaba, en aquel país, la existencia de carnívoros.

No sin razón, aquel grupo de islas ha sido bautizado como la «hacienda de las reses». ¡Qué inagotables pastos, qué abundancia la de aquella sabrosa hierba, el *tussock*[61], que la naturaleza ofrecía a los animales con una prodigalidad inagotable! Incluso Australia, tan rica en este sentido, no podría ofrecer una mesa mejor servida a los convidados de las especies ovina y bovina.

Los navíos, cuando necesitan aprovisionarse, deben poner rumbo a las Malvinas. Aquel grupo de islas es, sin duda alguna, de vital importancia para los navegantes, tanto para los que se dirijan hacia el estrecho de Magallanes, como para aquellos otros que vayan a pescar por los alrededores de las tierras polares.



Una vez concluidos los trabajos del casco, el segundo se ocupó de la arboladura y del aparejo con la ayuda de Martin Holt, nuestro maestro velero, muy ducho en aquellas clases de trabajos.

—Señor Jeorling —me dijo aquel día, el 21 de octubre, el capitán Len Guy—, como usted podrá comprobar, para asegurar el

buen fin de nuestra campaña, nada será dejado al azar. Todo lo que había que prever está previsto. ¡Y si la *Halbrane* debe perecer en cualquier catástrofe, será porque no le pertenece a los seres humanos actuar contra los designios de Dios!

—Le repito que tengo mucha confianza, capitán —le respondí—. Tanto su goleta como su tripulación merecen toda mi confianza.

—Tiene usted razón, señor Jeorling, y estaremos bien equipados para avanzar a través de los hielos. Ignoro hasta dónde podrá llegar algún día la navegación a vapor, pero tengo mis dudas de que los navíos, con esas molestas y frágiles ruedas, puedan competir con un velero en la navegación austral... Además, siempre tendrán necesidad de abastecerse de carbón... ¡No! Es mucho más prudente encontrarse a bordo de un navío que obedezca al timón, utilizar un viento que, después de todo, es utilizable en las tres quintas partes del compás, confiar en el velamen de una goleta que responda bien en sus cinco cuartas partes...

—Estoy de acuerdo con usted, capitán, y, desde el punto de vista de un marino, ¡nunca podrá haber mejor navío...! Pero, en el caso de que la campaña se prolongue, puede que los víveres...

—Llevaremos víveres para dos años, señor Jeorling, y serán de buena calidad. En Port-Egmont hemos podido abastecernos de todo lo que nos era necesario.

—Otra pregunta, si me lo permite...

—¿Cuál...?

—¿No necesitaría usted una tripulación más numerosa a bordo de la *Halbrane*...? La actual basta para maniobrarla, pero tal vez sea necesario atacar o defenderse en aquellos parajes del mar Antártico... No olvidemos que, según el relato de Arthur Pym, los indígenas de la isla Tsalal se contaban por millares... Y si su hermano, William Guy, y sus compañeros se encuentran prisioneros...

—Espero, señor Jeorling, que la *Halbrane* se encontrará mejor protegida por su artillería que lo que la *Jane* lo estuvo por la suya. En realidad, lo sé muy bien, con la tripulación actual no nos bastaría para una expedición de este género. Así es que me he preocupado de que se reclute una tripulación suplementaria...

—¿Será difícil encontrarla...?

—Sí y no, puesto que tengo la promesa del gobernador de

ayudarme en su recluta.

—Creo, capitán, que será necesario motivar a esos reclutas con una buena paga.

—Una paga doble, señor Jeorling, al igual que para el resto de la tripulación.

—Sabe usted perfectamente, capitán, que estoy dispuesto..., que incluso deseo contribuir a los gastos de la campaña... ¿Querría considerarme socio suyo...?

—Ya lo veremos, señor Jeorling, y créame que se lo agradezco. Lo esencial es que nuestro armamento se complete lo antes posible. Es necesario que dentro de ocho días nos encontremos preparados para aparejar.

La noticia de que la goleta debería hacer la ruta a través de los mares de la Antártida produjo cierta conmoción en las Malvinas, tanto en Port-Egmont como en los diferentes puertos de la isla Soledad. Por aquella época se podía encontrar a numerosos marinos desocupados —de esos que esperan el paso de los balleneros para ofrecerles sus servicios, normalmente bien retribuidos—. Si se hubiese tratado de una campaña de pesca en los límites del círculo polar, en los parajes comprendidos entre las islas Sandwich y Nueva Georgia [62], el capitán Len Guy no habría tenido ningún problema para elegir. Pero introducirse más allá de la banquisa, ir más lejos de lo que ningún otro navegante lo había hecho hasta entonces, aunque se tratase de ir a socorrer a unos náufragos, aquello era algo que daba mucho que pensar, que hacía dudar a la mayoría. Se necesitaban gentes como aquellos viejos marinos de la *Halbrane* para no sentir inquietud por los peligros que podría ocasionar tal navegación, y acceder a seguir a su jefe tan lejos como éste quisiera ir.

En realidad, no se trataba nada menos que de triplicar la tripulación de la goleta. Contando con el capitán, el segundo, el *bosseman*, el cocinero y yo, éramos trece a bordo. Sin embargo, treinta y dos o treinta cuatro hombres no serían demasiados; no debería olvidarse que, a bordo de la *Jane*, eran treinta y ocho.

Pero también era bien cierto que triplicar el actual número de miembros de la tripulación no dejaba de ocasionar ciertos temores. ¿Los marinos de las Malvinas, a disposición de los balleneros en recalada, ofrecían las garantías deseables? Si introducir cuatro o

cinco nuevos miembros a bordo de un navío cuya tripulación es elevada no deja de plantear inconvenientes, ¿no ocurriría lo mismo con la goleta?

Sin embargo, el capitán Len Guy esperaba que no tendría que arrepentirse de su elección, puesto que las autoridades del archipiélago le echaban una mano.

Incluso el mismo gobernador mostró un gran interés por aquel asunto, al que se dedicó en cuerpo y alma.

Además, y gracias a la alta paga prometida, abundaron las solicitudes.

Así, la víspera de la partida, que se fijó para el 27 de octubre, la tripulación se encontraba al completo.

Sería inútil describir a cada uno de los nuevos embarcados por su nombre y sus cualidades personales. Se les podrá ver y juzgar en adelante. Los había buenos y los había malos.

La realidad es que hubiese sido imposible encontrarlos mejores, o menos malos, si se quiere.

Me limitaré, por tanto, a señalar que entre los reclutados se encontraban seis hombres de origen inglés y, entre ellos, un tal Hearne, de Glasgow.

Cinco eran de origen americano (Estados Unidos) y ocho de nacionalidades más dudosas —los unos pertenecían a la población holandesa, los otros eran medio españoles y medio fueguinos de la Tierra del Fuego—. El más joven tenía diecinueve años, y el más viejo cuarenta y cuatro. La mayor parte no eran ajenos al oficio de la mar, y habían navegado, sea en barcos comerciales, sea pescando ballenas, focas y otros anfibios de los parajes antárticos. El enrolamiento de los demás tan sólo se debió a la necesidad de aumentar el personal defensivo de la goleta.

Sumaban en total diecinueve reclutados, que fueron enrolados por toda la campaña, que no podía determinarse por adelantado, pero que no debería llevarlos más allá de la isla Tsalal. En cuanto a sus salarios, eran tales, que ninguno de aquellos marinos ganó nunca ni la mitad en sus anteriores navegaciones.

En total, y sin tenerme en cuenta, la tripulación, incluyendo al capitán y al segundo de la *Halbrane*, comprendía treinta y un hombres —más un trigésimo segundo, sobre el que es necesario llamar la atención de forma muy especial.

La víspera de nuestra partida, el capitán Len Guy fue abordado, en un rincón del puerto, por un individuo que era, sin lugar a dudas, marino, ya que se le notaba tanto por sus vestimentas como por su forma de andar y su lenguaje.

Aquel individuo, de forma ruda y poco comprensible, le dijo.

—Capitán..., tengo que hacerle una proposición...

—¿Cuál...?

—Compréndame... ¿Tiene, todavía, una plaza a bordo...?

—¿Para un marinero...?

—Para un marinero.

—Sí y no —respondió el capitán Len Guy.

—¿Y si es sí...? —preguntó el hombre.

—Es sí, si el que se me ofrece me interesa.

—¿Le intereso yo...?

—¿Eres marino...?

—Navegué durante veinticinco años.

—¿Dónde...?

—En los mares del Sur.

—¿Lejos...?

—Sí..., compréndame..., lejos.

—¿Qué edad tienes...?

—Cuarenta y cuatro años...

—¿Desde cuándo estás en Port-Egmont...?

—Hará tres años... las próximas Navidades.

—¿Intentabas embarcar a bordo de un ballenero de paso...?

—No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Nada... Ni siquiera imaginaba volver a navegar...

—Entonces, ¿por qué quieres embarcarte?

—Se me ha ocurrido... La noticia de la expedición que va a realizar su goleta se ha extendido... Yo deseo..., sí, yo deseo tomar parte..., ¡con su aquiescencia, se entiende!

—¿Eres conocido en Port-Egmont...?

—Sí..., y nunca he recibido ningún reproche desde que estoy aquí.

—Sea —respondió el capitán Len Guy—. Pediré informes tuyos... —Pídalos, capitán, y si me dice usted que sí, mi saco se encontrará a bordo esta misma tarde.

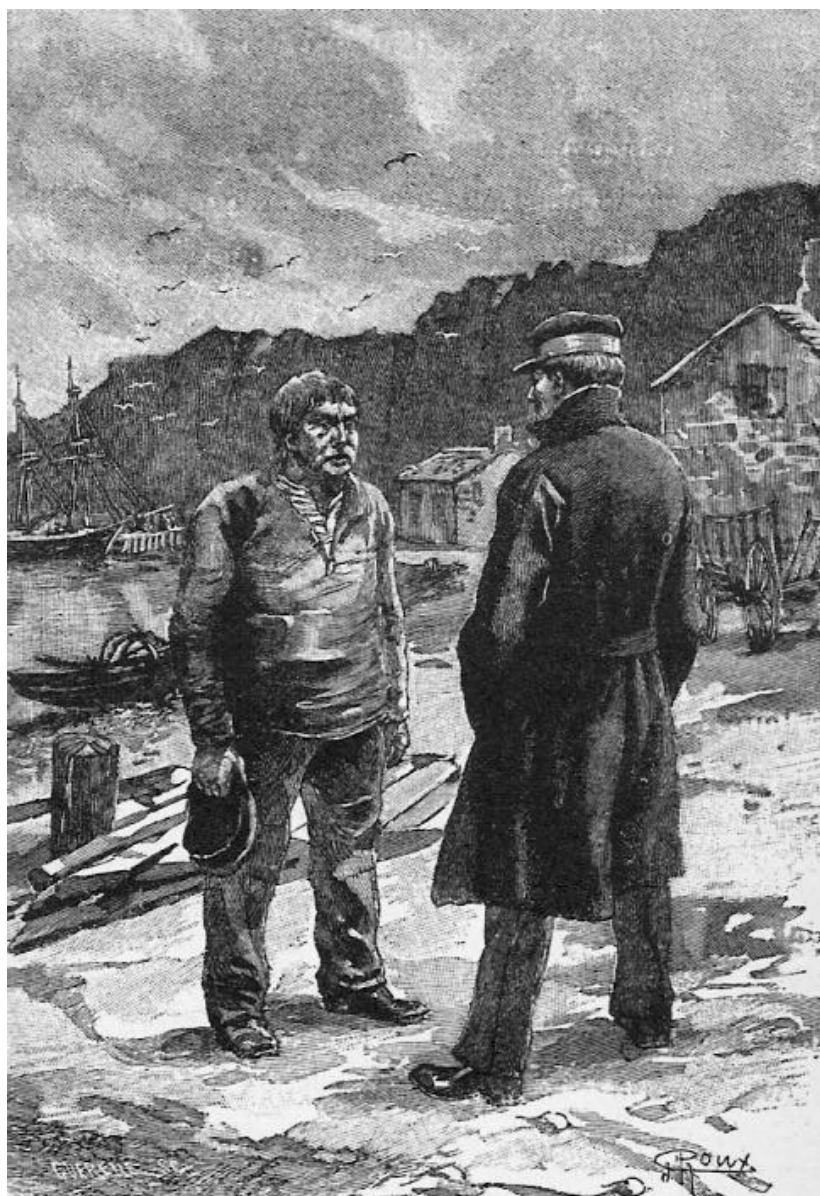
—¿Cómo te llamas...?

—Hunt.

—¿De dónde eres...?

—Americano.

Aquel Hunt era un hombre de corta talla, de tez muy bronceada, color ladrillo, la piel muy amarillenta, como la de un indio, el torso enorme, la cabeza voluminosa, y las piernas muy arqueadas. Sus miembros atestiguan un vigor excepcional, ¡sobre todo los brazos, que se acababan en unas manos anchísimas...! Sus cabellos, encanecidos, se parecían a una especie de gorro de piel que tuviese el pelo hacia fuera.



Lo que imprimía a la humanidad de aquel individuo un carácter muy especial —y que no lo favorecía, en absoluto— era la superagudeza de la mirada de sus diminutos ojos, y su boca, casi sin labios, que se abría de una oreja a la otra, y cuyos largos dientes, con el esmalte intacto, nunca habían sido atacados por el escorbuto,

tan común entre los marinos de las altas latitudes.

Hacía tres años que Hunt vivía en las islas Malvinas, primero en uno de los puertos de Soledad, en la bahía de los Franceses, y después en Port-Egmont. Era muy poco comunicativo y vivía solo, subsistiendo gracias a una pensión de jubilado —se ignoraba las razones por las que la recibía—. No dependiendo de nadie, se dedicaba a la pesca, y aquel oficio hubiese bastado para asegurarle su existencia, ya fuese porque se alimentase de su producto, ya porque hubiese comercializado el mismo.

Los informes que recibió el capitán Len Guy sobre Hunt eran muy incompletos, salvo en todo lo concerniente a su conducta desde que vivía en Port-Egmont. Aquel hombre no se peleaba, no bebía —nunca se le veía con un vaso de más—, y en muchas ocasiones dio pruebas de poseer una fuerza hercúlea. En cuanto a su pasado, nada se sabía, pero, sin duda alguna, era el de un marino. Sobre aquel tema había dicho al capitán Len Guy más de lo que nunca dijo a nadie. Por lo demás, silencio total, tanto sobre la familia a la que pertenecía como al lugar de su nacimiento. Pero, a fin de cuentas, si aquel marino podía ser útil, ¿qué importaba todo lo demás?

En definitiva, una vez recibidos los informes sobre Hunt, no hubo nada que reprocharle y que diese lugar a rechazar su proposición. En realidad, hubiese sido de desear que el resto de los marineros reclutados en Port-Egmont se hubiesen encontrado en las mismas condiciones. Hunt obtuvo, por tanto, una respuesta favorable, y se instaló a bordo aquella misma noche.

Todo estaba dispuesto para hacerse a la mar. La *Halbrane* embarcó víveres para dos años, carne preparada a medio sazonar, legumbres de varias clases, gran cantidad de vinagretas, apios y codearías, que eran muy adecuados para combatir las afecciones de escorbuto. La bodega contenía toneles de aguardiente, de *whisky*, de cerveza, de ginebra y de vino, destinados al consumo cotidiano, así como una gran provisión de harinas y de bizcochos, todo ello adquirido en los comercios del puerto.

Debemos añadir que, por lo que se refiere a las municiones, pólvora, balas de cañón, balas para los fusiles y pedreros, nos fueron suministrados por orden del gobernador. El capitán Len Guy consiguió, incluso, las redes de abordaje de un navío encallado poco

antes sobre las rocas, fuera de la bahía.

El día 27, por la mañana, y en presencia de las autoridades del archipiélago, se acabaron con toda rapidez los preparativos para la maniobra. Se intercambiaron los últimos votos y los últimos adioses. Después se levó el ancla, y la goleta se puso en movimiento impulsada por la marea.

El viento soplaba del noroeste, en pequeña brisa y, con las velas altas y las velas bajas desplegadas, la *Halbrane* se dirigió hacia los pasos. Una vez en mar abierta, puso rumbo al este, a fin de doblar la punta de Tamar-Hart, en la extremidad del estrecho que separa ambas islas. Durante la tarde se costegó la isla Soledad, que quedó a babor. Finalmente, llegada la noche, los cabos Dolphin y Pembroke desaparecieron tras las brumas del horizonte.

Se había iniciado la campaña. A partir de entonces, ¡tan sólo Dios podría saber si el éxito coronaría los esfuerzos de aquellos valerosos hombres, a los que un sentimiento humanitario empujaba hacia las más tenebrosas regiones de la Antártida!

X. Al inicio de la campaña

De aquel grupo de islas Malvinas se hicieron a la mar, el 27 de septiembre de 1830, el *Tuba* y el *Lively*, al mando del capitán Biscoe, para alcanzar más tarde las tierras de las islas Sandwich, cuya punta septentrional doblaron el 1 de enero siguiente. Aunque es bien cierto que, seis semanas más tarde, el *Lively* acababa por perderse, desgraciadamente, a la altura de las Malvinas, por lo que deberíamos esperar que no fuese aquella la suerte destinada a nuestra goleta.

El capitán Len Guy zarpó, por tanto, del mismo punto que Biscoe, quien tardó cinco semanas en avistar las islas Sandwich. Pero el navegante inglés tuvo que halar hacia el sudeste, hasta el meridiano 45 de longitud oriental, puesto que, desde los primeros días, la navegación más allá del círculo polar se vio muy dificultada por los hielos. Incluso a esta circunstancia se debió el descubrimiento de la tierra de Enderby.

El capitán Len Guy nos mostró aquel itinerario a Jem West y a mí, diciendo:

—No deberemos navegar tras las trazas de Biscoe, sino tras las de Weddell, cuyo viaje a la zona austral lo realizó, en 1822, con el *Beaufoy* y la *Jane*... ¡La *Jane*...! ¡Un nombre predestinado, señor Jeorling! ¡Pero la *Jane* de Biscoe[63] fue más afortunada que la de mi hermano, y no se perdió más allá de la banquisa! [64]

—Avancemos sin reparar en obstáculos, capitán —le respondí—, y si no seguimos la ruta de Biscoe, sigamos la de Weddell. Aunque no haya sido más que un simple pescador de focas, ese audaz marinero pudo llegar en su ruta hacia el polo, más lejos que ninguno de sus predecesores, y él será quien nos indique el rumbo a seguir...

—Y lo seguiremos, señor Jeorling. Además, si no sufrimos

ningún retraso, si la *Halbrane* se encuentra con la banquisa hacia mediados de diciembre, llegaremos con bastante antelación. No olvide que, cuando Weddell alcanzó el paralelo 72, los primeros días de febrero ya habían quedado atrás y, tal como él mismo nos ha dicho, «no se veía ni una sola parcela de hielo». Fue después, el 20 de febrero, cuando se detuvo a 74° 36', el punto más meridional por él alcanzado. Ningún navío llegó más allá, salvo la *Jane*, que no ha regresado... Por tanto, por ese lado existe, en las tierras antárticas, un profundo corte entre los meridianos 30 y 40, puesto que, después de Weddell, William Guy pudo llegar a menos de siete grados del polo austral.

De acuerdo con su costumbre, Jem West escuchaba sin decir palabra. Medía con la mirada los espacios que el capitán Len Guy encerraba entre las puntas de su compás. Seguía siendo, siempre, el hombre que recibía una orden, la ejecutaba y no la discutía nunca; iría hasta donde se le ordenase ir.

—Capitán —proseguí—, sin duda alguna su intención es la de seguir el itinerario de la *Jane*...

—Lo más ajustado que me sea posible.

—Pues bien, su hermano, William Guy, se dirigió hacia el sur de Tristan d'Acunha en busca de la demora de las islas Aurora, que no encontró, al igual que no encontró la de las islas a las que el ex cabo gobernador Glass hubiese dado tan satisfecho su nombre. Fue, entonces, cuando se decidió a poner en práctica el proyecto sobre el que Arthur Pym le habló con frecuencia, así que fue entre los 41° y los 42° de longitud por donde, un 1 de enero, atravesó el círculo polar...

—Lo sé —respondió el capitán Len Guy—, y es eso lo que hará la *Halbrane* para poder avistar el islote Bennet y, después, la isla Tsalal... ¡Y el cielo permita que, al igual que la *Jane*, al igual que los navíos de Weddell, encuentre frente a ella la mar libre...!

—Si cuando nuestra goleta se encuentre en los límites de la banquisa los hielos la cubren todavía —dije yo—, no tendremos más remedio que esperar en alta mar...

—Esa es mi intención, señor Jeorling, y es preferible llegar con cierto adelanto. La banquisa es una muralla en la que, de pronto, se abre una puerta, para cerrarse inmediatamente después... ¡Hay que estar allí..., dispuestos para pasar..., y sin preocuparse por el

regreso...!

¡Del regreso nadie se ocupaba!

«¡*Forward!* [65] ¡Adelante!», habría sido el grito unánime que se hubiese escapado de todas las bocas.

Jem West hizo entonces el siguiente comentario:

—Gracias a los informes contenidos en el diario de Arthur Pym, no tenemos por qué lamentar la ausencia de Dirk Peters, su compañero.

—Y no deja de ser una suerte —respondió el capitán Len Guy—, puesto que no pude localizar al mestizo después de que desapareció de Illinois. Las informaciones proporcionadas por el diario de Arthur Pym sobre la situación de la isla Tsalal deberán bastarnos...

—A menos que no haya que continuar la búsqueda más allá del paralelo 84... —señalé.

—¿Por qué iba a ser necesario, señor Jeorling, si los náufragos de la *Jane* no han abandonado la isla Tsalal...? ¿No era eso, acaso, lo que estaba escrito en el cuaderno de notas de Patterson...?

Finalmente, y pese a que Dirk Peters no se encontrase a bordo —lo que nadie ponía en duda—, la *Halbrane* sabría alcanzar su destino. ¡Pero que no dejase de poner en práctica las tres virtudes teologales del marino: vigilancia, audacia y perseverancia!

Heme aquí, pues, lanzado en medio de las incertidumbres de una aventura en la que, de acuerdo con el cálculo de probabilidades, surgirían muchos más imprevistos que en cualquiera de mis viajes anteriores. ¿Quién lo hubiese pensado de mí...? Pero me encontraba cogido en medio de un engranaje que me llevaba hacia lo desconocido, hacia lo desconocido de las regiones polares, ¡aquel desconocido cuyos secretos intentaron desvelar, en vano, tantos valerosos pioneros...! ¡Y esta vez, quién sabe si la esfinge de las regiones antárticas [66] no hablaría, por vez primera, a los oídos humanos...!

Sin embargo, no olvidaba que se trataba, únicamente, de un gesto humanitario. La tarea que se proponía la *Halbrane* era la de recoger al capitán William Guy y a sus cinco compañeros. Era para encontrarlos por lo que nuestra goleta iba a seguir el itinerario de la *Jane*. Hecho aquello, la *Halbrane* tan sólo tendría que regresar a los mares del viejo continente, puesto que no existía razón alguna para tratar de encontrar a Arthur Pym y a Dirk Peters, ya que ellos

regresaron, no se sabe cómo, ¡pero regresaron de su extraordinario viaje...!

Durante los primeros días, la nueva tripulación tuvo que ponerse al corriente del servicio, y los antiguos —buena gente, realmente— les facilitaron la tarea. Pese a que el capitán Len Guy no tuvo muchas posibilidades donde escoger, parecía que le acompañaba la suerte. Aquellos marinos de diferentes nacionalidades mostraban mucho celo y buena voluntad. Sabían, además, que el segundo no se andaba con bromas. Hurliguerly les hizo comprender que Jem West rompería la cabeza al primero que no caminase derecho. Su jefe le dejaba mano libre al respecto.

—¡Mano libre —añadía—, que se obtiene tomando la altura del ojo con el puño cerrado! [67]

¡Sí que podría decir que, por aquella forma de advertir a los interesados, reconocía a mi *bosseman*!

Los nuevos se dieron, por tanto, por enterados, y no hubo razón alguna para castigar a ninguno de ellos. En cuanto a aquel Hunt, si bien en su trabajo se comportaba como un auténtico marino, se mantenía siempre aparte, no hablaba con nadie e, incluso, se acostaba en cubierta, en cualquier rincón, sin querer ocupar su sitio en el sollado de la tripulación.

La temperatura seguía siendo fría. Los hombres conservaban sus chaquetones y camisas de lana, los calzones del mismo tejido, los pantalones de paño grueso y el capote de tela impermeable con capuchón de lona, muy apropiada para protegerse de la nieve, la lluvia y los golpes de mar.

La intención del capitán Len Guy era, después de haber pasado por Nueva Georgia, que se encontraba a ochocientas millas de las Malvinas, tomar las islas Sandwich como punto de partida hacia el sur. La goleta se encontraría entonces en la longitud de la ruta de la *Jane*, y no tendría más que remontarla hasta llegar al paralelo 84.

Aquella navegación nos llevó, el 2 de noviembre, a la altura de la demora que algunos navegantes ha asignado a las islas Auroras, a 53° 15' de latitud y 47° 33' de longitud occidental.

Pero, pese a las afirmaciones —muy sospechosas, en mi opinión— de los capitanes del *Aurora*, en 1762; del *San Miguel*, en 1769; del *Pearl*, en 1779; del *Prinicus* y del *Dolores*, en 1790, y de la *Atrevida*, en 1794, que situaron la demora de las tres islas del

grupo, nosotros no avistamos ni el menor indicio de tierra sobre la totalidad del espacio recorrido. Y esto mismo fue lo que les ocurrió, también, a Weddell, en 1820, y a William Guy, en 1827.

Añadiré que otro tanto ocurrió con las pretendidas islas del vanidoso de Glass. No encontramos ni un solo islote en la demora indicada, pese a que el servicio de vigías se llevó a cabo con todo cuidado. Deberemos, por tanto, temernos que su excelencia el gobernador de Tristan d'Acunha no vea nunca figurar su nombre en la nomenclatura geográfica.

Estábamos a 6 de diciembre. El tiempo continuaba siendo favorable. Aquella travesía prometía llevarse a cabo con mayor rapidez que la de la *Jane*. Además, no teníamos por qué apresurarnos. Como ya he señalado, nuestra goleta llegaría antes de que se abriera la banquisa.

Durante dos días la *Halbrane* soportó varios vendavales que obligaron a Jem West a halar bajo: gavia, juanete, espigar y gran foque. Libre de las velas altas, se comportó admirablemente, remontando con tanta facilidad las olas, que éstas apenas le bañaron. Con motivo de las maniobras, la nueva tripulación dio muestras de pericia —lo que les valió las felicitaciones del *bosseman*—, Hurliguerly constató que Hunt, por muy mal hecho que estuviese, él solo valía por tres hombres.



—¡Una magnífica adquisición...! —me dijo.

—En efecto —le respondí—, y la realizamos casi en el último instante.

—¡Exactamente, señor Jeorling...! Pero... ¡qué mala pinta tiene ese Hunt!

—Frecuentemente me he encontrado con americanos de esa especie en las regiones del Far-West [68] —le respondí—, ¡y no me sorprendería nada que éste tuviese sangre india en sus venas!

—Bueno —dijo el *bosseman*—, ¡tanto en Lancashire como en el condado de Kent [69] podemos encontrar compatriotas nuestros que valen tanto como él!

—Lo creo, *bosseman*... y, entre otros..., usted mismo... ¡Vamos, imagino yo...!

—¡Eh! ¡Que uno vale lo que vale, señor Jeorling!

—¿Habla usted de vez en cuando con Hunt...? —le pregunté.

—Poco, señor Jeorling. ¿Qué va uno a sacarle a una marsopa que se mantiene aparte y no habla con nadie...? ¡Y no es que le falte boca, precisamente...! ¡Nunca he visto otra igual...! ¡Va de babor a estribor, como el gran cuartel de la escotilla de proa...! ¡Si con una herramienta como ésa Hunt tiene dificultades para fabricar sus frases...! ¡Y sus manos...! ¿Ha visto usted sus manos...? ¡Desconfíe usted, señor Jeorling, si algún día quiere estrechar las suyas...! ¡Estoy seguro de que se dejaría usted allí todos los dedos de la mano...!

—Afortunadamente, *bosseman*, no me parece que Hunt sea un camorrista... Más bien parece un hombre tranquilo que no trata de abusar de su fortaleza.

—No..., excepto cuando se pone a hacer fuerza sobre alguna driza, señor Jeorling. ¡Dios mío...! ¡Siempre me temo que el motón se venga abajo y la verga lo siga en su caída!

El tal Hunt, pensándolo bien, era un ser bastante extraño que llamaba mucho la atención. Cuando se apoyaba contra los largueros del cabestrante, o cuando se encontraba de pie, a popa, con su mano puesta sobre las cabillas de la rueda del timón, no podía dejar de mirarlo con una indudable curiosidad.

Por otra parte, me daba la impresión de que sus miradas honraban las mías con cierta insistencia. No debería ignorar mi calidad de pasajero a bordo de la goleta, y en qué condiciones me asocié a los riesgos de aquella campaña. En cuanto a pensar que tuviese unos propósitos diferentes a los nuestros, que pretendiese alcanzar otra meta más allá de la isla Tsalal después de que hubiésemos recogido a los náufragos de la *Jane*, aquello no era, en absoluto, admisible. Además, el capitán Len Guy no cesaba de

repetirlo:

—¡Nuestra única misión es la de salvar a nuestros compatriotas!
¡La isla Tsalal es el único punto que nos aguarda, y no iremos con
nuestro navío más allá de dicho punto!

El 10 de noviembre, hacia las dos de la tarde, se oyó un grito del
vigía:

—¡Tierra a proa, por estribor...!



Una buena observación nos dio $55^{\circ} 7'$ de latitud y $41^{\circ} 13'$ de longitud oeste.

Aquella tierra no podía ser otra que la isla Saint-Pierre —o, dicho con sus nombres británicos, Georgia Austral, Nueva Georgia, isla del Rey Jorge—, que, por su situación, pertenece a las regiones

circumpolares.

Fue descubierta, antes que Cook, en 1765, por el francés Barbe. Pero, sin tener en cuenta que era el segundo en llegar a ella, el célebre navegante inglés le puso toda la serie de nombres que posee hoy.

La goleta puso rumbo a aquella isla, cuyas nevadas cimas —formidables masas de rocas antiguas, gneis y pizarras arcillosas— alcanzan mil doscientas toesas a través de las amarillentas nieblas del espacio.

El capitán Len Guy tenía la intención de recalar durante veinticuatro horas en la bahía Real, a fin de renovar las provisiones de agua, ya que las cajas que la contenían se calentaban con excesiva facilidad en el fondo de la bodega. Más tarde, cuando la *Halbrane* navegase entre los hielos, podríamos disponer de agua potable a discreción.

Por la tarde, la goleta dobló el cabo Buller, al norte de la isla, dejó la bahía Possession y la bahía Cumberland por estribor, y se adentró en la bahía Real, evolucionando entre los restos desprendidos del glaciar de Ross. A las seis de la tarde se echó el ancla a 6 brazas de profundidad y, como la noche se nos venía encima, se propuso el desembarco para el día siguiente.

Nueva Georgia mide una cuarentena de leguas de longitud por una veintena de anchura. Está situada a quinientas leguas del estrecho de Magallanes, y pertenece al dominio de las Malvinas. La administración británica no se encuentra allí representada, puesto que, pese a que sea habitable, al menos durante el verano, la isla está deshabitada.

Al día siguiente, mientras que los hombres iban en busca de una aguada, yo fui a pasear, solo, por las cercanías de la bahía Real. Aquellos parajes estaban desiertos, puesto que no nos encontrábamos en la época en la que los pescadores cazan focas, para la que todavía faltaba más de un mes. Expuesta a la acción directa de la corriente polar antártica, Nueva Georgia se ve muy frecuentada por los mamíferos marinos. Me encontré con varias bandadas retozando sobre las arenas de las playas, a lo largo de las rocas y hasta en el fondo de las grutas del litoral. *Smalas*[70] de pingüinos, inmóviles y en filas interminables, protestaban con sus rebuznos contra aquella invasión de un intruso —me refiero a mí.

Sobre la superficie de las aguas y sobre las arenas volaban bandadas de gaviotas, cuyo canto traía a mi mente el recuerdo de países más favorecidos por la naturaleza. Afortunadamente, aquellos pájaros no necesitaban ramas para anidar, puesto que no existía ni un solo árbol sobre la totalidad de la superficie de Nueva Georgia. Acá y allá, de vez en cuando, vegetaban algunas fanerógamas, musgos medio descoloridos y, sobre todo, aquella hierba tan abundante, el *tussock*, que tapiza sus pendientes hasta una altura de ciento cincuenta toesas, y cuya recolección sería más que suficiente para alimentar a innumerables rebaños.

El 12 de noviembre la *Halbrane* aparejó sus velas bajas. Después de haber doblado la punta Carlota, en la extremidad de la bahía Real, puso rumbo sursudeste, en dirección de las islas Sandwich, situadas a cuatrocientas millas de allí.

Hasta entonces no encontramos ningún hielo flotante. Se debía a que el sol del verano todavía no los había desprendido, ya sea de la banquisa, ya de las tierras australes. Más adelante, las corrientes los arrastrarían incluso hasta la altura de aquel paralelo 50, que, en el hemisferio septentrional, es el que corresponde a París o Quebec.

El cielo, cuya pureza empezaba a alterarse, amenazaba cargarse hacia levante. Soplaban con cierta fuerza un viento frío que arrastraba una mezcla de lluvia y turbiones. Como nos favorecía, no teníamos por qué quejarnos. Tan sólo tuvimos que abrigarnos mejor bajo las capuchas de los capotes.

Lo peor de todo eran los grandes bancos de nieblas que con frecuencia ocultaban el horizonte. No obstante, y puesto que aquellos parajes no ofrecían ningún peligro y no existía razón alguna para temer que pudiésemos llegar a encontrarnos con *packs* o icebergs a la deriva, la *Halbrane*, sin grandes preocupaciones, pudo proseguir su ruta hacia el sudeste, hacia la demora de las islas Sandwich.

En medio de aquellas nieblas, con un vuelo planeado contra el viento, y sin apenas mover sus alas, cruzaban bandadas de pájaros que lanzaban gritos estridentes, petreles, somormujos, alciones, esternas y albatros, que huían hacia tierra como queriendo indicarnos el camino.

Fueron, sin duda, aquellas espesas brumas las que impidieron que el capitán Len Guy avistara, al suroeste, entre Nueva Georgia y

las Sandwich, la isla Traversey, descubierta por Bellingshausen, así como las Welley, Polker, Prince's Island y Christmas, las cuatro islas que, según Fanning, descubrió el americano James Brown, del *Schooner Pacific*. Pero lo importante era no estrellarse contra sus acantilados cuando la vista no alcanzaba más de dos o tres cables.

Así es que se estableció una severísima vigilancia a bordo, y los vigías observaban la mar tan pronto como cualquier claro repentino les permitía ampliar su campo de visión.

En la noche del 14 al 15, hacia el oeste, el espacio se vio iluminado por vagos resplandores vacilantes. El capitán Len Guy pensó que aquellos resplandores deberían de estar ocasionados por un volcán —tal vez el de la isla Traversey, cuyo cráter se encuentra frecuentemente coronado por las llamas.

Como nuestros oídos no pudieron captar ninguna de esas largas detonaciones que acompañan a las erupciones volcánicas, llegamos a la conclusión de que la goleta se mantenía a una distancia tranquilizadora de los escollos de aquella isla.

No hubo, por tanto, razón alguna que nos obligase a modificar la ruta, y se mantuvo el rumbo hacia las islas Sandwich.

Dejó de llover en la madrugada del día 16, y el viento cambió un cuarto hacia el noroeste. Tan sólo podíamos felicitarnos, puesto que las nieblas no tardaron en disiparse.

En aquel momento, el marinero Stem, que se encontraba observando desde las crucetas, creyó avistar un gran velero de tres palos cuyo velamen se dibujaba hacia el noroeste. Con gran sentimiento por nuestra parte, aquel navío desapareció antes de que nos fuese posible reconocer su pabellón. Tal vez se trataba de uno de los buques de la expedición de Wilkes, o de cualquier ballenero que se dirigía hacia su zona de pesca, ya que los sopladores abundaban por todas partes.

El 17 de noviembre, desde las diez de la mañana, la goleta avistó el archipiélago al que Cook puso, primero, el nombre de Thule del Sur, la tierra más meridional hasta entonces descubierta, y a la que, posteriormente, puso el nombre de Sandwich, nombre que aquel grupo de islas conservó sobre las cartas geográficas y que ya tenía en 1830, cuando Biscoe las dejó atrás buscando, por el este, un paso hacia el polo.

Desde entonces, muchos han sido los navegantes que visitaron las Sandwich, y los pescadores cazan las ballenas, los cachalotes y las focas por aquellos parajes.

En 1820, el capitán Morrell desembarcó allí con la esperanza de renovar sus provisiones de leña. Afortunadamente, el capitán Len Guy no lo pretendía, ya que el clima de aquellas islas no permite que se desarrolle la arborescencia.

Si la goleta iba a recalar en las Sandwich durante veinticuatro horas, tan sólo se debía a que era razonable visitar todas aquellas islas de las regiones australes que encontrábamos a lo largo de nuestra ruta. Podríamos encontrarlas en ellas con algún documento, indicio o huella. Si Patterson fue arrastrado por un témpano de hielo, ¿por qué no podría haberle ocurrido a cualquiera de sus compañeros...?

Por tanto, era conveniente no desdeñar ninguna posibilidad, ya que el tiempo no nos apremiaba. Después de Nueva Georgia, la *Halbrane* iría a las Sandwich. Después de las Sandwich iría a las Nuevas Orcadas del Sur y, después, tras el círculo polar, iría directamente hacia la banquisa.

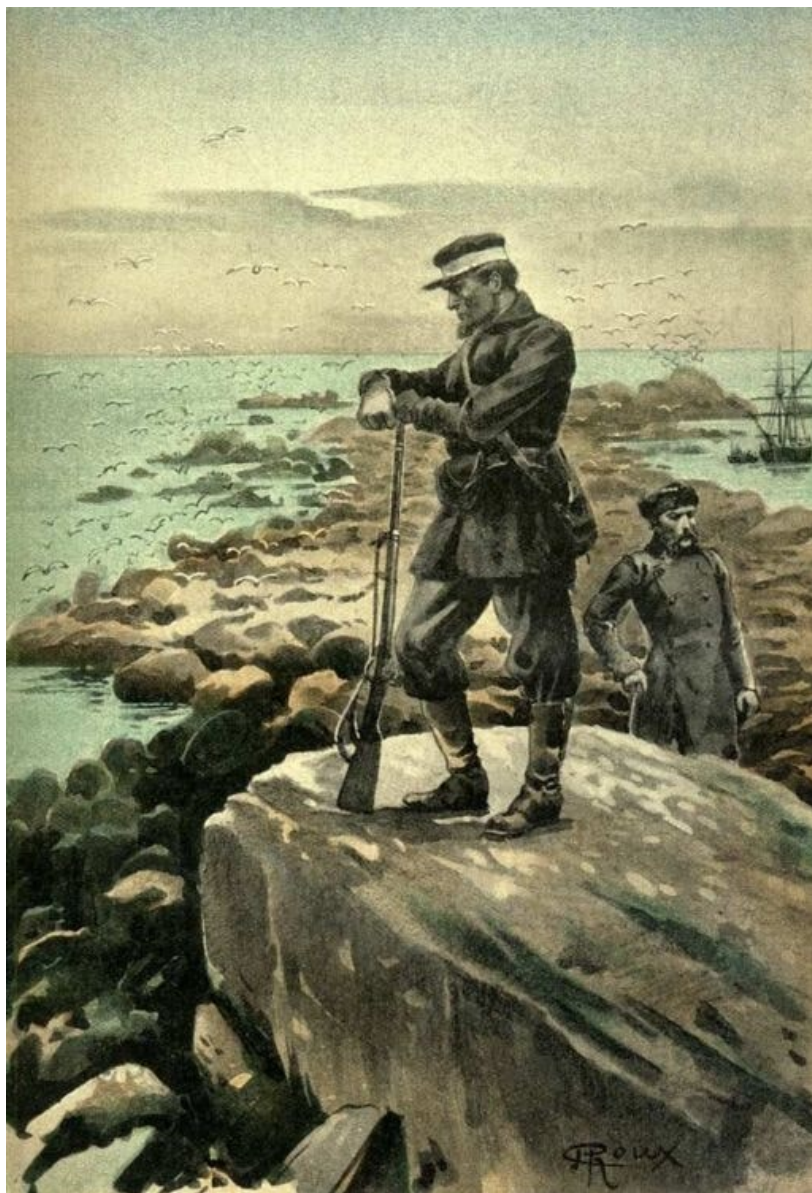
Pudimos desembarcar aquel mismo día al abrigo de las rocas de la isla Bristol, en el fondo de una especie de puertecito natural de la costa oriental.

Aquel archipiélago, situado a 59° de latitud y 30° de longitud occidental, se compone de varias islas, siendo las más importantes Bristol y Thule. Otras muchas no merecen más que el calificativo mucho más modesto de islotes.

Sobre Jem West recayó la misión de llegarse hasta Thule a bordo de una gran chalupa, a fin de que pudiese explorar sus puntos abordables, mientras que el capitán Len Guy y yo descendimos sobre las playas de Bristol.

En suma, ¡qué país tan desolado, que no tenía más habitantes que los tristes pájaros de las especies antárticas! La poca vegetación existente era igual a la de Nueva Georgia. Musgos y líquenes recubrían la desnudez de aquel suelo improductivo. Tras las playas, a una altura considerable sobre las laderas de las colinas descarnadas, desde la que en ocasiones se desprendían masas de piedras con gran estrépito, se alzaban algunos pinos raquíticos. Por todas partes, tan sólo la terrible soledad. Nada que atestiguase el

paso de un ser humano, ni la presencia de náufragos sobre aquella isla de Bristol. Las excursiones que realizamos, tanto aquel día como el siguiente, no dieron resultado alguno.



Otro tanto ocurrió con la expedición del teniente West, en

Thule, cuya costa, terriblemente accidentada, recorrió inútilmente. Algunos cañonazos disparados por nuestra goleta tan sólo sirvieron para espantar a las bandadas de petreles y esternas, y para amedrentar a aquellos estúpidos pájaros bobos siempre alineados sobre el litoral.

Mientras paseaba con el capitán Len Guy, le dije:

—Sin duda, usted no ignorará cuál fue la opinión del capitán Cook sobre el grupo de las Sandwich cuando las descubrió. Al principio, creyó haber puesto el pie sobre un continente. En su opinión, era de allí de donde se desprendían las montañas de hielo que la deriva arrastra fuera de los mares antárticos. Más tarde reconoció que las Sandwich no forman más que un archipiélago. Sin embargo, su opinión sobre la existencia de un continente más hacia el sur no deja de ser formal.

—Lo sé, señor Jeorling —respondió el capitán Len Guy—, pero si ese continente existe, deberemos de llegar a la conclusión de que posee una gran escotadura, la misma por la que tanto Weddell como mi hermano han podido penetrar con seis años de diferencia. Acepto que nuestro gran navegante no haya tenido la oportunidad de descubrir ese pasaje, puesto que se detuvo en el paralelo 71. Otros lo han conseguido después de él, y otros van a conseguirlo...

—Y nosotros nos contaremos entre estos últimos, capitán...

—Sí..., ¡con la ayuda de Dios! Si Cook no dudó en afirmar que nadie se arriesgaría nunca más lejos que él, y que las tierras, si es que existían, nunca serían descubiertas, el futuro probará que se equivocó... Se ha llegado a ellas hasta más allá del grado 83 de latitud sur...

—¿Y quién sabe si ese extraordinario Arthur Pym no ha llegado más lejos todavía...?

—Tal vez, señor Jeorling. De todas maneras, no tenemos por qué preocuparnos de Arthur Pym, puesto que tanto él como Dirk Peters pudieron regresar a América...

—Pero... si no hubiesen regresado...

—Creo que no tenemos por qué pensar en esta posibilidad —respondió, simplemente, el capitán Len Guy.

XI. De las Sandwich al círculo polar

Seis días después de hacerse a la mar, la goleta, rumbo suroeste y siempre favorecida por los vientos, avistó el grupo de las islas Nuevas Orcadas del Sur.

Lo componen dos islas principales: al oeste, la más grande, la isla Coronation, cuya gigantesca cima no se eleva a menos de dos mil quinientos pies; al este, la isla Laurie, que se termina por el cabo Dundas apuntando hacia poniente. Alrededor de ellas emergen algunas islas menores, Saddle, Powell, e innumerables islotes como panes de azúcar. Finalmente, hacia el oeste, se encuentran la isla Inaccesible y la isla de la Desesperanza, así bautizadas, sin duda alguna, porque algún navegante no pudo abordar la una y tuvo que desistir en alcanzar la otra.

Aquel archipiélago fue descubierto, conjuntamente, por el americano Palmer y el inglés Botwel, en 1821-1822. Atravesado por el paralelo 71, se encuentra entre los meridianos 44 y 47.

La *Halbrane*, al aproximarse, nos permitió observar por su lado norte grandes masas convulsionadas y abruptos cerros, cuyas laderas, especialmente en la isla Coronation, se suavizaban al ir descendiendo hacia el litoral. A sus pies se apiñaban, en un formidable desorden, monstruosos hielos que, antes de dos meses, marcharían a la deriva hacia las aguas templadas.

Sería entonces la época en la que se presentasen los balleneros para dedicarse a la pesca de los sopladores, mientras que algunos de sus hombres se quedarían en aquellas islas para acosar a las focas y a los elefantes marinos.

¡Qué bien les sentaban sus nombres a aquellas tierras de duelo y de escarchas cuando el sudario invernal todavía no estaba perforado por los primeros rayos del verano austral!

Preocupado por no penetrar en el estrecho que separa el grupo

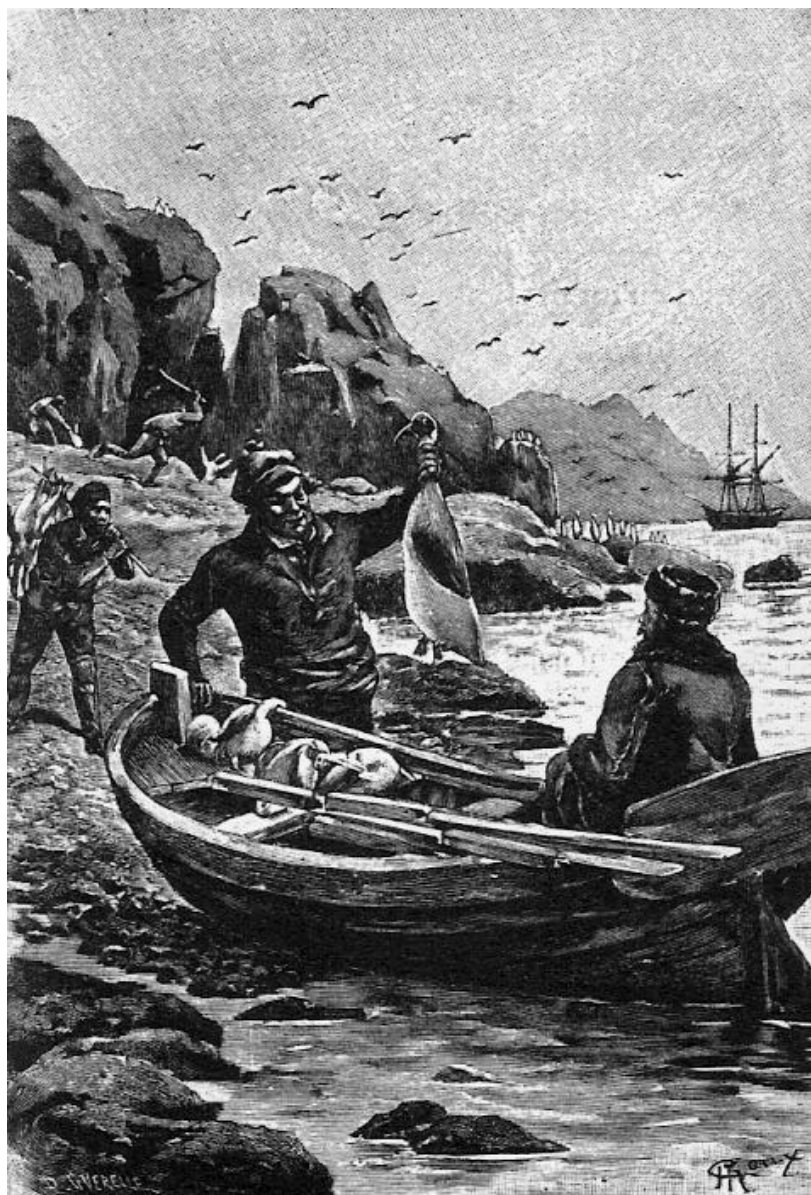
de islas en dos lotes diferentes, y que se encontraba abarrotado de arrecifes y de témpanos de hielo, el capitán Len Guy abordó, primero, el extremo sudeste de la isla Laurie, donde pasó la jornada del día 24; después, tras haberla costeadado doblando el cabo Dundas, se aproximó a la costa meridional de la isla Coronation, en cuyas proximidades se detuvo la goleta el día 25. Por lo que respecta a los marinos de la *Jane*, el resultado de nuestra búsqueda fue absolutamente nulo.

Si en 1822 —en el mes de septiembre, es cierto— Weddell perdió tiempo y esfuerzos tratando de cazar focas en aquel grupo de islas, se debió a que el invierno todavía era excesivamente riguroso. Esta vez la *Halbrane* habría podido cargarse a tope con aquellos anfibios.

Los volátiles ocupaban las islas e islotes por millares. Sin tener en cuenta a los pingüinos, sobre aquellas rocas tapizadas por una capa de excrementos se podía encontrar gran número de aquellos pichones blancos, de los que ya había visto algunas muestras. Eran zancudas, no palmípedas, con un pico cónico poco alargado, los párpados enmarcados de rojo y que se pueden abatir sin grandes esfuerzos.

En cuanto al reino vegetal de las Nuevas Orcadas del Sur, en las que predominan las pizarras cuarzosas de origen no volcánico, tan sólo se encuentra representado por algunos líquenes grisáceos y escasos fucus, de la especie laminar. Abundan las lapas sobre las playas y los mejillones sobre las rocas, de los que, por cierto, hice una buena provisión.

Debo decir que el *bosseman* y sus hombres no desperdiciaron la ocasión y exterminaron varias decenas de pingüinos a bastonazos. Y no es que lo realizara obedeciendo a un censurable espíritu de destrucción, sino a causa de un legítimo deseo de conseguir alimentos frescos.



—Es igual que el pollo, señor Jeorling —me afirmó Hurliguerly —. ¿No lo probó usted en las islas Kerguelen...?

—Sí, *bosseman*, pero era Atkins quien lo preparaba.

—Pues bien, aquí será Endicott, ¡y no notará usted ninguna diferencia!

—Y, en efecto, tanto en la cámara de oficiales como en el sollado de la tripulación, disfrutamos de aquellos pingüinos, que testimoniaron los talentos culinarios de nuestro cocinero.

La *Halbrane* se hizo a la mar el 26 de noviembre, a las seis de la mañana, rumbo al sur. Remontó el meridiano 43, que una buena observación permitió fijar con toda exactitud. Era el que Weddell, primero, y William Guy, después, siguieron y, si la goleta no se desviaba hacia el este o el oeste, iría a parar, inevitablemente, a la isla Tsalal. No obstante, no deberíamos dejar de tener en cuenta las dificultades de la navegación.

Los constantes vientos del este nos favorecían. La goleta arbolaba todo su trapo, incluso las bonetas de la gavia, el foque volante y las velas de los estays. Con todo aquel velamen marchaba a una velocidad que debería mantenerse entre los once y los doce nudos. Si continuábamos con aquella marcha, la travesía de las Nuevas Orcadas del Sur hasta el círculo polar sería muy corta.

Después, ya lo sé, se trataría de forzar la entrada de la espesa banquisa o, lo que era más práctico, de descubrir una brecha a través de aquella cortina de hielo.

El capitán Len Guy y yo hablamos sobre aquel tema.

—Hasta aquí —le dije—, la *Halbrane* ha tenido siempre el viento a favor y, por poco que siga así, alcanzaremos la banquisa antes del deshielo...

—Tal vez sí..., tal vez no..., señor Jeorling, puesto que este año la estación es extraordinariamente precoz. En la isla Coronation he constatado que los bloques ya se estaban desprendiendo del litoral, es decir, seis semanas antes de lo habitual.

—Feliz circunstancia, capitán, por lo que tal vez sea posible que nuestra goleta pueda franquear la banquisa desde las primeras semanas de diciembre, mientras que la mayor parte de los navíos no lo logran hasta finales de enero.

—En efecto, estamos siendo muy favorecidos por la benevolencia de la temperatura —respondió el capitán Len Guy.

—Y yo añadiría —proseguí— que Biscoe, en su segunda expedición, no abordó la tierra que dominan el monte William y el monte Stowerby, a 64° de longitud, hasta mediado el mes de febrero. Los libros de navegación que usted me ha prestado lo atestiguan...

—Con toda precisión, señor Jeorling.

—Por tanto, antes de un mes, capitán...

—Antes de un mes espero haber encontrado, más allá de la banquisa, esa mar libre que con tanta insistencia señalaron Weddell y Arthur Pym y después no tendremos más que navegar en las condiciones normales hasta el islote Bennet, primero, y hasta la isla Tsalal, después. ¿Qué clase de obstáculos podría detenernos o, incluso, ocasionarnos algún retraso, una vez en esa mar libre...?

—Imagino, capitán, que una vez que hayamos dejado atrás la banquisa no encontraremos ninguno. Ese pasaje es el punto difícil y es lo que debe ser objeto de nuestras constantes preocupaciones, y por poco que los vientos se mantengan...

—Se mantendrán, señor Jeorling, ya que todos los navegantes de los mares australes han podido comprobar, tal y como yo mismo lo he hecho, la constancia de esos vientos. Sé perfectamente que entre los paralelos 30 y 60 las ráfagas de viento vienen, normalmente, del oeste. Pero, más allá, y a causa de una inversión muy acusada, predominan los vientos opuestos; no ignorará usted, incluso, que desde que hemos pasado dichos límites soplan regularmente en esa dirección...

—Eso es cierto, y me alegro, capitán. Además, debo confesarle —y esta confesión no me avergüenza en absoluto— que comienzo a hacerme supersticioso...

—¿Y por qué no serlo, señor Jeorling...? ¿Qué puede haber de irracional en creer en la intervención de una potencia sobrenatural en las circunstancias más normales de la vida...? Y a nosotros, marinos de la *Halbrane*, ¿nos estaría permitido ponerlo en duda...? Acuérdesse usted..., el encuentro con el desdichado Patterson en la ruta de nuestra goleta..., aquel témpano de hielo arrastrado hasta los parajes que estábamos atravesando, y que se disolvió casi inmediatamente... Reflexione, señor Jeorling, ¿es que esos hechos no entran dentro de la categoría de lo providencial...? Y voy, incluso, más lejos, y afirmo que Dios no querrá abandonarnos después de haber hecho tanto para guiarnos hasta nuestros compatriotas de la *Jane*...

—Estoy de acuerdo con usted, capitán. ¡No! No se puede negar su intervención y, en mi opinión, ¡es totalmente falso que el azar intervenga en la escena humana con el papel que las mentes

superficiales pretenden atribuirle...! Todos los hechos se encuentran unidos por un lazo misterioso..., por una cadena...

—¡Una cadena, señor Jeorling, cuyo primer eslabón pasa, por lo que a nosotros se refiere, por el témpano de hielo de Patterson, y el último será, sin duda alguna, la isla Tsalal...! ¡Ah! ¡Mi hermano, mi pobre hermano...! ¡Abandonado allá abajo desde hace once años..., con sus compañeros de infortunio..., sin que tan quisiera le haya quedado la esperanza de llegar a ser socorridos...! ¡Y Patterson, arrastrado lejos de ellos..., ignoramos en qué condiciones..., como ellos ignoran lo que ha sido de él...! ¡Si mi corazón se encoge cuando pienso en todas esas catástrofes, al menos no vacilará, señor Jeorling, salvo tal vez en el momento en que mi hermano se eche en mis brazos...!

El capitán Len Guy se encontraba presa de una emoción tan fuerte, que mis ojos se humedecieron. ¡No! ¡No hubiese tenido el valor de responderle que aquel salvamento se encontraba seriamente comprometido! De lo que no cabía duda alguna era de que, seis meses antes, William Guy y cinco marineros de la *Jane* se encontraban, todavía, en la isla Tsalal, puesto que el cuaderno de notas de Patterson así lo afirmaba... Pero ¿en qué situación se encontraban...? ¿Estaban en poder de aquellos isleños que Arthur Pym estimaba en varios millares, y eso sin tener en cuenta a los habitantes de las islas situadas al oeste...? Por tanto, ¿no deberíamos esperar que el jefe de la isla Tsalal, aquel Too-Wit, intentase cualquier ataque contra el que la *Halbrane* no resistiría, quizá, más de lo que resistió la *Jane*...?

¡Sí! ¡Valdría mucho más ponerse en las manos de la Providencia! Su intervención ya se manifestó clamorosamente y, en cuanto a aquella misión que Dios nos confiaba, ¡haríamos todo lo humanamente posible para llevarla a buen fin!

Debo señalar que la tripulación de la goleta, animada por los mismos sentimientos, compartía todas nuestras esperanzas. Me refiero, claro está, a los veteranos, a los fieles al capitán. En cuanto a los nuevos, podría ser que se sintiesen indiferentes, o poco menos, ante el resultado de nuestra campaña, desde el momento en que recibirían los beneficios asegurados al reclutarlos.

Eso era, al menos, lo que pensaba el *bosseman* —exceptuando, no obstante, a Hunt—. No parecía que aquel hombre se hubiese

visto tentado por el incentivo de las ganancias o de las primas cuando se enroló. Lo que era cierto es que no hablaba de aquel tema, como tampoco hablaba a nadie de ningún otro tema.

—¡Imagino que ni siquiera piensa! —me dijo Hurliguerly—. ¡Todavía estoy esperando a conocer el color de sus palabras...! Por lo que a conversación se refiere, ¡ése no va más allá que un navío fondeado con su ancla de esperanza!

—Si a usted no le habla, *bosseman*, a mí mucho menos todavía.

—¿Sabe usted, señor Jeorling, lo que creo que ya ha debido de hacer ese hombre...?

—¿Qué?

—Pues bien, debe de haber llegado muy lejos a través de los mares australes..., sí..., muy lejos..., ¡pese a que él se lo tenga más callado que un muerto...! ¡Él verá por qué se lo calla! Pero, si esa marsopa no ha traspasado el círculo polar, e incluso la banquisa, en una buena decena de grados, ¡qué el primer golpe de mar me lance por la borda...!

—¿En qué lo ha notado usted, *bosseman*...?

—¡En sus ojos, señor Jeorling, en sus ojos...! En todo momento, sea cual sea el rumbo que lleve la goleta, siempre los tiene clavados en el sur..., unos ojos que nunca centellean..., tan fijos como las luces de posición...

Hurliguerly no exageraba, puesto que yo mismo pude darme cuenta de todo aquello. Empleando una expresión de Edgar Poe, podríamos decir que tenía los ojos centelleantes del halcón...

—Cuando no está de guardia —prosiguió el *bosseman*—, ese salvaje se pasa todo su tiempo apoyado sobre la borda, ¡tan inmóvil como mudo...! ¡Realmente creo que deberíamos colocarlo en la punta de nuestra roda, donde podría llegar a ser un buen mascarón de proa de la *Halbrane*...! ¡Qué pinta tiene...! Y, además, cuando está al timón, señor Jeorling, ¡obsérvelo usted...! ¡Sus enormes manos sostienen las cabillas como si se encontrasen clavadas a la rueda...! ¡Cuando dirige su mirada a la bitácora, se diría que la atrae el imán del compás...! ¡Presumo de ser un buen timonel, pero nunca llegaré a tener la talla de Hunt...! ¡Con él al timón, por muy fuerte que llegue a ser un bandazo, la aguja no se aparta ni un solo instante de su rumbo...! ¡Fíjese bien..., por la noche..., estoy seguro de que, si la lámpara de la bitácora se apagase, Hunt no necesitaría

volver a encenderla...! ¡Le bastaría con el fulgor de sus pupilas para poder iluminar el limbo y mantener el rumbo!

Decididamente, al *bosseman* le gustaba desquitarse en mi compañía de la falta de atención que tanto Len Guy como Jem West prestaban, normalmente, a sus interminables charlas. Pero, en definitiva, si Hurliguerly poseía una opinión sobre Hunt que podría parecer algo exagerada, debo confesar que la actitud de aquel extraño personaje lo autorizaba a tenerla. No me cabía duda alguna de que lo hubiésemos podido clasificar dentro de la categoría de los seres semifantásticos. Y, por así decirlo, si Edgar Poe hubiese llegado a conocerlo, lo habría podido tomar como prototipo de uno de sus más extraños personajes.

Durante varios días nuestra navegación prosiguió en excelentes condiciones, sin un solo incidente, sin que nada rompiese su monotonía. Con el viento del este, la goleta alcanzaba su máxima velocidad, lo que se veía claramente en la larga estela, plana y regular, que se arrastraba varias millas a popa.

Por otra parte, la estación primaveral seguía progresando. Empezaban a verse grupos de ballenas. Por aquellos parajes, a los navíos de gran tonelaje les hubiese bastado con tan sólo una semana para llenar sus cubas del preciado aceite. Por eso, los nuevos marineros —y, sobre todo, los americanos— no ocultaban su pesar al ver la indiferencia del capitán ante la presencia de tantos animales que valían su peso en oro, y que eran tan abundantes, que nunca pudieron contemplar cosa igual en aquella época del año.

De toda la tripulación, el que más parecía sentirlo era Hearne, un patrón de pesca al que sus compañeros escuchaban gustosamente. Gracias a la brutalidad de sus modales y a la feroz audacia que revelaba todo él, supo imponerse a los demás marineros. Aquel *sealing-master* [71], de cuarenta y cuatro años de edad, era de nacionalidad americana. Hábil y vigoroso, podía imaginármelo perfectamente cuando, de pie sobre una ballenera de doble proa, enarbolaba su arpón, lo lanzaba al costado de una ballena y después le largaba cuerda... ¡Debería de ser una imagen increíble! Y teniendo en cuenta su violenta pasión por aquel oficio, no me extrañaría nada que llegase a expresar su descontento a la menor oportunidad.

Por otra parte, nuestra goleta no se encontraba equipada para la

pesca, y no teníamos a bordo todas aquellas máquinas que se necesitan para tal ocupación. Desde que navegaba al mando de la *Halbrane*, el capitán Len Guy se limitó tan sólo a comerciar a través de las islas meridionales del Atlántico y el Pacífico.

Fuera lo que fuese, la cantidad de sopladores que veíamos en un radio de unos cables debería ser considerada extraordinaria.

Aquel día, hacia las tres de la tarde, me encontraba apoyado a proa, sobre la borda, contemplando cómo retozaban varias parejas de aquellos enormes animales. Hearne los señalaba con una mano a sus compañeros, al tiempo que de su boca se escapaban estas frases entrecortadas:

—Allí..., allí..., es una *fin-back*[72] ... ¡no, son dos..., tres..., y tienen una aleta dorsal de cinco a seis pies...! ¿Las veis nadar entre dos aguas..., tranquilamente..., sin dar ningún salto...? ¡Ah! ¡Si tuviese un arpón me apostaría hasta el cuello a que se lo clavaba en una de esas cuatro manchas amarillentas que tienen sobre el cuerpo...! Pero ¡no hay nada que hacer en este tenderete..., no hay forma de desentumecer los brazos...! ¡Maldita sea! Cuando se navega por estos mares es para pescar, y no para...



Se interrumpió, tras proferir un juramento colérico.

—¡Y aquella otra ballena...! —exclamó.

—¿Esa que tiene una chepa como un dromedario...? —preguntó uno de los marineros.

—Sí..., es una *hump-back* [73] —respondió Hearne—.

¿Distingues su vientre plisado y su gran aleta dorsal...? Esas *hump-back* no son nada fáciles de capturar, ¡puesto que se sumergen a grandes profundidades y arrastran tras ellas muchas brazas de cable...! ¡Es verdad! ¡Nos merecíamos que nos diese un coletazo en un costado, puesto que no le clavamos un arpón en el suyo...!

—¡Cuidado..., cuidado...! —gritó el *bosseman*.

No era que se temiese recibir aquel formidable coletazo que parecía desear el *sealing-master*. ¡No! Un enorme soplador acababa de aparecer junto a la goleta y, casi inmediatamente, una tromba de agua [74] infecta se escapó de sus narices con un ruido que parecía el de una lejana descarga de artillería. Toda la proa quedó inundada hasta el cuartel de la escotilla.

—¡Nos está muy bien empleado! —gruñó Hearne encogiéndose de hombros, mientras que sus compañeros echaban pestes contra las rociadas de la *hump-back*.

Además de aquellas dos especies de cetáceos, también se veían ballenas azules —las *right-whales* [75]—, que son las que se encuentran más frecuentemente por los mares australes. Desprovistas de aletas, poseen una espesa capa de grasa. Su persecución no ofrece grandes riesgos. Es por eso por lo que las ballenas azules eran muy buscadas por aquellos mares antárticos, en los que también abundaban por miles de millones esos pequeños crustáceos conocidos como «comida de la ballena», y que son su único alimento [76].

Precisamente, a menos de tres cables de la goleta flotaba una de aquellas *right-whales*, que medía unos setenta pies de largo, es decir, que era lo suficientemente grande como para llenar cien barriles de aceite. Tal era el rendimiento de aquellos monstruos animales, que con tan sólo tres de ellos bastaba para completar el cargamento de un navío de mediano tonelaje.

—¡Sí...! ¡Es una ballena azul! —exclamó Hearne—. ¡Se puede reconocer por su chorro grueso y corto...! ¡Mirad..., aquel que se ve allí, por babor..., como una columna de humo..., el de una *right-whale*...! ¡Y todo esto delante de nuestras propias narices..., y eso para nada...! ¡Maldita sea...! ¡No llenar las cubas cuando podemos hacerlo, es como tirar los sacos de piastras a la mar...! ¡Maldito sea el capitán que deja perderse toda esta mercancía, y cuánto daño

hace a su tripulación...!

—¡Hearne —dijo una voz impetuosa—, sube a la cruceta...!
¡Desde allí podrás contar mejor las ballenas...!

—Pero teniente.

—¡No me discutas, o te dejaré allí hasta mañana...! ¡Vamos...!
¿A qué esperas...?

Y como hubiese resultado muy poco oportuno oponer resistencia, el *sealing-master* obedeció sin decir ni una palabra más. Además, debo repetirlo, la *Halbrane* no se dirigía hacia aquellas altas latitudes para dedicarse a la pesca de los mamíferos marinos y los americanos no fueron reclutados en las Malvinas como pescadores. La única meta de nuestra campaña era bien sabida, y nada debería apartarnos de ella.

La goleta singlaba por la superficie de unas aguas rojizas, coloreada por grandes bancos de crustáceos —aquella especie de gambas que pertenecen al género de los tisanópodos—. Podíamos ver cómo las ballenas, tumbadas indolentemente sobre un costado, las recogían con sus barbas, tendidas como una red entre ambas mandíbulas, y se las metían por miríadas en aquellos enormes estómagos.

En definitiva, no sabría cómo volver a repetir que si, encontrándonos como nos encontrábamos en noviembre, y en aquella parte del Atlántico meridional, se veía tal cantidad de cetáceos de diferentes especies, se debía tan sólo a que la estación se presentó con una precocidad realmente anormal. Sin embargo, no se veía ni un solo ballenero por aquellos lugares de pesca.

Señalaremos, de pasada, que desde el inicio de aquella primera mitad del siglo, los pescadores de ballenas se vieron obligados a abandonar paulatinamente los mares del hemisferio boreal, donde ya no se encontraban más que algunos rorcuales[77], y ello a causa de una destrucción indiscriminada. Y son actualmente los parajes del sur del Atlántico y del Pacífico los que buscan los franceses, ingleses y americanos para esta pesca, que no podrá llevarse a cabo más que a costa de grandes sacrificios. Incluso es muy posible que esta industria, antaño tan próspera, acabará por arruinarse.

Pero veamos qué se podría deducir de aquella extraordinaria acumulación de cetáceos.

Después de que el capitán Len Guy y yo tuviéramos aquella

conversación a propósito de la novela de Edgar Poe, debo señalar que era mucho menos reservado conmigo. Frecuentemente charlábamos de diversas cosas y aquel día me dijo:

—La presencia de estas ballenas indica, generalmente, que la costa se encuentra a poca distancia, y ello por dos razones. La primera, porque los crustáceos que les sirven de alimento nunca se apartan demasiado del litoral. La segunda, porque las aguas poco profundas les son necesarias a las hembras para depositar allí a sus crías.

—Si es así, capitán —le respondí—, ¿cómo es posible que no nos encontremos con ningún grupo de islas entre las Nuevas Orcadas del Sur y el círculo polar...?

—Su observación es muy justa —respondió el capitán Len Guy—, pero, para poder avistar tierra, sería necesario que nos desviásemos una quincena de grados al oeste, hacia la demora de las islas Nuevas Shetlands del Sur, de Bellingshausen, las islas Alejandro y Pedro y, finalmente, la Tierra de Graham, que descubrió Biscoe.

—¿Así que —proseguí— la presencia de las ballenas no indica necesariamente la proximidad de tierra?

—No sé muy bien qué responderle, señor Jeorling, y es muy posible que lo que le he dicho no tenga una base muy sólida. Así es que tal vez sería mejor atribuir la presencia de tantos de estos animales a las condiciones climatológicas de este año...

—No veo otra explicación —le dije— y, además, concuerda con nuestras propias constataciones.

—Pues bien, nos apresuraremos a aprovechar estas circunstancias... —respondió el capitán Len Guy.

—Y sin hacer caso —añadí— de las recriminaciones de una parte de la tripulación...

¿Y por qué van a recriminarnos nada esas gentes...? —exclamó el capitán Len Guy—. ¡Que yo sepa, no fueron reclutados para pescar...! ¡No ignoran para qué servicio se han embarcado y Jem West ha hecho bien cortando en seco esas malas disposiciones...! ¡No son mis viejos compañeros los que se habrían permitido...! ¡Ve usted, señor Jeorling, cuáles son las consecuencias de no haber podido arreglármelas con tan sólo mis hombres...! ¡Por desgracia no era posible, si tenemos en cuenta a la población indígena de

Tsalal...!

Me apresuraré a decir que, si bien no se podía cazar la ballena, ninguna otra clase de pesca estaba prohibida a bordo de la *Halbrane*. Teniendo en cuenta su velocidad, hubiese sido imposible usar la traína o el trasmallo. Pero el *bosseman* hizo instalar sedales a popa, y el menú cotidiano se veía muy mejorado con gran satisfacción de aquellos estómagos algo cansados de la carne semisalada. Lo que pescábamos con los sedales eran gobios, salmones, bacalaos, caballas, congrios, mújoles y escaros. En cuanto a los arpones, alcanzaban a delfines y a marsopas de carne negruzca, que no desagradaban en absoluto a la tripulación, y cuyo lomo e hígados suponían un excelente bocado.

Por lo que se refiere a los pájaros, siempre eran los mismos los que llegaban desde todos los puntos del horizonte: petreles de diferentes especies —unos blancos y otros azules, de unas líneas increíblemente elegantes—, alciones y zampullinos en inmensas bandadas.

Vi igualmente, pero no se encontraba a tiro, un petrel cuyas dimensiones eran realmente increíbles. Se trataba de uno de esos pájaros que los españoles llaman quebrantahuesos [78]. Este pájaro de los parajes magallánicos, con la curvatura y delgadez de sus inmensas alas, y una envergadura de trece a catorce pies, poco más o menos como la de los albatros, es realmente extraordinario. Estos últimos tampoco faltaban y, entre otros muchos potentes voladores, el albatros de plumas fuliginosas, el huésped de las frías latitudes, que regresaba a la zona glacial.

Señalaremos que si, entre los nuevos tripulantes, eran Hearne y sus compatriotas los que mayor envidia y pesar mostraban a la vista de aquellas montañas de cetáceos, se debía a que son especialmente los americanos los que realizan sus campañas por los mares australes. Me vino a la memoria que, hacia 1827, una encuesta llevada a cabo en los Estados Unidos demostró que el número de sus navíos armados para la pesca de la ballena en aquellos mares era de doscientos, y su arqueo total de cincuenta mil toneladas, y que cada uno de ellos regresaba con mil setecientos barriles de aceite, que provenían del descuartizamiento de un total de ocho mil ballenas, sin tener en cuenta que otras dos mil, aproximadamente, se perdían. Hace cuatro años, de acuerdo con una segunda encuesta, el número

de navíos ascendía a cuatrocientos sesenta, su arqueo a ciento setenta y dos mil quinientas toneladas —la décima parte de la totalidad de la marina mercante de la Unión, que costaba cerca de un millón ochocientos mil dólares, y cuya cifra de negocios ascendía a un total de cuarenta millones de dólares.

Se comprenderá, pues, que tanto el *sealing-master* como algunos otros marineros se sintiesen apasionados por aquel rudo pero fructífero oficio. Pero ¡que los marineros tengan cuidado y no se dediquen a su destrucción masiva...! Poco a poco, las ballenas serán cada vez más difíciles de encontrar sobre los mares del Sur y habrá que ir a buscarlas más allá de la banquisa.

Cuando le hice esta observación al capitán Len Guy, me respondió que los ingleses se mostraban siempre mucho más cautelosos, lo que merecería confirmarse.

El 30 de noviembre, después de haber tomado el ángulo horario a las diez de la mañana, se tomó la altura exactamente al mediodía. De acuerdo con los cálculos, resultó que aquel día nos encontrábamos a $66^{\circ} 23' 2''$ de latitud.

La *Halbrane* acababa, pues, de franquear el círculo polar que circunscribe la zona antártica.

XII. Entre el círculo polar y la banquisa

Desde que la *Halbrane* cruzó aquella curva imaginaria, trazada a 23,5° del polo, pareció como si se hubiese adentrado en una región diferente, «aquella región de la Desolación y el Silencio», como dijo Edgar Poe, aquella mágica prisión de esplendor y de gloria en la que el poeta de *Eleonora* quiso quedar encerrado hasta la eternidad [79], aquel inmenso océano de luz inefable...

En mi opinión —para aventurar una hipótesis poco fantástica—, aquella región de la Antártida, con una superficie que pasa de los cinco millones de millas cuadradas, continúa en el mismo estado en el que se encontraba nuestro esferoide durante la era glaciár.

Como es bien sabido, durante el verano la Antártida goza de una perpetua luz diurna, y ello gracias a los rayos que un sol radiante, en su espiral ascendente, proyecta por encima del horizonte. Después, una vez que ha desaparecido, se inicia un larga noche, noche frecuentemente iluminada por las irradiaciones de las auroras polares.

Nuestra goleta iba a recorrer aquellas terribles regiones, por tanto, en plena estación luminosa. La claridad permanente no le faltaría en su ruta hacia la demora de la isla Tsalal, donde no nos cabía ninguna duda de que nos encontraríamos con los hombres de la *Jane*.

Sin duda alguna, un espíritu más imaginativo que el mío hubiese experimentado curiosas sobreexcitaciones, tales como visiones, pesadillas y alucinaciones de hipnotizado, durante las primeras horas que pasamos sobre el límite de la nueva región... Se habría sentido algo así como trasplantado al interior de lo sobrenatural... En las proximidades de aquellas regiones antárticas se habría preguntado qué ocultaba aquel velo nebuloso que cubría la mayor parte de las mismas... ¿Descubriría nuevos elementos en el campo

de los tres reinos, el mineral, el vegetal y el animal, seres de una «humanidad» especial, como afirmaba haberlos visto Arthur Pym...? ¿Qué le ofrecería aquel teatro de meteoros sobre el que todavía continuaba bajado el telón de las brumas...? Y cuando bajo la intensa presión de sus sueños pensase en el regreso, ¿no perdería toda esperanza...? ¿No escucharía a través de las estancias del más extraño de los poemas al cuervo del poeta gritarle con voz graznadora: «*Never more...* ¡Nunca más! ¡Nunca más!»? [80]

Pero aquel no era mi estado mental, y aunque me encontraba muy excitado desde hacía algún tiempo, lograba mantenerme en los límites de la realidad. No tenía más que un solo deseo, y era que tanto la mar como el viento siguiesen siéndonos propicios más allá del círculo antártico, al igual que lo fueron antes de cruzarlo.

Por lo que se refiere al capitán Len Guy, al segundo y a los viejos marineros de la tripulación, se notó una evidente satisfacción sobre sus duros rasgos, sobre sus rostros oscurecidos por el bronceado, cuando supieron que el paralelo 70 acababa de ser cruzado por la goleta. Al día siguiente, Hurliguerly me abordó sobre la cubierta, en un tono alegre y con la cara risueña.

—¡Eh, eh!, señor Jeorling —exclamó—, ya tenemos detrás el famoso círculo...

—¡Pero no demasiado detrás, *bosseman*, no demasiado!

—¡Todo llegará..., todo llegará...! Pero hay algo que me inquieta...

—¿Qué es?

—¡Que no hemos hecho lo que se hace a bordo de todos los navíos cuando se cruza una línea!

—¿Lo echa de menos...? —le pregunté.

—¡Sin duda, y la *Halbrane* podría haber llevado a cabo la ceremonia de un bautismo austral...!

—¿De un bautismo...? ¿Y a quién habría bautizado usted, *bosseman*, puesto que tanto usted como nuestros hombres ya han navegado más allá de este paralelo...?

—¡Nosotros..., sí...! ¡Pero... usted..., no, señor Jeorling...! Y dígame usted, ¿por qué no habríamos de celebrar esta ceremonia en su honor...?

—Es cierto, *bosseman*, es la primera vez, a lo largo de todos mis viajes, que he llegado a una latitud tan elevada...

—Lo que se merece un bautismo, señor Jeorling... ¡Oh! ¡Sin mucha pompa..., sin tambores ni trompetas..., y sin que el Padre Antártico tenga que intervenir con su mascarada habitual...! Si usted me permitiese bendecirlo...

—¡Sea, Hurliguerly! —le respondí, al tiempo que llevaba la mano al bolsillo—. ¡Bendígame y bautíceme a su gusto...! Y he aquí una piastra para beber a mi salud en la próxima taberna...

—Entonces, no podré bebérmela hasta que lleguemos al islote Bennet o a la isla Tsalal, si es que existe alguna posada en esas islas salvajes, ¡y si ha habido algún Atkins capaz de establecerse en ellas...!

—Dígame, *bosseman*, y a propósito de Hunt..., ¿está tan satisfecho como los viejos marineros de la *Halbrane* por haber cruzado el círculo polar...?

—¡Quién sabe...! —me respondió Hurliguerly—. Ése siempre navega al paio y no se puede sacarle nada ni de un costado ni del otro... Pero, como ya le he dicho, si no ha probado ya los hielos y la banquisa...

—¿Qué se lo hace pensar...?

—¡Todo y nada, señor Jeorling...! ¡Esas cosas se sienten...! ¡Hunt es un viejo lobo de mar que ha arrastrado su saco por todos los rincones del mundo...!

La opinión del *bosseman* era como la mía y, a causa de no sabía qué presentimiento, no dejaba de observar a Hunt, al que siempre tenía en mente.

Durante los primeros días de diciembre, del 1 al 4, después de unas calmas, el viento mostró cierta tendencia a soplar del noroeste. Y resulta que en aquellas regiones ocurre con los vientos del norte lo mismo que en el hemisferio boreal con los del sur, que no se puede esperar nada bueno de ellos. El mal tiempo, eso es lo que traen normalmente, y lo hacen en forma de grandes ráfagas de viento y de borrascas. Sin embargo, no deberíamos quejarnos demasiado si el viento no cambiaba al suroeste. En este caso, la goleta se habría visto apartada de su ruta o, al menos, habría tenido que pelear para mantener el rumbo y, en definitiva, era mucho mejor no apartarse del meridiano que íbamos siguiendo desde que nos hicimos a la mar en las Nuevas Orcadas del Sur.

Aquella posible modificación del estado atmosférico no dejó de

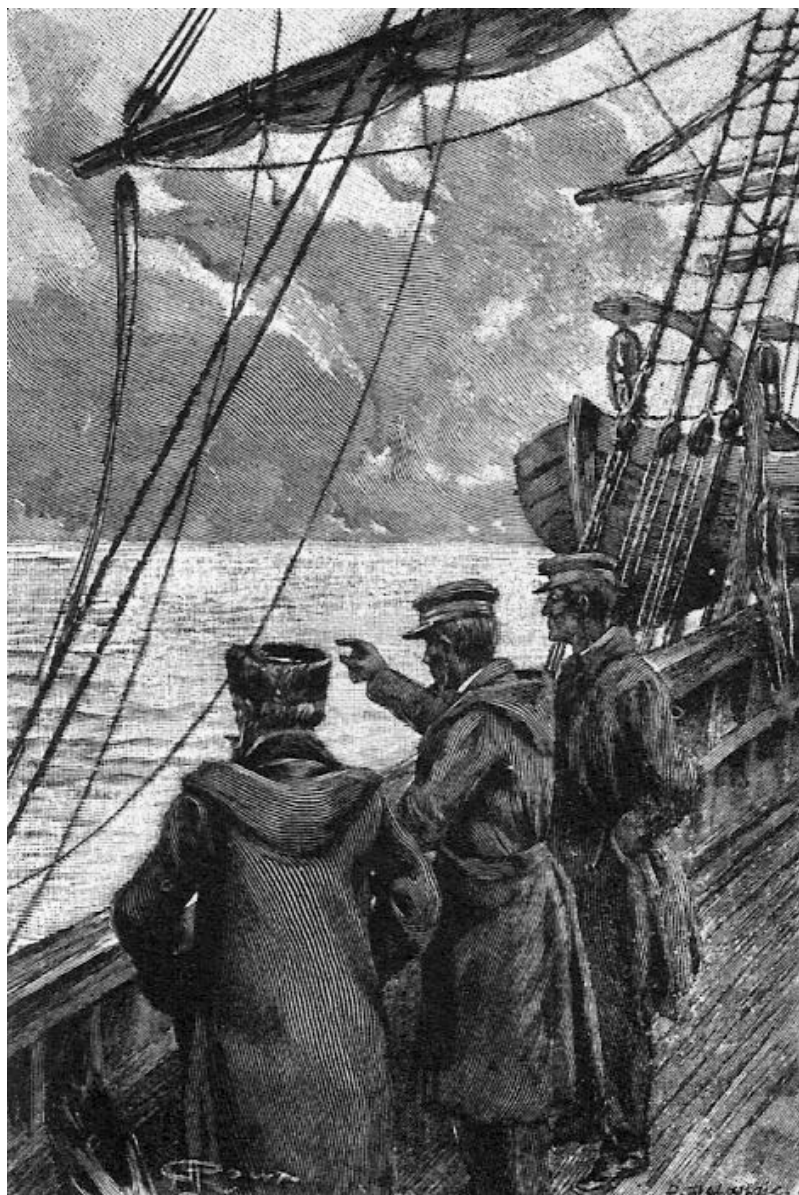
causar inquietud al capitán Len Guy. Además, la marcha de la *Halbrane* se vio visiblemente disminuida ya que la brisa comenzó a amainar a lo largo del día 4, e incluso, durante la noche del 4 al 5, dejó de soplar.

Por la mañana, las velas colgaban inertes y deshinchadas a lo largo de los mástiles, o batían de uno a otro costado. Pese a que no nos llegaba ni un soplo de viento y a que la superficie del océano no tenía ni un solo rizo, la mar de fondo, que venía del oeste, imprimía balanceos a la goleta.

—La mar siente algo —me dijo el capitán Len Guy—, y debe de haber muy mal tiempo de ese lado —añadió, al tiempo que extendía la mano hacia poniente.

—En efecto, el horizonte se ve brumoso —le respondí—. Pero tal vez el sol del mediodía...

—No tiene mucha fuerza por estas latitudes, ¡ni siquiera en verano señor Jeorling...! ¿Jem...?



El segundo se aproximó.

—¿Qué piensas del cielo...?

—No estoy muy seguro... Pero debemos estar dispuestos a enfrentarnos a lo que sea, capitán. Voy a arriar las velas altas, cobrar el gran foque y a aparejar el tormentín. Es posible que el

horizonte se despeje al mediodía... Si nos vemos en un mal trance, estaremos en disposición de hacerle frente.

—Lo más importante, Jem, es que sigamos conservando la misma longitud...

—Se hará lo que se pueda, capitán, puesto que estamos bien arrumbados.

—¿Todavía no ha señalado el vigía los primeros hielos a la deriva...? —pregunté.

—Sí —respondió el capitán Len Guy—, y en caso de que abordásemos algún iceberg, no sería él el que sufriría los destrozos. Por tanto, si la menor de las prudencias nos exige desviarnos hacia el este o hacia el oeste, nos resignaremos; pero únicamente en caso de fuerza mayor.

El vigía no se había equivocado. Por la tarde pudimos ver masas de hielo que se desplazaban lentamente hacia el sur, estas especies de islas de hielo que ni por su altura ni por su extensión eran demasiado grandes. Pero se veían abundantes restos de *ice-fields*. Se trataba de eso que los ingleses llaman *packs*, grandes trozos de trescientos o cuatrocientos pies que se tocan por sus bordes — *plachs* cuando tienen la forma circular, y *streams*[81] cuando la poseen alargada—. Aquellos restos eran fáciles de evitar, y no podían alterar la navegación de la *Halbrane*. Pero también era cierto que, si hasta entonces el viento nos permitió conservar el rumbo, en aquellos momentos no avanzábamos prácticamente y, faltos de velocidad, teníamos muchas dificultades para poder gobernar el navío. Y lo que era mucho más desagradable, teníamos una mar de fondo muy frecuente que nos torturaba con contragolpes insoportables.

Hacia las dos, las grandes corrientes atmosféricas se precipitaron en torbellinos, tan pronto de un lado como del otro. El viento soplaba de todas las cuartas del compás.

La goleta se vio terriblemente sacudida, y el *bosseman* mandó atar sobre la cubierta todos aquellos objetos que eran susceptibles de deslizarse a causa de los balanceos y de los cabeceos.

Hacia las tres, las ráfagas poseían una fuerza extraordinaria, y se desencadenaron definitivamente del oeste-noroeste. El segundo puso la cangreja, el trinquete-goleta y la trinetilla a bajos rizados. Esperaba poder mantenerse así contra la borrasca y no verse

lanzado hacia el este, lejos del itinerario de Weddell. Pero los *drifts*[82] o hielos flotantes tendían a acumularse de aquel lado, y no hay nada más peligroso para un navío que adentrarse en un laberinto de hielos en movimiento.

Bajo los golpes del huracán, acompañados por una fuerte mar de fondo, la goleta se escoraba, en ocasiones, excesivamente. Felizmente, su cargamento no podía desplazarse, ya que su estiba se llevó a cabo teniendo en cuenta cualquier eventualidad náutica. Por tanto, no teníamos por qué temer que nos ocurriera lo que al *Grampus*, que naufragó a causa de una negligencia que le ocasionó su pérdida. No olvidaba tampoco que aquel *brick* dio un giro completo y que quedó con la quilla al aire, y que Arthur Pym y Dirk Peters pasaron varios días agarrados a su casco.

Por lo demás, las bombas de achique no encontraban ni una sola gota de agua que evacuar. Gracias a las meticulosas reparaciones llevadas a cabo durante nuestra recalada en las Malvinas, no se abrió ninguna costura ni en la cubierta ni en la bordada.

Lo que duraría aquella tempestad, ni el mejor de los *weather-wise*[83], el más hábil de los pronosticadores, no habría podido decirlo. Veinticuatro horas, dos días, tres días de mal tiempo; nunca se sabe lo que nos reservan los mares australes.

Una hora después de que la borrasca se hubiese desencadenado sobre nosotros, las turbonadas se sucedieron casi sin interrupción, con lluvia, granizo y nieve o, más bien, aguaceros de nieve. Aquello se debía a que la temperatura descendió notablemente. El termómetro no marcaba más que 36° Fahrenheit (2,22° centígrados), y la columna barométrica, 26 pulgadas y ocho líneas (721 milímetros).

Eran las diez de la noche —me veo obligado a emplear esta palabra, pese a que el sol se mantenía, siempre, por encima del horizonte—. Y, en efecto, todavía faltaba una quincena de días para que alcanzase el punto culminante de su órbita y, a 23° de distancia del polo, no dejaba de lanzar sobre la pálida superficie de la Antártida sus oblicuos rayos.

A las once menos veinticinco, la borrasca arreció.

No fui capaz de decidirme a ganar mi camarote, y me protegí tras la camareta alta.

El capitán Len Guy y el segundo se encontraban discutiendo a

unos cuantos pasos de donde yo estaba. En medio de aquel estruendo de los elementos, apenas podrían entenderse; pero, entre marinos, basta con los gestos para hacerse comprender.

Estaba claro que la goleta derivaba del lado de los hielos, hacia el sudeste, y que no tardaría en acercarse a ellos, puesto que aquellas moles iban mucho menos rápidas que ella. Doble mala suerte que, por un lado, nos empujaba fuera de nuestra ruta y, por el otro, nos amenazaba con la posibilidad de una terrible colisión. Las olas eran tan fuertes, que había que temer por los mástiles, cuyas puntas describían arcos de una amplitud aterradora. Durante las turbonadas, se hubiese dicho que la *Halbrane* se encontraba partida en dos. Hasta tal punto era imposible verse desde proa a popa.

Algunos ligeros claros dejaban ver una mar desatada, que rompía con rabia sobre los acantilados de los icebergs, como si se tratase de las rocas del litoral, y los cubría de salpicaduras pulverizadas por el viento.

El número de bloques a la deriva iba en aumento, lo que nos hacía pensar que aquella tempestad ayudaría a adelantar el deshielo y a hacer, por tanto, más accesibles los bordes de la banquisa.

Sin embargo, era necesario resistir al viento. De ahí la necesidad de capear el temporal. La goleta se movía horriblemente, cogida de través por las olas, penetrando profundamente entre ellas, y no elevándose de nuevo sin haber experimentado antes violentas sacudidas. No podía pensarse en huir, puesto que, con aquel viento, cualquier navío se hubiese expuesto al peligro de embarcar toneladas de agua por su zuncho.

Para empezar, y como primera medida, se trataba de aguantar. Después, una vez a la capa y con la gavia a pequeños rizos, el petifoque a proa y el tormentín a popa, la *Halbrane* se encontraría en condiciones favorables para resistir la borrasca y la deriva, pese a correr el riesgo de tener que disminuir más el trapo si seguía empeorando el tiempo.

El marinero Drap fue a hacerse cargo del timón. El capitán Len Guy, cerca de él, vigilaba los bandazos.

A proa, la tripulación estaba dispuesta para ejecutar las órdenes de Jem West, mientras que seis hombres, dirigidos por el *bosseman*, se ocupaban de instalar un tormentín en lugar de la cangreja. Aquel

tormentín era un trozo triangular de fuerte tela, que estaba cortado como un foque, y que se izaba en la encapilladura del palo de mesana, se amuraba al pie y se flameaba a popa.

Para tomar los rizos de la gavia, era necesario trepar a las crucetas del palo de trinquete, y con cuatro hombres bastaría.

El primero que se lanzó sobre los flechastes fue Hunt. El segundo fue Martin Holt, nuestro maestro velero. El marinero Burry y uno de los enrolados los siguieron inmediatamente.

Nunca habría imaginado que un hombre pudiese desplegar tal agilidad y destreza como lo hizo Hunt. Apenas sus manos y sus pies se sostenían sobre los flechastes. Una vez que estuvo a la altura de las crucetas, fue por el marchapié a un extremo de la verga, a fin de largar los rebenques de la gavia.

Martin Holt fue al extremo opuesto, mientras que los otros dos hombres quedaron en medio.

Una vez que la vela estuviese amainada, no habría más que reducirla a rizos bajos. Después, cuando Hunt, Martin Holt y los marineros hubiesen descendido, se tensaría desde abajo.

El capitán Len Guy y el segundo sabían que, con aquel trapo, la *Halbrane* mantendría convenientemente la capa.

Mientras que Hunt y los otros estaban trabajando, el *bosseman* acabó de aparejar el tormentín y se encontraba esperando que el segundo diese la orden de izarlo a fondo.

La borrasca se desencadenaba entonces con una furia incomparable. Los obenques y las burdas, tensos hasta el límite, vibraban como cuerdas metálicas. Era como para preguntarse si las velas, incluso disminuidas, no acabarían desgarrándose en mil pedazos.

De pronto, un espantoso bandazo lo volcó todo en cubierta. Algunos barriles, rompiendo sus sujeciones, rodaron hasta los empalitados. La goleta dio de banda por estribor hasta tal punto, que la mar entró por los imbornales.

Derribado por el golpe contra la camareta alta, me encontré, por unos instantes, sin poderme levantar...

Tal llegó a ser la inclinación de la goleta, que el extremo de la verga de la gavia se hundió tres o cuatro pies en la cresta de una ola.

Cuando la verga salió del agua, Martin Holt, que se encontraba

en su extremo acabando el trabajo, había desaparecido.

Se oyó un grito, el grito del maestro velero arrastrado por las olas, y cuyos brazos se agitaban desesperadamente entre la blanca espuma.

Los marineros se precipitaron a estribor y lanzaron el uno un cable, el otro un barril, el otro una tabla de pino, en fin, cualquier objeto susceptible de flotar, y al que pudiese sujetarse Martin Holt.

En el momento en que me agarraba a una cornamusa a fin de sujetarme, entreví una masa que cruzaba el aire y acabó desapareciendo entre las desencadenadas olas...

¿Se trataba de un nuevo accidente...? ¡No...! Era un acto voluntario..., un acto de abnegación.

Habiendo terminado de amarrar el último rizo, Hunt, después de haberse deslizado a lo largo de la verga, acababa de lanzarse al agua en ayuda del maestro velero.

—¡Dos hombres al agua! —gritaron a bordo.

¡Sí, dos..., el uno para salvar al otro...! ¿Acabarían pereciendo juntos...?



Jem West corrió al timón y, con una vuelta de la rueda, obligó a orzar la goleta de un cuarto, todo cuanto le era posible sin sobrepasar la dirección del viento. Después, con el foque atravesado y el tormentín virado, quedó casi inmóvil.

Enseguida pudo verse, sobre las espumeantes aguas, a Martin

Holt y a Hunt, cuyas cabezas sobresalían del agua...

Hunt nadaba de una brazada rápida, moviéndose a través de las olas y acercándose al maestro velero.

Éste, a un cable de distancia, aparecía y desaparecía, y tan sólo era un punto negro muy difícil de localizar en medio de las ráfagas.

Después de haber lanzado tablones de pino y barriles, la tripulación esperaba, habiendo hecho todo lo que estaba en sus manos. En cuanto a lanzar una embarcación en medio de aquella mar embravecida que llegaba hasta a cubrir el castillo de proa, ¿podría tan siquiera pensarse...? O hubiese zozobrado, o se habría estrellado contra los costados de la goleta.

—¡Están perdidos..., los dos..., los dos...! —murmuró el capitán Len Guy.

Después se dirigió al segundo.

—¡Jem..., la chalupa..., la chalupa...! —gritó.

—Si usted da la orden de echarla al agua —respondió el segundo —, seré el primero en embarcarme, pese a que supone arriesgar la vida... ¡Pero tiene usted que ordenármelo!

Pasaron unos cuantos minutos de una angustia indescriptible para los testigos de aquellas escenas. Ni siquiera se acordaban de pensar en la situación de la *Halbrane*, por muy comprometida que ésta fuese.

Pronto se oyó un clamor, cuando Hunt fue visto, una última vez, entre las olas. Se hundió de nuevo y, después, como si sus pies hubiesen encontrado un sólido punto de apoyo, se le vio lanzarse con un esfuerzo sobrehumano hacia Martin Holt, o más bien, hacia el lugar en que el desdichado acababa de hundirse...

Sin embargo, y ganando un poco de proa desde que Jem West hizo amainar un poco las escotas del petifoque y el tormentín, la goleta se había aproximado cosa de medio cable.

Entonces se oyeron nuevos gritos, que dominaban a los elementos desencadenados.

—¡Hurra..., hurra..., hurra...! —gritó toda la tripulación.

Con su brazo izquierdo Hunt sostenía a Martin Holt, que se bamboleaba como un pecio, y que era incapaz de realizar movimiento alguno. Con el otro, nadaba vigorosamente y se aproximaba hacia la goleta.

—¡Orza toda..., orza toda...! —ordenó Jem West al timonel.

Con la barra metida a sotavento, las velas relingaron como detonaciones de armas de fuego...

La *Halbrane* saltó sobre las olas como un caballo que se encabrita cuando el bocado lo retiene hasta desgarrarle la boca. Entregado a las más terribles sacudidas de bandazos y cabeceos, se hubiese dicho, por continuar con el símil de que acabo de echar mano, que el caballo piafaba...

Pasó un interminable minuto. Apenas se podía distinguir, en medio de las aguas turbulentas, a aquellos dos hombres, uno de los cuales arrastraba al otro...

Finalmente, Hunt alcanzó la goleta y se agarró a una de la amarras que colgaban de la borda...

—¡Arriba..., arriba...! —exclamó el segundo, haciendo un gesto al marinero del timón.

La goleta evolucionó todo lo que era necesario para que la gavia, el petifoque y el tormentín pudiesen coger viento, y tomó la marcha de la capa normal.

En un abrir y cerrar de ojo, Hunt y Martin Holt fueron izados sobre la cubierta, el uno depositado al pie del palo del trinquete, y el otro dispuesto a echar una mano en la maniobra.

El maestro velero recibió todos los cuidados que su estado exigía. La respiración le volvió poco a poco, tras un conato de asfixia. Algunos masajes enérgicos acabaron por reanimarlo, y sus ojos se abrieron.

—Martin Holt —dijo el capitán Len Guy, que se encontraba inclinado sobre el maestro velero—, vuelves de muy lejos...

—¡Sí..., sí..., capitán! —respondió Martin Holt al tiempo que buscaba con la mirada—. Pero... ¿quién me...?

—Fue Hunt —exclamó el *bosseman*—. ¡Hunt, que arriesgó su propia vida por sacarte de allí...!

Martin Holt se incorporó a medias, se apoyó sobre los codos y giró la cabeza hacia Hunt.

Como éste se encontraba apartado, Hurliguerly lo empujó hacia Martin Holt, cuyos ojos expresaban el mayor de los reconocimientos...

—Hunt —dijo—, me has salvado... Sin ti... estaba perdido..., te doy las gracias...

Hunt no respondió.

—Y bien..., Hunt... —prosiguió el capitán Len Guy—, ¿acaso no lo oyes...?

Hunt no pareció haber comprendido.

—Hunt —volvió a decir Martin Holt—, acércate... Te lo agradezco..., ¡querría estrechar tu mano...!

Y le tendió la suya.

Hunt retrocedió unos cuantos pasos, sacudiendo la cabeza en la actitud de un hombre que no necesita tantos cumplidos por una cosa tan sencilla...

Después se dirigió hacia la proa y se ocupó de sustituir una de las escotas del petifoque, que acababa de romperse a causa de tal golpe de mar, que la goleta se vio zarandeada desde la quilla hasta la punta de los mástiles.

¡Decididamente, aquel Hunt era un héroe de abnegación y valor!... Decididamente, también era un ser refractario a todas las emociones y ¡tampoco aquel día el *bosseman* pudo conocer el «color de sus palabras»!

No hubo ninguna tregua en la violencia de la tempestad, y en varias ocasiones nos causó serias inquietudes. En medio del furor de aquella tormenta, pudimos llegar a temernos más de cien veces que, pese a lo reducido del trapo, la arboladura se viniera abajo. ¡Sí...!, más de cien veces, y pese a que Hunt se encontraba al timón, manteniéndolo con una mano vigorosa y hábil, la goleta, zarandeada por terribles bandazos, dio de banda y a punto estuvo de zozobrar. Incluso fue necesario amainar la gavia y capear limitándose al tormentín y el petifoque.

—Jem —dijo el capitán Len Guy a las cinco de la mañana—, si es necesario escapar...

—¡Escaparemos, capitán, pero nos arriesgaríamos a ser devorados por la mar!

En efecto, teniendo en cuenta aquella fuerza del viento, no había nada más peligroso que navegar llevándolo en popa cuando no se puede tomar la delantera a las olas, y nunca debe de hacerse más que cuando es imposible mantenerse a la capa. Además, al ir hacia el este, la *Halbrane* se hubiese alejado de su ruta y adentrado en medio de aquel laberinto de hielos acumulados en dicha dirección.

Durante tres días, el 6, 7 y 8 de diciembre, la tempestad se desencadenó sobre aquellos parajes acompañada de ráfagas de

nieve, que provocaron un sensible descenso de la temperatura. Sin embargo, pudo mantenerse la capa una vez que el petifoque, desgarrado por una ráfaga, fue reemplazado por otro de una lona más resistente.

Sería inútil decir que el capitán Len Guy se mostró como un auténtico marino, que Jem West estuvo atento a todo, que la tripulación los secundó resueltamente y que Hunt fue siempre el primero en acudir a la faena cuando se trataba de hacer una maniobra o de correr cualquier clase de riesgo.

En realidad, ¡no sabría cómo explicar lo que era aquel hombre! ¡Qué diferencia entre él y la mayor parte de los enrolados de las Malvinas, especialmente Hearne, el *sealing-master*! De estos últimos resultaba difícil obtener, incluso, lo que se tenía derecho a exigirles. Obedecían, sin duda, porque, de buen o mal grado, hay que obedecer a un oficial como Jem West. Pero, por detrás, ¡cuántas quejas, cuántas recriminaciones! Aquello, me lo temía, no presagiaba nada bueno para el futuro.

No hay ni que decir que Martin Holt no tardó en volver a sus ocupaciones habituales, y que no les hacía ascos. Muy competente en su oficio, era el único que, ya fuese por habilidad, ya por celo, era capaz de rivalizar con Hunt.

—Y bien, Holt —le pregunté un día, cuando se encontraba charlando con el *bosseman*—, ¿qué tal se lleva ahora con ese diablo de Hunt...? Después de su salvamento, ¿se ha mostrado más comunicativo...?

—No, señor Jeorling —respondió el maestro velero—, y me parece que, incluso, trata de evitarme.

—¿De evitarlo...? —respondí.

—Bueno..., tal y como lo hacía antes...

—Eso sí que es curioso...

—Pues es cierto —añadió Hurliguerly—. Ya me he dado cuenta más de una vez.

—Entonces, ¿le rehúye a usted como a los otros...?

—A mí..., más que a los otros...

—Y eso, ¿por qué será?

—¡No lo sé, señor Jeorling...!

—¡Lo que no impide, Holt, que le debas una buena vela...! —declaró el *bosseman*—. Pero ¡no intentes alumbrarla en su honor...!

Lo conozco..., ¡acabaría apagándola...!

Me sorprendió aquello que acababa de saber. Sin embargo, y después de prestar atención, pude comprobar que Hunt, en efecto, rehuía todas las ocasiones de entrar en contacto con el maestro velero. ¿Acaso no creería tener derecho a su agradecimiento, pese a que le debía la vida...? Sin duda, la conducta de aquel hombre era, al menos extraña.

Después de la medianoche del 8 al 9, el viento marcó una cierta tendencia a caer del este, lo que haría que el tiempo fuese más manejable.

La *Halbrane*, si se producía aquella circunstancia, podría, por tanto, recuperar lo que había perdido a causa de la deriva y volver a tomar su rumbo a lo largo del meridiano 43.

Sin embargo, y pese a que la mar seguía estando embravecida, la superficie del velamen pudo aumentarse sin riesgos hacia las dos de la mañana. Así, con el trinquete-goleta y la cangreja a dos rizos, la trinetilla y el petifoque, la *Halbrane*, con las amuras a babor, se acercó a la ruta de la que fue apartada por aquella larga tormenta.

En aquella porción de la mar antártica los hielos derivaban en mayor número, y existían razones para pensar que la tempestad, acelerando el deshielo, hubiese podido romper, hacia el este, las barreras de la banquisa.

XIII. A lo largo de la banquisa

Pese a que los parajes más allá del círculo polar se hubiesen visto profundamente alterados, es justo reconocer que nuestra travesía, hasta aquel momento, se desarrolló en unas condiciones excepcionales. ¡Y qué afortunada circunstancia si la *Halbrane* encontrase abierta la ruta de Weddell aquella misma primera quincena del mes de diciembre...!

Realmente, heme aquí diciendo ruta de Weddell, como si se tratase de una ruta terrestre, bien conservada, provista de sus piedras miliare, con la siguiente inscripción sobre un poste indicador: «¡Ruta del polo Sur!».

Durante la jornada del día 10, la goleta pudo maniobrar sin dificultad entre aquellos témpanos aislados que se llaman *floes* y *brashs*[84]. La dirección que llevábamos no obligó a realizar ninguna bordada, y permitió seguir una línea recta entre los pasos de aquellos *ice-fields*. Pese a que todavía nos encontrábamos a un mes de la época en la que la disgregación se lleva a cabo a gran escala, el capitán Len Guy, acostumbrado a aquellos fenómenos, afirmaba que lo que se producía normalmente en enero —el deshielo general— iba a producirse, aquella vez, en diciembre.

La tripulación no tuvo ningún problema para evitar aquellas numerosas masas enantes. Las dificultades reales no se presentarían, probablemente, hasta el día, muy cercano, en que la goleta tratara de abrirse paso a través de la banquisa.

Además, no teníamos por qué temer sorpresa alguna. La presencia de los hielos estaba señalada por un color casi amarillento de la atmósfera, al que los balleneros daban el nombre de *blink*[85]. Se trata de un fenómeno de reverberación muy especial de las zonas glaciales, que nunca engaña al observador.

Durante cinco días la *Halbrane* navegó sin problemas, sin haber

tenido, ni un solo instante, que temer colisión alguna. Es cierto que, a medida que descendía hacia el sur, el número de hielos aumentaba y los pasos se hacían más y más estrechos. Una observación llevada a cabo el día 14 nos dio 72° 37' de latitud, mientras que nuestra longitud seguía, sensiblemente, siendo la misma, entre los meridianos 42 y 43. Era aquel un punto al que muy pocos navegantes pudieron llegar más allá del círculo antártico—ni siquiera los Balleny ni los Bellingshausen—. Nos encontrábamos, tan sólo, dos grados más abajo de James Weddell.

La navegación de la goleta se hizo cada vez más delicada en medio de aquellos restos apagados y cenicientos, manchados por los detritus de los pájaros. Algunos de ellos tenían una apariencia leprosa. ¡Qué pequeño parecía nuestro navío, al que algunos icebergs dominaban desde más arriba de la arboladura, con respecto a su inmenso volumen!

Por lo que respecta a aquellas masas, la variedad de sus tamaños se veía duplicada por la de sus formas, diferenciadas hasta el infinito. Cuando aquellos enmarañamientos, libres de las brumas, reflejaban, como gigantescas gemas, los rayos solares, el efecto era maravilloso. En ocasiones, sus estratos se perfilaban en colores rojizos, sobre cuyo origen no se tiene una gran certeza y, después, se coloreaban con las tonalidades del violeta y del azul, probablemente debido a efectos de la refracción.

No dejaba de asombrar aquel espectáculo, tan admirablemente descrito por Arthur Pym[86]: por aquí pirámides de agudas puntas, por allá cúpulas redondeadas como las de una iglesia bizantina, o dilatadas, como las de una iglesia rusa, mamelones que se enderezaban, dólmenes de losas horizontales, crómlechs, menhires erguidos como en el campo de Carnac[87], jarrones partidos, copas invertidas, en fin, todo cuanto el ojo más imaginativo se complace, en ocasiones, en encontrar en la caprichosa disposición de las nubes... ¿Y acaso no son las nubes los hielos errantes de la mar celeste...?

Debo de reconocer que el capitán Len Guy unía su gran osadía a una extremada prudencia. Nunca pasaba a sotavento de un iceberg si la distancia no le garantizaba que cualquier maniobra que pudiese hacerse de pronto necesaria sería realizada con éxito. Familiarizado con todos los gajes de aquella navegación, no temía

aventurarse entre las flotillas de *drifts* y de *packs*.

Aquel día me dijo:

—Señor Jeorling, no es la primera vez que he querido penetrar en la mar polar, pero nunca lo conseguí. Pues bien, si cuando me veía reducido a no hacer más que simples suposiciones sobre la suerte de la *Jane* ya lo intentaba, ¿qué no seré capaz de hacer hoy día, cuando aquellas suposiciones se han convertido en certidumbres...?

—Lo comprendo, capitán, y en mi opinión, la experiencia que usted posee sobre la navegación por estos parajes debe contribuir a aumentar nuestras posibilidades de éxito.

—¡Sin duda, señor Jeorling! Sin embargo, más allá de la banquisa, todo es desconocido para mí, ¡al igual que para tantos otros navegantes!

—¿Desconocido...? No totalmente, capitán, puesto que poseemos los informes, muy importantes por cierto, de Weddell y también, añadiría, los de Arthur Pym...

—¡Sí...! ¡Lo sé...! Han hablado de un mar libre...

—¿Acaso no cree usted que sea cierto...?

—¡Sí...! ¡Lo creo...! ¡Sí...! Existe, y por razones de mucho peso. En efecto, es evidente que esas masas, designadas bajo el nombre de *ice-fields* y de icebergs, no podrían formarse en mar abierta. Es a causa de un violento e irresistible esfuerzo, provocado por las olas, por lo que se desprenden de los continentes o de las islas de las altas latitudes. Después, las corrientes las arrastran hacia aguas más templadas, donde los choques desgastan sus aristas, al tiempo que la temperatura disuelve sus bases y sus flancos, que se ven sometidos a las influencias termométricas.

—Eso me parece la evidencia misma —respondí.

—Por tanto —prosiguió el capitán Len Guy—, esas masas no proceden de la banquisa. La alcanzan derivando, la rompen en ocasiones y franquean sus pasos. Además, no hay que juzgar la zona austral según la zona boreal. Las condiciones no son idénticas. Por eso Cook pudo afirmar que nunca encontró en los mares de Groenlandia el equivalente a las montañas de hielo de la mar antártica, incluso a una latitud más elevada.

—¿Y eso a qué se debe...? —le pregunté.

—A esto, sin duda alguna, y es que, en las regiones boreales, la

influencia de los vientos del sur es predominante. Pero no llegan allí más que tras haberse visto cargados de las ardientes aportaciones de América, de Asia y de Europa, por lo que contribuyen a aumentar la temperatura de la atmósfera. Aquí, las tierras más próximas, que se terminan en las puntas del cabo de Buena Esperanza, de Patagonia y de Tasmania, no modifican en absoluto las corrientes atmosféricas. Es por eso por lo que la temperatura es más uniforme sobre este dominio antártico.

—Esa es una observación muy importante, capitán, y justifica su opinión referente a una mar libre...

—Sí..., libre..., al menos sobre una decena de grados más allá de la banquisa. Por tanto, empecemos por franquear ésta, y la mayor de las dificultades habrá sido superada... Tenía usted razón, señor Jeorling, al decir que la existencia de esta mar libre ha sido formalmente reconocida por Weddell...

—Y por Arthur Pym, capitán...

—Y por Arthur Pym.

A partir del 15 de diciembre, los problemas de la navegación aumentaron con el número de hielos. Sin embargo, el viento seguía siendo favorable, variando de noreste a noroeste, sin acusar jamás tendencia alguna a caer del sur. Ni en un solo momento se hizo necesario zigzaguear entre los *ice-fields* y los icebergs, ni mantenerse a pequeñas bordadas durante la noche —operación siempre pesada y peligrosa—. En ocasiones, la brisa refrescaba, y se hacía necesario disminuir el trapo. Entonces veíamos cómo la mar espumaba alrededor de los bloques, cubriéndolos de salpicaduras como si se tratase de las rocas de una isla flotante, sin por ello conseguir detener su marcha.

En varias ocasiones, Jem West midió los ángulos de determinación, y de sus cálculos resultó que la altura de aquellos bloques estaba generalmente comprendida entre las diez y las cien toesas.

Por mi parte, compartía la opinión del capitán Len Guy sobre aquel punto, es decir, que tales masas no se podrían haber formado más que a lo largo de un litoral, tal vez el de un continente polar. Pero, evidentemente, dicho continente debería estar escotado por bahías, dividido por brazos de mar y cortado por estrechos que habrían permitido a la *Jane* alcanzar la demora de la isla Tsalal.

¿No es, en definitiva, la existencia de tierras polares la que obstaculiza los intentos de los descubridores por llegar hasta los polos Ártico o Antártico? ¿Acaso no dan a las montañas de hielo un sólido apoyo, de donde éstas se desprenden en la época del deshielo? Si los casquetes boreal y austral no se encontrasen recubiertos más que por las aguas, ¿acaso no habrían sabido abrirse paso ya los navíos...?

Podemos, por tanto, afirmar que en el momento en que el capitán William Guy de la *Jane* avanzó hasta el paralelo 83, ya sea por instinto de navegante, ya porque el azar lo guió, tuvo que remontarse a través de un gran brazo de mar.

Nuestra tripulación no dejó de sentirse muy impresionada al ver cómo nuestra goleta se adentraba entre aquellas masas en movimiento, al menos los nuevos, puesto que a los veteranos de a bordo ya no podía llegar a sorprenderlos. Aunque también es cierto que la costumbre no tardó en hastiarlos de las sorpresas de aquella navegación.

Lo que convenía organizar con el mayor de los cuidados era una incesante vigilancia. Así es que Jem West hizo subir un tonel hasta la punta del palo de trinquete —lo que se llama «la cofa»—, donde se estableció, constantemente, un vigía.

La *Halbrane*, ayudada por una brisa firme, avanzaba con rapidez. La temperatura era soportable —alrededor de los 42° F (de 4° a 5° centígrados)—. Pero el peligro provenía de las brumas, que frecuentemente flotaban por encima de aquellos mares atestados de hielos y hacían muy difícil evitar los abordajes.

Durante la jornada del día 16, los hombres experimentaron un gran cansancio. Los *packs* y los *drifts* no ofrecían entre ellos más que estrechos pasos, muy accidentados, con ángulos muy bruscos, que nos obligaban a cambiar frecuentemente las amuras.

Cuatro o cinco veces por hora podían oírse estas órdenes:

—¡Orza todo!

—¡Arriba toda!

El timonel no dejaba descansar la rueda del timón, mientras que los marineros no cesaban de tomar por delante la gavia y el juanete, o de relingar las velas bajas.

En aquellas circunstancias, nadie hacía ascos a la faena, y Hunt era el que más se distinguía de entre todos.

Cuando aquel hombre —alma de marino— se mostraba más útil era cuando se trataba de llevar un calabrote a los témpanos y de fijarlo allí con un ancla de uñas para guarnirlo al cabrestante, a fin de que la goleta, halada lentamente, consiguiera superar cualquier obstáculo. Bastaba con alargar falsos brazos, a fin de hacerlos girar sobre un saliente del bloque; Hunt se lanzaba a la chalupa, la dirigía a través de los témpanos, y desembarcaba sobre su superficie resbaladiza. Así es que el capitán Len Guy y su tripulación consideraban a Hunt como un marinero extraordinario. Pero lo que había de misterioso en su persona no dejaba de excitar la curiosidad al máximo.



Más de una vez ocurrió que Hunt y Martin Holt embarcaron en la misma chalupa para llevar a cabo cualquier maniobra peligrosa que realizaban como conservas. Si el maestro velero le daba una orden, Hunt la ejecutaba con tanto celo como destreza. Únicamente, no le respondía nunca.

En aquella fecha, la *Halbrane* ya no podía encontrarse muy lejos de la banquisa. Si proseguía su ruta en aquella dirección, no tardaría en avistarla, y entonces ya no tendría más que encontrar un paso. Sin embargo, hasta aquel momento, tanto por encima de los *ice-fields* como a través de las caprichosas cimas de los icebergs, el vigía nunca avistó una cresta ininterrumpida de hielos.

La jornada del día 16 exigió que se tomaran minuciosas e indispensables precauciones, puesto que el timón, alterado por los inevitables choques, corría el riesgo de desmontarse.

Al mismo tiempo, sufrimos varios choques, provocados por restos que se frotaban contra la estructura de la goleta, y que eran más peligrosos, incluso, que los de los grandes bloques. En efecto, cuando estos últimos se lanzaban contra los flancos del navío, se producían contactos violentos. Sin embargo, la *Halbrane*, cuya solidez, tanto de las cuadernas como del revestimiento, no ofrecía ninguna duda, no tenía que temer verse desfondada y, al no estar forrada, que perdiese su forro.

En cuanto a la pala del timón, Jem West la hizo embutir entre dos refuerzos y después la consolidó con tablones de pino aplicados sobre la mecha, especie de forro que bastaría para protegerla.

No habría que creer que los mamíferos marinos habían abandonado aquellos parajes, que se encontraban abarrotados de masas flotantes de todos los tamaños y de todas las formas. Se veía un gran número de ballenas y ¡qué espectáculo tan maravilloso cuando los chorros de agua se escapaban de sus narices! Junto a las *fin-backs* y las *hump-backs*, se veían marsopas de una talla descomunal, que pesaban varios centenares de libras, y que Hearne las hería diestramente con su arpón cuando se ponían a tiro. Después de haber pasado por las manos de Endicott, hábil acomodador de salsas, aquellas marsopas siempre eran bien recibidas y apreciadas.

En cuanto a los habituales pájaros antárticos, petreles y cormoranes, pasaban en bandadas chillonas, y eran legión los pingüinos que, alineados sobre los bordes de los *ice-fields*, miraban cómo evolucionaba nuestra goleta. Estos últimos son los auténticos habitantes de aquellas tristes soledades, y la naturaleza no habría podido crear un tipo más acorde con las desolaciones de la zona glacial.

Fue en la madrugada del día 17 cuando el hombre de la cofa señaló, por fin, la banquisa.

—¡Por estribor, a proa! —gritó.

A cinco o seis millas al sur se erigía una interminable cresta, recortada en dientes de sierra, que se perfilaba sobre el fondo bastante claro del cielo, y a lo largo de la cual derivaban millares de témpanos. Aquella barrera, inmóvil, se orientaba de noroeste a sudeste y, con tan sólo costearla, la goleta ganaría, incluso, algunos grados hacia el sur.

He aquí lo que conviene recordar si se desea tener una idea bastante exacta de las diferencias que existen entre la banquisa y la barrera de hielos.

Esta última, ya lo he dicho, no se forma en la mar. Es indispensable que repose sobre una base sólida, ya sea para alzar sus planos verticales a lo largo de un litoral, ya para desarrollar sus cimas montañosas en un segundo plano. Pero si dicha barrera no puede abandonar el núcleo que la soporta, es ella, según los navegantes más competentes, la que provee de ese contingente de icebergs e *ice-fields*, de *drifts* y de *packs*, de *floes* y de *brashes*, de los que pudimos ver en mar abierta su interminable marcha. Las costas que los soportan se ven sometidas a las influencias de las corrientes que descienden de los mares más calientes. En la época de las mareas sicigias[88], cuya altura es en ocasiones muy considerable, el asiento de la barrera se mina, se desmorona, se socava, y enormes bloques —centenares de ellos en algunas horas— se desprenden con un estruendo ensordecedor, caen a la mar, se sumergen en medio de formidables remolinos y remontan la superficie. Entonces es cuando se han convertido en montañas de hielo, de las que tan sólo emerge un tercio de su volumen, y que flotan hasta el momento en que la influencia climatológica de las bajas latitudes acaba por disolverlas.

Y un día cuando me encontraba hablando con el capitán Len Guy sobre este tema:

—Esta explicación es exacta —me respondió—, y es por eso por lo que la barrera de hielos opone un obstáculo infranqueable al navegante, puesto que está asentada sobre un litoral. Pero no ocurre lo mismo con la banquisa. Ésta se edifica gracias a la continua amalgama de trozos a la deriva, y lo hace en alta mar, sobre el

mismo océano. Se ve, asimismo, sometida a los asaltos de las olas y a la roedura de las aguas más calientes durante el verano, por lo que se disloca, se entreabren pasos a través de ella, y han sido muy numerosos los navíos que han podido tomarla del revés...

—¿Es cierto —añadí— que no ofrece una masa indefinidamente continua que impediría rodearla...?

—Weddell pudo doblar su extremidad, señor Jeorling, gracias, lo sé, a circunstancias muy excepcionales, tanto por la temperatura como por la precocidad. Pero puesto que esas circunstancias se presentan también este año, no sería aventurado decir que las aprovecharemos.

—Por supuesto, capitán. Y ahora que ya hemos avistado la banquisa...

—Voy a acercar la *Halbrane* a la banquisa tanto como me sea posible, señor Jeorling, y después la lanzaré a través del primer paso que lleguemos a descubrir. Si no lo encontramos, trataremos de costear la banquisa hasta su extremo oriental con la ayuda de la corriente que discurre en esa dirección, y ciñendo y con las amuras a estribor, por poco que la brisa se mantenga del noreste...

Singlando hacia el sur, la goleta se encontró con *ice-fields* de dimensiones considerables. Diferentes ángulos, tomados del círculo, con la base medida por la corredera, permitieron calcularlos entre las quinientas y las seiscientas toesas superficiales. Fue necesario maniobrar con tanta precisión como prudencia a fin de evitar el encontrarnos bloqueados en el fondo de aquellos pasillos de los que no podíamos ver su salida.

Cuando la *Halbrane* no se encontró más que a tres millas de la banquisa, se puso al paio en medio de una amplia ensenada que le permitía una total libertad de movimientos.

Se lanzó una embarcación al agua. El capitán Len Guy se embarcó en ella con el *bosseman*, y cuatro marineros a los remos y otro al timón. Se dirigió hacia la enorme muralla y buscó, en vano, un paso a través del cual hubiera podido deslizarse la goleta y, después de tres horas de aquel extenuante reconocimiento, regresó a la goleta.

Sobrevino entonces una turbonada de aguanieve que hizo descender la temperatura a 36° F (2,22° centígrados) y que ocultó la banquisa de nuestra vista.

Se hacía, por tanto, indispensable poner rumbo al sudeste y navegar por entre aquellos innumerables témpanos, teniendo siempre cuidado de no ser arrastrados hacia la barrera de hielo, puesto que, en ese caso, nos hubiésemos visto en serias dificultades para proseguir hacia el sur.

Jem West dio la orden de bracear las vergas de tal forma que ciñeran el viento a tope.

La tripulación maniobró con presteza, y la goleta, animada de una velocidad de siete a ocho nudos, escorada a estribor, se lanzó entre los bloques que se encontraban esparcidos sobre su ruta. Sabía evitar su contacto cuando el encuentro podía ser perjudicial y, cuando no se trataba más que de capas muy finas, se lanzaba sobre ellas y las desgarraba con su tajamar como si fuese un ariete. Más tarde, después de toda una serie de roces y de crujidos, que hacían en ocasiones vibrar todas sus cuadernas, la *Halbrane* volvía a navegar de nuevo en aguas libres.

Lo esencial era, sobre todo, evitar cualquier colisión con los icebergs. No teníamos ninguna dificultad para evolucionar bajo aquel cielo claro, que permitía maniobrar con tiempo suficiente, ya sea para aumentar la velocidad de la goleta, ya para disminuirla. Sin embargo, y a causa de la frecuencia de las brumas, que limitaban a uno o dos cables el alcance de la vista, aquella navegación no dejaba de ser peligrosa.

Pero, y ya sin hablar de los icebergs, ¿acaso la *Halbrane* no corría el riesgo de ser abordada por los *ice-fields*...? Sin duda alguna, y quien no los haya visto, no podrá imaginarse nunca cuánta potencia poseen aquellas masas en movimiento.

Aquel día vimos a uno de esos *ice-fields* que, pese a no estar animado más que de una velocidad mediocre, chocó contra otro que se encontraba inmóvil. Pues bien, este último fue despedazado por sus aristas, su superficie desquiciada, y a punto estuvo de desaparecer totalmente. Tan sólo quedó un enorme montón de restos, apiñados los unos sobre los otros, *hummocks* que se elevaban hasta cien pies de altura y *calfs* [89] que se sumergían bajo las aguas. Pero ¿podría uno sorprenderse, si se piensa que el peso del *ice-field* abordador podía cifrarse en varios millones de toneladas...?

Transcurrieron veinticuatro horas en aquellas condiciones,

manteniéndose la goleta a tres o cuatro millas de la banquisa. Si nos hubiésemos acercado más a ella, nos habríamos visto obligados a adentrarnos entre aquellas sinuosidades, de las que hubiéramos podido no salir. Y ello pese a los deseos del capitán Len Guy, quien se temía que, por no acercarnos demasiado, pudiésemos llegar a perdernos cualquier paso por no haberlo visto...

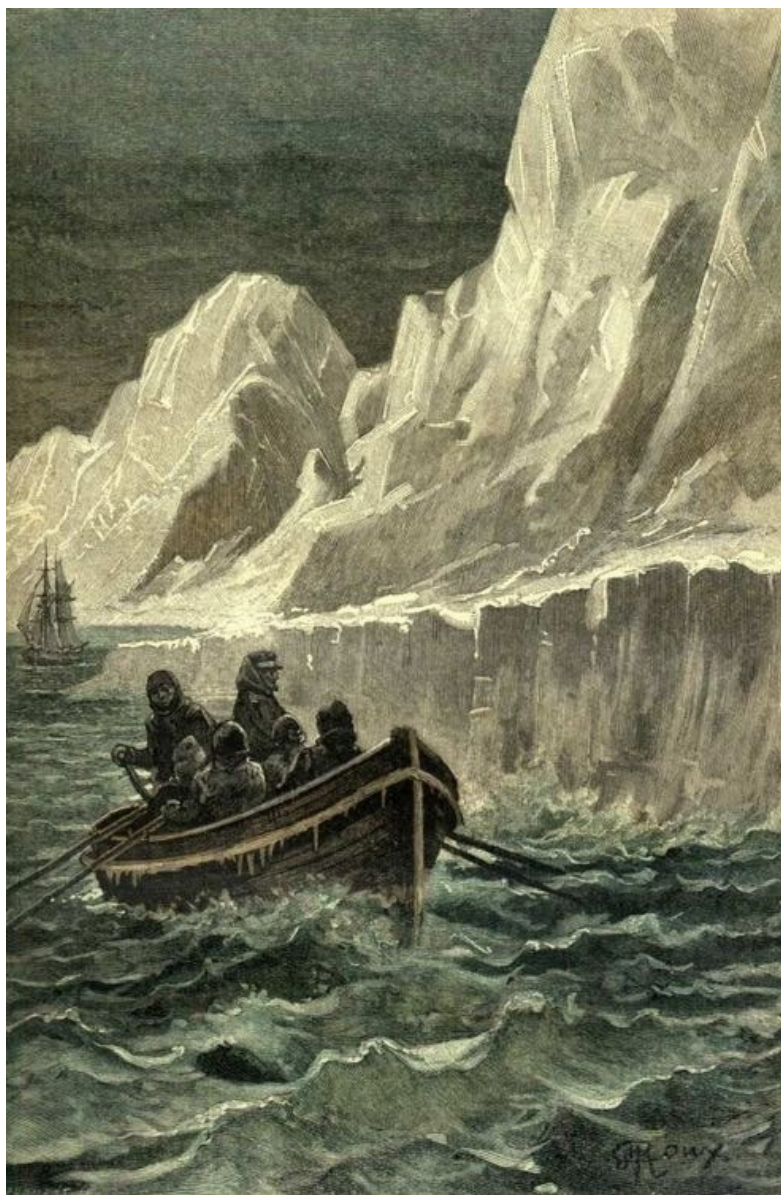
—Si tuviera una conserva —me dijo—, costearía a la banquisa mucho más cerrado a ella; ¡qué gran ventaja es contar con dos navíos cuando se emprende este tipo de campañas...! Pero la *Halbrane* está sola y si nos llegase a faltar...

Sin embargo, y pese a maniobrar con toda prudencia, la goleta se exponía a auténticos peligros. Después de algunos recorridos de cien toesas, teníamos que pararla bruscamente, modificar su rumbo, y en ocasiones hacerlo en el mismo momento en que su bauprés iba a chocar contra un bloque. Durante horas y horas, Jem West se vio obligado a modificar su marcha, a mantenerse a pequeñas bordadas a fin de evitar los choques con los *ice-fields*.

Por suerte, el viento soplaba del este al nornoreste, sin caer, y permitía conservar el trapo a media ceñida. Además, no refrescaba. Pero si nos hubiésemos visto azotados, de pronto, por una tempestad, no sé lo que habría sido de la goleta, o tal vez lo sé demasiado bien: se hubiese perdido totalmente.

En este caso, en efecto, no hubiéramos tenido ninguna posibilidad de huir y la *Halbrane* habría naufragado al pie de la banquisa.

Después de un meticuloso reconocimiento, el capitán Len Guy tuvo que renunciar a encontrar un paso a través de aquella muralla. Lo único que podíamos hacer era intentar alcanzar su punta sudeste. Además, si seguíamos aquel rumbo, no perderíamos nada en cuanto a latitud. Y, en efecto, durante el día 18 la observación nos indicó que la *Halbrane* se encontraba sobre el paralelo 73.



Sin embargo, lo repito, jamás la navegación en los mares antárticos encuentra, probablemente, circunstancias tan favorables —precocidad de la estación estival, permanencia de los vientos del norte y temperatura media, que el termómetro señalaba en los 49° F ($9,4^{\circ}$ centígrados)—. No hay ni que decir que disfrutábamos de una

claridad perpetua, y que a lo largo de las veinticuatro horas del día los rayos solares nos llegaban desde todos los puntos del horizonte.

Asimismo, los icebergs se iban fundiendo en interminables arroyos de agua que socavaban sus paredes y se reunían en resonantes cascadas. En definitiva, teníamos que poner mucha atención a los volteos cuando el desplazamiento de su centro de gravedad, a consecuencia del desgaste de sus bases sumergidas, les hacía voltearse.

Dos o tres veces más nos acercamos a menos de dos millas de la banquisa. Era inconcebible que no hubiese sufrido la influencia climatológica, que no se hubiesen producido roturas por algunos de sus puntos.

Pero nuestra búsqueda no dio ningún resultado, y tuvimos que introducirnos en la corriente que discurría de oeste a este.

Además, aquella corriente nos ayudaba, y no teníamos por qué lamentar que nos arrastrase más allá del meridiano 43, hacia el que habría que volver a llevar después la goleta, a fin de poner rumbo a la isla Tsalal. También es cierto que, entonces, el viento del este la empujaría hacia su itinerario.

Por lo demás, debo señalar que, de acuerdo con las cartas náuticas establecidas por los anteriores navegantes —cartas incompletas, sin duda, pero bastante exactas en sus grandes rasgos—, durante aquel reconocimiento no avistamos ninguna tierra ni apariencia de tierra. No ignoro que algunos navíos han rebasado, en ocasiones, puntos en los que se había indicado que existía tierra firme. Sin embargo, esto no era posible en lo concerniente a la isla Tsalal. Si la *Jane* pudo alcanzarla, se debía a que aquella porción de mar antártica estaba libre y, en un año tan precoz como aquel no tendríamos que temer encontrarnos con obstáculo alguno en este sentido.

Finalmente, el día 19, entre las dos y las tres de la tarde, un grito del vigía se escuchó en las crucetas del palo de trinquete.

—¿Qué ocurre...? —gritó Jem West.

—La banquisa está cortada al sudeste.

—¿Y más allá...?

—Nada a la vista.

El segundo trepó por los obenques y, en unos instantes, alcanzó la cofa del palo de gavia.

Abajo, todos esperábamos, ¡y con qué impaciencia! Si el vigía se había equivocado..., si cualquier ilusión óptica... ¡En todo caso, Jem West no se equivocaría...!

Después de diez minutos de observación, de diez interminables minutos, su voz clara llegó hasta cubierta.

—¡Mar libre! —gritó.

Unánimes hurras le respondieron.

La goleta puso rumbo al sudeste, ciñéndose al viento lo más posible. Dos horas más tarde ya habíamos doblado el extremo de la banquisa y, frente a nuestras miradas, se extendía una mar reluciente, totalmente despejada de hielos.

XIV. Una voz entre sueños

¿Totalmente libre de hielos...? No. Hubiese sido demasiado pronto para afirmar aquel hecho. Algunos icebergs aparecían a lo lejos, y varios *drifts* y *packs* seguían derivando hacia el este. Sin embargo, el deshielo ya se había producido totalmente por aquel lado, y la mar estaba completamente libre, puesto que un navío podía navegar libremente por ella.

No cabía duda alguna de que fue en aquellos mismos parajes —remontando aquel largo brazo de mar, aquella especie de canal horadado a través del continente antártico— por donde los navíos de Weddell alcanzaron el grado 74 de latitud, que la *Jane* superó en unas seiscientas millas.

—¡Dios ha venido en nuestra ayuda —me dijo el capitán Len Guy—, y que Él se digne conducirnos a nuestro destino!

—En ocho días —le respondí— nuestra goleta podrá haber avistado la isla Tsalal.

—Sí..., a condición de que persistan los vientos, señor Jeorling. Y, no lo olvide usted, al haber tenido que bordear la banquisa hasta su extremo oriental, la *Halbrane* se ha apartado de su rumbo, por lo que tendremos que dirigirlo hacia el oeste.

—La brisa nos favorece, capitán...

—Y nosotros la aprovecharemos, puesto que mi intención es la de dirigirnos hacia el islote Bennet. Es allí donde mi hermano William desembarcó primero. Cuando hayamos avistado este islote, tendremos la seguridad de encontrarnos sobre la buena ruta...

—Quién sabe si no recogeremos todavía nuevos indicios, capitán...

—Tal vez, señor Jeorling. Por tanto, hoy, cuando haya tomado la altura y haya fijado exactamente nuestra posición, pondremos rumbo al islote Bennet.

No hay ni que decir que habría que consultar al guía más seguro que teníamos a nuestro alcance. Me refiero al libro de Edgar Poe, que es, en realidad, el auténtico relato de Arthur Pym.

Después de haber releído aquel relato con toda la atención que merecía, he aquí la conclusión a la que, no obstante, llegué:

Que su fondo era cierto, es decir, que la *Jane* arribó a la isla Tsalal, no cabía ninguna duda a aquel respecto, como tampoco la cabía sobre la existencia de seis supervivientes del naufragio en la época en la que Patterson fue arrastrado sobre la superficie de un témpano a la deriva. Aquella era la parte real, la cierta, la indiscutible.

Pero ¿no deberíamos cargar en la cuenta de la imaginación del narrador —imaginación prodigiosa, excesiva, alterada, si nos atenemos al retrato que hace de sí mismo— la otra parte...? Y, ante todo, ¿convendría tener por ciertos todos aquellos hechos extraños que pretendía haber observado en el seno de la lejana Antártida...? ¿Deberíamos admitir la existencia de hombres y animales extraños...? ¿Sería cierto que el suelo de aquella isla era de una naturaleza especial y que sus aguas corrientes tenían una composición muy particular...? ¿Existirían aquellas cuevas jeroglíficas de las que Arthur Pym nos daba, incluso, su dibujo...? ¿Sería cierto que el color blanco producía sobre aquellos isleños una sensación de terror? ¿Y, después de todo, por qué no, puesto que el blanco, la librea del invierno, el color de las nieves, les anunciaba la proximidad de la mala estación, que debería encerrarlos en una prisión de hielo...? Realmente, ¿qué pensar en aquellos fenómenos insólitos señalados más al sur, los vapores grises del horizonte, el entenebrecimiento del espacio, la transparencia luminosa de las profundidades pelágicas; en fin, la catarata aérea y aquel gigante blanco que se erguía en los umbrales del polo...?

Sobre todo aquello tenía mis reservas, y me limitaba a esperar. En cuanto al capitán Len Guy, se mostraba totalmente indiferente a lo que, en el relato de Arthur Pym, no tuviese relación directa con los abandonados de la isla Tsalal, cuya salvación era su única y constante preocupación.

Pero, puesto que tenía frente a mi vista el relato de Arthur Pym, me permitiría controlarlo paso a paso, separar lo cierto de lo falso, lo real de lo ficticio... Y estaba totalmente convencido de que no

lograríamos encontrar las huellas de aquellas últimas rarezas que, en mi opinión, deberían de haber sido inspiradas por aquel «ángel de lo insólito» de una de las más sugestivas novelas del poeta americano.

El día 19 de diciembre nuestra goleta se encontraba, por tanto, a un grado y medio más al sur de lo que habría estado la *Jane* dieciocho días más tarde. De ahí la conclusión a la que llegué, de que las circunstancias, el estado de la mar, la dirección del viento y la precocidad de la buena estación nos fueron extremadamente favorables.

Una mar libre —o, al menos, navegable— se extendía frente al capitán Len Guy, al igual que se extendió frente al capitán William Guy, y tras ellos, la banquisa desplegaba, del noreste al noroeste, sus enormes masas solidificadas.

Lo primero que Jem West quiso comprobar era si la corriente se dirigía hacia el sur en aquel brazo de mar, tal y como lo indicaba Arthur Pym. Dada la orden, el *bosseman* envió al fondo una línea de doscientas brazas, con plomo más que suficiente, y pudimos constatar que aquella era, en efecto, la dirección de la corriente y, por tanto, que era muy propicia para la marcha de nuestra goleta.



A las diez y media se llevaron a cabo unas observaciones muy exactas, puesto que el cielo era de una extraordinaria pureza. Los cálculos nos dieron $74^{\circ} 45'$ de latitud y —lo que no podía sorprendernos— $39^{\circ} 15'$ de longitud.

Como vemos, el rodeo que nos impuso la prolongación de la

banquisa y la necesidad de doblarla por su extremo oriental obligó a la *Halbrane* a desviarse unos cuatro grados hacia el este. Una vez establecida su posición, el capitán Len Guy hizo poner rumbo al suroeste, a fin de regresar hacia el meridiano 43, al tiempo que avanzábamos hacia el sur.

No tengo ni que recordar aquí que las palabras mañana y tarde, de las que me serviré a falta de otras, no implican, en este caso, ni una salida ni una puesta de sol. El disco radiante, describiendo una espiral ininterrumpida por encima del horizonte, no cesaba de iluminar el espacio. Unos cuantos meses más tarde desaparecería. Sin embargo, durante el frío y sombrío período del invierno antártico, el cielo estaría casi cotidianamente iluminado por las auroras polares. ¡Tal vez llegásemos a ser, más tarde, testigos de aquellos fenómenos de un esplendor inexpresable, cuya influencia eléctrica se manifiesta con tanta potencia!

Y si nos atenemos al relato de Arthur Pym, desde el 1 hasta el 4 de enero de 1828 la travesía de la *Jane* no se efectuó sin graves complicaciones, que se debieron al mal tiempo. Una fuerte tempestad del noreste lanzó contra ella témpanos que estuvieron a punto de destrozar su timón. También se encontró la ruta bloqueada por una espesa banquisa, la cual, felizmente, les abrió paso. A fin de cuentas, tan sólo habría sido en la madrugada del 5 de enero, a 73° 15' de latitud, cuando consiguió franquear los últimos obstáculos. Mientras que la temperatura del aire era para ellos de 33° F (0,56° centígrados), nosotros la teníamos de 49° (9,44° centígrados). En cuanto a la desviación de la aguja de la brújula, podíamos calcularla en la misma cifra, es decir, 14° 28' hacia el este.

Hay que hacer una última observación para poder indicar, matemáticamente, la diferencia entre la situación respectiva en que se encontraron ambas goletas en aquella fecha. Del 5 al 19 de enero transcurrieron los quince días que la *Jane* tardó en recorrer los diez grados —es decir, las seiscientas millas— que la separaban de la isla Tsalal, mientras que la *Halbrane*, el 18 de diciembre, no se encontraba más que a unos siete grados, es decir, a cuatrocientas millas. Si el viento se mantenía de aquel lado, no se acabaría aquella semana sin que la isla hubiese sido avistada —o al menos el islote Bennet, que se encontraba una cincuentena de millas más

cerca—, junto al cual el capitán Len Guy contaba con recalar veinticuatro horas.

La navegación prosiguió en excelentes condiciones. Apenas se hacía necesario evitar algunos que otros témpanos que las corrientes arrastraban hacia el sudeste con una velocidad de un cuarto de nudo. Nuestra goleta los adelantaba sin inconveniente alguno. Pese a que la brisa era fuerte, Jem West estableció las velas altas, y la *Halbrane* se deslizaba suavemente sobre una mar apenas rizada. No teníamos a la vista ninguno de los icebergs que Arthur Pym vio por aquellas latitudes, algunos de los cuales medían una altura de cien brazas, aunque es cierto que empezaban a fundirse. La tripulación no se veía obligada a maniobrar en medio de las nieblas que dificultaron la marcha de la *Jane*. No sufrimos ni las ráfagas de granizo y nieve que los asaltaron en ocasiones, ni los descensos de temperatura que tuvieron que sufrir sus marineros. Tan sólo algunos que otros *floes* derivaban a nuestro paso, algunos de ellos cargados de pingüinos —como turistas que navegan a bordo de un yate de recreo— y también de focas negras, pegadas a aquellas superficies blancas como enormes sanguijuelas. Por encima de aquella flotilla, se dispersaba el vuelo incesante de los petreles, de las fardelas negras, de los somormujos, de las esternas, de los cormoranes y de aquellos albatros de color oscuro de las altas latitudes. Sobre la mar flotaban, aquí y allá, grandes medusas, engalanadas de los más suaves colores, desplegándose como sombrillas abiertas. En cuanto a los peces, de los que los pescadores de la goleta pudieron hacerse con una buena provisión, tanto con el sedal como con la fisga, citaré muy especialmente los corítana, una especie de doradas gigantes, de tres pies de largo, que tienen una carne compacta y sabrosa.

Al día siguiente por la mañana, después de una noche tranquila durante la cual la brisa amainó un poco, el *bosseman* se me acercó, con la cara sonriente y la voz alegre, como un hombre que no se inquieta en absoluto por los avatares de la vida.

—¡Buenos días, señor Jeorling, buenos días! —exclamó—. Aunque, en estas regiones australes y en esta época del año, no nos estaría permitido desear las buenas noches, puesto que no existe ninguna noche ni buena ni mala...

—Buenos días, Hurliguerly —le respondí, disponiéndome a tener

una conversación con aquel alegre charlatán.

—Pues bien, ¿cómo encuentra usted los mares que se extienden más allá de la banquisa...?

—Los compararía gustosamente —le respondí— a los grandes lagos de Suecia y de América.

—¡Sí..., sin duda..., lagos rodeados de icebergs con apariencia de montañas!

—Y añadiré que no podemos desear nada mejor, *bosseman*, a condición de que este viaje prosiga de la misma manera hasta que lleguemos a la isla Tsalal...

—¿Y por qué no hasta el polo, señor Jeorling...?

—¿El polo...? El polo está lejos, ¡y ni siquiera se sabe lo que hay allí...!

—Se sabrá cuando se haya ido —respondió el *bosseman*—, ¡e incluso es la única manera de saberlo!

—Naturalmente, Hurliguerly, naturalmente... Pero la *Halbrane* no se ha hecho a la mar con vistas a descubrir el polo sur. Si el capitán Len Guy consigue repatriar a vuestros compatriotas de la *Jane*, creo que habrá cumplido su misión, y no veo por qué iba a pretender más.

—¡Por supuesto, señor Jeorling, por supuesto...! Sin embargo, cuando no nos encontremos más que a trescientas o cuatrocientas millas del polo [90], ¿no tendrá la intención de ir a ver la punta del eje sobre el que la Tierra gira como un pollo en el asador...? —respondió riendo el *bosseman*.

—¿Acaso valdría la pena correr nuevos peligros —le dije—, y sería incluso interesante llevar a ese extremo la pasión por las conquistas geográficas...?

—Sí y no, señor Jeorling. Le confieso, sin embargo, que haber llegado más allá que los navegantes que nos han precedido, más allá de lo que tal vez lleguen nunca los que nos sigan, es algo que halaga mi amor propio de marinero...

—Sí..., ¿y usted pensará que no se ha hecho nada mientras quede algo por hacer, *bosseman*...?

—Tal y como usted dice, señor Jeorling, y si nos propusieran que nos llegáramos unos cuantos grados más allá de la isla Tsalal, no soy yo quien se opondría a ello.

—No creo que el capitán Len Guy llegue nunca a pensarlo

siquiera, *bosseman*...

—Ni yo —respondió Hurliguerly— y, desde el momento en que haya recogido a su hermano y a los cinco marineros de la *Jane*, ¡creo que nuestro capitán se apresurará a llevarlos a Inglaterra!

—Es al mismo tiempo probable y lógico, *bosseman*. Además, si los veteranos de la tripulación son gentes muy capaces de ir a donde su jefe quiera llevarlos, creo que los nuevos se negarían. No se han enrolado para una campaña tan larga y peligrosa que les pudiese llevar hasta el polo...

—Tiene usted razón, señor Jeorling, y, para decidirlos, sería necesario estimularlos con una fuerte prima por cada paralelo franqueado más allá de la isla Tsalal...

—Incluso así no es muy seguro —le respondí.

—No, puesto que Hearne y los enrolados de las Malvinas —que son la mayoría a bordo— ¡esperaban que no conseguiríamos franquear la banquisa, que nuestra travesía no iría más allá del círculo antártico! ¡Es por eso por lo que ya se quejan de haber llegado tan lejos...! En fin, no sé muy bien qué acabará ocurriendo, pero ese Hearne es un hombre que hay que vigilar, ¡y lo vigilo!

Tal vez, en efecto, habría allí, si no peligro, al menos una complicación para el futuro.

Durante la noche —o lo que debería haber sido la noche del 19 al 20—, mi sueño se vio, por unos instantes, alterado por una pesadilla muy extraña. ¡Sí! ¡Aquello no podía ser más que una pesadilla! Por tanto, me creo obligado a describirlo en este relato, puesto que testimoniaría, una vez más, qué clase de obsesiones empezaban a desfilar por mi mente.

Como el tiempo era todavía frío, después de haberme tumbado sobre mi coy, me encontraba totalmente cubierto por las mantas. Normalmente, el sueño, que me venía hacia las nueve de la noche, duraba sin parar hasta las cinco de la mañana.

Estaba, por tanto, durmiendo —y deberían ser, poco más o menos, las dos de la madrugada— cuando me despertó una especie de quejido lastimero y continuo.

Abrí —o me imaginé que abría— los ojos. Ambas claraboyas se encontraban cerradas y mi camarote estaba sumido en una profunda oscuridad.

El murmullo se reprodujo, le presté atención, y me pareció como

si una voz —una voz desconocida para mí— murmurase estas palabras:

—¡Pym... Pym..., el pobre Pym!

Evidentemente, aquello no podía ser más que una alucinación..., a menos que alguien se hubiera introducido en mi camarote, cuya puerta no se encontraba cerrada con llave...

—¡Pym...! —continuó la voz—. ¡No hay..., no hay que olvidar jamás al pobre Pym...!

Esta vez distinguí claramente las palabras, que fueron pronunciadas junto a mi oído. ¿Qué significaba aquella recomendación y por qué me la hacían a mí...? ¿No olvidarse de Pym...? Pero, después de su regreso a América, ¿acaso no había muerto... de una muerte súbita y deplorable, de la que nadie conocía ni los detalles ni las circunstancias...?

Pensé, entonces, que estaba a punto de perder la razón, y esta vez me desperté de golpe, con el sentimiento de que acababa de ser alterado por una pesadilla de una gran intensidad, la cual se debía a cualquier desarreglo cerebral...

Bajé de mi litera de un salto y abrí el postigo de una de las claraboyas de mi camarote.

Miré hacia fuera.

No había nadie a popa de la goleta, salvo Hunt, que se encontraba al timón, con la mirada fija en la bitácora.



No me quedaba más que volver a acostarme. Y es lo que hice y, pese a que me pareció volver a escuchar el nombre de Pym en varias ocasiones más, me dormí hasta la mañana siguiente.

Cuando me levanté, no quedaba de aquel incidente de la noche más que una muy vaga, fugitiva impresión, que no tardó en

apagarse totalmente.

Releyendo —con frecuencia el capitán Len Guy lo hacía conmigo—, releyendo, decía, el relato de Arthur Pym, como si aquel relato fuese el diario de la *Halbrane*[91], tomé nota del hecho siguiente, anotado el día 10 de enero:

Por la tarde se produjo un desgraciado accidente y precisamente en aquella porción de mar que estábamos atravesando ahora nosotros. Un americano, originario de Nueva York, llamado Peter Vredenburgh, uno de los mejores marineros de la tripulación de la *Jane*, resbaló y cayó entre dos témpanos, desapareció y no pudo ser salvado.

Era la primera víctima de aquella funesta campaña, y ¡cuántas otras más deberían de ser inscritas, todavía, en la necrología de la desgraciada goleta!

A propósito de aquel hecho, el capitán Len Guy y yo observamos que, según Arthur Pym, el frío fue excesivo durante la jornada del 10 de enero, y que el estado atmosférico se encontraba muy alterado, puesto que se sucedían sin parar ráfagas del noreste de granizo y nieve.

Es cierto que, en aquella época, la banquisa se erguía a lo lejos, hacia el sur —lo que explica que la *Jane* no la hubiese doblado por el oeste—. De acuerdo con el relato, no lo logró hasta el 14 de enero. Una mar «abierta y sin rastro alguno de hielo» se extendía entonces hasta el horizonte, con una corriente que avanzaba a una velocidad de medio nudo. La temperatura era de 34° F (1,11° centígrados), y no tardó en elevarse a 51° F (10,56° centígrados).

Era precisamente la misma que disfrutaba la *Halbrane*, y, al igual que Arthur Pym, hubiésemos podido decir que «todos a bordo estábamos convencidos de que conseguiríamos llegar al polo».

Aquel día la observación del capitán de la *Jane* le dio 81° 21' de latitud, y 42° 5' de longitud. A unos cuantos minutos de arco de diferencia, dicha posición fue la que nosotros establecimos la madrugada del 20 de diciembre. Marchábamos, por tanto, derechos hacia el islote Bennet, y no pasarían más de veinticuatro horas antes de que se hubiese hecho visible.

No hubo ningún incidente que señalar durante nuestra navegación por aquellos parajes. No ocurrió nada especial a bordo de nuestra goleta, mientras que el diario de la *Jane*, con fecha del

17 de enero, registraba varios hechos bastante curiosos. He aquí el más importante de todos ellos, que proporcionó a Arthur Pym y a su compañero, Dirk Peters, una ocasión de demostrar su abnegación y su coraje.

Hacia las tres de la tarde[92] el vigía señaló la presencia de un banco de hielo a la deriva, lo que nos demuestra que algunos témpanos sí se aparecían por la superficie de aquella mar libre. Sobre aquel banco se encontraba un animal de talla gigantesca. El capitán William Guy ordenó armar la mayor de las embarcaciones, en la que se embarcaron Arthur Pym, Dirk Peters y el piloto de la *Jane*, precisamente el infortunado Patterson, cuyo cuerpo recogimos entre las islas del Príncipe Eduardo y de Tristan d'Acunha.

El animal era un oso de la especie ártica, que medía quince pies de largo, tenía la piel muy basta, «áspera y rizada», y de una blancura total, y que tenía el «hocico como el de un bulldog». Varios disparos que lo alcanzaron no fueron suficientes para acabar con su vida. Después de haberse lanzado a la mar, la monstruosa bestia nadó hacia la embarcación y, apoyándose sobre ella, estuvo a punto de hacerla zozobrar, lo que no consiguió gracias a que Dirk Peters, lanzándose sobre él, le clavó su cuchillo hasta la médula espinal. El oso arrastró al mestizo en su caída y fue necesario echar mano de un cabo para ayudarlo a subir a bordo.

El oso, una vez llevado sobre la cubierta de la *Jane*, no presentaba, aparte de su talla excepcional, nada anormal que hubiese permitido clasificarlo entre los extraños cuadrúpedos señalados por Arthur Pym sobre aquellos parajes australes.

Una vez dicho esto, volvamos a la *Halbrane*.

La brisa del norte, que nos abandonó, no volvió a soplar, y tan sólo la corriente arrastraba a la goleta hacia el sur. Por ello sufrimos un retraso que nuestra impaciencia encontró insoportable.

Finalmente, el 21 de diciembre, la observación nos dio una posición de 82° 50' de latitud y 42° 20' de longitud oeste.

El islote Bennet —si existía— ya no podría encontrarse lejos.

¡Sí...! Aquel islote existía... y, precisamente, en la demora indicada por Arthur Pym.

En efecto, hacia las seis de la tarde, el grito de uno de nuestros hombres anunció una tierra por babor a proa.

XV. El islote Bennet

La *Halbrane*, después de haber recorrido las casi ochocientas millas que la separan del círculo polar, maniobraba a las vista del islote Bennet. La tripulación necesitaba descanso, puesto que, durante las últimas horas, se extenuó remolcando con las chalupas a la goleta a través de una mar totalmente en calma. Así es que se pospuso el desembarco para el día siguiente, por lo que me fui a mi camarote.

En aquella ocasión ningún murmullo alteró mi sueño y, desde las cinco de la mañana, fui uno de los primeros en salir a cubierta.

No hay ni que decir que Jem West tomó todas las medidas de precaución que exigía la navegación en medio de aquellos parajes sospechosos. La más estricta vigilancia reinaba a bordo. Los pedreros estaban cargados, las balas de cañón y los saquetes montados, los fusiles y las pistolas a punto, y las redes de abordaje dispuestas para ser izadas. Nos acordábamos de que la *Jane* fue atacada por los isleños de la isla Tsalal. Nuestra goleta se encontraba, entonces, a menos de sesenta millas del escenario de aquella catástrofe.

La noche transcurrió sin alarma de ningún tipo. Una vez llegado el día, ni una sola embarcación se mostraba en las aguas de la *Halbrane*, y ni un solo indígena en las playas. Aquel lugar parecía desierto y, por otra parte, el capitán William Guy no había encontrado ninguna huella de seres humanos. No se distinguían edificaciones sobre el litoral, como tampoco se veía humareda alguna a sus espaldas, que nos hubiesen indicado que el islote Bennet se encontraba habitado.

Lo que vi de aquel islote era, tal y como lo señalaba Arthur Pym, una base rocosa, cuya circunferencia mediría una legua, poco más o menos, y una tal aridez que no percibía el menor indicio de

vegetación.

Nuestra goleta estaba fondeada con una sola ancla, a una milla al norte del islote.

El capitán Len Guy me hizo observar que no existía ninguna posibilidad de error respecto a la posición.

—Señor Jeorling —me dijo—, ¿ve usted aquel promontorio en dirección noreste...?

—Lo veo, capitán.

—¿No está formado por un amontonamiento de rocas que parecen balas de algodón enrollado...?

—En efecto, tal y como lo menciona el relato.

—Por tanto, no nos queda más que desembarcar sobre ese promontorio, señor Jeorling. ¡Quién sabe si no encontraremos algún vestigio de los hombres de la *Jane*, en el caso de que hayan podido huir de la isla Tsalal...!

Una palabra, nada más, sobre el estado de ánimo en que nos encontrábamos a bordo de la *Halbrane*.

A unos cuantos cables se encontraba aquel islote sobre el que Arthur Pym y William Guy pusieron el pie once años antes. Cuando la *Jane* lo avistó, distaba mucho de encontrarse en las condiciones más favorables, puesto que el combustible empezaba a escasearles y se manifestaron síntomas de escorbuto entre la tripulación. Pero, por el contrario, a bordo de nuestra goleta daba gusto ver la buena salud de los marineros, y aunque los enrolados se quejaban entre ellos, los veteranos se mostraban llenos de celo y esperanza, totalmente satisfechos de encontrarse tan cerca del objetivo.

En cuanto a lo que deberían ser los pensamientos, los deseos, las impaciencias del capitán Len Guy, no era difícil adivinarlos... Devoraba el islote Bennet con la vista.

Pero había un hombre cuyas miradas se posaban allí con mucha más obstinación todavía: era Hunt.

Desde que fondeamos, Hunt no se acostó sobre cubierta, tal y como tenía la costumbre de hacer, ni siquiera para echar un sueño de dos o tres horas. Acodado sobre la borda de estribor, a proa, con su gran boca cerrada y su frente cruzada por mil pliegues, no abandonó aquel lugar, y sus ojos no se separaron ni un solo instante de la orilla.

Recordaba que el nombre de Bennet era el del socio del capitán

de la *Jane*, así es que fue en su honor por lo que se dio ese nombre a la primera tierra descubierta sobre aquella parte de la Antártida.

Antes de abandonar la *Halbrane*, Len Guy recomendó al segundo que no dejase de mantener una minuciosa vigilancia, recomendación que Jem West no necesitaba que se le hiciera. Nuestra exploración no debería exigirnos más de media jornada. Si la chalupa no regresaba al mediodía, habría que enviar la segunda embarcación en su búsqueda.

—Pon atención, igualmente, a los enrolados —añadió el capitán Len Guy.

—Quede tranquilo, capitán —respondió el segundo—. Incluso, y puesto que necesita cuatro hombres para los remos, escójalos entre los nuevos. Así quedarán cuatro malas cabezas de menos a bordo.

La idea era acertada, puesto que bajo la deplorable influencia de Hearne, el descontento de sus compañeros de las Malvinas mostraba una tendencia a ir en aumento.

Una vez que la embarcación estuvo lista, cuatro de los nuevos tomaron plaza a proa, mientras que Hunt, a petición propia, se puso al timón. El capitán Len Guy, el *bosseman* y yo nos sentamos a popa, todos bien armados, y desabordamos a fin de alcanzar el norte del islote.

Media hora más tarde ya habíamos doblado el promontorio, el cual, visto de cerca, efectivamente, no parecía más que un amontonamiento de balas enrolladas. Vimos entonces la pequeña bahía al fondo de la cual abordaron las chalupas de la *Jane*.

Era hacia aquella bahía adonde nos conducía Hunt. Además, podíamos confiar en su instinto. Maniobraba entre las puntas rocosas que emergían del agua un poco por todas partes, con una precisión realmente notable. Era como para pensar que ya conocía aquella tierra...

La exploración del islote no podría exigirnos demasiado tiempo. El capitán William Guy tan sólo le había consagrado unas cuantas horas, y ningún indicio, si es que existía, escaparía a nuestra búsqueda.

Desembarcamos al fondo de la bahía, sobre piedras tapizadas por un liquen finísimo. La marea estaba bajando y dejaba al descubierto un fondo de arena de una especie de playa, que estaba sembrada de bloques negruzcos, semejantes a grandes cabezas de

clavos.

El capitán Len Guy me hizo observar, sobre aquel tapiz arenoso, una inmensa cantidad de moluscos de estructura oblonga, cuya longitud variaba entre tres y dieciocho pulgadas, y que tenían un grosor comprendido entre una y ocho pulgadas. Los unos reposaban sobre su lado plano, mientras que los otros se arrastraban buscando el sol y tratando de alimentarse de aquellos animálculos que forman las estructuras coralíferas. Y, en efecto, en dos o tres lugares observé varias puntas de un banco en formación.

—Este molusco —me dijo el capitán Len Guy— es el que se llama *biche de mer* y es muy apreciado por los chinos. Si llamo su atención sobre este tema, señor Jeorling, es porque fue para conseguir esta *biche de mer* por lo que la *Jane* se aventuró por estos parajes. No habrá olvidado usted que mi hermano trató con *Too-Wit*, el jefe de la isla Tsalal, para que le fuesen librados algunos centenares de picules de estos moluscos, y que se construyeron hangares cerca de la costa, en los que tres hombres deberían ocuparse de la preparación de este producto mientras que la goleta continuaría su campaña de descubrimientos... En fin, recuerde usted, asimismo, en qué condiciones fue atacada y destruida...

¡Sí! Todos aquellos detalles se encontraban presentes en mi memoria, al igual que aquellos otros que Arthur Pym observó sobre esa *biche de mer*, la *Gasteropeda pulmonifera* de Cuvier. Se parece a una especie de gusano, de oruga, sin concha ni patas, que tan sólo está provista de unos anillos elásticos. Cuando se recogen estos moluscos sobre la arena, se les raja abriéndolos a todo lo largo, se les despoja de sus entrañas, se les lava, se les hace hervir, se les entierra durante algunas horas y se les expone al calor del sol; más tarde, una vez secos y embarrilados, se los envía a China. Son muy estimados en los mercados del Celeste Imperio[93], tanto como los nidos de golondrina de mar[94], que están considerados como un fortificante, y llegan a venderse, los de primera calidad, hasta a noventa dólares el picul, es decir, dentro treinta y tres libras y media, y no sólo en Cantón, sino también en Singapur, Batavia y Manila.

Una vez que hubimos alcanzado las rocas, dos hombres quedaron guardando la chalupa. Acompañados por los otros dos, el capitán Len Guy, el *bosseman*, Hunt y yo nos dirigimos hacia el

centro del islote.

Hunt marchaba en cabeza, siempre silencioso, mientras que yo intercambiaba algunas palabras con el capitán Len Guy y el *bosseman*. Realmente, se hubiese podido decir que nos servía de guía, y no pude menos que hacer algunas observaciones al respecto.



Pero poco importaba. Lo esencial era que no regresásemos a bordo antes de que el reconocimiento del islote hubiese sido completo.

El suelo que hollábamos era extremadamente árido. Impropio para cualquier tipo de cultivo, no hubiese podido proveer de ningún recurso ni siquiera a los salvajes.

¿Y cómo habrían podido vivir, puesto que no producía otra planta más que una especie de penca espinosa, que no hubiese satisfecho ni a los más rústicos rumiantes? Si William Guy y sus compatriotas hubiesen tenido que refugiarse en aquel islote después de la catástrofe de la *Jane*, el hambre habría aniquilado hasta el último de ellos desde hacía mucho tiempo.

Desde el mediano montículo que se redondeaba en el centro del islote Bennet, nuestras miradas pudieron abarcar toda su superficie. Nada..., nada por ninguna parte... Pero, tal vez conservara, aquí o allá, las huellas del pie humano, los restos cenicientos de una hoguera, las ruinas de alguna edificación; en fin, las pruebas materiales de que algunos hombres de la *Jane* habrían ido allí...

Así es que, deseosos de comprobarlo, decidimos seguir el perímetro del litoral desde el fondo de la pequeña bahía donde abordó la chalupa...

Al descender del montículo, Hunt se puso al frente, como si hubiese sido convenido que nos guiase. Por tanto, lo seguimos, mientras se dirigía hacia el extremo meridional del islote.

Una vez llegados a la punta, Hunt paseó su mirada a su alrededor, se agachó, y mostró, entre unas piedras confusas, un trozo de madera medio raído por la podredumbre.

—¡Ya me acuerdo...! —exclamé—. Arthur Pym habla de este madero, que parecía como si hubiese pertenecido a la roda de una embarcación, como si tuviese las trazas de esculturas...

—Entre las que mi hermano creyó descubrir el dibujo de una tortuga... —añadió el capitán Len Guy.

—En efecto —proseguí—, pero ese parecido lo puso en duda Arthur Pym. Pero poco importa eso, y puesto que este madero sigue todavía en el mismo lugar indicado en el relato, debemos sacar la conclusión de que, desde que la *Jane* recaló aquí, ninguna tripulación ha puesto el pie sobre el islote Bennet. Estimo que perderíamos nuestro tiempo tratando de encontrar cualquier

vestigio. Tan sólo podremos tener alguna certeza en la isla Tsalal...

—¡Sí..., en la isla Tsalal! —respondió el capitán Len Guy.

Regresamos en dirección a la bahía, bordeando, cerca del límite de las mareas, la orilla rocosa. En diversos lugares se vislumbraban algunas crestas de los bancos de coral. En cuanto a la *biche de mer*, abundaba tanto, que nuestra goleta hubiese podido embarcar todo un cargamento.

Hunt, silencioso, no cesaba de caminar con la vista puesta siempre en el suelo.

En cuanto a nosotros, cuando nuestras miradas se dirigían hacia la mar abierta, apercibíamos aquella inmensidad desierta. Hacia el norte, la *Halbrane* nos mostraba su arboladura moviéndose bajo el impulso de un ligero balanceo. Hacia el sur, ninguna apariencia de tierra, y en todo caso, no sería la isla Tsalal la que hubiésemos podido avistar en aquella dirección, puesto que su demora la situaba a treinta minutos de arco al sur, es decir, a treinta millas marinas.

Después de haber recorrido el litoral del islote, lo que nos quedaría por hacer sería regresar a bordo y aparejar sin más demora hacia la isla Tsalal.

Íbamos subiendo las playas del este, con Hunt a la cabeza, a varias decenas de pasos de distancia, cuando detuvo bruscamente su marcha y, esta vez, nos llamó con un gesto precipitado.

En un instante estuvimos junto a él.

Si Hunt no pareció testimoniarnos sorpresa alguna a propósito del trozo de madera, su actitud cambió totalmente cuando se arrodilló delante de una plancha carcomida, abandonada sobre la arena. La tanteaba con sus enormes manos, la palpaba como para sentir sus asperezas, buscando por su superficie rayaduras que pudieran tener algún significado...

Aquella plancha, de cinco o seis pies de largo y de seis pulgadas de ancho, de roble, debería de haber pertenecido a una embarcación de bastante tamaño, tal vez un navío de varios centenares de toneladas. La pintura negra que la recubrió en otro tiempo desaparecía bajo la espesa mugre depositada por las intemperies climatológicas. Más especialmente, parecía pertenecer a la tablazón de popa de un navío.

El *bosseman* lo hizo observar.

—¡Sí..., sí... —repitió el capitán Len Guy—, formaba parte de una tablazón de popa!

Hunt, siempre de rodillas, inclinaba la cabeza en señal de asentimiento.

—Pero —respondí— esta plancha no ha podido llegar al islote Bennet más que tras un naufragio... Es necesario que las contracorrientes la hayan encontrado en alta mar, y...

—¿Si fuera...? —exclamó el capitán Len Guy.

La misma idea se nos acababa de ocurrir a ambos...

Y cuál no sería nuestra sorpresa, nuestra estupefacción, nuestra indescriptible emoción, cuando Hunt nos mostró siete u ocho letras inscritas sobre la plancha —no pintadas, sino grabadas, y que podían sentirse bajo el dedo...



Resultaba muy fácil reconocer las letras de los dos nombres, así dispuestas sobre dos líneas:

AN
LI E PO L

¡La *Jane* de Liverpool...! ¡La goleta mandada por el capitán William Guy...! ¡Qué importaba que el tiempo hubiese borrado las otras letras...! ¿Acaso las que quedaban no bastaban para decirnos el nombre del navío y el de su puerto de atraque...? ¡La *Jane* de Liverpool...!

El capitán Len Guy cogió aquella plancha entre sus manos y apoyó sus labios sobre ella mientras que una lágrima caía de sus ojos...

Era uno de los restos de la *Jane*, uno de aquellos que fueron dispersados por la explosión, y que llegó hasta aquella playa, ya sea arrastrada por las contracorrientes, ya por un témpano...

No pronuncié palabra alguna hasta que la emoción del capitán Len Guy se calmó.

En cuanto a Hunt, nunca vi hasta entonces una mirada tan fulgurante escaparse de sus ojos centelleantes de halcón mientras observaba el horizonte sur...

El capitán Len Guy se irguió.

Hunt, siempre mudo, colocó la plancha sobre su hombro y continuamos nuestro camino.

Una vez que hubimos completado la vuelta a la isla, hicimos un alto en el punto en el que quedó la chalupa, en el fondo de la bahía, custodiada por dos marineros, y hacia las dos y media de la tarde regresamos a bordo.

El capitán Len Guy quiso que nos quedáramos allí fondeados hasta el día siguiente, con la esperanza de que se establecieran vientos del norte o del este. Y era de desear, puesto que ¿podríamos siquiera soñar con remolcar a la *Halbrane* con sus chalupas hasta la isla Tsalal...? Pese a que la corriente se dirigía en aquella dirección, sobre todo durante la marea alta, dos días no hubieran bastado para aquella travesía de treinta millas.

No aparejamos, por tanto, hasta el amanecer. Y como se levantó una ligera brisa hacia las tres de la madrugada, podíamos esperar que la goleta alcanzaría, sin excesivo retraso, el objetivo supremo de su viaje.

Fue a las seis y media de la mañana del 23 de diciembre cuando la *Halbrane*, con todo el trapo izado, rumbo al sur, abandonó el fondeadero del islote Bennet. De lo que no cabía ninguna duda era de que habíamos recogido un nuevo testimonio afirmativo de la

catástrofe que tuvo la isla Tsalal por escenario.

La brisa que nos empujaba era demasiado suave y, con mucha frecuencia, las velas, deshinchadas, acababan batiendo contra los palos. Por suerte, una sonda nos indicó que la corriente se dirigía invariablemente hacia el sur. Y dado el ritmo tan lento de aquella travesía, el capitán Len Guy no avistó la demora de la isla Tsalal hasta treinta y seis horas más tarde.

Durante aquella jomada observé con toda atención las aguas de la mar, que me parecieron de un azul menos negro que lo que decía Arthur Pym. Tampoco encontramos ninguna de aquellas matas espinosas de bayas rojas que fueron recogidas a bordo de la *Jane*, ni nada semejante a aquel monstruo de la fauna austral, a aquel animal de tres pies de largo, seis pulgadas de alto, con cuatro pequeñas patas armadas con largas garras de color coral, un cuerpo sedoso y blanco, la cola como la de las ratas, la cabeza como la de un gato, las orejas caídas como las de los perros y los dientes de un color rojo vivísimo. Por otra parte, siempre consideré que aquella descripción era bastante sospechosa, y tan sólo se debería a un instinto excesivamente imaginativo.

Sentado a popa, con el libro de Edgar Poe en la mano, leía, pero dándome cuenta de que Hunt, cada vez que su servicio lo llevaba cerca de la camareta alta, no cesaba de mirarme con una obstinación un tanto extraña.

Y precisamente me encontraba al final del capítulo XVII, en el que Arthur Pym se reconoce culpable de «los infortunados y sangrientos sucesos que se derivaron de mi opinión». Fue él, en efecto, quien venció las resistencias del capitán William Guy, quien lo empujó a aprovecharse «de una oportunidad tan tentadora de resolver la incógnita de un posible continente antártico». Y, por lo demás, admitiendo siempre esta responsabilidad, ¿acaso no se felicitaba «por haber contribuido, aunque modestamente, a desvelar uno de los más extraordinarios misterios que desde siempre ha sido meta de estas exploraciones»?

Durante aquella jornada la *Halbrane* se cruzó con numerosas ballenas que estaban retozando. Igualmente, también nos pasaron innumerables albatros, siempre hacia el sur. En cuanto a los hielos, no vimos ni uno solo. Por encima de los límites del horizonte no se veía ni siquiera la reverberación del *blink* de los *ice-fields*.

El viento no daba ninguna muestra de tender a aumentar y algunas brumas nublaban el sol.

Eran ya las cinco de la tarde cuando los últimos perfiles del islote Bennet se perdieron tras el horizonte. ¡Qué poco camino habíamos hecho desde aquella mañana...!

La brújula, consultada a todas horas, no daba más que una variación insignificante —lo que nos confirmó las afirmaciones del relato—. Diversas sondas no pudieron tocar fondo, pese a que el *bosseman* empleaba líneas de doscientas brazas. Era una suerte que la dirección de la corriente permitiese a la goleta avanzar, poco a poco, hacia el sur, a una marcha de medio nudo únicamente.

A partir de las seis, el sol desapareció tras una opaca cortina de brumas, más allá de la cual siguió describiendo su continua espiral descendente.

La brisa ni siquiera se sentía, contrariedad ésta que soportábamos con gran impaciencia. Si aquellos retrasos se prolongaban, si el viento cambiaba, ¿qué haríamos...? Aquella mar no debería encontrarse al abrigo de las tempestades, y una borrasca, que hubiese empujado a la goleta hacia el norte, habría «hecho el juego» a Hearne y a sus compañeros al justificar así, en cierta medida, sus protestas.

Sin embargo, después de media noche el viento aumentó y la *Halbrane* pudo remontarse una docena de millas.

Así es que, al día siguiente, el 24, la posición nos dio 83° 2' de latitud, y 43° 5' para la longitud.

La *Halbrane* tan sólo se encontraba a dieciocho minutos de arco de la demora de la isla Tsalal, es decir, a menos del tercio de un arco, o sea, a menos de veinte millas...

Por desgracia, a partir del mediodía, el viento amainó de nuevo. Sin embargo, y gracias a la ayuda de la corriente, la isla Tsalal fue avistada a las 6,45 de la tarde.

Una vez que hubo sido lanzada el ancla, se vigiló con extrema atención, con los cañones cargados, los fusiles al alcance de la mano y las redes de abordaje en su sitio.

La *Halbrane* no corría el riesgo de verse sorprendida. Demasiados ojos se encontraban vigilando a bordo y, muy especialmente, los de Hunt, que no apartaba su vista un instante de aquel horizonte de la zona austral.

XVI. La isla Tsalal

La noche transcurrió sin alerta alguna. Ninguna canoa abandonó la isla. Ningún indígena se mostró sobre el litoral. La única conclusión a que podíamos llegar era que la población debería encontrarse en el interior. Y, en efecto, sabíamos por el relato que se necesitaban tres o cuatro horas de marcha para alcanzar el principal poblado de Tsalal.

Por tanto, la *Halbrane* no fue avistada a su arribada y, en definitiva, era mejor así.

Estábamos fondeados a tres millas de la costa, con diez brazas de fondo.

A las seis se levó el ancla, y la goleta, impulsada por una ligera brisa matinal, fue a fondear, de nuevo, a media milla del cinturón de coral, que se parecía a todos aquellos anillos coralíferos del océano Pacífico. Desde aquella distancia, resultaba bastante fácil ver la isla en su conjunto.

Entre nueve y diez millas de circunferencia —lo que nunca mencionó Arthur Pym—, una costa muy abrupta de difícil acceso, grandes llanuras áridas, negruzcas, encuadradas por una serie de colinas de mediocre altitud, tal era el aspecto que presentaba Tsalal. Lo repito, la orilla estaba desierta. No se veía ni una sola embarcación ni en mar abierta ni en las caletas. No se elevaba ninguna columna de humo por encima de las rocas y parecía como si no hubiese ningún habitante por aquella parte.

—¿Qué habría pasado desde hacía once años...? Tal vez, el jefe de los indígenas, aquel Too-Wit, habría muerto... Sea, pero ¿y aquella población relativamente numerosa..., y William Guy..., y los supervivientes de la goleta inglesa...?

Cuando la *Jane* apareció por aquellos parajes, era la primera vez que los tsalalianos veían un navío. Así es que, desde su llegada a

bordo, lo tomaron por un enorme animal, su arboladura por sus miembros y sus velas por sus vestimentas. Ahora ya deberían saber a qué atenerse sobre aquel tema. Pero, si no trataban de visitarnos, ¿a qué deberíamos atribuir esta conducta tan curiosamente reservada...?

—¡Arriad la chalupa grande! —ordenó el capitán Len Guy con una voz llena de impaciencia.

La orden fue ejecutada y el capitán Len Guy se dirigió a su segundo.

—Jem, haz que embarquen ocho hombres con Martin Holt y Hunt al timón. Tú seguirás fondeado, y vigila tanto del lado de tierra como del de la mar...

—No se preocupe, capitán.

—Vamos a desembarcar, e intentaremos llegar hasta el poblado de Klock-Klock. Si surgiese cualquier complicación del lado de la mar, avísanos con tres disparos del pedrero...

—Comprendido: tres disparos efectuados con un minuto de intervalo —respondió el segundo.

—Si no hemos regresado antes de la noche, envía la segunda chalupa bien armada con diez hombres al mando del *bosseman*, y que se queden a un cable de la orilla, a fin de poder recogerlos.

—Así se hará.

—En ningún caso, Jem, abandonarás el barco...

—En ningún caso.

—Si no aparecemos, después de haber hecho todo lo que esté de tu mano, tomarás el mando de la goleta y la conducirás a las Malvinas...

—De acuerdo.

La gran chalupa fue aparejada con rapidez. Se embarcaron ocho hombres —contando con Martin Holt y Hunt—, todos ellos armados de fusiles y pistolas, con la cartuchera repleta y el cuchillo al cinto.

En aquel momento me aproximé y dije:

—¿Me permitirá que les acompañe a tierra, capitán...?

—Si ese es su deseo, señor Jeorling.

Fui a mi camarote, cogí un fusil —un fusil de caza de dos tiros—, la bolsa de pólvora, de plomo y algunas balas, y regresé junto al capitán Len Guy, que me guardó una plaza a popa.

La embarcación desabordó y, vigorosamente impulsada, se

dirigió hacia el arrecife, a fin de descubrir el paso por el que Arthur Pym y Dirk Peters la franquearon el 19 de enero de 1828 en una chalupa de la *Jane*.

Había sido en aquel momento cuando los salvajes se les aparecieron sobre sus largas piraguas... Cuando William Guy les mostró un pañuelo blanco en señal de amistad..., a los que ellos respondieron con aquellos gritos de *anamoo-moo* y *lama-lama*..., y cuando el capitán les permitió subir a bordo con su jefe Too-Wit.

El relato afirmaba que se establecieron relaciones amistosas entre aquellos salvajes y los hombres de la *Jane*. Se decidió que se embarcaría un cargamento de *biches de mer* al regreso de la goleta, la cual, a instigación de Arthur Pym, iba a llegarse hacia el sur. Algunos días después, el 1 de febrero, como se sabe, el capitán William Guy y treinta y uno de los suyos fueron víctimas de una emboscada en la garganta de Klock-Klock, y de los seis hombres que quedaron guardando la goleta, que fue destruida por una explosión, no se salvó ninguno.

Durante veinte minutos nuestra chalupa bordeó el arrecife. Después de que Hunt hubiese encontrado el paso, se introdujo por él, a fin de alcanzar una estrecha abertura entre las rocas.

Dos marineros quedaron a bordo de la chalupa y, atravesando de nuevo el brazo de mar de unas doscientas toesas de largo, echaron su rezón sobre las rocas en la misma entrada del paso.

Después de haber remontado la sinuosa garganta que daba acceso a la cresta de la orilla, nuestra pequeña tropa, con Hunt a la cabeza, se dirigió hacia el centro de la isla.

El capitán Len Guy y yo, mientras caminábamos, intercambiamos algunas observaciones a propósito de aquella región que, según Arthur Pym, «era diferente de cuantas hubiera explorado hasta entonces el hombre blanco».

Ya lo veríamos. En todo caso, lo que puedo decir es que el color general de aquellas llanuras era negro, como si el humus hubiese estado hecho de un polvo de lava, y que por ninguna parte veíamos nada que «fuese blanco».

A cien pasos de allí, Hunt echó a correr hacia una enorme masa rocosa. Cuando la alcanzó, subió a ella con la agilidad de una gamuza, se levantó sobre su cima y paseó su mirada por un espacio de varias millas.



¡Hunt parecía tener la actitud de un hombre «que no reconoce el lugar donde se encuentra»!

—¿Qué ocurre...? —me preguntó el capitán Len Guy después de haberlo observado atentamente.

—Lo que ocurre —le respondí— no lo sé, capitán. Pero no puede

ignorar usted que todo en ese hombre es muy extraño, que su actitud es inexplicable y, en cierto sentido, merecería figurar entre esos nuevos seres que Arthur Pym pretende haber encontrado sobre esta isla... Incluso diría que...

—¿Qué...? —repitió el capitán Len Guy.

Entonces, sin acabar la frase, exclamé:

—Capitán, ¿está usted seguro de haber hecho una buena observación cuando ayer tomó usted la altura...?

—Totalmente.

—¿De forma que el punto...?

—Me ha dado 83° 20' de latitud y 43° 5' de longitud...

—¿Exactamente?

—Exactamente.

—¿No podemos, por tanto, poner en duda que esta sea la isla de Tsalal...?

—No, señor Jeorling, al menos si la isla Tsalal se encuentra en la demora indicada por Arthur Pym.

Efectivamente, no podía caber la menor duda al respecto. Era cierto que Arthur Pym no se equivocó sobre aquella demora expresada en grados y en minutos, pero ¿qué podíamos pensar de la fidelidad de su relato, al menos en lo concerniente a la región que atravesaba nuestra pequeña tropa, guiada por Hunt...? Hablaba de cosas extrañas que no le eran familiares... Hablaba de árboles que no se parecían a ninguno de los que existen ni en la zona tórrida, ni en la zona templada, ni en la zona glacial del norte, ni en aquellas latitudes meridionales inferiores —tal era su propia expresión—... Hablaba de rocas de una estructura diferente, ya sea por su masa, ya por su estratificación... Hablaba de arroyos prodigiosos, cuyo cauce contenía un líquido indescriptible sin apariencia de limpidez, una especie de disolución de goma arábica separada por diferentes vetas que ofrecían todos los tornasoles de las sedas cambiantes y cuya potencia de cohesión no las acercaba después de que la lámina de un cuchillo las hubiese separado...

Pues bien, allí no existía nada de aquello o, al menos, ¡ya no quedaba nada! A través de los campos no se veía ni un solo árbol, ni un arbolito, ni un arbusto... Las colinas boscosas que deberían encontrarse cerca del poblado de Klock-Klock brillaban por su ausencia... De aquellos arroyos en los que los hombres de la *Jane*

no se atrevieron a saciar su sed no encontré ni uno solo, como tampoco pudimos ver ni una sola gota de agua, ni ordinaria ni extraordinaria... ¡Tan sólo una espantosa, desolada y total aridez!

Sin embargo, Hunt caminaba con un paso rápido, sin mostrar ninguna vacilación. Parecía como si un instinto natural lo guiara, al igual que las golondrinas, esos pájaros viajeros que regresan a sus nidos por la vía más rápida —a «vuelo de pájaro», a «vuelo de abeja», decimos en América—. No sé qué presentimiento nos impulsaba a seguirlo, como si se tratase del mejor de los guías, ¡como a un Medias de Cuero o a un Zorro Sutil...! Y, después de todo, ¿por qué no podría ser compatriota de aquellos héroes de Fenimore Cooper...? [95]

Pero, no cesaré de repetirlo, lo que se extendía ante nuestros ojos no era aquella campiña fabulosa descrita por Arthur Pym. Lo que nuestros pies hollaban era un suelo atormentado, apagado, convulsionado. Era negro..., sí..., negro y calcinado como si lo hubiesen vomitado las entrañas de la tierra bajo la acción de las fuerzas plutónicas[96]. Se hubiese dicho que un espantoso e irresistible cataclismo asoló toda su superficie.

En cuanto a los animales de los que habla el relato, no vimos ni uno solo, ni aquellos patos de la especie *Anas valisneria*, ni las tortugas galápagos, ni las bubias negras, ni aquellos pájaros parecidos a los dardabasis, ni aquellos cerdos negros que tenían el rabo que parecía un mechón de pelo y las patas como los antílopes, ni aquella especie de corderos de lana negra, ni los gigantescos albatros de plumaje negro... Incluso los pingüinos, tan numerosos por los parajes antárticos, parecían haber huido de aquella tierra, vuelta inhabitable... ¡Era la soledad silenciosa y triste del más espantoso de los desiertos! ¡Y no había ningún ser humano..., nadie..., ni en el interior de la isla ni en sus orillas!

En medio de toda aquella desolación, ¿quedaría todavía alguna posibilidad de que pudiésemos encontrar a William Guy y los supervivientes de la *Jane*...?

Miré al capitán Len Guy. Su pálido rostro, su frente cruzada por profundas arrugas, decían claramente que la esperanza empezaba a abandonarlo...

Alcanzamos, por fin, el valle cuyos pliegues rodeaban, antaño, el poblado de Klock-Klock. Allí, al igual que en todas partes, el

abandono era total. No se veía ni una sola morada —que eran, como sabemos, de lo más miserable—, ni aquellos *yampoos*, formados por una gran piel negra que reposaba sobre un tronco de árbol cortado a cuatro pies sobre el nivel del suelo, ni aquellas chozas hechas de ramas abatidas, ni aquellos agujeros de trogloditas que fueron vaciados sobre las paredes de la colina. Ni siquiera una sola de aquellas piedras negras que parecían tierra de batán, Y aquellos arroyos que chapoteaban al bajar por las pendientes de la garganta, ¿dónde se encontraban, y hacia dónde huía su agua mágica que discurría sobre un lecho de arena negra...?

En cuanto a la población tsalaliana, aquellos hombres casi totalmente desnudos, algunos de los cuales iban vestidos con pieles peludas de color negro y estaban armados de lanzas y de mazas, aquellas mujeres altas, estiradas, «muy bien formadas, con gracia en sus movimientos, más de la normal en mujeres de nuestras sociedades civilizadas» —según las propias palabras de Arthur Pym—, aquella multitud de niños que las acompañaban... ¡Sí! ¿Qué había sido de todos aquellos indígenas de piel negra, cabellos negros, dientes negros, a los que el color blanco parecía espantar...?

Busqué en vano la casa de Too-Wit, construida con cuatro grandes pieles que se unían entre ellas por clavijas de madera, y que estaban sujetadas por pequeñas estacas hincadas en el suelo... ¡No encontré ni su emplazamiento...! Y era allí, sin embargo, donde William Guy, Arthur Pym, Dirk Peters y sus compañeros fueron recibidos con grandes muestras de respeto, mientras que una multitud de isleños se apretujaba en el exterior... Era allí donde se les sirvió una comida en la que figuraban las entrañas palpitantes de un animal desconocido que Too-Wit y los suyos devoraban con una repugnante avidez...

En aquel instante se hizo un rayo de luz en mi cerebro. Fue como una revelación. Adiviné qué había ocurrido en la isla, cuál era la razón de aquella soledad, la causa de aquella conmoción de la que el suelo conservaba, todavía, sus huellas...

—¡Un terremoto...! —exclamé—. ¡Sí! ¡Ha bastado con dos o tres de esas terribles sacudidas, tan corrientes en las regiones en las que la mar penetra por filtración...! Un día, los vapores acumulados se abren camino hacia la superficie y lo arrasan todo...

—¿Un terremoto habría cambiado hasta este punto la isla

Tsalal...? —murmuró el capitán Len Guy.

—Sí, capitán, y destruyó toda la vegetación especial..., esos arroyos de un líquido extraño..., esas rarezas naturales que se encuentran, ahora, sumidas en las profundidades del suelo, ¡y de las que no encontraremos huella alguna...! ¡Ya no veremos aquí nada de lo que vio Arthur Pym...!

Hunt, que se aproximó a nosotros, escuchaba al tiempo que subía y bajaba su enorme cabeza en señal de asentimiento.

—¿Acaso estas regiones de los mares australes no son volcánicas? —proseguí—. Y si la *Halbrane* nos llevase a la Tierra Victoria, ¿no nos encontraríamos con el Erebus y el Terror en plena erupción?[97]

—Sin embargo —observó Martin Holt—, si hubiese habido una erupción encontraríamos layas...

—¡No digo que haya habido una erupción —respondí al maestro velero—, lo que digo es que el suelo se ha visto profundamente conmovido por un terremoto!

Y reflexionando sobre ello, mi explicación merecía ser admitida.

Entonces me vino a la memoria que, de acuerdo con el relato de Arthur Pym, Tsalal pertenecía a un grupo de islas que se extendía hacia el oeste. Si no había sido destruida, era muy posible que la población tsalaliana hubiese huido hacia aquellas islas vecinas. Convendría, por tanto, ir a explorar aquel archipiélago, donde los supervivientes de la *Jane* habrían podido encontrar refugio después de abandonar Tsalal, que, tras el cataclismo, no debería ofrecer ningún recurso...

Hablé al capitán Len Guy.

—¡Sí —exclamó, y las lágrimas resbalaron por sus ojos—, sí..., es posible...! Pero, no obstante, ¿cómo habría sido posible que mi hermano y sus pobres compañeros hubiesen tenido la oportunidad de huir, no es más probable que hayan perecido en este terremoto...?

Un gesto de Hunt, que quería decir algo así como «¡vengan!», nos llevó tras sus pasos.

Después de haberse adentrado a través del valle a una distancia de dos tiros de fusil, se detuvo.

¡Qué espectáculo se ofreció ante nuestra vista!

Allí yacían, amontonados, trozos de huesos, montones de

esternones, de tibias, de fémures, de vértebras, de restos de todo ese armazón que compone el esqueleto humano, y no tenían adherido ni un solo trozo de carne; aglomeraciones de cráneos con algunos mechones de pelos, en fin, un montón enorme que se había calcinado en aquel lugar...

¡Delante de aquel formidable osario, fuimos presa de un horror espantoso!

¿Entonces, era aquello lo que quedaba de la población de la isla, evaluada en varios millares de individuos...? Pero, si sucumbieron hasta el último de ellos en aquel terremoto, ¿cómo se podría explicar que aquellos restos se encontrasen esparcidos por la superficie del suelo y no sumidos en sus entrañas...? Además, ¿podría admitirse que los indígenas, hombres, mujeres, niños y viejos hubiesen sido sorprendidos hasta tal punto que no habrían tenido tiempo de alcanzar con sus embarcaciones las otras islas del grupo...?

¡Nos quedamos inmóviles, agobiados, desesperados, incapaces de pronunciar ni una sola palabra!

—¡Mi hermano..., mi pobre hermano! —repetía el capitán Len Guy, que acababa de arrodillarse.

Sin embargo, reflexionando sobre todo aquello, allí había cosas que mi espíritu se negaba a admitir. Porque, ¿cómo asimilar aquella catástrofe con las notas del cuaderno de Patterson? Aquellas notas decían formalmente que hacía seis o siete meses que el segundo de la *Jane* dejó a sus compañeros sobre la isla Tsalal. Por tanto, no podían haber perecido en aquel terremoto, que, teniendo en cuenta el estado en que se encontraban los huesos, se remontaba a varios años atrás, y que debería de haberse producido después de la partida de Arthur Pym y Dirk Peters, puesto que en el relato no se hacía ninguna referencia a él...

Realmente, aquellos hechos eran inconcebibles. Si el terremoto se hubiese producido en fecha reciente, no era a él al que habría que atribuirle la presencia de aquellos esqueletos ya calcinados por el tiempo. En todo caso, los supervivientes de la *Jane* no se encontraban entre ellos... Pero entonces..., ¿dónde estaban...?

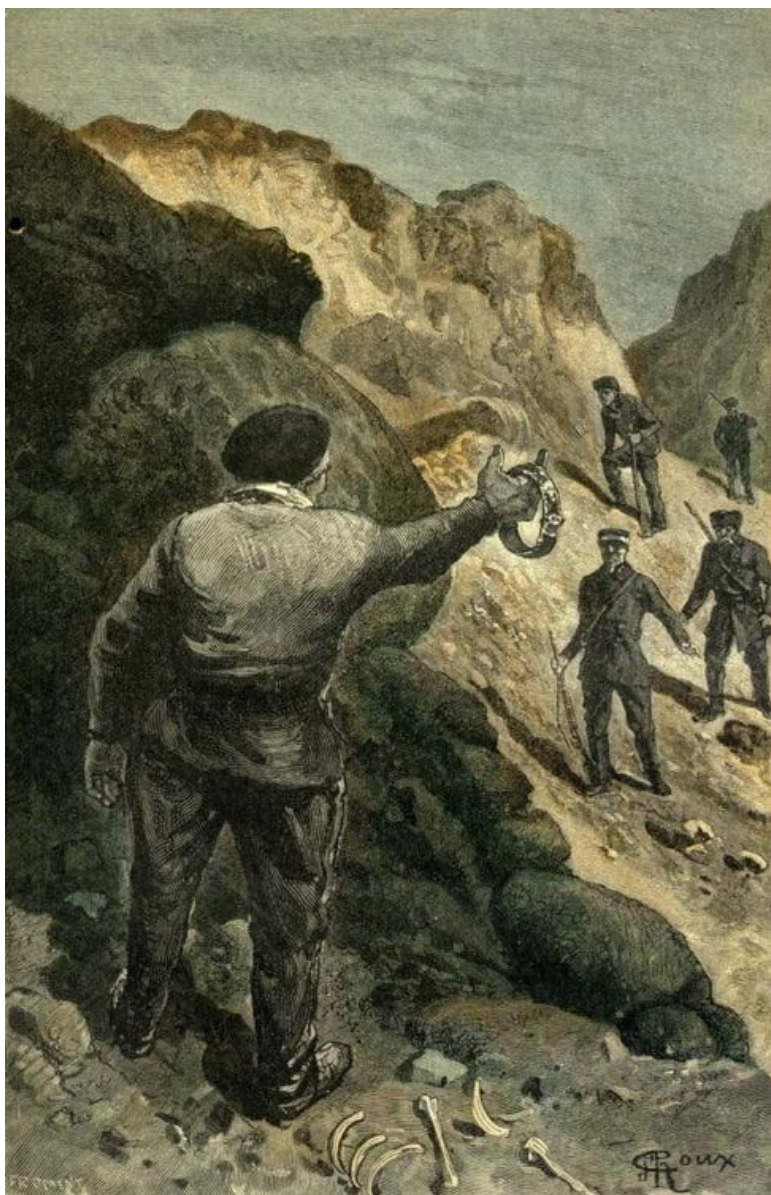
Como el valle de Klock-Klock no se prolongaba más allá, necesitamos volver sobre nuestros pasos para alcanzar el camino de regreso a la costa. Apenas habíamos franqueado media milla a lo

largo del talud, cuando Hunt se paró, de nuevo, ante unos fragmentos óseos, casi reducidos a polvo, y que no parecían pertenecer a ningún ser humano.

¿Serían los restos de alguno de aquellos extraños animales descritos por Arthur Pym, de los que no habíamos podido encontrar ninguna muestra hasta aquel momento...?

Un grito o, más bien, una especie de rugido salvaje se escapó de los labios de Hunt.

Su enorme mano, que se tendía hacia nosotros, sostenía un collar de metal.



¡Sí...! Un collar de cobre..., un collar medio roído por el óxido, en el que aún podían leerse unas cuantas letras que estaban allí grabadas.

Aquellas letras formaban las tres palabras siguientes:

Tigre. Arthur Pym.

¡*Tigre*! Se trataba del terranova que salvó la vida a su amo cuando éste se encontraba escondido en la bodega del *Grampus*... *Tigre*, que ya había dado algunos signos de hidrofobia... ¡*Tigre*, que durante el motín de la tripulación se lanzó a la garganta del marinero Jones, inmediatamente rematado por Crik Peters...!

Así es que aquel fiel animal no pereció en el naufragio del *Grampus*... Entonces, ¿fue recogido a bordo de la *Jane* al mismo tiempo que Arthur Pym y el mestizo...? Y, sin embargo, el relato no lo mencionaba para nada, e incluso no se vuelve a hablar del perro ya antes del encuentro con la goleta [98] ...

Mil y una contradicciones pasaban por mi mente... Ya no sabía cómo conciliar aquellos hechos... Sin embargo, no me cabía duda alguna de que *Tigre* sobrevivió al naufragio al igual que Arthur Pym, y que lo siguió hasta la isla Tsalal, del mismo modo que sobrevivió a la avalancha de la colina de Klock-Klock y, finalmente, encontró la muerte en aquella catástrofe que asoló a una parte de la población tsalaliana...

Pero volvía a repetirme, una vez más, que William Guy y sus marineros no podían encontrarse entre aquellos restos que se amontonaban sobre el suelo, puesto que se encontraban vivos cuando Patterson partió siete meses antes, y la catástrofe hacía ya muchos años que se había producido...

Tres horas más tarde, estábamos a bordo de la *Halbrane* sin haber hecho ningún nuevo descubrimiento.

El capitán Len Guy se dirigió a su camarote y se encerró allí, no apareciendo siquiera, a la hora de la cena.

Pensaba que lo mejor de todo sería que respetásemos su dolor, por lo que no traté de verlo.

Al día siguiente sentí deseos de volver a la isla y de proseguir su exploración de un litoral a otro, por lo que le pedí al segundo que me hiciera conducir a ella.

Jem West consintió, tras ser autorizado por el capitán Len Guy, que se negó a acompañarnos.

Hunt, el *bosseman*, Martin Holt, cuatro hombres y yo tomamos plaza a bordo de una chalupa, sin armas, ya que no teníamos nada que temer.

Desembarcamos en el mismo punto que la víspera, y Hunt nos guió, de nuevo, hacia la colina de Klock-Klock. Una vez allí, remontamos la estrecha garganta por la que Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen, separados de William Guy y sus veintinueve compañeros[99], se introdujeron a través de aquella fisura abierta sobre una sustancia jabonosa, una especie de esteatita muy frágil.

En aquel lugar no quedaba vestigio alguno de las paredes, que debieron de desaparecer tras el terremoto, ni de la fisura cuyo orificio de entrada estaba oculto por algunos avellanos, ni del sombrío pasillo que llevaba al laberinto, en el que Allen murió aplastado, ni de la terraza desde la que Arthur Pym y el mestizo vieron el ataque de las canoas indígenas contra la goleta y escucharon la explosión que causó un millar de víctimas.

Tampoco quedaba nada de la colina abatida por la avalancha artificial, de la que el capitán de la *Jane*, su segundo, Patterson, y cinco de sus hombres pudieron escapar...

Como tampoco quedaba nada de aquel laberinto cuyos corredores entremezclados formaban letras, las cuales formaban palabras, que, a su vez, formaban una frase reproducida en el texto de Arthur Pym, la frase cuya primera línea significaba «ser blanco» y, la segunda, «región del sur».

Así es que desaparecieron la colina, el poblado de Klock-Klock y todo cuanto daba a la isla Tsalal aquel aspecto sobrenatural. ¡Y ahora, sin duda alguna, el secreto de aquellos inverosímiles descubrimientos ya no sería, nunca, revelado a nadie!

No nos quedaba más que regresar a nuestra goleta, lo que efectuamos por la parte este de la costa.

Hunt nos hizo atravesar, entonces, el emplazamiento donde fueron contruidos los hangares para la preparación de la *biche de mer*, y de los que no quedaban más que sus restos.

Sería inútil añadir aquí que aquel grito de *tekeli-li* no lo escuchaban nuestros oídos, aquel grito que lanzaban los isleños y los gigantescos pájaros negros del espacio... ¡Por todas partes, tan sólo nos rodeaba el silencio y el abandono...!

Un último alto tuvo lugar en el punto en el que Arthur Pym y Dirk Peters se apoderaron de la canoa que los llevó hacia latitudes superiores..., hasta aquellos horizontes de vapores sombríos, cuyos

desgarrones dejaban vislumbrar la gran figura humana..., el gigante blanco...

Hunt, con los brazos cruzados, devoraba con los ojos la infinita extensión de la mar.

—Bien, ¿Hunt...? —le dije.

Hunt no pareció entenderme, y ni siquiera volvió la cabeza hacia mí.

—¿Qué hacemos aquí...? —le pregunté, tocándole un hombro.

Mi mano le hizo estremecerse, y me lanzó una mirada que me llegó hasta el fondo de mi alma.

—¡Vamos, Hunt! —exclamó Hurliguerly—, ¿es que vas a echar raíces sobre este trozo de roca...? ¿No ves que la *Halbrane* nos espera fondeada...? ¡En marcha...! ¡Mañana zarparemos...! ¡Ya no hay nada que hacer aquí...!

Me pareció como si los labios temblorosos de Hunt repitiesen aquella palabra, «nada», mientras que toda su actitud se rebelaba ante las palabras del *bosseman*.

La chalupa nos llevó a bordo.

El capitán Len Guy no había salido de su camarote.

Jem West, sin haber recibido la orden de aparejar, esperaba paseándose a popa. Fui a sentarme al pie del palo mayor para observar la mar libremente abierta delante de nosotros.

En aquel momento, el capitán Len Guy salió de la camareta alta, con el rostro pálido y contraído.

—¡Señor Jeorling —me dijo—, tengo la conciencia de haber hecho todo lo que estaba en mis manos...! ¿Puedo esperar que..., sin embargo..., mi hermano William y sus cuatro compañeros...? ¡No...! ¡Hay que regresar...! Antes de que el invierno...

El capitán Len Guy se irguió y lanzó una última mirada hacia la isla Tsalal.

—Jem —dijo—, mañana aparejaremos a primera hora.

Y, en aquel momento, una voz ruda pronunció las siguientes palabras:

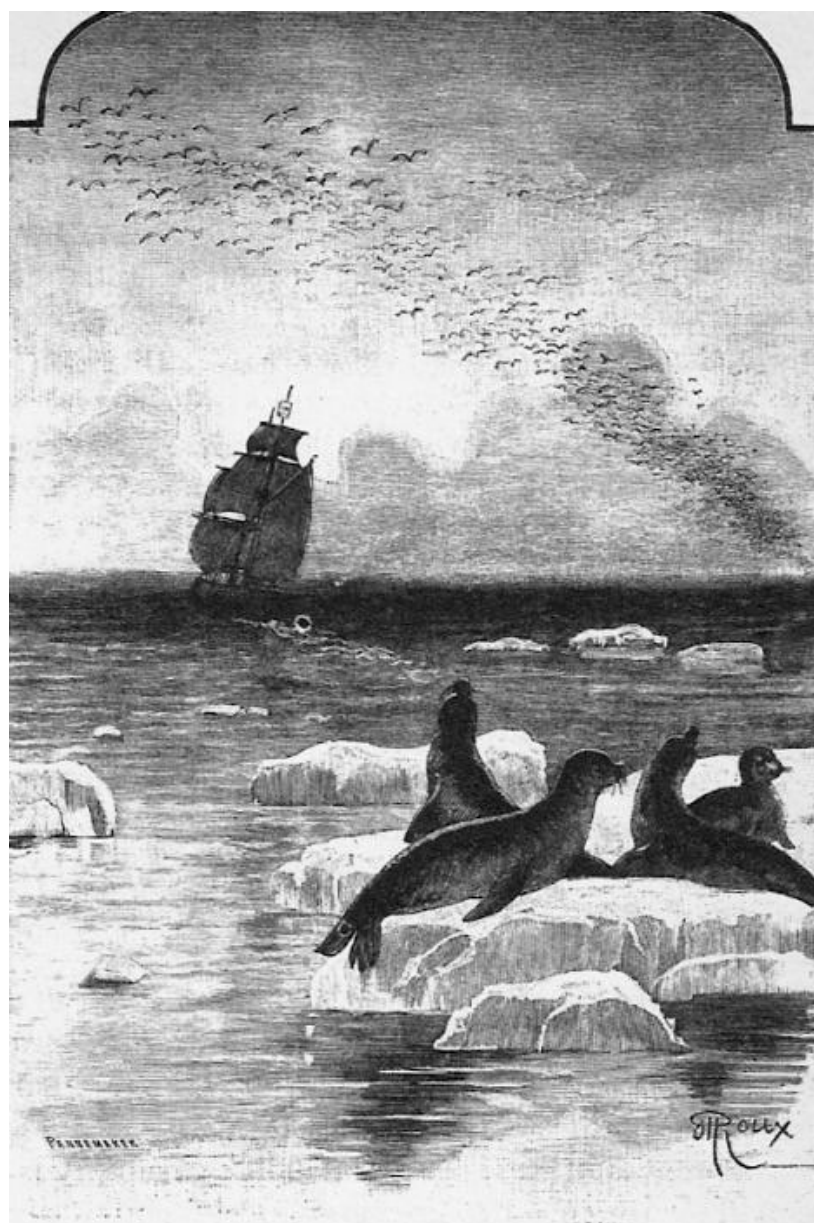
—¿Y Pym... y el pobre Pym...?

Aquella voz..., la reconocí...

¡Era la misma que escuché en sueños!

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte



PANTHÈRE

J. Roux

I. ¿Y Pym...?

Acabada aquella campaña sin éxito, la decisión del capitán Len Guy de abandonar al día siguiente el fondeadero de la isla Tsalal y de poner rumbo al norte, aquella renuncia a buscar por cualquier otra parte de la mar antártica a los náufragos de la goleta inglesa, todo aquello se presentó tumultuosamente ante mi espíritu.

¿Cómo iba a abandonar la *Halbrane* a los seis hombres que, de acuerdo con el cuaderno de notas de Patterson, se encontraban por aquellos parajes algunos meses atrás...? ¿No cumpliría su tripulación, hasta el final, con el deber que la humanidad le ordenaba...? ¿No intentaría, incluso, lo imposible para descubrir el continente o isla sobre el que los supervivientes de la *Jane* tal vez habrían logrado refugiarse al abandonar aquella Tsalal, vuelta inhabitable después del terremoto...?

Sin embargo, no nos encontrábamos más que a finales de diciembre, al día siguiente de Navidad, casi al comienzo de la buena estación. Dos largos meses de verano nos permitirían navegar a través de aquella porción de la Antártida. Tendríamos tiempo para regresar al círculo polar antes de la terrible estación austral... Y, pese a todo ello, la *Halbrane* se disponía a poner rumbo al norte...

Sí, tal era el «pro» de la cuestión. Pero —me veo obligado a confesarlo— el contra se apoyaba sobre toda una serie de argumentos de valor real.

Y, para empezar, hasta aquel mismo día la *Halbrane* nunca navegó a la aventura. Siguió el itinerario indicado por Arthur Pym, se dirigió hacia un punto claramente determinado, la isla Tsalal. El desdichado Patterson lo afirmaba, era sobre esta isla, de demora desconocida, donde nuestro capitán debería recoger a William Guy y los cinco marineros supervivientes de la emboscada de Klock-Klock. Pero no los encontramos en Tsalal, como no encontramos a

nadie de aquella población indígena, aniquilada a causa de no se sabe qué catástrofe, cuya fecha ignorábamos. ¿Lograron huir antes de dicha catástrofe, ocurrida después de la partida de Patterson, es decir, hacía siete u ocho meses...?

En todo caso, el tema se reducía a un dilema muy sencillo:

O las gentes de la *Jane* sucumbieron, y la *Halbrane* debería regresar sin tardanza, o sobrevivieron, por lo que no deberíamos abandonar la búsqueda.

Pues bien, si nos ateníamos al segundo término del dilema, ¿qué deberíamos hacer, si no es registrar isla por isla el grupo del oeste señalado en el relato, y que tal vez el terremoto no había destruido...? Además, a falta de aquel grupo de islas, ¿no habrían podido los fugitivos de Tsalal poner el pie sobre cualquier otro lugar de la Antártida...? ¿No existirían numerosos archipiélagos en medio de aquella mar libre que la embarcación de Arthur Pym y el mestizo recorrió... hasta no se sabía dónde...?

Pero si su canoa fue arrastrada más allá del paralelo 84, ¿dónde habría podido recalar si ninguna tierra, ni insular ni continental, emergía de aquella inmensa llanura líquida...? Además, y no ceso de repetirlo, el final del relato no contiene más que divagaciones, inverosimilitudes y confusiones surgidas de las alucinaciones de un cerebro casi enfermo... ¡Ah! ¡Ahora sí que Dirk Peters nos habría sido útil si el capitán Len Guy hubiese sido lo suficientemente afortunado descubriéndolo en su retiro de Illinois y si se hubiese embarcado a bordo de la *Halbrane*...!

Por tanto, volviendo sobre nuestro tema, en caso de que se decidiese proseguir la campaña, ¿hacia qué punto de aquellas misteriosas regiones debería dirigirse nuestra goleta...? ¿No tendría que resignarse —creía yo— a poner rumbo al azar...?

Además —otra dificultad—, ¿aceptaría la tripulación de la *Halbrane* correr los riesgos de una navegación plagada de incertidumbres, penetrar más profundamente hacia las regiones del polo, con el temor de encontrarse frente a una banquisa infranqueable cuando se tratase de regresar hacia los mares de América o de África...?

En efecto, unas cuantas semanas más y el invierno antártico descargaría su cortejo de intemperies y de fríos. Aquella mar, actualmente libre, se congelaría por completo y no sería ya

navegable. Por tanto, ¿no haría retroceder a los más temerarios la posibilidad de quedar retenidos durante siete u ocho meses y tener, siquiera, la posibilidad de poder recalar en lugar alguno? ¿Tenían derecho sus jefes a arriesgar la vida de nuestros hombres a causa de aquella débil esperanza de recoger a los supervivientes de la *Jane* que no encontramos en la isla Tsalal...?

El capitán Len Guy reflexionó desde la víspera sobre todo esto. Después, con el corazón sobrecogido, sin esperanza alguna de poder encontrar a su hermano y sus compatriotas, acababa de ordenar con una voz que la emoción hacía temblar.

—¡Mañana zarparemos, con el alba!

Y en mi opinión, necesitaba tanta fuerza moral para volver sobre sus pasos como la que mostró para avanzar. Pero su decisión estaba tomada y sabría hacer frente al inimaginable dolor que le causaba el fracaso de aquella campaña.

Por lo que a mí se refiere, lo confieso, sentía un gran desasosiego, tremendamente apesadumbrado por el hecho de que nuestra expedición acabase de aquella forma tan desoladora. Después de haberme ligado tan apasionadamente a las aventuras de la *Jane*, me hubiera gustado que no se interrumpiese la búsqueda mientras fuese posible continuar a través de los patajes de la Antártida...

Y en nuestro lugar, ¡cuántos navegantes se hubiesen empeñado en determinar el problema geográfico del polo austral! En efecto, la *Halbrane* se adentró más allá de las regiones visitadas por los navíos de Weddell, puesto que la isla Tsalal se encontraba a menos de siete grados del punto en el que se cruzan los meridianos. Ningún obstáculo parecía oponerse a que pudiera remontarse hasta las últimas latitudes. Gracias a aquella estación excepcional, los vientos y las corrientes tal vez la conducirían hasta la extremidad del eje terrestre, del que tan sólo la separaban cuatrocientas millas... Si la mar libre se extendía hasta allí, sería cuestión de unos cuantos días... Si existía un continente, sería cuestión de unas cuantas semanas... Pero, en realidad, ninguno de nosotros pensaba en el polo sur, ¡y no fue para conquistarlo por lo que la *Halbrane* afrontó los peligros del océano Antártico!

Además, y admitiendo que el capitán Len Guy, deseoso de proseguir su búsqueda, hubiese obtenido la aprobación de Jem

West, del *bosseman* y de los veteranos de la tripulación, ¿habría podido convencer a los veinte enrolados de las Malvinas a los que Hearne, el *sealing-master*, no cesaba de predisponer en contra...? ¡No! Era imposible que el capitán Len Guy pudiese llegar al corazón de aquellos hombres, qué eran mayoría en la tripulación, y a los que ya había conducido hasta la isla Tsalal. Probablemente se habrían negado a aventurarse más allá a través de los mares antárticos y aquella debió de ser una de las razones por las que nuestro capitán tomó la resolución de regresar al norte, pese al profundo dolor que aquella decisión le producía...

Ya considerábanlos la campaña terminada, así es que júzguese cuál no sería nuestra sorpresa cuando se escucharon las siguientes palabras:

—¿Y Pim..., y el pobre Pym...?

Me di la vuelta...

Era Hunt quien acababa de hablar.

Inmóvil, cerca de la camareta alta, aquel extraño personaje devoraba el horizonte con su mirada...

A bordo de la goleta estábamos tan poco acostumbrados a escuchar la voz de Hunt —incluso podrían ser aquellas las primeras palabras que pronunció delante de todos desde que se embarcó—, que la curiosidad impulsó a los hombres hacia él. Tuve una especie de presentimiento de que su inesperada intervención iba a anunciarnos cualquier revelación prodigiosa...

Jem West envió, con un gesto, a la tripulación a proa. Tan sólo se quedaron el segundo, el *bosseman*, el maestro velero Martin Holt y el maestro calafate Hardie, quienes se consideraron autorizados a seguir junto a nosotros.

—¿Qué has dicho...? —preguntó el capitán Len Guy, acercándose a Hunt.

—He dicho: ¿Y Pym..., y el pobre Pym...?

—¿Qué pretendes al recordarnos el nombre del hombre cuyos desgraciados consejos arrastraron a mi hermano hasta la isla en que la *Jane* fue destruida, en la que la mayor parte de su tripulación fue masacrada y en la que no hemos encontrado ni a uno solo de los que todavía se encontraban en ella hace siete meses?

Y como Hunt siguiera callado:

—¡Responde...! —exclamó el capitán Len Guy, quien,

terriblemente irritado, era incapaz de contenerse.

Las vacilaciones de Hunt no se debían a que no sabía qué responder, sino, tal y como veremos, a que tenía cierta dificultad para explicar sus ideas. Y, sin embargo, las tenía muy claras pese a que sus frases se viesan interrumpidas de vez en cuando y sus palabras estuviesen apenas ligadas entre sí. En fin, poseía una especie de lenguaje personal, imaginario en ocasiones, y su pronunciación estaba muy marcada por el acento ronco de los indios del *Far-West*.

—Bueno... —dijo—, no sé cómo explicar las cosas... Mi lengua se para... Compréndame..., he hablado de Pym..., del pobre Pym..., ¿no es así?

—Sí —respondió el segundo con sequedad—, ¿y qué tienes que decirnos de Arthur Pym...?

—Tengo que decir que no debemos abandonarlo...

—¿No abandonarlo...? —exclamé.

—¡No..., nunca! —prosiguió Hunt—. Piensen..., sería cruel..., ¡demasiado cruel...! Iremos a buscarlo...

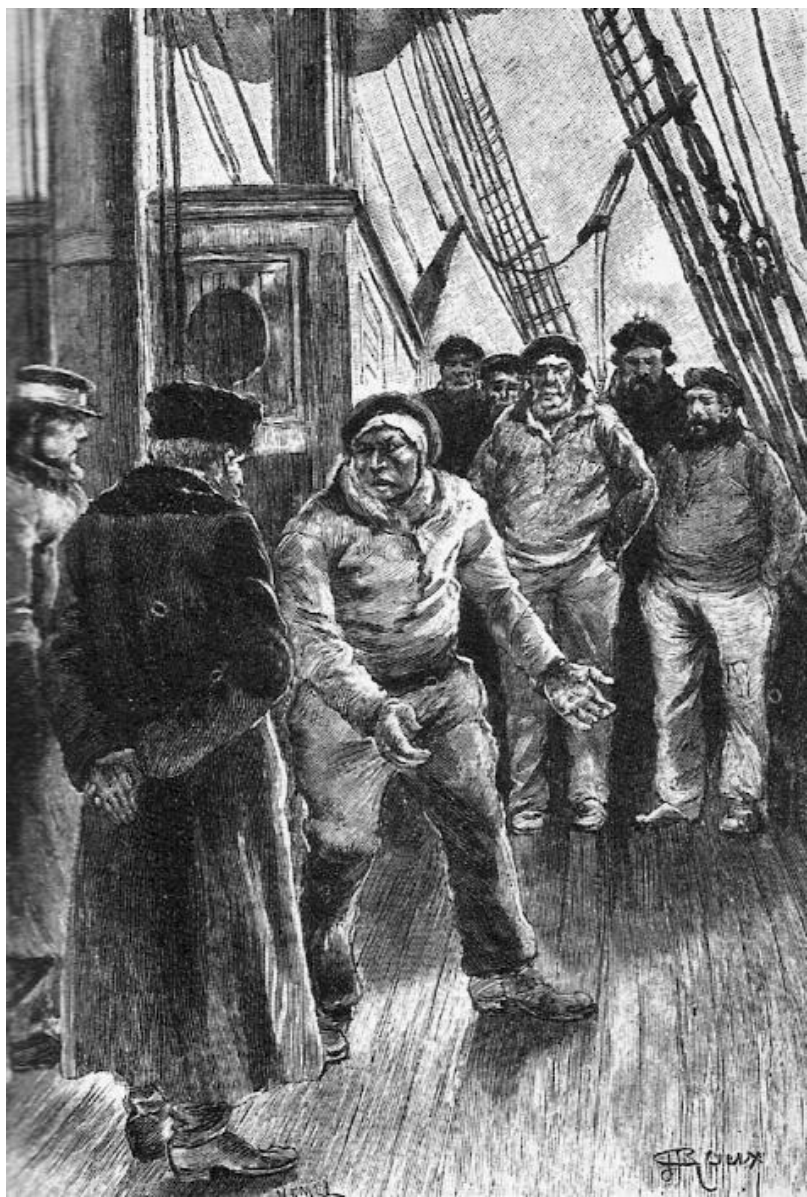
—¿A buscarlo...? —repitió el capitán Len Guy.

—Compréndame..., es por eso por lo que me enrolé a bordo de la *Halbrane*..., sí..., ¡para encontrar al pobre Pym...!

—¿Y dónde se encuentra —le pregunté—, si no es en el fondo de una tumba..., en el cementerio de su ciudad natal?

—No..., está ahí donde quedó..., solo..., solo... —respondió Hunt, al tiempo que extendía la mano hacia el sur— y, después, ¡ya salió once veces el sol por el horizonte...!

Evidentemente, Hunt se refería a las regiones antárticas... Pero ¿qué pretendía...?



—Pero ¿es que no sabes que Arthur Pym está muerto...? —le dijo el capitán Len Guy.

—¡Muerto...! —repitió Hunt, mientras acompañaba aquella palabra con un gesto expresivo—. ¡No...! Escuchen..., conozco las cosas..., compréndame..., no está muerto.

—Veamos, Hunt —proseguí—, recuérdelo..., ¿no nos dice Edgar Poe, en el último capítulo de las aventuras de Arthur Pym, que su muerte fue súbita y deplorable...?

Era cierto que el poeta americano no explicó en qué forma acabó aquella vida tan extraordinaria y, debo confesarlo, ¡aquello siempre me pareció bastante sospechoso! ¿Iba a conocer, por fin, el secreto de aquella muerte, puesto que, si dábamos crédito a lo que Hunt decía, Arthur Pym nunca habría regresado de las regiones polares...?

—Explícate, Hunt —ordenó el capitán Len Guy, que compartía mi sorpresa—. ¡Reflexiona..., tómate todo el tiempo que necesites... y di todo lo que tengas que decir!

Y mientras que Hunt se pasaba la mano por la frente, como si se tratara de recoger lejanos recuerdos, le hice esta observación al capitán Len Guy.

—Hay algo raro en la intervención de este hombre... y, si no está loco...

Al oír aquellas palabras, el *bosseman* sacudió la cabeza, ya que, en su opinión, Hunt no disfrutaba de su pleno juicio.

Aquéel lo comprendió y, con voz dura, dijo:

—No..., loco no... —exclamó—. Los locos, allá..., en la Pradera[100]... ¡son respetados si no se les cree...! Y yo... ¡hay que creermee...! ¡No...! ¡Pym no está muerto...!

—Edgar Poe así lo afirma —le respondí.

—Sí..., lo sé..., Edgar Poe..., de Baltimore... Pero... él nunca vio al pobre Pym..., ¡nunca!

—¿Cómo? —exclamó el capitán Len Guy—. ¿Que esos hombres no se conocían...?

—¡No!

—¿Y no fue el mismo Arthur Pym quien contó a Edgar Poe sus aventuras...?

—¡No..., capitán..., no! —respondió Hunt—. Ése..., el de Baltimore..., tan sólo recibió las notas escritas por Pym desde el día en que se escondió a bordo del *Grampus*..., escritas hasta el último momento..., el último... ¡Compréndame..., compréndame...!

Evidentemente, lo que Hunt temía es que no se le comprendiese, y lo repetía sin cesar. Por otra parte, debo reconocer que lo que decía parecía imposible admitir. Así es que, según él, Arthur Pym

nunca se puso en contacto con Edgar Poe... El poeta americano tan sólo habría tenido acceso a las notas escritas, día a día, durante toda la duración de aquel viaje inverosímil...

—Entonces, ¿quién llevó el diario...? —preguntó el capitán Len Guy al tiempo que cogía a Hunt por una mano.

—Fue el compañero de Pym..., aquel que lo quería como a un hijo, a su pobre Pym... Dirk Peters, el mestizo..., que es el único que regresó de allá abajo...

—¿Dirk Peters, el mestizo...? —exclamé.

—Sí.

—¿Solo...?

—Solo.

—¿Y Arthur Pym estaría...?

—¡Allí! —respondió Hunt con una voz poderosa, al tiempo que se inclinaba hacia las regiones del sur, hacia donde su mirada seguía obstinadamente fija.

¿Podría tal afirmación hacer desaparecer la incredulidad general...? ¡Indudablemente, no! Al tiempo que Martin Holt daba un codazo a Hurliguerly, y ambos parecían apiadarse de Hunt, Jem West lo observaba sin expresar sus sentimientos. En cuanto al capitán Len Guy, me hizo un signo como para decirme que no podríamos sacar nada en limpio de aquel pobre diablo, cuyas facultades mentales debían de estar alteradas desde mucho tiempo atrás.

Sin embargo, cuando miraba a Hunt me parecía sorprender una especie de verdad que se escapaba por sus ojos.

Entonces me las ingenié para interrogar a Hunt, para hacerle preguntas precisas y contundentes, a las que trató de responderme mediante sucesivas afirmaciones, tal y como vamos a ver, sin contradecirse nunca.

—Veamos —le pregunté—, después de haber sido recogido junto a Dirk Peters sobre el pecio del *Grampus*, ¿es cierto que Arthur Pym llegó a la isla Tsalal a bordo de la *Jane*...?

—Sí.

—Durante la visita del capitán William Guy al poblado Klock-Klock, ¿se separó de sus compañeros al mismo tiempo que el mestizo y uno de los marineros...?

—Sí..., —respondió Hunt—, el marinero Allen, que muy pronto

fue sepultado por las piedras...

—¿Después asistieron ambos, desde lo alto de la colina, al ataque y destrucción de la goleta...?

—Sí...

—¿Abandonaron la isla, poco más tarde, después de haberse apropiado de una embarcación que los indígenas no consiguieron recuperar...?

—Sí...

—Y veinte días más tarde, cuando llegaron frente a la cortina de vapores, ¿fueron arrastrados por la vorágine de la catarata...?

Aquella vez Hunt no respondió afirmativamente..., dudaba..., balbucía palabras vagas... Parecía como si tratase de avivar el fuego de su memoria a medio extinguir... Finalmente, me miró y sacudió la cabeza.

—No..., los dos no —respondió—. Compréndame... Dirk Peters nunca dijo...

—¿Dirk Peters...? —preguntó con presteza el capitán Len Guy—. ¿Has conocido a Dirk Peters...?

—Sí...

—¿Dónde...?

—En Vandalia... Estado de Illinois.

—¿Y fue él quien te proporcionó todos esos detalles sobre el viaje...?

—Sí.

—¿Y regresó solo..., solo..., de allá abajo..., después de haber dejado a Arthur Pym...?

—Solo.

—Pero ¡hable de una vez..., hable usted! —exclamé.

Y, en efecto, yo hervía de impaciencia. ¿Cómo? ¿Hunt conoció a Dirk Peters y, gracias a él, sabía cosas que yo creía que estaban condenadas a no ser nunca conocidas...? ¿Conocía el desenlace de aquellas extraordinarias aventuras...!

Y entonces, por medio de frases entrecortadas pero inteligibles, Hunt pudo responder:

—Sí..., allí..., una cortina de vapor..., me dijo muchas veces el mestizo..., compréndame... Los dos, Arthur Pym y él, estaban en la canoa de Tsalal... Después..., un témpano de hielo..., un enorme témpano de hielo se echó sobre ellos... Con el choque, Dirk Peters

cayó al agua... Pero pudo agarrarse al témpano de hielo..., subirse a él..., y..., compréndame..., vio cómo la canoa derivaba con la corriente, ¡lejos..., muy lejos..., demasiado lejos...! Pym trató en vano de reunirse con su compañero... No pudo... ¡La canoa se iba..., se iba...! Y Pym..., el pobre y querido Pym, fue arrastrado... Es él quien no regresó... ¡Y está ahí..., sigue estando ahí...!

Realmente, aunque aquel hombre hubiese sido el mismísimo Dirk Peters, no podría haber hablado con mayor emoción, con mayor fuerza, con mayor cariño del «pobre y querido Pym».

No obstante, todo estaba claro, ¿y por qué íbamos a ponerlo en duda? ¿Así es que fue frente a aquella cortina de vapores donde Arthur Pym y el mestizo se vieron separados el uno del otro...?

Aunque, si bien está claro que Arthur Pym siguió elevándose hacia latitudes superiores, ¿cómo era posible que su compañero, Dirk Peters, hubiese podido regresar hacia el norte..., regresar de más allá de la banquisa..., regresar de más allá del círculo polar..., regresar a América, donde habría llevado aquellas notas entregadas a Edgar Poe...?

Todas aquellas preguntas se le hicieron minuciosamente a Hunt, y él respondió a todas ellas de acuerdo con lo que —según decía— le contó el mestizo en muchas ocasiones.

De acuerdo con lo que nos dijo, Dirk Peters tenía en su bolsillo el cuaderno de Arthur Pym cuando se agarró al témpano de hielo, y fue así como se salvó el diario que, más tarde, el mestizo puso a disposición del novelista americano.

—Compréndame... —repitió Hunt—, puesto que les he dicho las cosas tal y como Dirk Peters me las contó... Mientras que la deriva lo arrastraba, gritó con todas sus fuerzas... Pym, el pobre Pym, ya había desaparecido tras aquella cortina de vapores... En cuanto al mestizo, se alimentó de pescados crudos que pudo ir cogiendo, y fue arrastrado por una corriente hacia la isla Tsalal, donde desembarcó medio muerto de hambre...

—¿En la isla Tsalal...? —exclamó el capitán Len Guy—. ¿Y cuánto tiempo hacía que la había abandonado...?

—Hacía tres semanas..., sí..., tres semanas como mucho..., me dijo Dirk Peters...

—Entonces tuvo que encontrar al resto de los tripulantes de la *Jane*... —dijo el capitán Len Guy—, a mi hermano William y a los

que con él sobrevivieron...

—No... —respondió Hunt—, y Dirk Peters siempre creyó que todos estaban muertos, hasta el último de ellos..., sí..., ¡todos...! No quedaba nadie sobre la isla...

—¿Nadie...? —repetí, sorprendido, por aquella afirmación.

—¡Nadie..., le digo..., nadie...! La isla estaba desierta..., ¡sí...! ¡Desierta!

Aquello se contradecía totalmente con algunos hechos de los que estábamos absolutamente seguros. Después de todo, podía ser que, cuando Dirk Peters regresó a la isla Tsalal, la población, presa de cualquier terror, se hubiese refugiado en el grupo del suroeste, y que William Guy y sus compañeros todavía siguiesen escondidos en las gargantas de Klock-Klock. Aquello explicaría cómo era posible que el mestizo no los hubiese encontrado y, también, por qué los supervivientes de la *Jane* no tuvieron nada que temer de los isleños durante los once años que residieron en la isla. Por otra parte, y puesto que Patterson los dejó allí siete meses antes, si no los habíamos encontrado se debería, probablemente, a que abandonaron la isla Tsalal, donde ya no podrían seguir viviendo después del terremoto.

—¿Así es que —prosiguió el capitán Len Guy— al regreso de Dirk Peters no quedaba ni un solo habitante en la isla...?

—Nadie... —repitió Hunt—, nadie... El mestizo no encontró ni un solo indígena...

—Entonces, ¿qué hizo Dirk Peters...? —preguntó el *bosseman*.

—¡Compréndame...! —respondió Hunt—. Allí había una embarcación abandonada..., en el fondo de aquella bahía... y contenía carnes secas y varios barriles de agua potable. El mestizo se metió en ella... Un viento del sur..., sí..., del sur..., muy fuerte —el mismo que junto con la contracorriente empujó a su témpano de hielo hasta la isla Tsalal—, lo empujó durante semanas y semanas... hacia la banquisa..., que consiguió atravesar por un paso... Créame..., pues tan sólo le repito lo que Dirk Peters me ha dicho cientos de veces... ¡Sí!, un paso..., y franqueó el círculo polar...

—¿Y más allá...? —le pregunté.

—Más allá... fue recogido por un ballenero americano, el *Sandy Hook*, que lo llevó a América.

He aquí, pues, si aceptábamos el relato de Hunt como cierto —y lo más probable es que lo fuese—, de qué forma concluyó, al menos por lo que a Dirk Peters se refiere, aquel terrible drama de las regiones antárticas. De regreso a los Estados Unidos, el mestizo se puso en contacto con Edgar Poe, por aquel entonces editor del *Southern Literary Messenger*, y de las notas de Arthur Pym surgió aquel prodigioso relato, no imaginario como se creyó hasta entonces, y al que faltaba el desenlace supremo.

En cuanto a la aportación imaginativa del autor americano a la obra, consistía ésta, sin duda alguna, en todos aquellos fenómenos extraños de los últimos capítulos, a menos que, presa del delirio de las horas finales, Arthur Pym hubiese creído ver aquellos fenómenos prodigiosos y sobrenaturales a través de la cortina de vapores...

Fuera lo que fuese, lo que quedaba bien claro es que Edgar Poe nunca conoció a Arthur Pym. Era por eso por lo que, deseando dejar al lector en la mayor de las incertidumbres, lo hizo morir de aquella muerte tan «súbita y deplorable», de la que no indicaba ni la naturaleza ni las causas.

No obstante, si Arthur Pym no regresó nunca, ¿deberíamos entonces, razonablemente, admitir que, después de haberse visto separado de su compañero, no hubiese sucumbido en un corto período de tiempo..., que se encontrase todavía vivo, pese a que hubiesen transcurrido once años desde su desaparición...?

—¡Sí..., sí! —repetía Hunt.

Y lo afirmaba con aquella convicción que Dirk Peters debería de haber imbuido en su espíritu cuando ambos vivían en la aldea de Vandalia, en lo más remoto de Illinois.

Y ahora, ¿tendríamos razón alguna para preguntarnos si Hunt se encontraba en todos sus cabales...? ¿No fue acaso él quien, en medio de una crisis mental —ya no me cabía duda alguna—, después de introducirse en mi camarote, murmuró aquellas palabras a mi oído...?

«¿Y Pym..., y el pobre Pym...?».

¡Sí...! ¡Yo no lo soñé...!

En definitiva, si todo lo que acababa de decir Hunt era cierto, si *él* era el fiel poseedor de los secretos que le confió Dirk Peters, ¿deberíamos hacerle caso cuando repetía con voz imperiosa e implorante al mismo tiempo: «¡Pym no está muerto...! ¡Pym está

allí...! ¡No podemos abandonar al pobre Pym...!»?

Cuando acabé de interrogar a Hunt, el capitán Len Guy, profundamente alterado, salió de aquel estado meditativo y, con voz brusca, ordenó:

—¡Toda la tripulación a popa!

Cuando los hombres de la goleta se reunieron en torno a él, dijo:

—¡Escúchame, Hunt, y piensa bien la gravedad de las preguntas que voy a hacerte!

Hunt levantó la cabeza, y paseó su mirada por los marineros de la *Halbrane*.

—¿Afirmas, Hunt, que todo lo que acabas de decir sobre Arthur Pym es cierto...?

—Sí —respondió Hunt, al tiempo que acentuaba con un gesto rudo su afirmación.

—¿Has conocido a Dirk Peters...?

—Sí...

—¿Has vivido algunos años con él en Illinois...?

—Durante nueve años.

—¿Y te ha contado cosas con frecuencia...?

—Sí.

—Y, por tu parte, ¿no te cabe alguna de que todo lo que te ha dicho es totalmente cierto...?

—No.

—¿No se le ocurrió nunca pensar que algunos hombres de la *Jane* hubiese podido quedar en la isla Tsalal...?

—No.

—¿Creía que William Guy y sus compañeros perecieron, todos ellos, en la avalancha de la colina de Klock-Klock...?

—Sí..., y..., por lo que me dijo muy a menudo..., Pym también lo creía.

—¿Dónde has visto a Dirk Peters la última vez...?

—En Vandalia.

—¿Hace mucho tiempo...?

—Más de dos años.

—Y, de vosotros dos, ¿fuiste tú..., o él..., el primero en abandonar Vandalia...?

Me pareció sorprender una ligera vacilación en Hunt cuando respondió.

—Nos fuimos al mismo tiempo... —dijo.

—¿Adónde fuiste tú...?

—A las Malvinas.

—¿Y él...?

—¿El...? —repitió Hunt.

Su mirada se posó, finalmente, sobre Martin Holt, nuestro maestro velero, aquél al que salvó la vida con gran riesgo por su parte, durante la tempestad.

—Dime —prosiguió el capitán Len Guy—, ¿entiendes lo que te pregunto?

—Sí.

—¡Entonces..., responde...! Cuando Dirk Peters salió de Illinois, ¿abandonó América...?

—Sí.

—¿Para ir adónde...? ¡Habla!

—¡A las Malvinas...!

—¿Y dónde está ahora...?

—¡Delante de usted!

II. Decisión tomada

¡Dirk Peters...! ¡Hunt era el mestizo Dirk Peters..., el abnegado compañero de Arthur Pym, aquél al que el capitán Len Guy trató de encontrar inútilmente durante tanto tiempo en los Estados Unidos, y cuya presencia tal vez nos proporcionaría una nueva razón para proseguir aquella campaña...!

No me extrañaría nada que al lector le haya bastado con tener un ligero olfato para haber reconocido, desde hace muchas páginas de este relato, al Dirk Peters en el personaje de Hunt, y que se haya esperado este golpe teatral, e incluso creo que lo contrario sí que me hubiera sorprendido.

En efecto, lo más lógico, lo más indicado, era haber llegado a esta conclusión: ¿Cómo el capitán Len Guy y yo, habiendo leído con tanta frecuencia el libro de Edgar Poe, en el que la descripción de Dirk Peters está hecha con los rasgos más precisos, cómo era posible que no llegásemos a darnos cuenta de que el hombre que se embarcó en las Malvinas y el mestizo eran la misma persona...? ¿No era aquello una prueba de nuestra falta de perspicacia...? Lo comprendo, pero, sin embargo, todo tiene su explicación en cierta medida.

En efecto, todo indicaba el origen indio de Hunt, que era el mismo de Dirk Peters, quien pertenecía a la tribu de los upsarokas[101] del *Far-West* y, tal vez, aquello debería habernos hecho sospechar la verdad. Pero también deberemos considerar las circunstancias en las que Hunt se presentó al capitán Len Guy, circunstancias que no permitían dudar, en absoluto, de su identidad. Hunt vivía en las Malvinas, lejos de Illinois, en medio de aquellos marinos de todas las nacionalidades que esperaban la estación de la pesca para enrolarse en los balleneros... Desde el momento en que embarcó, se mantuvo, con respecto a nosotros,

excesivamente reservado... Aquella era la primera ocasión en la que le oíamos hablar y, hasta entonces, nada —al menos por su actitud— nos indujo a pensar que podría estar ocultado su auténtica personalidad... Y tal y como acabamos de ver, aquel hombre, Dirk Peters, no lo confesó más que cuando las preguntas del capitán le obligaron a ello.

Es cierto que Hunt era un tipo bastante curioso, un ser aparte, que podría haber llamado nuestra atención. Sí..., eso se me ocurría pensarlo ahora: aquel extraño comportamiento desde que la goleta cruzó el círculo antártico, desde que navegaba por las aguas de aquella mar libre..., sus constantes miradas dirigidas hacia el horizonte del sur..., aquella mano que, a causa de un movimiento instintivo, siempre se tendía en aquella dirección... Después, el islote Bennet, que parecía como si realmente lo hubiese visitado con anterioridad, y sobre el que encontró un trozo de la borda de la *Jane* y, finalmente, la isla Tsalal... Allí, fue él quien tomó la iniciativa, y nosotros le seguimos como se sigue a un guía a través de la devastada llanura hasta el poblado de Klock-Klock, hasta la entrada de la garganta, cerca de la colina en la que se encontraban los laberintos, y de los que no quedaba vestigio alguno... Sí..., todo aquello debería habernos sorprendido, hacernos llegar a pensar —al menos a mí— que Hunt podría haber tenido algo que ver con las aventuras de Arthur Pym.

Pues bien, no sólo el capitán Len Guy, sino también su pasajero, Jeorling, tenían una nube en el ojo... ¡Lo confieso, ambos estuvimos ciegos, cuando algunas de las páginas del libro de Edgar Poe debería de habernos hecho clarividentes!

En definitiva, no se podía poner en duda que Hunt fuese, realmente, Dirk Peters. Aunque once años más viejo, seguía siendo tal y como lo describió Edgar Poe. Era bien cierto que no poseía aquel aspecto feroz del que hablaba el relato, pero no olvidemos que el mismo Arthur Pym nos decía que no se trataba más que de «una ferocidad aparente». Por tanto, nos había cambiado físicamente —la pequeña talla, la potencia muscular, los miembros «vaciados en un molde hercúleo», las manos «tan extraordinariamente grandes y anchas que no parecían humanas», y los brazos y las piernas arqueadas, y la cabeza de un tamaño prodigioso, y la boca que se abría a todo lo ancho de la cara, y los

largos dientes, que los labios nunca recubrían más que parcialmente —. Lo repito, aquella descripción se correspondía totalmente con la de nuestro enrolado en las Malvinas. Pero ya no se veía sobre su rostro aquella expresión que, si era el síntoma de la alegría, tan sólo podría tratarse de una «alegría satánica».

En efecto, el mestizo cambió con los años, con la experiencia, con los golpes que le propinó la vida, con las terribles escenas en las que participó —incidentes, como dijo Arthur Pym, «tan alejados de cualquier experiencia y que iban mucho más allá de los límites de la credulidad humana»—. ¡Sí! ¡Aquella ruda lima de adversidades se había comido profundamente la moral de Dirk Peters! Pero no importaba. Se trataba del fiel compañero al que, con frecuencia, Arthur Pym debió su salvación, aquel Dirk Peters que le quería como a un hijo, y que nunca perdió, ¡no!, nunca la esperanza de volver a encontrarlo un día en medio de las terribles soledades de la Antártida.

Pero ¿por qué Dirk Peters se ocultaba en las Malvinas bajo el nombre de Hunt, por qué, después de haberse embarcado a bordo de la *Halbrane*, quiso seguir conservando aquel incógnito, por qué no dijo quién era, puesto que conocía las intenciones del capitán Len Guy, cuyos esfuerzos, todos ellos, estaban dirigidos a intentar salvar a sus compatriotas siguiendo el mismo itinerario de la *Jane*...?

¿Por qué...? ¡Sin duda alguna porque temía que su nombre causase horror...! Y, en efecto, ¿no era el de un hombre que se vio mezclado en los espantosos acontecimientos del *Grampus*..., que acabó con la vida del marinero Parker..., que se alimentó con su carne y sació la sed con su sangre...? ¡Para que llegara a revelar su nombre, fue necesario que esperase que, gracias a aquella revelación, la *Halbrane* trataría de encontrar a Arthur Pym...!

Así es que, después de haber vivido unos cuantos años en Illinois, si el mestizo acabó por instalarse en las Malvinas, tan sólo lo hizo con la intención de aprovechar la primera ocasión que se le presentase de regresar a los mares antárticos. Al embarcar a bordo de la *Halbrane*, contaba con convencer al capitán Len Guy para que, una vez que hubiese recogido a sus compatriotas en la isla Tsalal, subiese a latitudes superiores, prolongase la expedición en beneficio de Arthur Pym... Y, sin embargo, ¿qué hombre con un

mínimo de sentido común seguiría pensando que aquel desdichado podría seguir con vida después de once años...? La existencia del capitán William Guy y sus compañeros se vio, al menos, asegurada por los recursos de la isla Tsalal y, además, las notas de Patterson indicaban que todavía se encontraban allí cuando la abandonó... En cuanto a la existencia de Arthur Pym...

Sin embargo, y ante aquella insistencia de Dirk Peters, que, debo reconocerlo, no se basaba en nada positivo, mi espíritu no se rebelaba tal y como debería haberlo hecho... ¡No...! Y cuando el mestizo gritó: «¡Pym no está muerto...! ¡Pym está allí...! ¡No podemos abandonar al pobre Pym...!», aquel grito no dejó de causarme un profundo desasosiego...

Entonces me acordé de Edgar Poe y me pregunté cuál sería su actitud —tal vez su confusión—, si la *Halbrane* regresaba con aquel cuya muerte anunció como «súbita y deplorable»...

Decididamente, desde que tomé la resolución de participar en la campaña de la *Halbrane*, ya no era el mismo hombre, aquel hombre práctico y razonable de antaño. ¿Cómo era posible que, cuando pensaba en Arthur Pym, mi corazón se estremeciera tal y como se estremecía el de Dirk Peters...? Me parecía que abandonar la isla Tsalal y poner rumbo al norte, hacia el Atlántico, sería algo así como faltar a un deber de humanidad, al deber de ir en socorro de un desdichado, abandonado en los helados desiertos de la Antártida...

Pero también era cierto que si le pedía al capitán Len Guy que la goleta se adentrara todavía más por aquellos mares, si trataba de conseguir aquel nuevo esfuerzo de una tripulación que había sorteado tantos peligros en vano, me habría expuesto a una negativa total y, además, ¿quién era yo para intervenir en aquella ocasión...? Y, sin embargo, me daba cuenta de que Dirk Peters contaba conmigo para que intercediese en favor de la causa de su pobre Pym.

Después de la declaración del mestizo, se hizo un gran silencio. Indudablemente, a nadie se le ocurría poner en duda la veracidad de sus palabras. Dijo «soy Dirk Peters», y era Dirk Peters.

En cuanto a Arthur Pym, era perfectamente admisible que nunca hubiese regresado a América, y que se hubiese visto separado de su compañero y, después, arrastrado por la canoa tsalaliana hacia las

regiones del polo, y nada nos autorizaba a creer que Dirk Peters no nos hubiese dicho la verdad. Pero que Arthur Pym siguiese todavía vivo, tal y como aseguraba el mestizo, y que teníamos el deber de ir en su búsqueda, tal y como nos lo pedía, y exponernos a tantos y nuevos peligros, aquello ya era realmente otra cuestión.

Sin embargo, estaba decidido a apoyar a Dirk Peters, pero, temiéndome que iba a deslizarme por un terreno en el que me arriesgaba a ser derrotado desde el principio, me aferré a un argumento, por otra parte perfectamente lógico, que volvía a poner sobre el tapete el tema del capitán William Guy y sus cinco marineros, de los que no encontramos traza alguna en la isla Tsalal.

—Amigos míos —dije—, antes de tomar una decisión definitiva, sería prudente que examinásemos la situación con toda frialdad. Si abandonamos nuestra expedición en el momento en que, tal vez, tenga algunas posibilidades de acabar felizmente, ¿no nos produciría eternos pesares, poderosos remordimientos...? Reflexione usted, capitán, y vosotros también, amigos míos. ¡Hace menos de siete meses, vuestros compatriotas fueron dejados en plena forma por el desdichado Patterson sobre la isla Tsalal...! Si se encontraban aquí en aquella época, se debe a que, desde hace once años, y gracias a los recursos de la isla, pudieron asegurarse su existencia sin tener nada que temer de los isleños, una parte de los cuales habría sucumbido en circunstancias que desconocemos, mientras que la otra probablemente se trasladó a alguna isla vecina... Esto es la evidencia misma, y no creo que se pueda objetar nada a mi razonamiento...

Nadie respondió nada a lo que acababa de decir, pues no había nada que responder.

—Si no hemos encontrado al capitán de la *Jane* y a los suyos —proseguí, al tiempo que iba animándome—, se debe a que, después de la partida de Patterson, se han visto forzados a abandonar la isla Tsalal... ¿Por qué motivo...? En mi opinión, porque el terremoto la conmovió de tal forma, que se hizo inhabitable. Pero les habrá bastado con tener una embarcación indígena para poder alcanzar, gracias a la corriente del norte, ya sea otra isla, ya cualquier punto del continente antártico... No creo exagerar si afirmo que todo se ha producido de esta manera... En todo caso, lo que sé, y lo que repito, ¡es que nos habremos esforzado en vano si no proseguimos

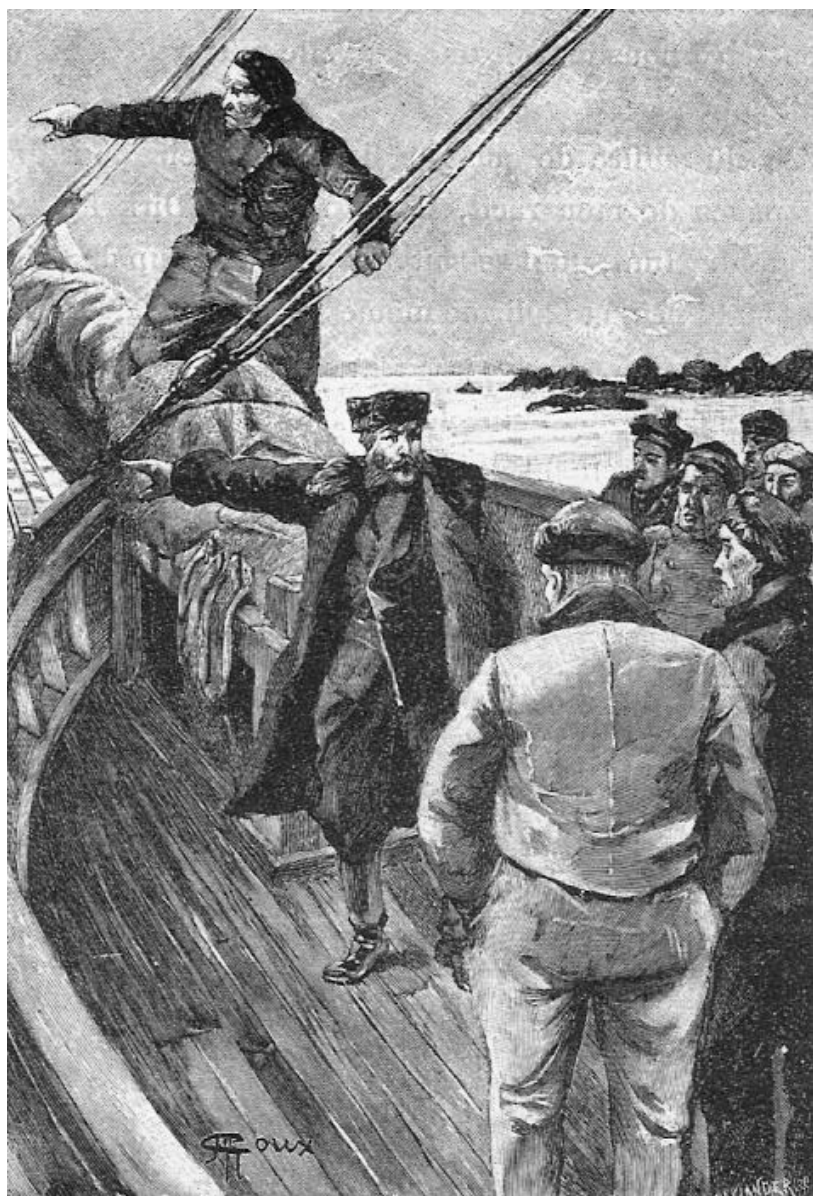
nuestra búsqueda, de la que, no lo olvidemos, depende la salvación de nuestros compatriotas!

Interrogué con la mirada a mi auditorio... No obtuve respuesta alguna...

El capitán Len Guy, presa de la más viva emoción, inclinaba la cabeza, pues comprendía que yo tenía razón, ¡que indicaba, al evocar los deberes de la humanidad, la única conducta propia de las gentes de buen corazón!

—Y ¿de qué se trata? —añadí, después de un corto silencio—. De franquear unos cuantos grados más de latitud, y de hacerlo cuando la mar es navegable, ¡cuando la estación nos garantiza dos meses de buen tiempo y no tenemos nada que temer del invierno austral, cuyos rigores no os pido que desafiéis...! ¿Es que podemos dudarlo, cuando la *Halbrane* está bien abastecida, cuando su tripulación está sana, está completa, sin que ninguna enfermedad se haya producido a bordo...? ¿Nos atemorizarán peligros imaginarios...? ¿No tendremos el valor de seguir hacia adelante..., allí..., allí...?

Y señalé el horizonte del sur mientras que Dirk Peters lo mostraba, él también, sin pronunciar palabra alguna, ¡pero con un ademán imperativo que era la elocuencia misma! Los ojos seguían fijos sobre nosotros y, de nuevo, ¡no hubo respuesta alguna!



Seguramente, la goleta podría —sin gran riesgo por nuestra parte— aventurarse por aquellos parajes durante ocho o nueve semanas más. Tan sólo nos encontrábamos a 26 de diciembre, y fue en enero, en febrero, o incluso en marzo, cuando se emprendieron las expediciones que nos precedieron, las de Bellingshausen, de

Biscoe, de Kendall y de Weddell, que pudieron poner rumbo al norte antes de que el frío les hubiese cerrado toda posible salida. Además, si sus navíos no se aventuraron tan allá en las regiones australes, como pretendía que lo hiciese la *Halbrane*, se debía a que no se vieron tan favorecidos como nosotros podríamos esperar serlo en tales circunstancias...

Hice valer aquellos argumentos, al tiempo que trataba de encontrar en sus rostros cualquier señal de asentimiento, pero nadie se atrevía a manifestarla...

Silencio absoluto; todos los ojos miraban hacia abajo...

Y, sin embargo, no pronuncié ni una sola vez el nombre de Arthur Pym, ni siquiera apoyé la propuesta de Dirk Peters. De haberlo hecho, ¡cuántos encogimientos de hombros no nos habrían respondido... y, tal vez, cuántas amenazas contra mi persona no se habrían producido!

Me estaba preguntando, por tanto, si habría conseguido, o no, hacer llegar a mis compañeros aquella fe que llenaba mi espíritu, cuando el capitán Len Guy tomó la palabra.

—Dirk Peters —dijo—, ¿afirmas que Arthur Pym y tú, después de vuestra salida de la isla Tsalal, habéis entrevisto tierras hacia el sur...?

—Sí..., tierras[102]... —respondió el mestizo—, islas o continente..., compréndame..., y es allí..., creo..., estoy seguro..., donde Pym..., el pobre Pym..., espera que vayamos en su busca...

—Donde tal vez esperan, también, William Guy y sus compañeros —exclamé, a fin de llevar la discusión a mejor terreno.

Y, de hecho, aquellas tierras entrevistas deberían ser nuestra meta, ¡una meta fácil de alcanzar...! La *Halbrane* no navegaría a la aventura... ¡Iría hasta allí donde era posible que se hubiesen refugiado los supervivientes de la *Jane*...!

El capitán Len Guy no volvió a hacer uso de la palabra hasta después de haber reflexionado unos instantes.

—Y dime, Dirk Peters —dijo—, ¿es cierto que más allá del paralelo 84 el horizonte está cerrado por esa cortina de vapores de la que se habla en el relato...? ¿La has visto tú...? ¿La has visto con tus propios ojos... y aquellas cataratas aéreas... y aquel abismo a través del que se perdió la embarcación de Arthur Pym...?

Después de habernos mirado a los unos y a los otros, el mestizo

se sacudió su enorme cabeza.

—No lo sé... —dijo—. ¿Qué me pregunta usted, capitán...? ¿Una cortina de vapores...? Sí..., tal vez..., y también las apariencias de tierra hacia el sur...

Evidentemente, Dirk Peters no leyó nunca el libro de Edgar Poe, e incluso era muy probable que ni siquiera supiese leer. Después de haberle entregado el diario de Arthur Pym, ya ni se preocupó de su publicación. Retirado en Illinois, primero, y en las Malvinas, después, no tenía ni la menor sospecha del clamor levantado por la publicación de aquella obra, ni del fantástico e increíble desenlace que dio nuestro gran poeta a aquellas extraordinarias aventuras...

Y, además, ¿no era posible, también, que Arthur Pym, con su inclinación hacia lo sobrenatural, hubiese creído ver cosas prodigiosas, tan sólo debidas a su exceso de imaginación...?

Entonces, y por vez primera desde el inicio de aquella discusión, se hizo oír la voz de Jem West. No hubiera podido decir si mis argumentos le habían convencido y apoyaba la continuación de la campaña. En todo caso, se limitó a preguntar:

—Capitán..., ¿cuáles son sus órdenes?

El capitán Len Guy se volvió hacia su tripulación. Los veteranos y los nuevos le rodeaban, mientras que Hearne, el *sealing-master*, permanecía un poco apartado, dispuesto a intervenir si lo consideraba oportuno.

El capitán Len Guy interrogó al *bosseman* y sus compañeros, cuya abnegación tenía garantizada sin reservas, con la mirada. ¿Vio en su actitud una especie de aquiescencia a la continuidad del viaje? No lo sé, puesto que yo tan sólo escuché estas palabras, que murmuró entre dientes:

—¡Ah! ¡Si tan sólo dependiera de mí..., si todos me garantizaran su ayuda!

En efecto, sin el acuerdo común no podría lanzarse a nuevas exploraciones.

Hearne tomó entonces la palabra, con rudeza.

—Capitán —dijo—, hace ya dos meses que partimos de las Malvinas... Y mis compañeros se enrolaron para una travesía que no debería de llevarlos, una vez pasada la banquisa, más allá de la isla Tsalal...

—¡No es así! —exclamó el capitán Len Guy, excitado por aquella

declaración de Hearne—. ¡No..., no lo es...! ¡Os he enrolado a todos para una campaña que tengo derecho de continuar hasta donde me plazca!

—Perdón, capitán —prosiguió Hearne con un tono seco—, pero hemos llegado hasta donde ningún navegante llegó antes, hasta donde ningún navío se ha arriesgado nunca, salvo la *Jane*... Así es que mis camaradas y yo pensamos que conviene regresar a las Malvinas antes de la mala estación... ¡Desde allí podrá usted volver a la isla Tsalal, e incluso proseguir hasta el polo..., si así lo desea!

Se pudo oír un murmullo de aprobación. No cabía ninguna duda de que el *sealing-master* estaba expresando los sentimientos de la mayoría, la cual estaba, precisamente, compuesta por los nuevos de la tripulación. Actuar contra su voluntad, exigir obediencia de aquellos hombres tan mal predispuestos a obedecer y en aquellas condiciones aventurarse a través de los lejanos parajes de la Antártida, hubiese sido una temeridad o, incluso, una locura, que nos habría llevado a la catástrofe.

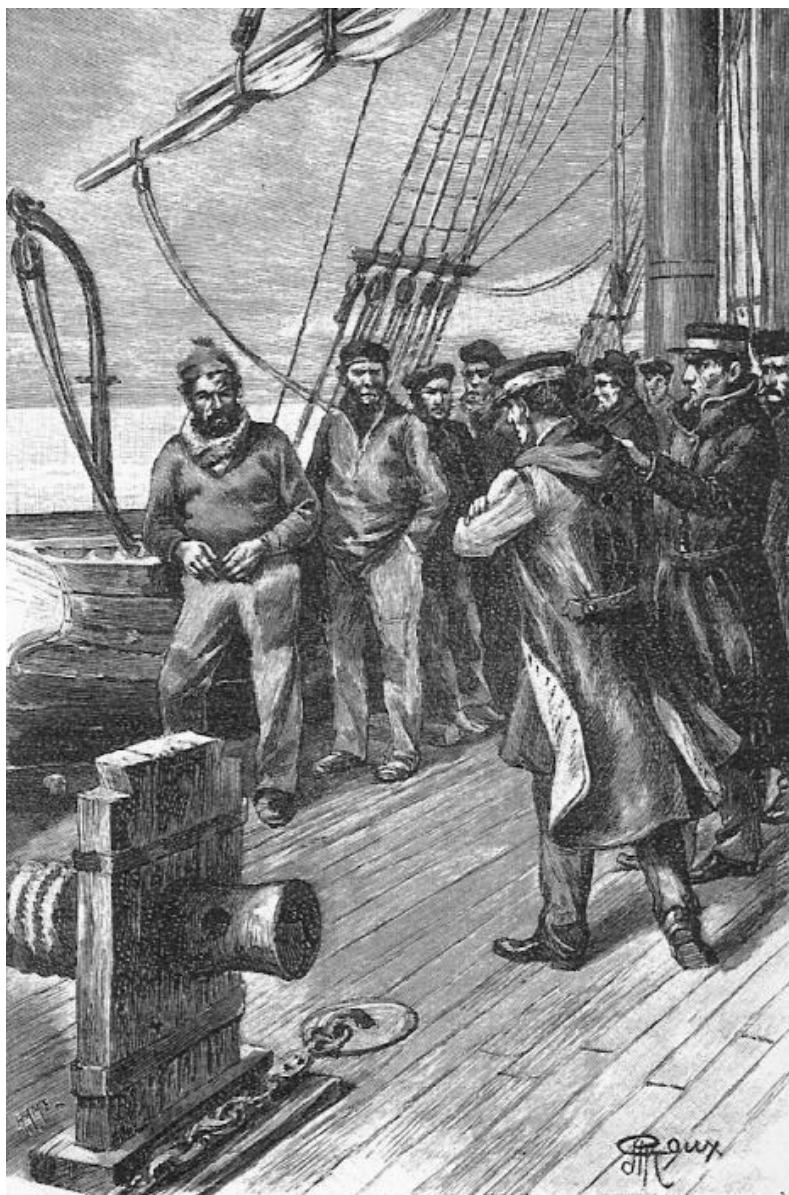
No obstante, Jem West intervino y, avanzando hacia Hearne, le dijo con voz amenazadora:

—¿Quién te ha dado permiso para hablar...?

—El capitán nos estaba interrogando... —respondió Hearne—. Tenía derecho a hablar.

Y aquellas palabras fueron pronunciadas con tal insolencia, que el segundo, tan dueño de sí mismo habitualmente, iba a dar rienda suelta a toda su ira cuando el capitán Len Guy lo detuvo con un gesto, y le dijo:

—¡Cálmate, Jem...! ¡No hay nada que hacer, a menos que estemos todos de acuerdo!



Después se dirigió al *bosseman*:

—¿Cuál es tu opinión, Hurliguerly...?

—Está muy clara, capitán —respondió el *bosseman*—. ¡Acataré sus órdenes, sean éstas las que fueren...! ¡Nuestro deber es no abandonar a William Guy y a los otros, mientras quede esperanza

de salvarlos!

El *bosseman* se calló unos instantes, mientras que varios de los marineros, Drap, Rogers, Gratian, Stern y Burry hacían signos inequívocos de asentimiento.

—Por lo que respecta a Arthur Pym... —prosiguió.

—No es de Arthur Pym de lo que se trata aquí —respondió el capitán Len Guy con ardor—, sino de mi hermano William..., de sus compañeros...

Y como vi que Dirk Peters iba a protestar, lo cogí por el brazo y, pese a que estaba temblando de ira, se calló.

¡No! Aquel no era el momento de insistir sobre el tema de Arthur Pym. Había que confiar en el futuro, estar dispuesto a aprovechar las circunstancias de aquella travesía, esperar a que los hombres se dejaran llevar inconscientemente o, incluso, intuitivamente; creía que, entonces, no podíamos tomar otro partido. Sin embargo, me sentía obligado a acudir en ayuda de Dirk Peters de una forma directa.

El capitán Len Guy continuó interrogando a toda la tripulación. Quería saber el nombre de todos aquellos con los que podría contar. Todos los veteranos aprobaron sus propuestas y se comprometieron a no discutir nunca sus órdenes, y a seguirlo hasta donde fuese necesario.

Aquellos buenos hombres fueron imitados por algunos de los nuevos —tan sólo tres—, que eran de nacionalidad inglesa. No obstante, me pareció que la mayoría se ponía de la parte de Hearne. Para ellos, la campaña de la *Halbrane* acabó en la isla Tsalal. De ahí su negativa a proseguirla más allá, y su petición formal de poner rumbo al norte a fin de franquear la banquisa en la época más favorable de la estación...

Eran cerca de una veintena los que así opinaban, y no cabía duda alguna de que el *sealing-master* interpretó correctamente sus sentimientos. Por tanto, el obligarles a que echasen una mano en las maniobras de la goleta cuando ésta se dirigiese hacia el sur hubiese sido provocar una rebelión.

No quedaba otra cosa por hacer que tratar de que los marineros influenciados por Hearne cambiasen de parecer, que excitar su codicia, que hacer vibrar en ellos la cuerda del interés.

Tomé, por tanto, de nuevo la palabra y, con una voz firme, que a

nadie hubiese autorizado a poner en duda la seriedad de mi proposición, afirmé:

—¡Marinos de la *Halbrane* —dije—, escuchadme...! ¡Al igual que lo han hecho diferentes Estados en sus viajes de exploración de las regiones polares, ofrezco una prima a la tripulación de la goleta...! ¡Dos mil dólares que os serán entregados por cada grado que pasemos más allá del paralelo 84!

Cerca de setenta dólares por persona. ¡Aquello era muy tentador!

Sentí que había dado en el clavo.

—Este compromiso —añadí— se lo firmaré al capitán Len Guy, quien será vuestro mandatario, y las sumas ganadas os serán entregadas a vuestro regreso, sean cuales fueren las condiciones en que se lleve a cabo.

Esperé a ver los efectos que producía mi oferta y, debo decirlo, no se hicieron esperar.

—¡Hurra...! —gritó el *bosseman*, a fin de despertar el entusiasmo de sus camaradas, quienes, casi instantáneamente, unieron sus vítores a los suyos.

Hearne no se opuso. Siempre le quedaba el recurso de aconsejarlos cuando las circunstancias le fuesen más favorables.

El pacto quedó, por tanto, sellado y, debo decirlo, para conseguir mis propósitos hubiese llegado a sacrificar una suma todavía mayor.

¡Aunque también era cierto que no nos encontrábamos más que a siete grados del polo austral, por lo que, si la *Halbrane* se veía obligada a remontar hasta aquel punto, nunca me costaría más de catorce mil dólares!

III. El grupo desaparecido

A primera hora del viernes 27 de diciembre, la *Halbrane* se hizo a la mar y puso rumbo al suroeste.

El servicio a bordo siguió igual que siempre, con la misma obediencia y la misma regularidad. Por aquellos momentos no se hacía ni peligroso ni pesado. El tiempo seguía siendo bueno, y la mar estaba en calma. Si aquellas condiciones no se modificaban, los gérmenes de la insubordinación —eso esperaba yo, al menos— no encontrarían su caldo de cultivo, y las dificultades no nos las encontraríamos de nuevo por aquel lado. Además, debíamos tener en cuenta que el cerebro trabaja muy poco en las naturalezas toscas. Que los hombres ignorantes y codiciosos no suelen abandonarse a las obsesiones de la imaginación. Limitados al presente, el futuro no les preocupa. Tan sólo cualquier hecho brutal que los ponga frente a la realidad es capaz de sacarlos de su despreocupación habitual.

¿Llegaría a producirse aquel hecho...?

En cuanto a Dirk Peters, y una vez que se conocía su verdadera identidad, ¿no cambiaría en su manera de ser, seguiría siendo tan poco comunicativo? Debo señalar que, después de aquella revelación, la tripulación no pareció demostrarle repugnancia alguna a causa de aquellas escenas del *Grampus*, excusables, después de todo, si teníamos en cuenta las circunstancias... Y, además, ¿podría olvidarse que el mestizo arriesgó su vida por salvar la de Martin Holt...? No obstante, siguió manteniéndose aparte, comiendo en un rincón, durmiendo en otro y prescindiendo de la tripulación... ¿Existiría, por tanto, algún motivo que no conociamos y que, tal vez, el futuro nos lo daría a conocer, para que se comportase de aquella forma...?

Aquellos persistentes vientos del norte que empujaron a la *Jane* hasta la isla Tsalal y a la canoa de Arthur Pym unos cuantos grados

más allá favorecían la marcha de la goleta. Amurados a babor y a toda vela, Jem West pudo cubrirla de trapo y aprovechar aquella brisa fresca y regular. Nuestra roda rompía rápidamente aquellas aguas transparentes, y no lechosas, que se orlaban de una larga estela blanca a popa.

Después de la escena de la víspera, el capitán Len Guy se tomó unas cuantas horas de descanso. Y durante aquel descanso ¡qué obsesionantes pensamientos lo habrían turbado! ¡Por un lado, tenía puestas todas sus esperanzas en las nuevas pesquisas, pero, por el otro, se encontraba con la responsabilidad de aquella expedición a través de la Antártida!

Cuando lo encontré, al día siguiente, sobre la cubierta, en el momento en que el segundo se paseaba a popa, nos llamó a los dos.

—Señor Jeorling —me dijo—, ¡créame que tenía el corazón sobrecogido cuando me decidí a dirigir nuestra goleta hacia el norte...! ¡Sentía que todavía no había hecho todo lo que tenía que hacer por nuestros desdichados compatriotas...! Pero también comprendía que la mayor parte de la tripulación se me enfrentaría si decidía llevarla más allá de la isla Tsalal...

—En efecto, capitán —le respondí—, lo que se produjo a bordo fue un conato de indisciplina, y tal vez hubiese acabado por estallar una rebelión...

—Rebelión que habríamos sofocado con facilidad —respondió Jem West con frialdad—, aunque para ello hubiésemos tenido que romperle la cabeza a ese Hearne, que no cesa de incitarlos a que se amotinen.

—Y habríamos hecho muy bien, Jem —afirmó el capitán Len Guy—. Sólo que, una vez hecha justicia, ¿qué hubiese ocurrido con el acuerdo que necesitábamos...?

—Es cierto, capitán —dijo el segundo—. ¡Es mucho mejor que las cosas se hayan resuelto sin violencias...! Pero, en el futuro, ¡que Hearne tenga mucho cuidado!

—Sus compañeros —observó el capitán Len Guy— están ahora seducidos por las primas que se les han prometido. La codicia los hará más pacientes y más dóciles. Sin duda alguna, la generosidad del señor Jeorling ha triunfado allí donde nuestras súplicas hubiesen fracasado... Se lo agradezco...

—Capitán —le dije—, cuando nos encontrábamos en las

Malvinas, le hice saber mi deseo de asociarme pecuniariamente a esta empresa. Se ha presentado la ocasión y la he aprovechado, por lo que no merezco gratitud alguna. Lleguemos a nuestra meta..., salvemos a su hermano William y a los cinco marineros de la *Jane*... Es todo lo que deseo.

El capitán Len Guy me tendió una mano, que estreché cordialmente.

—Señor Jeorling —añadió—, ¿se ha dado usted cuenta de que la *Halbrane* no navega rumbo al sur, pese a que las tierras entrevistadas por Dirk Peters o, al menos, las apariencias de tierra que entrevió se encuentren en dicha dirección...?

—Me he dado cuenta, capitán.

—Y, a propósito de este tema —dijo Jem West—, no olvidemos que el relato de Arthur Pym no habla de esas apariencias de tierra hacia el sur, y que tan sólo podemos fiarnos de las declaraciones del mestizo.

—Es cierto, teniente —le respondí—. Pero ¿hay alguna razón para dudar de Dirk Peters...? Su conducta, desde que embarcó, ¿no ha sido tal que puede inspirarnos una total confianza...?

—No tengo nada que reprocharle desde el punto de vista del servicio... —respondió Jem West.

—Y no ponemos en duda ni su valor ni su honradez —declaró el capitán Len Guy—. No sólo por la forma en que se ha comportado a bordo de la *Halbrane*, sino porque todo lo que ha hecho cuando navegaba a bordo del *Grampus*, primero, y de la *Jane*, después, justifica esta buena opinión...

—¡Que, sin duda alguna, se merece! —añadí.

Y no sé por qué, pero me inclinaba a defender al mestizo. ¿Se debería a que presentía que todavía le quedaba por jugar un papel muy importante a lo largo de aquella expedición, o porque se sentía seguro de que podría llegar a encontrar a Arthur Pym..., por el que yo me interesaba tanto, que incluso llegaba a asombrarme de mí mismo?

Sin embargo, estoy de acuerdo en que era, precisamente, en todo lo concerniente a su antiguo compañero en donde las ideas de Dirk Peters podrían parecer absurdas. El capitán Len Guy no dejó de señalarlo.

—No olvidemos, señor Jeorling —dijo—, que el mestizo

conserva la esperanza de que Arthur Pym, después de haber sido arrastrado a través de la mar antártica, haya podido abordar cualquier tierra más meridional..., sobre la que se encontraría, todavía, vivo...

—¡Vivo..., desde hace once años..., en esos parajes polares...! —prosiguió Jem West.

—Es muy difícil de admitir, lo reconozco, capitán —respondí—. Y, sin embargo, si reflexionamos sobre este tema, ¿sería imposible que Arthur Pym hubiese encontrado, más al sur, una isla parecida a la de Tsalal, en la que William Guy y sus compañeros han podido vivir durante todos estos años...?

—Imposible, no, señor Jeorling, pero probable, ¡no lo creo!

—E incluso —insistí—, puesto que estamos en el terreno de las hipótesis, ¿por qué nuestros compatriotas, después de haber abandonado la isla Tsalal, y haber sido arrastrados por la misma corriente, no se habrían reunido con Arthur Pym allí donde quizá...?

No acabé la frase, puesto que aquella suposición no hubiese sido aceptada pese a todo lo que hubiera podido decirles; así que no tenía por qué insistir, en aquel momento, sobre el proyecto de ir en busca de Arthur Pym una vez que los hombres de la *Jane* hubiesen sido rescatados, si es que lo conseguíamos.

El capitán Len Guy volvió sobre el tema de aquella conversación y, como con sus digresiones había «dado varios bandazos», como diría el *bosseman*, convenía enderezarla por el buen camino.

—Decía —prosiguió el capitán Len Guy— que, si no he mandado poner rumbo al sur, se debe a que mi intención es la de reconocer, primero, el lugar donde se encuentran las islas vecinas a la de Tsalal, ese grupo que se encuentra al oeste...

—Buena idea —dije—, y tal vez, después de visitar estas islas, adquiramos la certeza de que el terremoto se produjo recientemente...

—Recientemente..., de eso no cabe duda alguna —afirmó el capitán Len Guy—, y ha sido posterior a la partida de Patterson, puesto que el segundo de la *Jane* dejó a sus compañeros sobre la isla.

Lo sabíamos y, por razones muy serias, nuestra opinión nunca se modificó al respecto.

—¿No se habla en el relato de Arthur Pym —preguntó Jem West — de un conjunto de ocho islas...?

—En efecto —le respondí— o, al menos, eso es lo que Dirk Peters oyó decir al salvaje que se llevaron él y su compañero en la embarcación. Aquel Nu-Nu incluso pretendía que el archipiélago estaba gobernado por un especie de soberano, un rey único, cuyo nombre era Tsalemon, y que vivía en la más importante de las islas; pero, en caso de necesidad, el mestizo podrá confirmarnos estos detalles.

—Pero —prosiguió el capitán Len Guy— como es posible que el terremoto no haya alcanzado a este grupo de islas y, por tanto, que siga estando habitado, deberemos tomar ciertas precauciones al acercarnos a sus proximidades...

—Que no deben encontrarse demasiado lejos —añadí—. Y, además, capitán, ¿quién sabe si su hermano y sus marineros no se habrán refugiado en una de estas islas...?

Eventualidad admisible, pero poco tranquilizadora, en definitiva, puesto que aquellas pobres gentes habrían caído en manos de los salvajes de los que se vieron libres durante su estancia en Tsalal. Y, además, aun en el caso de que se les hubiesen perdonado la vida, ¿no necesitaría la *Halbrane* emplear la fuerza para rescatarlos y tendría éxito en su intento...?

—Jem —prosiguió el capitán Len Guy—, llevamos una marcha de ocho o nueve nudos y, en unas cuantas horas, avistaremos, sin duda alguna, tierra..., da la orden de que se vigile con mucha atención.

—Ya está hecho, capitán.

—¿Hay algún hombre en la cofa...?

—Dirk Peters se ha ofrecido voluntario.

—Muy bien, Jem, podemos confiar en él.

—¡Y también en sus ojos —añadí—, puesto que está dotado de una vista prodigiosa!

La goleta continuó navegando hacia el oeste hasta las diez sin que la voz del mestizo se dejase oír. Así es que me preguntaba si nos iba a ocurrir con aquellas islas lo mismo que con las Auroras o las Glass, a las que tratamos de encontrar, en vano, entre las Malvinas y Nueva Georgia. Ninguna tumescencia emergía de la superficie del mar, ningún contorno se dibujaba en el horizonte. Tal

vez aquellas islas poseían un relieve muy poco acusado, y no podrían ser avistadas más que a una o dos millas de distancia...

Además, la brisa amainó sensiblemente durante la mañana. Nuestra goleta se vio, incluso, desviada por la corriente del sur bastante más de lo que hubiésemos deseado. Afortunadamente, el viento se reavivó hacia las dos de la tarde, y Jem West pudo orientarla de tal forma que pudimos ganar lo que la deriva nos hizo perder.

Durante dos horas la *Halbrane* mantuvo el rumbo en aquella dirección, con una velocidad de siete a ocho nudos, y ni la menor elevación se nos ofreció a la vista.

—No puedo creer que no hayamos podido localizarlas —me dijo el capitán Len Guy—, puesto que, según Arthur Pym, Tsalal pertenece a un grupo muy numeroso de islas...

—No dice que las haya avistado nunca mientras la *Jane* estaba fondeada —señalé.

—Tiene usted razón, señor Jeorling. Pero, como el recorrido que la *Halbrane* ha hecho desde esta mañana no ha bajado de las cincuenta millas y se trata de unas islas que se encuentran bastante cerca las unas de las otras...

—Entonces, capitán, habrá que llegar a la conclusión, cosa que no es imposible, de que el grupo al que pertenecía la isla Tsalal ha desaparecido totalmente a causa del terremoto...

—¡Tierra a proa, por estribor! —gritó Dirk Peters.

Todas las miradas se dirigieron hacia aquel lado sin distinguir nada sobre la superficie del mar. Era cierto que el mestizo, situado en la punta del palo de trinquete, podía ver lo que todavía no era visible para ninguno de nosotros. Además, y si teníamos en cuenta la potencia de su vista, así como su costumbre de otear los horizontes marinos, era muy admisible que no se hubiese equivocado.

Y, en efecto, un cuarto de hora más tarde nuestros catalejos nos permitieron avistar algunos islotes esparcidos por la superficie de las aguas, todas ellas cruzadas por los oblicuos rayos solares y a una distancia de dos o tres millas hacia el oeste.

El segundo mandó arriar las velas altas, por lo que la *Halbrane* continuó navegando con la cangreja, el trinquete-goleta y el gran foque.

¿Sería conveniente que, desde aquel mismo momento, nos aprestásemos a la defensa, que subiésemos las armas a la cubierta, cargásemos los pedreros e izásemos las redes de abordaje...? Antes de tomar aquellas medidas de prudencia, el capitán Len Guy creyó poder acercarse más a los islotes sin que corriésemos un riesgo excesivo.

¿Qué cambios se habían producido? Allí donde Arthur Pym afirmaba que existían unas islas espaciosas, tan sólo nos encontrábamos con un pequeño número de islotes, como mucho media docena, que emergían de las aguas unas ocho o diez toesas...

En aquel momento, el mestizo, que se deslizó a lo largo de la borda de estribor, saltó sobre cubierta.

—Y bien, Dirk Peters, ¿reconoces ese grupo...? —le preguntó el capitán Len Guy.

—¿El grupo...? —respondió el mestizo, al tiempo que sacudía la cabeza—. No..., no he visto más que cinco o seis cimas de islotes... ¡No hay más que piedras..., ni una sola isla!

En efecto, algunas puntas o, más bien, algunas cimas redondeadas, era todo lo que quedaba del archipiélago, al menos de su parte occidental. Y era posible que, después de todo, si el conjunto ocupaba varios grados, el terremoto no hubiese destruido más que las islas occidentales.

Aquello era, además, lo que trataríamos de comprobar una vez que hubiésemos visitado cada islote y determinado a qué fecha, antigua o reciente, se remontaba el movimiento sísmico, del que Tsalal conservaba sus huellas indiscutibles.

A medida que la goleta se aproximaba, pudimos reconocer fácilmente aquellas migajas del grupo casi totalmente arrasado en su parte occidental. La superficie del mayor de los islotes no era superior a cincuenta o sesenta toesas cuadradas, y la del menor de todos ellos no tendría más que tres o cuatro. Estos últimos formaban un semillero de escollos que se veían azotados por la ligera resaca marina.

Estaba bien claro que la *Halbrane* no debería adentrarse en medio de aquellos arrecifes que habrían amenazado sus costados y su quilla. Se limitaría a rodearlos, a fin de constatar si el hundimiento del archipiélago fue total. Sin embargo, sería preciso desembarcar en algunos puntos, donde tal vez pudiésemos

encontrar algún indicio que sería posible recoger.

El capitán Len Guy ordenó lanzar la sonda a unos diez cables del islote principal. Se encontró fondo a veinte brazas —un fondo que debería ser el suelo de una isla sumergida, y cuya parte central rebasaba el nivel de la mar en una altura de cinco o seis toesas.

La goleta se aproximó todavía más y, a cinco brazas, echó el ancla.

Jem West tenía pensado ponerse al paio durante todo el tiempo que durase la exploración del islote. Pero con aquella corriente tan fuerte que se dirigía hacia el sur, la goleta se hubiese visto arrastrada por la deriva. Por tanto, valía más fondear en las proximidades del grupo. La mar apenas se movía, y el estado del cielo no hacía presentir ningún cambio atmosférico.

Desde que el ancla se agarró al fondo, una de las embarcaciones recibió al capitán Len Guy, al *bosseman*, Dirk Peters, Martin Holt, dos hombres y a mí.

Nos separaba un cuarto de milla del primer islote. Lo recorrimos rápidamente a través de estrechos pasos. Las puntas rocosas aparecían y desaparecían con el movimiento de las olas. Barridas, lavadas y relavadas, no podían conservar ningún testimonio que nos permitiese fijar la fecha del terremoto. A este respecto, lo repito, ya es bien sabido que no teníamos ningún género de dudas.

La chalupa se introdujo entre las rocas. Dirk Peters, de pie y al timón, con la caña entre sus piernas, procuraba evitar las aristas de los arrecifes que afloraban por todas partes.



El agua, transparente y calmada, dejaba ver no un fondo de arenas sembradas de conchas, sino de bloques negruzcos tapizados de vegetación terrestre, de matas de aquellas plantas que no pertenecían a la flora marina, algunas de las cuales flotaba en la superficie de la mar.

Aquella era ya una prueba de que el suelo sobre el que vegetaron se hundió recientemente.

Cuando la embarcación llegó al islote, uno de los hombres lanzó el rezón, y una de sus uñas encontró una hendidura.

Desde el momento en que se haló de la amarra, el desembarco pudo llevarse a cabo sin dificultad.

Así pues, en aquel lugar yacía una de las grandes islas del grupo, que actualmente se encontraba reducida a un óvalo irregular, que medía ciento cincuenta toesas de circunferencia y emergía veinticinco o treinta pies sobre el nivel del mar.

—¿Acaso las mareas se elevan, en ocasiones, hasta estas alturas? —le pregunté al capitán Len Guy.

—Nunca —me respondió—, y tal vez, encontremos en el centro de este islote algún resto del reino vegetal, o ruinas de moradas o de algún campamento...

—Lo mejor que podemos hacer —dijo el *bosseman*— es seguir a Dirk Peters, que ya se nos ha distanciado bastante. ¡Ese diablo de mestizo es capaz de ver, con sus ojos de lince, lo que nosotros no veríamos nunca!

En unos instantes alcanzamos el punto culminante del islote.

Los restos no faltaban —probablemente se trataba de restos de aquellos animales domésticos de los que se habla en el diario de Arthur Pym—; encontramos aves de diferentes especies, patos, cerdos de la especie común, cuya piel, acartonada, estaba erizada de cerdas negras. Sin embargo, y aquello era un detalle a tener en cuenta, entre aquellos huesos y los de la isla Tsalal existía una diferencia de formación, ya que éstos no databan más que de unos cuantos meses como mucho. Aquello coincidía con nuestra idea de que la época en que se produjo el terremoto era muy reciente.

Además, un poco por todas partes podíamos ver las plantas del apio y la codearía, con ramilletes de florecillas todavía frescas.

—¡Y que son de este año! —exclamé—. Ningún invierno austral ha pasado sobre ellas...

—Estoy de acuerdo con usted, señor Jeorling —respondió Harligerly—. Pero ¿no sería posible que hubiesen brotado después de que el grupo se hubiese hundido...?

—No me parece admisible —le respondí, como un hombre que no quiere dar su brazo a torcer.

En algunos rincones vegetaban, también, unos arbustos esqueléticos, una especie de avellanos salvajes, y Dirk Peters arrancó una rama impregnada de savia.

De aquella rama pendían unas avellanas muy parecidas a las que tanto él como su compañero comieron durante su encierro en las fisuras de la colina de Klock-Klock, al fondo de aquellas gargantas jeroglíficas de las que no encontramos vestigio alguno en Tsalal.

Dirk Peters arrancó alguna de aquellas avellanas de su verde vaina, y las rompió con aquellos dientes tan potentes que habrían podido triturar, incluso, bolas de hierro.

Una vez llevadas a cabo aquellas constataciones, no podía quedarnos duda alguna sobre la fecha del cataclismo, posterior a la de partida de Patterson. No era, por tanto, a dicho cataclismo al que se debía el aniquilamiento de una parte de la población tsalaliana, cuyos huesos tapizaban los alrededores del poblado. En cuanto al capitán William Guy y los cinco marineros de la *Jane*, parecía estar demostrado que escaparon a tiempo, puesto que no encontramos el cuerpo de ninguno de ellos sobre la isla.

¿Dónde habrían tenido la posibilidad de refugiarse después de haber abandonado la isla Tsalal...?

Aquel era el interrogante que se erguía continuamente ante nuestros espíritus, y ¿cuál sería la respuesta que obtendría...? Sin embargo, a mí no me parecía el más importante de todos aquellos interrogantes que nos surgían en cada momento de esta historia.

No debo seguir insistiendo sobre la exploración del grupo. Necesitamos treinta y seis horas para llevarla a cabo, pues la goleta lo recorrió totalmente. En la superficie de los diferentes islotes pudimos encontrar los mismos indicios —plantas y restos— que, por supuesto, nos llevaron a idénticas conclusiones. A propósito de las perturbaciones que aquellos parajes habían sufrido, el capitán Len Guy, el segundo, el *bosseman* y yo, nos encontrábamos totalmente de acuerdo en lo que se refería al completo aniquilamiento de los indígenas. La *Halbrane* no tenía, por tanto, por qué temer ataque alguno, y aquello era algo que merecía tenerse en cuenta.

Entonces, ¿deberíamos concluir que William Guy y sus cinco marineros, después de haber alcanzado una de aquellas islas, habrían perecido, ellos también, en el hundimiento del

archipiélago...?

He aquí, a este respecto, el razonamiento que el capitán Len Guy acabó por aceptar:

—En mi opinión —le dije—, y para resumir, la avalancha artificial de la colina de Klock-Klock no alcanzó a una parte de los hombres de la *Jane* —al menos siete, contando a Patterson— y, además, a *Tigre*, el perro, cuyos restos hemos encontrado cerca del poblado. Algún tiempo después, en el momento de la destrucción de una parte de la población tsalaliana por causas que desconecemos, aquellos indígenas que no perecieron abandonaron Tsalal y se refugiaron en las demás islas del grupo. El capitán William Guy y sus compañeros, una vez solos y en total seguridad, pudieron, fácilmente, vivir allí donde lo hicieron antes que ellos varios millares de salvajes. Pasaron varios años —diez u once—, sin que hubiesen logrado abandonar su prisión, pese a que hayan debido intentarlo —de eso no me cabe duda alguna—, ya sea con alguna embarcación indígena, ya con una canoa construida por sus propias manos. Finalmente, hace unos siete meses, después de la desaparición de Patterson, un terremoto asoló la isla Tsalal y hundió las islas vecinas. Me parece a mí que fue entonces cuando William Guy y los suyos, creyéndola inhabitable, han debido de embarcarse y tratar de llegar al círculo antártico. Probablemente, dicha tentativa no tuvo éxito y, a fin de cuentas, y bajo la acción de la corriente que los arrastraría hacia el sur, ¿por qué no habrán alcanzado las tierras entrevistas por Dirk Peters y Arthur Pym más allá del paralelo 84? Es, por tanto, en esa dirección, capitán, hacia donde tiene que dirigirse la *Halbrane*. Tan sólo si avanzamos todavía dos o tres grados, tendremos alguna posibilidad de encontrarlos. La meta está allí, y ¿quién de nosotros no sacrificaría incluso su vida por alcanzarla...?

—¡Dios nos guíe, señor Jeorling! —respondió el capitán Len Guy.

Y más tarde, cuando me encontré a solas con el *bosseman*, éste se creyó obligado a decirme:

—Le he escuchado con atención, señor Jeorling, y se lo confieso, casi me ha convencido...

—Acabará por estarlo del todo, Hurliguerly.

—¿Cuándo...?

—¡Tal vez antes de lo que usted piensa!

Al día siguiente, 29 de diciembre, a las seis de la mañana, la goleta aparejó con una ligera brisa del noreste y, aquella vez, puso rumbo directamente hacia el sur.

IV. Del 29 de diciembre al 9 de enero

Durante la mañana, y con el libro de Edgar Poe frente a mis ojos, releí atentamente el capítulo 25. Cuenta que, cuando los indígenas pretendieron perseguirlos, los dos fugitivos, acompañados por Nu-Nu, el salvaje, se encontraban ya a cinco o seis millas mar adentro, fuera de la bahía. De las seis o siete islas agrupadas al oeste, acabábamos de reconocer que no quedaban más que algunos vestigios, todos ellos bajo la forma de islotes.

Lo que más nos interesaba de aquel capítulo son estas líneas que quiero transcribir:

«Porque si bien al navegar hacia el sur con la Jane Guy habíamos comprobado que las grandes masas de hielo iban quedando atrás, lo que contradecía las teorías más aceptadas al respecto, nuestra experiencia afirmaba que intentar retroceder hacia el norte sería una locura, sobre todo teniendo en cuenta la inminencia del invierno. Sólo un camino nos ofrecía alguna esperanza. Decidimos entonces poner rumbo al sur, donde presentíamos nuevas tierras y quizá un clima más moderado».

Aquel era, pues, el razonamiento de Arthur Pym, y aquel debería ser el nuestro a *fortiori*. Pues bien, fue el 29 de febrero —el año 1828 fue bisiesto— cuando los fugitivos se encontraron sobre aquel océano inmenso y desierto, más allá del paralelo 84. Nosotros nos encontrábamos, tan sólo, a 29 de diciembre. Por tanto, la *Halbrane* tenía una ventaja de dos meses con respecto a la embarcación que huía de la isla Tsalal, y que se encontraba ya amenazada por la proximidad de un largo invierno polar. Por otra parte, nuestra goleta estaba bien abastecida, bien capitaneada y bien equipada, por lo que inspiraba más confianza que aquella embarcación de Arthur Pym, aquella canoa con un armazón de mimbre, de una cincuentena de pies de eslora por cuatro a seis de manga, y que no

contaba con otra cosa nada más que con tres tortugas para alimentar a tres hombres.

Tenía, por tanto, esperanzas de que aquella segunda parte de nuestra campaña, finalizase con éxito.

Durante la mañana, los últimos islotes del archipiélago desaparecieron tras el horizonte. La mar se nos ofrecía tal y como la encontramos desde el momento en que pasamos el islote de Bennet, sin un solo trozo de hielo y aquello se explicaba por el hecho de que la temperatura del agua marcaba 43° F (6,11° centígrados). La corriente, muy fuerte —de cuatro a cinco nudos—, se propagaba de norte a sur con una constante regularidad.

Bandadas de pájaros surcaban el espacio —se trataba, invariablemente, de las mismas especies de siempre, alciones, pelícanos, petreles y albatros—. Sin embargo, debo confesar que estos últimos no poseían las dimensiones gigantescas que señaló Arthur Pym en su diario, y ninguno de ellos lanzaba aquel sempiterno *tekeli-li*, que parecía ser, además, la palabra más utilizada de la lengua *tsalaliana*.



Durante los dos días siguientes no ocurrió ningún incidente digno de relatarse. No se avistó tierra ni apariencia de tierra. Los hombres de guardia pescaron, con éxito, en medio de aguas en las que abundaban los escaros, las merluzas, las rayas, los congrios, delfines de color azulado y otras clases de peces. Los talentos

combinados de Hurliguerly y Endicott variaron agradablemente el menú de la cámara y del sollado de la tripulación, y creo que convendría felicitar a partes iguales a ambos amigos por aquella colaboración culinaria.

Al día siguiente, el 1 de enero de 1840 —de nuevo un año bisiesto—, una ligera neblina nubló el sol durante las primeras horas, y no llegamos a la conclusión de que se tratase del anuncio de un próximo cambio atmosférico.

Hacia cuatro meses y diecisiete días que partí de las Kerguelen, y dos meses y cinco días que la *Halbrane* zarpó de las Malvinas.

¿Cuánto duraría aquella travesía...? Realmente, aquello no era lo que me preocupaba, sino, más bien, saber dónde iba a llevarnos a través de los parajes antárticos.

Debo reconocer aquí que empezaron a manifestarse ciertas modificaciones en el comportamiento del mestizo para conmigo, pese a que no le ocurriese lo mismo respecto al capitán Len Guy y los hombres de la tripulación. Habiendo comprendido, sin duda, que me preocupaba lo que hubiese podido ocurrirle a Arthur Pym, me buscaba y, por emplear una expresión vulgar, «nos entendíamos» sin que fuese necesario decirnos ni una sola palabra. No obstante, en ocasiones abandonaba conmigo su mutismo habitual. Cuando el servicio no lo reclamaba, se deslizaba hacia el banco en el que me encontraba sentado, tras la camareta alta. En tres o cuatro ocasiones, se llevaron a cabo algunas tentativas de conversación entre nosotros. Pero, cuando el capitán Len Guy, el segundo o el *bosseman* se acercaban, él se alejaba.

Aquel día, hacia las diez, como Jem West se encontraba de guardia y el capitán Len Guy estaba encerrado en su camarote, el mestizo recorrió la crujía, muy despacio, con la clara intención de conversar conmigo, y no me costaba mucho trabajo adivinar sobre qué tema.

Cuando estuvo cerca del banco, le hablé.

—Dígame, Dirk Peters —le dije, para abordar directamente el tema—, ¿quiere que hablemos de él...?

Las pupilas del mestizo resplandecieron como una brasa sobre la que se acabase de soplar.

—¡Él...! —murmuró.

—¡Usted sigue siendo fiel a su recuerdo, Dirk Peters!

—¿Cómo olvidarlo..., señor? ¡Nunca!

—Sigue allí..., delante de usted...

—¡Siempre...! ¡Compréndame...! ¡Hemos corrido tantos peligros juntos...! Eso vuelve a los hombres como hermanos... ¡No...! ¡Como padre e hijo...! ¡Sí...! ¡Lo quiero como a un hijo! Después de haber llegado los dos tan lejos..., demasiado lejos..., él..., puesto que no volvió... A mí sí se me volvió a ver en América..., pero a Pym..., al pobre Pym..., ¡todavía está allí...!

Los ojos del mestizo se humedecieron de gruesas lágrimas... Y ¿cómo era posible que no se evaporaran a causa de la ardiente llama que salía de sus ojos...?

—Dígame, Dirk Peters —le pregunté—, ¿no tiene ninguna idea del rumbo que tanto usted como Arthur Pym siguieron a bordo de la canoa desde su partida de la isla Tsalal...?

—¡Ninguna, señor...! El pobre Pym no tenía instrumentos..., ¿sabe usted...? Máquinas náuticas..., para mirar al sol... No podíamos saberlo... De todas formas, durante aquellos ocho días la corriente nos empujó hacia el sur... y el viento también... Buen viento y buena mar... Con los dos remos plantados sobre la regala haciendo de mástil... y nuestras camisas como si fuesen velas...

—Sí —le respondí—, camisas de tela blanca, cuyo color aterrorizaba a Nu-Nu, su prisionero...

—Tal vez... Yo no me daba mucha cuenta de todo eso... Pero ¡si Pym lo ha dicho, hay que creer a Pym!

Ya sabía que algunos de los fenómenos descritos en el diario llevado a los Estados Unidos por el mestizo no parecían haber llamado su atención. Por eso me aferraba a la idea de que aquellos fenómenos no deberían de haber existido más que en aquella imaginación sobreexcitada. Sin embargo, quise interrogar más a fondo a Dirk Peters sobre el tema.

—Y durante esos ocho días, ¿pudieron proveer a su sustento...?

—Sí..., señor..., y los demás días también..., al nuestro y al del salvaje..., ¿sabe usted...? Las tres tortugas que se encontraban a bordo... Esos animales contienen una provisión de agua potable... y su carne es muy buena..., incluso cruda... ¡Oh! ¡La carne cruda..., señor...!

Al pronunciar aquellas últimas palabras, Dirk Peters bajó la voz como si temiese que alguien le escuchase, y lanzó una rápida

mirada a su alrededor...

¡Así es que aquella alma cándida seguía estremeciéndose ante el recuerdo imperecedero de las escenas del *Grampus*...! ¡No sabría cómo explicar la expresión de terror del mestizo cuando habló de la carne cruda...! ¡Y no era la expresión de un caníbal de Australia o de las Nuevas Hébridas, sino la de un hombre que siente un insoportable horror de sí mismo!

Después de un largo silencio, llevé la conversación hacia su objetivo.

—Dígame, Dirk Peters —le pregunté—, ¿no fue el uno de marzo cuando, de acuerdo con el relato de su compañero, vieron por vez primera la larga cortina de un vapor gris, estriado de rayas luminosas y vacilantes...?

—¡No lo sé..., señor! ¡Pero si Pym lo ha dicho, hay que creer al pobre Pym!

—¿Nunca le habló de rayos de fuego que caían del cielo...? —proseguí, no deseando emplear palabras como «aurora polar», que el mestizo tal vez no hubiese comprendido.

Volvía así a la hipótesis de que aquellos fenómenos podían haberse debido a la intensidad de los efluvios eléctricos, tan potentes por aquellas latitudes, pero, claro está, siempre y cuando admitiésemos que se habían producido realmente.

—Nunca..., señor —dijo Dirk Peters, después de haberlo reflexionado antes de responder a mi pregunta.

—¿Y usted no notó tampoco que el color de la mar se alteraba..., que perdía su transparencia... que se volvía blanca..., que se parecía a la leche..., que su superficie se agitaba en torno a la canoa...?

—Si ocurría eso..., señor..., no lo sé... Compréndame... Yo no tenía idea de las cosas... La canoa se iba..., se iba..., y mi cabeza con ella...

—Dígame, Dirk Peters, ¿y aquellos polvos tan finos que caían..., finos como la ceniza..., como ceniza blanca...?

—No me acuerdo...

—¿No era nieve...?

—¿Nieve...? Sí... ¡No...! Hacía calor... ¿Qué ha dicho Pym...? ¡Hay que creer lo que dijo Pym!

Comprendí que por lo que se refería a los temas inverosímiles,

no obtendría explicación alguna si continuaba interrogando al mestizo. Incluso suponiendo que hubiese podido observar las cosas sobrenaturales narradas en los últimos capítulos del relato, no se acordaba de ellas:

Y entonces me dijo a media voz:

—Pero Pym le dirá todo eso..., señor... Él lo sabe... Yo no lo sé... Él lo ha visto... y usted lo creerá...

—Lo creeré, Dirk Peters..., sí..., lo creeré —le respondí, puesto que no quería entristecer al mestizo.

—Porque iremos en su busca, ¿verdad?

—Eso espero...

—¿Después de que hayamos encontrado a William Guy y los marineros de la *Jane*...?

—Sí..., después...

—¿E incluso si no los encontramos...?

—Incluso..., en ese caso..., Dirk Peters... Creo que convenceré a nuestro capitán...

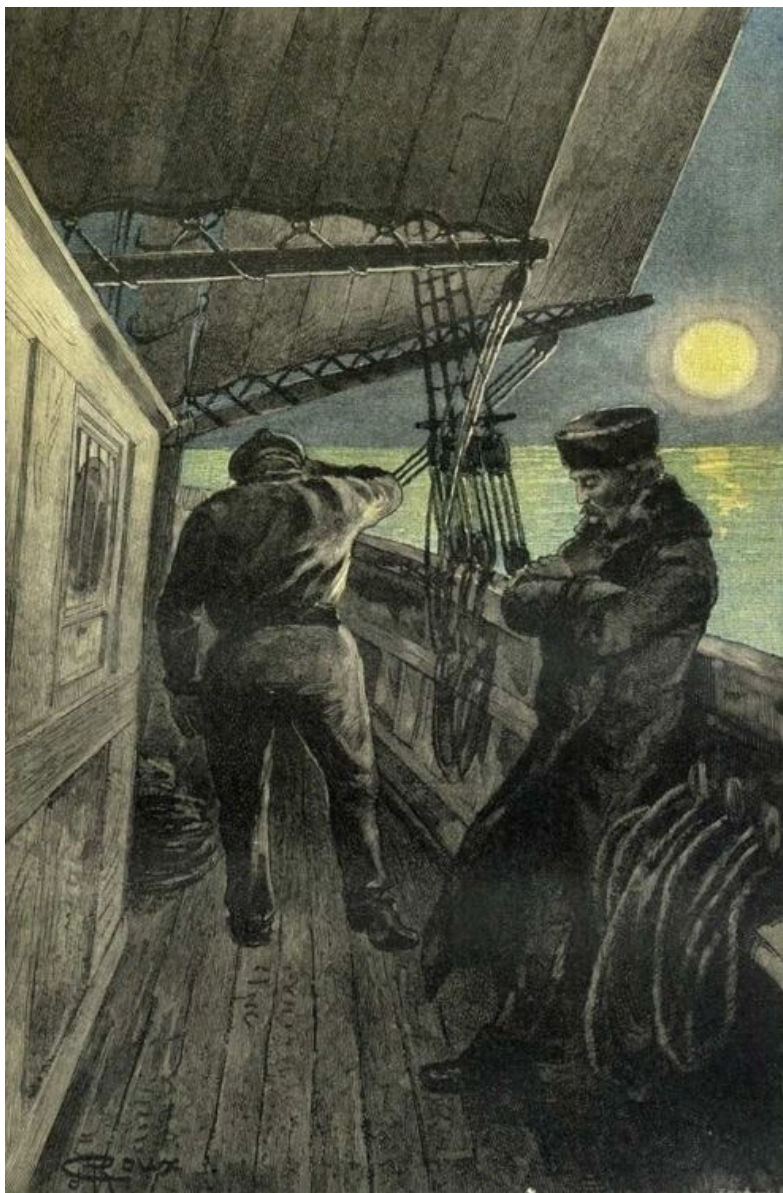
—Que no se negará a socorrer a un hombre..., un hombre como él...

—No... ¡No se negará...! Y, realmente —añadí—, si William Guy y los suyos están vivos, podemos admitir que Arthur Pym...

—Vivo..., ¡sí...!, ¡vivo...! —exclamó el mestizo—. ¡Por el Gran Espíritu de mis antepasados..., lo está...! Me espera... ¡mi pobre Pym...! ¡Cuánta no será su alegría cuando se lance en los brazos de su viejo Dirk, y la mía misma..., cuando lo sienta aquí..., aquí...!

Y el amplio torso de Dirk Peters se elevaba como una mar agitada...

Después se fue, dejándome presa de una inexplicable emoción, ¡hasta tal punto sentía cuánta ternura había en el corazón de aquel ser semisalvaje hacia su desdichado compañero..., hacia aquel al que llamaba su hijo...!



La goleta no dejó de navegar hacia el sur durante los días 2, 3 y 4 de enero, sin avistar tierra alguna. Siempre, en el horizonte, tan sólo se veía la línea perimétrica que se dibujaba sobre el fondo de la mar y del cielo. El vigía no señaló ni continente ni islas en aquella parte de la Antártida. ¿Deberíamos, por tanto, dudar de las

afirmaciones de Dirk Peters respecto a las tierras entrevistadas...? ¡Las ilusiones ópticas son tan frecuentes en las regiones hiperaustralianas...!

—Es cierto —señalé al capitán Len Guy—, que desde que salió de Tsalal, Arthur Pym no poseía ningún instrumento para tomar la altura...

—Lo sé, señor Jeorling, y es muy posible que esa tierra se encuentre al este o al oeste de nuestra ruta. Lo que hay que echar de menos es que ni Arthur Pym ni Dirk Peters no hayan desembarcado. Así, no nos cabría duda alguna sobre su problemática existencia, y acabaríamos por descubrirla...

—La descubriremos, capitán, si remontamos unos cuantos grados al sur...

—Sea, pero me pregunto, señor Jeorling, si no sería mucho mejor explorar estos parajes comprendidos entre los meridianos 40 y 45.

—Tenemos el tiempo contado —le respondí demasiado vivamente— y no sería más que tiempo perdido, puesto que todavía no hemos alcanzado la latitud en la que los fugitivos se vieron separados el uno del otro...

—Y, dígame, ¿cuál es esa latitud, señor Jeorling...? En el relato no existe ninguna indicación al respecto y eso por la única razón de que le era imposible calcularla...

—Eso es cierto, capitán, como también es cierto que la embarcación de Tsalal, si nos atenemos a lo que se dice en el último capítulo, debió de haberse visto arrastrada muy lejos.

Y, en efecto, aquel capítulo contenía las siguientes líneas: «Durante siete u ocho días navegamos hacia el sur con buen viento de popa y una corriente cada vez más fuerte que nos desplazaba en la dirección prevista».

El capitán Len Guy conocía aquel pasaje, pues lo leyó varias veces. Añadí:

—Allí se dice «navegamos con buen viento y una corriente cada vez más fuerte», y tan sólo hasta el uno de marzo. Pero el viaje se prolongó hasta el veintidós del mismo mes y, tal y como Arthur Pym lo indica más adelante, su canoa seguía precipitándose hacia el sur, «con una enorme velocidad»; ésas son sus mismas palabras. De todo ello, lo repito, tan sólo se puede concluir que...

—¿Qué llegó hasta el polo, señor Jeorling...?

—¿Por qué no, puesto que desde la isla Tsalal tan sólo le quedaban cuatrocientas millas...?

—Después de todo, ¡qué más da! —respondió el capitán Len Guy—. No es para ir en busca de Arthur Pym para lo que la *Halbrane* llegó hasta aquí, sino para ir en la de mi hermano y sus compañeros. Habrán podido desembarcar en estas tierras entrevistas, eso es todo lo que se trata de saber.

Sobre aquel punto concreto el capitán Len Guy tenía razón. Era por eso por lo que continuamente me temía que pudiera dar la orden de poner rumbo al este o al oeste. Sin embargo, y puesto que el mestizo afirmaba que su embarcación se había dirigido hacia el sur, que las tierras de las que hablaba se encontraban en aquella dirección, el rumbo de la goleta no se modificó. Lo que me habría desesperado es que no hubiese seguido manteniendo la misma ruta que Arthur Pym.

Por lo demás, tenía la convicción de que, si tales tierras existían, tendrían que encontrarse a mayores latitudes.

No está de más señalar que no se manifestó ningún fenómeno extraordinario a lo largo de aquella travesía entre el 5 y el 6 de enero. No nos encontramos con la barrera de vapores, como tampoco nada alteró las capas superiores de la mar. En cuanto al calor excesivo del agua, que lo estaba hasta tal punto que «la mano no podía soportarla», era una tremenda exageración. La temperatura no subía de los 50° F (10° centígrados), lo que ya era bastante anormal para aquella zona del Antártico. Y pese a que Dirk Peters no cesaba de repetirme: «¡hay que creer lo que ha dicho Pym!», mi lógica imponía una gran reserva a la posible aceptación de la realidad de todos aquellos hechos sobrenaturales. Así pues, no nos encontramos ni con una cortina de brumas, ni con la apariencia lechosa de las aguas, ni con la lluvia de polvo blanco.

Era, asimismo, por aquellos parajes por donde los dos fugitivos vieron uno de aquellos enormes animales blancos que tanto espanto causaban en los isleños de Tsalal. ¿En qué condiciones tales monstruos pasarían por delante de la embarcación...? Es lo que el relato se olvidaba de señalar. Además, la *Halbrane* no encontró sobre su ruta ni mamíferos marinos, ni pájaros gigantescos, ni los terribles carnívoros[103] de las regiones polares.

Añadiré que nadie a bordo sufrió aquella curiosa influencia de la que habla Arthur Pym, aquella laxitud del cuerpo y del espíritu, aquella indolencia repentina, que te dejaban incapaz de realizar el menor esfuerzo físico.

¿Será, tal vez, necesario explicar mediante este estado patológico y fisiológico que él haya creído ver tales fenómenos, a causa de una alteración de sus facultades mentales...?

Finalmente, el 7 de enero —según los cálculos de Dirk Peters, que no pudo realizarlos más que por el tiempo transcurrido— llegamos al lugar donde Nu-Nu, el salvaje, que se encontraba tendido sobre el fondo de la canoa, exhaló el último suspiro. Dos meses y medio más tarde, el 22 de marzo, se acabó el diario de aquel extraordinario viaje. Era entonces cuando flotaban aquellas espesas tinieblas, disminuidas por la claridad de las aguas que reflejaban la cortina de blancos vapores tendida sobre el cielo...

Pues bien, la *Halbrane* no fue testigo de ninguno de aquellos asombrosos prodigios, y el sol, inclinando su alargada espiral, seguía iluminando el horizonte.

Y era una suerte que el espacio no se encontrase sumergido en la oscuridad, puesto que nos hubiera resultado imposible tomar la altura.

Aquel día, el 9 de enero, una buena observación dio —la longitud seguía siendo la misma entre los meridianos 42 y 43—, dio, decía, 86° 33' de latitud.

Fue en aquel lugar, de acuerdo con los recuerdos del mestizo, donde se efectuó la separación de ambos fugitivos, después de que la canoa hubiese sido embestida por un témpano.

Pero se presentaba un problema. Puesto que aquel témpano que arrastró a Dirk Peters derivó hacia el norte, ¿sería que se vio sometido a la acción de una contracorriente...?

Sí, debía de tratarse de aquello, puesto que, desde hacía dos días, nuestra goleta ya no sentía la influencia de aquella corriente que la empujó desde que partimos de Tsalal. Pero ¿por qué asombrarse, cuando todo era tan variable en aquellos mares australes? Afortunadamente, la brisa del noreste persistía, y la *Halbrane*, con todas las velas desplegadas, continuaba elevándose hacia los parajes de las más altas latitudes, y ya se encontraba trece grados más allá de donde llegaron los navíos de Weddell, y dos

grados más allá de donde llegó la *Jane*. En cuanto a las tierras — islas o continente— que el capitán Len Guy buscaba por la superficie de aquella inmensa mar, no aparecían. Sentía cómo iba perdiendo, poco a poco, la confianza que le quedaba, muy quebrantada después de tantas pesquisas en vano...

En cuanto a mí, estaba obsesionado por el deseo de recoger tanto a Arthur Pym como a los supervivientes de la *Jane*. Pero ¿se podría creer que siguiese vivo? ¡Sí..., lo sé! Esa era la idea fija del mestizo, ¡que lo encontraría todavía vivo...! Y si nuestro capitán hubiese dado la orden de volver atrás, me pregunto hasta qué extremos hubiese podido llegar Dirk Peters... ¡Tal vez se hubiese lanzado a la mar antes que regresar hacia el norte...! Es por eso por lo que, cuando oía a la mayor parte de los marineros protestar por aquella travesía insensata, hablar de virar de bordo, siempre me temía que pudiese abandonarse a la violencia, contra Hearne sobre todo, puesto que era él quien excitaba a la insubordinación a sus camaradas de las Malvinas.

Sin embargo, convenía impedir que la indisciplina y el desánimo se introdujeran a bordo. Así es que aquel día, deseando levantarles la moral, el capitán Len Guy, atendiendo a una petición que le hice, reunió a la tripulación al pie del palo mayor y le habló en los siguientes términos:

—Marineros de la *Halbrane*, desde nuestra partida de la isla Tsalal la goleta ha avanzado dos grados hacia el sur, y os anuncio que, conforme al compromiso firmado por el señor Jeorling, habéis obtenido hasta el presente cuatro mil dólares —es decir, dos mil dólares por cada grado—, que os serán abonados al término del viaje.

Hubo algunos murmullos de satisfacción, pero no se escuchó ningún hurra, aparte de los que lanzaron el *bosseman* Hurliguerly y el maestro cocinero Endicott, que no encontraron eco alguno.

V. El bandazo

Incluso aunque los veteranos de la tripulación se hubiesen unido al *bosseman* y al maestro cocinero, al capitán Len Guy, a Jem West y a mí para continuar la campaña, si los nuevos se decidían a regresar, no hubiésemos podido forzarlos a seguirnos. Éramos catorce hombres —contando a Dirk Peters— contra diecinueve, cifra insuficiente a todas luces. Y, además, ¿hubiese sido prudente contar con todos los veteranos de la tripulación...? ¿No les espantaría la idea de navegar en medio de aquellas regiones que parecían encontrarse fuera de toda dimensión terrestre...? ¿Resistirían a las continuas provocaciones de Hearne y de sus camaradas...? ¿No se unirían a ellos para exigir el regreso hacia la banquisa...?

Y para acabar de decir todo lo que pensaba, ¿no se cansaría, incluso, el mismo capitán Len Guy de prolongar una campaña que no daba resultado alguno...? ¿No renunciaría muy pronto a la última esperanza de salvar en aquellos lejanos parajes a los marinos de la *Jane*...? Amenazado por la proximidad del invierno austral, por los fríos insostenibles y por las tempestades polares a las que no podría resistir la goleta, ¿no daría, finalmente, la orden de virar de bordo...? ¿Y qué peso tendrían, entonces, mis argumentos y mis ruegos cuando fuese el único en formularlos...?

¿El único...? ¡No...! Dirk Peters me sostendría... Pero a él y a mí, ¿quién nos escucharía...?

Sí, pese a que tendría el corazón desgarrado ante la idea de abandonar a su hermano y a sus compatriotas, el capitán Len Guy resistía todavía, me daba cuenta de que debería de encontrarse en los límites del desencanto. No obstante, la goleta no se desviaba de la línea recta que se impuso desde que zarpó de Tsalal. Parecía como si estuviese unida por un imán submarino a aquella longitud

de la *Jane* y, ¡quisiese el cielo que ni las corrientes ni los vientos la apartasen de ella! Hubiese sido necesario ceder ante las fuerzas de la naturaleza, mientras que se puede tratar de luchar contra las inquietudes nacidas del temor.

Debo mencionar, además, una circunstancia que favorecía nuestra marcha hacia el sur. Después de haberse debilitado durante unos cuantos días, la corriente se hacía sentir, de nuevo, una velocidad de tres o cuatro nudos. Evidentemente —así me lo hizo saber el capitán Len Guy—, pese a que de vez en cuando fuese desviada o contenida por contracorrientes muy difíciles de señalar con precisión sobre las cartas náuticas, era dominante en aquella mar. Por desgracia, lo que no podíamos determinar —y que, precisamente, era lo que más deseábamos de todo— era si la embarcación que llevó a William Guy y a los suyos mar adentro sufrió las influencias de la una o de las otras. No hay que olvidar que su acción sobre una canoa que, al igual que todas las de los isleños, se manejaba a remo y estaba desprovista de velamen debería ser más potente que la del viento[104].

Sea lo que fuere, y por lo que a nosotros respecta, aquellas dos fuerzas naturales se aunaban para empujar la *Halbrane* hacia los confines de la zona polar.

Así pasaron los días 10, 11 y 12 de enero. No hubo ninguna particularidad a señalar, salvo un cierto descenso en el estado termométrico. La temperatura del aire bajó a 48° F (8,89° centígrados), y la del agua, a 33° F (0,56° centígrados).

¡Qué diferencia con respecto a las cotas indicadas por Arthur Pym, para el que el calor era tal —si se le da crédito—, que la mano no podía soportarlo!

Nos encontrábamos, en definitiva, tan sólo en la segunda semana de enero. Tendrían que pasar dos meses antes de que el invierno hubiese puesto en marcha los icebergs, formando los *ice-fields* y los *drifts*, consolidado las enormes masas de la banquisa y solidificado las llanuras líquidas de la Antártida. En todo caso, lo que debería ser tenido por cierto era la existencia de una mar libre durante la época estival, y sobre un espacio comprendido entre los paralelos 82 y 87.

Aquella mar fue reconocida, hasta diferentes latitudes, por los navíos de Weddell[105], por la *Jane* y por la *Halbrane*, y, ¿por qué,

en este aspecto, la mar austral iba a ser menos privilegiada que los dominios boreales...?

El 13 de enero, el *bosseman* y yo tuvimos una conversación de tal naturaleza, que justificó mis temores sobre la mala disposición de nuestra tripulación.

Los hombres comían en el sollado, a excepción de Drap y Stern, que en aquel momento se encontraban de guardia a proa. La goleta surcaba las aguas impulsada por la brisa, y llevaba todo su velamen, el alto y el bajo, izado. Francis se encontraba al timón, y gobernaba a sur-sudeste, tratando de coger el mejor viento.

Yo me paseaba entre el palo del trinquete y el palo mayor, mirando hacia las bandadas de pájaros, que lanzaban gritos ensordecedores, y algunos de los cuales, petreles todos ellos, venían en ocasiones a posarse sobre las vergas. Nadie trataba de alcanzarlos ni de dispararlos. Hubiese sido una crueldad inútil, puesto que su carne, grasienta y correosa, no es comestible.

En aquel momento se me acercó Hurliguerly y, después de mirar hacia los pájaros, me dijo:

—Me he dado cuenta de una cosa, señor Jeorling...

—¿De qué, *bosseman*...?

—De que los pájaros ya no se dirigen hacia el sur tan directamente como lo han hecho hasta ahora... Algunos de ellos se disponen a ir hacia el norte.



—Ya me he dado cuenta, Hurliguerly.

—Y creo, señor Jeorling, que los que se encuentran allá abajo no tardarán en regresar.

—¿Y a qué se deberá, según usted...?

—Creo que sienten la proximidad del invierno...

—¿Del invierno...?

—Sin duda alguna.

—Eso no es posible, *bosseman*, el aumento de la temperatura es tal, que esos pájaros no pueden tratar de regresar tan prematuramente a las regiones menos frías.

—¡Oh...! ¿Prematuramente, señor Jeorling...?

—Vamos a ver, *bosseman*, ¿acaso no sabemos que los navegantes siempre han podido frecuentar los parajes antárticos hasta el mes de marzo...?

—¡Pero no por estas latitudes —respondió Hurliguerly—, no por estas latitudes! Además, al igual que hay veranos precoces, también puede haber inviernos precoces. Este año, la buena estación se ha adelantado dos meses, y es de temer que la mala se haga sentir antes de lo habitual.

—Es muy admisible —le respondí—. Pero, después de todo, qué importa, puesto que nuestra campaña se habrá terminado, con toda certeza, antes de tres semanas...

—Si no se presenta antes ningún obstáculo, señor Jeorling...

—¿Cuál...?

—Por ejemplo, un continente que se extendiese por el sur y nos cerrase la ruta...

—¿Un continente, Hurliguerly...?

—Sabe usted perfectamente, señor Jeorling, que no me sorprendería demasiado.

—Es que no tendría nada de asombroso —le respondí.

—En cuanto a las tierras entrevistas por Dirk Peters —prosiguió Hurliguerly—, y en las que los hombres de la *Jane* puedan haberse refugiado, no me creo que existan...

—¿Por qué...?

—Porque William Guy, que no debería disponer más que de una embarcación de escasas dimensiones, nunca habría podido llegar tan lejos por estos mares...

—Yo no me pronunciaría tan taxativamente, *bosseman*.

—No obstante, señor Jeorling...

—¿Y qué tendría de sorprendente —exclamé— que William Guy hubiese tocado tierra en cualquier parte gracias a la acción de las corrientes...? ¡Supongo que no seguirá encontrándose a bordo de su canoa desde hace ocho meses...! Tanto él como sus compañeros

habrán podido desembarcar, ya sea en un continente, ya en una isla, y ése es un motivo más que suficiente para no abandonar su búsqueda...

—Sin duda..., pero en la tripulación todos no comparten su opinión —respondió Hurliguerly, al tiempo que meneaba la cabeza.

—Lo sé, *bosseman*, y eso es lo que más me preocupa. ¿Acaso esas malas disposiciones van en aumento...?

—Me lo temo, señor Jeorling. La satisfacción de haber ganado varios centenares de dólares ya no es suficiente, y la perspectiva de ganar unos centenares más no impide que las recriminaciones... Sin embargo, ¡la prima es tentadora...! Desde la isla Tsalal al polo, admitiendo que podamos llegar hasta allí, hay seis grados... Y seis grados, a dos mil dólares cada uno, suman una docena de millares de dólares para repartir entre treinta hombres, es decir, ¡cuatrocientos dólares por cabeza...! ¡Un buen epílogo para metérselo en el bolsillo cuando la *Halbrane* haya regresado...! Pese a ello, ese maldito Hearne está trabajando tanto a sus camaradas, que los veo totalmente dispuestos a «soltar el timón y las amarras», como suele decirse...

—Por parte de los nuevos lo creo, *bosseman*... Pero por la de los veteranos...

—¡Hum...! Ya hay entre ellos tres o cuatro que empiezan a reflexionar... y no dejan de sentirse inquietos al ver cómo la travesía sigue prolongándose...

—Creo que el capitán Len Guy y su segundo sabrán hacerse obedecer...

—¡Habrà que verlo, señor Jeorling...! Pero ¿no podría ocurrir, incluso, que nuestro capitán se desanimase..., que lo arrastre su sentido de la responsabilidad... y que renuncie a continuar esta campaña...?

¡Sí! Eso era lo que más me temía y, en aquel caso, no habría remedio alguno.

—En cuanto a mi amigo Endicott, señor Jeorling, respondo de él como de mí mismo. Iremos hasta el fin del mundo —admitiendo que el mundo tenga un fin— si el capitán quiere ir. ¡Pero es cierto que nosotros dos, Dirk Peters y usted, somos muy pocos para imponer nuestra ley a los demás...!

—¿Y qué opinan del mestizo...? —pregunté.

—¡A fe mía que es, sobre todo, a él a quien los hombres parecen acusar de la prolongación del viaje...! No cabe duda, señor Jeorling, que si bien usted también es responsable, al menos en una buena parte, permítame que le diga una cosa..., usted paga y paga bien..., mientras que ese cabezota de Dirk Peters se emperrea en sostener que su pobre Pym continúa vivo..., cuando hace once años que se ha ahogado, congelado o, tal vez, destrozado, en fin, muerto de una u otra forma, ¡qué más da...!

Aquella era, también, mi opinión, razón por la que nunca discutía con el mestizo sobre aquel tema.

—Sabe usted, señor Jeorling —prosiguió el *bosseman*—, que al principio de la travesía Dirk Peters despertaba cierta curiosidad. Después, cuando salvó a Martin Holt, fue el interés... Es cierto que no se volvió más comunicativo ni más hablador que antes, ¡y el oso siguió sin salir de su agujero...! Pero, en la actualidad, se sabe quién es... y, ¡a fe mía, que esto no lo ha hecho más simpático...! En todo caso, ha sido él, al hablar de un yacimiento de tierras al sur de la isla de Tsalal, quien convenció a nuestro capitán para que la goleta siguiese avanzando en esa dirección y si actualmente ha rebasado el paralelo 86 es a él, tan sólo, a quien se lo debemos...

—Estoy de acuerdo, *bosseman*.

—Así es que, señor Jeorling, tengo miedo de que alguien trate de jugarle una mala pasada...

—¡Dirk Peters se defendería, y compadezco al que se atravesase a tocarle un solo pelo!

—De acuerdo, señor Jeorling, de acuerdo, ¡claro que no le agradaría nada caer entre esas manos, que serían capaces de doblar cualquier placa de hierro! Sin embargo, atacándolo entre todos, lograrían atarlo fuertemente, me imagino, y podrían encerrarlo en el fondo de la cala...

—En fin, espero que todavía no hayamos llegado a esos extremos y cuento con usted, Hurliguerly, para que se anticipe a cualquier tentativa de ataque contra Dirk Peters... Convenza a sus hombres... Hágales comprender que tenemos tiempo suficiente para regresar a las Malvinas antes de que se acabe la buena estación... No debemos esperar a que sus recriminaciones proporcionen un pretexto a nuestro capitán para virar de bordo sin que hayamos conseguido nuestro objetivo...

—¡Cuenta conmigo, señor Jeorling...! ¡Le serviré a usted... Me arriesgaré...!

—¡Y usted no tendrá de qué arrepentirse, Hurliguerly! ¡No hay nada más fácil que añadir un cero más a los cuatrocientos dólares que recibirá cada hombre por cada grado franqueado, y si este hombre es más que un simple marinero..., aunque tan sólo desempeñe las funciones de *bosseman* a bordo de la Jane...! [106]

Aquello era atacar a aquel ser estrafalario por su lado más sensible, y estaba seguro de poder contar con su ayuda. ¡Sí! Haría todo lo que estuviese en su mano por hacer fracasar las maquinaciones de los unos, remontar la moral de los otros y proteger a Dirk Peters. ¿Conseguiría impedir que estallase una rebelión a bordo...?

No ocurrió nada importante durante los días 13 y 14. Sin embargo, se produjo un nuevo descenso de la temperatura. Fue eso lo que me hizo ver el capitán Len Guy, al mostrarme las bandadas de pájaros que no cesaban de dirigirse hacia el norte.

Mientras me hablaba, me estaba dando cuenta de que sus últimas esperanzas no tardarían en apagarse. Y ¿cómo iba a sorprenderme? De las tierras indicadas por el mestizo no se veía nada, y ya nos encontrábamos a más de ciento ochenta millas de la isla Tsalal. Por todos los cuartos del compás, no era más que la mar —y nada más que la mar, con su horizonte desierto, al que el disco solar se aproximaba cada vez más desde el 21 de diciembre, y que rozaría el 21 de marzo, para después desaparecer durante los seis meses de la noche austral...— lo que podíamos ver... Tan sólo con un exceso de buena voluntad podría llegar a admitirse que William Guy y sus cinco compañeros hubiesen podido cruzar tales distancias a bordo de una débil embarcación, por lo que únicamente podríamos contar con una posibilidad entre cien de encontrarlos...

El 15 de enero una observación muy exacta nos dio 43° 13' de longitud y 88° 17' de latitud. La *Halbrane* se encontraba, por tanto, a menos de dos grados del polo, a menos de ciento veinte millas marinas.

El capitán Len Guy no trató de ocultar el resultado de aquella observación, y los marineros estaban lo suficientemente familiarizados con los cálculos de navegación como para entenderla. Además, si de lo que se trataba era de explicarles las

consecuencias, ¿no estaban entre ellos los maestros Martin Holt y Hardie...? Y, por otro lado, ¿no estaba allí Hearne para exagerarlas hasta el absurdo...?

Así fue como, por la tarde, no me cupo duda alguna de que el *sealing-master* había maniobrado para excitar los ánimos. Los hombres, agazapados junto al palo del trinquete, hablaban en voz baja al tiempo que nos dirigían unas miradas muy duras. Se formaban conciliábulos.

Dos o tres marineros, vueltos hacia proa, no trataban de ocultar sus gestos amenazadores. Finalmente, aquello acabó con unos murmullos tan violentos, que Jem West no pudo dejar de oírlos.

—¡Silencio! —gritó.

Luego avanzó hacia ellos.

—¡El primero que abra la boca —dijo con voz dura— tendrá que vérselas conmigo!

En cuanto al capitán Len Guy, estaba encerrado en su camarote. Pero a cada instante me esperaba que saliese de allí y, después de haber echado una última mirada a la mar, diese la orden de virar de bordo...

Sin embargo, al día siguiente la goleta seguía todavía navegando con el mismo rumbo. El timonel continuaba manteniendo rumbo al sur. Por desgracia —circunstancia bastante grave—, algunas brumas empezaron a mostrarse por el horizonte.

Confieso que me encontraba muy inquieto. Mis temores iban creciendo.

Estaba bien claro que el segundo tan sólo esperaba la orden para cambiar de rumbo. Pese a la pena mortal que el capitán Len Guy debería estar sintiendo, comprendí que no iba a tardar en darla.

Hacía varios días que no veía al mestizo o, al menos, que no intercambiaba ni una sola palabra con él. Resultaba evidente que lo habían puesto en cuarentena y, nada más aparecer en cubierta, se apartaban de él. Si iba a acodarse sobre la borda de babor, los hombres se cambiaban inmediatamente a la de estribor. Tan sólo el *bosseman*, afectando no alejarse, le dirigía la palabra. Aunque también es cierto que sus preguntas nunca obtenían respuesta alguna.

Debo decir, además, que Dirk Peters no se preocupaba, en absoluto, por aquel estado de cosas. Absorbido por sus

obsesionantes pensamientos, tal vez ni se daba cuenta de lo que ocurría. Lo repito, si hubiese escuchado la voz de Jem West ordenando «rumbo al norte», ¡no sé hasta qué grado de violencia hubiese sido capaz de llegar...!

Y puesto que él parecía pretender rehuirme, me preguntaba si no se debía a un cierto sentimiento de reserva, y «para no comprometerme más todavía».

Sin embargo, el 17 por la tarde, el mestizo manifestó la intención de hablarme y, nunca..., ¡no!, nunca hubiese podido imaginarme lo que iba a decirme en aquella entrevista...

Eran, poco más o menos, las dos y media...

Me encontraba un poco cansado e incómodo, así es que acabé por regresar a mi camarote, cuya claraboya lateral se encontraba abierta, mientras que la de popa estaba cerrada.

Sonaron unos ligeros golpes sobre mi puerta, que se abría sobre la cámara de la camareta alta.

—¿Quién es...? —pregunté.

—Dirk Peters.

—¿Quiere hablarme...?

—Sí.

—Ahora mismo salgo...

—Si no le importa..., preferiría..., ¿puedo entrar en su camarote...?

—Entre.

El mestizo empujó la puerta y volvió a cerrarla.

Sin levantarme de mi litera, sobre la que me encontraba tendido, le hice un signo de que se sentara en la butaca.

Dirk Peters continuó de pie.



No parecía tener mucha prisa en hablarme, puesto que se encontraba azarado, como de costumbre.

—¿Qué desea, Dirk Peters...? —le pregunté.

—Decirle una cosa..., compréndame..., señor..., porque me parece que debe usted saber..., ¡y usted será el único en saberlo...!

Que la tripulación... nunca pueda llegar ni a sospecharlo...

—Si se trata de algo grave y teme usted cualquier indiscreción, Dirk Peters, ¿por qué quiere hablarme...?

—¡Sí..., es necesario..., sí...! ¡Es necesario...! ¡No puedo seguir guardándolo...! ¡Me agobia..., aquí..., aquí..., como si fuese una roca...!

Y Dirk Peters se golpeaba violentamente el pecho.

Después prosiguió.

—Sí..., siempre he tenido miedo de que pudiese escapárseme durante el sueño..., y que alguien lo escuchase..., porque sueño con eso... y, cuando sueño...

—Sueña usted —le respondí—, pero ¿con qué...?

—Con él..., con él... También... es por eso por lo que duermo sólo..., por los rincones..., porque tengo miedo de que se sepa su verdadero nombre...

Tuve entonces el presentimiento de que el mestizo iba a responder a una pregunta que todavía no le había hecho, pregunta relativa a un punto que seguía estando poco claro en mi mente, y que era la de saber por qué abandonó Illinois y se fue a vivir a las Malvinas bajo el falso nombre de Hunt.

Cuando le hice aquella pregunta, respondió:

—No es por eso... —me dijo—, no es por eso por lo que quiero... —Insisto, Dirk Peters, y quiero saber, primero, por qué razón no siguió usted en América, por qué razón escogió usted las Malvinas...

—¿Por qué razón..., señor...? Porque quería estar más cerca de Pym..., de mi pobre Pym..., porque esperaba encontrar en las Malvinas la ocasión de embarcarme a bordo de un ballenero con destino a los mares australes...

—Pero ¿y el nombre de Hunt...?

—No quería llevar el mío..., ¡no! ¡No lo quería más..., a causa de lo que ocurrió en el *Grampus*...!

El mestizo acababa de aludir a aquella escena en la que echaron a pajas, a bordo del *brick* americano, cuando se sorteó entre Augustus Barnard, Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Parker cuál de los cuatro debería ser sacrificado... y que serviría de alimento a los otros tres... Me acordaba de la obstinada resistencia de Arthur Pym y de cómo se vio obligado a no oponerse a participar

en «la tremenda escena que siguió» —tal es su propia frase—, y en el horrible acto cuyo cruel «recuerdo angustiará todos los momentos de mi vida».

¡Sí! Echar a pajas, pequeñas astillas, esquivarlas de diferentes tamaños que Arthur Pym sostenía en su mano..., la más corta de todas señalaría al que debería ser inmolado... Y él nos habla de aquella especie de ferocidad involuntaria que sintió de engañar a sus compañeros, de «hacer trampas», tales son las palabras que emplea... Pero no las hizo, y pide perdón por habérsele ocurrido aquella idea... ¡Realmente, habría que encontrarse en una situación semejante a la suya para comprenderlo!

Después se decidió, y extendió su mano cerrada sobre las astillas.

Dirk Peters tiró el primero... La suerte le favoreció... Ya no tenía nada que temer.

Arthur Pym calcula que ya existe una nueva posibilidad contra él.

Augustus Barnard tiró a su vez... ¡También se salvó!

Y ahora Arthur Pym estaba calculando las posibilidades que le quedaban, que eran las mismas para Parker que para él...

En aquel momento toda la fiereza salvaje del tigre se posesionó de su alma... Sintió hacia su pobre camarada, hacia su semejante, el odio más intenso y más diabólico...

Pasaron cinco minutos antes de que Parker se atreviese a tirar a su vez... Finalmente, Arthur Pym, con los ojos cerrados, sin saber si la suerte habría jugado en su contra o a su favor, sintió que una mano cogía la suya...

Era la mano de Dirk Peters... Arthur Pym acababa de escapar a la muerte...

Y entonces el mestizo se precipitó sobre Parker, que fue abatido de una puñalada en la espalda. Después vino la horrible comida —inmediatamente—, ¡«pero las palabras carecen de fuerza para que la mente acepte el honor de su realidad»!

¡Sí...! Ya conocía aquella terrible historia —en absoluto imaginaria, como creí durante tanto tiempo—. Aquello era lo que ocurrió a bordo del *Grampus* el 16 de julio de 1827, y en vano intentaba comprender por qué Dirk Peters acababa de recordármela.

No tardaría en saberlo.

—Pues bien, Dirk Peters —le dije—, puesto que usted quería ocultar su nombre, me gustaría saber por qué lo reveló cuando la *Halbrane* estaba fondeada en la isla Tsalal... ¿Por qué no siguió conservando el nombre de Hunt...?

—Señor, compréndame..., dudaban en seguir adelante..., querían regresar... Estaba decidido... y, entonces, pensé..., ¡sí...!, que si decía quién era..., Dirk Peters..., el maestro cordelero del *Grampus*..., el compañero del pobre Pym..., se me escucharía..., se creería, al igual que yo lo creo, que todavía está vivo..., se iría en su busca... Y, sin embargo..., era grave..., puesto que si confesaba que era Dirk Peters..., el que mató a Parker... ¡Pero el hambre..., el hambre devoradora...!

—Veamos, Dirk Peters —proseguí—, usted exagera..., si la paja le hubiese señalado a usted, hubiese sido usted quien habría corrido la suerte de Parker... Nadie puede acusarle de criminal...

—Señor, compréndame..., dudaban en seguir adelante... querían como usted lo hace...

—¿Su familia...? Entonces, ¿tenía familia...?

—Sí..., y es por eso por lo que..., en el relato..., Pym cambió aquel nombre... Parker no se llamaba Parker... Se llamaba...

—Arthur Pym tenía razón —le respondí— y, por lo que a mí se refiere, no quiero saber el auténtico nombre de Parker... Guarde usted el secreto...

—No..., se lo diré... Me pesa demasiado... y eso me tranquilizará, probablemente..., cuando se lo haya dicho..., señor Jeorling...

—¡No..., Dirk Peters..., no...!

—Se llamaba Holt... Ned Holt[107]...

—Holt... —exclamé—. Holt..., igual que nuestro maestro velero...

—Que es su propio hermano, señor...

—Martin Holt..., ¿el hermano de Ned...?

—Sí... Compréndame..., su hermano...

—Pero él cree que Ned Holt pereció, como los otros, en el naufragio del *Grampus*...

—No es así..., y si llegase a saber que he...

En aquel instante una violenta sacudida me lanzó fuera de mi

litera.

La goleta acaba de dar tal bandazo sobre estribor, que estuvo a punto de zozobrar.

Escuché una voz irritada, que gritaba:

—¿Quién es el perro que está al timón...?

Era la voz de Jem West, y a quien llamaba de tal manera era a Hearne. Me precipité fuera del camarote.

—¿Has dejado el timón...? —repetía Jem West, que tenía cogido a Hearne por el cuello de la marinera.

—Teniente..., no sé...

—¡Sí..., te digo...! ¡Tan sólo es posible si lo has abandonado y, un poco más, y la goleta zozobra!

Resulta evidente que Hearne —por uno u otro motivo— abandonó el timón algunos instantes.

—Gratian —gritó Jem West, llamando a uno de los marineros—, coge el timón, y tú, Hearne, al fondo de la cala...

De pronto pudo oírse el grito de «tierra a la vista», y todas las miradas se dirigieron hacia el sur.

VI. ¿Tierra...?

Tal es la única palabra que encabeza el capítulo 17 del libro de Edgar Poe. He creído acertado —poniéndola entre interrogaciones — que encabezara el capítulo VI de la segunda parte de mi relato [108].

Aquella palabra, pronunciada desde lo alto de nuestro palo de trinquete, ¿qué designaba, una isla o un continente...? Y, continente o isla, ¿no sería una decepción lo que allí estuviese esperándonos...? ¿Se encontrarían allí aquellos que fuimos a buscar a tales latitudes...? ¿Habría puesto Arthur Pym —muerto, sin duda alguna, pese a las afirmaciones de Dirk Peters— alguna vez el pie sobre aquella tierra...?

Cuando, el 17 de enero de 1828 —jornada llena de incidentes, según el diario de Arthur Pym—, aquel grito sonó a bordo de la *Jane*, fue en los siguientes términos:

«¡Tierra por la serviola de estribor!».

Lo mismo podría haberse oído a bordo de la *Halbrane*.

Y, en efecto, era por aquella misma banda por donde se dibujaban algunos contornos, ligeramente acusados, por encima de la línea del cielo y la mar.

También era cierto que aquella tierra, que así fue anunciada a los marinos de la *Jane*, no era otra que el islote Bennet, árido, desierto, tras el que se encuentra, a poco menos de un grado más al sur, la isla Tsalal, por entonces fértil, habitable, habitada, y sobre la que el capitán Len Guy esperó encontrar a sus compatriotas. Pero ¿qué resultaría para nuestra goleta aquella otra tierra desconocida, que se encontraba todavía cinco grados más allá, en las profundidades de la mar austral...? ¿Sería aquella la meta tan deseada, tan obstinadamente buscada...? ¿Sería allí donde los dos hermanos, William y Len Guy, caerían el uno en brazos del otro...?

¿Se encontraría la *Halbrane* a punto de finalizar un viaje cuyo éxito estaría definitivamente asegurado con la repatriación de los supervivientes de la *Jane*...?

Lo repito: a mí me ocurría lo mismo que al mestizo. Nuestra meta no era, tan sólo, aquella meta —ni aquel éxito nuestro éxito—. No obstante, y puesto que se avistó una tierra, lo primero a hacer sería acercarse a ella... Después, ya veríamos.

Lo que debo señalar, ante todo, es que aquel grito produjo un efecto inmediato. Ya ni me acordaba de la confidencia que Dirk Peters acababa de hacerme y, tal vez, el mestizo también la olvidó, puesto que se lanzó hacia proa, y su mirada no se separó del horizonte.

En cuanto a Jem West, a quien nada podía distraer de sus obligaciones, repitió sus órdenes. Gratian se puso al timón, y Hearne fue encerrado en la cala.

Justo castigo, en definitiva, y contra el que nadie hubiera debido protestar, ya que la distracción o la torpeza de Hearne comprometieron la goleta durante unos instantes.

Sin embargo, cinco o seis marineros de las Malvinas dejaron escapar unos murmullos.

Un gesto del segundo los acalló, y regresaron inmediatamente a sus puestos.



No hay ni que decir que, al grito del vigía, el capitán Len Guy se precipitó fuera de su camarote, y que, con una mirada ansiosa, observó aquella tierra, que todavía se encontraba a unas diez o doce millas de distancia.

Ya ni me acordaba —lo he dicho— del secreto que acababa de

confiarme Dirk Peters. Además, mientras que aquel secreto quedase entre nosotros dos —y ni él ni yo lo traicionaríamos—, no habría nada que temer. Pero si un desgraciado azar hacía que Martin Holt supiese que el nombre de su hermano fue sustituido por el de Parker..., que aquel desdichado no pereció en el naufragio del *Grampus*..., que, marcado por la suerte, fue sacrificado para impedir que sus compañeros sucumbieran de hambre..., que Dirk Peters, a quien él mismo, Martin Holt, le debía la vida, fue quien lo mató con su propia mano... Era aquella, por tanto, la razón por la que el mestizo rechazaba obstinadamente las muestras de agradecimiento de Martin Holt..., por la que rehuía a Martin Holt..., el hermano del hombre que sirvió para saciar su hambre...

El *bosseman* acababa de anunciar las tres. La goleta avanzaba con la prudencia que exigía la navegación por aquellos parajes desconocidos. Tal vez se encontraría con bajíos o arrecifes a flor de agua, sobre los que se correría el riesgo de encallar o destrozarse. Encallar en las condiciones en que se encontraba la *Halbrane*, incluso admitiendo que pudiese ser vuelta a poner a flote, hubiese imposibilitado el regreso antes de la llegada del invierno. Nos eran necesarias todas las probabilidades a favor, ninguna en contra.

Jem West dio la orden de disminuir el velamen. Después de que el *bosseman* hiciese recoger el juanete, la gavia y la espiga, la *Halbrane* siguió navegando con la cangreja, el trinquete-goleta y los foques, trapo suficiente para franquear en unas horas la distancia que nos separaba de aquella tierra.

Inmediatamente, el capitán Len Guy hizo lanzar una sonda, que acusó ciento veinte brazas de profundidad. Varias sondas más nos indicaron que la costa, llena de acantilados, debería prolongarse bajo las aguas por un abismo cortado a pico. Sin embargo, como podría ocurrir que el fondo remontase bruscamente en lugar de enlazar con el litoral por medio de una pendiente suave, navegábamos con la sonda en la mano.

Seguía haciendo bueno tiempo, y ello pese a que el cielo se nublabá ligeramente de sudeste a suroeste. Por ello, resultaba difícil reconocer aquellos contornos que se perfilaban como un vapor flotando en el cielo, desapareciendo y reapareciendo entre los claros de las brumas. Sin embargo, estábamos todos de acuerdo en calcularle a aquella tierra una altura de veinticinco a treinta toesas,

al menos en su parte más elevada.

¡No! No era admisible que estuviésemos siendo engañados por un espejismo y, sin embargo, aquel temor atormentaba nuestro espíritu. Después de todo, ¿no es natural que nuestro corazón se viese asaltado por mil y una aprensiones al tener la meta a su alcance...? ¡Tantas esperanzas puestas sobre aquel litoral apenas entrevisto, que no podríamos ni imaginarnos cuál sería nuestro desencanto, si allí no nos encontrábamos más que con un fantasma, con una sombra inalcanzable...! ¡Ante aquella posibilidad se turbaba mi cerebro, se llenaba de alucinaciones...! Me parecía como si la *Halbrane* empequeñeciese, quedase reducida al tamaño de una canoa perdida en medio de aquellas inmensidades —lo contrario de aquella mar indefinible de la que habla Edgar Poe y sobre la que el navío crecía..., crecía como un cuerpo vivo...

Cuando las cartas náuticas, incluso los simples portulanos, nos informan sobre la hidrografía de las costas, sobre la naturaleza de los atracaderos, sobre las bahías y las calas, se puede navegar con cierta temeridad. En cualquier otra región, un capitán no hubiese pospuesto para el día siguiente la orden de fondear cerca de la costa, y no hubiese sido tratado de temerario. Pero allí, ¡cuánta era la prudencia que se imponía! Y, sin embargo, no se encontraba ningún obstáculo delante de nosotros. Además, la atmósfera no perdería su claridad durante las soleadas horas de la noche. Por aquella época todavía no se ponía el astro luminoso por el oeste, tras la línea del horizonte, y sus rayos bañaban con una luz incesante los vastos parajes de la Antártida.

A partir de aquella fecha el libro de a bordo señaló que la temperatura no cesó de sufrir un continuo descenso. El termómetro, expuesto al aire y a la sombra, no marcaba más que 32° F (0° centígrados), sumergido en el agua tan sólo indicaba 26° F (3,33° centígrados bajo cero). ¿A qué se debía aquel descenso de la temperatura, si nos encontrábamos en pleno verano antártico...?

Fuera lo que fuese, la tripulación se vio obligada a vestir sus ropas de lana, de las que se desprendió un mes antes, después de haber franqueado la banquisa. Es cierto que la goleta navegaba con el viento en popa, a un largo abierto, y aquellos primeros síntomas del frío fueron menos sensibles. Sin embargo, comprendíamos que deberíamos apresurarnos en alcanzar nuestra meta. Retrasarnos por

aquellos parajes, correr el riesgo de tener que invernar allí, hubiese sido tanto como desafiar a Dios.

En varias ocasiones el capitán Len Guy mandó determinar el sentido de la corriente por medio de sondas muy pesadas, y tuvo que reconocer que empezaba a desviarse de su dirección.

—Nada nos permite afirmar —dijo— que lo que se extiende delante de nosotros sea un continente o una isla. Si se trata de un continente, entonces deberemos aceptar que la corriente ha encontrado una salida hacia el sudeste...

—Es posible, en efecto —le respondí—, que esta parte sólida de la Antártida se reduzca, tan sólo, a su simple casquete polar cuyo litoral podamos costear. En todo caso, creo que deberíamos tomar nota de todas aquellas observaciones que presenten cierta exactitud...

—Es lo que estoy haciendo, señor Jeorling, y llevaremos con nosotros innumerables informaciones sobre esta porción del mar austral, que servirán para que los futuros navegantes...

—¡Si algún día hay alguien que se arriesgue a llegar hasta aquí, capitán! Para haberlo logrado, hemos necesitado de la colaboración de circunstancias muy particulares, la precocidad de la buena estación, una temperatura superior a la normal y un rápido deshielo. ¿Podrían volver a darse todas estas circunstancias en veinte años..., incluso en cincuenta años...?

—Es por eso, señor Jeorling, por lo que doy gracias a la Providencia, y por lo que he recobrado un poco la esperanza. Puesto que el tiempo ha sido constantemente bueno, ¿por qué mi hermano, por qué mis compatriotas no habrían podido desembarcar sobre esta costa, a la que les llevaban tanto los vientos como las corrientes...? Lo que ha hecho nuestra goleta ha podido hacerlo su embarcación... Debieron de haberse hecho a la mar con provisiones suficientes como para un viaje que podría prolongarse indefinidamente... ¿Por qué no habrían podido encontrar aquí los mismos recursos que la isla Tsalal les ha proporcionado durante tantos años...? Poseían municiones y armas [109] ... La pesca abunda en estos parajes, la caza acuática también... ¡Sí, mi corazón está lleno de esperanza, y me gustaría que ya hubiesen pasado unas cuantas horas...!

Sin compartir toda la confianza del capitán Len Guy, estaba

satisfecho de que se hubiese recuperado. Si su búsqueda alcanzaba la meta deseada, tal vez podría conseguir que continuásemos el viaje en interés de Arthur Pym, incluso por el interior de aquellas tierras, de las que no estábamos demasiado lejos.

La *Halbrane* avanzaba lentamente por la superficie de aquellas aguas claras, abarrotadas de peces, que ya habíamos encontrado anteriormente. Los pájaros marinos se mostraban en mayor número, y no parecían asustados, volando alrededor de los mástiles y posándose sobre las vergas. Se izaron a bordo varios cordones blanquecinos, de unos cinco o seis pies de longitud. Eran auténticos rosarios de millones de granos, formados por la aglomeración de pequeños moluscos de colores resplandecientes.

Encontramos algunas ballenas engalanadas con los chorros que salían de sus narices, y pude darme cuenta de que todas ellas tomaban la ruta del sur. Podíamos, por tanto, admitir que la mar se extendía en aquella dirección.

La goleta avanzó dos o tres millas sin tratar de aumentar su velocidad. No cabía duda alguna de que aquella costa, por vez primera entrevista, se extendía de noreste a sudeste. Sin embargo, ni siquiera con los catalejos podía captarse detalle alguno de la misma, incluso después de tres horas de navegación.

La tripulación, agrupada en el castillo de proa, miraba sin manifestar sus impresiones. Jem West, después de haberse subido a las crucetas del palo de trinquete, desde donde estuvo observando durante diez minutos, no aportó nada en concreto.

Situado a babor, a popa de la camareta alta, y apoyado sobre la borda, seguí con la mirada la línea del cielo y la mar, cuya circularidad se interrumpía, tan sólo, al este. En aquel momento se me acercó el *bosseman* y, sin preámbulo alguno, me dijo:

—¿Me permite que le dé mi opinión, señor Jeorling...?

—Adelante, *bosseman*, pese a que pueda no aceptarla, si no me parece acertada —le respondí.

—Lo es, y sería necesario estar ciego para no mostrarse de acuerdo a medida que nos acercamos.

—¿Y cuál es su idea?

—Que no es tierra lo que tenemos delante de nosotros, señor Jeorling...

—¿Cómo dice..., *bosseman*...?

—Mire con atención..., poniendo un dedo delante de sus ojos..., vea..., por la serviola de estribor...

Hice lo que me pedía Hurliguerly.

—¿Lo ve usted...? —prosiguió—. ¡Que pierda las ganas de beber mi frasca de *whisky* si esas masas no se desplazan, pero no con relación a la goleta, sino con relación a ellas mismas...!

—¿Y qué opina usted...?

—Que son icebergs a la deriva.

—¿Icebergs...?

—Sin duda alguna, señor Jeorling.

¿Se equivocaba el *bosseman*...? Entonces, ¿sería una decepción más lo que nos esperaba...? ¿Serían montañas de hielo a la deriva y no tierra firme lo que teníamos frente a nosotros...?

Pronto no cupo ninguna duda al respecto y, unos instantes más tarde, la tripulación ya no daba crédito a la existencia de tierra en aquella dirección.

Diez minutos después, el hombre de la cofa anunció que varios icebergs descendían del noroeste, oblicuamente a la ruta de la *Halbrane*.

¡Qué efecto tan deplorable produjo aquella noticia...! ¡Nuestra última esperanza acababa de esfumarse...! ¡Y qué golpe para el capitán Len Guy...! ¡Habría que seguir buscando aquella tierra austral a mayores latitudes todavía, y sin tener la certeza de llegar a encontrarla...!

Y entonces se oyó un grito casi unánime sobre la *Halbrane*:

—¡Hay que virar...! ¡Hay que virar...!

Sí; los enrolados en las Malvinas manifestaban su voluntad, y exigían la vuelta atrás, pese a que Hearne no se encontraba entre ellos para sembrar la indisciplina y, debo confesarlo, la mayor parte de los veteranos de la tripulación parecía estar de acuerdo con ellos.

Jem West no se atrevía a imponerles silencio, esperando las órdenes de su jefe.

Gratian, al timón, estaba dispuesto a girar la rueda, mientras que sus camaradas, con las manos sobre las cornamusas, se disponían a largar las escotas...

Dirk Peters, apoyado contra el palo de trinquete, con la cabeza baja, con el cuerpo encogido y la boca contraída, permaneció inmóvil, y no se le escapó ni una sola palabra de sus labios.

Pero, de pronto, se volvió hacia mí, y ¡qué mirada me dirigió, una mirada preñada de ruegos y de cólera...!

¡No sé qué irresistible ímpetu me llevó a intervenir personalmente, a protestar una vez más...! Acababa de surgir en mi mente un nuevo argumento, cuya lógica no podía ser rechazada de plano.

Tomé, pues, la palabra, decidido a sostenerla frente a todos y contra todos, y lo hice con tal acento de convicción, que nadie trató de interrumpirme.

En resumen, dije esto:

—¡No! ¡No debemos abandonar la esperanza...! ¡La costa no puede estar muy lejos...! Lo que se encuentra frente a nosotros no es una de esas banquisas que se forman en pleno océano gracias a la acumulación de los hielos... Se trata de icebergs, y estos icebergs han tenido, necesariamente, que desprenderse de una base sólida, de un continente o de una isla... Y puesto que es en esta época del año cuando se inicia el deshielo, las corrientes marinas no han podido arrastrarlos desde hace mucho tiempo... Por tanto, detrás de ellos tiene que encontrarse la costa sobre la que se han formado... ¡Esperemos todavía veinticuatro horas, incluso cuarenta y ocho horas más, y si no avistamos tierra, el capitán Len Guy pondrá rumbo al norte...!

¿Convencí a la tripulación o, por el contrario, debería intentar, con el cebo de la sobreprima, aprovechar la circunstancia de que Hearne no se encontraba entre sus camaradas, que no podía hablar con ellos, excitarlos, gritarles que se les estaba embaucando una vez más, repetirles que aquello sería llevar la goleta hacia su perdición...?

Fue el *bosseman* quien acudió en mi ayuda, y lo hizo con un tono lleno de buen humor.

—Muy bien razonado —dijo— y, por lo que a mí respecta, estoy de acuerdo con la opinión del señor Jeorling... No cabe duda alguna de que la costa está cerca... Buscándola más allá de esos icebergs, la encontraremos sin grandes esfuerzos y sin correr grandes riesgos... Un grado más al sur..., ¿qué es eso cuando se trata de embolsarse unos centenares más de dólares en el bolsillo...? ¡Y no olvidemos que si son agradables cuando entran, lo son mucho más cuando salen...!

Y, acto seguido, Endicott, el cocinero, acudió en ayuda de su amigo el *bosseman*.

—¡Sí..., muy buenos..., los dólares! —exclamó, al tiempo que mostraba dos hileras de dientes de una blancura resplandeciente.

¿Acabaría la tripulación por rendirse a los argumentos de Hurliguerly o bien, por el contrario, trataría de resistir si la *Halbrane* se lanzaba en dirección de los icebergs...?

El capitán Len Guy volvió a coger el catalejo, lo enfocó sobre aquellas masas en movimiento, y las observó con toda atención; después gritó con voz potente:

—¡Rumbo sursuroeste!

Jem West dio la orden de ejecutar la maniobra.

Los marineros vacilaron unos instantes. Después, de nuevo disciplinados, se pusieron a bracear ligeramente las vergas y a tensar las escotas, y la goleta, a toda vela, volvió a recobrar su velocidad.

Terminada la maniobra, me aproximé a Hurliguerly y lo llevé aparte.

—Gracias, *bosseman* —le dije.

—¡Ay señor Jeorling! Valga por esta vez —me respondió al tiempo que meneaba la cabeza—. Pero no se debe intentar halar tanto la driza de nuevo... Todos se volverían contra mí, incluso hasta el mismo Endicott...

—No he dicho nada que no sea, al menos, probable... —le respondí vivamente.

—No lo pongo en duda e, incluso, puede sostenerse con ciertos visos de credibilidad.

—Sí... Hurliguerly, sí..., lo que he dicho es lo que pienso, y no me cabe duda alguna de que acabaremos por avistar tierra más allá de los icebergs...

—¡Es posible, señor Jeorling, es posible...! Lo que hace falta es que la encontremos antes de dos días, porque, en caso contrario, ¡a fe de *bosseman* que nada podrá evitar que viremos de bordo!

Durante las veinticuatro horas siguientes, la *Halbrane* siguió rumbo al sursuroeste. Es cierto que su dirección tuvo que ser modificada con cierta frecuencia y que su velocidad debió de reducirse para poder avanzar entre los hielos. La navegación se hizo muy difícil desde el momento en que la goleta se lanzó a través de

la línea de icebergs, que necesitábamos cortar oblicuamente. Por lo demás, no nos encontramos con ninguno de esos *packs*, de esos *drifts* que atestan los bordes de la banquisa a la altura del paralelo 70; no existía aquel maremágnun, aquel desorden característico de los parajes del círculo polar que se encuentran batidos por las tempestades antárticas. Las enormes masas derivaban con una lentitud majestuosa. Los bloques parecían totalmente «nuevos», por emplear la frase exacta y, probablemente, su formación sólo databa de unos cuantos días antes... No obstante, con una altura de cien a ciento cincuenta pies, su volumen debería cifrarse en millones de toneladas. Jem West vigilaba cuidadosamente para tratar de evitar las colisiones, y no abandonó el puesto ni un solo instante.

Yo trataba de distinguir, en vano, a través de los pasos que los icebergs dejaban entre ellos, los indicios de una costa cuya orientación hubiese obligado a nuestra goleta a arrumbar más directamente hacia el sur... Pero no distinguía nada que pudiera atraer mi atención.

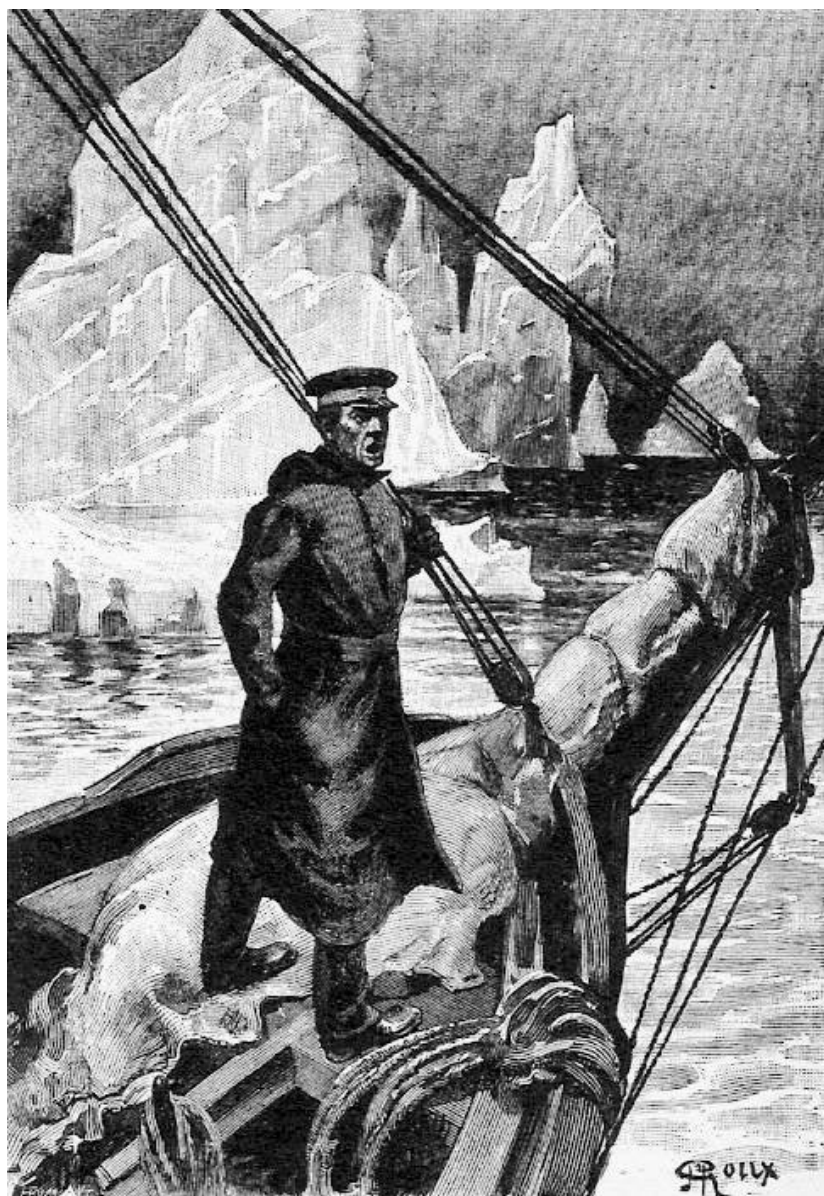
Por lo demás, y hasta entonces, el capitán Len Guy pudo seguir considerando como ciertas las indicaciones del compás. El polo magnético se encontraba todavía a varios centenares de millas, puesto que su longitud es oriental, y no ejercía ninguna influencia sobre la brújula. La aguja, en lugar de esas variaciones de seis o siete rumbos[110] que la agitan en las proximidades de aquel polo, conservaba su estabilidad y podíamos seguir confiando en ella.

Por tanto, y pese a mis convicciones —que, no obstante, se fundaban sobre argumentos muy serios—, no existía ningún indicio de tierra, y me preguntaba si no sería conveniente poner rumbo más hacia el oeste para alejar así la *Halbrane* del punto en el que se cruzan los meridianos del globo.

Así pues, a medida que pasaban las horas —y tan sólo se me había concedido un plazo de cuarenta y ocho— estaba perfectamente claro que el desánimo iba ganando, poco a poco, a aquellos hombres, y que se inclinaban hacia la indisciplina. Una jomada y media más, y ya no me sería posible luchar contra aquella desmoralización general... La goleta retrocedería, definitivamente, hacia el norte.

La tripulación maniobraba en silencio cuando Jem West, con voz breve, daba la orden de evolucionar a través de los pasos, tan

pronto orzando con rapidez para evitar una colisión, tan pronto en popa franca. No obstante, y pese a la continua vigilancia, a la inmediata ejecución de las maniobras, de cuando en cuando se producían peligrosos frotamientos que dejaban, a su paso, grandes manchas de alquitrán sobre las aristas de los icebergs. Hay que reconocer que ni el más templado podría evitar sentir un escalofrío de terror ante la idea de que las bordas hubieran podido ceder y el agua invadirnos...



Lo que hay que señalar es que la base de aquellas montañas flotantes era muy acantilada. Un desembarco hubiese sido impracticable. Tampoco vimos ninguna de aquellas focas, generalmente muy numerosas en los parajes en los que abundan los *ice-fields*, ni ninguna bandada de aquellos pingüinos chillones que

la *Halbrane*, a su paso, hizo en otras ocasiones que se lanzaran al agua por miríadas. Incluso los mismos pájaros parecían más raros y más asustadizos. De aquellas regiones desiertas y desoladas se desprendía una impresión de angustia y de horror, a la que ninguno de nosotros era capaz de sustraerse. ¿Cómo podíamos conservar la esperanza de que los supervivientes de la *Jane*, si se vieron arrastrados en medio de aquellas espantosas soledades, hubieran podido encontrar un refugio y asegurar su existencia...? Y si la *Halbrane* naufragaba a su vez, ¿quedaría un solo testigo del naufragio...?

Pude observar que, desde la víspera, y a partir del momento en que abandonó el rumbo hacia el sur a fin de atravesar la línea de icebergs, se operó un cambio en la actitud habitual del mestizo. La mayor parte del tiempo permanecía en cuclillas, al pie del palo de trinquete, con la mirada perdida, y no se levantaba más que para echar una mano en alguna que otra maniobra, sin mostrar en su trabajo ni el celo ni la vigilancia de antes. Se le veía realmente desanimado. Lo cual no quiere decir que renunciase a creer que su compañero de la *Jane* siguiera vivo..., tal pensamiento no hubiera podido ocurrírsele. ¡Pero, instintivamente, sentía que siguiendo aquella dirección no encontraríamos las huellas de su pobre Pym!

«Señor —me habría dicho—, compréndame..., no es por ahí..., no... ¡Es por allí...!».

Y ¿qué habría podido responderle...?

Hacia las siete de la tarde se levantó una bruma muy espesa que haría, mientras durase, que la navegación de la goleta fuese realmente muy penosa y peligrosa.

Aquella jornada plagada de emociones, de ansiedades y de alternativas que renacían sin cesar, me destruyó... Así es que me fui a mi camarote, donde me tendí, completamente vestido, sobre mi litera.

A causa de la obsesión que sentía por todas aquellas ideas que turbaban mi espíritu —tan reposado en otros tiempos y, ahora, tan sobreexcitado—, no pude conciliar el sueño. Creo que la constante lectura de las obras de Edgar Poe, así como aquel ambiente tan extraordinario en el que se desarrollaban las aventuras de sus héroes, habrían ejercido sobre mí una influencia de la que todavía no era capaz de darme cuenta totalmente.

Al día siguiente se cumplirían las cuarenta y ocho horas, última limosna que la tripulación concedió a mis súplicas.

—¿Las cosas no van como usted desearía...? —me dijo el *bosseman* en el momento en que entraba en la camareta alta.

¡No! Sin duda alguna, puesto que no avistábamos tierra tras la flotilla de los icebergs. No se podía percibir ningún indicio de tierra entre aquellas masas en movimiento y, al día siguiente, el capitán Len Guy pondría rumbo al norte...

¡Ahsss! ¡Cuánto habría dado por ser el amo de la goleta...! ¡Si la hubiese podido comprar, incluso a costa de toda mi fortuna, y si aquellos hombres hubiesen sido mis esclavos, a los que hubiera podido obligar a obedecerme a latigazos, nunca la *Halbrane* habría abandonado aquella campaña..., aunque hubiese tenido que llegar hasta el punto axial de la Antártida, sobre el que la Cruz del Sur[111] arroja sus luces resplandecientes...!

¡Mi cerebro, alterado, se veía agitado por mil y un pensamientos, por mil y una pesadumbres, por mil y una indecisiones...! ¡Quería levantarme, y me parecía como si una mano poderosa e irresistible me clavase sobre mi litera...! Y sentía ganas de salir al instante de aquel camarote en el que me veía sumido en una lucha contra las pesadillas que me agitaban entre sueños..., de arriar una de las embarcaciones de la *Halbrane*..., de embarcarme en ella con Dirk Peters, que no dudaría en seguirme..., y después abandonarnos a la corriente que se dirigía hacia el sur...

Y lo hacía..., ¡sí! Lo estaba haciendo... ¡en sueños! Ya era mañana... El capitán Len Guy, después de haber dirigido una última mirada hacia el horizonte, dio la orden de virar de bordo... Llevamos una de nuestras chalupas a remolque... Prevengo al mestizo... Nos deslizamos sin ser vistos... Cortamos la amarra... Mientras que la goleta avanza, nosotros quedamos atrás, y la corriente nos arrastra...

Vamos así por la mar siempre libre... Por fin, nuestra chalupa se detiene... La costa está ahí... Creo ver una especie de esfinge que domina el casquete austral..., la esfinge de los hielos... Voy hacia ella... La interrogo... Me confía los secretos de aquellas misteriosas regiones... Y entonces, alrededor de aquel mitológico monstruo[112] aparecen los fenómenos cuya existencia afirmó Arthur Pym... La cortina de vapores vacilantes, surcada por rayas

luminosas, se desgarra... Y no es la figura de un tamaño sobrehumano la que se erige ante mis deslumbrados ojos..., es la de Arthur Pym..., ¡feroz guardián del polo Sur, que despliega al viento de las altas latitudes el pabellón de los Estados Unidos de América...!

¿Se vio aquel sueño bruscamente interrumpido o, por el contrario, se modificó al capricho de una imaginación desbocada? No lo sé, pero tuve el sentimiento de que acababa de ser despertado... Me pareció como si se hubiese producido un cambio en el balanceo de la goleta, la cual, suavemente escorada a estribor, se deslizaba por las aguas de aquella mar tan calma... Y, sin embargo, no se trataba de balanceos, ni siquiera de cabeceos...

Sí..., no me cabía duda alguna, me sentí levantado, como si mi litera hubiese sido la barquilla de un aeróstato..., como si los efectos de la gravedad se hubiesen anulado dentro de mí...

No me equivocaba, y había pasado del sueño a la realidad.

Sonaron sobre mi cabeza algunos golpes, cuya naturaleza todavía seguía sin comprender. En el interior del camarote, los mamparos se desviaron de la vertical hasta tal punto, que me hicieron pensar que la *Halbrane* se recostaría sobre su costado. Casi inmediatamente después, me sentí proyectado fuera de mi litera, y faltó muy poco para que una esquina de la mesa me hundiera el cráneo...

Por fin me levanté, conseguí aferrarme al borde de la claraboya lateral, me apoyé contra la puerta que se abría sobre la cámara, y cedió bajo mis pies...

En aquel instante, se produjeron unos crujidos en los empalletados y desgarrones en el costado de babor...

¿Se habría producido, en medio de la bruma, una colisión entre la goleta y una de aquellas colosales masas flotantes, que Jem West no habría podido evitar...?

De pronto, escuché violentas exclamaciones encima de la camareta alta, a popa, e inmediatamente después gritos de terror con los que se mezclaban las voces enloquecidas de toda la tripulación...

Se produjo, finalmente, un último choque, y la *Halbrane* quedó inmóvil.

VI. El iceberg volteado

Tuve que arrastrarme por el suelo de la camareta alta para poder alcanzar la puerta y salir a cubierta.

La banda estaba escorada hasta tal punto que, incluso, el capitán Len Guy, que ya había abandonado su camarote, se arrastraba sobre sus rodillas y consiguió agarrarse lo mejor que pudo al cabillero del barraganete de las empavesadas.

Hacia proa, entre el castillo y el palo del trinquete, algunas cabezas emergían de los pliegues de la trinquetilla, que estaba abatida como si se tratase de un toldo cuya driza se hubiese soltado.

De los obenques de estribor colgaban Dirk Peters, Hardie, Martin Holt y Endicott, cuyo negro rostro tenía un aire alelado.

¡Cabe imaginar que, en aquellos momentos, tanto el *bosseman* como él habrían cedido gustosos el cincuenta por ciento de las primas que se les adeudaban desde que cruzamos el paralelo 84...!

Un hombre llegó arrastrándose hasta donde me encontraba, ya que la inclinación de la cubierta —de, al menos, cincuenta grados— impedía que pudiéramos mantenernos en pie.

Se trataba de Hurliguerly, quien se agarraba tal y como hacen los gavieros sobre las vergas.

Tendido todo a lo largo, y con los pies bien apoyados contra el marco de la puerta, ya no tenía miedo de que pudiera llegar a deslizarme hasta el extremo de la crujía.

La mano que le tendí al *bosseman* le ayudó a llegar, no sin grandes esfuerzos, hasta donde me encontraba.

—¿Qué ha ocurrido...? —le pregunté.

—¡Hemos encallado, señor Jeorling!

—¿Ya estamos en la costa...? —exclamé.

—Una costa supone una tierra —respondió irónicamente el *bosseman*—, y tierra ¡nunca la ha habido más que en la

imaginación de ese endiablado Dirk Peters!

—Pero... ¿qué nos ha pasado...?

—Nos ha pasado un iceberg en medio de la bruma, un iceberg que no hemos podido evitar...

—¿Un iceberg, *bosseman*...?

—¡Sí...! Un iceberg que, además, ¡ha escogido muy bien el momento de voltearse...! Al darse la Vuelta se encontró con la *Halbrane*, y lo ha levantado como una raqueta a una pelota y ahora henos aquí, encallados a un buen centenar de pies sobre el nivel de la mar antártica.

¡Cabría imaginar peor desenlace para la aventurada campaña de la *Halbrane*...! En medio de aquellos lejanos parajes, nuestro único medio de transporte acababa de ser arrancado de su elemento natural, levantado, a causa del volteó de un iceberg, a una altura que superaba los cien pies... ¡Sí...! Lo repito, ¡qué desenlace! Hundirse en el fragor de una tempestad, ser destruido por el ataque de unos salvajes, quedar aplastado entre los hielos, ¡todos ellos eran riesgos a los que se exponía cualquier navío que navegase por los mares polares...! Pero que la *Halbrane* hubiese sido levantada por una montaña flotante en el momento en que giraba sobre sí misma, y que se encontrase, en aquellos momentos, encallada casi en su cima, ¡no! ¡Aquello superaba los límites de lo verosímil!

Ignoraba si, con los medios de que disponíamos, conseguiríamos descender la goleta desde aquellas alturas. Pero lo que sí sabía es que el capitán Len Guy, el segundo y los miembros veteranos de la tripulación, una vez recobrados de los primeros momentos de espanto, no eran gentes capaces de asustarse por muy mala que fuese nuestra situación. No me cabía la menor duda al respecto. ¡Sí...! Harían todo lo posible por nuestra salvación común. Respecto a las medidas que deberíamos adoptar, nadie lo hubiese podido decir todavía.

En efecto, un velo de bruma, una especie de crespón gris, seguía cubriendo el iceberg. No se distinguía nada de su enorme masa —tan sólo la anfractuosidad en la que la goleta se encontraba encajonada—, ni el lugar que ocupaba en medio de aquella flotilla en deriva hacia el sudeste.

La más elemental de las prudencias exigía evacuar la *Halbrane*, cuya caída podría deberse a cualquier brusca sacudida del iceberg.

¿Acaso estábamos seguros de que se hubiese asentado sobre la superficie de la mar...? ¿Estaba asegurada su estabilidad...? ¿No deberíamos temernos que pudiera voltearse de nuevo...? Y si la goleta se desplomaba en el vacío, ¿quién de nosotros habría podido salir sano y salvo de tal caída, así como del hundimiento final en las profundidades del abismo...?

En pocos minutos, la tripulación abandonó la *Halbrane*. Cada cual buscó un refugio sobre el talud, mientras esperábamos que se disipase el capuchón de vapores que cubría el iceberg. Los oblicuos rayos solares no conseguían atravesarlo y, prácticamente, apenas se distinguía el disco rojizo a través de aquel montón de opacas vesículas que extinguían la luz.

Sin embargo, a una docena de pasos podíamos distinguarnos entre nosotros, los unos a los otros. En cuanto a la *Halbrane*, no se veía más que una masa confusa, cuyo color negruzco resaltaba vivamente sobre la blancura de los hielos.

Entonces se nos ocurrió pensar si, de todos los que se encontraban sobre la cubierta en el momento de la catástrofe, algunos habrían sido lanzados por encima de los empalmetados y, deslizándose por la pendiente, se habrían precipitado sobre el mar...

A la orden del capitán Len Guy, los marineros allí presentes se unieron al grupo en el que me encontraba con el segundo, el *bosseman* y los maestros Hardie y Martin Holt.

Jem West pasó lista... Cinco de nuestros hombres no respondieron a nuestra llamada: el marinero Drap, uno de los veteranos de la tripulación, y cuatro de los enrolados —dos de ellos ingleses, un americano y uno de los fueguinos—, embarcados en las Malvinas.

Por tanto, aquella catástrofe costaba la vida a cinco de los nuestros, las primeras víctimas de aquella campaña desde nuestra partida de las Kerguelen... ¿Serían, acaso, las últimas...?

No cabía duda alguna de que aquellos desdichados habían perecido, puesto que se los llamó en vano, y en vano se los buscó por los flancos del iceberg y por todas aquellas partes donde hubieran podido aferrarse a cualquier saliente...

Las tentativas que se llevaron a cabo una vez que se disipó la niebla fueron inútiles. En el momento en que la *Halbrane* fue

cogida por la quilla, el choque fue tan violento y tan repentino, que aquellos hombres no tuvieron fuerzas para agarrarse a los empalitados y, forzosamente, jamás se encontrarían sus cuerpos, que la corriente debería de haber arrastrado a mar abierta.

Cuando se confirmó la desaparición de cinco de los nuestros, la desesperación invadió nuestros espíritus. ¡Entonces se nos hizo patente, con más fuerza que nunca, la horrible perspectiva de los peligros que amenazaban a cualquier expedición a través de la zona antártica!

—¿Y Hearne...? —preguntó una voz.

Martin Holt acababa de pronunciar aquel nombre en medio del silencio general.

El *sealing-master*, del que nos habíamos olvidado, ¿habría quedado aplastado en el reducido espacio de la cala en el que se encontraba encerrado...?

Jem West se lanzó hacia la goleta, se izó por medio de una amarra que pendía a proa y alcanzó el punto por el que se penetraba en aquella zona de la cala...

Esperábamos inmóviles y silenciosos, hasta estar seguros de la suerte corrida por Hearne, por más que aquel genio malo de la tripulación fuese poco digno de lástima.

Sin embargo, ¡cuántos de nosotros no estarían pensando, entonces, que si hubiésemos seguido sus consejos, si la goleta hubiese puesto rumbo al norte, toda una tripulación no se encontraría en el duro trance de no poseer otro refugio que una montaña de hielo a la deriva...! Y en aquel sentido, ¡apenas me atrevía a pensar cuál no sería mi parte de responsabilidad, puesto que fui yo quien más insistió para que aquella campaña se prolongase!

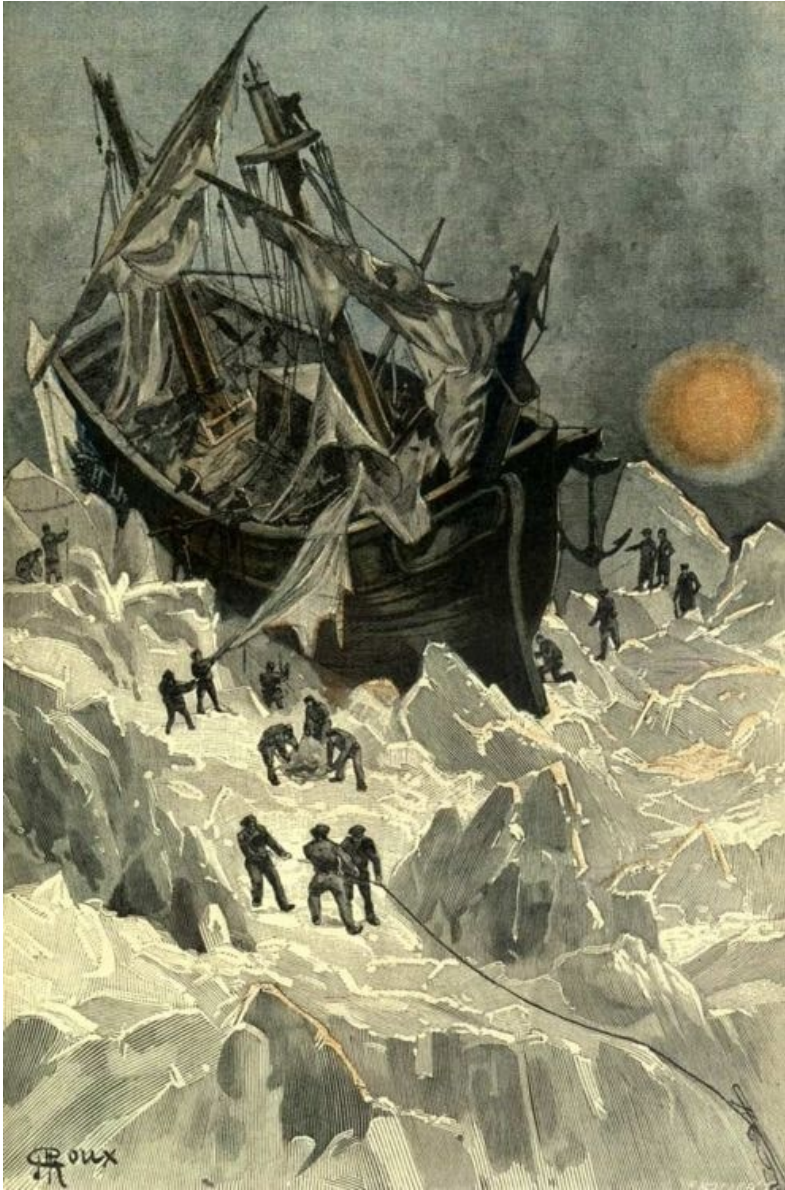
Por fin, el segundo apareció en la cubierta, y tras él Hearne. Milagrosamente, ni los mamparos, ni el armazón, ni la borda cedieron en el lugar en el que se encontraba el *sealing-master*.

Hearne se descolgó a lo largo de la goleta y se unió a sus camaradas sin decir ni una sola palabra, y ya no hubo por qué ocuparnos más de él.

Hacia las seis de la mañana, la niebla se disipó gracias a un profundo descenso de la temperatura. No se trataba de aquellos vapores que llegan a congelarse totalmente, sino más bien de ese

fenómeno llamado *frost-rime* [113] o humo helado, que se produce, en ocasiones, en las altas latitudes. El capitán Len Guy pudo reconocerlo gracias a la gran cantidad de agujas prismáticas, con la punta dirigida en el sentido del viento, que erizaban la ligera costra depositada sobre los flancos del iceberg. Los navegantes nunca confunden el *frost-rime* con la escarcha de las zonas templadas, cuya congelación tan sólo se lleva a cabo después de haber sido depositada sobre la superficie del suelo.

Fue entonces cuando pudimos calcular el grosor del macizo sobre el que nos encontrábamos posados como moscas sobre un gran pan de azúcar y, con toda certeza, visto desde abajo, la goleta no debería de parecer mucho más grande que la yola de un navío mercante.



Aquel iceberg, cuyo perímetro parecía tener de trescientas a cuatrocientas toesas, medía de ciento treinta a ciento cuarenta pies de altura. Por tanto, y de acuerdo con nuestros cálculos, debería hundirse a una profundidad cuatro o cinco veces mayor y, por consecuencia, pesar millones de toneladas.

He aquí lo que sucedió:

Después de haber sido minado en su base por el contacto con las aguas más calientes, el iceberg se habría levantado poco a poco. Una vez que su centro de gravedad se vio desplazado, el equilibrio tan sólo pudo restablecerse por medio de una brusca voltereta, que puso sobre el nivel del mar lo que se encontraba bajo las aguas. Cogida en medio de aquella voltereta, la *Halbrane* fue levantada como si se hubiese tratado del enorme brazo de una palanca. Son numerosos los icebergs que se voltean así en los mares polares, y este es uno de los mayores peligros a los que se ven expuestos los navíos que navegan en sus proximidades.

Nuestra goleta se encontraba empotrada en una hendidura de la cara oeste del iceberg. Estaba escorada a estribor, con la popa en alto y la proa apuntando hacia abajo. Se nos ocurrió pensar que, a la menor sacudida, se deslizaría a todo lo largo de la pendiente del iceberg hasta la mar. Del lado por donde daba de banda, el choque fue lo bastante violento como para hundir algunas tablazones del casco y de las empavesadas en una extensión de unas dos toesas. Desde el momento en que se produjo el primer choque, la cocina, que se encontraba fijada a proa del palo de trinquete, rompió sus trapas y se fue rodando hacia la entrada de la camareta alta, cuya puerta, entre los camarotes del capitán Len Guy y del segundo, estaba arrancada de sus goznes. El mastelerillo de mesana y el de la espiga se vinieron abajo tras la rotura de las burdas, y se veía la huella fresca de la misma a la altura del tamborete. Diversos restos de vergas, berlingas, una parte del velamen, barriles, cajas y jaulas de las gallinas deberían flotar alrededor del macizo y derivar junto a él.

Lo que más nos inquietaba en la situación en que nos encontrábamos era que, de las dos embarcaciones de la *Halbrane*, la de estribor quedó totalmente aplastada en el momento de encallar, y no quedaba más que la segunda —la más grande, es cierto—, que seguía suspendida por su aparejo de los pescantes de estribor. Ante todo, necesitábamos ponerla en seguridad, puesto que tal vez llegase a ser nuestro único medio de salvación.

De aquel primer examen resultó que los bajos de la goleta estaban intactos y, por tanto, podrían ser utilizados si lográbamos ponerla a flote. Pero ¿cómo sacarla de aquel lecho de hielo y

conducirla a su elemento natural; en una palabra, cómo «botarla» tal y como se bota un navío a la mar...?

Cuando el capitán Len Guy, el segundo, el *bosseman* y yo nos encontramos solos, les interrogué sobre este tema.

—Convengo en que esa operación es demasiado arriesgada —respondió Jem West—, pero, puesto que es indispensable que se lleve a cabo, la haremos. Creo que será necesario abrir una especie de cauce hasta la base del iceberg...

—Y sin aguardar ni un solo día —añadió el capitán Len Guy.

—¿Lo oye usted, *bosseman*...? —prosiguió Jem West—. Desde hoy, a la faena.

—Lo escucho, y todo el mundo se pondrá a trabajar —respondió Hurliguerly—. Sin embargo, permítame una observación, capitán...

—¿Cuál...?

—Antes de comenzar la faena, examinemos el casco y veamos qué averías tiene y si son éstas reparables. ¿De qué nos serviría botar un navío en tan malas condiciones que se iría inmediatamente a pique?

Se accedió a la justa petición del *bosseman*.

La bruma se había disipado, y un sol claro iluminaba la parte oriental del iceberg, desde donde la mirada abarcaba una gran extensión de mar. Por aquel lado, en lugar de superficies lisas sobre las que el pie no habría encontrado un punto de apoyo, los flancos presentaban anfractuosidades, bordes, espaldones e, incluso, planicies donde nos sería fácil establecer un campamento provisional. Sin embargo, nos veríamos obligados a protegernos de aquellos enormes bloques en desequilibrio, cuya caída cualquier sacudida podría provocar. Y, de hecho, durante la mañana, varios de aquellos bloques rodaron con el espantoso ruido de las avalanchas hacia la mar.

En resumen, parecía que la nueva base del iceberg era sólida. Además, si su centro de gravedad se encontraba por debajo de la línea de flotación, no era de temer que pudiera volver a voltearse.

Después de la catástrofe, todavía no había tenido ocasión de hablar con Dirk Peters. Como respondió a la llamada cuando se le nombró, sabía que no se encontraba entre las víctimas. En aquel momento lo vi, inmóvil, sobre un estrecho saliente, y ya puede suponerse hacia dónde se dirigían sus miradas...

El capitán Len Guy, el segundo, el *bosseman* y los maestros Hardie y Martin Holt, con quienes me encontraba, subieron hacia la goleta a fin de proceder a un minucioso examen de su casco. Por el costado de babor, la operación sería sencilla, puesto que la *Halbrane* escoraba hacia la banda opuesta. Por el otro costado sería preciso, con mayor o menor dificultad, deslizarse hacia la quilla abriendo camino a través del témpano, si se quería que ninguna parte de la borda escapase a aquella inspección.

He aquí la conclusión a la que se llegó después de un examen que duró dos horas: las averías eran poco importantes y, en definitiva, de fácil reparación. Dos o tres tablazones estaban rotos a causa de la violencia del choque, y dejaban ver sus cabillas torcidas y sus costuras abiertas. En el interior, las cuadernas estaban intactas, pues las varengas no habían cedido. Nuestro navío, construido para navegar a través de los mares polares, había resistido, mientras que otros, contruidos con menor solidez, hubiesen quedado totalmente destrozados. Era cierto que el timón estaba desmontado de sus herrajes, pero sería fácil volverlo a instalar.

Una vez acabada la inspección, tanto por fuera como por dentro, debimos reconocer que los daños eran menos considerables de lo que hubiésemos podido suponernos, lo que nos dio cierta tranquilidad al respecto...

Tranquilidad..., sí..., ¡si conseguíamos volver a poner a flote nuestra goleta!

Después del almuerzo de la mañana se decidió que nuestros hombres empezarían a abrir un surco oblicuo, que permitiría que la *Halbrane* pudiera deslizarse hasta la base del iceberg. Quisiera el cielo que la operación acabase felizmente, puesto que, de lo contrario, ¿quién habría podido pensar, sin espanto, en la posibilidad de tener que enfrentarse, en aquellas condiciones, a los riesgos del invierno austral, y de tener que pasar seis meses sobre aquella masa flotante, arrastrada no se sabía dónde? Una vez llegado el invierno, ninguno de nosotros hubiese podido escapar a la más espantosa de las muertes: la muerte por frío...

En aquel momento, Dirk Peters, que observaba el horizonte, del sur hacia el este, a un centenar de pasos de donde nos encontrábamos, gritó con voz ruda:

—¡Estamos al paio!

¿Al paio...? ¿Qué entendería el mestizo por estar al paio, si no era que la deriva del iceberg acababa de cesar súbitamente? En cuanto a las causas, no era el momento de buscarlas, ni de preguntarse cuáles serían sus consecuencias.

—¡Es cierto! —exclamó el *bosseman*—. ¡El iceberg ya no se mueve y, tal vez, no se ha movido nunca desde que dio la voltereta...!

—¿Cómo —exclamé—, que no se desplaza...?

—No —me respondió el segundo—, y la prueba es que los otros que derivan lo están dejando atrás.

En efecto, mientras cinco o seis montañas de hielo descendían hacia el sur, la nuestra estaba inmovilizada como si hubiese varado en un escollo.

La explicación más sencilla era que la nueva base se topó con el fondo marino, al que ahora se adhería, y que aquella adherencia no cesaría más que en el caso de que su parte sumergida se levantase, a riesgo de provocar una segunda voltereta.

En definitiva, era una grave complicación, puesto que los peligros de una inmovilización definitiva en aquellos parajes hubieran sido tales que eran preferibles los azares de la deriva. Al menos, así nos cabría la esperanza de encontrar un continente, una isla o, incluso, si las corrientes no modificaban su rumbo y si la mar continuaba libre, ¡de franquear los límites de la región austral...!

¡Aquella era, por tanto, la situación en que nos encontrábamos a los tres meses de iniciada aquella terrible campaña! ¿Podríamos seguir pensando en William Guy y sus compañeros de la *Jane*, o en Arthur Pym...? ¿No era hacia nuestra propia salvación hacia donde deberían ser consagrados todos los medios de que podíamos disponer...? ¿Debería extrañarnos si los marineros de la *Halbrane* acababan amotinándose y, obedeciendo a las sugerencias de Hearne, hacían a sus jefes —y a mí, muy especialmente— responsables de los desastres de aquella expedición...?

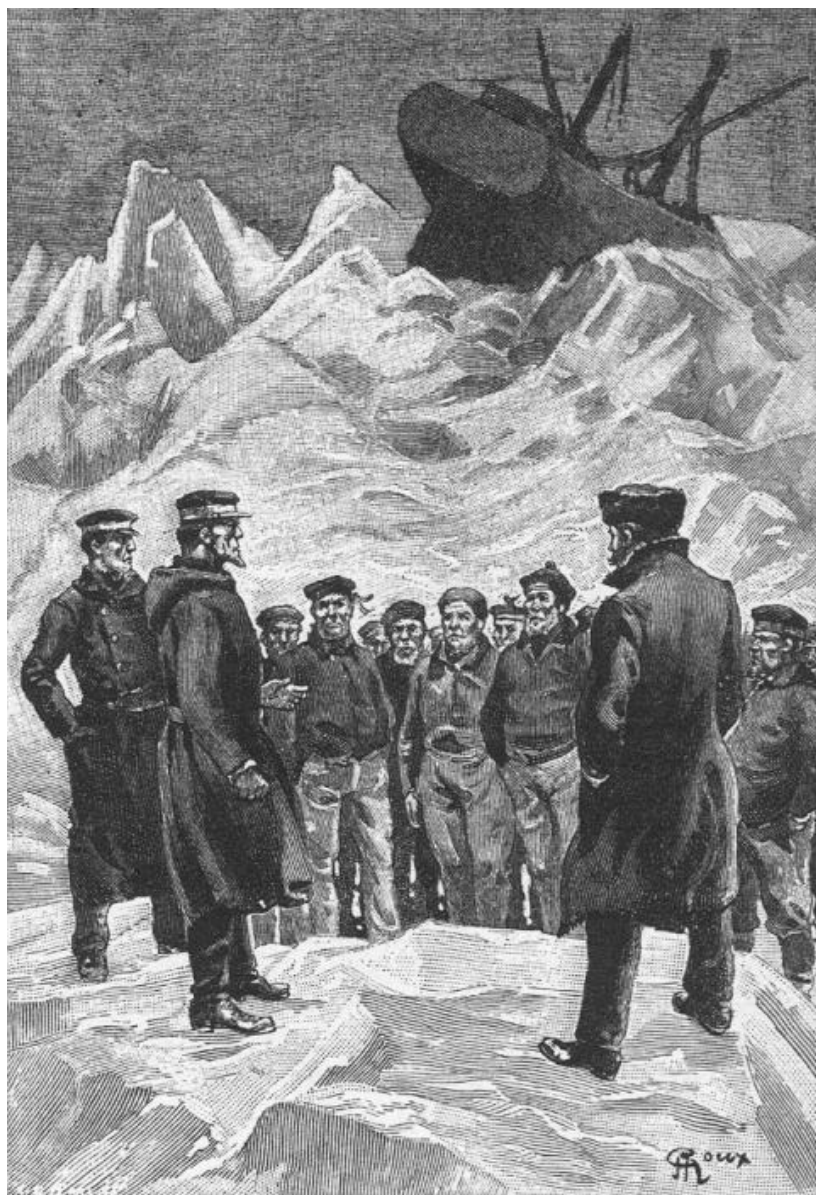
Y entonces, ¿qué sucedería, puesto que, pese a la pérdida de cuatro de sus hombres, los camaradas del *sealing-master* seguían conservando la superioridad numérica...?

Era eso, lo veía claramente, lo que también estaban pensando el capitán Len Guy y Jem West.

En efecto, aunque los enrolados en las Malvinas tan sólo sumaban quince hombres, y nosotros éramos trece, contando con el mestizo, ¿no era de temerse que algunos de nuestros hombres acabasen engrosando las filas de Hearne? Empujados por la desesperación, ¿quién sabe si aquellos camaradas no pensarían en apoderarse de la única embarcación que poseeríamos en lo sucesivo, en volver a tomar el camino del norte, abandonándonos sobre el iceberg...? Era muy importante, por tanto, que nuestra chalupa fuese puesta a buen resguardo y vigilada en todo momento.

Además, desde los últimos acontecimientos, se produjo un cambio muy notable en el capitán Len Guy. Parecía haberse transformado ante los peligros que podría depararnos el futuro. Hasta entonces, obsesionado por la idea de encontrar a sus compatriotas, dejó al segundo al mando de la goleta y, en verdad, no hubiera podido encontrar un segundo más capaz y más abnegado. Pero, a partir de aquel día, iba a asumir, de nuevo, sus funciones de jefe, y a ejercerlas con la energía que las circunstancias exigían. A convertirse, a bordo, en el amo después de Dios.

A una orden suya, los hombres se alinearon en torno a él, sobre una planicie, un poco a la derecha de la *Halbrane*. Allí estaban agrupados, entre los veteranos, los maestros Martin Holt y Hardie, y los marineros Roger, Francis, Gratian, Burry, Stern, el cocinero Endicott y —me permito añadirlo a ellos— Dirk Peters, y, entre los nuevos, Hearne y los catorce marineros de las Malvinas. Estos últimos componían un grupo aparte cuyo portavoz era el *sealing-master*, quien poseía sobre ellos una influencia detestable.



El capitán Len Guy lanzó una mirada firme sobre todos sus tripulantes y, con voz vibrante, dijo:

—Marineros de la *Halbrane*, tengo que hablaros, en primer lugar, de aquellos que han desaparecido. Cinco de nuestros compañeros acaban de perecer en esta catástrofe...

—En espera de que todos perezcamos en estos mares a los que se nos ha traído pese a...

—¡Cállate, Hearne —exclamó Jem West, pálido de ira—, cállate o si no...!

—Hearne ha dicho lo que tenía que decir —respondió fríamente el capitán Len Guy— y, puesto que ya lo ha hecho, ¡le ordeno que no vuelva a interrumpirme de nuevo!

Tal vez el *sealing-master* hubiese replicado, puesto que se sentía apoyado por la mayoría de la tripulación. Pero Martin Holt se acercó vivamente a él y le hizo callar.

Entonces el capitán Len Guy se descubrió, y con una voz emocionada que nos llegó hasta el fondo de nuestras almas, pronunció las siguientes palabras:

—Vamos a rogar por los que han sucumbido en esta peligrosa campaña, emprendida en nombre de la humanidad. ¡Que Dios se digne tener en cuenta su abnegación por sus semejantes y no sea insensible a nuestras voces...! ¡De rodillas, marineros de la *Halbrane*!

Todos se arrodillaron sobre la superficie helada y un murmullo de oraciones subió hacia el cielo.

Esperamos a que el capitán Len Guy se hubiese levantado para hacerlo nosotros también.

—Ahora —prosiguió—, después de los que han muerto, vamos a hablar de los que han sobrevivido. Y a éstos les digo que, incluso en las circunstancias en que nos encontramos, deberán obedecerme, sean cuales fueren las órdenes que les dé. No toleraré la menor resistencia ni la menor vacilación. Soy el responsable de nuestra salvación común, y no cederé ni un ápice ante nadie. Mando aquí igual que a bordo...

—¡A bordo...! ¡Cuando ya ni tenemos navío! —se atrevió a responder el *sealing-master*.

—Te equivocas, Hearne, el navío está ahí, y lo pondremos a flote. Además, aunque tan sólo tuviéramos nuestra chalupa, sigo siendo el capitán... ¡Y pobre del que lo olvide!

Aquel día, después de haber tomado la altura con el sextante y establecido la hora con el cronómetro, que no se había roto con la colisión, el capitán Len Guy obtuvo la posición siguiente, de acuerdo con sus cálculos:

Latitud sur: 88° 55'.

Longitud oeste: 39° 12'.

Por tanto, la *Halbrane* se encontraba, tan sólo, a un grado y cinco minutos —es decir, sesenta y cinco millas— del polo austral.

VIII. El golpe de gracia

—¡A la faena! —dijo el capitán Len Guy y, desde aquella misma tarde, cada cual se dedicó a ella con energía.

No teníamos ni un minuto que perder. No hubo nadie que no comprendiese que el problema del tiempo era primordial. Por lo que respecta a los víveres, la goleta transportaba todavía los suficientes para dieciocho meses a ración completa. Así es que el hambre no constituiría una amenaza y, mucho menos la sed, pese a que las cajas del agua quedaron destrozadas a consecuencia de la sacudida y dejaron escapar el líquido que contenían a través de las fisuras de la tablazón.

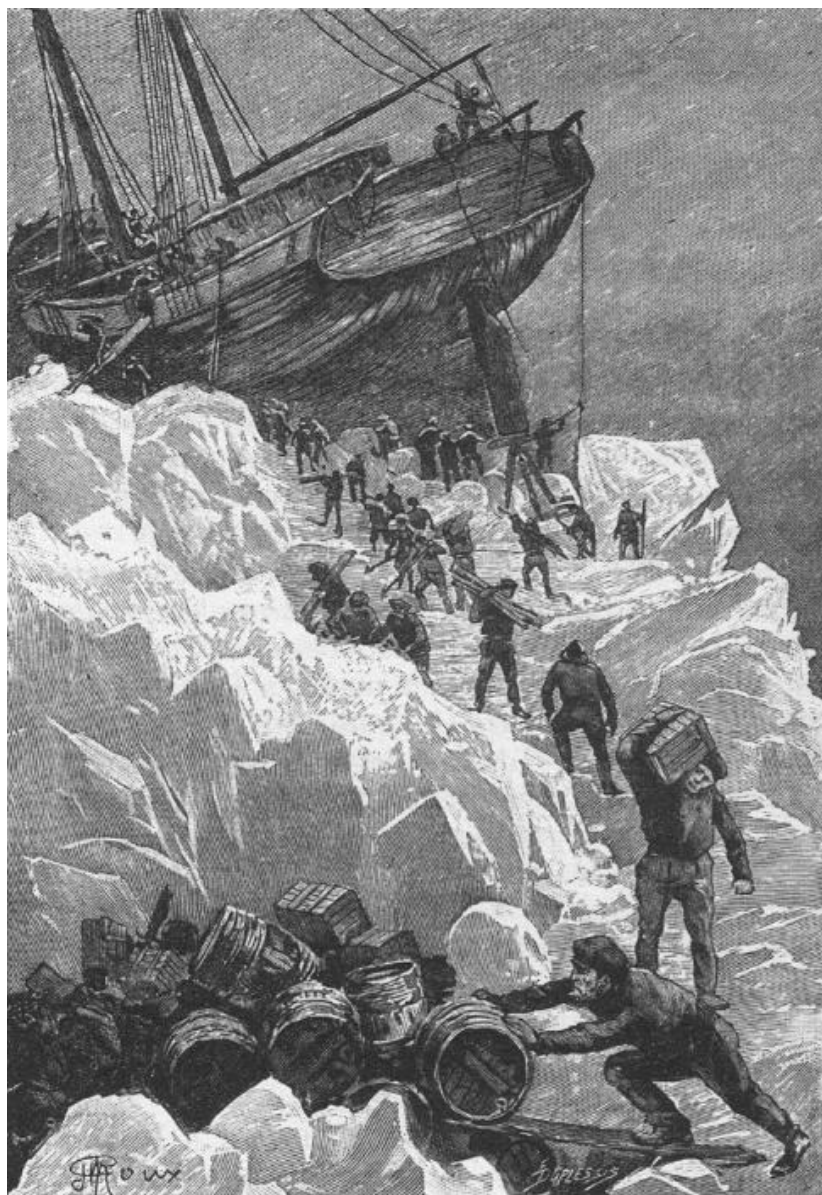
Por fortuna, los toneles de ginebra, de *whisky*, de cerveza y de vino, estibados en la parte de la bodega que sufrió menos desperfectos, estaban casi todos ellos intactos. Así es que, por eso lado, no tendríamos nada que temer, y el mismo iceberg sería el encargado de proveernos de agua potable.

Es bien sabido que el hielo, ya haya sido formado a partir del agua potable o la de la de mar, está desprovisto de sal. Con la transformación del estado líquido en sólido, el cloruro sódico queda totalmente eliminado. Por tanto, parece ser que carece de importancia que el agua potable se extraiga de hielo procedente de uno u otro tipo de formación. Sin embargo, debe concedérsele siempre la preferencia a la que provenga de unos bloques de hielo fáciles de conocer por su colorido casi verdoso y por su perfecta transparencia. Se trata de la lluvia solidificada, infinitamente más conveniente para servir de bebida.

Sin duda alguna y como hombre acostumbrado a los mares polares, nuestro capitán hubiese reconocido sin dificultad los bloques de aquella especie; pero no podía haber ninguno sobre nuestro iceberg, puesto que era su parte sumergida antes de la

voltereta la que ahora emergía.

El capitán Len Guy y Jem West decidieron que, en primer lugar, y a fin de aligerar el peso de la goleta, se desembarcaría todo lo que se encontrara a bordo. La arboladura y el aparejo tuvieron que ser desmontados y después transportados a la planicie. Era muy importante que quedara el menor peso posible, por lo que quitamos incluso el lastre, con vistas a la difícil y peligrosa operación del lanzamiento. Valía más que la partida se retrasase algunos días a fin de que la operación se llevase a cabo en las mejores condiciones. Su carga podría efectuarse inmediatamente después, sin que llegase a ofrecer grandes dificultades.



Pero, además de esta razón determinante, existía otra no menos seria. Y en efecto, teniendo en cuenta la peligrosa situación en que se encontraba sobre el flanco del iceberg, hubiese sido una imprudencia inexcusable dejar las provisiones en los pañoles de la *Halbrane*. ¿Acaso no bastaría con una simple sacudida para que

podiese desprenderse? ¿No acabaría faltándole el punto de apoyo si los bloques de su cama se desplazaban? Y, entonces, ¡con él habrían desaparecido aquellas provisiones que deberían garantizar nuestra supervivencia!

Desde aquel mismo día se empezaron a descargar las cajas de carne semisalada, de legumbres secas, de harina, de bizcochos, de té y de café; los barriles de ginebra, de *whisky*, de vino y de cerveza, que fueron retirados de la bodega y de los paños, y después colocados a buen recaudo, en una de las anfractuosidades próximas a la *Halbrane*.

También hubo que prevenir a la chalupa contra cualquier accidente e, incluso, añadiría que contra las intenciones de Hearne y algunos de su banda de, tal vez, apropiársela a fin de reemprender la ruta de la banquisa.

La gran chalupa, con su juego de remos, su timón, su boza, su rezón, su arboladura y sus velas, se colocó, pues, a una treintena de pies, a la izquierda de la goleta, en el fondo de una cavidad que sería fácil de vigilar. Durante el día no habría nada que temer. Pero durante la noche o, más bien, durante las horas de sueño, el *bosseman* o cualesquiera de los maestros montarían guardia cerca de aquella cavidad y, a buen seguro, la chalupa se encontraría al abrigo de cualquier mala intención.

Los días 19, 20 y 21 de enero se emplearon en la doble tarea del transporte del cargamento y de la desarmoladura de la *Halbrane*. Se levantaron los palos bajos gracias a unas vergas con las que se formaron cabrias. Más tarde, Jem West trataría de reemplazar los palos de la gavia y de la espiga y, en todo caso, no serían indispensables de cara a nuestro regreso a las Malvinas o a cualquier otro punto de invernada.

No hay ni que decir que se estableció un campamento, no lejos de la *Halbrane*, sobre la planicie de la que ya he hablado. Varias tiendas, montadas con velas dispuestas sobre tablones de pino y sujetadas por falsos brazos, recubrían las literas de los camarotes y del sollado, y ofrecían abrigo suficiente contra las inclemencias atmosféricas, ya bastante frecuentes en aquella época del año. Por lo demás, el tiempo seguía siendo bueno, se veía favorecido por una brisa constante del noreste, y la temperatura subió a 46° F (7,78° centígrados). En cuanto a la cocina de Endicott, se instaló en el

fondo de la planicie, cerca de un contrafuerte cuya pendiente, muy alargada, permitía alcanzar la cima del iceberg.

Debo reconocer que, durante aquellos tres días de trabajo de lo más fatigoso, no hubo nada que reprochar a Hearne. El *sealing-master* sabía que era objeto de una vigilancia muy especial, al igual que sabía que el capitán Len Guy no se andaría con miramientos si se dedicaba a incitar a sus camaradas a la insubordinación. Era una pena que sus malos instintos lo hubiesen llevado a aquella postura, puesto que su fortaleza, su habilidad y su inteligencia podían haber hecho de él un hombre realmente precioso y, en realidad, nunca se mostró tan útil como en aquellas circunstancias. ¿Habrían cambiado sus intenciones...? ¿Habría comprendido que la salvación común dependía de la buena armonía, también común...? No podía saberlo, pero no me fiaba de él, y Hurliguerly, por su parte, tampoco.

No tengo ni que insistir sobre el entusiasmo que el mestizo desplegaba en todos aquellos duros trabajos, siendo siempre el primero y el último en la faena, haciendo el trabajo de cuatro hombres, durmiendo apenas unas cuantas horas y no reposando más que en el momento de las comidas, que seguía haciendo aparte. Apenas me había dirigido la palabra desde el momento en que la goleta fue víctima de aquel terrible accidente. Además, ¿qué habría podido decirme...? ¿Acaso yo no pensaba, al igual que él, que habría que renunciar a cualquier esperanza de proseguir aquella desgraciada campaña...?

En ocasiones veía a Martin Holt y al mestizo, el uno junto al otro, ocupándose de cualquier maniobra difícil. Nuestro maestro velero no desperdiciaba ninguna oportunidad de acercarse a Dirk Peters, quien siempre lo rehuía por las razones que ya conocemos. Y cuando recordaba la confianza que me hizo sobre el supuesto Parker, el propio hermano de Martin Holt, sobre aquella espantosa escena del *Grampus*, me horrorizaba profundamente. No me cabía ninguna duda de que, si su secreto hubiese sido desvelado, el mestizo se habría convertido en el objeto de una repulsa total. Se habría olvidado que era el salvador del maestro velero y, éste, al saber que su hermano... Afortunadamente, aquel secreto tan sólo lo conocíamos Dirk Peters y yo.

Mientras que se llevaba a cabo la descarga de la *Halbrane*, el

capitán Len Guy y el segundo estudiaron el problema de su lanzamiento, problema lleno de dificultades, por supuesto. Se trataba de salvar aquella altura de un centenar de pies comprendida entre la cama sobre la que yacía la goleta y el nivel de la mar, por medio de un cauce excavado según un trazado oblicuo sobre el flanco este del iceberg, cauce que debería medir, al menos, doscientas o trescientas toesas de longitud. Así es que, mientras que un primer equipo, dirigido por el *bosseman*, se ocupaba de descargar la goleta, otro, a las órdenes de Jem West, comenzó el trazado entre los bloques que se erguían sobre aquel lado de la montaña flotante.

¿Flotante...? No sé por qué me sirvo de esta palabra, puesto que ya no flotaba. Inmóvil como una isla, nada nos autorizaba a pensar que volviese nunca a ponerse a derivar. Otros icebergs —muy numerosos— pasaban frente a nosotros, dirigiéndose hacia el sudeste, mientras que el nuestro seguía «al paio», tal y como decía Dirk Peters. ¿Acabaría por minarse su base y, así, desprenderse del fondo submarino...? ¿Iría a chocar contra él cualquier pesada masa de hielo y lo soltaría con el choque...? Nadie podía preverlo, y no podíamos contar más que con la *Halbrane* para abandonar definitivamente aquellos parajes.

Aquellos diferentes trabajos duraron hasta el 24 de enero. La atmósfera estaba tranquila, la temperatura no descendía e, incluso, la columna termométrica ganó dos o tres grados. Por eso, el número de icebergs que bajaban del noroeste —un centenar y cuya colisión hubiera podido tener graves consecuencias— aumentaba.

Hardie, el maestro calafate, acometió, primero, la reparación del casco, de las cabillas que cambiar, de las puntas de la tablazón que reemplazar y de las costuras que calafatear. No le faltaba nada para poder acometer aquel trabajo, y teníamos la seguridad de que se llevaría a cabo en buenas condiciones. En medio del silencio de aquellas soledades retumbaban los martillazos que golpeaban los clavos en la tablazón, así como los mazazos que reemplazaban la estopa entre sus costuras. A aquellos ruidos se unían los gritos ensordecedores de las gaviotas, las negretas, los albatros y los petreles, que volaban formando círculos sobre la cima del iceberg.

Cuando me encontraba a solas con el capitán Len Guy y Jem West, nuestra situación actual, los medios para salir de ella y las

posibilidades de conseguirlo eran, como puede suponerse, el principal tema de nuestras conversaciones. El segundo tenía sus esperanzas y, a condición de que no ocurriera ningún accidente hasta entonces, estaba seguro de lograr la operación de lanzamiento de la goleta. El capitán Len Guy, por su parte, se mostraba más reservado. Por otro lado, ante la idea de que tendría que renunciar definitivamente a toda esperanza de encontrar a los supervivientes de la *Jane*, sentía como si su corazón se desgarrase...

Y, en efecto, cuando la *Halbrane* se encontrase a punto para volver a navegar, cuando Jem West le preguntase hacia qué rumbo se dirigirían, ¿se atrevería a responderle «rumbo al sur»...? No, puesto que entonces ni los nuevos ni la mayor parte de los veteranos de la tripulación lo hubiesen seguido. Continuar la búsqueda en aquella dirección, ir más allá del polo sin tener la certeza de que podrían alcanzar el océano Indico, a defecto del Atlántico, hubiese sido una temeridad que ningún navegante se hubiese permitido. Si cualquier continente cerraba el paso a la mar por aquel lado, la goleta se hubiese visto expuesta a ser acorralada por la masa de icebergs, y con la imposibilidad total de verse libre de ellos antes de que llegase el invierno austral...

En aquellas condiciones, tratar de conseguir que el capitán Len Guy prosiguiera su campaña, hubiese sido exponerse a una negativa formal. Aquello era algo que no se le podía proponer, ya que, por el contrario, se imponía la necesidad de regresar hacia el norte, de no continuar ni un solo día más en aquella parte de la mar antártica. Sin embargo, si bien tomé la resolución de no hablar sobre aquel tema con el capitán Len Guy, no perdía la ocasión de tratarlo con el *bosseman*.

Frecuentemente, una vez acabada la faena, Hurliguerly se me acercaba y hablábamos, rememorando hechos de aquel viaje.

Un día, cuando nos encontrábamos sentados en la cima del iceberg, con la mirada fija en aquel decepcionante horizonte, exclamó:

—¡Quién hubiese pensado nunca, señor Jeorling, cuando la *Halbrane* partió de las Kerguelen, que seis meses y medio más tarde[114] se vería colgada del flanco de una montaña de hielo en estas latitudes!

—Y es tanto más lamentable —le respondí— si tenemos en

cuenta que, sin este accidente, hubiésemos podido alcanzar nuestro objetivo y ya habríamos reemprendido la ruta de regreso.

—No estoy de acuerdo con ello —respondió el *bosseman*—, pero usted dice que ya habríamos alcanzado nuestro objetivo... ¿Quiere usted decir que ya habríamos encontrado a nuestros compatriotas...?

—Tal vez, *bosseman*.

—Y yo no lo creo, señor Jeorling, pese a que fuese no sólo el principal, sino el único objetivo de esta navegación a través del océano polar...

—El único..., sí..., al principio —insinué—. Pero, después de haber oído las declaraciones del mestizo sobre Arthur Pym...

—¡Ah...! ¿Sigue usted con esas ideas, señor Jeorling..., al igual que el bueno de Dirk Peters...?

—Sí, Hurliguerly, y ha sido preciso que un deplorable e imprevisto accidente nos hiciese encallar en pleno puerto...

—Le dejo con sus ilusiones, señor Jeorling, y puesto que usted cree que hemos encallado en pleno puerto...

—¿Acaso no es así?

—Sea, pero, en todo caso, ¡menudo escollo! —declaró el *bosseman*—. En vez de encontrarnos con un honrado bajío, hemos ido a encallar por todos los aires...

—Por eso creo que puedo decir que es una desgraciada circunstancia, Hurliguerly...

—Desgraciada, sin duda alguna; pero, en mi opinión, habría que ver en ella como una advertencia.

—¿Cuál...?

—Que no está permitido aventurarse tan lejos por estas regiones, y ¡me parece que el Creador prohíbe a sus criaturas que se lleguen hasta los polos de la Tierra!

—Sin embargo, ese objetivo no se encuentra más que a una sesentena de millas...

—De acuerdo, señor Jeorling. Pero esas sesenta millas son tantas como un millar cuando no se dispone de ningún medio para recorrerlas... Y si el lanzamiento de la goleta no tiene éxito, ¡nos veremos condenados a una internada que no desearía, siquiera, a los osos polares!

No respondí más que con un movimiento de cabeza que no pudo

confundir a Hurliguerly.

—¿Sabe usted en qué pienso con frecuencia, señor Jeorling...?
—me preguntó.

—¿En qué, *bosseman*...?

—En las Kerguelen, ¡cuya ruta no reemprenderemos! ¡Es cierto que en la mala estación se disfruta allí de un buen frío...! No es muy grande la diferencia entre este archipiélago y las islas situadas en los límites de la mar antártica... Pero, en fin, está muy cerca del Cabo, y si a uno le apetece ir allí a calentarse las pantorrillas, ¡no se encuentra con una banquisa que le cierre el paso...! Mientras que aquí, en medio de estos hielos, ¿cómo demonios soltar las amarras? Y, además, nunca podríamos saber si íbamos a encontrar la puerta abierta...

—Se lo repito, *bosseman*, si no hubiese sido por este último accidente, todo habría acabado ya de una u otra forma. Todavía nos quedarían más de seis semanas para salir de los mares australes. En fin, es muy extraño que a un navío le ocurra lo que a nuestra goleta, es una auténtica mala suerte que, después de haber disfrutado de todas esas circunstancias tan afortunadas...

—Se acabaron esas circunstancias, señor Jeorling —exclamó Hurliguerly—, y me temo que...

—¿Cómo..., usted también..., *bosseman*..., usted, al que siempre he visto tan optimista...?

—¡El optimismo, señor Jeorling, eso se gasta igual que los fondillos de los pantalones...! ¿Qué quiere usted...? Cuando me comparo con Atkins, mi compadre, confortablemente instalado en su magnífica posada; cuando pienso en el *Cormorán Verde*, en la gran sala de abajo, en las mesitas sobre las que se degusta el *whisky* o la ginebra con un amigo mientras la estufa zumba más fuerte de lo que lo hace el catavientos sobre el tejado..., pues bien, la comparación no es muy ventajosa para nosotros y, en mi opinión, maese Atkins probablemente ha comprendido mucho mejor la vida...

—¡Eh! ¡Volverá usted a verlo, al bueno de Atkins, *bosseman*, y al *Cormorán Verde*, y a las Kerguelen...! ¡Por Dios, no se desanime...! Porque si usted, un hombre resuelto y con sentido común, ya desespera...

—¡Oh! Si sólo fuese por mí, señor Jeorling, ¡no sería más que un

mal menor!

—¿Acaso la tripulación...?

—Sí... y no... —respondió Hurliguerly—; pero sé de algunos que no están satisfechos.

—¿Hearne ha vuelto a recriminar y a azuzar a sus camaradas...?

—Abiertamente, al menos, no, señor Jeorling, y desde que lo vigilo no he visto ni oído nada. Además, sabe lo que le espera si mete la pata. Así es que, creo no equivocarme, el muy ladino ha cambiado sus amuras. Y lo que no me sorprende en él me sorprende en Martin Holt, nuestro maestro velero.

—¿Qué quiere usted decir, *bosseman*...?

—¡Que ambos parecen entenderse muy bien...! Obsérvelos usted y verá cómo Hearne va en busca de Martin Holt, habla con frecuencia con él, y Martin Holt no le pone muy mala cara.

—Supongo que Martin Holt no es un hombre susceptible de escuchar los consejos de Hearne —respondí—, ni de secundarlo, si tratase de empujar a la tripulación a un motín...

—No, sin duda que no, señor Jeorling... Sin embargo, no me gusta verlos juntos... Ese Hearne es un peligro muy especial, y no tiene conciencia, y tal vez Martin Holt no desconfía lo suficiente de él...

—Pues hace mal, *bosseman*.

—Y... fíjese..., ¿sabe usted sobre lo que charlaban el otro día, en una conversación de la que me llegaron algunos fragmentos al oído...?

—Nunca me entero de las cosas hasta que usted me las cuenta, Hurliguerly.

—Pues bien, mientras charlaban sobre la cubierta de la *Halbrane*, los he oído hablar de Dirk Peters, y Hearne le decía: «No hay que estar resentido con el mestizo, maestro Holt, porque nunca haya querido responder a sus preguntas ni haya querido recibir sus muestras de agradecimiento... Pese a que no es más que una especie de bruto, posee un gran valor, y lo ha demostrado al librarle a usted de una buena con riesgo de su propia vida... Además, no olvide que formaba parte de la tripulación del *Grampus*, de la que su hermano Ned, si no me equivoco...».

—¿Ha dicho eso, *bosseman*...? —exclamé—. ¿Nombró el *Grampus*...?

—Sí..., el *Grampus*.

—¿Y a Ned Holt...?

—¡Precisamente, señor Jeorling!

—¿Y qué respondió Martin Holt...?

—Respondió: «¡Mi desdichado hermano, que ni siquiera sé en qué condiciones pereció...! ¿Fue durante la revuelta? ¡Valeroso como era, no debió de traicionar a su capitán, y tal vez fue masacrado...!».

—¿Y Hearne insistió, *bosseman*...?

—Sí..., y añadió: «¡Es muy triste para usted, maestro Holt...! El capitán del *Grampus*, por lo que me han contado, fue abandonado en una chalupa con dos o tres hombres... ¡Quién sabe si su hermano no se encontraría con él...!».

—¿Y después...?

—Después, señor Jeorling, añadió: «¿Acaso no se le ha ocurrido a usted la idea de pedirle a Dirk Peters que le informe...?». «Sí, en una ocasión —respondió Martin Holt— interrogué al mestizo al respecto, y nunca vi un hombre en un estado de abatimiento tal, y me dijo: “no lo sé..., no lo sé...” con una voz tan sorda que apenas podía entenderlo, y echó a correr al tiempo que escondía su cabeza entre las manos...».

—¿Eso es todo lo que oyó usted de esa conversación, *bosseman*...?

—Todo, señor Jeorling, y me pareció muy rara, y es por eso por lo que quería ponerlo a usted al corriente.

—¿Y qué conclusión ha sacado usted...?

—Nada, salvo que me parece que ese *sealing-master* es un bribón de la peor especie y que es capaz de estar ideando cualquier jugarreta, a la que le gustaría asociar a Martin Holt.

Y, en efecto, ¿qué significaba aquella nueva actitud de Hearne...? ¿Por qué trataba de aliarse con Martin Holt, uno de los mejores hombres de la tripulación...? ¿Por qué le recordaría las escenas del *Grampus*...? ¿Acaso Hearne sabría sobre Dirk Peters y Ned Holt más que los otros, un secreto del que el mestizo y yo creíamos ser los únicos depositarios...?

Todo aquello no dejó de causarme una seria inquietud. Sin embargo, me guardé de decirle nada a Dirk Peters. Si hubiese podido suponer, siquiera, que Hearne charlaba de lo ocurrido a

bordo del *Grampus*, si hubiese sabido que aquel bribón —como le llamaba, y no sin razón, Hurliguerly— no cesaba de hablar a Martin Holt de su hermano Ned, ¡no sé muy bien lo que hubiese podido ocurrir!

En definitiva, y fueren cuales fuesen las intenciones de Hearne, era realmente muy lamentable que nuestro maestro velero, con el que sin duda alguna debería contar el capitán Len Guy, estuviese liado con aquel hombre. No me cabía ninguna duda de que el *sealing-master* tendría sus razones para actuar de aquella forma... Cuáles eran, no podía adivinarlo. Así es que, pese a que la tripulación parecía haber abandonado cualquier propósito de rebelión, se imponía una severa vigilancia y, sobre todo, con respecto a Hearne.

Por lo demás, la situación iba a acabar muy pronto, al menos en lo concerniente a la goleta.

Dos días después acabaron los trabajos. Se terminó de reparar el casco y de excavar el cauce de lanzamiento hasta la base de nuestra montaña flotante.

Por aquellos días, y puesto que el hielo se encontraba bastante reblandecido por sus capas superiores, aquel último trabajo no exigió grandes esfuerzos con el pico y la pala. El cauce rodeaba oblicuamente el flanco oeste del iceberg, de tal forma que no ofrecía una pendiente demasiado inclinada. Con calabrotes de retención convenientemente dispuestos parecía que el deslizamiento podría realizarse sin ocasionar destrozos. Lo que yo temía, más que nada, era que el aumento de temperatura no lo hiciese menos fácil hacia el fondo del cauce.

No hay ni que decir que el cargamento, la arboladura, las anclas y las cadenas, nada de todo aquello quedó a bordo. El casco ya era de por sí lo bastante pesado y poco manejable, y debería encontrarse lo más aligerado posible. Cuando la goleta se encontrase, de nuevo, en su elemento, rearmarla sería asunto de unos cuantos días.

Por la tarde del día 28 se tomaron las últimas disposiciones. Fue necesario apuntalar lateralmente el cauce en algunos puntos en los que se estaba acentuando la fusión del hielo. Después se concedió descanso a todo el mundo a partir de las cuatro de la tarde. El capitán Len Guy ordenó doblar la ración a sus hombres y,

realmente, se merecían aquel aumento de *whisky* y ginebra, puesto que habían trabajado muy duramente toda aquella semana.

Repito que cualquier germen de indisciplina parecía haber desaparecido desde que Hearne no incitaba a sus camaradas. La tripulación —podemos decir que toda ella— no se preocupaba más que de aquella operación de lanzamiento. ¡Con la *Halbrane* sobre la mar, podríamos partir..., podríamos regresar...! ¡Pero, también es cierto que, tanto para Dirk Peters como para mí, aquello significaría el abandono definitivo de Arthur Pym...!

La temperatura de aquella noche fue una de las más elevadas que experimentamos hasta entonces. El termómetro marcaba 53° F (11,67° centígrados). Así es que, pese a que el sol comenzaba a aproximarse al horizonte, el hielo fundía, y mil y un arroyuelos corrían por todas partes.

Los más madrugadores se levantaron a las cuatro de la mañana, y yo me encontraba entre ellos. Apenas dormí, je imagino que Dirk Peters, por su parte, no pudo conciliar el sueño a causa de la desoladora perspectiva de tener que regresar...!

La operación de lanzamiento debería comenzar a las diez. Contando, incluso, con los posibles retrasos derivados de las minuciosas precauciones que convendría tomar, el capitán Len Guy esperaba que todo hubiese acabado al final de la jornada. Nadie ponía en duda que, por la noche, la goleta habría descendido hasta, al menos, la base del iceberg.

No hay ni que decir que todos teníamos que echar una mano en aquella difícil maniobra. A cada cual se le asignó un punto sobre el que debería situarse —a los unos para facilitar el deslizamiento con rodillos de madera, si es que se hacía necesario, mientras que a los otros, por el contrario, para moderarlo en el caso de que el descenso amenazase con llevarse a cabo con excesiva rapidez y hubiese que frenar el casco por medio de calabrotes y guindalezas dispuestas al efecto.

El desayuno se acabó a las nueve bajo las tiendas. Nuestros marineros, confiados, no pudieron evitar beber un último trago por el éxito de la operación, y unimos nuestros hurras un poco prematuros a los suyos. Por lo demás, las medidas a tomar estaban concebidas con tanta sagacidad por el capitán Len Guy y el segundo, que el lanzamiento ofrecía posibilidades muy serias de que

acabase siendo todo un éxito.

Finalmente, nos disponíamos a dejar el campamento y a ocupar nuestros puestos —algunos marineros ya se encontraban en los suyos—, cuando se oyeron gritos de estupefacción y de espanto.

¡Qué horroroso espectáculo y, por muy corto que haya sido, qué inefable impresión de terror dejó en nuestros corazones!

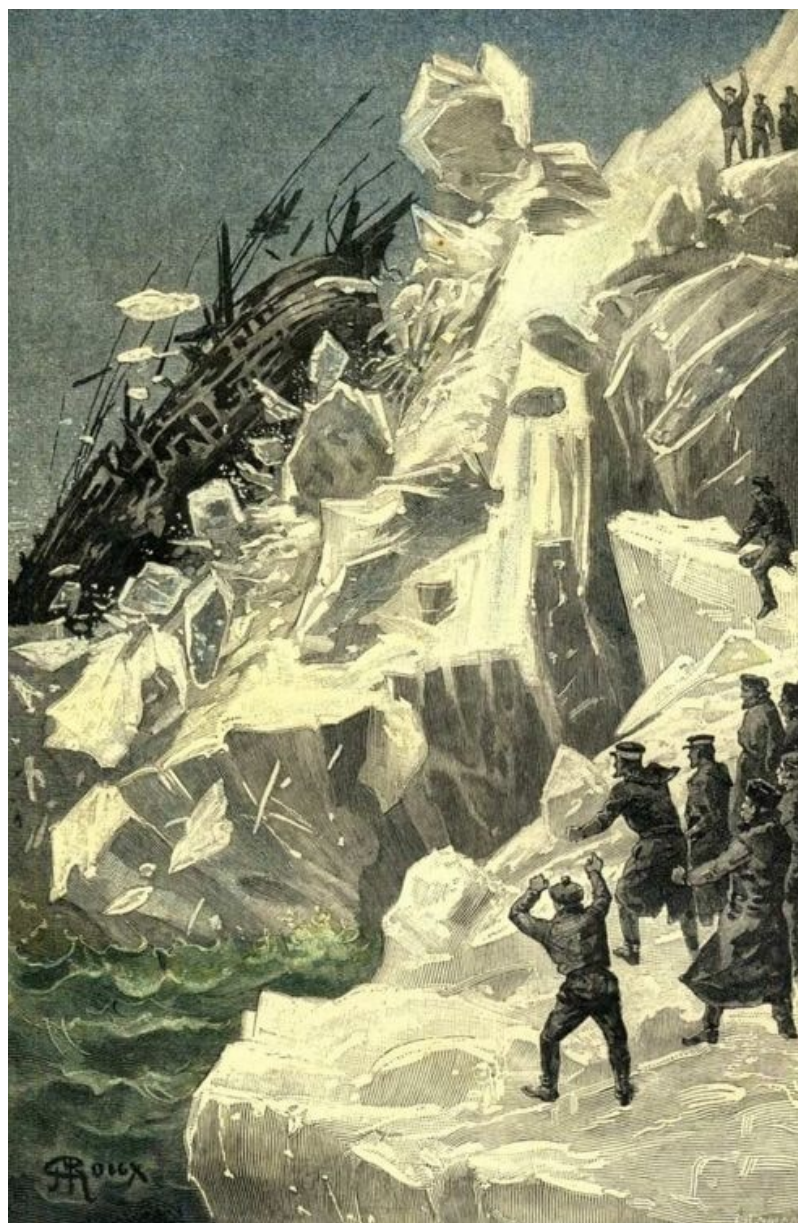
Uno de aquellos enormes bloques que formaban el talud de la cama sobre la que yacía la *Halbrane*, desequilibrado por la fusión de su base, rodaba cuesta abajo, dando enormes saltos por encima de los bloques...

Un instante después, la goleta, al no tener ningún soporte, oscilaba sobre aquella pendiente.

Se encontraban a bordo, sobre la cubierta, a proa, dos hombres, Rogers y Gratian... En vano aquellos desdichados quisieron saltar por encima del empalletado, pues no tuvieron tiempo suficiente y fueron arrastrados en aquella espantosa caída...

¡Sí! ¡Yo lo vi...! Vi volcarse a la goleta, deslizarse, primero, sobre su lado izquierdo, aplastar a uno de los enrolados, que tardó demasiado en echarse hacia un lado y, después, rebotar de bloque en bloque para precipitarse, finalmente, en el vacío...

¡Un segundo más tarde, reventada, desmembrada, con el casco abierto y el armazón roto, la *Halbrane* se hundía al tiempo que hacía saltar un enorme surtidor de agua al pie del iceberg...!



IX. ¿Qué hacer?

Alelados... ¡Sí! ¡Era el alelamiento total, después de que la goleta, arrastrada como una roca por una avalancha, hubiese desaparecido en el abismo...! No quedaba nada de nuestra *Halbrane*, ¡ni siquiera el pecio...! ¡A cien pies de altura no hacía más que unos instantes y ahora a quinientos pies en las profundidades de la mar...! ¡Sí! El alelamiento total, y que ni siquiera nos permitía pensar en los peligros del futuro... ¡el alelamiento total de aquellos que, tal y como suele decirse, no pueden creer lo que están viendo sus ojos...!

Después fue la postración la que, como reacción natural, se apoderó de todos. No se escuchó ni un solo grito, no se vio ni un solo gesto. Estábamos inmóviles, con los pies clavados en el suelo de hielo. ¡Ninguna expresión podría expresar el horror de aquella situación!

En cuanto a Jem West, el segundo, vi cómo una gruesa lágrima rodaba por sus mejillas después de que la goleta se hundiese bajo las aguas. ¡Aquella *Halbrane* que tanto amaba estaba destruida! ¡Sí! Aquel hombre de un carácter tan enérgico lloraba...

Tres de los nuevos acababan de perecer..., ¡y de qué forma tan horrorosa...! Rogers y Gratian, dos de nuestros más fieles marineros, ¡a los que vi cómo extendían sus brazos, espantados, cómo salían proyectados después, a causa de los rebotes de la goleta, y cómo se hundían, más tarde, con ella...! Y aquel otro de los nuevos, un americano, que fue aplastado al paso de la goleta, y del que no quedaba más que una masa informe que yacía sobre una marea de sangre... ¡Eran tres nuevas víctimas —desde hacía diez días— a inscribir en la necrología de aquella funesta campaña...! ¡Ah! ¡La suerte, que tanto nos favoreció hasta el momento en que la *Halbrane* fue arrancada de su elemento, nos asestaba de nuevo uno

de sus furiosos golpes...! Y, de todos ellos, ¿no sería este último el más rudamente asestado y, no sería, incluso, el de la muerte...?

El silencio se rompió, entonces, con tumultuosos estallidos de voces, de gritos de desesperanza, justificados todos ellos por aquella irremediable desgracia... ¡Y más de uno se diría, sin duda, que hubiese sido mejor haberse encontrado a bordo de la *Halbrane* mientras rebotaba sobre los flancos de aquel iceberg...! ¡Todo habría acabado..., como para Rogers y Gratian...! ¡Aquella insensata expedición habría tenido el desenlace que tantas temeridades y tantas imprudencias se merecía...!

Finalmente, el instinto de conservación fue más fuerte y, salvo Hearne, que, aparte, afectaba estar callado, al menos sus camaradas gritaron:

—¡A la chalupa..., a la chalupa!

Aquellos desdichados ya no se controlaban. El espanto los confundía. Acababan de lanzarse hacia la anfractuosidad en la que nuestra única embarcación, insuficiente para todos, fue puesta al abrigo cuando se descargó la goleta.

El capitán Len Guy y Jem West se lanzaron fuera del campamento. Me uní a ellos rápidamente, seguido por el *bosseman*. Estábamos armados y decididos a hacer uso de nuestras armas. Teníamos que impedir que aquellos locos se apoderasen de la chalupa... ¡No era propiedad de unos cuantos..., sino de todos...!

—¡Aquí..., marineros! —gritó el capitán Len Guy.

—¡Aquí —repitió Jem West—, o haremos fuego sobre el primero que dé un paso más!

Ambos, con las manos extendidas, los amenazaban con sus pistolas. El *bosseman* apuntaba su fusil hacia ellos... Yo tenía mi carabina dispuesta a echármela al hombro...

¡Fue en vano...! Aquellos locos no escuchaban nada, no querían oír nada, y uno de ellos, en el momento en que franqueó el último bloque, cayó alcanzado por una bala disparada por el segundo. Sus manos parecieron querer agarrarse al talud y, desliziéndose sobre las vueltas heladas de sus botas, desapareció en el abismo.

¿Sería aquél el principio de la masacre...? ¿Irían algunos otros a hacerse matar en aquel mismo lugar...? ¿Los veteranos de la tripulación se pondrían de parte de los nuevos...?

Pude ver, en aquel momento, cómo Hardie, Martin Holt, Francis

Burry y Stern dudaban si ponerse de nuestra parte, mientras que Hearne, inmóvil a pocos pasos de allí, se guardaba de dar ninguna muestra de ánimo a los amotinados.

Sin embargo, no podíamos permitir que se apoderasen de la chalupa, que fuesen capaces de descenderla, capaces de embarcarse en ella diez o doce de entre ellos; capaces, finalmente, de abandonarnos sobre aquel iceberg y sin posibilidades de volver a embarcarnos.

Y como si se encontrasen en el límite del terror, inconscientemente del peligro, sordos a las amenazas, iban a alcanzar la embarcación, cuando sonó un segundo disparo, hecho por el *bosseman*, que alcanzó a uno de los marineros, que cayó muerto, con el corazón atravesado.

¡Un americano y un fueguino de menos entre los decididos partidarios del *sealing-master*!

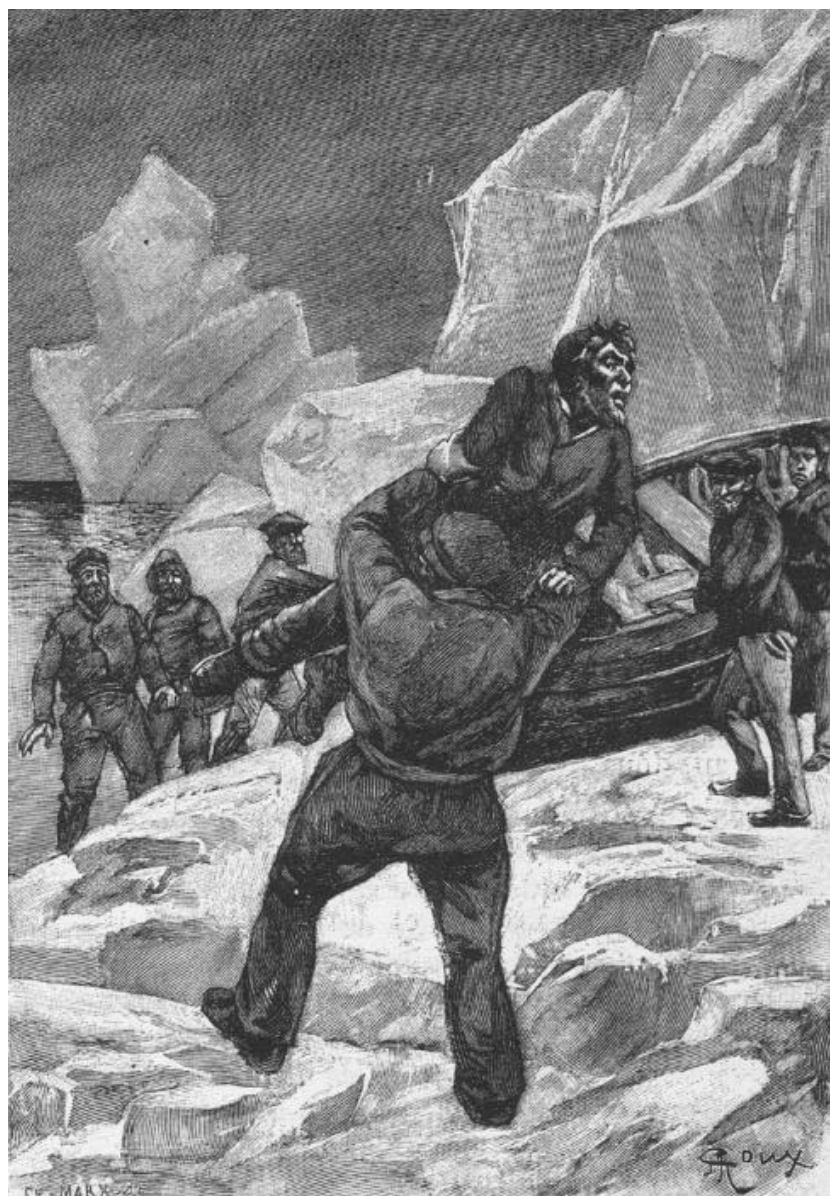
Entonces, delante de la chalupa se interpuso un hombre.

Era Dirk Peters, que había trepado por la pendiente opuesta.

El mestizo puso una de sus enormes manos sobre la roda y, con la otra, hizo un signo a aquellos locos para que se alejaran.

Con Dirk Peters allí ya no teníamos por qué hacer uso de nuestras armas, ya que él solo se bastaba para defender la embarcación.

Y, en efecto, como quiera que cinco o seis de los marineros continuasen avanzando, fue hacia ellos, cogió al más cercano por la cintura, lo levantó en vilo y lo lanzó rodando a diez pasos de distancia y, al no poder agarrarse a nada, aquel desdichado habría caído a la mar si no hubiese sido por Hearne, que pudo cogerlo a tiempo.



¡Con dos muertos a balazos ya era suficiente!

Ante aquella intervención del mestizo, el motín se apagó de repente. Además, nosotros ya habíamos llegado a la chalupa y, con nosotros, aquellos de nuestros hombres a los que no les duró mucho la duda.

Pero, pese a ello, los otros nos superaban en número.

El capitán Len Guy, con los ojos llenos de ira, apareció seguido por Jem West, siempre impasible. No le fue posible pronunciar ni una sola palabra durante unos instantes, pero su mirada decía todo lo que sus labios no podían decir. Finalmente, habló con una voz terrible.

—¡Debería trataros a todos como unos malhechores —exclamó— y, sin embargo, no quiero ver en vosotros más que a locos...! ¡Esta chalupa no es de nadie, es de todos nosotros...! ¡Es ahora nuestro único medio de salvación, y la habéis querido robar..., robarla cobardemente...! ¡Oíd bien lo que voy a deciros por última vez...! ¡Esta chalupa de la *Halbrane* es la misma *Halbrane*...! ¡Yo soy su capitán, y pobre del que no me obedezca!

Al decir aquellas últimas palabras, el capitán miraba a Hearne, que, con ellas, quedaba advertido. Por lo demás, el *sealing-master* no participó en aquella última disputa o, al menos, no lo hizo abiertamente. Sin embargo, a nadie le cabía duda alguna de que fue él quien empujó a sus camaradas a que se apoderasen de la chalupa, quien tuvo la idea de excitar sus ánimos.

—Al campamento —dijo el capitán Len Guy—, y tú, Dirk Peters, quédate aquí.

Por toda respuesta, el mestizo movió su cabeza de abajo arriba y se instaló en su puesto.

La tripulación regresó al campamento sin oponer la menor resistencia. Una vez allí, los unos se echaron sobre sus camastros, mientras que los otros se dispersaron por los alrededores.

Hearne no trató ni de unirse a ellos, ni de acercarse a Martin Holt.

Ahora, cuando los marineros estaban condenados a la ociosidad, tan sólo quedaba examinar la situación, que tanto había empeorado, y tratar de encontrarle una salida.

El capitán Len Guy, el segundo y el *bosseman* se reunieron en consejo, y yo me uní a ellos.

El capitán Len Guy fue el primero en hablar.

—Hemos defendido nuestra chalupa, y seguiremos defendiéndola...

—¡Hasta la muerte! —dijo Jem West.

—Quién sabe —comenté yo— si no nos veremos obligados a

embarcar...

—En ese caso —prosiguió el capitán Len Guy—, como todos nosotros no podríamos embarcarnos, sería necesario echarlo a suertes. Sería la suerte la que designase a los que deberían partir, ¡y yo no exigiría que se me tratase de forma diferente que a los demás!

—Todavía no hemos llegado a esos extremos, ¡qué diablos! —respondió el *bosseman*—. El iceberg es sólido y no existe peligro alguno de que se funda antes de que llegue el invierno...

—No... —afirmó Jem West—, eso no hay por qué temerlo... Lo que es necesario es que, al mismo tiempo que vigilamos la chalupa, pongamos atención a los víveres...

—¡Por fortuna —añadió Hurliguerly—, hemos puesto el cargamento a buen recaudo...! ¡Pobre y querida *Halbrane*...! ¡Se habrá quedado en estos mares, al igual que la *Jane*, su hermana mayor!

«Sí, sin duda, pero por causas muy diferentes —pensaba yo—; la una, destruida por los salvajes de Tsalal, mientras que la otra, a causa de una de esas catástrofes que ninguna fuerza humana puede prever...».

—Tienes razón, Jem —prosiguió el capitán Len Guy—, tendremos que impedir que nuestros hombres se dediquen al pillaje. Tenemos víveres suficientes para todo un año, y eso sin contar con lo que nos proporcionará la pesca...

—Y es tanto más necesario vigilarlos, capitán —respondió el *bosseman*—, si tenemos en cuenta que ya he visto merodear alrededor de los toneles de *whisky* y ginebra...

—¡Qué no serían capaces de hacer esos desdichados si se vieran sumidos en las locuras y los furores de la embriaguez...! —exclamé.

—Tomaré las medidas necesarias —respondió el segundo.

—Pero —pregunté entonces— ¿no deberemos prever la posibilidad de tener que invernar en este iceberg...?

—¡Dios nos libre de tan terrible eventualidad...! —respondió el capitán Len Guy.

—Después de todo —dijo el *bosseman*—, si fuese necesario saldríamos bien librados, señor Jeorling. Excavaríamos refugios en el hielo, de tal suerte que pudiéramos soportar los rigores del frío polar y mientrasuviésemos con qué saciar nuestra hambre...

En aquel momento me vinieron a la mente las terribles escenas

que tuvieron el *Grampus* por escenario y en las que Dirk Peters apuñaló a Ned Holt, el hermano de nuestro maestro velero... ¿Llegaríamos, tal vez, hasta aquellos extremos...?

Sin embargo, y antes de proceder a la instalación de cara a una internada de siete u ocho meses, ¿no sería mejor abandonar el iceberg, si era posible...?

Sobre este punto llamé la atención del capitán Len Guy y de Jem West.

La respuesta era difícil y fue precedida por un largo silencio.

Finalmente, el capitán Len Guy dijo:

—¡Sí! Sería lo mejor, y si nuestra embarcación pudiera contenernos a todos, con las provisiones necesarias para un viaje que duraría, al menos, tres o cuatro semanas, no dudaría en embarcarme en este mismo instante y en navegar hacia el norte...

—Pero —observé— nos veríamos obligados a navegar contra el viento y contra la corriente, y apenas nuestra goleta podría conseguirlo...; pero si, por el contrario, continuásemos hacia el sur...

—¿Hacia el sur...? —repitió el capitán Len Guy, que me miró como si tratase de leer en el fondo de mi pensamiento.

—¿Por qué no...? —le respondí—. Si el iceberg no se hubiese visto detenido en su marcha, tal vez habría derivado hacia alguna tierra en esa dirección, ¿y acaso la chalupa no podría conseguir lo que el iceberg hubiese sido capaz de llevar a cabo...?

El capitán Len Guy, sacudiendo la cabeza, mientras que Jem West guardaba silencio, no respondió.

—¡Eh! ¡Que nuestro iceberg acabará, finalmente, por levantar el ancla! —respondió Hurliguerly—. ¡No está sujeto al fondo como las Malvinas o las Kerguelen...! Por tanto, lo más seguro es esperar, puesto que la chalupa no puede embarcar a los veintitrés que somos.

—No es necesario embarcar a los veintitrés —insistí—. Bastaría con que cinco o seis de nosotros fuesen a la descubierta por la mar..., durante doce o quince días..., dirigiéndose hacia el sur...

—¡Hacia el sur...! —repitió el capitán Len Guy.

—Sin duda, capitán —añadí—. Usted no debe ignorar que los geógrafos admiten que las regiones antárticas están constituidas por un casquete continental...

—Los geógrafos no saben nada y no pueden saber nada tampoco —respondió fríamente el segundo.

—Además —añadí—, sería lamentable que no tratásemos de resolver el tema del continente polar, ya que nos encontramos tan cerca...

Me pareció que no sería conveniente seguir insistiendo, al menos por el momento.

Además, el envío de nuestra única embarcación a la descubierta presentaba ciertos peligros, ya sea porque la corriente podría arrastrarla demasiado lejos, ya porque no nos volviese a encontrar en el mismo sitio. Y, en efecto, si el iceberg acababa por soltarse del fondo, por reemprender su interrumpida marcha, ¿qué sería de los hombres embarcados en la chalupa...?

La desgracia era que la embarcación fuese demasiado pequeña para que pudiéramos embarcarnos todos con las provisiones necesarias. Pero de los veteranos de a bordo quedaban diez hombres —contando a Dirk Peters—, mientras que de los nuevos quedaban trece, es decir, un total de veintitrés. Y el máximo que la chalupa podría embarcar sería entre once y doce personas. Por tanto, once de nosotros deberían quedar abandonados sobre aquel islote de hielo..., aquellos a los que designase la suerte... Pero los que se fueran, ¿qué sería de ellos...?

A este respecto, Hurliguerly hizo una observación que valía la pena detenerse a estudiarla.

—Después de todo —dijo—, no estoy muy seguro de que los que llegasen a embarcar se vieran más favorecidos que los que no se embarcasen... ¡Tengo tales dudas que, por lo que a mí respecta, dejaría voluntariamente mi plaza al que la quisiera!

¿Tendría razón el *bosseman*...? Pero mi intención, cuando pedía que se utilizase la chalupa, no era otra que la de efectuar un reconocimiento por las aguas donde navegaba el iceberg. Finalmente, y como conclusión, se decidió tomar las disposiciones necesarias de cara a una invernada, incluso si nuestra montaña volvía a marchar a la deriva...

—¡Nos costará mucho trabajo que nuestros hombres lleguen a aceptarlo! —declaró Hurliguerly.

—No nos queda otro remedio —respondió el segundo—, así es que, desde hoy, ¡a la faena!

Triste jornada aquella en la que se iniciaron dichos preparativos.

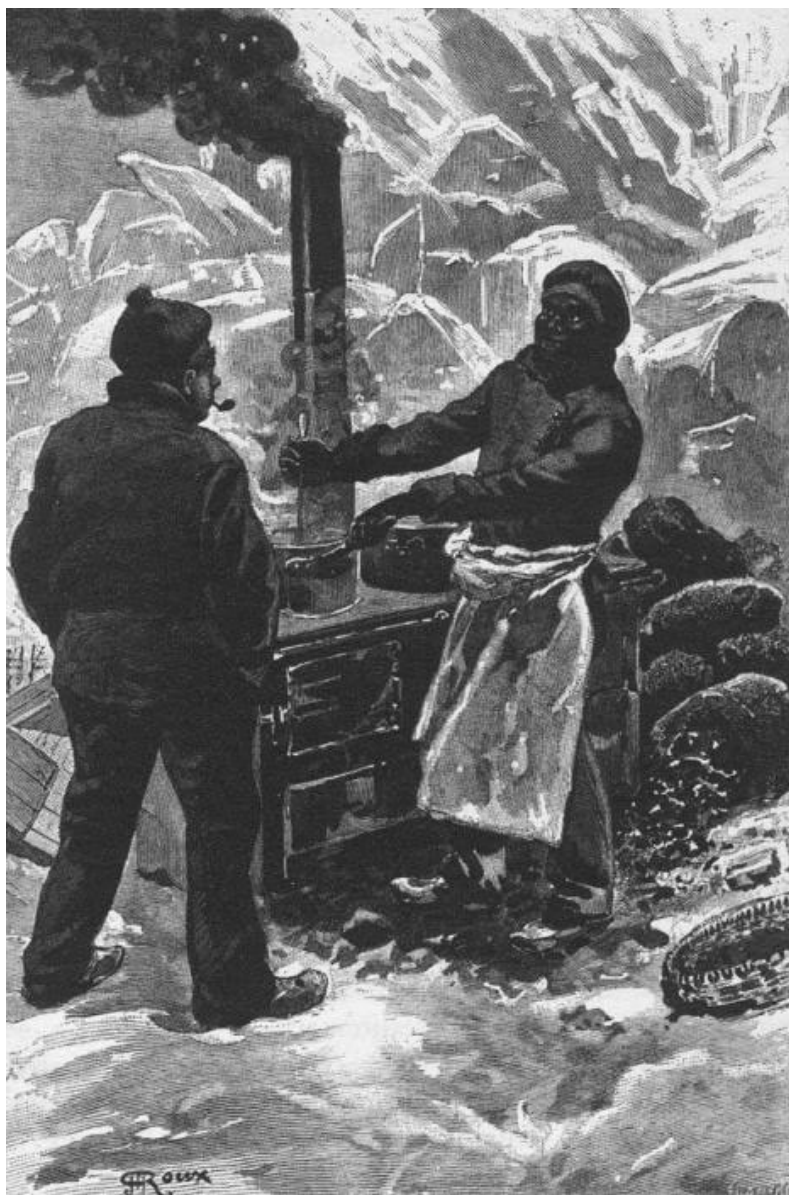
A decir verdad, al único que vi resignarse sin hacer recriminación alguna fue a Endicott, el cocinero. Al igual que un negro muy poco preocupado por su futuro, de un carácter muy abierto, frívolo como todos los de su raza, se resignaba fácilmente a su suerte y, tal vez, aquella resignación era la verdadera filosofía. Además, cuando se trataba de cocinar, poco le importaba que fuese aquí o allá donde lo hiciera, el caso era que tuviese los hornos dispuestos en cualquier parte.

Y dijo a su amigo el *bosseman*, con su ancha sonrisa de morenucho:

—Afortunadamente, mi cocina no se ha ido al fondo con nuestra goleta y, ya verá usted, Hurliguerly, cómo le hago unos platos tan buenos como a bordo de la *Halbrane*, al menos mientras no nos falten las provisiones, claro está...

—¡Eh! ¡Que no nos faltarán tan pronto, Endicott! —respondió el *bosseman*—. No es el hambre lo que tenemos que temer, sino el frío..., un frío que lo deja a uno reducido al estado de un témpano desde el momento en que ha cesado de golpear los pies sobre el suelo para calentarlos..., ¡un frío que le hace estallar a uno la piel y le revienta el cerebro...! Si al menosuviésemos unos cuantos centenares de toneladas de carbón... Pero, a fin de cuentas, tenemos todo el que necesitamos para hacer hervir la caldera.

—¡Y ésta es sagrada! —exclamó Endicott—. ¡Prohibido tocarla...! ¡La cocina ante todo...!



—¡Ah! ¿Será por eso, negrito del diablo, por lo que ni siquiera tratas de quejarte...? ¿Eh? ¿No será porque estás bien seguro de poder calentarte siempre las patas con el fuego de tu horno...?

—¿Qué quiere usted, *bosseman*?, o se es maestro cocinero o no se es... Cuando se es, se aprovecha; pero no se preocupe, que ya

tendré cuidado de guardarle un rinconcito delante de mi hornillo...

—¡Está bien..., está bien..., Endicott...! A cada cual le tocará su turno... Nada de privilegios, ni siquiera para el *bosseman*... Tan sólo los tendrás tú, y con el pretexto de que eres el encargado de las manipulaciones de la sopa... En definitiva, es mejor no tener que temer el hambre... El frío puede combatirse y soportarse... Excavaremos agujeros en el iceberg..., nos acurrucaremos dentro... ¿Por qué no íbamos a poder vivir en una morada común..., una gruta que abríramos a golpes de pico y pala...? He oído decir que el hielo conserva el calor... ¡Pues bien, que conserve el nuestro, no le pido otra cosa!

Llegó la hora de regresar al campamento y de tumbarse sobre los camastros.

Ante la negativa de Dirk Peters a que lo relevaran de su guardia, continuó vigilando la chalupa, y nadie trató de disputarle aquel puesto.

El capitán Len Guy y Jem West no entraron en la tienda antes de asegurarse de que Hearne y sus camaradas se encontraban ya en su plaza habitual.

Por mi parte, también regresé, y me acosté.

Cuánto tiempo llevaba durmiendo, ni podría decirlo, como tampoco qué hora sería, cuando salí rodando por el suelo como consecuencia de una violenta sacudida.

¿Qué ocurriría? ¿Se trataría de una nueva voltereta del iceberg...? Todos nos levantamos en un segundo y, después, nos encontramos fuera de la tienda a plena luz en aquella noche polar...

Otra masa flotante, de enormes dimensiones, acababa de chocar contra nuestro iceberg, el cual «levó el ancla», como dicen los marinos, y empezó a derivar hacia el sur.

X. Alucinaciones

¡Acababa de producirse un cambio inesperado en la situación! ¿Cuáles serían las consecuencias de que no continuásemos encallados en aquel lugar...? Después de haber permanecido inmóviles en poco más o menos la intersección del paralelo 89 y el meridiano 39, ahora la corriente nos arrastraba en dirección al polo... Así es que al primer sentimiento de alegría le siguieron todos los terrores hacia lo desconocido, y ¡qué desconocido...!

Probablemente, el único que se alegraría infinitamente ante la idea de haber reemprendido aquella ruta, sobre la que se encabezonaba en que encontraría a su pobre Pym, sería Dirk Peters... Pero ¿qué ideas pasarían por las cabezas de sus compañeros?

En efecto, al capitán Len Guy no le quedaba ninguna esperanza de poder encontrar a sus compatriotas. Que William Guy y sus compañeros abandonaron la isla Tsalal hacía menos de ocho meses, no cabía duda alguna..., pero ¿dónde se habrían refugiado...? En treinta y cinco días habíamos recorrido una distancia de más de cuatrocientas millas sin haber encontrado nada. Incluso aunque hubiesen alcanzado aquel continente polar al que mi compatriota Maury[115], con sus ingeniosas hipótesis, atribuía una anchura de un millar de leguas, ¿qué parte de aquel continente podríamos escoger como escenario de nuestras búsquedas...? Y, además, si era una mar lo que bañaba aquel extremo del eje terrestre, ¿no se encontrarían ya los supervivientes de la *Jane* en el fondo de aquellos abismos que un caparazón helado cubriría muy pronto...?

Por tanto, perdidas las esperanzas, el sentido del deber impuso al capitán Len Guy la obligación de llevar a su tripulación hacia el norte, a fin de franquear el círculo antártico siempre y cuando se lo permitiera la estación y, sin embargo, nos veíamos arrastrados hacia

el sur...

Después de la primera reacción de la que ya he hablado, ante la idea de que la deriva arrastraba al iceberg en aquella dirección, el espanto no tardó en recuperar toda su fuerza.

Y téngase bien presente lo siguiente: que aunque ya no estuviésemos encallados, no por eso íbamos a resignarnos a una larga invernada, a renunciar a la esperanza de encontrar a uno de los balleneros que se dedicaban a la pesca entre las Orcadas, las Georgias del Sur y las Sandwich.

Como consecuencia de la colisión que volvió a poner a flote nuestro iceberg, numerosos objetos se precipitaron a la mar, como los pedreros de la *Halbrane*, sus anclas, sus cadenas, una parte de su arboladura y tablones de pino. Pero por lo que se refiere al cargamento, gracias a las precauciones que tomamos el día anterior almacenándolas, las pérdidas, una vez realizado en inventario, pudieron ser consideradas insignificantes. ¿Qué habría sido de nosotros si todas nuestras reservas hubiesen sido destruidas en aquel abordaje...?

Gracias a las determinaciones obtenidas aquella madrugada, el capitán Len Guy sacó la conclusión de que nuestra montaña descendía hacia el sudeste. Por tanto, no existía cambio alguno por lo que se refería al sentido de la corriente. Y, en efecto, las demás masas de hielo seguían, todas ellas, aquella dirección, y fue una de ellas la que nos embistió por nuestro flanco este[116]. Y ahora ambos icebergs formaban uno solo, que se desplazaba a una velocidad de dos nudos.

Lo que merecía ser bien estudiado era el tema de la persistencia de aquella corriente, la cual, desde que franqueamos la banquisa, arrastraba las aguas de aquella mar libre hacia el polo austral. Si, de acuerdo con la opinión de Maury, existía un vasto continente antártico, ¿dicha corriente lo contornearía o, por el contrario, ese continente, dividido en dos partes por un largo estrecho, ofrecería una salida a tales masas líquidas y, también, a las masas flotantes que arrastraban en su superficie...? [117]

En mi opinión, no tardaríamos mucho en tener alguna certeza al respecto. Yendo a aquella velocidad de dos nudos, en treinta horas habríamos alcanzado aquel punto axial en el que se unen los meridianos terrestres[118].

En cuanto a aquella corriente, si pasaba por el mismo polo o, por el contrario, habría allí una tierra que podríamos llegar a abordar, aquel era otro tema.

Y como me encontrase hablando de todo ello con el *bosseman*:

—¿Qué quiere usted, señor Jeorling? —me respondió—; si la corriente pasa por el polo, nosotros también pasaremos y, si no pasa, ¡pues no pasaremos...! No somos dueños de ir a donde nos plazca... Un témpano no es un navío y, como no tiene ni velamen ni timón, ¡va donde lo lleva la deriva!

—Estoy de acuerdo, Hurliguerly. Por eso es por lo que tenía la idea de que, si nos embarcábamos dos o tres... en la chalupa...

—¡Siempre con la misma idea...! Se aferra usted a su chalupa, ¿eh?

—Sin duda, puesto que si, finalmente, hay una tierra en cualquier parte, no sería imposible que los hombres de la *Jane*...

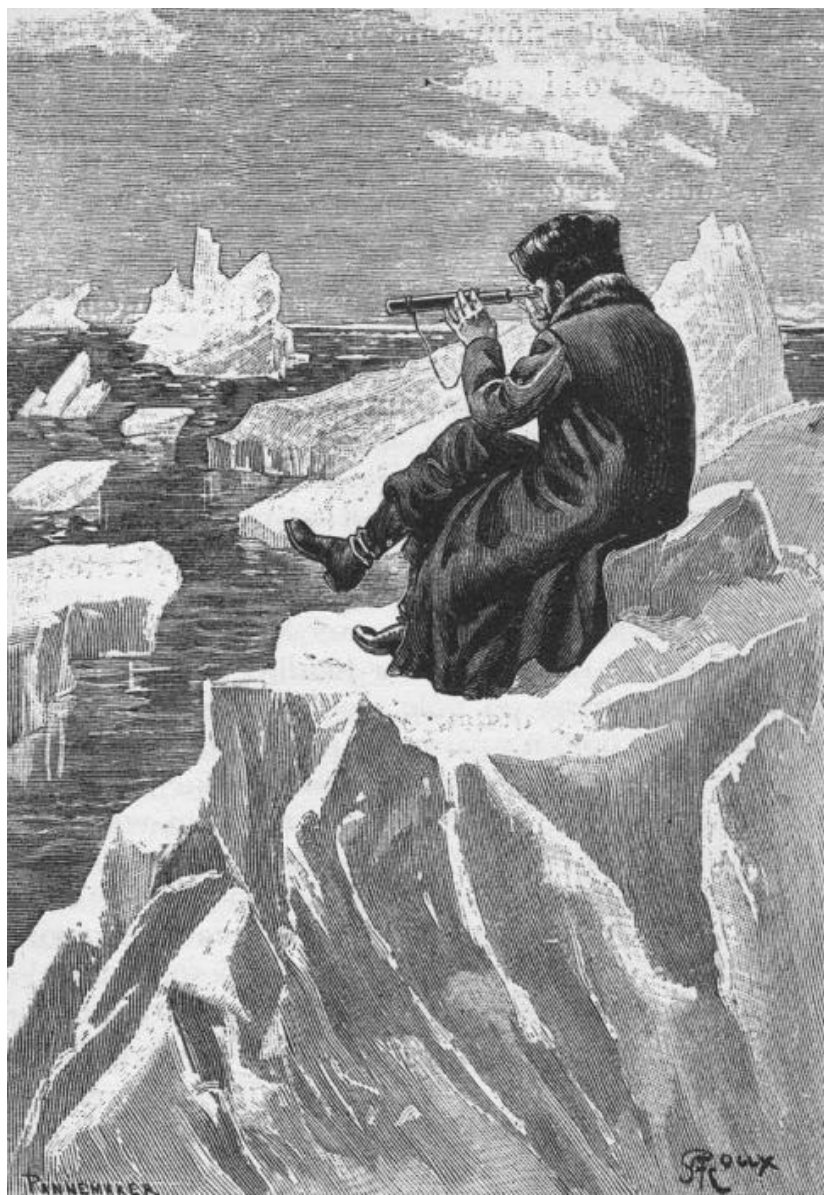
—¿La hayan abordado, señor Jeorling..., a cuatrocientas millas de la isla Tsalal...?

—¡Quién sabe, *bosseman*...!

—Sea, pero permítame que le diga que esos razonamientos tendrán su respuesta cuando la tierra se nos muestre, si es que se nos muestra. Nuestro capitán verá lo que es más conveniente, pero teniendo en cuenta que el tiempo apremia. No podremos retrasarnos mucho sobre estos parajes y, en definitiva, aunque el iceberg no nos lleve hacia el lado de las Malvinas o de las Kerguelen, ¿qué más da, si logramos salir por el otro lado? ¡Lo esencial es que consigamos franquear el círculo polar antes de que el invierno lo haya hecho infranqueable!

Tengo que aceptar que era el sentido común el que inspiraba las palabras de Hurliguerly.

Mientras que se llevaban a cabo los preparativos, de acuerdo con las órdenes del capitán Len Guy y supervisados por el segundo, subí varias veces a la cima del iceberg. Allí, sentado sobre su punta, con el catalejo a los ojos, no cesaba de recorrer el horizonte. De vez en cuando, su línea circular se veía interrumpida por el paso de una montaña flotante, o se nublaba tras un jirón de brumas.



Desde el punto en que me encontraba, a una altura de ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar, estimaba en más de doce millas el alcance de su mirada. Hasta entonces, ningún contorno lejano se dibujó sobre el fondo del cielo.

En dos ocasiones, el capitán Len Guy subió hasta aquella cima

para tomar la altura.

El resultado de la observación, aquel día, el 30 de enero, pudo cifrarse de la manera siguiente:

Longitud: 67° 19' oeste.

Latitud: 89° 21' sur.

Teníamos que sacar una doble conclusión de aquellas coordenadas.

La primera era que, desde la última determinación de nuestra longitud, la corriente nos arrastró más de veinticinco grados hacia el sudeste[119].

La segunda era que el iceberg no se encontraba más que a una cuarentena de millas del polo austral.

Durante aquella jornada, la mayor parte del cargamento se trasladó al interior de una anfractuosidad que el *bosseman* descubrió en el flanco este, en la que, incluso en el caso de una nueva colisión, tanto las cajas como los barriles se encontrarían en total seguridad. En cuanto al homo de la cocina, nuestros hombres ayudaron a Endicott a instalarlo entre dos bloques, de tal forma que estuviese sólidamente sostenido, y amontonaron varias toneladas de carbón en sus proximidades.

Aquellos diversos trabajos se llevaron a cabo sin que provocasen ninguna protesta ni ningún murmullo. Visiblemente, el silencio que mantenía la tripulación era voluntario. Si obedecían al capitán y al segundo era porque no les ordenaban nada que no hubiera que hacer sin demora. Pero, con el tiempo, ¿no acabaría el desánimo apoderándose de nuestros hombres...? Aunque la autoridad de sus jefes todavía no llegase a ser puesta en duda, ¿no llegaría a serlo en unos cuantos días...? Se podría contar con el *bosseman*, de eso no cabía ninguna duda; con el maestro Hardie, ya que no con Martin Holt, y, tal vez, con dos o tres más de los veteranos... En cuanto a los demás, y sobre todo a los enrolados en las Malvinas que lo único que pretendían era que acabase de una vez aquella desgraciada campaña, ¿se resistirían al deseo de apoderarse de la chalupa y huir con ella...?

Sin embargo, en mi opinión, aquella eventualidad no sería de temer en tanto que el iceberg marchase a la deriva, puesto que la embarcación no habría podido superarlo en velocidad. Pero, si encallaba de nuevo, si acababa yendo a chocar contra el litoral de

un continente o de una isla, ¿de qué serían capaces aquellos desdichados con tal de poder escapar a los horrores de una invernada...?

Tal fue el tema de nuestra conversación durante la comida del mediodía. El capitán Len Guy y Jem West compartían la opinión de que no se llevaría a cabo ninguna intentona por parte del *sealing-master* y sus compañeros en tanto que la masa flotante siguiera desplazándose. Sin embargo, convenía que la vigilancia no disminuyese ni un solo instante. Hearne inspiraba serias desconfianzas como para ser tenido bajo vigilancia en todo momento.

Por la tarde, durante la hora de descanso concedida a la tripulación, tuve una nueva entrevista con Dirk Peters.

Me encontraba en mi plaza habitual de la cima, en tanto que el capitán Len Guy y el segundo habían descendido a la base del iceberg a fin de determinar algunos puntos de referencia sobre la línea de flotación. Aquellos puntos deberían ser examinados dos veces cada veinticuatro horas para poder ver si el calado había aumentado o no, es decir, si una elevación del centro de gravedad no amenazaría con provocar una nueva voltereta.

Hacía media hora que me encontraba allí sentado, cuando vi al mestizo que trepaba por la pendiente con un paso rápido.

¿Vendría, él también, a observar el horizonte hasta su extremo más lejano, con la esperanza de avistar tierra...? ¿O, por el contrario —lo que me parecía más probable—, no desearía comunicarme cualquier proyecto concerniente a Arthur Pym?

Apenas habíamos intercambiado tres o cuatro palabras desde que el iceberg reemprendió su marcha.

Cuando el mestizo llegó junto a mí, se paró y pasó su mirada por la mar que nos circundaba, y buscó lo que yo mismo trataba de encontrar, y lo que yo no encontré tampoco él lo encontró...

Pasaron dos o tres minutos antes de que me dirigiese la palabra, y era tal su preocupación, que incluso llegaba a preguntarme si realmente me habría visto...

Finalmente, se apoyó sobre un bloque, y pensé que iba a hablarme de aquello que hablaba siempre, pero no fue así.

—Señor Jeorling —me dijo—, ¿se acuerda usted..., en su camarote de la *Halbrane*..., le conté la historia..., aquella historia

del *Grampus*...?

¡Cómo no iba a acordarme...! Nada de lo que me contó sobre aquella terrible escena, de la que él fue el actor principal, se había ido de mi memoria.

—Le dije —continuó— que Parker no se llamaba Parker... Se llamaba Ned Holt... Y era el hermano de Martin Holt...

—Lo sé, Dirk Peters —le respondí—. Pero ¿por qué vuelve a hablarme de aquel triste suceso...?

—¿Por qué, señor Jeorling...? No le ha dicho nada a nadie, ¿verdad?

—¡A nadie! —afirmé—. ¿Cómo habría podido ser tan poco sagaz, tan imprudente como para revelar su secreto..., como para revelar un secreto que nunca más debe salir de nuestros labios..., un secreto que ha muerto entre nosotros...?

—¡Muerto..., sí..., muerto! —murmuró el mestizo—. Y..., sin embargo..., compréndame..., me parece... que la tripulación... sabe..., debe saber algo.

Y en aquel momento me acordé de lo que me dijo el *bosseman* sobre cierta conversación que sorprendió, y en la que Hearne trataba de incitar a Martin Holt para que le preguntase al mestizo en qué circunstancias sucumbió su hermano a bordo del *Grampus*. ¿Acaso una parte de aquel secreto había sido conocida o, por el contrario, no se trataría más que de un temor que tan sólo existía en la imaginación de Dirk Peters...?

—Explíquese —le dije.

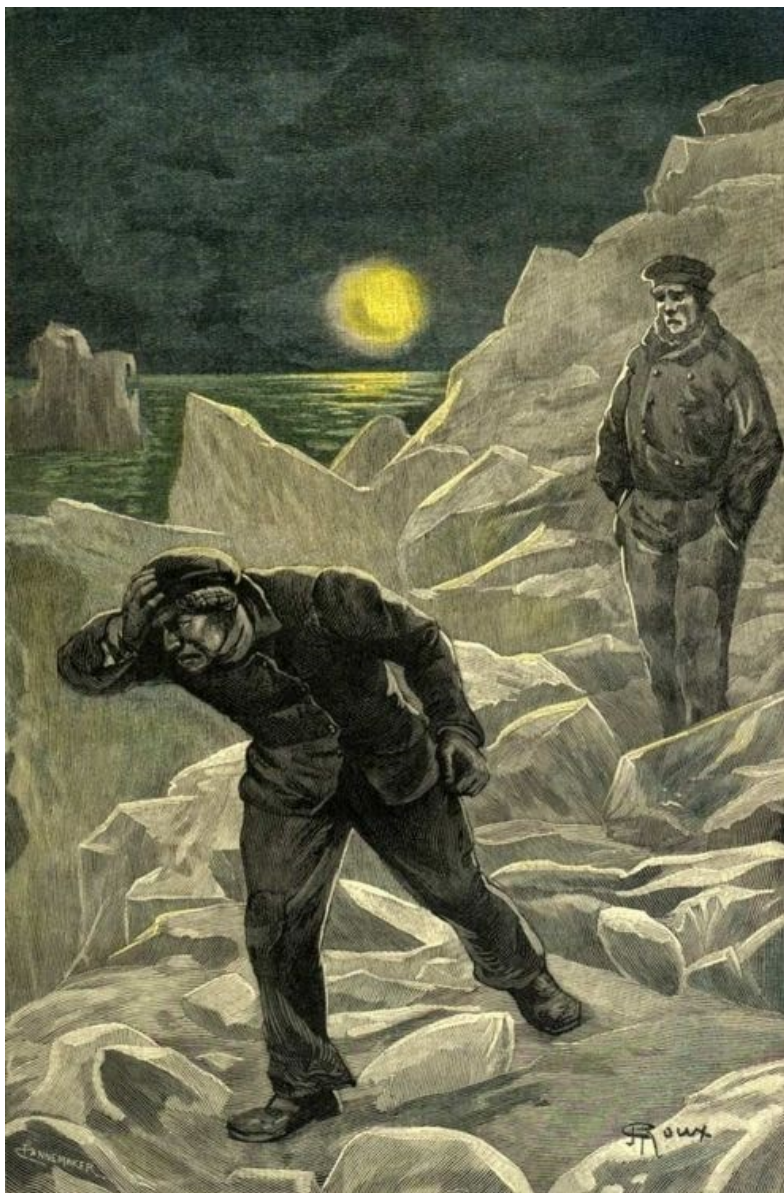
—Compréndame, señor Jeorling..., yo no sé explicarme... Sí..., ayer..., después no dejé de pensar en ello... Ayer, Martin Holt me llevó aparte..., lejos de los demás... y me dijo que quería hablarme...

—¿Del *Grampus*...?

—¡Del *Grampus*..., sí..., y de su hermano Ned Holt...! Por vez primera pronunció el nombre delante de mí[120]..., el nombre de aquel que... y..., sin embargo..., ya hace casi tres meses que navegamos juntos...

La voz del mestizo estaba tan alterada que apenas podía oírle.

—Compréndame... —prosiguió—, me parece que, en el ánimo de Martin Holt..., ¡no!..., no me equivoco..., había algo así como una sospecha...



—Pero ¡hábleme usted, Dirk Peters...! —exclamé—. ¿Qué le preguntó Martin Holt?

Y me daba perfecta cuenta de que aquel tema de Martin Holt había sido Hearne quien lo inspiró. Sin embargo, como tenía motivos para pensar que el mestizo no debería saber nada de

aquella intervención del *sealing-master*, tan inquietante como inexplicable, me decidí a no revelársela.

—¿Lo que me ha preguntado..., señor Jeorling...? —respondió él—. Me ha preguntado... si no me acordaba de Ned Holt, del *Grampus*..., si pereció en la lucha contra los amotinados o en el naufragio..., si era uno de los que fueron abandonados en la mar junto al capitán Barnard..., en fin..., si podía decirle cómo murió su hermano... ¡Ah! ¡Cómo..., cómo...!

¡Con qué horror el mestizo pronunciaba aquellas palabras, que testimoniaban un profundo asco de sí mismo!

—¿Y qué respondió usted a Martin Holt, Dirk Peters...?

—¡Nada..., nada!

—Tenía que haberle dicho que Ned Holt murió en el naufragio del *brick*...

—No pude..., compréndame..., no pude... ¡Los dos hermanos se parecen tanto...! En Martin Holt... ¡creí ver a Ned Holt...! Tuve miedo..., me escapé...

El mestizo se irguió con un movimiento brusco, y yo, con la cabeza entre las manos, me puse a pensar... Aquella pregunta tan tardía de Martin Holt sobre su hermano no me cabía duda alguna de que fue hecha a causa de las instigaciones de Hearne... ¿Sería, por tanto, en las Malvinas, donde el *sealing-master* habría sabido el secreto de Dirk Peters, sobre el que yo no hablé con nadie...?

Pero, al hacer que Martin Holt interrogase al mestizo, ¿qué pretendía Hearne...? ¿A qué objetivo apuntaría...? ¿Pretendería, tan sólo, satisfacer su odio hacia Dirk Peters, que era el único de los marineros malvineses que estuvo siempre de parte del capitán Len Guy y que impidió, tanto a él como a sus compañeros, que se apoderasen de la chalupa...? Al azuzar a Martin Holt, ¿esperaría apartar al maestro velero de nosotros y llevárselo así a unirse a sus cómplices...? Y, de hecho, cuando se tratase de dirigir la embarcación a través de aquellos parajes, ¿no necesitaba a Martin Holt, uno de los mejores marinos de la *Halbrane*, puesto que habría sido capaz de triunfar allí donde Hearne y los suyos fracasarían si la conducían ellos mismos...?

Puede verse el encadenamiento de hipótesis al que se abandonaba mi espíritu, así como qué complicaciones venían a sumarse a la situación ya de por sí bastante complicada.

Cuando levanté la vista, Dirk Peters ya no se encontraba a mi lado. Desapareció sin que me hubiese dado cuenta de su marcha, después de haberme dicho lo que tenía que decirme y, al mismo tiempo, habiéndose asegurado de que no había traicionado su secreto. El tiempo pasaba, lancé una última mirada al horizonte y descendí, profundamente alterado y, como siempre, devorado por la impaciencia de encontrarme al día siguiente.

Llegada la noche, se tomaron las precauciones habituales y nadie recibió permiso para quedarse fuera del campamento, nadie salvo el mestizo, que continuó guardando la chalupa.

Me encontraba tan cansado moral y físicamente, que el sueño me invadía, y me dormí cerca del capitán Len Guy mientras que el segundo vigilaba en el exterior y, después, cerca del segundo, cuando éste fue reemplazado por el capitán.

Al día siguiente, el 31 de enero, a primera hora, empujaba las lonas que cubrían nuestra tienda.

¡Qué contrariedad!

No había más que brumas por todas partes, y no se trataba de esas que se disuelven con los primeros rayos solares y que desaparecen bajo la influencia de las corrientes atmosféricas... ¡No! Se trataba de una niebla amarillenta, que olía a moho, como si aquel enero antártico hubiese sido el brumario [121] del hemisferio septentrional. Además, pudimos notar un notable descenso de la temperatura, signo precursor, tal vez, del invierno austral. Del cielo caliginoso rezumaban vesículas de vapores entre los que se perdía la cima de nuestra montaña de hielo. Era una niebla que no acabaría disolviéndose en lluvia, una especie de guata aplicada sobre el horizonte.

—Mal contratiempo —me dijo el *bosseman*—, puesto que si pasamos frente a una tierra no podremos verla.

—¿Y nuestra deriva...? —le pregunté.

—No es mayor que la de ayer, señor Jeorling. El capitán ha mandado echar una sonda, y no estima la velocidad en menos de tres o cuatro nudos...

—¿Y qué conclusión saca usted de todo esto, Hurliguerly...?

—Que, puesto que la corriente adquiere tanta fuerza, debemos de encontrarnos en medio de una mar angosta... No me extrañaría que tuviésemos tierra a babor y a estribor, a unas diez o quince

millas...

—¿Se trataría, entonces, de un largo estrecho que cortaría al continente antártico...?

—Sí..., al menos esa es la opinión del capitán...

—Y, teniendo esa opinión, Hurliguerly, ¿no va a tratar de abordar alguna de las orillas de este estrecho...?

—¿De qué manera...?

—Con la chalupa...

—¡Arriesgar la chalupa en medio de estas brumas! —exclamó el *bosseman*, al tiempo que se cruzaba de brazos—. ¿Qué dice usted, señor Jeorling...? ¿Acaso podremos echar el ancla para esperarla...? No, no es posible, y nos arriesgaríamos a no volver a verla... ¡Ah...! ¡Si tuviéramos la *Halbrane*...!

¡Por desgracia, ya no teníamos la *Halbrane*...!

Pese a las dificultades que presentaba la ascensión en medio de aquellos vapores medio condensados, subí hasta la cima del iceberg. ¡Quién sabe si un claro no me permitiría avistar tierra al este o al oeste...!

Cuando me encontré sobre su punta, traté en vano de atravesar con la mirada el impenetrable abrigo grisáceo que cubría aquellos parajes.

Me encontraba allí, sacudido por aquel viento del norte que tendía a refrescar y desgarraría, tal vez, aquellas tinieblas...

Sin embargo, cada vez se acumulaban nuevos vapores, empujados por aquella enorme ventilación de la mar libre. Bajo la doble acción de las corrientes atmosféricas y marinas, derivábamos con una velocidad cada vez mayor, y notaba como un estremecimiento del iceberg...

Y fue entonces cuando me encontré bajo el efecto de una especie de alucinación, una de aquellas extrañas alucinaciones que deberían de haber alterado al ánimo de Arthur Pym... ¡Me pareció como si me fundiese en su extraordinaria personalidad...! ¡Creía ver, por fin, lo que él había visto...! ¡Aquellas brumas irrasgables eran la cortina de vapores tendida sobre el horizonte delante de sus ojos de loco...! ¡Buscaba aquellas mezclas de rayos luminosos que jaspeaban el cielo de levante a poniente...! ¡Buscaba el resplandor sobrenatural de su cima...! ¡Buscaba aquellas palpitaciones fotogénicas del espacio al mismo tiempo que las de las aguas

iluminadas por los fulgores del fondo oceánico....! ¡Buscaba aquella catarata sin límites, que se arrastraba en silencio desde lo alto de alguna inmensa muralla perdida en las profundidades del cénit...! ¡Buscaba aquellas vastas desgarraduras tras las cuales se agitaba un caos de imágenes flotantes e indistintas bajo la acción de potentes soplos de aire...! ¡Buscaba el gigante blanco, el gigante del polo...!

Finalmente recuperé la razón. Aquella alteración visionaria, aquel extravío llevado hasta la extravagancia se disipó poco a poco, y regresé al campamento.

La jornada transcurrió totalmente en aquellas condiciones. Ni una sola vez la cortina se abrió ante nuestras miradas; y si el iceberg, que se había desplazado unas cuarenta millas desde la víspera, pasó por la extremidad del eje terrestre, nunca llegamos a verlo[122].

XI. Entre las brumas

—Pues bien, señor Jeorling —me dijo el *bosseman* cuando, al día siguiente, nos encontramos el uno frente al otro—. ¡Hay que despedirse!

—¿Despedirse, Hurliguerly, de qué...?

—¡Del polo Sur, cuya punta ni siquiera hemos podido contemplar!

—Sí..., y que ahora debe haber quedado atrás, a una distancia de una veintena de millas...

—¿Qué quiere usted? El viento ha soplado sobre esta lámpara austral, y estaba apagada en el momento en que pasamos...

—He aquí una ocasión que no se volverá a repetir, creo yo...

—Usted lo ha dicho, señor Jeorling, y ya podemos renunciar a sentir nunca la punta de la broca terrestre girando entre nuestros dedos...

—Hace usted excelentes comparaciones, *bosseman*.

—Y a lo que acabo de decir, añadiré que nuestro vehículo de hielo nos lleva al diablo, y no precisamente en dirección al *Cormorán Verde*... Vamos..., vamos..., campaña inútil, campaña fracasada... y que no se volverá a emprender, precisamente, muy pronto... En todo caso, campaña que se acaba, y sin perder el tiempo por el camino, puesto que el invierno no tardará en mostrarnos su roja nariz, sus labios agrietados y sus manos hendidas por los sabañones... Campaña durante la cual el capitán Len Guy no encontró ni a su hermano ni a nuestros compatriotas, ni Dirk Peters a su pobre Pym...

Todo aquello era cierto, y era el resumen de nuestros sinsabores, de nuestros desengaños, de nuestras decepciones. Sin hablar de la *Halbrane*, que estaba destruida, aquella expedición ya contaba con nueve víctimas. De treinta y dos que se embarcaron en la goleta, no

quedábamos más que veintitrés, y ¿hasta qué cifra habríamos de bajar todavía...?

En efecto, del polo austral al círculo antártico hay una buena veintena de grados, es decir, mil doscientas millas marinas, y sería necesario franquearlas en un mes o, a lo sumo, en seis semanas, pues, en caso contrario, la banquisa se encontraría cerrada y bien cerrada... En cuanto a invernar en aquella parte de la Antártida, ninguno de nosotros hubiese podido sobrevivir.

Además, ya no teníamos ninguna esperanza de encontrar a los supervivientes de la *Jane*; y la tripulación no tenía más que un deseo: atravesar lo más rápidamente posible aquellas aterradoras soledades. Nuestra deriva, que hasta el polo se realizó hacia el sur, ahora se dirigía hacia el norte[123] y, a condición de que continuase, ¡tal vez llegaríamos a vernos favorecidos por alguna buena suerte que compensar a la mala suerte anterior! En todo caso, y por emplear una expresión familiar, «no teníamos más que dejarnos llevar».

Qué importaba si aquellos mares hacia los que se dirigía el iceberg ya no eran los del Atlántico meridional, sino los del océano Pacífico; si las tierras más próximas, en lugar de las Orcadas del Sur, las Sandwich, las Malvinas, el cabo de Hornos y las Kerguelen, eran Australia o Nueva Zelanda. Era por eso por lo que Hurliguerly tenía razón cuando decía —con gran sentimiento por su parte— que no era en el establecimiento de maese Atkins, en la sala baja del *Cormorán Verde*, donde iríamos a festejar nuestro regreso.

—Después de todo, señor Jeorling —me repetía—, también hay excelentes posadas en Melbourne, en Hobart-Town y en Dunedin... ¡El problema está en llegar a buen puerto!

Las brumas no se despejaron durante los días 2, 3 y 4 de febrero, y se hizo difícil calcular cuál habría sido el desplazamiento de nuestro iceberg desde que rebasó el polo. Sin embargo, el capitán Len Guy y Jem West creían poder estimarlo en doscientas cincuenta millas.

En efecto, la corriente no parecía haber disminuido su velocidad, ni cambiado su dirección. Que nos encontrábamos en un brazo de mar que penetraba entre las dos mitades de un continente, la una al oeste y la otra al este, que formaban el vasto dominio de la Antártida, de eso no nos cabía duda alguna. Por eso, me parecía

harto lamentable que no pudiésemos desembarcar a uno u otro lado de aquel largo estrecho, cuya superficie no tardaría en solidificar el invierno.

Cuando hablé con el capitán Len Guy, me dio la única respuesta lógica:

—¿Qué quiere usted, señor Jeorling? Somos impotentes, no hay nada que hacer y es precisamente a causa de la persistencia de esas brumas cómo reconozco esa mala suerte que nos persigue desde hace algún tiempo... No sé dónde nos encontramos... Es imposible tomar la altura, y esto nos ocurre, precisamente, en el momento en que, muy pronto, el sol desaparecerá durante largos meses...

—Sigo insistiendo en la chalupa —le dije una vez más—. Tal vez con ella podríamos...

—¡Ir a explorar...! ¿Se lo imagina...? ¡Sería una imprudencia que no cometeré... y que la tripulación no me permitiría cometer!

Estuve a punto de exclamar:

«¿Y si su hermano William, y si sus compatriotas se han refugiado en algún punto de esta tierra...?».

Pero me retuve. ¿Qué iba a ganar aumentando el pesar de nuestro capitán? Debería haber pensado en aquella eventualidad y, si había renunciado a proseguir su búsqueda, sería porque se habría dado cuenta de la inutilidad y, al mismo tiempo, de la inanidad de un último intento.

Después de todo —y aquello le dejaba todavía una última esperanza—, tal vez se habría hecho el siguiente razonamiento, que merecía cierta atención:

Cuando el capitán William Guy y los suyos partieron de Tsalal, empezaba la estación veraniega[124]. Delante de ellos se abría la mar libre, atravesada por aquellas mismas corrientes del sudeste cuya acción experimentamos, primero con la *Halbrane* y, después, con el iceberg. Además de las corrientes, deberían de haberse visto favorecidos, al igual que nosotros, por las brisas permanentes del noroeste[125]. De ahí la conclusión de que su canoa, a menos que hubiese naufragado en un accidente, debería haber seguido una dirección análoga a la nuestra y haber llegado hasta aquellos parajes a través de aquel largo estrecho. Entonces, ¿resultaría ilógico pensar que, llevándonos una ventaja de varios meses, después de haber remontado hacia el norte y traspasado la mar

libre, no hubiesen pasado la banquisa y su embarcación salido del círculo antártico; en fin, que William Guy y sus compañeros hubiesen encontrado algún navío que ya los habría repatriado...?

Aun admitiendo que nuestro capitán se hubiese sentido tentado a creer en esta hipótesis, la cual, lo confieso, exigía tanta buena suerte, ¡demasiada, incluso!, nunca me dijo ni una sola palabra de la misma. Tal vez, y puesto que el hombre desea siempre conservar sus ilusiones, tal vez se temía que pudiésemos demostrarle los lados débiles de aquel razonamiento...

Un día hablé a Jem West sobre este tema.

El segundo, poco accesible a los juegos de la imaginación, se negó a aceptar mi opinión. Pretender que, si no habíamos encontrado a los hombres de la *Jane*, se debería a que ya habrían abandonado aquellos parajes antes de nuestra arribada, y que ya se encontraban en los mares del Pacífico, aquello no tenía cabida en un espíritu tan positivista como el suyo [126].

En cuanto al *bosseman*, cuando le llamé la atención sobre aquella eventualidad, me dijo:

—¡Sabe usted, señor Jeorling, todo puede ocurrir... o, al menos, eso es lo que se dice! Pero que el capitán William Guy y sus hombres se encuentren en este momento tomando una copa de aguardiente, de ginebra o de *whisky* en una taberna del viejo o del nuevo continente... ¡No...! ¡No...! ¡Es tan imposible como que nosotros podamos encontrarnos mañana en el *Cormorán Verde*!

Durante aquellos tres días de brumas no volví a ver a Dirk Peters o, mejor dicho, él no intentó acercarse a mí, y continuó obstinadamente en su puesto, cerca de la embarcación. Las preguntas de Martin Holt respecto a su hermano Ned parecían indicar que su secreto era conocido —al menos, en parte—. Así es que se mantenía más apartado que nunca, durmiendo durante las horas de vela y vigilando durante las horas de dormir. Me preguntaba, incluso, si no sentiría haber confiado en mí, si no imaginaba que había provocado mi repugnancia... Y, en cambio, no me ocurría nada de aquello, ¡tan sólo sentía por el pobre mestizo una profunda compasión...!

No sabría cómo describir lo tristes, monótonas e interminables que nos parecieron las horas que transcurrieron en medio de aquellas nieblas, cuya espesa cortina no era capaz de desgarrar el

viento. Incluso, aunque pusiésemos la mayor de las atenciones, nos resultaba imposible reconocer, en ningún momento, qué lugar ocupaba el sol en aquel horizonte sobre el que inclinaba poco a poco su marcha espiraliforme. La situación del iceberg, tanto en longitud como en latitud, no podía ser establecida. ¿Seguiría derivando hacia el sureste o, mejor dicho, y puesto que habíamos dejado atrás el polo, hacia el noroeste? Era probable, pero no seguro. Animado por la misma velocidad que la corriente, ¿cómo habría podido determinar el capitán Len Guy su desplazamiento, si los vapores nos impedían tomar cualquier punto de referencia? Incluso, aunque se hubiese encontrado inmóvil, nosotros no habríamos podido sentir ninguna diferencia apreciable, puesto que el viento también amainó —al menos eso suponíamos— y no se hacía sentir ni un solo soplo. La llama de un fanal, expuesta al aire, no vacilaba. Los gritos de los pájaros, especie de graznidos debilitados a su paso a través de aquella atmósfera algodonada de brumas, eran los únicos sonidos que interrumpían el silencio del espacio. El vuelo de los petreles y los albatros rasaba la cima sobre la que me mantenía en observación. ¿En qué dirección huían aquellos rápidos voladores que la proximidad del invierno ya empujaba, probablemente, hacia los confines de la Antártida...?

Un día, cuando el *bosseman* subió hasta la cima —no sin riesgo de romperse el cuello— con la intención de averiguarlo, fue golpeado en el pecho con tanta violencia por uno de aquellos quebrantahuesos, especie de petrel gigantesco, de una envergadura de doce pies, que cayó hacia atrás, derribado por el golpe.



—¡Maldita bestia —me dijo, una vez que hubo descendido al campamento—, de buena me he librado...! ¡De pronto..., pam! ¡Con los cuatro remos al aire, como un caballo que se desloma...! ¡Me agarré donde pude..., pero me pareció que había llegado el momento en que mis manos no iban a poder seguir

manteniéndome...! ¡Las aristas del hielo!, ¿sabe usted?, ¡eso resbala como el agua entre los dedos...! Por eso, le grité a ese pájaro: «¡es que no puedes mirar por dónde vas!»). ¡Y ni siquiera se disculpó el maldito bicho!

El hecho era que el *bosseman* estuvo a punto de precipitarse, de bloque en bloque, hasta la mar.

Aquel día, por la tarde, nuestros oídos fueron atrocemente golpeados por unos rebuznos que subían desde la base. Así es que le hice observar a Hurliguerly que, puesto que no eran asnos los que lanzaban aquellos rebuznos, forzosamente tenía que tratarse de pingüinos. Hasta aquel momento, aquellos innumerables huéspedes de las regiones polares no juzgaron oportuno acompañarnos sobre nuestra isla en movimiento y, cuando nuestra vista podía extenderse en la lejanía, nunca pudimos ver ninguno de aquellos animales, ni al pie del iceberg, ni sobre los tímpanos a la deriva. En cambio, ahora no nos cabía ninguna duda de que había allí cientos, miles de ellos, puesto que el concierto se acentuaba con una intensidad que testimoniaba el número de sus ejecutantes.

Pero aquellos volátiles viven ya sea en las costas de los continentes o de las islas de aquellas latitudes, ya en los *ice-fields* cercanos a ellas. ¿No indicaría, por tanto, su presencia que nos encontrábamos cerca de tierra...?

Ya sé que todos nosotros nos encontrábamos en un estado de ánimo que nos hacía aferrarnos al menor rayo de esperanza, al igual que el hombre que está en trance de ahogarse lo hace a una tabla, ¡la de salvación! ¡Y cuántas veces no se hunde o no se rompe en el preciso momento en que el infortunado acaba de agarrarla...! ¿No era aquella la suerte que nos esperaba bajo aquel terrible clima...?

Le pregunté al capitán Len Guy qué conclusión sacaba de la presencia de aquellos pájaros.

—La que usted imagina, señor Jeorling —me dijo—. Desde que navegamos a la deriva, ninguno de ellos buscó refugio en este iceberg y, ahora, ¡helos aquí, y en cantidades ingentes, si nos atenemos a sus gritos ensordecedores! ¿De dónde han venido...? Sin duda alguna, de una tierra de la que, tal vez, nos encontremos bastante cerca...

—¿Es ésa, también, la opinión del segundo? —le pregunté.

—¡Sí, señor Jeorling, y ya sabe usted que no es un hombre capaz

de forjarse quimeras!

—¡Es cierto!

—Y, además, hay otra cosa que también ha llamado su atención, al igual que la mía, y que parece que no ha atraído la suya...

—¿De qué se trata...?

—De esos mugidos que se mezclan con los rebuznos de los pingüinos... Ponga atención y no tardará en escucharlos.

Lo hice y, evidentemente, la orquesta estaba más al completo de lo que hubiera podido suponer.

—En efecto... —dije—, ya los distingo, esa especie de mugidos lastimeros. Entonces, ¿también hay focas o morsas...?

—De eso no cabe duda alguna, señor Jeorling, por lo que creo que estos animales, pájaros o mamíferos, tan raros desde que partimos de la isla Tsalal son, por el contrario, muy frecuentes por estos parajes a los que nos han traído las corrientes. Y me parece que esta afirmación no tiene nada de aventurada...

—En efecto, capitán, como tampoco lo es admitir la presencia de tierra en nuestra vecindad. ¡Sí! ¡Qué fatalidad que nos veamos rodeados por esta niebla impenetrable que no nos permite ver ni a un cuarto de milla mar adentro...!

—¡Y que también nos impide descender a la base del iceberg! —añadió el capitán Len Guy—. Allí, sin duda alguna, hubiésemos podido ver si las aguas arrastran salpas, laminarias o fucos [127], lo que nos proporcionaría un nuevo indicio... Sí, tiene usted toda la razón... ¡Es una fatalidad...!

—¿Por qué no lo intentamos, capitán...?

—No, señor Jeorling, sería exponerse a caídas, y no permitiré que nadie abandone el campamento. Después de todo, si la tierra está ahí, imagino que nuestro iceberg no tardará en abordarla...

—¿Y si no lo hace...? —le repetí.

—Si no lo hace, ¿cómo cree, entonces, que podríamos hacerlo nosotros...?

¿Y la chalupa?, pensaba yo, habría que decidirse a utilizarla de una vez por todas... Pero el capitán Len Guy prefería esperar, ¿y quién sabe si, en las circunstancias en las que nos encontrábamos, no era la postura más prudente...?

En cuanto a descender hasta la base del iceberg, la verdad es que nada hubiese sido más peligroso que adentrarse, a ciegas, por

aquellas pendientes resbaladizas. El más hábil de la tripulación, el más fuerte, el mismísimo Dirk Peters, incluso, no habría podido lograrlo sin que le ocurriera cualquier grave accidente. Aquella funesta campaña contaba ya con demasiadas víctimas, y no deseábamos que su número aumentase.

No sabría cómo explicar hasta qué punto llegaban a acumularse aquellos vapores, que se condensaron todavía más a la caída de la tarde. A partir de las cinco, se hizo imposible distinguir nada a unos cuantos pasos de la plataforma sobre la que se elevaban las tiendas. Se hizo necesario, incluso, el tener que tocarnos con la mano para cerciorarnos de que nos encontrábamos en compañía de alguien. Y con hablarnos no hubiese sido suficiente, puesto que la voz tampoco llegaba más allá que la vista en aquel ambiente ensordecedor. Un fanal iluminado no permitía observar más que una especie de pabito amarillento, sin ningún poder iluminado. Cualquier grito no llegaba a los oídos más que muy debilitado, y tan sólo los pingüinos eran lo suficientemente gritones como para hacerse entender.

No había razón alguna, lo repito, para confundir aquella niebla con el *frost-rime*, aquel humo helado que observamos con anterioridad. Además, este *frost-rime*, que exige temperaturas bastante altas, se mantiene, normalmente, al nivel del mar, y tan sólo puede llegar a elevarse a un centenar de pies gracias a la acción de una fuerte brisa. Así es que, puesto que la niebla superaba ampliamente aquella altitud, estimo que no hubiese sido posible librarse de ella más que a condición de elevarse sobre el iceberg en una cincuentena de toesas.

Hacia las ocho de la tarde, las brumas medio condensadas eran tan compactas que se notaba cómo ofrecían una cierta resistencia al caminar. Parecía como si la composición del aire se hubiera modificado, como si estuviese a punto de solidificarse. E, invariablemente, me venían a la memoria todas aquellas rarezas de la isla Tsalal, las aguas tan curiosas, cuyas moléculas obedecían a una fuerza de cohesión muy especial...

En cuanto a reconocer si aquella niebla podría ejercer alguna influencia sobre la brújula, aquello no era posible. Sabía, además, que era un hecho estudio por los meteorólogos, los cuales creían poder afirmar que aquella acción no ejerce ninguna influencia sobre la brújula.

Añado que, desde que habíamos dejado atrás el polo Sur, no podíamos dar crédito alguno a las indicaciones del compás, que enloquecía en las proximidades del polo magnético, hacia el que, sin duda alguna, nos dirigíamos. Por tanto, nada nos permitía determinar el rumbo del iceberg.

A las nueve de la noche, aquellos parajes se vieron sumidos en una profunda oscuridad, y ello pese a que el sol, en aquella época, todavía no se ocultaba tras el horizonte.

El capitán Len Guy, queriendo asegurarse de que los hombres habían regresado al campamento, y prevenir así cualquier imprudencia por su parte, mandó pasar lista.



Cada cual, después de haber respondido a la llamada, fue a ocupar su plaza bajo las tiendas, en las que los fanales, nublados, daban muy poca o ninguna luz.

Cuando se pronunció su nombre y después, en varias ocasiones, lo gritó la voz vibrante del *bosseman*, el mestizo fue el único que no

respondió a la llamada.

Hurliguerly esperó unos cuantos minutos...

Dirk Peters no apareció.

¿Se habría quedado junto a la chalupa...? Era probable, pero inútil, puesto que, con aquella niebla, la embarcación no corría el menor riesgo de ser robada.

—¿Es que nadie ha visto hoy a Dirk Peters...? —preguntó el capitán Len Guy.

—Nadie —respondió el *bosseman*.

—¿Ni siquiera durante la comida del mediodía...?

—Ni siquiera, capitán, y, sin embargo, no deberían quedarle provisiones.

—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia...?

—¡No se preocupe! —exclamó el *bosseman*—. Aquí Dirk Peters se encuentra en su elemento, y no le quepa duda alguna de que, en medio de estas brumas, no debe sentirse más preocupado que un oso polar. ¡Ya salió de un mal paso en una ocasión..., volverá a salir de nuevo!

Yo dejé hablar a Hurliguerly, pese a que sabía muy bien cuáles eran las razones por las que el mestizo se mantenía aparte.

En todo caso, desde el momento en que Dirk Peters se obstinaba en no responder —y los gritos del *bosseman* tenía que haberlos oído —, era inútil tratar de encontrarlo.

Tengo la convicción de que aquella noche nadie, salvo, tal vez, Endicott, pudo conciliar el sueño. Nos asfixiábamos bajo la cobertura de las tiendas, en las que el oxígeno escaseaba. Y, además, todos nosotros experimentamos, más o menos, una sensación muy especial: nos sentimos presa de una especie de extraño presentimiento, como si nuestra situación fuera a modificarse para lo mejor o para lo peor, admitiendo claro está, que pudiera llegar a ser peor.

La noche transcurrió sin alarma alguna y, a la seis de la mañana, cada cual fue a aspirar, en el exterior, un aire más salubre.

El estado meteorológico era el mismo que la víspera, con brumas de una densidad extraordinaria. Constatemos que el barómetro había subido —demasiado rápidamente, no obstante, para que aquella subida pudiese ser seria—. La columna de mercurio marcaba 30,2 pulgadas (767 milímetros), el máximo alcanzado

desde que la *Halbrane* cruzó el círculo antártico.

También había otros indicios que deberían ser tenidos en cuenta.

El viento refrescaba —viento del sur, puesto que el polo austral quedó atrás—, y no tardó en adquirir cierta fuerza —una fuerza de dos rizos, como dicen los marinos—. Los ruidos del exterior empezaron a oírse con mayor claridad a través del espacio barrido por las corrientes atmosféricas.

Hacia las nueve, el iceberg se descubrió, de pronto, de su boina de vapores.

¡Indescriptible cambio de decorado, que ni una varita mágica hubiese podido llevar a cabo en menos tiempo y con mayor éxito!

En pocos instantes, el cielo se despejó hasta los últimos límites del horizonte, y la mar reapareció iluminada por los oblicuos rayos solares, que ya no la dominaba más que en unos cuantos grados. Una resaca tumultuosa bañaba con su blanca espuma la base de nuestro iceberg, que seguía derivando junto a una multitud de montañas flotantes bajo la doble acción del viento y la corriente, desviándose hacia el este-noreste.

—¡Tierra a la vista!

Aquel grito surgió de la cima de la isla en movimiento, y Dirk Peters apareció ante nuestras miradas, sobre la punta del bloque de hielo, con la mano extendida hacia el norte.

El mestizo no se equivocaba. La tierra, esta vez..., ¡sí...! Era tierra la que desplegaba a tres o cuatro millas sus lejanas alturas de color negruzco.

Y cuando el punto, obtenido por una doble observación a las diez y al mediodía, fue establecido, dio:

Latitud: 86° 12' sur.

Longitud: 114° 17' este.

El iceberg se encontraba a casi cuatro grados del polo antártico y, de las longitudes occidentales, que nuestra goleta siguió sobre la ruta de la *Jane*, habíamos pasado a las longitudes orientales.

XII. Campamento

Un poco después del mediodía, aquella tierra no se encontraba más que a una milla. La cuestión estaba en saber si la corriente no nos alejaría de ella.

Debo de confesar que, si hubiésemos tenido que elegir entre abordar aquel litoral o proseguir nuestra marcha, no sabía muy bien lo que hubiese sido preferible.

Estaba hablando sobre aquel tema con el capitán Len Guy y el segundo, cuando Jem West me interrumpió, diciendo:

—Me gustaría saber para qué nos sirve discutir sobre esa eventualidad, señor Jeorling...

—Cierto, ¿para qué?, puesto que no podemos hacer nada —añadió el capitán Len Guy—. Es posible que el iceberg acabe encallado en esa costa, como también es posible que la rodee, si se mantiene en medio de la corriente.

—Desde luego —proseguí—, pero eso no impide que la pregunta siga en pie. ¿Qué nos conviene más: desembarcar o quedarnos sobre el iceberg...?

—Quedarnos —respondió Jem West.

Y, en efecto, si la chalupa hubiese podido llevarnos a todos con las provisiones necesarias para una navegación de cinco o seis semanas, no habríamos vacilado en embarcarnos en ella para, gracias al viento del sur, salir pitando a través de la mar libre. Pero, teniendo en cuenta que la chalupa no podría transportar más que a once o doce hombres como mucho, hubiese sido necesario designarlos por la suerte. Y aquellos que no embarcasen ¿no quedarían condenados a perecer, por el frío o por el hambre, sobre aquellas tierras que el invierno no tardaría en cubrir con sus escarchas y sus hielos...?

Sin embargo, si el iceberg seguía derivando en aquella dirección,

supondría que podríamos recorrer una buena parte de nuestro camino en unas condiciones bastante aceptables, después de todo. Era cierto que nuestro vehículo de hielo podría llegar a faltarnos, encallar de nuevo, incluso voltearse otra vez, o caer dentro del campo de acción de una contracorriente que lo apartaría de nuestra ruta, mientras que la chalupa, ciñendo el viento cuando se hiciese preciso, hubiese podido conducirnos hasta nuestro objetivo si las tempestades no la acosaban y la banquisa le ofrecía un paso...

Pero, tal y como acababa de afirmarlo Jem West, ¿para qué íbamos a discutir aquella eventualidad...?

Después de cenar, la tripulación subió hasta la punta sobre la que se encontraba Dirk Peters. Al acercarnos a ella, el mestizo descendió por el talud opuesto y, cuando llegué a la cima, ya no pude verlo.

Nos encontrábamos, por tanto, todos en aquel punto —todos menos Endicott, poco amigo de abandonar su cocina.

La tierra avistada al norte destacaba sobre una décima parte del horizonte su litoral salpicado de playas, cortada por ensenadas, dentada de puntas, y con unos segundos planos limitados por el perfil bastante accidentado de altas y no muy lejanas colinas. Aquello era un continente o, al menos, una isla cuya extensión debería ser muy considerable.

Hacia el este, aquella tierra se prolongaba hasta perderla de vista, y no parecía que sus límites finales se encontrasen por aquel lado.

Hacia el oeste, un cabo bastante agudo, coronado por un cerro cuya silueta parecía la de la cabeza de una enorme foca, formaba su extremidad. Después, más allá, la mar parecía extenderse sin límites.

Ni uno solo de nosotros dejaba de darse cuenta de cuál era nuestra situación. Que abordásemos aquella tierra, dependería de la corriente, sólo de ella; o arrastraba al iceberg hacia algún remolino que pudiese desviarla de la costa, o continuaría empujándolo hacia el norte.

¿Cuál era la hipótesis más admisible...?

El capitán Len Guy, el segundo, el *bosseman* y yo volvimos a hablar sobre aquel tema, mientras que la tripulación, distribuida en pequeños grupos, cambiaba impresiones al respecto. A fin de

cuentas, la corriente parecía tender hacia el noreste de aquella tierra.

Después de todo —nos dijo el capitán Len Guy—, si es habitable durante los meses del verano, no me parece que esté habitada, puesto que no se ve a ningún ser humano sobre el litoral.

—Tenga en cuenta, capitán —le respondí—, que el iceberg no tiene por qué llamar la atención, tal y como podría haber sucedido con nuestra goleta.

—Sin duda alguna, señor Jeorling, la *Halbrane* ya habría atraído a los indígenas... ¡Si es que los hay!

—Lo que no vemos, capitán, no debe hacernos concluir que...

—Sin duda, señor Jeorling —respondió el capitán Len Guy—. Pero estará de acuerdo con que el aspecto de esta tierra no es el mismo que el de la isla Tsalal en la época en que la abordó la *Jane*. Entonces se podían ver allí verdes colinas, espesos bosques, árboles en plena floración, amplios pastos... y aquí, a primera vista, ¡no hay más que desolación y esterilidad...!

—Estoy de acuerdo, esterilidad y desolación, eso es lo que es toda esta tierra... Sin embargo, me gustaría saber si tiene la intención de desembarcar, capitán...

—¿Con la chalupa...?

—Con la chalupa, en el caso de que la corriente alejase nuestro iceberg, claro está.

—No tenemos ni un solo momento que perder, señor Jeorling, y unos cuantos días de recalada podrían condenarnos a una cruel internada si llegáramos demasiado tarde a franquear la banquisa...

—Y si tenemos en cuenta lo lejos que está de nosotros, no podemos decir que nos encontremos en muy buena situación —observó Jem West.

—Estoy de acuerdo —respondí al instante—. Pero ¿alejarse de esta tierra sin haber puesto el pie sobre ella, sin habernos asegurado de que no contiene las huellas de un campamento, si su hermano, capitán..., sus compañeros...?

Mientras me escuchaba, el capitán Len Guy sacudía la cabeza. No era la aparición de aquella costa árida la que iba a devolverle la esperanza, aquellas llanuras infértiles, aquellas colinas descarnadas, aquel litoral ribeteado por un cordón de rocas negruzcas... ¿Cómo habrían podido encontrar allí los náufragos los medios para

sobrevivir después de varios meses...?

Además, habíamos enarbolado el pabellón británico, que la brisa desplegaba en la cima del iceberg. William Guy lo hubiese reconocido, y ya se habría precipitado hacia la orilla.

¡Nadie..., nadie!

En aquel momento, Jem West, que acaba de determinar la posición de algunos puntos de referencia, dijo:

—Esperemos antes de tomar una decisión. Antes de una hora sabremos a qué atenernos a este respecto. Me parece que nuestra marcha ha disminuido, y es muy posible que un remolino nos lleve oblicuamente hacia la costa...

—Eso es lo que yo creo —declaró el *bosseman*—, y si nuestra máquina flotante no se está deteniendo, ¡le falta muy poco...! Se diría, incluso, que empieza a girar sobre sí misma...

Jem West y Hurliguerly no se equivocaban. Por una u otra razón el iceberg tendía a salir de aquella corriente que lo arrastró constantemente. Un movimiento giratorio sucedió al movimiento de deriva, gracias a la acción de un remolino que lo empujaba hacia el litoral.

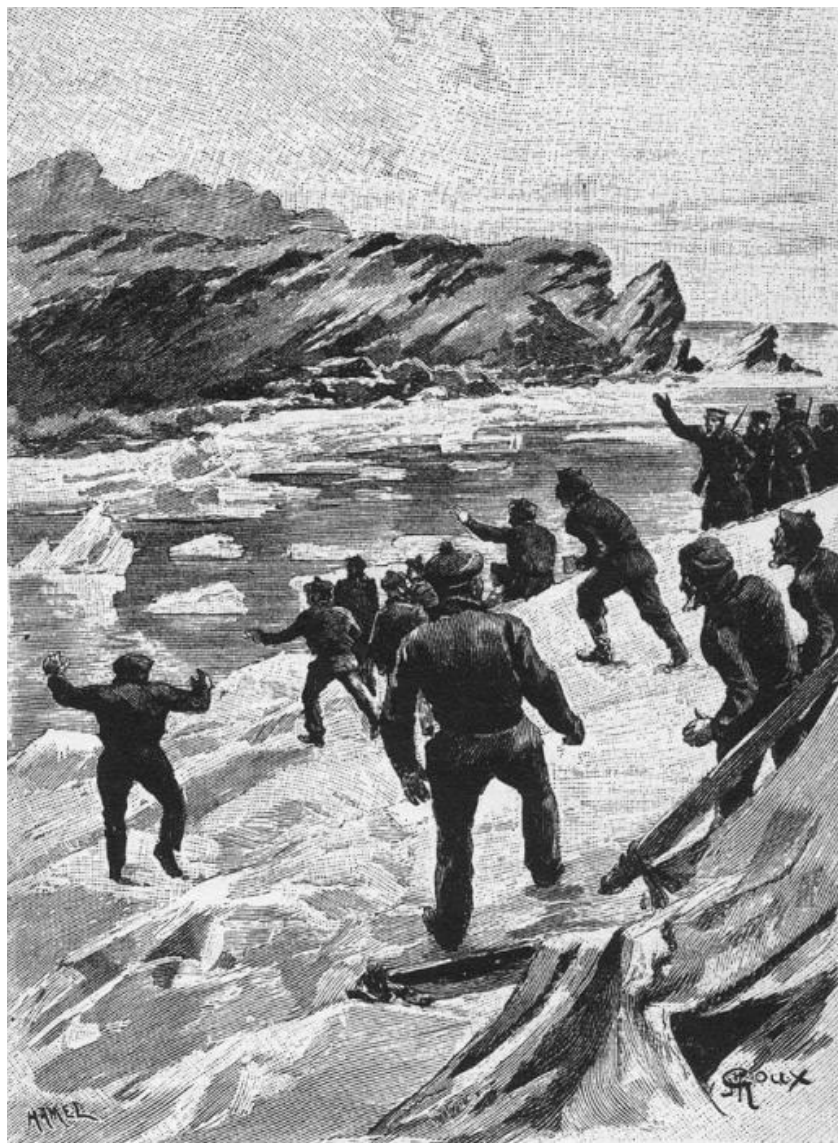
Además, algunas montañas de hielo que navegaban delante de nosotros, acababan de encallar en los bajos fondos de la orilla.

Por tanto, era inútil discutir si resultaba o no razonable echar la chalupa al agua.

A medida que nos acercábamos, la desolación de aquella tierra se acentuaba cada vez más, y la perspectiva de permanecer allí los seis meses del invierno habría llenado de terror los corazones más templados.

En definitiva, hacia las cinco de la tarde el iceberg penetró en una profunda escotadura de la costa que terminaba, a la derecha, por una larga punta, contra la que no tardó en inmovilizarse.

—¡A tierra..., a tierra...!



Aquel grito se escapó de todos los labios.

La tripulación descendía ya el talud del iceberg, cuando Jem West ordenó:

—¡Esperad las órdenes!

Se manifestaron algunas vacilaciones, sobre todo por parte de Hearne y algunos de sus camaradas. Después, el instinto de la disciplina dominó y, finalmente, todos fueron a alinearse en torno

al capitán Len Guy.

No fue necesario botar la chalupa, puesto que el iceberg se encontraba en contacto directo con la punta.

El capitán Len Guy, el *bosseman* y yo, precediendo a los demás, fuimos los primeros en abandonar el campamento, y nuestros pies hollaron aquella nueva tierra, virgen, sin duda alguna, de toda huella humana...

El suelo, volcánico, estaba sembrado de restos pétreos, de fragmentos de lavas, de obsidianas, de piedra pómez y de escorias. Más allá del cordón arenoso de la playa ascendía hacia la base de las altas y ásperas colinas que formaban un segundo plano a media milla del litoral.

Nos pareció acertado subirnos a una de aquellas colinas, de una altitud de unos doscientos pies. Desde su cima, la mirada podría abarcar un amplio espacio, fuera de mar o fuese de tierra, en todas las direcciones.

Necesitamos caminar durante veinte minutos sobre un suelo muy duro y atormentado, que estaba totalmente desprovisto de vegetación. Nada de aquello recordaba las fértiles praderas de Tsalal antes de que el terremoto la hubiese arrasado, ni aquellos espesos bosques de los que hablaba Arthur Pym, ni aquellos ríos de extrañas aguas, ni aquellos declives de agua jabonosa, ni aquellos macizos de esteatita en los que se abría el laberinto jeroglífico. Por todas partes encontrábamos rocas de origen ígneo, lavas endurecidas, escorias polvorientas, cenizas grisáceas, pero no encontrábamos ni rastro de aquello que hubiese podido servir de mantillo para las plantas silvestres menos exigentes.

No sin dificultades ni grandes riesgos, el capitán Len Guy, el *bosseman* y yo realizamos la ascensión de la colina, que nos llevó una buena hora. Pese a que ya hubiese empezado a caer la tarde, no arrastraba consigo oscuridad alguna, ya que el sol no desaparecía todavía tras el horizonte de la Antártida.

Desde la cima de la colina, la vista se extendía hasta una distancia de treinta o treinta y cinco millas y he aquí lo que se ofreció ante nuestros ojos.

Al fondo se desplegaba la mar libre, que arrastraba numerosas montañas flotantes, algunas de las cuales se encontraban amontonadas, desde fecha muy reciente, sobre aquel litoral, al que

hacían casi inaccesible.

Al oeste discurría una tierra muy accidentada de la que no se distinguían los límites finales y que era bañada, al este, por una mar sin límites.

Hubiese resultado imposible saber si nos encontrábamos sobre una gran isla o sobre un continente.

Era cierto que, fijándose con atención hacia el este con los prismáticos, el capitán Len Guy creyó percibir algunos vagos contornos que se difuminaban entre las ligeras brumas de la mar abierta.

—Vean —nos dijo.

Tanto el *bosseman* como yo cogimos el instrumento el uno después del otro, y miramos con atención.

—Me parece —dijo Hurliguerly— que allí hay algo así como una apariencia de costa...

—Yo también lo creo —respondí.

—Se trata, pues, de un estrecho, por donde hemos navegado a la deriva —concluyó el capitán Len Guy.

—Un estrecho —añadió el *bosseman*— que la corriente recorre de norte a sur y, después, de sur a norte...

—Entonces, ¿este estrecho cortaría en dos el continente polar...? —pregunté.

—No cabe ninguna duda —respondió el capitán Len Guy.

—¡Ah! ¡Si tuviésemos nuestra *Halbrane*...! —exclamó Hurliguerly.

Sí..., a bordo de la goleta —e incluso de aquel iceberg, que ahora se encontraba encallado en la costa como un navío desamparado—, hubiésemos podido remontar todavía unos cuantos centenares de millas..., tal vez hasta la banquisa..., tal vez hasta el círculo antártico..., ¡tal vez hasta las tierras más cercanas...! Pero no poseíamos más que una frágil chalupa, que apenas podría embarcar a una docena de hombres. Y ¡éramos veintitrés...!

No nos quedaba otra cosa que hacer más que descender hacia la orilla, regresar a nuestro campamento, transportar las tiendas al litoral y tomar las medidas necesarias de cara a una invernada que las circunstancias iban a imponernos.

Ni que decir tiene que aquel suelo no contenía huella alguna de pasos humanos, ni vestigio de algún posible hábitat. Podíamos, por

tanto, afirmar que los supervivientes de la *Jane* no pusieron sus pies sobre aquella tierra, sobre aquel «dominio inexplorado», como lo califican las cartas náuticas más recientes. Añadiré que ni ellos, ni nadie, por lo que tampoco sería en aquella tierra donde Dirk Peters encontraría las huellas de Arthur Pym.

Y aquello también podía notarse en la quietud que mostraban los únicos seres vivos de aquellos parajes, que no se asustaban ante nuestra presencia. Ni las focas ni las morsas se lanzaban al agua, ni los petreles ni cormoranes emprendían el vuelo, huyendo, y los pingüinos continuaban alineados, inmóviles, creyéndonos, sin duda alguna, volátiles de una especie muy curiosa. ¡Sí...! Aquella era la primera vez que el hombre se presentaba ante ellos, puesto que no abandonaban nunca aquellas tierras para aventurarse hacia latitudes inferiores.

De regreso a la orilla, el *bosseman* descubrió —y no sin cierta satisfacción— varias espaciosas cavernas vaciadas en los acantilados graníticos, y que eran lo suficientemente grandes, las unas para alojarnos a todos, y las otras para abrigar el cargamento de la *Halbrane*. Fuera cual fuese la decisión que tomásemos posteriormente, lo mejor que podríamos hacer era almacenar en ellas todo el material y proceder a una primera instalación.

Después de haber subido las pendientes del iceberg hasta el campamento, el capitán Len Guy dio la orden a sus hombres de que se reunieran. Ni uno solo faltó —salvo Dirk Peters, que, decididamente rompió toda relación con la tripulación—. Además, y por lo que a él se refería, no nos ofrecía ningún temor, ni por su estado de espíritu ni por la actitud que podría adoptar en caso de rebelión. Se pondría de parte de los fieles contra los amotinados, y podríamos contar con él en cualquier circunstancia que se presentase.

Cuando el círculo se hubo formado, el capitán Len Guy se expresó, sin que su voz denotase ningún síntoma de desánimo. Hablando a sus compañeros, les explicó cuál era la situación en la que nos encontrábamos..., al milímetro podríamos, incluso, decir. Se imponía, en primer lugar, la necesidad de descender el cargamento a tierra y de acondicionar una de las cavernas del litoral. En cuanto a los alimentos, afirmó que los víveres, la harina, la carne en conserva y las legumbres secas bastarían para

alimentarnos durante todo el invierno, por muy largo que éste fuese, y fuera cual fuese su rigor. Por lo que se refiere al tema del combustible, dijo que el carbón no faltaría, a condición de no despilfarrarlo, y que sería muy fácil economizarlo, puesto que, bajo el tapiz de la nieve y la cobertura de los hielos, la invernada podría desafiar los grandes fríos de la zona polar.

Sobre estos dos puntos, el capitán Len Guy dio, por tanto, unas respuestas que alejaban cualquier preocupación. ¿Sería fingida su seguridad...? No lo creía, tanto más cuanto que Jem West aprobó todo lo que dijo.

Quedaba un tercer problema —un gran problema, lleno de pros y de contras, y que era el más adecuado para provocar los celos y las iras de la tripulación— que fue planteado por el *sealing-master*.

Se trataba, en efecto, de decidir qué haríamos con la única embarcación de que podíamos disponer. ¿Convendría guardarla para las necesidades de la invernada o, por el contrario, utilizarla para volver hacia la banquisa...?

El capitán Len Guy no quiso pronunciarse al respecto. Pidió que se pospusiese la decisión durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas. No deberíamos olvidar que la chalupa, una vez cargada de provisiones necesarias para una travesía bastante larga, no podría embarcar más que a once o doce hombres. Habría que proceder, por tanto, a instalar a los que quedasen sobre aquella tierra si la partida de la chalupa se llevaba a cabo y, en aquel caso, se echaría a suertes entre todos para ver a quiénes les tocaba ser los pasajeros de la misma.

El capitán Len Guy declaró, entonces, que ni Jem West, ni el *bosseman*, ni yo, ni él mismo reclamábamos privilegio alguno, y que seguiríamos la suerte común. Tanto el uno como el otro, los dos maestros de la *Halbrane*, Martin Holt y Hardie, estaban perfectamente capacitados para gobernar la chalupa hasta las zonas de pesca, que tal vez los balleneros no hubiesen abandonado todavía.

Además, aquellos que partiesen no deberían olvidar a los que dejaban sobre aquel paralelo 86, y cuando se presentase de nuevo el verano enviarían a un navío a fin de que pudiera recoger a sus compañeros...

Todo aquello lo dijo —repito— con un tono de voz tan tranquilo

como firme. Debo rendirle justicia, pues el capitán Len Guy era un hombre que se engrandecía ante la gravedad de las circunstancias.

Cuando hubo acabado —sin haber sido interrumpido ni siquiera por Hearne—, nadie hizo la menor observación. ¿Para qué iba a hacerse observación alguna, puesto que, llegado el momento, todos nos someteríamos a la suerte en condiciones de perfecta igualdad?

Llegada la hora del descanso, todos regresamos al campamento, donde cada cual tomó su ración de la comida preparada por Endicott, y se durmió por última vez bajo las tiendas.

Dirk Peters no reapareció y, aunque traté de buscarlo, fue en vano.

Al día siguiente, el 7 de febrero, nos pusimos valientemente a la faena.

El tiempo era bueno, y la brisa suave; el cielo estaba ligeramente brumoso y la temperatura era soportable, pues alcanzaba los 46° F (7,78° centígrados).

Lo primero que se hizo fue descender la chalupa a la base del iceberg con todas las precauciones que exigía aquella operación. Desde allí, los hombres la pusieron en seco, sobre una pequeña playa arenosa, al abrigo de la resaca. Se encontraba en perfecto estado, por lo que se podía esperar que prestaría un buen servicio.

El *bosseman* se ocupó, inmediatamente después, del cargamento, así como del material que provenía de la *Halbrane*, tal que mobiliario, literas, velamen, vestimentas, instrumentos y utensilios. En el fondo de una caverna, aquellos objetos no estarían expuestos al vuelco o a la demolición del iceberg. Las cajas de conservas, los sacos de harina y de las legumbres, los toneles de vino, de *whisky*, de ginebra y de cerveza halados por medio de aparejos del lado de la punta que se proyectaba al este de la ensenada, fueron transportados al litoral.

Yo también puse manos a la obra, al igual que el capitán y el segundo, para que aquel trabajo inicial no sufriese ningún retraso.

Debo mencionar que Dirk Peters fue, aquel día, a echar una mano, pero no dirigió la palabra a nadie.

¿Habría renunciado ya a la esperanza de encontrar a Arthur Pym...? Realmente, no sabía qué pensar al respecto.

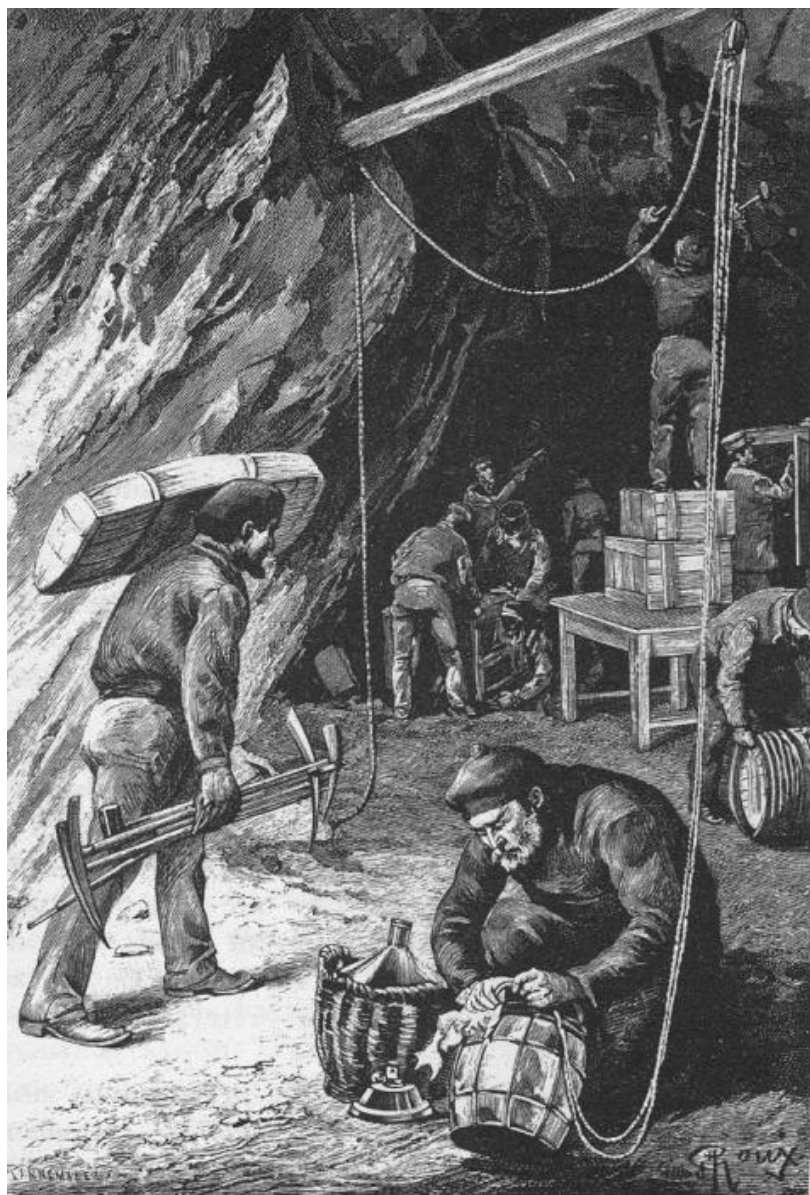
El 8, 9 y 10 de febrero, nos ocupamos de la instalación, que se acabó a lo largo de la tarde de aquel último día. El cargamento se

encontraba en el interior de una gran gruta, a la que se accedía por una estrecha abertura. Limitaba con la que íbamos a habitar, y en la que, por consejo del *bosseman*, Endicott acabó instalando su cocina. De esta forma aprovecharíamos el calor del homo tanto para cocer los alimentos como para calentar la caverna durante largas jornadas o, más bien, larga noche del invierno austral.

Desde el día 8 por la tarde ya nos encontrábamos instalados en aquella caverna, que tenía las paredes secas, un tapiz de arena muy fina, y estaba lo suficientemente iluminada por su orificio de entrada.

Situada cerca de un manantial, junto al mismo inicio de la punta, su orientación la protegía de las terribles ráfagas y las tormentas de nieve de la mala estación. Con una capacidad muy superior a las de la camareta alta y los sollados de nuestra goleta, pudimos meter dentro de ella, además de nuestras literas, diversos muebles, mesas, armarios y sillas, mobiliario más que suficiente para unos cuantos meses de invernada.

Mientras trabajábamos en aquella instalación, no noté nada sospechoso en la actitud de Hearne y los malvineses. Todos ellos dieron pruebas de sumisión a la disciplina, y desplegaron una loable actividad. Sin embargo, el mestizo siguió al cuidado de la chalupa, de la que hubiera resultado muy fácil apropiarse sobre la playa.



Hurliguerly, que vigilaba muy especialmente al *sealing-master* y a sus camaradas, parecía muy tranquilo con respecto a sus actuales intenciones.

En todo caso, no íbamos a tardar en tomar una decisión con respecto a la partida —si es que acababa por realizarse— de

aquellos que fueran designados por la suerte. En efecto, ya nos encontrábamos a 10 de febrero. Nos quedaban, por tanto, tan sólo unas cinco o seis semanas antes de que la época de la pesca se hubiese acabado por las cercanías del círculo antártico. Y, admitiendo que nuestra chalupa pudiese franquear felizmente la banquisa y el círculo polar, si no encontraba balleneros tendría que arriesgarse a afrontar el Pacífico hasta las costas de Australia o de Nueva Zelanda.

Aquella tarde, después de haber reunido a todos sus hombres, el capitán Len Guy declaró que el tema sería discutido al día siguiente, y añadió que, si se votaba afirmativamente, se vería inmediatamente a quién señalaba la suerte.

Aquella propuesta no obtuvo respuesta alguna y, en mi opinión, no habría podido entablarse una discusión mínimamente seria para decidir si se llevaría a cabo o no la partida.

Era tarde. Una semioscuridad cubría el exterior, puesto que, por aquellas fechas, el sol ya se arrastraba al ras del horizonte, tras el que pronto habría de desaparecer.

Me acosté sobre mi camastro totalmente vestido, y ya me encontraba durmiendo desde hacía unas cuantas horas, cuando fui despertado por unos gritos que se escuchaban a poca distancia.

Me levanté de un salto y me lancé fuera de la caverna al mismo tiempo que el segundo y el capitán Len Guy, despertados, igual que yo, de su sueño.

—¡La chalupa..., la chalupa...! —exclamó, de pronto, Jem West.

La chalupa ya no se encontraba en su sitio, en el lugar en el que la guardaba Dirk Peters.

Después de haberla lanzado a la mar, tres hombres se habían embarcado en ella con toneles y cajas, mientras que otros diez trataban de dominar al mestizo.

Hearne estaba allí, y también Martin Holt, quien, me pareció a mí, no trataba de intervenir.

Así pues, ¡aquellos miserables trataban de apoderarse de la embarcación y de partir con ella sin que la suerte se hubiese pronunciado...! ¡Querían abandonarnos...!

Y, en efecto, consiguieron sorprender a Dirk Peters, y lo habrían matado de no haber sido porque defendió su vida en una lucha terrible.

En presencia de aquella rebelión, teniendo en cuenta nuestra inferioridad numérica, y sin saber si podríamos contar con los veteranos, el capitán Len Guy y el segundo entraron en la caverna para coger algunas armas y así poder reducir a Hearne y a sus cómplices que, ellos también, se encontraban asimismo armados.

Iba a hacer lo mismo que ellos, cuando unas palabras me dejaron clavado en el sitio sobre el que me encontraba.

Aplastado por el número de contrincantes, el mestizo acababa de ser derribado por tierra. Pero, en aquel instante, Martin Holt, tal vez por gratitud hacia el hombre que le había salvado la vida, se lanzó en su ayuda. Hearne le gritó:

—¡Déjalo... y ven con nosotros!

El maestro velero pareció vacilar...

—¡Sí..., déjalo... —prosiguió Hearne—, deja a Dirk Peters..., que es el asesino de tu hermano Ned...!

—¡El asesino de mi hermano...! —exclamó Martin Holt.

—¡De tu hermano, al que mató a bordo del *Grampus*...!

—¿Muerto..., por Dirk Peters...?

—¡Sí..., muerto... y devorado..., devorado..., devorado...! —repitió Hearne, que gritaba más que pronunciaba aquellas terribles palabras.

Y a una señal suya dos de sus camaradas agarraron a Martin Holt y lo arrastraron hacia la embarcación, que estaba abarrotada hasta desbordarse.

Hearne se precipitó tras ellos, junto a todos cuantos llegó a asociar a aquel acto abominable.

Y en aquel momento Dirk Peters se levantó de un salto, se lanzó sobre uno de los malvineses en el instante en que se disponía a montar sobre la chalupa, lo levantó sobre sus brazos y, haciéndole girar por encima de su cabeza, le destrozó el cráneo contra una roca...

Sonó un disparo... El mestizo, alcanzado en el hombro por una bala de Hearne, cayó sobre la playa, mientras que la embarcación era vigorosamente impulsada mar adentro.

El capitán Len Guy y Jem West salían en aquel momento de la caverna —toda aquella escena apenas duró cuarenta segundos— y corrieron hacia la punta, al mismo tiempo que el *bosseman*, el maestro Hardie y los marineros Francis y Stern.

La chalupa, arrastrada por la corriente, se encontraba ya a un cable de distancia y la marea bajaba con rapidez.

Un segundo disparo, hecho por el capitán Len Guy, pasó rozando el pecho del *sealing-master* y la bala fue a perderse contra los bloques de hielo, en el mismo instante en que la chalupa desaparecía tras el iceberg.

No nos quedaba otra cosa que hacer más que correr hacia el otro lado de la punta, hacia el que la corriente arrastraría, sin duda alguna, a aquellos miserables, antes de empujarlos hacia el norte... Si pasaban a tiro de fusil, si un segundo disparo alcanzaba al *sealing-master*..., con él muerto o herido, tal vez sus compañeros se decidieran a regresar...

Pasó un cuarto de hora...

Cuando la embarcación asomó por el reverso de la punta, se encontraba a tal distancia, que nuestras armas no podían ya alcanzarla.

Hearne ya había ordenado izar las velas y, empujada por la brisa y la corriente, la chalupa no fue, muy pronto, más que un punto blanco que no tardó en desaparecer.

XIII. Dirk Peters al agua

El tema de la invernada estaba saldado. De los treinta y tres hombres embarcados a bordo de la *Halbrane* cuando zarpó de las Malvinas, veintitrés llegaron a aquella tierra y, de éstos, trece acababan de huir para alcanzar los parajes de pesca más allá de la banquisa... ¡Y no fue la suerte quien los designó...! ¡No...! ¡A fin de escapar a los horrores de la invernada, desertaron cobardemente!

Por desgracia, Hearne no arrastró sólo a sus camaradas. Dos de los nuestros, el marinero Burry y el maestro velero Martin Holt, se le unieron, aunque tal vez Martin Holt no se daba perfecta cuenta de sus actos, bajo el impacto de la aterradora revelación que el *sealing-master* acababa de hacerle...

En definitiva, la situación no cambió para aquellos de nosotros que la suerte no hubiese destinado a partir. No éramos más que nueve —el capitán Len Guy, el segundo Jem West, el *bosseman* Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, el cocinero Endicott, los dos marineros Francis y Stern, Dirk Peters y yo—. ¿Qué pruebas nos tendría reservadas aquella invernada, cuando se aproximase el terrible invierno de los polos...? ¿Qué terribles fríos deberíamos soportar, más rigurosos que en ningún otro punto del globo terrestre, y cubierto por una noche permanente de seis meses...? ¡No podíamos pensar, sin espanto, en toda la energía moral y física que necesitaríamos para resistir en aquellas condiciones tan fuera del alcance de la resistencia humana...!

Y, sin embargo, ¿era realmente mejor, después de todo, la suerte que esperaba a los que nos abandonaron...? ¿Encontrarían la mar libre hasta la banquisa...? ¿Conseguirían alcanzar el círculo antártico...? Y, más allá, ¿encontrarían los últimos navíos de la estación...? ¿No se quedarían sin provisiones en medio de una travesía de un millar de millas...? ¿Qué habrían podido llevar en

aquella chalupa, ya demasiado cargada con sus trece pasajeros...? Sí... ¿eran ellos o nosotros los que más peligro corrían...? Tan sólo el futuro podría responder a aquella pregunta...

Cuando la embarcación hubo desaparecido, el capitán Len Guy y sus compañeros remontaron la punta y regresaron hacia la caverna. Cubiertos por la interminable noche, sería allí donde íbamos a pasar todo aquel tiempo durante el cual nos estaría prohibido poner el pie fuera de ella.

Pensaba, ante todo, en Dirk Peters, que quedó atrás después del disparo realizado por Hearne, mientras que los demás tratábamos de alcanzar el otro lado de la punta.

De regreso a la caverna, no vi al mestizo. ¿Habría sido herido gravemente...? ¿Tendríamos que sentir la muerte de aquel hombre que nos era tan fiel como a su pobre Pym...?

Esperaba —lo esperábamos todos— que su herida no fuese grave. Pero sería necesario curarla, y Dirk Peters había desaparecido.

—Vayamos en su busca, señor Jeorling —exclamó el *bosseman*...

—Vamos... —respondí.

—Iremos juntos —dijo el capitán Len Guy—. Dirk Peters era de los nuestros... Nunca nos hubiese abandonado, ¡y nosotros no lo abandonaremos!

—¿Querrá volver ese pobre desgraciado —observé—, ahora que se sabe lo que creía que tan sólo lo sabíamos él y yo...?

Expliqué a mis compañeros por qué, en el relato de Arthur Pym, el nombre de Ned Holt fue cambiado por el de Parker, y en qué circunstancias el mestizo me lo contó todo. Y, por otra parte, hice valer todo lo que podía aducirse en descargo de su acción.

—¡Hearne —afirmé— ha dicho que Dirk Peters mató a Holt...! ¡Sí...! ¡Es cierto...! Ned Holt navegaba a bordo del *Grampus*, y su hermano, Martin Holt, pudo pensar que habría perecido durante la rebelión o en el naufragio. Pues bien, ¡no fue así...! Ned Holt sobrevivió junto a Augustus Barnard, Arthur Pym y el mestizo y, muy pronto, todos ellos fueron presa de las torturas del hambre... Fue necesario sacrificar a uno de ellos..., al que designara la suerte... Se echó a pajas... Ned Holt tuvo la suerte en contra... Cayó acuchillado por Dirk Peters... Pero si el mestizo hubiese sido el

designado por la suerte, es él quien habría servido de presa a los otros.

El capitán Len Guy hizo entonces esta observación:

—¿Confió Dirk Peters su secreto a alguien más que a usted, señor Jeorling...?

—Tan sólo a mí, capitán...

—¿Y usted lo ha guardado...?

—Totalmente.

—Entonces, no me explico cómo es posible que Hearne haya podido llegar a saberlo...

—En un principio pensé —le respondí— que Dirk Peters habría podido hablar en sueños, y que por casualidad el *sealing-master* se enteró de su secreto. Pero, después de mucho reflexionar, me acordé de la siguiente circunstancia: cuando el mestizo me contó lo sucedido a bordo del *Grampus*, cuando me dijo que Parker no era otro que Holt, se encontraba en mi camarote, cuya claraboya lateral estaba abierta... Y tengo fuertes razones para pensar que nuestra conversación fue escuchada por el hombre que se encontraba entonces al timón... Y aquel hombre era, precisamente, Hearne, quien, sin duda alguna, y para enterarse mejor, abandonó la rueda, por lo que la *Halbrane* dio un bandazo...

—Ya me acuerdo —dijo Jem West—, y yo amonesté enérgicamente a ese miserable, al que envié al fondo de la cala.

—Pues bien, capitán —proseguí—, fue precisamente a partir de ese día cuando Hearne procuró estrechar sus relaciones con Martin Holt, cosa que Hurliguerly me hizo notar...

—Efectivamente —dijo el *bosseman*—, puesto que Hearne, como no estaba capacitado para gobernar la chalupa de la que trataba de apoderarse, necesitaba un maestro como Martin Holt...

—Así es que —proseguí— no cesó de incitar a Martin Holt para que preguntase al mestizo por la suerte de su hermano. Y ya saben todos ustedes en qué circunstancias le reveló tan terrible secreto... Martin Holt se vio como aturdido por esta revelación... Los otros lo arrastraron..., y ahora ¡está con ellos!

Todos opinaron que las cosas deberían de haber pasado de aquella manera. A fin de cuentas, y puesto que ya se sabía la verdad, ¿no deberíamos temer que Dirk Peters, en el estado de ánimo en que debería encontrarse, hubiese querido ocultarse...?

¿Aceptaría volver a ocupar un lugar entre nosotros...?

Inmediatamente abandonamos todos la caverna y, una hora más tarde, encontramos al mestizo.

Cuando nos vio, su primera intención fue la de huir. Pero, finalmente, Hurliguerly y Francis consiguieron aproximarse y él no opuso ninguna resistencia. Yo le hablé..., los demás me imitaron..., el capitán Len Guy le tendió la mano... Al principio, dudó si estrecharla... Después, sin pronunciar ni una sola palabra, regresó hacia la playa. Desde aquel día, nunca volvió a hablarse, entre él y nosotros, de lo ocurrido a bordo del *Grampus*.

En cuanto a la herida de Dirk Peters, no hubo razón alguna para inquietarse. La bala no hizo más que penetrar en la parte superior del brazo izquierdo, y pudo hacerla salir con tan sólo presionar con la otra mano junto a la herida. Aplicamos un trozo de tela de vela sobre la herida, se vistió su marinera y, desde el día siguiente, sin que mostrase encontrarse molesto en absoluto, se dedicó a sus ocupaciones habituales.

La instalación se organizó con vistas a una larga invernada. El invierno estaba a punto de llegar y, desde hacía unos cuantos días, apenas se mostraba el sol entre las brumas. La temperatura descendió a 36° F (2,22° centígrados) y no volvió a subir. Los rayos solares, alargando desmesuradamente las sombras sobre el suelo, no daban, por así decirlo, calor alguno. El capitán Len Guy hizo que nos vistiésemos ropas calientes, de lana, sin esperar a que el frío se hiciese más riguroso.

Mientras tanto, los icebergs, los *packs*, los *streams*, los *drifts* llegaban del sur en mayor número. Si bien algunos de ellos acababan yendo a encallar sobre el litoral, que ya se encontraba abarrotado de hielos, la mayor parte desaparecían en dirección al noreste.

—Todos estos trozos —me dijo el *bosseman*— son otros tantos materiales más que ayudarán a consolidar la banquisa. Por poco que la chalupa de ese bribón de Hearne no los adelante, creo que esas gentes se encontrarán con la puerta cerrada, y como no tendrán la llave para abrirla...

—¿Así es que usted, Hurliguerly —le pregunté—, cree que corremos menos peligros invernando sobre esta costa que habiendo cogido una plaza en la embarcación...?

—Lo creo y lo he creído siempre, señor Jeorling —me respondió el bosseman—. Y, además, ¿sabe usted una cosa...? —añadió, empleando su fórmula habitual.

—Dígame, Hurliguerly.

—Pues bien, que esos que están a bordo de la chalupa tendrán muchos más problemas que los que no lo están y, se lo repito, ¡si la suerte me hubiese designado, habría cedido mi puesto a otro...! ¿Sabe usted de algo mejor que sentir la tierra firme bajo sus pies...? Después de todo, y pese a que hayamos sido cobardemente abandonados, no deseo la muerte a nadie. Pues si Hearne y los otros no consiguen franquear la banquisa, estarán condenados a pasar el invierno en medio de los hielos y, limitados a esos víveres de los que no tienen más que para unas pocas semanas, ¿sabe usted la suerte que les espera?

—¡Sí..., peor que la nuestra...! —le comprendí.

—Y añadiré —dijo el *bosseman*—, que no basta con que alcancen el círculo antártico, porque, si los balleneros ya han abandonado la zona de pesca, no es con una embarcación cargada y sobrecargada como podrán hacer frente a la mar hasta alcanzar las costas australianas.

Aquella era mi opinión, al igual que la del capitán Len Guy y de Jem West. Acompañada por una navegación favorable, y no embarcando más que lo que pudiese embarcar, y con provisiones suficientes para varios meses, en fin, con todas las posibilidades a su favor, tal vez la chalupa se hubiese encontrado en condiciones de efectuar aquella travesía... Pero ¿de aquella forma...? Indudablemente, no...

Durante los días siguientes, el 14, 15, 16 y 17 de febrero, acabamos la instalación del material y el personal.

Se realizaron algunas excursiones por el interior de aquel país. El suelo presentaba, por todas partes, la misma aridez, y no producía más que aquellas pencas espinosas que crecían en la arena y de las que las playas estaban abundantemente provistas. Si el capitán Len Guy hubiese conservado una última esperanza a propósito de su hermano y de los marineros de la *Jane*, si llegó a pensar que después de haber abandonado la isla Tsalal a bordo de una embarcación las corrientes los habrían conducido hasta aquella costa, no habría tenido más remedio que reconocer que no existía

ninguna huella de un desembarco.

Una de nuestras excursiones nos llevó a unas cuatro millas al pie de una montaña de acceso muy difícil, gracias a la larga oblicuidad de sus pendientes, y cuya altitud se podía cifrar en seiscientas o setecientas toesas.

De aquella excursión, que realizamos el capitán Len Guy, el segundo, el marinero Francis y yo, no pudimos sacar conclusión alguna. Hacia el norte y hacia el oeste se desarrollaba la misma sucesión de colinas descarnadas, caprichosamente cortadas por sus cimas, por lo que, cuando desaparecieran bajo el inmenso tapiz de nieve, sería muy difícil distinguirlas de los icebergs inmovilizados por el frío sobre la superficie de la mar.

Sin embargo, y a propósito de lo que habíamos tomado por unas apariencias de tierra al este, pudimos constatar que, en aquella dirección, se extendía una costa cuyas alturas, iluminadas por el sol de la tarde, se nos presentaron con bastante claridad ante nuestro catalejo.

¿Era un continente lo que bordeaba aquel estrecho o, por el contrario, no era más que una isla...? En todo caso, tanto si era lo uno como si era lo otro, deberían de ser tan estériles como la tierra del oeste y, al igual que ella, estar deshabitados y ser inhabitables.

Y cuando mis pensamientos volvían, de nuevo, hacia la isla Tsalal, cuyo suelo poseía una potencia de vegetación tan extraordinaria, cuando me acordaba de las descripciones de Arthur Pym, no sabía qué imaginarme. Evidentemente, aquella desolación que afligía nuestras miradas reproducía mucho mejor la idea que cualquiera puede hacerse de las regiones australes. Y, sin embargo, el archipiélago tsalaliano, situado, casi, en la misma latitud que nosotros, era fértil y populoso antes de que el terremoto lo destruyera en su casi totalidad.

Aquel día el capitán Len Guy nos propuso bautizar geográficamente aquellas regiones a las que nos había traído el iceberg. Le pusimos el nombre de Halbrane-Land, en recuerdo de nuestra goleta. Al mismo tiempo, y a fin de asociarlo al mismo recuerdo, dimos el nombre de Jane-Sund al estrecho que separaba ambas partes del continente polar.

Nos dedicamos entonces a cazar pingüinos, que pululaban sobre las rocas, así como a capturar cierto número de aquellos anfibios

que retozaban a lo largo de las playas. La necesidad de carne fresca se hacía sentir. Cocinada por Endicott, la carne de foca y de morsa nos pareció muy aceptable. Además, la grasa de aquellos animales podía, en caso de necesidad, servirnos para calentar la caverna y para cocer nuestros alimentos. No deberíamos olvidar que nuestro peor enemigo sería el frío, y que todos los medios para combatirlo deberían ser utilizados. Quedaba por saber si, ante la proximidad del invierno, aquellos anfibios emigrarían a latitudes inferiores en busca de un clima menos riguroso...

Por suerte, quedaban todavía centenares de animales de otras clases, los cuales hubiese podido garantizar nuestro pequeño mundo contra el hambre y, en caso de necesidad, contra la sed. Sobre las playas se arrastraban numerosos ejemplares de aquellas tortugas galápagos, a las que se les ha dado el nombre de un archipiélago del océano equinoccial [128]. Eran semejantes a aquellas de las que nos habla Arthur Pym, y que servían de alimento a los isleños, así como a la que él y Dirk Peters encontraron en el fondo de la canoa indígena cuando huyeron de la isla Tsalal.

A falta de apio, de perejil y de verdolaga silvestre, aquellos quelonios, enormes, de andar mesurado, pesado, lento, con un cuello delgaducho de unos dos pies de largo, la cabeza triangular como la de una serpiente, y que pueden pasar años sin comer, se alimentaban de las pencas que vegetaban entre las piedras del litoral. Si Arthur Pym se permitió comparar las tortugas antárticas a los dromedarios, fue porque, al igual que estos rumiantes, aquéllas poseen, en el lugar donde nace el cuello, una bolsa llena de agua potable y fresca que tiene una capacidad de dos o tres galones. Según su relato, antes de que ocurriesen los acontecimientos en los que se echó la suerte a pajas, los naufragos del *Grampus* no sucumbieron ni a la sed ni al hambre gracias a una de esas tortugas. Según él, algunas de estas tortugas de tierra y de mar llegan a pesar entre mil doscientas y mil quinientas libras. Las de Halbrane-Land no pesaban más de setecientas u ochocientas, pero no por ello su carne era menos alimenticia y sabrosa.

Por tanto, y pese a que nos encontrábamos a punto de invernar a menos de cinco grados del polo, la situación, por muy riguroso que llegase a ser el frío, no era como para desesperar a unos corazones enérgicos. El único problema —cuya gravedad no niego— era el del

regreso, una vez que la mala estación hubiese pasado. Para que pudiese ser resuelto, necesitábamos, por un lado, que nuestros compañeros que partieron en la chalupa consiguieran ser repatriados y, por el otro, que su primera preocupación fuese la de enviar un navío en nuestra búsqueda. Y sobre este último punto, a falta de los demás, podíamos esperar que Martin Holt no nos olvidaría. Pero ¿llegarían, tanto él como sus camaradas, a alcanzar las tierras del Pacífico a bordo de un ballenero...? Y además ¿sería propicia la próxima estación veraniega para una travesía de los mares de la Antártida y hasta un punto tan avanzado...?

Con frecuencia hablábamos de todas aquellas posibilidades, de las buenas y de las malas. De todos nosotros, era el *bosseman* quien continuaba mostrándose más confiado, gracias a su temperamento optimista y a su gran resistencia física. El cocinero, Endicott, compartía su confianza o, al menos, no se preocupaba demasiado por las eventualidades del futuro, y cocinaba tal y como lo haría si se hubiese encontrado frente al horno del *Cormorán Verde*. Los marineros Stern y Francis escuchaban sin decir nada, y ¡quién sabe si no lamentaban el no haber acompañado a Hearne y sus compañeros...! En cuanto al maestro calafate, Hardie, esperaba los acontecimientos sin tratar de adivinar qué giro tomarían cinco o seis meses más tarde.

El capitán Len Guy y el segundo, como de costumbre, estaban unidos por los mismos pensamientos y por las mismas resoluciones. Todo lo que debiera intentarse para conseguir la salvación común lo intentarían. Poco confiados sobre la suerte que esperaba a la chalupa, tal vez pensaban en un viaje hacia el norte, atravesando a pie los *ice-fields*, y ni uno solo de nosotros hubiese dudado en seguirlos. Además, la hora de una tentativa semejante todavía no había llegado, y habría tiempo más que suficiente para tomar una decisión cuando la mar se hubiese solidificado hasta el círculo antártico.

Tal era, por tanto, la situación, y nada parecía poder modificarla, cuando el día 19 de febrero se produjo un incidente; incidente providencial, diría yo, para los que admiten la intervención de la Providencia en los asuntos humanos.

Eran las ocho de la mañana. El tiempo era bueno, el cielo estaba bastante despejado, y el termómetro marcaba 32° Fahrenheit (0°

centígrados).

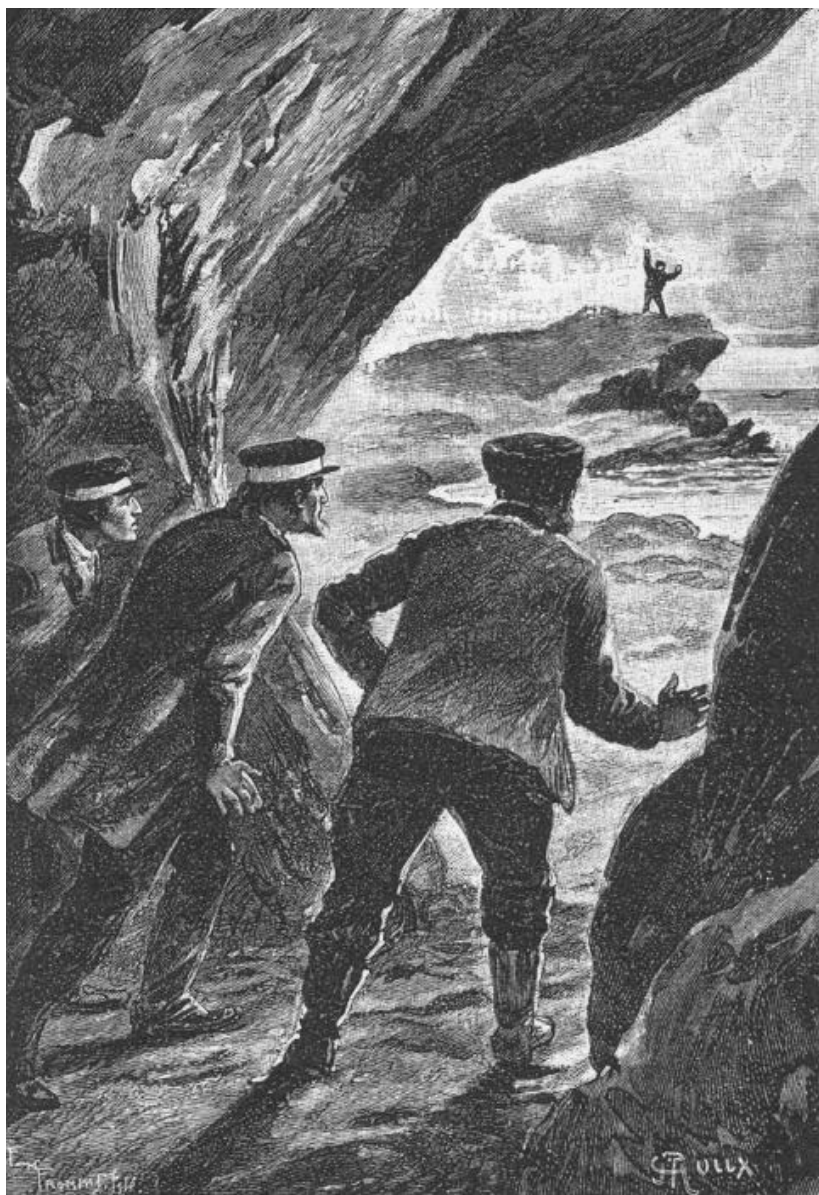
Estábamos reunidos en la caverna —todos menos el *bosseman*— esperando la comida que acababa de preparar Endicott, e íbamos a sentarnos a la mesa, cuando una voz nos llamó desde el exterior.

No podía ser otra voz más que la de Hurliguerly y, como repitiese sus llamadas, salimos con rapidez.

Cuando nos vio, dijo:

—¡Vengan..., vengan...! —exclamó.

De pie, sobre una roca, al pie del cerro donde acababa Halbrane-Land más allá de la punta, nos señalaba la mar.



—¿Qué ocurre...? —preguntó el capitán Len Guy.

—Una canoa.

—¿Una canoa...? —exclamé.

—¿Será la chalupa de la *Halbrane*, que regresa...? —preguntó el capitán Len Guy.

—¡No..., no es ella...! —respondió Jem West.

Y, en efecto, una embarcación que, tanto por su forma como por sus dimensiones, no podía confundirse con la de nuestra goleta, derivaba sin remos ni pagayas.

Parecía como si se encontrase abandonada a la corriente...

Todos tuvimos la misma idea: apoderarnos de aquella embarcación que, tal vez, nos aseguraría nuestra salvación... Pero ¿cómo alcanzarla, cómo llevarla hasta aquella punta de Halbraneland...?

La canoa todavía se encontraba a una milla y, en menos de veinte minutos, pasaría a la altura del cerro, después lo dejaría atrás —puesto que no se sentía ningún remolino en las aguas— y, en otros veinte minutos, se perdería de vista...

Estábamos allí, quietos, mirando hacia aquella embarcación que seguía derivando sin acercarse al litoral. Por el contrario, la corriente tendía a alejarla.

De pronto, un chorro de agua surgió al pie del cerro, como si un cuerpo hubiese caído a la mar.

Se trataba de Dirk Peters, quien, desprovisto de sus vestimentas, acababa de lanzarse desde lo alto de una roca y, cuando lo pudimos ver, se encontraba ya a diez brazas de distancia y nadaba en dirección a la canoa.

Un hurra se escapó de nuestros pechos.

El mestizo volvió un momento la cabeza y, de una potente brazada, saltó —ésa es la palabra— a través de las ligeras olas, tal y como lo hubiese hecho una marsopa, cuya fuerza y velocidad poseía. Nunca vi nada igual, y ¡qué no se podría esperar del vigor de aquel hombre!

¿Conseguiría Dirk Peters alcanzar la embarcación antes de que la corriente la hubiese arrastrado hacia el noreste...?

Y si la alcanzaba, ¿conseguiría, sin remos, llevarla hasta aquella costa de la que se iba alejando, tal y como lo hacía, también, la mayor parte de los icebergs...?

Después de nuestros hurras, lanzados para animar al mestizo, nos quedamos inmóviles, con nuestros corazones latiendo a tal ritmo, que parecían próximos a estallar. Tan sólo el *bosseman* gritaba, de tiempo en tiempo:

—¡Animo..., Dirk..., ánimo!

En unos cuantos minutos, el mestizo recorrió varios cables oblicuamente hacia la canoa. No se veía más que su cabeza, como un enorme punto negro sobre las olas. Nada parecía anunciar que la fatiga pudiera empezar a ganarle. Sus dos brazos y sus dos piernas golpeaban el agua metódicamente, y mantenía la velocidad bajo la acción regular de aquellos dos potentes propulsores.

¡Sí...! No cabía duda alguna, Dirk Peters abordaría la embarcación... Pero, después, ¿no sería arrastrado con ella, a menos que —hasta tal punto su fuerza era prodigiosa— pudiese, nadando, arrastrarla hasta la costa...?

—Después de todo, ¿por qué no va a haber remos en esa canoa...? —dijo el *bosseman*.

Aquello ya lo veríamos una vez que el mestizo se encontrase a bordo, y tenía que conseguirlo en muy pocos minutos, pues, en caso contrario, la canoa lo dejaría atrás.

—En todo caso —dijo, entonces, Jem West—, vayamos en dirección de la corriente. Si la embarcación consigue llegar a tierra, lo hará mucho más allá del cerro.

—¡Lo ha..., lo ha...! ¡Hurra..., Dirk Peters..., hurra...! —gritó el *bosseman*, incapaz de contenerse, siendo secundado por la voz de Endicott como un formidable eco.

En efecto, el mestizo después de abordarla, acababa de izar medio cuerpo a lo largo de la canoa. Su enorme mano la agarró y, a riesgo de hacerla zozobrar, se izó sobre ella, pasó una pierna por la borda y, después, se sentó para recuperar el aliento.

Casi inmediatamente, un terrible grito lanzado por Dirk Peters llegó hasta nosotros...

¿Qué habría encontrado en el fondo de aquella embarcación...? Se trataba de los remos, puesto que se vio cómo los instalaba a proa y, dirigiéndola en dirección a la orilla, remó con un renovado vigor a fin de poder salir de la corriente.

—¡Vengan! —dijo el capitán Len Guy.

Y una vez que hubimos rodeado la base del cerro, echamos a correr por la orilla de la playa entre las piedras negruzcas que la cubrían.

A trescientas o cuatrocientas toesas, el segundo nos mandó parar.

En efecto, la canoa encontró el abrigo de una pequeña punta que

sobresalía en aquel lugar, y resultaba evidente que acabaría abordando la costa allí mismo.

No se encontraba más que a cinco o seis cables, y los remolinos la acercaban, cuando Dirk Peters, abandonando los remos, se inclinó hacia popa y, después, volvió a erguirse sosteniendo un cuerpo inerte entre sus manos.



¡Cuán desgarrador fue el grito que se dejó oír...!

—¡Mi hermano..., mi hermano...!

Len Guy acababa de reconocer que el cuerpo que sostenía el mestizo era el de William Guy.

—¡Vivo..., vivo! —gritó el mestizo.

Unos instantes más tarde, la canoa abordó la orilla, y el capitán Len Guy estrechaba entre sus brazos a su hermano...

Tres de sus compañeros yacían, inconscientes, en el fondo de la embarcación...

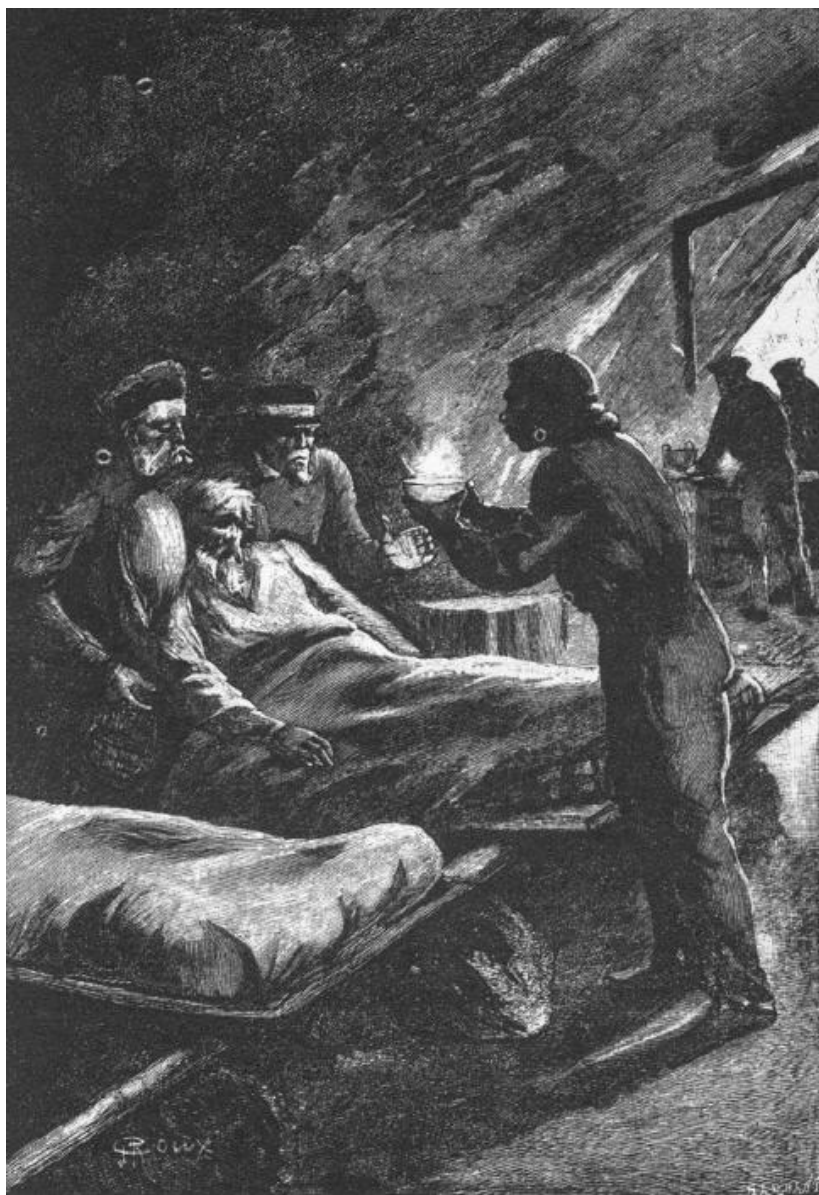
Y aquellos cuatro hombres ¡era todo lo que quedaba de la tripulación de la *Jane*!

XIV. Once años en unas cuantas páginas

El título dado a este capítulo indica que las aventuras de William Guy y sus compañeros después de la destrucción de la goleta inglesa, así como los detalles de su existencia en la isla Tsalal después de la partida de Arthur Pym y Dirk Peters, van a ser relatados sucintamente.

Una vez llevados a la cueva, tanto William Guy como los otros tres marineros, Trinkle, Roberts y Covin, se recuperaron con rapidez. En realidad era el hambre, nada más que el hambre, lo que redujo a aquellos desdichados a un estado de debilidad muy cercano a la muerte.

Unos cuantos alimentos tomados con moderación y algunas tazas de té hirviendo rociados con *whisky* fueron suficientes para devolverles rápidamente las fuerzas.



No quiero insistir en la enternecedora escena, que nos emocionó hasta lo más profundo de nuestras almas, que tuvo lugar cuando William Guy reconoció a su hermano Len. Las lágrimas vinieron a nuestros ojos al mismo tiempo que la gratitud a la Providencia subía a nuestros labios. Tal era la alegría del presente, que ni

siquiera pensábamos en lo que iba a depararnos el futuro; además, ¿quién sabe si nuestra situación no podría cambiar radicalmente gracias a la llegada de aquella embarcación a orillas de Halbraneland...?

Debo decir que William Guy, antes de narrarnos su historia, fue puesto al corriente de nuestras propias aventuras. En pocas palabras supo todo lo que necesitaba saber: el encuentro con el cadáver de Patterson, el viaje a bordo de nuestra goleta hasta la isla Tsalal, su partida rumbo a mayores latitudes y su naufragio al pie del iceberg; por último, la traición de una parte de la tripulación, que nos dejó abandonados sobre aquella tierra.

Supo, igualmente, todo lo que Dirk Peters conocía sobre Arthur Pym y, también, cuáles eran las escasas hipótesis sobre las que el mestizo tenía puesta la esperanza de volver a encontrar a su compañero, cuya muerte no ofrecía mayores dudas a William Guy que la de aquellos otros marinos de la *Jane* que quedaron aplastados bajo las colinas de Klock-Klock.

Después, William Guy nos hizo un resumen de los once años que pasó sobre la isla Tsalal.

No hemos olvidado, en absoluto, el 8 de febrero de 1828 [129] cuando, sin razón alguna que los hiciese suponer la mala fe de la población tsalaliana y de su jefe, Too-Wit, la tripulación de la *Jane* desembarcó para dirigirse al poblado de Klock-Klock, después de haber dejado la goleta dispuesta para la defensa, con seis hombres que quedaron a bordo.

La tripulación, contando con el capitán William Guy, el segundo Patterson, Arthur Pym y Dirk Peters, formaba un grupo de treinta y dos hombres armados con fusiles, pistolas y cuchillos. Iban acompañados por *Tigre*, el perro.

Cuando llegaron a la estrecha garganta que conducía al poblado, precedidos y seguidos por numerosos guerreros de Too-Wit, la pequeña tropa se dividió. Arthur Pym, Dirk Peters y el marinero Allen se introdujeron a través de una fisura de la colina. A partir de aquel momento, sus compañeros no los volvieron a ver.

En efecto, poco después se sintió una sacudida. La colina opuesta se desplomó de golpe, sepultando a William Guy y a sus veintiocho compañeros.

De aquellos desdichados, veintidós fueron aplastados al instante

y sus cadáveres nunca volvieron a ser vistos bajo aquella masa de tierra.

Los otros siete, refugiados milagrosamente en una gran grieta de la colina, sobrevivieron. Se trataba de William Guy, Patterson, Roberts, Covín y Trinkle —además de Forbes y Lexton, que morirían más tarde—. En cuanto a *Tigre*, ¿murió en la avalancha o pudo escapar? Lo ignoraban. No obstante, tanto William Guy como sus seis compañeros no podían permanecer en aquel lugar estrecho y oscuro, en el que el aire respirable no tardaría en faltarles. Tal y como también lo creyó Arthur Pym al principio, ellos, igualmente, se creyeron víctimas de un terremoto. Pero, al igual que aquél, pronto comprendieron que si la garganta estaba cegada por los restos caóticos de más de un millón de toneladas de tierra y piedras, se debía a que aquella avalancha fue provocada artificialmente por Too-Wit y los isleños de Tsalal. Al igual que Arthur Pym, necesitaban escapar lo antes posible de la negrura de las tinieblas y, faltos de aire, de las sofocantes exhalaciones de la tierra húmeda, cuando, por emplear las mismas expresiones del relato, «se está más allá de cualquier esperanza y que ya se comparte la suerte de los muertos».

Al igual que en la colina de la izquierda, también existían laberintos en la colina de la derecha, y fue arrastrándose a todo lo largo de aquellos sombríos corredores como William Guy, Patterson y los demás alcanzaron una cavidad en la que el día y el aire penetraban abundantemente.

Fue allí desde donde vieron, ellos también, el ataque que una sesentena[130] de piraguas llevó a cabo contra la *Jane*, la defensa de los seis hombres que quedaron a bordo, cómo los pedreros vomitaban balas enramadas y metralla, la invasión de la goleta por los salvajes y, por último, la explosión final que causó la muerte de un millar de indígenas al tiempo que destruyó totalmente el navío.

Too-Wit y los tsalalianos se quedaron, en un principio, aterrados a causa de los efectos de aquella explosión, pero, posiblemente, era mucho mayor su desilusión. Sus instintos de pillaje no pudieron ser satisfechos, puesto que tanto del casco como del aparejo y del cargamento no quedaban más que algunos restos sin valor.

Como debían de suponer que la tripulación sucumbió en la avalancha de la colina, ni siquiera se les ocurrió pensar que algunos

hubiesen podido sobrevivir. De ahí que tanto Arthur Pym y Dirk Peters, por su lado, como William Guy y los suyos, por el otro, pudieran permanecer en el interior de los laberintos de Klock-Klock sin ser molestados, y donde se alimentaban con la carne de aquellos alcaravanes que resultaban tan fáciles de cazar a mano, y de los frutos de numerosos avellanos que crecían por las laderas de la colina. En cuanto al fuego, se lo procuraban frotando trozos de ramas tiernas contra trozos de madera endurecida, muy abundantes por los alrededores.

Si, finalmente, después de siete días de secuestro, Arthur Pym y el mestizo consiguieron —tal y como sabemos— abandonar su escondrijo, descender hasta la orilla, apoderarse de una embarcación y abandonar la isla Tsalal, William Guy y sus compañeros no encontraron ninguna oportunidad de escapar.

Al cabo de veintiún días, el capitán de la *Jane* y los suyos, que continuaban escondidos en el laberinto, veían llegar el momento en que aquellos pájaros que les servían de alimento iban a faltarles. Para huir del hambre —y no de la sed, puesto que una fuente subterránea les procuraba agua potable— tan sólo les quedaría una solución: alcanzar el litoral para, después, aventurarse en mar abierta a bordo de una embarcación indígena... Pero ¿adónde podrían dirigirse aquellos fugitivos, y qué iba a ser de ellos sin provisiones...? No obstante, no habrían dudado en intentar la aventura si hubiesen podido disfrutar de algunas horas de oscuridad. Pero, por aquella época, el sol no se ponía todavía por el horizonte del paralelo 84.

Es, por tanto, muy probable que la muerte habría puesto fin a tantas calamidades si la situación no hubiese cambiado en las siguientes circunstancias.

Una mañana —era el día 22 de febrero—, durante la madrugada, William Guy y Patterson se encontraban hablando, terriblemente inquietos, junto al orificio de la cavidad que se asomaba sobre el campo. No sabían cómo hacer frente a las necesidades de los siete hombres, limitados ya a no alimentarse más que de avellanas, lo cual les producía violentos dolores de cabeza y de vientre. Podían ver desde allí grandes tortugas que se arrastraban por las orillas de la costa. Pero ¿cómo podrían arriesgarse a ir en su busca si las playas estaban ocupadas por

centenares de tsalalianos que iban y venían de un lado para otro, dedicándose a sus quehaceres, al tiempo que lanzaban aquellos eternos gritos de *tekeli-li*?

De pronto, aquella muchedumbre pareció sentirse presa de una extraordinaria agitación. Hombres, mujeres y niños se dispersaron por todas partes. Algunos salvajes se lanzaron sobre sus canoas como si un terrible peligro los amenazara...

¿Qué ocurría...?

William Guy y sus compañeros tuvieron, muy pronto, la explicación del tumulto que se estaba produciendo por aquella parte del litoral de la isla.

Un animal, un cuadrúpedo, acababa de aparecer y, precipitándose sobre los isleños, se encarnizaba mordiéndolos y saltando a sus gargantas, mientras que por su boca babeante lanzaba roncoss aullidos.

Sin embargo, aquel cuadrúpedo estaba solo y hubiesen podido acabar con él con tan sólo lanzarle piedras y flechas... Entonces, ¿por qué aquellos salvajes manifestaban tanto temor, por qué huían, por qué no se atrevían a defenderse de aquel animal que se lanzaba contra ellos...?

El animal tenía el pelo blanco y, al verlo, se produjo aquel fenómeno ya conocido, aquel inexplicable horror a lo blanco común a todos los indígenas de Tsalal... ¡No! No podríamos ni imaginarnos con qué terror lanzaban, con su *tekeli-li*, aquellos repetidos gritos de *anamoo-moo* y *lama-lama*.

Y ¡cuál no sería la sorpresa de William Guy y de sus compañeros cuando reconocieron a *Tigre*, el perro...!

¡Sí! *Tigre*, que después de haber escapado de la avalancha de la colina, huyó hacia el interior de la isla... Y después de haber vagado por los alrededores de Klock-Klock durante algunos días, regresó, sembrando el terror entre aquellos salvajes...

Recordaremos cómo el pobre animal ya estuvo a punto de volverse rabioso en la bodega del *Grampus*... Pues bien, ahora sí que estaba rabioso... ¡Sí! Estaba rabioso y amenazaba con sus clientes a toda aquella aterrada población...

Era por eso por lo que la mayor parte de los tsalalianos huyeron, al igual que Too-Wit, su jefe, y los wampoos, que eran los principales personajes de Klock-Klock... Fue en aquellas

extraordinarias circunstancias cómo abandonaron no sólo el poblado, sino incluso la isla, donde nada ni nadie hubiese sido capaz de tenerlos y en donde no volverían a poner el pie...

Sin embargo, si bien las canoas transportaron a la mayor parte de ellos a las islas vecinas, varios centenares de indígenas, faltos de medios para huir, tuvieron que quedarse en Tsalal. Como algunos de ellos sufrieron las mordeduras de *Tigre*, se declararon varios casos de hidrofobia después de un corto período de incubación. Entonces —resultaba imposible relatar aquel espectáculo tan horroroso— acabaron por precipitarse los unos contra los otros, desgañándose a dentelladas... De ahí los huesos que encontramos por los alrededores de Klock-Klock, que no eran otros que los de aquellos salvajes, después de haber permanecido once años blanqueando al aire en aquel lugar...

En cuanto al pobre perro, se fue a morir a aquel rincón del litoral donde Dirk Peters encontró su esqueleto, el cual llevaba puesto, todavía, un collar en el que estaba grabado el nombre de Arthur Pym...

Así es que era aquella la catástrofe —que la potencia genial de un Edgar Poe hubiese sido, sin duda, capaz de imaginar— a la que se debía el abandono definitivo de Tsalal. Refugiados en el archipiélago del suroeste, los indígenas abandonaron para siempre aquella isla en la que el «animal blanco» acababa de sembrar el terror y la muerte...

Después, una vez que aquellos que no pudieron huir hubieron muerto, todos ellos a causa de la epidemia de rabia, William Guy, Patterson, Trinkle, Covin, Roberts, Forbes y Lexton se arriesgaron a salir del laberinto, donde ya se encontraban a punto de morir de hambre.

¿Cuál fue, durante todos los años que siguieron, la existencia de los siete supervivientes de aquella expedición...?

En definitiva, debió de ser bastante menos dura de lo que pudiera creerse. Su vida estaba asegurada por los productos naturales de un suelo extremadamente fértil, así como por la presencia de un cierto número de animales domésticos. Tan sólo les faltaban los medios necesarios para abandonar Tsalal, regresar a la banquisa y franquear el círculo polar Antártico, cuyo paso forzó la *Jane* al precio de mil peligros, amenazada por las tempestades, el

choque con los hielos y las ráfagas de granizo y nieve.

En cuanto a las posibilidades de poder construir una canoa que fuese capaz de enfrentarse a un viaje tan arriesgado, ¿cómo hubiesen podido lograrlo William Guy y sus compañeros, si carecían de las herramientas necesarias y no poseían más que sus armas, los fusiles, las pistolas y los cuchillos...?

Por tanto, tan sólo les quedaba pensar en la manera de instalarse lo mejor posible, mientras esperaban la ocasión de poder abandonar la isla. ¿Y de dónde podría provenir tal oportunidad, si no era de uno de aquellos azares de los que tan sólo dispone la Providencia...?

Así es que, de acuerdo con la opinión del capitán y del segundo, decidieron instalar un campamento en la costa noroeste. Desde el poblado de Klock-Klock no se avistaba mar abierta. Y ellos necesitaban tener, constantemente, la mar ante sus miradas, para el caso, hartamente improbable, de que cualquier navío apareciese por los parajes de la isla Tsalal...



El capitán William Guy, Patterson y sus cinco compañeros descendieron, por tanto, a través de la garganta, que estaba prácticamente cubierta por los escombros de la colina, por en medio de escorias desmenuzadas, de bloques de granito negro y marga graneada sobre los que centelleaban puntitos metálicos. Así era

como Arthur Pym había podido contemplar aquellas lúgubres regiones que, según él, recordaban el emplazamiento «donde antaño se alzaba Babilonia...».

Antes de abandonar la garganta, William Guy pensó en explorar la fisura de la derecha, por donde Arthur Pym, Dirk Peters y Allen desaparecieron; pero, como estaba obstruida, les fue imposible penetrar en el interior del macizo. Así es que nunca supieron de la existencia de aquel laberinto natural o artificial, que era perpendicular al que acababan de abandonar y que, probablemente, se comunicaba con él bajo el lecho rocoso del torrente.

Después de haber franqueado aquella barrera caótica que interceptaba el camino hacia el norte, la pequeña tropa se dirigió, rápidamente, hacia el noroeste.

Allí, sobre el litoral, a unas tres millas de Klock-Klock, procedieron a su instalación definitiva en el fondo de una gruta muy semejante a aquella en la que nos encontrábamos actualmente, sobre la costa de Halbrane-Land.

Y fue sobre aquel lugar donde, durante largos y desesperados años, vivieron los siete supervivientes de la *Jane*, tal y como tendríamos que hacerlo nosotros mismos, aunque es bien cierto que en condiciones mucho mejores, puesto que la fertilidad del suelo de Tsalal les ofrecía unos recursos que no había en el de Halbrane-Land. En realidad, si estábamos condenados a perecer una vez que nuestras provisiones se hubiesen agotado, ellos no lo estuvieron. Ellos podían esperar indefinidamente... y esperaron...

De lo que estaban absolutamente convencidos era de que Arthur Pym, Dirk Peters y Allen perecieron en la avalancha. Lo cual era, sin duda alguna, cierto para este último. Y, en efecto, ¿cómo podrían haberse imaginado que Arthur Pym y el mestizo pudieran haberse hecho a la mar después de apoderarse de una canoa...?

Tal y como nos dijo William Guy, ningún incidente rompió la monotonía de aquella existencia durante once años; ninguno, ni siquiera la aparición de los isleños, a los que el terror impedía que se aproximasen a la isla Tsalal. Ningún peligro los amenazó durante todo aquel tiempo. Por otra parte, a medida que pasaba y pasaba, iban perdiendo cada vez más la esperanza de que pudiesen llegar a ser rescatados algún día. Al principio, con la llegada de la buena estación, cuando la mar quedaba libre, se decían que algún navío

sería enviado en busca de la *Jane*. Pero, una vez que hubieron pasado cuatro o cinco años, perdieron toda esperanza...

Al mismo tiempo que los productos de la tierra —y, entre ellos, aquellas preciosas plantas antiescorbúticas, la codearía y al apio cimarrón, que abundaban en las cercanías de la caverna—, William Guy llevó del poblado cierta cantidad de volátiles, gallinas, patos de una especie excelente y, también, muchos de aquellos cerdos negros tan abundantes sobre la isla. Además, y puesto que no tenían necesidad de las armas de fuego, pudieron abatir fácilmente alcaravanes de un plumaje tan negro como el azabache. Además de aquellas fuentes de alimentación, podían contar con centenares de huevos de albatros y tortugas galápagos, que se encontraban entenados por las arenas de las playas, aunque también es cierto que hubiese bastado con aquellas tortugas de enormes dimensiones, que poseían una carne sabrosa y muy nutritiva, para alimentar a los invernadores de la Antártida.

Les quedaban, además, las inagotables reservas de la mar, de aquella Jane-Sund en la que abundaba toda clase de peces, incluso en el fondo de sus caletas —salmones, bacalaos, rayas, platijas, lenguados, salmonetes, mújoles, acedías, escaros y, también, aquellas sabrosísimas *biches de mer*, que la goleta inglesa había querido cargar a fin de venderlas luego en los mercados del Celeste Imperio.

No hay razón para que sigamos extendiéndonos sobre el período de tiempo comprendido entre el año 1828 y el año 1839. Sin duda alguna, los inviernos fueron muy duros. Y, en efecto, si bien el verano dejaba sentir generosamente su beneficiosa influencia sobre las islas del grupo Tsalal, la mala estación, con su cortejo de nieve, lluvias, ráfagas de viento y tormentas, no las libraba de su rigor. Aquel frío tan espantoso dominaba sobre todas las tierras de la Antártida. La mar, abarrotada de hielos flotantes, se solidificaba durante seis o siete meses. Era necesario esperar la reaparición del sol para volver a encontrar aquellas aguas libres, tal y como las vio Arthur Pym, y tal y como nosotros las encontramos al atravesar la banquisa.

En definitiva, la existencia fue relativamente fácil en la isla Tsalal. ¿Ocurriría lo mismo sobre aquel árido litoral de Halbraneland que ocupábamos? Por muy abundantes que fuesen, nuestras

provisiones acabarían por agotarse y, una vez llegado el invierno, ¿no regresarían las tortugas a las bajas latitudes...?

Lo cierto es que, siete meses antes, el capitán William Guy no había perdido todavía ni uno solo de aquellos que salieron sanos y salvos de la emboscada de Klock-Klock, y ello gracias a su robusta constitución, a su increíble fortaleza y a la fuerza de su carácter... Pero pronto la desgracia se abatió sobre ellos.

Llegado el mes de mayo —que se corresponde en aquellas comarcas con el mes de noviembre del hemisferio septentrional—, ya empezaban a verse derivar, a lo largo de Tsalal, los hielos que las corrientes arrastraban hacia el norte.

Un día uno de aquellos siete hombres no regresó a la caverna. Lo llamaron, lo esperaron, se pusieron en su busca... Fue en vano... Víctima de algún accidente, ahogado, sin duda alguna, no volvió a aparecer... y nunca más aparecería...

Se trataba de Patterson, el segundo de la *Jane*, el fiel compañero de William Guy.

¿Cuánto dolor causaría a aquellos hombres la desaparición de uno de ellos, de uno de los mejores...? ¿No sería aquel el presagio de nuevas catástrofes...?

Pero lo que William Guy ignoraba, y que nosotros se lo dijimos, es que Patterson —nunca llegaría a saberse en qué circunstancias— fue arrastrado hasta la superficie de un témpano de hielo, sobre el que acabaría muriendo de hambre[131]. Y era sobre aquel témpano, que logró llegar hasta la altura de las islas del Príncipe Eduardo gastado por el roce de las aguas y a punto de disolverse, donde el *bosseman* descubrió el cadáver del segundo de la *Jane*.

Cuando el capitán Len Guy acabó de explicar cómo, gracias a las notas encontradas en el bolsillo del desdichado compañero, la *Halbrane* pudo dirigirse a los mares antárticos, su hermano no pudo contener el llanto...

Tras aquella desgracia, otras le siguieron.

De los siete supervivientes de la *Jane* ya no quedaban más que seis y, muy pronto, no quedarían más que cuatro, después de haberse visto obligados a buscar su salvación en la huida.

En efecto, no pasaron más que cinco meses desde la desaparición de Patterson, cuando, a mediados de octubre, un terremoto conmovió la isla Tsalal de arriba abajo, al mismo tiempo que

aniquilaba casi totalmente el grupo de islas del suroeste.

No podríamos ni imaginarnos con qué violencia se llevó a cabo aquella destrucción. Pudimos llegar a hacernos una idea cuando la chalupa de nuestra goleta abordó el acantilado rocoso indicado por Arthur Pym.

Sin duda alguna, tanto William Guy como sus cinco compañeros no habrían tardado en sucumbir si no hubiesen encontrado el medio para huir de aquella isla que ahora se negaba a alimentarlos.

Dos días después, la corriente depositó, a unos cuantos centenares de toesas de la caverna, una canoa que venía arrastrando desde el archipiélago del suroeste.

Lo que William Guy, Roberts, Trinkle, Covín, Forbes y Lexton decidieron fue cargar aquella canoa con cuantas provisiones pudieran estibar en ella y embarcarse para abandonar aquella isla que se había vuelto inhabitable, sin tan siquiera esperar ni veinticuatro horas.

Por desgracia, soplaba una brisa extremadamente violenta, originada por los fenómenos sísmicos que perturbaron tanto las profundidades del suelo como las profundidades del cielo. No fue posible resistir a aquella brisa, que empujó la embarcación hacia el sur, dejándola a merced de la corriente que arrastró a nuestro iceberg cuando derivó hasta el litoral de Halbrane-Land.

Durante dos meses y medio, aquellos desdichados recorrieron de tal suerte la mar libre, sin conseguir modificar su rumbo. Hasta el 2 de enero de aquel mismo año —1840— no consiguieron avistar tierra, y era, precisamente, la costa que el Jane-Sund bañaba por el este.

Y aquella tierra, tal y como pudimos comprobar, no distaba ni cincuenta millas de Halbrane-Land. ¡Sí! ¡Aquella era la distancia, relativamente corta, que nos separó de aquellos que fuimos a buscar tan lejos, a través de las regiones antárticas, y que ya ni esperábamos poder encontrar!

Fue mucho más al sudeste —con respecto a nuestra posición— donde recaló la embarcación de William Guy. Pero, una vez allí, ¡qué diferencia con la isla Tsalal o, mejor dicho, cómo se parecía aquella costa a Halbrane-Land! Un suelo incultivable, todo él playas y rocas, sin árboles, sin arbustos, sin plantas de ninguna especie. Así es que, como sus provisiones estaban prácticamente agotadas,

William Guy y sus compañeros se vieron, muy pronto, reducidos a una extrema miseria, y dos de ellos, Forbes y Lexton, acabaron sucumbiendo...

Los otros cuatro, William Guy, Roberts, Covín y Trinkle no quisieron continuar ni un solo día más sobre aquella costa donde estaban condenados a morir de hambre. Se embarcaron en la canoa con los pocos víveres que les quedaban y se dejaron arrastrar, de nuevo, por la corriente, sin poder fijar su posición por falta de instrumentos necesarios.

Pero como navegaron durante veinticinco días en aquellas condiciones, sus reservas se agotaron, y ya se encontraban a punto de sucumbir, pues llevaban cuarenta y ocho horas sin comer, cuando la embarcación, en cuyo fondo yacían, se presentó frente a Halbrane-Land.

Fue en aquel instante cuando la vio el *bosseman* y Dirk Peters se lanzó al agua para alcanzarla y así poder maniobrar de tal suerte que consiguiera llevarla a tierra.

En el momento en que puso el pie sobre la canoa, el mestizo reconoció al capitán de la *Jane* y a los marineros Roberts, Trinkle y Covin. Después de haberse asegurado que seguían vivos, cogió los remos, remó hacia tierra y, cuando se encontraba nada más que a un cable, levantó la cabeza de William Guy.

—¡Vivos..., están vivos! —gritó con una voz tan potente que pudo llegar hasta nosotros.

Y ahora ambos hermanos se encontraban, por fin reunidos, en aquel rincón perdido de Halbrane-Land.

XV. La esfinge de los hielos

A los dos días ya no quedaba ni uno solo de los supervivientes de ambas goletas sobre aquel punto del litoral antártico.

El 21 de febrero, a las seis de la mañana, la embarcación, a bordo de la que nos embarcamos trece hombres, abandonó la pequeña ensenada y dobló la punta de Halbrane-Land.

Desde la antevíspera estuvimos discutiendo sobre nuestra partida. Si debería realizarse, no podíamos retrasarnos ni un solo día en hacernos a la mar. La navegación todavía sería posible por aquella porción de mar comprendida entre los paralelos 86 y 70, es decir, hasta las latitudes normalmente cerradas por la banquisa, durante un mes como máximo. Después, si lográbamos franquearla, tal vez tuviésemos la suerte de encontrar cualquier ballenero que estuviese a punto de acabar su temporada de pesca o, ¿quién sabe?, algún navío inglés, francés o americano que finalizase cualquier campaña de exploraciones por los límites del océano austral... Después de mediados de marzo, aquellos parajes serían abandonados tanto por los navegantes como por los pescadores, y cualquier esperanza de ser recogidos debería abandonarse.

En un principio, nos preguntábamos si no sería mejor invernar allí donde nos hubiésemos visto obligados a hacerlo antes de la llegada de William Guy e instalamos durante los siete u ocho meses de invierno de aquella región que las largas tinieblas y los excesivos fríos no tardarían en invadir. Y así, a principios del verano siguiente, cuando la mar se hubiera encontrado de nuevo libre, la embarcación pondría rumbo al océano Pacífico y de esta manera dispondríamos de mucho más tiempo para franquear el millar de millas que nos separaban de la banquisa. ¿No hubiese sido esto un acto de prudencia y sabiduría?

Sin embargo, por muy resignados que estuviésemos, ¿cómo no

aterrorizarnos ante la idea de pasar un invierno sobre aquella costa, y ello pese a que las condiciones de vida hubiesen estado aseguradas, al menos por lo que respecta a los alimentos...? ¡Sí! Resignados..., pero en tanto en cuanto nos veíamos obligados por las circunstancias... Sin embargo, cuando se nos presentaba la oportunidad de partir, ¿cómo no íbamos a realizar un último esfuerzo con vistas a una pronta repatriación, cómo no íbamos a intentar lo que intentó Hearne con sus compañeros y en unas condiciones infinitamente más favorables...?

Los pros y los contras fueron sopesados con toda minuciosidad. Después de haber consultado a cada cual, prevaleció la opinión de que, si se presentaba cualquier obstáculo, siempre podríamos regresar a aquella parte de la costa cuya situación exacta conocíamos. El capitán de la *Jane* se mostró partidario de hacerse inmediatamente a la mar, acto cuyas posibles consecuencias tanto Len Guy como Jem West no parecían temer en absoluto. Yo participé, gustoso, de su punto de vista, que fue compartido por todos nuestros compañeros.

Tan sólo Hurliguerly opuso alguna resistencia. Le parecía imprudente dejar lo seguro por lo inseguro... ¿Bastaría con tan sólo tres o cuatro semanas para recorrer la distancia entre Halbrane-Land y el círculo antártico...? Y si nos veíamos obligados a regresar, ¿cómo hacerlo en contra de una corriente que se dirigía hacia el norte...? En fin, el *bosseman* esgrimió unos cuantos argumentos que merecieron ser tenidos en consideración. Sin embargo, debo decir que únicamente Endicott, probablemente por la costumbre que tenía de ver las cosas bajo el mismo prisma que él, estuvo de acuerdo con su parecer. Además, después de haberlo discutido todo y bien discutido, Hurliguerly se mostró dispuesto a partir, ya que todos participábamos de aquella opinión.

Acabamos los preparativos en breve plazo, y es por eso por lo que el día 21, a las siete de la mañana y gracias a la doble acción de la corriente y el viento, la punta de Halbrane-Land quedaba a cinco millas de nuestra popa [132] ... Durante la tarde se fueron eclipsando gradualmente las alturas que dominaban aquella parte del litoral, la más elevada de las cuales nos había permitido avistar tierra en la costa oeste del Jane-Sund.

Nuestra canoa era una de aquellas embarcaciones tan corrientes

en el archipiélago de Tsalal y que servían para comunicarse entre las diferentes islas. Por el relato de Arthur Pym sabíamos que aquellas canoas se parecían las unas a balsas o barcos chatos, y las otras a piraguas de batangas y que la mayor parte de ellas eran muy sólidas. La que tripulábamos pertenecía a la última de estas categorías, tenía una eslora de una cuarentena de pies, una manga de seis, y tanto su proa como su popa poseían la misma forma levantada —lo que permite evitar las viradas—, y se maniobraba con varios pares de remos.

Lo que debo señalar muy especialmente es que en la construcción de aquella canoa no se había utilizado ningún trozo de hierro —ni clavos, ni cabillas, ni zapatas— tanto en la roda como en el codaste, ya que aquel metal era totalmente desconocido para los tsalalianos. Las ligaduras, que estaban hechas con una especie de liana tan resistente como el hilo de cobre, aseguraban la adhesión de la tablazón con tanta solidez como el más fuerte de los remaches. La estopa estaba reemplazada por una especie de musgo sobre el que se aplicaba un cerco de goma que, al contacto con el agua, adquiría una dureza metálica.

Así era aquella embarcación, a la que pusimos el nombre de *Paracuta* —el de un pez de aquellos parajes que llevaba esculpido con bastante tosquedad sobre la borda.

Cargamos la *Paracuta* con todos aquellos objetos que pudimos meter en su interior, teniendo cuidado de que no llegasen a molestar excesivamente a todos los pasajeros que deberíamos embarcar —vestimentas, mantas, camisas, marineras, calzones, pantalones gruesos de lana y capotes encerados; algunas velas, algunas berlingas, rezones, remos y bicheros, además de instrumentos para tomar la altura, armas y municiones (que, tal vez, tendríamos necesidad de usar), fusiles, pistolas, carabinas, pólvora, plomo y balas—. El cargamento se componía de varios barriles de agua potable, *whisky* y ginebra, cajas de harina, carne semisalada, legumbres secas y una buena reserva de café y de té. Añadimos un pequeño horno y varios sacos de carbón para poder alimentarlo durante varias semanas. Aunque es bien cierto que, si no conseguíamos alcanzar la banquisa, si nos veíamos obligados a invernar en medio de los *ice-fields*, como nuestras reservas no tardarían en agotarse, intentaríamos regresar a Halbrane-Land,

donde el cargamento de la goleta aseguraría nuestra existencia durante muchos meses.

Pero incluso si no conseguíamos nuestros propósitos, ¿deberíamos, por ello, perder todas nuestras esperanzas...? No. La naturaleza humana es de tal suerte, que nos agarramos al menor rayo de luz como a un clavo ardiente. Me acordaba de lo que dijo Edgar Poe sobre el ángel de lo insólito, «ese genio que preside todos los contratiempos de la vida y cuya función consiste en provocar esos accidentes que pueden llegar a sorprendernos, pero que han sido engendrados por la lógica de los hechos...». ¿Por qué no íbamos a encontrarnos con aquel ángel a la hora de la verdad...?

Ni que decir tiene que la mayor parte del cargamento de la *Halbrane* quedó en la caverna, al abrigo de las intemperies del invierno, y a la disposición de cualquier naufragio, en el caso de que algún día llegara alguno a aquellas costas. Un bordón que el *bosseman* erigió sobre el cerro serviría para atraer su atención. Pero después de nuestras goletas, ¿qué navío osaría llegar hasta aquellas latitudes...?

Quienes embarcamos en el *Paracuta* éramos los siguientes: el capitán Len Guy, el segundo Jem West, el *bosseman* Hurliguerly, el maestro calafate Hardie, los marineros Francis y Stern, el cocinero Endicott, el mestizo Dirk Peters y yo mismo, todos de la *Halbrane*, además del capitán William Guy y los marineros Roberts, Covin y Trinkle, de la *Jane*. En total, trece, la cifra fatídica.

Antes de hacernos a la mar, Jem West y el *bosseman* instalaron un mástil en nuestra embarcación, a poco más o menos un tercio de la proa. Aquel mástil, sostenido por un estay y obenques, podría llevar un amplio trinquete, que recortamos de la gavia de la goleta. La *Paracuta* tenía seis pies de manga en su bao central, por lo que pudimos cruzar un poco aquella vela de fortuna.

Indudablemente, aquel aparejo no nos permitiría navegar ciñendo. Pero con viento en popa y en mar abierta, aquella vela nos proporcionaría una velocidad suficiente como para que, en cinco semanas, con una media de treinta millas cada veinticuatro horas, pudiésemos recorrer el millar de millas que nos separaban de la banquisa. Contar con aquella velocidad no suponía exageración alguna, si tanto la corriente como la brisa seguían empujando a la

Paracuta hacia el noreste. Además, en caso de que amainase el viento, los remos podrían sernos muy útiles y, con cuatro pares de ellos manejados por ocho hombres, aseguraríamos incluso cierta velocidad a la embarcación.

No hubo nada especial que señalar durante la primera semana que siguió a nuestra partida. La brisa no dejó de soplar del sur. No se manifestó ninguna contracorriente desfavorable entre ambas orillas del Jane-Sund.

Hasta el límite de lo posible, y mientras la costa de Halbraneland no quedase demasiado hacia el oeste, ambos capitanes preferían costearla a uno o dos cables de distancia. En caso de que cualquier accidente hubiese puesto nuestra canoa fuera de uso, habríamos podido refugiarnos en ella. Aunque también es cierto que, sobre aquella tierra árida y a principios del invierno, ¿qué hubiese sido de nosotros...? Más nos valía, creo yo, no pensar siquiera en aquella posibilidad.

Durante los primeros ocho días, poniéndonos a remar en cuanto la brisa empezaba a amainar, la *Paracuta* no bajó de la velocidad media indispensable para poder alcanzar el océano Pacífico en aquel corto período de tiempo.

El aspecto de la costa no variaba —siempre el mismo suelo estéril, aquellos bloques negruzcos, las playas arenosas sembradas de aquellas extrañas pencas y los acantilados abruptos y pelados en segundo término—. En cuanto al estrecho, ya empezaba a arrastrar algunos hielos, *drits* flotantes y *packs* de ciento cincuenta a doscientos pies de longitud, unos de forma alargada y otros de forma circular, así como icebergs que nuestra embarcación dejaba atrás sin ninguna dificultad. Lo que resultaba poco halagüeño era que aquellas masas de hielo se dirigían hacia la banquisa, y nos temíamos que pudiesen llegar a cerrarnos los pasos todavía libres en aquella época del año...

Es inútil señalar que los trece pasajeros de la *Paracuta* nos entendíamos perfectamente. No teníamos por qué temer una rebelión como la de Hearne. Y a propósito de aquel tema, nos preguntábamos si la suerte habría favorecido a aquellos desdichados que fueron arrastrados por el *sealing-master*. A bordo de aquella chalupa sobrecargada, que la menor de las olas pondría en peligro de zozobrar, ¿cómo habría acabado aquella travesía tan

peligrosa...? Y, sin embargo, ¿quién sabe si Hearne no lo habría logrado, mientras que nosotros, por habernos hecho a la mar diez días más tarde que él, no fracasaríamos en el intento...?

Diré, de pasada, que a medida que íbamos alejándonos de aquellos parajes sobre los que no encontró ni el menor rastro de su pobre Pym, Dirk Peters se volvió más taciturno que nunca —cosa casi imposible de creer—, llegando, incluso, a no responderme cuando le dirigía la palabra.

Aquel año, 1840, era bisiesto, así es que tuve que anotar en mi diario el 29 de febrero. Y, precisamente, aquel era el día del cumpleaños de Hurliguerly, así es que el *bosseman* nos pidió que celebrásemos su aniversario con toda brillantez a bordo de la canoa.

—Es lo menos que podemos hacer —dijo, riendo—, puesto que no puedo celebrarlo más que cada cuatro años.

Bebimos a la salud de aquel buen hombre que, tal vez, era un poco charlatán, pero que, también, era el más confiado y el más paciente de todos nosotros, y siempre nos daba ánimos con su inalterable buen humor.

Aquel día, la observación nos dio 79° 17' de latitud y 118° 37' de longitud.

Como vemos, las dos orillas del Jane-Sund discurrían entre los meridianos 118 y 119, y a la *Paracuta* tan sólo le quedaba por recorrer una docena de grados para llegar al círculo polar [133].

Después de haber fijado aquella posición, que fue muy difícil de obtener a causa de la escasa elevación del sol sobre el horizonte, los dos hermanos extendieron sobre un bancal una carta marina de las regiones antárticas, la cual era, por aquel entonces, forzosamente muy incompleta. La estudié con ellos, y tratamos de determinar, aproximadamente, qué tierras ya conocidas se encontraban en aquella dirección.

No deberíamos olvidar que, después de que nuestro iceberg dejó atrás el polo Sur, nos adentramos en la zona de las longitudes orientales, que se encuentra entre el meridiano 0 de Greenwich [134] y el meridiano 180. Por tanto, tendríamos que olvidarnos de la posibilidad de que fuéramos repatriados a las islas Malvinas o de que pudiéramos encontrar algún ballenero en los parajes de las islas Sandwich, las Orcadas del Sur o las Georgias del Sur [135].

En definitiva, y teniendo en cuenta la posición en que nos encontrábamos, he aquí lo que podíamos llegar a deducir.

Por supuesto, el capitán William Guy no podía estar al corriente de las expediciones antárticas realizadas después de la campaña de la *Jane*. No conocía más que las de Cook, Krusenstern, Weddell, Bellingshausen y Morrell, y no estaba al tanto de las realizadas posteriormente, la segunda de Morrell y la de Kemp, que ampliaron ligeramente los dominios geográficos por aquellas lejanas regiones. Por lo que le dijo su hermano, pudo saber que, de acuerdo con nuestros propios descubrimientos, deberíamos sacar la conclusión de que un ancho brazo de mar —el Jane-Sund— dividía la región austral en dos vastos continentes.

Aquel día el capitán Len Guy nos hizo observar que si aquel brazo de mar discurría entre los meridianos 118 y 119, la *Paracuta* pasaría muy cerca de la posición que se atribuía al polo magnético. Es en aquel punto, como sabemos, donde confluyen todos los meridianos magnéticos, y se encuentra situado, poco más o menos, en las antípodas de los parajes árticos, y en él la aguja de la brújula adquiriría la posición vertical. Debo señalar que por aquella época todavía no estaba determinada la posición de aquel polo con tanta precisión como se llevó a cabo más tarde[136].

Pero, por otra parte, aquello no tenía excesiva importancia, y dicha constatación geográfica no podía ofrecernos interés alguno. Lo que sí debería preocuparnos es que el Jane-Sund se estrechaba sensiblemente y quedaba reducido a tan sólo diez o doce millas de anchura. Gracias a aquella configuración del estrecho, podíamos avistar continuamente ambas costas.

—¡Esperemos —comentó el *bosseman*— que quede la anchura suficiente como para que pase nuestra embarcación...! ¡Si este estrecho acabara en un callejón sin salida...!

—Eso no tiene por qué preocuparnos —le respondió el capitán Len Guy—. Puesto que la corriente discurre en esta dirección, no puede cabernos ninguna duda de que encuentra una salida hacia el norte, y, en mi opinión, lo único que podemos hacer es seguirla.

Era la evidencia misma. La *Paracuta* no podía tener mejor guía que la propia corriente. Si, por desgracia, la hubiésemos tenido en contra, habría resultado imposible remontarla sin la ayuda de una fuerte brisa. Sin embargo, tal vez unos cuantos grados más allá, y

teniendo en cuenta la configuración de las costas, aquella corriente se desviase hacia el este o el oeste. No obstante, todo permitía asegurar que aquella parte del Pacífico que se encontraba al norte de la banquisa era la misma que bañaba las costas de Australia, de Tasmania y de Nueva Zelanda. Estaremos de acuerdo en que, cuando lo más importante era que pudiésemos ser repatriados, poco nos importaba que dicha repatriación pudiera efectuarse en uno o en otro punto...

Nuestra navegación se prolongó en aquellas condiciones durante una decena de días. La embarcación se mantenía bien en mar abierta. Los dos capitanes y Jem West no se inquietaban por su solidez, pese a que, como ya he dicho, no se hubiese empleado en su construcción ni un solo trozo de hierro. Ni una sola vez tuvimos necesidad de reparar sus costuras, que estaban realizadas con una total impermeabilidad. Aunque también es cierto que nos encontramos con una mar calmada, apenas rizada por un ligero chapoteo en la superficie de sus grandes olas.

El 10 de marzo, con la misma longitud, la observación nos dio 76° 13' de latitud.

Puesto que la *Paracuta* llevaba recorridas unas seiscientas millas desde que se hizo a la mar en Halbrane-Land, y que aquel recorrido lo efectuamos en veinte días, la velocidad media hasta entonces conseguida era de treinta millas cada veinticuatro horas.

Si aquella media no se reducía en las tres semanas siguientes, tendríamos muchas posibilidades de que los pasos todavía no se encontrasen cerrados, o de que la banquisa pudiese ser bordeada; así como de que los navíos todavía no hubiesen abandonado aquellos parajes de pesca.

Por entonces, el sol casi se arrastraba al ras de horizonte, y se aproximaba la época en la que toda la región de la Antártida se vería cubierta por las tinieblas de la noche polar. Afortunadamente, al remontar hacia el norte, íbamos alcanzando parajes en los que la luz todavía no se encontraba desterrada.

Fuimos entonces testigos de un fenómeno tan extraordinario como aquellos otros que encontramos tan abundantemente en el relato de Arthur Pym. Durante tres o cuatro horas, de nuestros dedos, de nuestros cabellos y de los pelos de nuestras barbas se escapaban ligeras chispas, que iban acompañadas por ruidos

estridentes. Se trataba de una tempestad de nieve cargada de electricidad, de grandes copos muy separados entre sí y cuyo contacto producía chispas luminosas. Hasta tal punto la mar se desencadenó violentamente, que la *Paracuta* estuvo, en varias ocasiones, a punto de ser sepultada por las aguas, pero conseguimos salir sanos y salvos.



Sin embargo, el espacio ya sólo estaba iluminado muy tenuemente. Las frecuentes brumas reducían nuestro campo de visión a tan sólo unos cuantos cables. Así es que se hizo preciso establecer una vigilancia mucho más estricta, a fin de impedir que pudiéramos colisionar con los hielos flotantes, cuya velocidad de

desplazamiento era inferior a la de la *Paracuta*. Debo señalar, igualmente, que hacia el sur el cielo se iluminaba de vez en cuando con grandes resplandores, los cuales se debían a la irradiación de las auroras polares.

La temperatura descendió sensiblemente y ya no nos encontrábamos más que a 23° F (5° centígrados bajo cero).

Aquel descenso de la temperatura nos inquietaba vivamente. Aunque todavía no podía influir en la corriente, cuyo rumbo seguía siéndonos favorable, tendía a modificar sensiblemente el estado atmosférico. Desgraciadamente, por poco que el viento amainase al acentuarse el frío, la velocidad de la canoa se vería reducida a la mitad. Y un retraso de dos semanas bastaría para comprometer nuestra salvación, al obligarnos a invernar al pie de la banquisa. En tal caso, como ya he dicho, sería preferible tratar de regresar al campamento de Halbrane-Land. ¿Se encontraría, por entonces, libre aquel Jane-Sund que la *Paracuta* estaba remontando tan felizmente...? Más favorecidos por la suerte que nosotros, puesto que nos llevaban una ventaja de una decena de días, ¿habrían franqueado ya la barrera de los hielos Hearne y sus compañeros...? Cuarenta y ocho horas más tarde, el capitán Len Guy y su hermano quisieron fijar nuestra posición por medio de una observación que el cielo, libre de brumas, iba a posibilitar. Es cierto que el sol apenas apuntaba por encima del horizonte meridional, y la operación presentaría serias dificultades. No obstante, se consiguió tomar la altura con cierta aproximación, y los cálculos dieron los siguientes resultados:

Latitud: 75° 17' sur.

Longitud: 118° 3' este.

Por tanto, en aquella fecha, el 12 de marzo, la *Paracuta* no se encontraba más que a una distancia de cuatrocientas millas de los parajes del círculo antártico [137].

Entonces pudimos observar que aquel estrecho, muy reducido a la altura del paralelo 77, se ensanchaba a medida que avanzaba hacia el norte. Incluso con el catalejo nos era imposible observar las tierras del este. Era aquella una circunstancia muy desagradable, puesto que la corriente, al estar menos comprimida entre ambas

costas, no tardaría en disminuir su velocidad e, incluso, acabaría por no sentirse.

Durante la noche del 12 al 13 de marzo, después de que la brisa se calmase un poco, se levantó una bruma muy espesa. Y era como para preocuparse, puesto que aumentaban los riesgos de una colisión con los hielos flotantes. Es cierto que la aparición de nieblas no podía extrañarnos en tales parajes. Sin embargo, lo que nos causó una gran sorpresa fue que, en lugar de disminuir, la velocidad de nuestra canoa aumentaba gradualmente, y ello pese a que la brisa se hubiese calmado. Por otro lado, tampoco nos cabía duda alguna de que aquella aceleración no era debida a la corriente, puesto que los chapoteos de las aguas contra la roda probaban que íbamos mucho más deprisa que ella.

Aquel estado de cosas duró hasta la mañana, sin que pudiéramos llegar a darnos cuenta de qué era lo que estaba sucediendo, cuando, hacia las diez, la bruma empezó a disolverse por las zonas bajas. Volvimos a ver el litoral del oeste, un litoral rocoso, sin montañas en lontananza, que la *Paracuta* iba costear.

Y, de pronto, a un cuarto de milla, se perfiló una masa que dominaba la planicie de una altura de cincuenta toesas y que tenía un perímetro de doscientas o trescientas toesas. Por su extraña forma, aquel macizo se parecía a una enorme esfinge con el torso erguido y las patas extendidas, echada en la actitud del monstruo alado que la mitología griega situó en la ruta de Tebas.

¿Se trataba de un animal vivo, de un monstruo gigantesco, de un mastodonte de dimensiones mil veces superiores a las de aquellos enormes elefantes de las regiones polares cuyos restos continúan encontrándose todavía...? En el estado de ánimo en que nos encontrábamos, hubiéramos podido creerlo, como también hubiéramos podido creer que el mastodonte se precipitaría sobre nuestra embarcación y acabaría destrozándola entre sus garras...

Después de unos instantes de inquietud, poco razonada y poco razonable, debimos reconocer que no se trataba más que de un macizo con una configuración muy singular, cuya cabeza se despejaba de las brumas.

¡Ah! ¡Aquella esfinge...! Me vino a la memoria el recuerdo de que, aquella noche en que el iceberg dio la voltereta y levantó a la *Halbrane* hasta las alturas, soñé con un animal fabuloso de aquella

especie, que se encontraba sentado sobre el polo del mundo, ¡y al que tan sólo un Edgar Poe, con su genialidad intuitiva, hubiera podido arrancar sus secretos...!

Pero unos fenómenos mucho más extraordinarios todavía iban a acaparar nuestra atención, a provocar nuestra sorpresa e, incluso, nuestro terror...

Ya he dicho que, desde hacía algunas horas, la velocidad de la *Paracuta* aumentaba gradualmente. En aquellos momentos se había hecho ya excesiva, mucho mayor que la de la corriente. Inesperadamente, el rezón de hierro que perteneció a la *Halbrane* y que se encontraba a proa de nuestra canoa, saltó fuera de la roda como si hubiera sido atraído por una fuerza irresistible, y la sog a que lo sujetaba se puso tan tensa que amenazaba con romperse... Parecía como si fuera aquel rezón el que nos remolcase hacia la orilla, apenas rozando la superficie de las aguas...

—¿Qué ocurre...? —exclamó William Guy.

—¡Córtala, *bosseman*, córtala —ordenó Jem West—, o nos estrellaremos contra las rocas!

Hurliguerly se lanzó hacia la proa de la *Paracuta* para cortar la sog a. De pronto, el cuchillo que sostenía en la mano le fue arrancado, la sog a se rompió y el rezón salió disparado hacia el macizo como si se tratase de un proyectil.

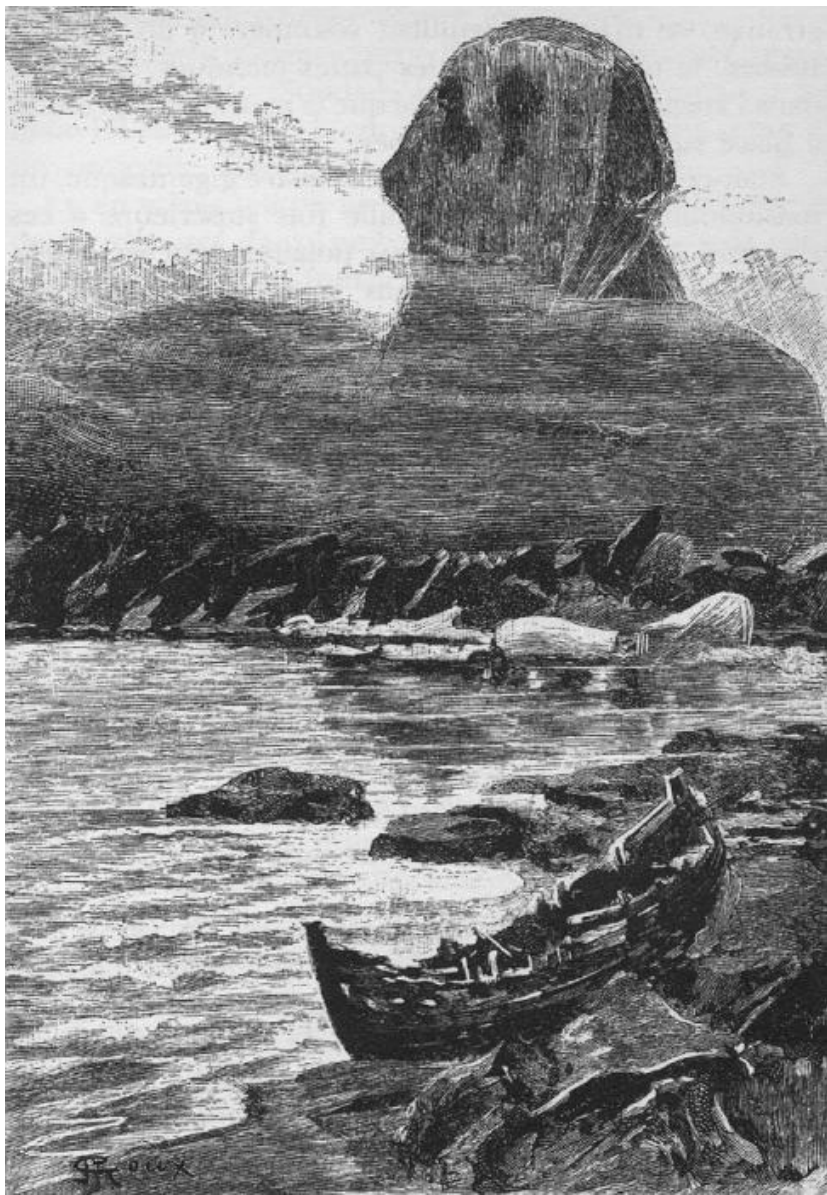
Y, al mismo tiempo, todos los objetos de hierro de la embarcación, los utensilios de cocina, las armas, el horno de Endicott y nuestros cuchillos —que se salieron de sus fundas— tomaron el mismo camino, mientras que la canoa, lanzada por su propio impulso, fue a varar en la playa...

¿Qué era lo que estaba ocurriendo? Para explicar aquellos hechos inexplicables, ¿sería necesario admitir que nos encontrábamos en la región de los extraños sucesos que atribuía a las alucinaciones de Arthur Pym...?

¡No! ¡Aquellos fenómenos de los que acabábamos de ser testigos eran fenómenos físicos y no imaginarios...!

Sin embargo, no nos quedó tiempo suficiente para reflexionar más profundamente sobre aquel tema, puesto que, desde el momento en que desembarcamos, nuestra atención se desvió hacia una embarcación que estaba encallada en la arena.

—¡La chalupa de la *Halbrane*! —exclamó Hurliguerly.



En efecto, era la chalupa que Hearne nos robó. Y allí estaba, con las bordas desencajadas, las cuadernas fuera de la quilla, totalmente destrozada... No eran más que restos informes; en una palabra, ¡lo que quedaba de cualquier embarcación después de que un golpe de mar la hubiese estrellado contra las rocas...!

Pero muy pronto nos dimos cuenta de que faltaban todas las piezas de hierro de la chalupa... ¡Sí!, todas..., los clavos de la borda, los herrajes de la quilla, los guarnimientos de la roda y el codaste, los goznes del timón...

—¿Qué significaba todo aquello...?

Una llamada de Jem West nos llevó hacia una playita, a la derecha de la embarcación.

Allí, tendidos sobre el suelo, se encontraban tres cadáveres, el de Hearne, el de Martin Holt, el maestro velero, y el de uno de los enrolados... De los trece que acompañaron al *sealing-master*, no quedaban más que tres, cuya muerte debería remontarse a unos cuantos días...

¿Qué habría sido de los diez que faltaban...? ¿Habrían sido arrastrados hacia mar abierta...?

Se llevaron a cabo pesquisas todo a lo largo del litoral, en el fondo de las caletas y entre los escollos... No encontramos nada, ni las huellas de un campamento, ni tan siquiera los restos de un desembarco.

—Será que su chalupa ha sido abordada por un iceberg a la deriva... —dijo William Guy—. La mayor parte de los compañeros de Hearne se habrán ahogado, mientras que esos tres cuerpos habrán llegado a la orilla ya sin vida...

—Pero —preguntó el *bosseman*— ¿cómo se puede explicar que la embarcación se encuentre en este estado...?

—Y, sobre todo —añadió Jem West—, que le falten todas las piezas de hierro...

—En efecto —intervine yo—, parece como si hubiesen sido arrancadas violentamente...

Después de dejar la *Paracuta* guardada por dos hombres, nos dirigimos hacia el interior, a fin de poder extender nuestras pesquisas en un radio más amplio.

Nos aproximamos al macizo, ya despejado de las brumas, y cuyas formas se acusaban mucho más claramente. Eran, como ya lo he dicho, poco más o menos, los de una esfinge de color oscuro, como si el material de que estaba compuesta estuviese oxidado a causa de las intemperies del clima polar.

Y entonces una hipótesis empezó a tomar forma en mi mente, una hipótesis que explicaba aquellos sorprendentes fenómenos.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Un imán..., ahí..., lo que hay..., es un imán..., dotado de una fuerza de atracción prodigiosa...!

Me entendieron en un instante, y la catástrofe de la que Hearne y sus compañeros habían sido víctimas se iluminó con una terrible claridad.

Aquel macizo no era otra cosa que un imán colosal. Y fue su influencia la que hizo que las ligaduras de hierro de la chalupa de la *Halbrane* fueran arrancadas y proyectadas ¡como si hubiesen sido lanzadas por el resorte de una catapulta...! ¡Era él el que acababa de atraer, con una fuerza irresistible, a todos los objetos de hierro de la *Paracuta*...! ¡Y nuestra embarcación hubiese corrido la suerte de la otra si se hubiese empleado en su construcción un solo trozo de aquel metal...!

¿Era, entonces, la proximidad del polo magnético la causa de que se produjeran aquellos efectos...?

Se nos ocurrió aquella idea en un principio. Pero, después de pensarlo bien, tuvimos que rechazar esta explicación.

Además, en el lugar en el que se cruzan los meridianos magnéticos, el único fenómeno que se produce es que la aguja imantada adquiere una posición vertical, y ello en dos puntos similares del globo terrestre. Dicho fenómeno, que ya ha sido experimentado en las regiones árticas por observaciones llevadas a cabo *in situ* [138], debe de producirse de idéntica forma en las regiones de la Antártida.

Así pues, existía un imán de intensidad prodigiosa, en cuya zona de atracción habíamos entrado. Ante nuestros ojos se acababa de producir uno de esos sorprendentes efectos que, hasta entonces, estaban relegados a la categoría de lo fabuloso. ¿Quién habría admitido nunca que los navíos pudieran llegar a ser atraídos, irremisiblemente, por una fuerza magnética; que sus ligaduras de hierro se desprenderían por todas partes, que sus cascos se abrirían y que la mar se los tragaría hasta sus profundidades...? Y, sin embargo, así era...

En definitiva, la explicación que me parecía más adecuada para aquel fenómeno era la siguiente:

Los vientos alisios arrastran, constantemente, hacia las extremidades del eje terrestre, nubes y brumas en las que se encuentran almacenadas inmensas cantidades de electricidad que

las tempestades nunca agotan totalmente. Por eso, en los polos se produce una formidable acumulación de dicho fluido, que se derrama constantemente sobre la tierra.

Y ésa es la causa de las auroras boreales y australes, cuyas luminosas magnificencias se irradian por encima del horizonte, especialmente durante la larga noche polar, y que cuando alcanzan su máxima intensidad pueden ser vistas, incluso, desde las zonas templadas. Está admitido también —aunque no sea un hecho comprobado— que en el momento en que se produce en las regiones árticas una violenta descarga de electricidad positiva, las regiones antárticas se ven sometidas a descargas eléctricas de signo contrario.

Pues bien, esas corrientes continuas de los polos, que vuelven locas a las brújulas, deben poseer una potencia extraordinaria, y bastaría con que una masa de hierro se viese sometida a su acción para que se convirtiese en un imán de una fuerza proporcional a la intensidad de la corriente, al número de vueltas de la hélice eléctrica y a la raíz cuadrada del diámetro de la masa de hierro imantada.

Precisamente podríamos calcular en millones de metros cúbicos el volumen de la esfinge que se erguía en aquel punto de las tierras australes.

Pero para que la corriente circulase en torno a aquel macizo y lo convirtiese en un imán por inducción, ¿qué era necesario...? Nada más que un filón metálico cuyas innumerables espirales, circulando a través de las entrañas de aquel suelo, se encontrasen unidas subterráneamente a la base de dicho macizo.

Supuse, también, que aquel macizo debería encontrarse situado en el eje magnético, como una especie de calamita gigantesca de la que se desprendiese el fluido imponderable, y cuyas corrientes lo convertían en un acumulador inagotable erigido en los confines del mundo. En cuanto a determinar si se encontraba, precisamente, en el polo magnético de las regiones australes, nuestra brújula no hubiese podido indicarlo, puesto que no estaba construida para tal fin. Todo lo que puedo decir es que su aguja, agitada e inestable, no marcaba ninguna orientación. Por otra parte, poco tenía que ver todo aquello con lo concerniente a la construcción de aquel imán artificial y la forma en que las nubes y el filón conservaban su

fuerza de atracción.

Fue así, por instinto, cómo llegué a la explicación de aquel fenómeno. No cabía duda alguna de que nos encontrábamos en las proximidades de un imán, cuya potencia producía aquellos efectos tan terribles como naturales.

Comuniqué mi parecer a mis compañeros y les pareció que, ante los fenómenos físicos de los que acabábamos de ser testigos, aquella era la explicación más adecuada.

—¿No existe ningún peligro para nosotros si nos acercamos al pie del macizo...? —preguntó el capitán Len Guy.

—Ninguno —le respondí.

—¡Allí..., sí..., allí...!

No sabría cómo describir la impresión que nos causaron aquellas tres palabras, que fueron dichas como tres gritos que vinieran de las profundidades de ultratumba, como hubiera dicho Edgar Poe.

Era Dirk Peters quien había hablado, y el cuerpo del mestizo estaba inclinado en dirección hacia la esfinge, como si, hecho de hierro, también él se viese atraído por aquel imán...

Después, se lanzó en aquella dirección, y sus compañeros lo siguieron sobre la superficie de un suelo sobre el que se amontonaban piedras negruzcas, escombros de morrenas y restos volcánicos de toda especie.

El monstruo iba aumentando de tamaño a medida que nos aproximábamos a él, pero sin que por ello perdiese sus formas mitológicas. No sabría cómo describir el efecto que producía allí, aislado en medio de aquella inmensa llanura. Existen experiencias que ni la pluma ni la palabra son capaces de transmitir... Y aquélla no debería ser más que una alucinación de nuestros sentidos; parecía como si nosotros también fuésemos atraídos hacia él por la fuerza de su atracción magnética...

Cuando alcanzamos su base, encontramos los diferentes objetos de hierro sobre los que había ejercido su poder de atracción. Armas, utensilios, el rezón de la *Paracuta* se adherían a sus costados. Allí podían verse, también, todos aquellos otros que provenían de la chalupa de la *Halbrane*, así como los clavos, las cabillas, los toletes, las herraduras de la quilla y los goznes del timón.



No nos cabía, por tanto, ninguna duda sobre cuál era la causa de la destrucción de la chalupa que llevaba a Hearne y a sus compañeros. Brutalmente dislocada, fue a destrozarse contra las rocas, y tal habría sido la suerte de la *Paracuta* si, a causa de su construcción, no hubiese escapado a aquella irresistible atracción

magnética...

En cuanto a las posibilidades de recuperar los objetos que se encontraban adheridos a los costados del macizo, fusiles, pistolas y utensilios, era tal su grado de adherencia, que nos vimos obligados a renunciar. Y Hurliguerly, furioso por no poder recuperar su cuchillo, que se encontraba pegado a una altura de cincuenta pies, gritó al mismo tiempo que amenazaba al impasible monstruo con su puño:

—¡Esfinge ladrona!

No deberá sorprender a nadie que no encontrásemos en aquel lugar más objetos que los que provenían de la *Paracuta* y de la chalupa de la *Halbrane*. Indudablemente, nunca navío alguno llegó hasta aquellas latitudes de la mar antártica. Hearne y sus cómplices, primero, y el capitán Len Guy y sus compañeros, después, éramos los primeros que llegábamos a rozar aquel punto del continente austral. Para concluir, debemos afirmar que cualquier navío que se hubiese aproximado a aquel imán colosal hubiese corrido hacia su destrucción total, y nuestra goleta hubiese corrido la misma suerte que su chalupa, de la que no quedaban más que algunos restos informes.

Entonces, Jem West nos recordó que sería muy imprudente prolongar nuestra recalada sobre aquella Tierra de la Esfinge — nombre que seguiría conservando—. El tiempo apremiaba, y un retraso de unos cuantos días podría habernos obligado a invernar al pie de la banquisa.

Se dio, por tanto, la orden de regresar a la orilla, cuando sonó, otra vez, la voz del mestizo, y aquellas tres palabras o, mejor dicho, aquellos tres gritos, fueron lanzados, de nuevo, por Dirk Peters:

—¡Allí...! ¡Allí...! ¡Allí...!

Después de haber rodeado la parte posterior de la pata derecha del monstruo, nos encontramos a Dirk Peters arrodillado, con las manos tendidas hacia un cuerpo o, más bien, un esqueleto cubierto de piel, que el frío de aquellas regiones había conservado intacto, y que guardaba una rigidez cadavérica. Tenía la cabeza inclinada, una barba blanca que le llegaba hasta la cintura, y sus manos y sus pies estaban armados de unas uñas tan largas como garras...

¿Cómo era posible que aquel cuerpo se encontrase pegado al flanco del macizo, a dos toesas del suelo...?

A través de su torso, sostenido por una correa de cuero, vimos el cañón de un fusil, torcido y medio raído por el óxido...

—¡Pym..., mi pobre Pym! —repetía Dirk Peters con voz desgarradora.

Entonces, trató de levantarse y de acercase... para abrazar los restos osificados de su pobre Pym...

Sus rodillas cedieron..., un sollozo oprimió su garganta..., un espasmo le hizo estallar el corazón... y cayó hacia atrás..., muerto...

Así pues, después de su separación, ¡la canoa arrastró a Arthur Pym a través de las regiones de la Antártida...! Al igual que nosotros, después de haber cruzado el polo austral, cayó en la zona de atracción del monstruo... Y allí, mientras su embarcación se iba con la corriente del norte, apresado por el fluido magnético antes de que pudiera desprenderse del arma que llevaba en bandolera, fue proyectado contra el macizo...

En la actualidad, el fiel mestizo reposa sobre la Tierra de la Esfinge junto a Arthur Gordon Pym, ¡aquel héroe cuyas extrañas aventuras encontraron en el gran poeta americano a un no menos extraño narrador!

XVI. ¡Doce de setenta!

Aquel mismo día, por la tarde, la *Paracuta* abandonó el litoral de la Tierra de la Esfinge, que, desde el 21 de febrero, siempre quedó al oeste.

Nos quedaban por recorrer unas cuatrocientas millas hasta el límite del círculo antártico. Una vez que hubiésemos llegado a aquellos parajes del océano Pacífico, ¿tendríamos —repito— la gran suerte de ser recogidos por algún ballenero retrasado en los últimos días de su campaña de pesca o, incluso, por algún navío de una expedición polar...?

Aquella segunda hipótesis tenía su fundamento. En efecto, cuando la goleta se encontraba de recalada en las Malvinas, ¿no se hablaba por allí de la expedición del teniente Wilkes, de la marina americana? Su división, compuesta por cuatro navíos, el *Vincennes*, el *Peacock*, el *Porpoise* y el *Flying-Fish*, zarpó de la Tierra de Fuego, en febrero de 1839, con varios conservas y con vistas a una campaña a través de los mares australes.

Lo que desde entonces podría haber ocurrido, lo ignorábamos. Pero ¿por qué Wilkes, después de haber tratado de remontar las longitudes occidentales, no habría intentado encontrar un paso remontando las longitudes orientales? [139]. En este caso, tal vez sería posible que el *Paracuta* se encontrase con alguno de sus navíos.

En definitiva, lo más difícil de todo sería tomar la delantera al invierno de aquellas regiones y aprovechar la mar libre, en la que todo tipo de navegación no tardaría en hacerse impracticable.

La muerte de Dirk Peters redujo a doce la cifra de los pasajeros de la *Paracuta*. Eso es lo que quedaba de las dos tripulaciones de ambas goletas, la primera de las cuales contaba con treinta y ocho hombres, y la segunda con treinta y dos [140]; en total, ¡setenta!

Pero no se olvide que la expedición de la *Halbrane* se emprendió para cumplir con un deber de humanidad y que cuatro supervivientes de la *Jane* le debían su salvación.

Y ahora, abreviemos. No hay por qué extendernos sobre el viaje de regreso, que se vio favorecido por la constancia de las corrientes y de las brisas. Además, las notas que sirvieron para redactar mi relato no fueron encerradas en el interior de una botella y arrojadas al mar y, después, recogidas por casualidad en los mares de la Antártida. Las llevé conmigo, y pese a que la última parte del viaje no se haya cumplido sin grandes fatigas, grandes miserias y grandes peligros y, sobre todo, sin terribles inquietudes, aquella campaña tuvo nuestra salvación por desenlace.

Unos cuantos días después de nuestra partida de la Tierra de la Esfinge, el sol se puso definitivamente por el horizonte del oeste, y ya no volvería a aparecer en todo el invierno.

Fue, por tanto, en medio de la semioscuridad de la noche austral cómo la *Paracuta* prosiguió su monótona navegación. Aunque también es cierto que las auroras polares, esos admirables fenómenos que Cook y Forster pudieron ver, por vez primera, en 1773, se nos aparecían frecuentemente. ¡Cuánta magnificencia en el desarrollo de su arco luminoso, en sus rayos que se ensanchaban o se estrechaban caprichosamente, en el resplandor de aquellos opulentos tapices, que aumentaba o disminuía súbita y maravillosamente, convergiendo hacia el punto del cielo indicado por la verticalidad de la aguja de la brújula! ¡Y qué prodigiosa variedad de formas en los pliegues y repliegues de sus haces, que se coloreaban desde el rojo claro hasta el verde esmeralda!



¡Sí...! Pero aquello ya no era el sol. Aquello no era ese astro irremplazable que, durante los meses del verano antártico, iluminó sin cesar nuestros horizontes. De aquella larga noche polar se escapa una influencia moral y física de la que nadie puede abstraerse, una impresión funesta y abrumadora de la que es muy

difícil librarse.

De los pasajeros de la *Paracuta*, tan sólo el *bosseman* y Endicott conservaban su buen humor habitual, indiferentes tanto a los contratiempos como a los peligros de aquella travesía. Dejo al margen, también, al impasible Jem West, siempre dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad, como un hombre que se encuentra, en todo momento, a la defensiva. En cuanto a los dos hermanos Guy, la alegría de haberse encontrado les hacía, a menudo, olvidarse de las preocupaciones del futuro.

Realmente no me cansaría nunca de elogiar a aquel buen hombre que era Hurliguerly, quien, tan sólo con su voz tranquilizadora, era capaz de darnos ánimos.

—¡Llegaremos a buen puerto, amigos míos, llegaremos...! Si se detienen a reflexionar unos instantes, verán cómo, a lo largo de nuestro viaje, la cifra de las felices casualidades ha sido muy superior a la de las malas... ¡Sí...! ¡Lo sé...! ¡Hemos perdido nuestra goleta...! ¡Pobre *Halbrane*, lanzada por los aires como una pelota, para acabar precipitándose sobre el abismo como un alud...! Pero, en cambio, el iceberg nos condujo hasta la costa, y la canoa tsalaliana en la que nos llegaron el capitán William Guy y sus tres compañeros... ¡Tengan la seguridad de que esta corriente y esta brisa, que nos han traído hasta aquí, seguirán empujándonos más lejos todavía...! Me parece que el fiel de la balanza se inclina a nuestro favor... ¡Con tantos triunfos en la mano no es posible perder la partida...! Tan sólo tengo un pesar, y es que vamos a ser repatriados a Australia o Nueva Zelanda, por lo que no iremos a echar el ancla en las Kerguelen, cerca del muelle de Christmas-Harbour, frente al *Cormorán Verde*...

¡Buena decepción, en efecto, para el amigo de maese Atkins, lamentable eventualidad de la que, sin embargo, nos resignaríamos fácilmente!

Durante ocho días mantuvimos aquel rumbo sin desviarnos ni al este ni al oeste, y únicamente el 21 de marzo la *Paracuta* dejó de avistar, por babor, Halbrane-Land.

Sigo llamando así a esta tierra, puesto que su litoral se prolongaba sin discontinuidad hasta aquella latitud, y no nos cabía duda alguna de que se trataba de uno de los vastos continentes de la Antártida.

No hay ni que señalar que si la *Paracuta* dejó de costearla, fue porque la corriente la arrastraba hacia el norte, mientras que la costa se abría, redondeándose, hacia el oeste.

Pese a que las aguas de aquella porción de mar todavía se encontraban libres, arrastraban, sin embargo, una auténtica flotilla de icebergs e *ice-fields* —estos últimos parecían los trozos de un inmenso cristal partido, mientras que aquéllos tenían una extensión y una altitud considerables—. Todo aquello nos ocasionó serias dificultades, y fueron incesantes los riesgos de una navegación en medio de aquellas brumas sombrías, cuando se trataba de maniobrar a tiempo entre aquellas masas en movimiento, o de encontrar pasos, o de evitar que nuestra canoa acabase siendo aplastada como el grano en el molino.

Además, el capitán Len Guy ya no podía establecer nuestra posición ni en latitud ni en longitud. Sin la presencia del sol, y siendo los cálculos por la posición de las estrellas excesivamente complicados, era imposible tomar la altura. Así es que la *Paracuta* se abandonó a la acción de la corriente que nos arrastraba, invariablemente, hacia el norte, de acuerdo con las indicaciones de la brújula. Sin embargo, y teniendo en cuenta nuestra velocidad media, podíamos estimar que, el 27 de marzo, nuestra canoa se encontraba entre los paralelos 68 y 69, es decir, salvo error, a unas setenta millas del círculo antártico.

¡Ah! ¡Si a lo largo de aquella peligrosa travesía no nos hubiésemos encontrado con ningún obstáculo, si el paso entre aquella mar interior de la zona austral y los parajes del océano Pacífico hubiese estado asegurado, la *Paracuta* habría podido encontrarse, en pocos días, en los límites de los mares australes! Pero un centenar de millas más, más o menos, y la banquisa erguiría, frente a nosotros, su inmóvil muralla de hielos y, al menos que encontrásemos un paso libre, nos veríamos obligados a rodearla por el este o por el oeste. Claro que una vez franqueada...

Pues bien, una vez franqueada nos encontraríamos, tan sólo, a bordo de una frágil embarcación sobre aquel terrible océano Pacífico, y en la época del año en la que se multiplican las tempestades, en la que los navíos no soportan, impunemente, sus golpes de mar...

No queríamos ni pensar en ello... El cielo acudiría en nuestra

ayuda... Seríamos recogidos... ¡Sí...! Seríamos recogidos por cualquier navío... ¡El *bosseman* así lo aseguraba, y no teníamos más que escucharlo...!

Mientras tanto la superficie de la mar comenzó a helarse y, en diversas ocasiones, nos vimos obligados a romper los *ice-fields* a fin de abrirnos paso. El termómetro no indicaba más que 4° F (15,56° centígrados bajo cero). Aunque estábamos provistos de gruesas mantas, sufríamos mucho por el frío y las ráfagas a bordo de aquella embarcación sin puente.

Afortunadamente, nos quedaba carne en conserva en cantidad suficiente como para unas cuantas semanas, así como tres sacos de bizcochos y dos toneles de ginebra intactos. En cuanto al agua potable, nos la procurábamos fundiendo el hielo.

En fin, durante seis días, y hasta el 2 de abril, la *Paracuta* tuvo que aventurarse entre las quebradas de la banquisa, cuyas cimas se perfilaban a una altitud comprendida entre los setecientos y los ochocientos pies por encima del nivel de la mar. No podíamos ver su fin, ni por levante ni por poniente y, si nuestra canoa no encontraba un paso libre, no lograríamos franquearla.

Gracias a la más feliz de las casualidades, lo encontramos aquel día, y avanzamos por él en medio de los mayores peligros. ¡Sí! Necesitamos de todo el celo, de todo el valor, de toda la habilidad de nuestros hombres y de sus jefes para salir de aquel mal paso. A ambos capitanes, William y Len Guy, al segundo, Jem West y al *bosseman*, les debemos eterna gratitud.

Nos encontramos, por fin, en aguas del Pacífico. Pero nuestra embarcación sufrió mucho durante aquella larga y penosa travesía. Su calafateo estaba sumamente gastado, y las bordas amenazaban con separarse, por lo que hacía agua por más de una costura. Pese a que nos ocupábamos incesantemente de achicarla, era demasiada la cantidad de agua que entraba por encima de las bordas.

Menos mal que la brisa era suave y que la mar estaba mucho más tranquila de lo que hubiésemos podido esperar, así es que el verdadero peligro no se encontraba en los riesgos de la navegación.

¡No! Procedía de que no se veía navío alguno por aquellos parajes, ningún ballenero recorría aquella zona de pesca. Durante los primeros días de abril, aquellos parajes suelen encontrarse ya abandonados, y nosotros llegábamos allí con varias semanas de

retraso.

Pero, tal y como lo llegaríamos a saber más tarde, nos hubiese bastado con estar allí dos meses antes, para encontrarnos con los navíos de la expedición americana.

En efecto, fue el 21 de febrero cuando el teniente Wilkes exploró aquellos mares con uno de sus navíos, el *Vincennes*, por 95° 50' de longitud y 64° 17' de latitud, después de haber reconocido una línea de costas que se extendía a todo lo largo de setenta grados de este a oeste. Después, ante la proximidad de la mala estación, viró de bordo, y regresó a Hobart-Town, en Tasmania.

El mismo año, la expedición del capitán francés Dumont D'Urville —que partió en 1838—, en un segundo intento de llegar hasta el polo, alcanzó, el 21 de enero, la Tierra Adelaida a 66° 30' de latitud y 38° 21' de longitud oriental y, después, el 29 de enero, la costa Clarie, a 64° 30' y 129° 54'. Finalizada su campaña después de estos importantes descubrimientos, el *Astrolabe* y el *Zélée* abandonaron el océano Antártico y pusieron rumbo a Hobart-Town.

Por tanto, ninguno de estos navíos se encontraba por aquellos parajes. Así es que, cuando la *Paracuta* —aquella cáscara de nuez— se encontró sola, más allá de la banquisa, sobre aquella mar desierta, nos vimos obligados a creer que nuestra salvación ya no era posible.

Mil quinientas millas nos separaban de las tierras más cercanas, y el invierno ya había comenzado un mes antes...

Incluso el mismo Hurliguerly tuvo que reconocer que la última feliz casualidad —con la que contaba— acababa de fallarnos...

El 6 de abril, cuando nos encontrábamos en el límite de nuestros recursos, el viento comenzó a refrescar y la canoa, violentamente sacudida, amenazaba con irse a pique a cada ola.

—¡Barco a la vista!

Fue el *bosseman* quien lanzó aquel grito y, en un instante, pudimos distinguir, entre las brumas que acababan de despejarse, un navío a cuatro millas al noreste.



Nos pusimos a hacerle señales inmediatamente y fueron recibidas al instante. Después de ponerse al paio, el navío botó su mayor chalupa a la mar para que fuese a recogernos.

Se trataba del *Tasman*, un velero americano de tres palos, de Charleston, sobre el que se nos recibió con prontitud y cordialidad.

El capitán se ocupó de mis compañeros como si se hubiese tratado de sus propios compatriotas...

El *Tasman* venía de las islas Malvinas, donde se había enterado de que, siete meses antes, la goleta inglesa *Halbrane* puso rumbo a los mares australes en busca de los naufragos de la *Jane*. Pero, como la estación avanzaba y la goleta no reapareció, se llegó a la conclusión de que se había perdido totalmente en las regiones antárticas.

Aquella última travesía se llevó a cabo feliz y rápidamente. Quince días después, el *Tasman* desembarcaba en Melbourne, provincia de Victoria, Nueva Holanda[141], a los tripulantes de ambas goletas que llegaron a sobrevivir, y fue allí mismo donde se pagó a nuestros hombres las primas que tan merecidamente ganaron.

Las cartas marinas nos indicaron que la *Paracuta* fue a parar al Pacífico, entre la Tierra de Clarie, de Dumont D'Urville y la Tierra Fabricia[142] descubierta por Balleny en 1838.

¡Y así terminó aquella aventura y extraordinaria campaña que tantas víctimas costó! Y, para decirlo todo, aunque el azar, aunque las necesidades de aquella travesía nos llevaron hacia el polo austral, mucho más allá de todos cuantos nos precedieron y, aunque llegamos, incluso, a traspasar el punto axial del globo terrestre, ¡cuántos descubrimientos de incalculable valor quedan por hacer todavía en aquellos parajes!

Arthur Pym, el héroe tan brillantemente celebrado por Edgar Poe, nos mostró la ruta... ¡Que otros la sigan, que otros vayan a sacar a la Esfinge de los Hielos los últimos secretos de esa misteriosa Antártida!

FIN DE LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

Diccionario de términos marítimos

Alcázar: Parte de la cubierta superior comprendida entre el palo mayor y el coronamiento de popa.

Amura: Anchura del buque en la octava parte de su eslora, a contar desde proa.

Amurar: Llevar a su debido lugar (a barlovento) los puños de las velas, para que queden bien orientados cuando ha de ceñirse el viento.

Andanada: Hacer una descarga con toda la artillería de un costado del buque.

Aparejar: Disponer de todos los elementos necesarios para que un buque esté listo para navegar.

Arboladura: Conjunto de palos, vergas y masteleros del buque.

Arpón: Instrumento de hierro con punta como la de una flecha que, asegurada en un asta de madera, sirve para coger peces grandes clavándoselo en cualquier parte de su cuerpo.

Arriar: Bajar las velas.

Arrufadura: Curvatura que se da a las bordas y cubiertas de un buque longitudinalmente, de modo que sus extremos de proa y popa vienen a quedar más altos que el centro.

Azorrar: Tumbar y ahocicar mucho la embarcación, por llevar mucha vela o ir muy cargada.

Babor: Banda o costado izquierdo del buque, mirando desde popa a proa.

Bala enramada: La que consta de dos medias balas unidas por

medio de una barra o cadena de hierro; es conocida por «palanqueta a la francesa».

Bandola: La nueva armazón de arboladura y aparejo provisional que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente, cuando se ha desarbolado alguno de los palos principales.

Bao: Gran madero que, de trecho en trecho, atraviesa de babor a estribor y sirve para aguantar los costados donde está hecho firme por los extremos, al tiempo que sostiene las cubiertas con todo el peso de la artillería y demás efectos; hace el oficio de las vigas en las casas.

Barlovento: La parte de donde viene el viento, con respecto a un punto determinado.

Barraganete: Pedazo de madero que como añadidura postiza se amadrina al extremo de los reveses en algunas embarcaciones menores.

Batayola: Especie de barandilla doble de madera, que corre las bordas del buque.

Bauprés: Palo grueso que sale de la proa para afuera, con más o menos inclinación al horizonte.

Bergantín: Embarcación de dos palos, mayor y trinquete, con su bauprés; de velas cuadradas, con sus correspondientes estays, foques, etc., y por vela mayor una gran cangreja.

Bolina: Posición del buque ciñendo el viento.

Boneta: Vela supletoria que se agrega por debajo a otra para aumentar su superficie en tiempos bonancibles.

Borda: Parte superior del costado de un buque.

Bornear: Girar el buque sobre sus amarras, estando fondeado.

Botalón: Palo redondo que, aparejado convenientemente, se saca hacia afuera, ya del costado mismo del buque, ya de las vergas, para marear las velas rastreras, amamar embarcaciones menores, etc. También, el mastelero del palo

de bauprés.

Botavara: Palo redondo que, enganchado en el de mesana o en el mayor según sea la embarcación, sirve para cazar en él la cangreja.

Boza: Amarra pequeña en las embarcaciones menores.

Bracear: Tirar de las brazas por una u otra banda para situar las vergas en el plano o dirección conveniente, según el ángulo que hayan de formar con la dirección del viento.

Brandal: Cabo con que se sujeta un mastelero a la mesa de guarnición de su respectivo palo. Burda.

Braza: Cabo, doble o sencillo, que hecho firme o pasando por un montón situado en cada penol sirve para bracear.

Brick: Bergantín.

Burda: Cabo con que se sujeta un mastelero a la mesa de guarnición de su respectivo palo. Brandal.

Cabilla: Pedazo redondo de hierro o madera que pasado por un agujero del cabillero sirve para amarrar los cabos.

Cabillero: Tablón lleno de agujeros por donde pasan las cabillas para amarrar los cabos.

Cable: Maroma muy gruesa que asida al ancla sirve para amarrar el navío en un fondeadero. Amarra.

Cable: Medida de ciento veinte brazas, o toesas, equivalente a 185 metros.

Cabo: Cualquiera de las cuerdas que se usan a bordo.

Cabrestante: Tomo de eje vertical para levantar pesos.

Cabullería: Conjunto de todos los cabos de un bajel.

Calabrote: Cable delgado.

Calafatear: Rellenar de estopa las juntas de las tablas de fondos, costados y cubiertas, y ponerles después una capa de brea para que no entre el agua por ellas.

Camareta: División que suelen tener algunas embarcaciones en la parte de proa para que se alojen los oficiales de mar.

Camareta alta: División que suelen tener algunas embarcaciones en el alcázar.

Cangreja: Vela de figura trapezoidal.

Canoa: Bote muy largo y de poca manga, que boga con remos de punta; sirve a las embarcaciones balleneras.

Carlinga: Pieza de madera o hierro con hueco practicado en ella en la que se engasta la mecha del palo que ha de descansar encima.

Castillo: Parte de la cubierta superior contada desde el canto de proa de la boca del combés hasta la roda.

Cazar velas: Tirar de las escotas de las velas para que queden orientadas al viento después de amanadas.

Ceñir el viento: Navegar contra la dirección del viento, en el menor ángulo posible con ella; navegar de bolina.

Cobrar: Recoger parte de un cabo que está en acción.

Codaste: Pieza recta y vertical en que termina la nave por la parte de popa.

Cofa: Especie de mesetas que se forman en lo alto de los palos mayores.

Combés: Espacio que media entre el palo mayor y el de trinquete.

Conserva: Unión, compañía que se hacen mutuamente dos o más buques en su navegación.

Cordaje: Cabullería.

Cornamusa: Pedazo de madera de la misma figura que la cabeza de una muleta que, clavado por su centro en cubiertas o costados, sirve para amanar cabos.

Coronamiento: Parte más alta de la popa, sobre la cual descansa la botavara.

Coy: Especie de colchoneta.

Crujía: El medio de una cubierta, de proa a popa.

Cruceta: Nombre que se da al conjunto de maderos que forman la cofa de gavia.

Cuadernas: Piezas curvas de madera que tienen su base en la quilla, de donde arrancan extendiéndose a derecha e izquierda para formar el casco o cuerpo del buque, siendo como las costillas de éste.

Cuartel: Enablado o enrejado de madera con que se cierra la boca de una escotilla; cuando es enrejado, se llama también enjaretado.

Chalupa: Embarcación pequeña, dotada de cubierta y con dos pequeños palos a modo de goleta.

Chinchorro: Embarcación de remos muy pequeña; la menor de a bordo.

Demora: Dirección o rumbo en que se halla u observa un objeto con relación a la de otro dado o conocido. Dícese también marcación.

Derrota: Dirección o camino que ha de seguirse.

Driza: Cuerda con que se suspenden o izan las velas para marearlas o disponerlas al viento.

Empalletado: Parapeto que se forma en las bordas con la ropa y camas de la tripulación, para ponerse a cubierto de la fusilería y metralla del enemigo.

Empavesada: Pieza de tela de color que sirve para adornar las bordas y cofas de los buques en días de ciertas solemnidades.

Enjaretado: Especie de rejilla o celosía de madera con que se cierra la boca de una escotilla.

Entrepunte: Espacio comprendido entre dos cubiertas.

Escorar: Inclinar el buque por la fuerza del viento.

Escota: Cuerda situada en los puños bajos de las velas que sirve

para atarlas.

Escotilla: Abertura que se deja en las cubiertas, para pasar a las inferiores.

Eslora: Longitud del bajel, en su línea de flotación.

Espiga: Distancia que hay entre el punto de sujeción del mastelero más alto de un palo hasta el tope o perilla.

Estay: Cuerda que sujeta todo palo o mastelero para que no caiga hacia popa.

Estibar: Distribuir y colocar la carga de una embarcación de modo que ocupe el menor espacio posible y que quede con seguridad y sin riesgo del menor movimiento.

Estribor: Banda o costado derecho del buque, mirando desde popa a proa.

Fisga: Especie de arpón con tres, cinco o más dientes.

Flechaste: Trozo de cuerda sujeto horizontalmente a los obenques; sirven de escalones para poder subir a lo alto de los palos.

Foque: En general, todas las velas triangulares que se amuran en el bauprés y sus botalones.

Gabarra: Especie de barca grande que sirve para cargar y descargar los buques en el interior de los puertos. También se usa en el transporte fluvial.

Gálibos: Plantilla merced a la cual los carpinteros hacen todas las cuadernas de las embarcaciones.

Galope: Espiga.

Gavia: Toda vela que se larga en el mastelero que va sobre el palo principal.

Goleta: Embarcación con dos palos y velas cangrejas.

Guardines: Cabos con que se sujeta y maneja la caña del timón.

Halar: Tirar de una cuerda.

Imbornal: Agujero practicado a trechos en los costados de un buque para dar salida a las aguas.

Jarcia: Conjunto de todo el cordaje de un buque.

Juanete: Nombre del mastelero, de la verga y de la vela que van sobre los de las gavias.

Largar: Aflojar, ir soltando poco a poco.

Mamparo: División interior de un buque.

Manga: Anchura máxima de una embarcación.

Marcar: Averiguar la dirección o rumbo de un objeto respecto del buque o punto desde el que se marca.

Marchapié: Cuerda que, asegurada en los extremos de las vergas, sirve para que la gente apoye y asegure en ella los pies mientras realiza alguna maniobra con las velas.

Marear velas: Disponer las velas de modo que tomen el viento por su cara de popa.

Mastelero: Cada uno de los palos menores que van sobre los principales en la mayor parte de las embarcaciones, y sirven para sostener las gavias, juanetes y sobrejuanetes.

Mecha: Extremo de todo palo que vaya encajado en la mortaja o unido a otro.

Mesa de guarnición: Tablón colocado en el costado de una embarcación, donde se sujetan los obenques del palo correspondiente.

Mesana: En las embarcaciones de tres palos, el que se arbola a popa.

Mortaja: Pieza en la que se encaja la base de un palo.

Motón: Garrucha.

Navegar de bolina: Navegar contra la dirección del viento.

Navegar a ceñida: Navegar contra la dirección del viento.

Obenque: Cada uno de los cabos con que se sujeta un palo o

mastelero desde su cabeza a la mesa de guarnición o cofa correspondiente.

Obra muerta: Parte del casco comprendida entre la línea de flotación hasta la borda.

Obra viva: Parte del casco por debajo de la línea de flotación.

Orzar: Girar el buque.

Pagaya: Remo.

Palo mayor: Palo principal del buque.

Pañol: Cada uno de los compartimientos de que consta un buque para resguardo de pertrechos y guarniciones.

Pecio: Resto de una embarcación que flota a la deriva.

Penol: Punta o extremo de una verga.

Perilla: Bola de madera situada en el extremo de la espiga.

Pescante: Armazón que se coloca en las bordas de una embarcación para colgar los botes.

Petifoque: Vela triangular que se amura en el segundo botalón del bauprés y se iza en la mecha del mastelero del juanete de proa.

Ponerse a la capa: Detener la marcha del navío.

Popa: Parte posterior de las naves.

Proa: Parte anterior de las naves.

Puntal: Profundidad de un buque, desde el fondo de la bodega hasta la cubierta principal.

Puntear: Navegar de bolina.

Puntear el viento: Orzar cuanto se pueda, para aprovechar el viento.

Puño de la vela: Pico o esquina de una vela.

Quilla: Gran madero recto, escuadrado y compuesto de varias piezas fuertemente empalmadas, sobre las que se asientan las

cuadernas del buque perpendicularmente a su longitud; es lo que el espinazo a las costillas.

Rebenque: Pedazo de cuerda que sirve para amarrar objetos.

Reenvergar: Volver a colocar las vergas en un buque.

Regala: Borda, en las embarcaciones menores.

Relinga: Cuerda con que se refuerzan las orillas de las velas.

Relingar: Izar una vela hasta que sus relingas estén muy tirantes.

Revés: Parte extrema de toda cuaderna, que tiene vuelta cóncava o convexa.

Rezón: Ancla pequeña, de cuatro uñas y sin cepo, que sirve para embarcaciones menores.

Rizos: Pedazos de cuerda que, dispuestos horizontalmente a lo largo de una vela, sirven para aferrar ésta disminuyendo por tanto su superficie para que puedan resistir la fuerza del viento.

Roda: Madero curvo, prolongación de la quilla, que forma la proa.

Schooner: Goleta.

Serviola: Pescante que sale hacia afuera por una y otra banda, para suspender las anclas.

Singladura: Distancia recorrida por una nave en veinticuatro horas.

Singlar: Avanzar en un rumbo determinado.

Sloop: Corbeta.

Sollado: Cubierta situada debajo de la principal.

Sonda: Lo que sirve para medir la profundidad.

Sotavento: Parte opuesta a la de donde viene el viento, con respecto a un punto determinado.

Tajamar: Pieza que se adapta a la roda por su cara exterior y

sirve para hender o dividir el agua cuando el buque marcha.

Toesa: Medida francesa de longitud equivalente a 1,946 m.

Tolete: Palo de madera dura que, clavado en la regala de los botes, sirve de punto de apoyo para los remos. Si es de hierro se llama escálamo.

Tomar estrella: Observar la latitud por la estrella Polar.

Tomar la altura: Observar la latitud.

Tormentín: Mastelero que se pone vertical sobre la cabeza del bauprés.

Traína: Clase de red.

Trapa: Cabo con que se ayuda a cerrar una vela cuando hay mucho viento.

Trasmallo: Arte de pesca.

Trinquete: Palo que se arbola inmediato a la proa, en las embarcaciones que tienen más de uno.

Trinquetilla: Vela de cuchillo triangular que se larga en un nervio paralelo e inmediato al estay de trinquete.

Uña: Punta de cada brazo de cualquier ancla o rezón.

Velamen: Conjunto total de las velas de un buque.

Verga: Palo en que se sujeta una vela.

Zuncho: Abrazadera metálica. Sirve para sujetar los masteleros a sus palos principales.

Apéndice

En la correspondencia del escritor francés Raymond Roussel se puede leer el siguiente párrafo: «¡Pídame usted la vida, pero no me pida que le preste un Jules Verne! Tengo tal fanatismo por sus obras, que estoy “celoso” de ellas. Si usted las relee, le suplico que no me hable nunca de ello, que no pronuncie nunca su nombre ante mí, pues me parece que es un sacrilegio pronunciar su nombre de otro modo que de rodillas. Es él, y con mucho, el mayor genio literario de todos los tiempos; permanecerá cuando todos los demás autores de nuestra época hayan sido olvidados».

*Un autor
muy leído*

Sin duda, el juicio de tan exigente escritor puede ser calificado de hiperbólico o exagerado, pero, si es cierto que Flaubert, Maupassant o Proust permanecen, también Jules Verne continúa siendo un autor a quien los amantes de la literatura rinden el mejor homenaje que pueda hacerse a un escritor: leer sus obras.

La época

En Europa, el siglo XIX, siglo en que transcurre casi toda la vida de Jules Verne, no nace —históricamente— en 1801. La fecha de 1815 es considerada por muchos autores como su umbral más lógico. En ese año la definitiva derrota de Napoleón en Waterloo pone punto final a los tremendos golpes y sacudidas que la Revolución Francesa y las campañas napoleónicas habían provocado por todos los rincones de la geografía europea. «Todo lo

que era ya no existe; todo lo que será todavía no es», escribe por entonces el poeta Alfred de Musset. Los cimientos de las sociedades europeas se han transformado. La burguesía, la clase social protagonista y heredera de la Revolución, se ha puesto a la cabeza de la historia. Cuando en junio de 1815 el Congreso de Viena finaliza sus sesiones con la firma de los nuevos tratados de paz, una nueva época se abre para el viejo continente.

La historia europea a lo largo de todo el siglo se va a desarrollar en función de tres factores básicos. El primero de ellos es *el resurgimiento del nacionalismo*.

*El
surgimiento
del
nacionalismo*

Las nuevas doctrinas políticas que la Revolución introduce en la escena histórica —principio de la soberanía nacional, derecho a la libertad e igualdad, imperio de la ley— desencadenarán el deseo de ver unidos; en la práctica, el concepto sociológico de Nación —comunidad que participa de una misma lengua, cultura e historia— con el término político de Estado —comunidad independiente y soberana—. Esta tendencia acarreará un doble movimiento.

- Centrífugo: Las nacionalidades sometidas, Grecia, Hungría, Polonia, lucharán por alcanzar su independencia.
- Centrípeto: Las nacionalidades con raíz común, pero no agrupadas políticamente, llevarán a cabo procesos de reunificación: Alemania, Italia.

Este sentimiento nacionalista, que tiene como grandes representantes al prusiano Bismark, «el Canciller de Hierro», y a los italianos Mazzini y Garibaldi, degenerará, en algunos casos, hacia un patriotismo exacerbado, fanático y agresivo. En la raíz de muchos conflictos bélicos del siglo —guerra Franco-Prusiana, por ejemplo— se encuentra esta exaltación chovinista de la Nación.

Otro fenómeno es *la Revolución Industrial*, que, aunque remonta sus orígenes al siglo XVIII, alcanzará su apogeo hacia mediados del siglo siguiente. La aplicación de nuevas técnicas e invenciones a los procesos de fabricación motivará un espectacular crecimiento de la riqueza económica. La industrialización en gran escala traerá como consecuencia la concentración de la población en las ciudades —la civilización se urbaniza— y la competencia entre las potencias económicas necesitadas de encontrar mercados para sus productos y materias primas para su elaboración. Al uso masivo de la energía del vapor —aparición de las redes del ferrocarril— siguen el perfeccionamiento de las industrias siderúrgicas y la introducción de nuevas e importantes fuentes energéticas: el petróleo, la electricidad.

*La aparición
del
proletariado*

Mencionaremos por último la *aparición del proletariado* como clase social decisiva dentro de la historia, tercer factor que condicione la vida política y social de la Europa decimonónica. El proletariado como fuerza social diferenciada surge a consecuencia directa de la expansión industrial. Los trabajadores se agruparán para defender sus intereses y derechos. En un primer momento este reagrupamiento es claramente defensivo —en forma de Mutuas y Cooperativas—, pero con el paso del tiempo estas asociaciones primarias darán lugar a la creación de sindicatos y partidos obreros. Las doctrinas socialistas se desarrollarán y difundirán con gran intensidad y el capitalismo burgués pronto reconocerá en ellas a su principal enemigo. La publicación en 1848 del *Manifiesto Comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels, sentará las bases del movimiento obrero.

Aunque estos tres factores constituyen los pilares de la trama

histórica del siglo XIX, es necesario atender, desde una óptica más particularizada, algunos hechos y rasgos típicos del acontecer europeo de aquel período:

*Triunfo del
positivismo
científico*

El desarrollo técnico y científico desplazará bruscamente los viejos modos de explicar y comprender la vida, el Universo y los fenómenos sociales. El conocimiento se aparta de la especulación metafísica para vincularse a la investigación experimental y el método científico —analizar, comprobar, deducir— será la herramienta clave para la nueva concepción del mundo. La ciencia se convertirá en la nueva religión del siglo XIX. El progreso científico-técnico será deslumbrante. En el campo de la Física las leyes de Faraday o el descubrimiento de los Rayos X son buen testimonio de ello. En Biología, Mendel hace públicas las leyes de la herencia; en Química, el establecimiento del Sistema Periódico de los Elementos representa un avance fundamental. El motor eléctrico, la dinamo, el motor de gasolina, el automóvil, el telégrafo, el teléfono, la máquina de escribir, la fotografía, el revólver, la dinamita, conforman una tabla de invenciones que habla por sí sola de lo que significó el progreso científico. Jules Verne será su poeta, el Homero del nuevo Aquiles: la ciencia.

Es imposible dar cuenta de todos los descubrimientos y teorías que la nueva mentalidad va a originar en todos los campos del saber. La historia de la ciencia durante esos años constituye una auténtica epopeya. Por su trascendencia social no podemos dejar de mencionar la teoría de la evolución defendida por el británico Charles R. Darwin, ya que su libro, *El origen de las especies* (1859), representa el triunfo de la visión racional de los fenómenos naturales y sociales.

*El
Colonialismo*

Uno de los fenómenos económico-políticos de mayor relieve en el siglo será el colonialismo. Aunque la expansión territorial europea nace a finales del siglo xv, resurge a mediados del xix con acento y características especiales. El desarrollo de la economía industrial determina que las colonias interesen más como clientes que como proveedores. Además de por este interés comercial, la expansión colonial se acentúa con la sed creciente de prestigio que sufren las nuevas naciones, y por el interés estratégico renovado hacia las bases navales necesarias para el aprovisionamiento de los buques de vapor —siguiendo la singladura de la *Halbrane* en *La esfinge de los hielos* se comprobará esta idea—. Esta expansión, cuyos motivos egoístas son fáciles de descubrir, se realizará en nombre de una presunta «misión civilizadora» de la raza blanca, cuya superioridad étnica se afirmaba repetidamente, potenciándose una visión europea de la humanidad.

Inglaterra ocupará, por su poderío industrial y naval, el lugar más destacado dentro de esta corriente imperialista. El caso de las islas Malvinas, de reciente actualidad, es uno de los múltiples ejemplos del poder colonial inglés, que Verne recoge en esta novela. Francia, que ya en 1830 inició su asentamiento en las tierras del Norte de África, intensificará su presencia en nuevos territorios: Senegal, Somalia, Indochina, durante el imperio de Napoleón III. Al hablar de los colonialismos, Jules Verne diferenciará entre el talante del británico —materialista— y el francés —aventurero y civilizador—. No hace falta decir que, a este respecto, convendría recordarle a nuestro autor el viejo refrán de que «nada es verdad ni mentira, todo depende del *imperio* con que se mire». La pasión colonialista llevará aparejada la pasión por el viaje y la exploración de tierras desconocidas. Si a comienzos del siglo xix la mitad de las tierras permanecían ignotas, cuando el siglo finalice, el hombre blanco habrá dejado sus huellas sobre todos los suelos del globo terráqueo. En 1911 la expedición del sueco Amundsen logrará ver cumplido el tema de la novela de Verne que aquí se comenta: la conquista del Polo Sur.

Antes de pasar a ocuparnos de la vida de Jules Verne, y a fin de contextualizar su producción literaria, es conveniente hacer una referencia, aunque breve, a los grandes movimientos literarios de su tiempo. Cuando el futuro autor de *Los viajes extraordinarios* nace, el Romanticismo triunfa de forma rotunda. El estreno de la obra teatral *Hernani*, de Victor Hugo, en 1830 es considerado por muchos como la puesta de largo de dicho movimiento. Stendhal y Honoré de Balzac publicarán sus grandes obras durante los primeros años de la vida de Verne. La novela popular o folletinesca —Eugène Sue— es ávidamente consumida por el público. Alexandre Dumas padre, tan importante para la consolidación de los intereses literarios del creador del *Nautilus*, es el autor de moda. Todos leen sus novelas históricas.

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, años precisamente en que Jules Verne inicia tímidamente su carrera literaria, el Romanticismo está perdiendo influencia en favor de una nueva tendencia literaria: el Realismo. Gustave Flaubert, Guy de Maupassant y los hermanos Goncourt serán algunos de los representantes de esta escuela que tendrá su prolongación en el Naturalismo, siendo Emile Zola el apóstol y abanderado de este estilo literario.

El autor

*Una familia
burguesa*

Jules Verne nació el 8 de febrero de 1828 en Nantes, Francia. Sus padres pertenecían a la burguesía acomodada. La familia paterna se dedicaba al ejercicio de la abogacía. La rama materna poseía un saneado negocio de comercio marítimo. Al nacimiento de Jules siguieron, para regocijo de sus padres, los de otro hermano, Paul, y dos niñas, Adelaíde y Violette. En aquel hogar se escuchaban ecos de dos mundos: el del derecho y el del mar. Sería este último el que arraigase profundamente en el alma del niño. Su padre, sin embargo, decidió que continuase la profesión de los Verne.

Un padre problemático

Algunos biógrafos han interpretado la figura paterna como fuente de represiones para Jules Verne. Entendemos que el tema no es tan simple. Si bien se conocen datos suficientes para poder decir que, en efecto, se distinguía por poseer una personalidad sobria, severa y amante del orden, nada hace suponer que con su conducta traumatizase especialmente a su hijo.

Si bien el carácter rebelde del futuro autor chocará en muchas ocasiones con la escala de valores de su progenitor, también es cierto que Jules mantendrá a lo largo de su vida unas relaciones continuas y cordiales con él, haciéndole partícipe de sus proyectos y progresos, y acudiendo a su consejo en muchas ocasiones.

La primera aventura

A los 11 años el futuro maestro de la novela científica va a dar claro testimonio de su afán por la aventura, de su pasión por el mar y de su temprano sentimentalismo. Enamorado de una prima, se embarcará como polizante en un barco que se dirige a las Antillas. Su objetivo es conseguir un collar de coral para su amada. El padre logrará desembarcarlo antes de que pueda cumplir su propósito y le hace prometer que nunca más viajará salvo con la imaginación. Esa puerta que la prohibición le deja abierta será aprovechada al máximo.

Literatura y desamor

Frecuenta una tertulia literaria y escribe poemas de corte galante y picaresco. La idea de ser escritor deviene su meta más deseada. La lectura de los autores románticos llena sus horas de ocio e inflama su corazón. No serán tan sólo las letras el objeto de

sus amores: aquella prima del collar sigue siendo la Dulcinea de sus sueños. El poeta español Pedro Salinas afirma en alguno de sus ensayos que nada mejor para atizar la vocación literaria que un desengaño amoroso en la adolescencia. A Jules Verne no ha de faltarle tal leña para el fuego: su amada se casa con otro. Con el corazón roto, el romántico aprendiz de escritor se desespera y quiere cambiar de paisaje. En París, adonde su padre lo envía para estudiar leyes, buscará el olvido.

*París era
una fiesta*

La capital francesa se encuentra convulsionada por alborotos políticos y sociales. La Revolución de 1848 despide para siempre a la monarquía y es el preludio del imperio de Napoléon III. El recién llegado Jules Verne permanecerá ajeno a los acontecimientos políticos. Pasado el momento de las barricadas, los adoquines vuelven a su sitio y el remozado París se convierte en el foco literario más importante de Europa. El joven estudiante de leyes sueña con ser luz entre las luces y talentos que pueblan los salones culturales de la sociedad parisina.

Los dineros que su padre le envía son escasos. Cuando logra verse introducido en los ambientes artísticos, la penuria económica y la falta de ropa adecuada resultan un obstáculo irritante que supera a duras penas ahorrando lo inconcebible y compartiendo con sus amigos calzado y vestimenta. Son sus días de bohemia. Durante una semana se alimentará a base de ciruelas, no por fe vegetariana, sino para poder comprar las obras completas de Shakespeare. La flaqueza económica no le hace perder su sentido del humor: «Mis calcetines de lana —escribe a su madre— están muertos y enterrados con todos los honores. Los que llevo de algodón se parecen a una tela de araña en la que hubiera permanecido varias horas un hipopótamo. Nunca el agujero ha dado tantas pruebas de fecundidad. La realidad rodea aún mis pantorrillas, pero mis pies van pisando la nada».

Primeros

Su constancia y deseo por entrar en la escena literaria pronto se verán recompensados. Conoce al gran Alexandre Dumas y logra ganarse su estima y aprecio. Con su padrinazgo se hace posible su sueño: en julio de 1850 estrena la comedia *Las pajas rotas*, que, aunque no triunfa, afianza su vocación y da a conocer su nombre entre la sociedad literaria. Continuará escribiendo comedias y libretos para operetas: «Estas obras —escribe a su padre— no son nada serias. Tengo en la cabeza otras ideas, miles de proyectos que no soy todavía capaz de concretar. Si esto que bulle dentro de mí vale algo, tú lo verás un día; pero me falta tiempo, paciencia y tenacidad».

Económicamente sobrevive gracias a su trabajo de oficinista en un teatro. Se convierte en un lector voraz. En los duros bancos de la Biblioteca Nacional entra en contacto con la literatura de su tiempo. Por aquel entonces descubre la extraña obra de un escritor norteamericano todavía no traducido al francés: Edgar Allan Poe.

*La
influencia
de Poe*

La lectura de Poe lo deslumbra y apasiona. En su prosa cree descubrir los rasgos de lo que debe ser la nueva literatura: espíritu de observación, sagacidad deductiva, poesía y atracción de lo desconocido. Admira en él su facultad analítica y la eficaz aplicación de la misma a la solución de problemas casi insolubles. «Salió ya quien habla el lenguaje nuevo de los tiempos modernos».

Siguiendo su estilo publica un relato breve, *Un viaje en globo*, en el busca transmitir una atmósfera de terror. Cuando Baudelaire traslade magistralmente la obra de Poe a la lengua gala volverá a dar muestras públicas de su admiración por él. *La esfinge de los hielos* será su homenaje al creador de *La narración de Arthur Gordon Pym* [143].

La ciencia

En el nuevo ídolo del siglo XIX la ciencia encontrará un estímulo y un horizonte apropiado para volcar su talento creativo. Durante años acaricia el proyecto de novelar la epopeya científica. Se rodea de amistades que se mueven en este campo: Nadar, Arago y Elisée Reclus, el padre de la geografía moderna —a quien por cierto citará en *La esfinge de los hielos*—, serán sus nuevos compañeros.

Amor y dinero

El bohemio miembro de la peña «Los once sin mujer» poco a poco se cansa de su soledad. Ansia fundar un hogar y cuando en 1856 conoce a la viuda Honorine de Viane decide casarse. Parece necesitado de pisar tierra firme antes de levantar definitivamente su vuelo literario. Quiere ganar dinero. «Correr detrás de las piezas de cien francos puede ser divertido a los 20 años. A los 30 se pierde en ello la dignidad». Y se establece como agente de cambio en la Bolsa de París. Cuando en 1861 nazca Michel, su único hijo, ya nada quedará de aquel antiguo bohemio.

El éxito

Su idea de una novela donde el interés científico ocupe un lugar central se perfila poco a poco e inicia la redacción de la que será su primera gran novela: *Cinco semanas en globo* [144]. En ella enlaza dos temas de interés en aquel momento. Los viajes en globo y la búsqueda de las fuentes del Nilo. Con el manuscrito terminado recorre editoriales sin éxito alguno. Desesperado, acude al escritor Hetzel, quien le manda reescribir la novela y acaba por firmarle un contrato muy ventajoso para aquel tiempo y por el cual Verne se obliga a escribir dos obras al año, durante 20 años.

Cinco semanas en globo será un éxito comercial extraordinario y los títulos siguientes, *Viaje al centro de la Tierra*, *De la Tierra a*

la Luna, Los hijos del capitán Grant, La vuelta al mundo en ochenta días, El Chancellor, Miguel Strogoff[145], etcétera, le harán ganar fama y bienestar.

*Luces y
sombras*

Durante los años siguientes trabaja, escribe y se documenta como un esclavo: «Trabajo como una bestia de carga, cuyo cráneo va a estallar». De forma regular publica sus nuevas creaciones y goza de los placeres que el éxito crematístico ha puesto a su alcance. Se traslada a una lujosa casa. Compra una embarcación más aceptable y ve realizada su, vieja pasión por los viajes. Con ocasión de una fiesta que tiene lugar en su honor en los salones del consulado francés de Tánger será protagonista de una insólita y novelesca escena: presentado a la joven y hermosa dama Caroline F. Suzor, y mientras baila con ella, ésta se queja de que las ballenas de su corsé le aprietan intensamente: «Quién pudiese pescar ballenas en tan gratos parajes», responde el escritor. Ofendida la dama, su caballero, el conde D'Albi, reta a duelo a Verne y le ofrece que escoja las armas. Éste dice que ya que ha de escogerlas, escoge las más afiladas, las palabras, saliendo así de la apurada y extravagante situación.

Otros incidentes más graves que el anterior van a tener lugar durante los últimos tiempos de su vida. Enfermo y herido por un atentado, perderá gran parte de su fortaleza. La muerte de su madre, padre y hermano le sumirán en la melancolía y el pesimismo. Sólo la literatura le servirá como clavo ardiente donde agarrarse en los tiempos de crisis.

*Últimos
años*

En los últimos años de su vida un periodista lo retrata del siguiente modo: «El antiguo aficionado a los grandes viajes, ese conquistador que por un esfuerzo poderoso de intuición adivinó la

navegación submarina y aérea, el teléfono, el fonógrafo y los grandes descubrimientos de nuestros días, es actualmente un bebedor de leche, un delicado soñador, un filósofo ameno y un anciano entrañable, que divide su tranquila existencia entre el trabajo y las más sencillas distracciones».

Desde primeros de 1905 los periódicos informan que la vida del gran escritor se extingue poco a poco. Su familia corre a rodearle en sus últimos instantes. Al amanecer del 24 de marzo, contando sesenta y siete años, se embarca para su último viaje. Su muerte reviste carácter de duelo nacional en Francia. Los medios de información de todo el mundo rinden su último homenaje al gran autor. Sus personajes, y él en ellos, seguirán vivos para siempre.

La obra

*La esfinge de los
hielos en la obra
de Jules Verne*

Por su temática argumental, *La esfinge de los hielos*, publicada en los últimos años de su vida, se inscribe dentro de las novelas marineras, y más concretamente dentro de aquellas que se producen en los paisajes helados de los círculos polares: *Un invierno en los hielos*, *Aventuras del capitán Hatteras*, *El desierto de hielo* y *Sans dessus dessous* (que, en español, fue traducida como *El secreto de Maston*). El crítico francés Michel Foucault indica que esta obstinación con la cual vuelven las aventuras del frío y del hielo hay que relacionarla con su voluntad de luchar contra la entropía o desorden energético. Desde su primer viaje a Escocia quedó impresionado por el paisaje invernal y sin duda retorna literariamente a él, porque le parece adecuado para escenificar la lucha del hombre contra la naturaleza.

Pero una circunstancia especial singulariza esta novela: su carácter de obra-homenaje a Edgar Allan Poe.

*Preguntando
a la esfinge*

Poco tiempo después de que el poeta Charles Baudelaire traduzca y presente al público francés los escritos de Poe, Jules Verne, quien con anterioridad ya había leído al norteamericano en su propia lengua, publica un estudio sobre ambas figuras literarias. Al hablar del autor de las *Narraciones extraordinarias* y refiriéndose a su novela *La narración de Arthur Gordon Pym* llama la atención sobre su final interrumpido y pregunta: «¿Quién la continuará algún día? Alguien más audaz que yo y más resuelto a avanzar en el dominio de las cosas imposibles».

Lo que en 1860 le parece imposible será tarea que afronte en 1895. *La esfinge de los hielos*, editada en 1897, puede ser definida como una continuación a la novela de Poe. Sobre su trama «interrumpida». Verne levantará su novela. No quiere esto decir que la novela del padre de la ciencia-ficción sea un relato absolutamente dependiente. Su lectura ciertamente exige, para su mejor comprensión, el conocimiento previo del relato de Poe, necesidad que se resuelve incluyendo en el Capítulo V un largo resumen de su argumento.

Puede, por tanto, *La esfinge de los hielos* ser tomada como contestación a las preguntas que el lector de *La narración de Arthur Gordon Pym* inevitablemente se hace al pasar su última página: ¿Qué pasó con Pym? ¿Cómo pudo retornar? ¿Qué era aquella enorme figura blanca? Edgar Allan Poe prefirió dejar abiertas las puertas a la fantasía. Verne no se conformó con imaginar y va a intentar con su novela resolver el enigma de aquella esfinge. Por supuesto, que la pregunta de Poe podría contestarse de formas muy diferentes. Verne nos ofrece una. Acepta enfrentarse con lo imposible. Será su homenaje a Edgar Allan Poe, a cuya memoria dedica su relato.

El argumento

El argumento o trama viene dado por la sucesión de hechos en que el señor Jeorling se verá inmerso desde el momento en que se embarca en el buque *Halbrane*. Desde un mero punto de vista descriptivo la acción narrativa es semejante al usual en las

literaturas del mar. Travesías azarosas, naufragios, mensajes en las botellas, tormentas y motines ocupan gran parte de la novela, superponiéndose a estos elementos los propios de la navegación polar: icebergs, osos polares, frío, etc.

En resumen, la línea argumental de la novela puede calificarse de doble:

- Búsqueda de los supervivientes de la goleta *Jane*.
- Búsqueda de Arthur Gordon Pym.

El tema

El tema de la novela —esa idea que subyace a lo largo de todo el texto y es el nexo que correlaciona el contenido con la forma literaria— puede pasar inadvertido en una lectura superficial. Una reflexión atenta permite encontrar ese «hilo interno conductor». En realidad, ¿qué hacen los personajes a lo largo de la novela?: releer *La narración de Arthur Gordon Pym*. Ahí está la clave. La novela de Poe funciona como cuaderno de bitácora tanto para la *Halbrane* como para el lector e incluso para el autor. Entendido esto, el tema se revela fácilmente: *La relación entre la ficción y lo real*. Eso es lo que verdaderamente subyace en todo su discurso. Pensemos por un momento qué «es» *La esfinge de los hielos*: una novela —ficción— en la que se nos cuenta que unos personajes, reales en apariencia, se encuentran ante el dilema de creer o no creer que otro libro, otra novela, otra ficción, cuenta hechos reales. Ese juego entre lo real y lo imaginario, entra la vida y la literatura, entre lo creíble y lo increíble será la esencia del relato.

El arranque de la novela participa ya de esa cualidad «Sin duda, nadie creará este relato titulado *La esfinge de los hielos*. No importa. Creo que es bueno que vea la luz. Cada cual le dará el crédito que le merezca» y no la abandona nunca: «¡Creí que estaba soñando cuando escuché hablar al capitán Len Guy de tal forma!... ¿Cómo?... ¿Creía en la existencia de un manuscrito de Arthur Gordon Pym?... La novela de Edgar Allan Poe no era más que una ficción, una obra surgida de la mente del más prodigioso escritor de América... ¿Y un hombre de buen sentido admitía tal ficción como

una realidad?...».

Estructura

El material narrativo se combina con un oficio literario de resaltante eficacia. Jules Verne introduce unas dosis de intriga, que dan a la novela una atmósfera y una conformación especial. Su estructura responde más al de una novela de suspense que al de un mero relato de aventuras marinas. El texto se estructura en función de «el suspense» que el autor busca crear. Lo significativo, y acertado a nuestro entender, es que esta técnica se desarrolla siguiendo diversas líneas de intriga que se superponen y complementan. Podemos distinguir los siguientes ejes:

Uno que pone en relación al lector y al protagonista con la cuestión de la credibilidad real de la novela de Poe. Las referencias al tema se insertan de forma gradual y en *crescendo*. El misterio en la conducta del capitán. La primera conversación en que éste dice haber encontrado la botella mencionada por Pym. El hallazgo del cadáver de Patterson. Los recuerdos de Glass sobre la goleta *Jane*. El descubrimiento del tablón con restos del nombre del barco. El encuentro del collar de *Tigre*. El clímax de esta línea o eje viene dado por la lectura de las notas acerca de la supervivencia de los marinos de la *Jane* y que, a su vez, amplían la intriga: ¿Qué les pasó? ¿Viven todavía?

El eje más sólido narrativamente está en función de la figura de Arthur Gordon Pym. Primero el narrador y protagonista, señor Jeorling, piensa que podría estar vivo, luego el relato de Dirk Peters —cuya personalidad ignorada es también motivo de otra subintriga— confirma su existencia y abre, con la posibilidad de su encuentro, todo un horizonte de palpitos y misterios. Precisamente el descubrimiento de su cadáver al pie de la «esfinge» magnética representa el momento álgido de la novela, que, a partir de entonces, desembocará hacia el típico y predecible final feliz.

La presencia de estos dos ejes básicos de interés o intriga, atravesados a su vez por pequeñas subintrigas —relaciones entre Dirk y Martin Holt, motín de Hearne—, es lo que ordena la composición y reparto de la novela en dos partes diferenciadas,

cuya frontera viene dada por la «anagnórisis» o desvelamiento de la auténtica personalidad de Dirk Peters, el fiel compañero de Pym.

*Los
personajes
principales*

Jeorling es el personaje eminente de la novela. Ocupa el privilegiado papel de narrador. Desde su óptica se nos presentarán todos los acontecimientos. La novela apenas proporciona información sobre sus circunstancias personales. Ni tan siquiera queda claro qué hace en las islas Kerguelen, donde la acción se inicia. De modo semejante a Arthur Gordon Pym se ve introducido, sin comerlo ni beberlo, en una sucesión de hechos azarosos, aunque decida voluntariamente continuar en la aventura una vez que se confirma la realidad básica del relato de Poe. Sabemos que es un ardiente admirador del escritor norteamericano y que ha leído varias veces su novela. A semejanza de Pym, también él sentirá el deseo ardiente de llegar al Sur y esa pasión le arrebatará exterior e interiormente. Carece de la complejidad del héroe de Poe, aunque es menos esquemático que la mayoría de los héroes de Jules Verne. Responde, sin embargo, a ciertas características típicas de éstos: sabiduría, riqueza, mentalidad científica y afán por conocer.

Dirk Peters, Hunt, es el personaje que acaba dominando todo el relato. Poco a poco va ocupando la escena novelesca para finalizar convertido en el pivote central de la narración. Taciturno, solitario, hercúleo, sabe transmitir la energía interior que sus relaciones con Pym le han proporcionado. Su amor por el personaje de Poe es total, casi religioso, la de un «padre» por su criatura predilecta. Su generosidad, su entrega, su valentía parecen provenir de un acero incombustible. Da sensación de ser un ente transfigurado y superior, y en este sentido Verne lo describe de forma coherente respecto al proceso de purificación que sufría en *La narración de Arthur Gordon Pym*. Literariamente es el personaje más logrado. Con sólo sus silencios, Jules Verne nos hace escuchar sus ecos. Cuando fallece al lado de su compañero de aventuras, es decir, cuando la novela de Poe se cierra, también la de Verne parece haber

encontrado su final.

El capitán Len Guy es una repetición del tipo «lobo de mar» frecuente en las novelas del autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Callado, sobrio, voluntarioso, impasible y frío en la adversidad, avezado marino. En relación con su figura el mayor acierto recae sobre su presentación en la novela. Por un momento, durante unas páginas, el misterio agiganta su condición. Una vez explicado el secreto de sus cavilaciones, vuelve a sus perfiles esquemáticos.

En realidad, el personaje omnipresente en la novela es Edgar Allan Poe. Su nombre se cita, iniciándose así el ambiente narrativo, antes de que su relato se descubra como el real cuaderno de bitácora de los hombres de la *Halbrane*: «Si cito a nuestro gran autor americano, es que, aunque sea yo un espíritu muy práctico, de carácter muy serio, de natural poco imaginativo, no por eso dejo de admirar al genial poeta de las extravagancias humanas». «La novela de Edgar Allan Poe no era más que una ficción, una obra surgida de la mente del más prodigioso escritor de América... ¿Y un hombre de buen sentido admitía tal ficción como una realidad?».

Aspectos formales

En realidad, no puede hablarse de que exista un solo narrador. Coexisten en el texto diversas «voces que relatan».

- Un narrador personaje, el señor Jeorling, que comparte los hechos, visualiza al resto de los personajes y describe paisajes y movimientos. Es un narrador acompañante.
- Un narrador omnisciente que actúa un poco a la sombra del anterior, delata las motivaciones de los personajes, nos muestra sus sentimientos y analiza los repliegues de su psicología. Es el narrador-Dios, típico de las novelas del siglo XIX.
- Otro narrador será directamente Jules Verne, que no sólo se hace presente a través de los dos anteriores, sino que con notas a pie de página retoma, sitúa y aclara diversas

circunstancias. Es el narrador vigilante.

El narrador

Es conveniente tener en cuenta esta multiplicidad del narrador, porque de su superposición depende el tono total de la novela. Eso explica, además, la aparente incongruencia narrativa de que los lectores se adelanten al narrador acompañante a la hora de aclarar algunas de las intrigas.

Estilo y lenguaje

El estilo no es precisamente uno de los elementos que más destaquen en Jules Verne. En sentido estricto puede afirmarse que no era un estilista. No se preocupaba por elaborar estéticamente su escritura. En las descripciones predominan la técnica enumerativa y detallista, cercanas a la de la prosa científica. Los diálogos son funcionales, bastante ágiles y en muchos casos teatrales.

Paradójicamente, el rasgo estilístico más característico sería la aparente ausencia de estilo, es decir la neutralidad, la grisura, la predecible adjetivación. En otras palabras, el carácter «prosaico» de su prosa. En *La esfinge de los hielos*, cosa curiosa, tan sólo merece destacarse un párrafo en el que se hace evidente una cierta «voluntad de estilo» y corresponde a una nota a pie de página: «Después, a través de las maravillas de morrenas y de piedras pómez, aquel misterioso personaje escaló los abruptos taludes de un pico, mitad pórfido, mitad basalto, en la punta del polo austral. Y en el instante en que el horizonte cortaba en dos el disco solar, tomó posesión de aquel continente en su propio nombre y desplegó un pabellón con la estameña bordada con una N de oro. Frente a él, en mar abierta, flotaba un navío, que se llamaba *Nautilus*, y cuyo capitán era el capitán Nemo».

El lenguaje, en coherencia con lo anterior, es muy plano, de escaso poder evocador a pesar de que los términos marinos conllevan una carga poética de gran capacidad sugestiva. Pero hasta

los nombres de las velas, por ejemplo, adquieren una tonalidad técnica que perjudica marcadamente su calidad literaria. Lenguaje correcto es el mejor, y peor, adjetivo con que puede ser definido.

*Valoración
final*

Decir que *La esfinge de los hielos* es una novela que se lee de un tirón y que entretiene (e ilustra) no será una sorpresa para nadie. Todas las novelas de Jules Verne contienen ambas virtudes. Si la primera obligación de todo autor es no aburrir, Verne no falta nunca a ese requisito. Inevitablemente, y aunque las comparaciones siempre son malas, en este caso son imprescindibles. Una novela que se monta como complemento o continuación de otra remite necesariamente a su mutuo contraste. Mientras que la novela de Poe, aun no siendo una de sus obras mayores, crea una atmósfera atrayente y misteriosa, la de Verne tan sólo alcanza a entretener. Poe escribe una novela que tiene algo de relámpago. Verne ve la misma historia a través de la discreta luz de un arco voltaico. En Poe hay iluminación, en Verne ilustración. No por ello *La esfinge de los hielos* deja de ser una novela muy estimable, que nos transporta gratamente a la nostalgia de un mundo en donde el hombre todavía parecía conocer sus metas.

Constantino Bértolo Cadenas

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin illustré d'éducation et de récréation*.

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	<i>Cinq semaines en ballon</i>	<i>Cinco semanas en globo</i> (s.a.)
1864	<i>Voyage au centre de la Terre</i>	<i>Viaje al centro de la Tierra</i> (1867)
1865	<i>De la Terre à la Lune</i>	<i>De la Tierra a la Luna</i> (1882)
1866	<i>Voyages et Aventures du capitaine Hatteras</i> (2 t.)*	<i>Aventuras del capitán Hatteras</i> (s.a.)
67/68	<i>Les Enfants du Capitaine Grant</i> (3t.)*	<i>Los hijos del capitán Grant</i> (s.a.)
69/70	<i>Vingt Mille Lieues sous les mers</i> (2 t.)*	<i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> (1868-70).
1870	<i>Autour de la Lune</i>	<i>Alrededor de la Luna</i> (1921)
1871	<i>Une Ville flottante</i>	<i>Una ciudad flotante</i> (1880)
1872	<i>Aventures de trois</i>	<i>Aventuras de tres</i>

	<i>Russes et de trois Anglais*</i>	<i>rusos y tres ingleses en el África Austral (1879)</i>
1873	<i>Le Tour du Monde en quatre-vingts jours</i>	<i>La vuelta al mundo en ochenta días</i> (1873)
1873	<i>Le pays des fourrures (2 t.)*</i>	<i>El país de las pieles (1873)</i>
1874	<i>Le Docteur Ox — Contiene además: Maître</i>	<i>El Doctor Ox —Contiene además: Maese</i>
	<i>Zacharius: Un drame dans les airs: Un hivernage dans les glaces: Les Forceurs de blocus</i>	<i>Zacarías: Un drama en los aires: Un invierno entre los hielos: Los forzadores del bloqueo</i> (1886)
1874	<i>L'Ile mystérieuse</i> (2 t.)*	<i>La isla misteriosa (1883)</i>
1875	<i>Le «Chancellor»</i>	<i>El «Chancellor»</i> (s.a.)
1876	<i>Un Drame au Mexique</i>	<i>Un drama en México (1879)</i>
1876	<i>Michel Strogoff</i> (2 t.)*	<i>Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk</i> (1876)
1877	<i>Les Indes Noires</i>	<i>Las Indias negras (1877)</i>
1877	<i>Hector Servadac</i> (2 t.)*	<i>Héctor Servadac (1877)</i>
1877	<i>Martin Paz**</i>	<i>Martín Paz</i> (1880)
1878	<i>Un capitaine de quinze ans</i> (2 t.)*	<i>Un capitán de quince años</i> (1878)
1878	<i>La Découverte de la Terre</i>	<i>Los descubrimientos del globo</i> (1879)
1879	<i>Les Grands Navigateurs du XVIII siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes navegantes del siglo XVIII</i> (1888)
1879	<i>Les Tribulations d'un Chinois en Chine</i>	<i>Las tribulaciones de un chino en China (s.a.)</i>
1879	<i>Les Cinq Cents Millions de la Bégum*</i>	<i>Los quinientos millones de la</i>

		<i>princesa</i> (1879)
1880	<i>Les Voyageurs du XIX siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes exploradores del siglo XIX</i> (1881)
1880	<i>La Maison à vapeur</i> (2 t.) [*]	<i>La casa de vapor</i> (1882)
80/81	<i>La Jangada</i> (2 t.)	<i>La Jangada</i> (s.a.)
1882	<i>Le Rayon vert</i>	<i>El rayo verde</i> (1884)
1882	<i>Dix Heures en Chasse</i>	<i>Diez horas de caza</i> (1888)
1882	<i>L'École des Robinsons</i> [*]	<i>Escuela de tos Robinsones</i> (1884)
1883	<i>Kéranban le Têtu</i> (2 t.) [*]	<i>Kerabán el testarudo</i> (s.a.)
1884	<i>L'Archipel en feu</i>	<i>El archipiélago de fuego</i> (s.a.)
1884	<i>L'Etoile du Sud</i> [*]	<i>La estrella del Sur</i> (1886)
1885	<i>Mathias Sandorf</i>	<i>Matías Sandorf</i> (1894)
1885	<i>L'Épave du «Cynthia»</i> (con André Laurie)	<i>El naufragio del «Cynthia»</i> (1887)
1886	<i>Robur-le-Conquérant</i>	<i>Robur el conquistador</i> (s.a.)
1886	<i>Un billet de loterie</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i>	<i>Un billete de lotería</i> — Contiene además: <i>Frritt-Flacc</i> (s.a.)
1887	<i>Nord contre Sud</i> (2 t.) [*]	<i>Norte contra Sur</i> (s.a.)
1887	<i>Le Chemin de France</i> —Contiene además: <i>Gil</i>	<i>El camino de Francia</i> —Contiene además: <i>Gil</i>
	<i>Braltar</i>	<i>Braltar</i> (s.a.)
1888	<i>Deux Ans de vacances</i> (2 t.) [*]	<i>Dos años de vacaciones</i> (1888)
88/89	<i>Famille-Sans-Nom</i> (2 t.)	<i>Familia sin nombre</i> (1889)
1889	<i>Sans Dessus Dessous</i>	<i>El secreto de Maston</i> (1967)
1890	<i>César Cascabel</i> (2 t.) [*]	<i>César Cascabel</i> (s.a.)
1891	<i>Mistress Branican</i> (2 t.) [*]	<i>Mistress Branican</i> (s.a.)

1892	<i>Le Château des Carpathes</i> *	<i>El castillo de los Cárpatos</i> (s.a.)
1893	<i>Claudius Bombarnac</i>	<i>Claudio Bombarnac</i> (1956)
1893	<i>P'tit Bonhomme</i> (2 t.)*	<i>Aventuras de un niño irlandés</i> (1894)
1894	<i>Mirifiques aventures de Maître Antifer</i> (2 t.)*	<i>Maravillosas aventuras de Antifer</i> (1895)
1895	<i>L'Ile à hélice</i> (2 t.)*	<i>La isla de hélice</i> (s.a.)
1896	<i>Face au drapeau</i> *	<i>Ante la bandera</i> (s.a.)
1896	<i>Clovis Dardentor</i> *	<i>Clovis Dardentor</i> (s.a.)
1897	<i>Le Sphinx des glaces</i> (2 t.)*	<i>La esfinge de los hielos</i> (s.a.)
1898	<i>Le Superbe Orénoque</i> (2 t.)*	<i>El soberbio Orinoco</i> (s.a.)
1899	<i>Le Testament d'un excentrique</i> (2 t.)*	<i>El testamento de un excéntrico</i> (s.a.)
1900	<i>Seconde Patrie</i> (2 t.)*	<i>Segunda patria</i> (s.a.)
1901	<i>Le Village aérien</i> *	<i>El pueblo aéreo</i> (s.a.)
1901	<i>Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin</i>	<i>Las historias de Juan María Cabidoulin</i> (1911)
1902	<i>Les Frères Kip</i> (2 t.)*	<i>Los hermanos Kip</i> (s.a.)
1903	<i>Bourse de voyage</i> (2 t.)*	<i>Beca de viaje</i>
1904	<i>Un drame en Livonie</i> *	<i>Un drama en Livonia</i> (1911)
1904	<i>Maître du Monde</i> *	<i>El dueño del mundo</i> (s.a.)
1905	<i>L'invasion de la mer</i> *	<i>La invasión del mar</i> (s.a.)
1905	<i>Le Phare du bout du monde</i> *	<i>El faro del fin del mundo</i> (s.a.)
1906	<i>Le Volcan d'or</i> (2 t.)	<i>El volcán de oro</i> (s.a.)
1907	<i>L'Agence Thompson and C°</i> (2 t.)	<i>La agencia Thompson y Cía</i> (1910)
1908	<i>La Chasse au météore</i>	<i>La caza del meteoro</i> (1910)

1908	<i>Le Pilote du Danube</i>	<i>El piloto del Danubio</i> (1910)
1909	<i>Les Naufragés du «Jonathan»</i> (2 t.)	<i>Los naufragos del «Jonathan»</i> (s.a.)
1910	<i>Le Secret de Wilhelm Storitz</i>	<i>El secreto de Wilhelm Storitz</i> (1958)
1910	<i>Hier et Demain —</i> Contiene: <i>La Famille Raton; M. RéDiéze et Mlle Mi-Bémol; La Destinée de Jean Morenas; Le Humbug Au XXIX A-siècle; La Journée d'un journaliste américain en 2889; L'Étemel Adam</i>	<i>Ayer y mañana —</i> Contiene: <i>La familia Ratón; El Señor Resostenido y la Señorita Mi-Bemol; El destino de Jean Morenas; El Humbug; Siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889; El eterno Adán</i>
1919	<i>L'Étonnante Aventure de la mission Barsac</i>	<i>La impresionante aventura de la misión Barsac</i> (s.a.).
Ensayos		
1863	<i>A Propos du «Géant»</i>	<i>A propósito del «Gigante»</i>
1864	<i>Edgar Poe et ses œuvres</i>	<i>Edgar Poe y sus obras</i>
1864	<i>Le Comte de Chanteleine</i>	<i>El Conde de Chanteleine</i> (1884)
1879	<i>Les Révoltés de «La Bounty»</i>	<i>Los amotinados de «La Bounty»</i> (1879)

Teatro (no representado)

1847	<i>Alexandre VI</i> 1850 (tragedia en verso)
47/48	<i>La Conspiration</i> 1853

Teatro (representado)

<i>Les Pailles rompues</i> (en verso)
<i>Le Colin-</i>

	<i>des poudres</i> (tragedia en verso)		<i>Maillard</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Une promenade en mer</i> (vodevil)	1855	<i>Les Compagnons de la Marjolaine</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Le Quart d'heure de Rabelais</i> (comedia en verso)	1858	<i>Monsieur de Chimpanzé</i> (opereta. Verne- Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Un drame sous Louis XV</i> (también titulada <i>Un drame sous la Régence</i>) (tragedia en verso)	1860	<i>L'Auberge des Atdennes</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Abdallah</i> (vodevil)	1861	<i>Onze Jours de siège</i> (comedia Verne-Wallut)
1850	<i>La Cuimard</i> (comedia)	1873	<i>Un neveu d'Amérique ou Les Deux Frontignac</i> (comedia)
1850	<i>Quiridine et Quidineri</i> (en verso)	1874	<i>Le Tour du monde en 80 jours</i> (Verne- d'Ennery. Música: Debillemont)
1851	<i>Les Savants</i> (comedia en verso)	1877	<i>Le Docteur Ox</i> (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J. Offenbach)
1851	<i>De Charybde en Scylla</i> (comedia en verso)	1878	<i>Les Enfants du capitaine Grant</i> (Verne-d'Ennery.

51/53

Léonard de Vinci —también
titulada *La*

1880

Joconde y Monna Lisa—
(comedia en verso)

1852

Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse (comedia
de Verne y Pitre
Chevalier)

1882

1852

La Tour de Montlhéry (drama
de Verne y Charles
Wallut)

1883

1853

Un fils adoptif (comedia Verne-
Wallut)

1887

1854

Guerre aux Tyrans (comedia
en verso)

1855

Les Heureux du jour (en verso)

1856

Au bord de l'Adour (comedia)

1857

Les Sabines
(opereta. Verne-
Wallut)

Música:
Debillemont)

Michel Strogoff
(Verne-d'Ennery)

Voyage à travers l'impossible
(Verne-d'Ennery)

Kéraban le Têtu

Mathias Sandorf
(drama. Verne-
Busnach-Maurens)



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] En contra de lo que dice Verne, Cook llegó a las Kerguelen, a las que en efecto llamó Desolación, en 1776. James Cook (1728-1779), navegante inglés que realizó tres viajes de circunnavegación al globo terráqueo. Al mando del *Resolution* alcanzó los 71° 10' de latitud sur a 106° 54' de longitud oeste. Para situar debidamente las referencias geográficas consúltese el mapa de la pág. 356, pero téngase en cuenta que en las fechas en que Verne escribió la obra no se conocía demasiado bien la configuración de la Antártida, por lo que ese mapa no refleja con exactitud la realidad, lo que, por otro lado, permitió a Verne crear la ficción que relata. < <

[2] Yves Joseph de Kerguelen de Trémarec (1734-1797), marino francés, descubrió y bautizó las islas de la Fortuna y de Kerguelen. Escribió una Relación de los viajes por los mares australes y las Indias, realizados desde 1771 hasta 1774. < <

[3] La superficie exacta de la isla Kerguelen, principal del archipiélago, es de 3.600 kilómetros cuadrados. < <

[4] Se trata de la Pringea antiescorbútica. < <

[5] «Lugar donde anidan los pingüinos y procrean los albatros». (En inglés en el original). < <

[6] Son dos especies distintas de focas, ya que elefante marino es precisamente el nombre que se da a la foca elefante. < <

[7] El autor emplea aquí el término *maître* (maître Atkins), que puede traducirse por «maestro», «profesor», «maese», «dueño», «amo»... Aunque maese ya no es un término muy corriente en nuestra literatura del siglo XIX, lo hemos estimado preferible a cualquiera de los otros. En todo caso tenemos un ejemplo en la archiconocida leyenda de Bécquer *Maese Pérez el organista*. < <

[8] Yacimientos de turba. < <

[9] Posiblemente se refiera a una bricbarca o quizá a una goleta, ya que desde mediados del siglo XIX se empezaron a construir de tres palos. < <

[10] «Buques de vapor». (En inglés en el original). < <

[11] Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor y poeta norteamericano, autor de *La narración de Arthur Gordon Pym*, (publicada en esta misma colección), de la que *La esfinge de los hielos* es una continuación, como homenaje de admiración de Verne a Poe. < <

[12] Antigua unidad de peso usada en China e Indochina, equivalente a 60,4 kilogramos. < <

[13] Antigua moneda inglesa equivalente a poco más de una libra.

< <

[14] Través de un barco: línea imaginaria perpendicular a la quilla; dirección que sigue esa línea. < <

[15] Chaler Wilkes (1798-1877), oficial de marina norteamericano, dirigió una expedición al Pacífico sur (1838-1842), en la que descubrió las costas antárticas que llevan su nombre. < <

[16] Banquisa, o banco de hielo, es una zona que rodea la Antártida, en la que se produce la mayor parte de los icebergs y bloques de hielo. < <

[17] Fabian Gottlieb von *Bellingshausen* (1778-1852), vicealmirante ruso que descubrió las islas de Pedro I y Alejandro I; a bordo del *Vostok*, acompañado del *Mirni*, mandado por M. P. Lazarev, fue el primero en circunnavegar la Antártida, completándola el 2 de enero de 1821. Johann George Adam Forster (1754-1/98), explorador alemán que acompañó al capitán Cook en su segundo viaje de circunnavegación del globo. John *Biscoe*, ballenero inglés a las órdenes de los hermanos Enderby, el cual descubrió en 1831 la Tierra de Enderby y en 1822 la Tierra de Graham y la isla de Biscoe. Benjamín *Morrell* (1795-1839), navegante norteamericano, que en 1823 superó la banquisa, cruzando el círculo polar antártico. Peter *Kemp*, ballenero inglés a las órdenes de los hermanos Enderby, que en 1833 descubrió la tierra que lleva su nombre. John *Balleny*, navegante inglés, que descubrió en 1839 el archipiélago que lleva su nombre y la Tierra Sabrina. < <

[18] Arthur G. Pym es el protagonista de la ya mencionada *La narración...*, de E. A. Poe. < <

[19] «Pichones blancos». (En inglés en el original). Es un ave palmípeda que vive en las islas del Antártico; vuela mal, pero nada excelentemente. < <

[20] «Para sí». (En italiano en el original). < <

[21] No es exacta la afirmación. Poe vivía en Nueva York cuando se publicó *La narración...* (1838), aunque en ese mismo año se trasladó a Filadelfia. < <

[22] El capitán debería haber dicho «en el último viaje...», es decir, en este mismo, ya que el inicio de la narración se sitúa, como ya hemos visto, en 1839, y el capitán nos ha dicho anteriormente que tuvo conocimiento de la obra de Poe cuando ésta se publicó en 1838; pero, si tenemos en cuenta que en el prólogo de *La narración...*, fechado en julio de 1838, se nos advierte que la mayor parte está aún inédita, difícilmente podría haber encontrado la botella en «uno de sus últimos viajes...». < <

[23] Efectivamente, el capitán de la goleta que recoge a Gordon Pym y a Dirk Peters, la *Jane* Guy, se llama William Guy y procede de Liverpool, lo mismo que la *Halbrane* y su capitán. < <

[24] Aunque iniciada su publicación por capítulos en el *Southern Literary Messenger* de Richmond, la obra completa, titulada *La narración de Arthur Gordon Pym*, fue publicada en Nueva York en 1838 por Harper. < <

[25] Linterna cuya bujía va tapada, y sólo alumbra a voluntad del portador. < <

[26] Realmente eran cuarenta. < <

[27] Arponero en La narración... < <

[28] Verne parece pretender aquí que la existencia de las islas Auroras es una fábula. Sin embargo, y pese a que su posición no está bien determinada, pensándose incluso que pueda tratarse de las Shetlands del Sur, o de la isla de Biscoe, de lo que no cabe duda alguna es de que fueron visitadas en 1762 por el buque español *Aurora* (de ahí su nombre), y posteriormente, en 1794, por la fragata española *Atrevida*. (Véase, al respecto, la nota de Poe en el cap. 15 de *La narración*. < <

[29] La escala Fahrenheit consta de 180 grados, desde 32 hasta 212, que equivalen a 0 y 100 de la escala centígrada. < <

[30] James Weddell (1787-1834), marino británico. En 1822 realizó una expedición a los mares australes, descubriendo las Orcadas del Sur (1823) y un mar libre de hielo, que hoy lleva su nombre. < <

[31] En *La narración...*, 19 de enero. < <

[32] Es el nombre que Poe le da en su novela. Se trata de la *Holoturia edulis*, también llamada cohombro de mar. El cohombro de mar y otros afines son objeto de pesca para elaborar con ello un alimento seco y curado, conocido por *trepang* en las islas del Pacífico, que es muy apreciado como golosina entre los orientales.

< <

[33] «Cuchillo de monte», «machete». (En inglés en el original). < <

[34] Lapsus del autor, quien anteriormente nos dice que ése es el tiempo que la *Jane* tardó en ir desde las islas Kerguelen a Tristan d'Acunha, que es como se indica en *La narración*... < <

[35] Manchas producidas por la fiebre en los tísicos. < <

[36] Jonathan Lambled se proclamó a sí mismo rey de las islas. En 1817 un destacamento inglés tomó posesión de ellas, aunque más tarde las abandonaron. < <

[37] Arbusto de la familia de las ramnáceas, de unos dos metros de altura (en contra de lo que dice Verne: 20 pies, más o menos seis metros), cuyo fruto es una drupa pequeña, negra y jugosa. < <

[38] Existe una cuarta isla, denominada Gough, cuya extensión es similar a Tristan d'Acunha. < <

[39] Tristan da Cucha, o d'Acunha (1460-1540), navegante portugués, que descubrió también las costas de Somalia, y la isla Socotora en el Índico. Las islas que llevan su nombre fueron descubiertas en 1506. < <

[40] En *La narración...* se dice que cuando la *Jane* arribó a Tristan d'Acunha, vivían allí 56 personas. Es de suponer que once años más tarde la población sería mayor, por lo que Verne se habría limitado a copiar la cifra dada por Poe. < <

[41] Las ballenas. < <

[42] Lapsus del autor. Glass, personaje real, gobernó patriarcalmente la isla de Tristan d'Acunha hasta 1853, año de su muerte. Cuando las tropas, con las que había llegado en 1816, abandonaron las islas en noviembre en 1817, Glass obtuvo el permiso para quedarse con su mujer e hijos. Por tanto Glass vivía en Tristan d'Acunha desde doce años antes de que la *Jane* recalara en esas aguas. < <

[43] Tobías Furneaux (1735-1781), marino británico, lugarteniente de Cook, descubrió las islas que llevan su nombre en el estrecho de Bass, en Australia. < <

[44] A $66^{\circ} 32' 3''$. (Nota del autor). < <

[45] Adam Ivan Krusenstern (1770-1846), almirante ruso que capitaneó la primera expedición de su país al Pacífico sur y circunnavegó el globo. Iba acompañado por el capitán Lisianski (o Lisiansky), cuyo nombre dieron a una isla del archipiélago de las Hawaii. < <

[46] Edward *Bransfield* (no Barnesfield) (1795-1852), marino británico que fue el primero en levantar cartas geográficas de una porción del continente antártico. William *Smith* (1764-1840), acompañó a Bransfield como piloto del *Williams*, descubriendo las Shetland del Sur en 1819. Nathaniel B. *Palmer* (1799-1877), marino norteamericano que en 1820 descubrió el territorio que lleva su nombre, siendo el primero que vio el continente antártico, aunque no desembarcó en él. < <

[47] Se trata de la llamada península antártica, situada frente a las costas de la Tierra del Fuego. < <

[48] El piloto español Esteban Gómez, de la nave *San Antonio*, descubrió en 1520 o 1521 un grupo de islas cerca de los 53° de latitud sur, que fueron consignadas en el llamado *mapa de Reinel* (que se conserva en la Landsbibliothek de la ciudad alemana de Weimar, y está fechado en 1521) como islas Sansón y Patos; en el *Yslario de Santa Cruz*, de 1541 (cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid), aparecen igualmente las islas Sansón. Sucesivamente fueron redescubiertas por los españoles Loayza, en 1526, Alcazaba, en 1534, y Camargo, en 1539. En 1600, el holandés Sebald de Weert trazó sus coordenadas geográficas. Posteriormente, en 1763, el francés Bougainville, como indica más adelante Verne, se estableció en ellas con varios oriundos de Saint-Malo, quienes les dieron el nombre de «liles des Malouines», de donde se deriva, por corrupción, el castellano Malvinas. En 1766, los ingleses se establecieron en Port Egmont, siendo expulsados por los españoles en 1770, aunque retornaron en 1771, merced a un acuerdo firmado entre España e Inglaterra, mediante el cual ésta se comprometía a retirarse, cosa que hizo en 1774, continuando las islas bajo dominio español. En 1810, los argentinos, que habían obtenido su independencia, colonizaron nuevamente las islas, hasta que en 1833 son atacados y derrotados por los ingleses, «esos asombrosos acaparadores», como dice Verne más adelante, quienes se apoderan de las Malvinas, a la que ellos llaman Falklands, nombre dado en 1690 por el inglés John Strong al estrecho que separa ambas islas, y que extendieron a todo el archipiélago. < <

[49] Louis Antoine, conde Bougainville (1729-1811), navegante francés. Después de fundar la colonia francesa en las Malvinas, realizó un viaje de circunnavegación (1766 a 1769) en el que descubrió numerosos archipiélagos de Polinesia, una de cuyas islas lleva su nombre. < <

[50] John Byron (1723-1786), navegante británico, realizó diversas exploraciones por la zona meridional de América (1764 a 1766) y por la Polinesia, donde descubrió nuevas tierras. < <

[51] Port Egmont es en realidad una colonia establecida en la isla occidental, como más adelante confirma el mismo Verne. < <

[52] En 1493, dos bulas del papa Alejandro VI autorizaron a España y Portugal a repartirse los territorios descubiertos al oeste y este, respectivamente, de una divisoria norte-sur situada «a 100 leguas de las islas de Cabo Verde». Francia, que había firmado con España un pacto de familia contra Inglaterra (París, 15 de agosto de 1761), le cedió las islas en 1766, fundándose en 1767 Puerto Soledad en la antigua colonia francesa. < <

[53] «Cuando entregué el establecimiento a los españoles..., todos los gastos ascendían a 603.000 libras. Al reconocer Francia el derecho de nuestros vecinos, el Rey de España... no debía ningún reembolso por estos gastos...», escribe Bougainville en su libro *Viaje alrededor del mundo*, publicado en 1771. < <

[54] Gran Malvina. < <

[55] El domino de Arnheim, o el jardín paisaje, de Edgar Allan Poe.

< <

[56] Elisée Reclus (1830-1905), geógrafo francés, viajó por América y Europa, y publicó *La tierra, descripción de los fenómenos de la vida del globo* (1867 y 1868) y una *Geografía universal* (1875 a 1894). < <

[57] *Odín* es el primero de los Ases, los dioses de la mitología escandinava; es el dios de la guerra, de la sabiduría y de la poesía. Las *valquirias* son las divinidades encargadas de ayudar a los guerreros en las batallas, y de conducirlos, si mueren, al paraíso a presencia de Odín. < <

[58] «Campos de hielo». (En inglés en el original). < <

[59] Error de Verne. La Gran Malvina (West-Falkland) tiene una superficie de 4.352 km, mientras que Soledad tiene 6.306 km².

< <

[60] Se trata del *Canis antarticus* de Darwin, especie ya extinguida.

< <

[61] «Mata de hierba». (En inglés en el original). < <

[62] Georgias del Sur. < <

[63] Evidente lapsus de Verne, que dice Biscoe en lugar de Weddell.

< <

[64] Fue, asimismo, en las Malvinas, y, precisamente, en la bahía Soledad, donde en 1838 Dumont D'Urville, comandante del *Astrolabe*, citó a su conserva, el *Zélée*, para el caso en que ambas corbetas se hubiesen visto separadas, ya fuese por el mal tiempo, ya por los hielos. Aquella expedición de 1837, 1838, 1839 y 1840, después de llevar a cabo una navegación de lo más peligrosa, condujo a la determinación de ciento veinte millas de costa desconocida entre los paralelos 63 y 64 sur, y entre los meridianos 58 y 62 al oeste de París, a las que pusieron el nombre de Tierra de Luis Felipe y de Joinville. De la expedición de 1840, que los llevó en enero, al extremo opuesto del continente polar —si es que existe un continente polar—, resultó que a los 63° 3' sur y a los 123° 21' de longitud oeste descubrieron la Tierra de Adelaida, y, después, entre los 64° 30' sur, y los 129° 54' de longitud este, las de la costa Clarie. Pero, en el momento en que abandonó las Malvinas, el señor Jeorling no podía tener conocimiento de aquellos hechos geográficos de tanta importancia. Añadiremos que, desde esta época, se llevaron a cabo otras tantas tentativas para alcanzar las latitudes de la mar antártica. Hay que citar, aparte de James Ross, a un joven marinero noruego, M. Borchgrevinch, que llegó más allá que el navegante inglés, y, después, el viaje del capitán Larsen, comandante de la ballenera noruega *Jason*, quien, en 1893, encontró la mar libre al sur de las Tierras de Joinville y de Luis Felipe, y que se remontó hasta el paralelo 68. (*Nota del autor*).

[Jules *Dumont d'Urville* (1790-1842), navegante francés, que realizó varias expediciones a los mares del Sur, en una de las cuales, como indica Verne, alcanzó y bordeó la Antártida. James Clark *Ross* (1800-1862), explorador escocés, realizó cuatro viajes al Ártico (1819 a 1827) y uno al Antártico (1839-1843), donde descubrió el mar y la isla que llevan su nombre]. < <

[65] «Adelante». (En inglés en el original). < <

[66] Lapsus del autor, pues todavía no tenía conocimiento el señor Jeorling de la existencia de esfinge alguna. < <

[67] El autor hace aquí un juego de palabras al emplear el término *latitude*, que se puede traducir como «mano libre», «libertad para actuar», pero también por «latitud», con lo que la frase sería: «Latitud (mano libre, por el contexto del párrafo anterior) que se obtiene tomando la altura del ojo con el puño cerrado». < <

[68] «Lejano oeste». (En inglés en el original). < <

[69] Regiones inglesas. < <

[70] «Familias», «bandadas». (En inglés en el original). < <

[71] «Maestro arponero». (En inglés en el original). < <

[72] «Ballena de aleta». (En inglés en el original). < <

[73] «Ballena lisa o de joroba». (En inglés en el original). < <

[74] Contrariamente a lo que dice el autor, no se trata de agua, sino de vapor de agua condensado, lo que las ballenas expulsan por sus orificios nasales. < <

[75] En inglés en el original. < <

[76] El autor se refiere al *krill*, camarón rojizo y casi microscópico que abunda en el Antártico. < <

[77] Ballenas que viven en los mares boreales. < <

[78] El quebrantahuesos (*Gypaetus barbatus*) es un accipitre, de la familia de las falcónidas; es la mayor de las rapaces europeas, de plumaje pardo oscuro, no encontrándose más que en las altas montañas españolas. < <

[79] El autor se refiere al poema *El cuervo*, de Edgar Allan Poe. < <

[80] Nueva referencia al poema *El cuervo*. < <

[81] Distintas formaciones de las masas de hielo flotantes. (En inglés en el original). < <

[82] En inglés en el original. < <

[83] «Pronosticador del tiempo», «meteorólogo». (En inglés en el original). < <

[84] Nuevos nombres de distintas formaciones de las masas de hielo.
(En inglés en el original). < <

[85] «Destello», «reflejo», «guiño». (En inglés en el original). < <

[86] En ningún momento Arthur Gordon Pym hace una descripción tan detallada. < <

[87] Localidad francesa perteneciente al departamento de Morbihan, situada al norte de la bahía de Quiberon, cerca de la cual se encuentran las famosas alineaciones de monumentos megalíticos (menhires, dólmenes, túmulos). Los tres principales conjuntos de Carnac suman más de 2.500 menhires. < <

[88] Las producidas por la conjunción u oposición de la Luna con el Sol. < <

[89] *Hummocks*: «montecillos». *Calfs*: «masas de hielo». (En inglés en el original). < <

[90] Ya sabemos que las referencias geográficas no pueden ser muy precisas, debido a que la Antártida estaba por explorar plenamente en la época en la que Verne escribió la obra. < <

[91] Aunque Verne dice la *Halbrane*, se refiere a la *Jane*. < <

[92] A mediodía, dice *La narración...* < <

[93] Se refiere a China, a la que se llama así porque, según su mitología, sus emperadores son descendientes directos de los dioses, ya que el primero era hijo del dios Shang-ti, señor del Cielo, y de quien emana toda autoridad. < <

[94] Precisamente se supone que esos nidos están fabricados con una sustancia que las golondrinas extraen de las *biches de mer*. < <

[95] James Fenimore Cooper (1789-1851), escritor norteamericano, autor de *El último mohicano*, donde aparecen estos personajes.

< <

[96] Fuerzas del interior de la Tierra, a las que, según el plutonismo, debe ésta su formación, y de las que son consecuencia los volcanes.

< <

[97] Lapsus del autor, quien no tiene en cuenta que la Tierra Victoria no fue descubierta hasta 1841 por James Ross. < <

[98] En efecto, Tigre desaparece del relato de Gordon Pym, sin más explicaciones, después de apoderarse del *Grampus*. < <

[99] En *La narración...* se dice que el grupo lo formarán treinta y dos hombres; así pues, serían sólo veintiocho los compañeros. < <

[100] Se refiere sin duda a las grandes llanuras norteamericanas, de donde, según dice más adelante, tanto él como Dirk Peters proceden. < <

[101] En *La narración*... se dice que sólo su madre era de la tribu de los upsarokas, y su padre blanco, aunque él tenga rasgos de indio. Repetidas veces, además, a lo largo de este relato se le denomina «el mestizo». < <

[102] Aunque Peters hace esta afirmación, lo cierto es que en ningún momento anteriormente ha dicho nada que permita al capitán hacerle la pregunta en esos términos, ni tampoco se hace en *La narración...* de Poe, como más adelante reconoce Verne por boca de Jem West. < <

[103] Los osos polares, que como sabemos pertenecen a la fauna ártica. < <

[104] Lapsus del autor, puesto que los tripulantes de la *Halbrane* y, por tanto, el señor Jeorling, al no haber encontrado todavía a los náufragos de la *Jane*, no saben cómo abandonaron éstos Tsalal, aunque es fácil suponer que fuera en una canoa, únicas embarcaciones que quedaban en la isla después de la destrucción de la goleta. < <

[105] James Weddel, en 1823, sólo alcanzó el grado 75 aproximadamente, donde todavía existe mar libre, dada la configuración de la Antártida por la parte por la que se acercó.

< <

[106] Lapsus del autor. Los cuatrocientos dólares que recibirá cada hombre no lo serán por cada grado avanzado hacia el sur, sino, cómo hemos visto, en caso de que la travesía les hiciese llegar hasta el polo. Por otra parte, dice «a bordo de la *Jane*» cuando debería decir «a bordo de la *Halbrane*». < <

[107] En *La narración...* nunca se dice que el nombre de Parker fuera supuesto. < <

[108] Quizá la edición que conociera Verne tenía puestos títulos en los capítulos, pero la edición original publicada en 1838 sólo lleva los números de cada uno de ellos. < <

[109] Como ya hemos visto, Verne comete a veces el lapsus de hacer afirmaciones que, en ese momento, no están comprobadas, como en este caso, en que el capitán ignora en qué condiciones se libraron los supervivientes de la avalancha de la colina de Klock-Klock, ni de qué medios dispusieron para su defensa y supervivencia posterior.

< <

[110] Cada una de las 32 direcciones señaladas en la «rosa náutica» o de los vientos. < <

[111] Grupo de cuatro estrellas que semejan una cruz, situadas en el hemisferio austral, aunque no exactamente sobre el eje polar. < <

[112] Se refiere a la esfinge de Tebas, de la mitología griega, que tenía cabeza de mujer, cuerpo de león y garras de león, quien proponía un enigma a todos los que pasaban por su lado, enigma que fue resuelto por Edipo, arrojándose la esfinge al mar. < <

[113] «Escarcha helada». (En inglés en el original). < <

[114] Lapsus del autor, ya que desde la partida de las Kerguelen, el 15 de agosto, hasta finales de enero, tan sólo han transcurrido cinco meses y medio. < <

[115] Matthew Fontaine Maury (1806-1873), oceanógrafo norteamericano. < <

[116] Lapsus de Verne, ya que un objeto que se desplaza en dirección sudeste nunca podrá embestir contra otro fijo por su flanco este, sino más bien por el flanco noroeste. < <

[117] Según esta curiosa teoría, errónea como ya sabemos, está realizado el mapa que Verne nos ofrece de la zona. < <

[118] El polo sur. < <

[119] Cuando el iceberg quedó encallado, estaba situado a $39^{\circ} 12'$ de longitud oeste; por tanto, es imposible que pueda haber derivado más de 28° al oeste del punto de partida, teniendo en cuenta que siempre ha llevado rumbo sudeste. < <

[120] Lapsus del autor, ya que, anteriormente, se nos dice que varias fechas antes Martin Holt había preguntado al mestizo por su hermano Ned. < <

[121] Segundo mes del calendario que se estableció con la Revolución francesa, y segundo del otoño (22 de octubre-20 de noviembre). < <

[122] Veintiocho años más tarde, lo que el señor Jeorling no pudo ni siquiera entrever, otro llegó a verlo, otro puso el pie sobre aquel punto del globo, el 21 de marzo de 1868. La estación se adelantó en más de siete semanas, y las huellas del invierno austral ya se hacían sentir sobre aquellas desoladas regiones que seis meses de tinieblas iban muy pronto a recubrir. Pero aquello le importaba muy poco al extraordinario navegante cuyo recuerdo rememoramos. Con su maravilloso aparato submarino, podía desafiar al frío y las tempestades. Después de haber franqueado la banquisa, pasó bajo el caparazón helado del océano Antártico, y pudo remontarse hasta el nonagésimo grado. Allí, su chalupa lo depositó sobre un suelo volcánico, tapizado de restos de basalto, de escorias, de cenizas, de lavas y de rocas negruzcas. Por la superficie de aquel litoral pululaban los anfibios, las focas y las morsas. Sobre él volaban innumerables bandadas de zancudas, de palomas antárticas, de alciones y de petreles gigantescos, mientras que los pingüinos se alineaban, inmóviles. Después, a través de las maravillas de morrenas y de piedras pómez, aquel misterioso personaje escaló los abruptos taludes de un pico, mitad pórvido mitad basalto, en la punta del polo austral. Y, en el instante en que el horizonte cortaba en dos el disco solar, tomó posesión de aquel continente en su propio nombre y desplegó un pabellón con la estameña bordada con una N de oro. Frente a él, en mar abierta, flotaba un navío que se llamaba *Nautilus*, y cuyo capitán era el capitán Nemo. (*Nota del autor*).

[Como es fácil adivinar, se está refiriendo a *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y a sus protagonistas, el capitán Nemo y el submarino *Nautilus*]. < <

[123] Ciertamente, desde el polo sur, todos los rumbos se dirigen al norte. < <

[124] Nuevo lapsus del autor, ya que el señor Jeorling no tiene todavía elementos suficientes para poder afirmar que William Guy y sus compañeros abandonaron Tsalal al principio de la buena estación. < <

[125] Las corrientes sólo podían ser del sudeste después de cruzar el polo, antes de cruzarlo serían del noroeste. Las brisas, en cambio, nunca podrían ser del nordeste: antes de cruzar el polo, eran del noroeste, puesto que los llevaba rumbo sudeste, después de cruzarlo, sólo podrían ser del sudeste o del sudoeste. < <

[126] La hipótesis no es tan descabellada para Verne, si tenemos en cuenta que Patterson fue encontrado en un iceberg cerca de Tristan d'Acunha, en el Atlántico. < <

[127] *Salpa*: pez acantopterigio que abunda en el Mediterráneo.

Laminaria y *fuco*: dos especies de algas. < <

[128] Se refiere al archipiélago de Colón, o islas de los Galápagos, situadas en el Pacífico, a más de mil kilómetros del Ecuador, al que pertenecen, cruzándolas por su parte norte el ecuador terrestre. En ellas encontraron los españoles la especie de tortuga a la que dieron ese nombre. < <

[129] Lapsus del autor, que antes nos ha dicho que ocurrió el primero de febrero. < <

[130] Anteriormente se nos dijo que eran setenta las piraguas, que es la cifra dada por Poe en *La narración*... < <

[131] Nuevo lapsus; antes de que William Guy iniciase su relato, se le puso al corriente de todas las vicisitudes de la *Halbrane*, y, entre otras, del encuentro del cadáver de Patterson. < <

[132] Más adelante se dice que la velocidad media de la *Paracuta* es de 30 millas diarias, poco más de una por hora, por lo que difícilmente podría recorrer en una hora, desde las seis a las siete, las cinco millas que señala el autor. < <

[133] Los círculos polares se hallan situados, exactamente, en los paralelos $66^{\circ} 30'$ norte y sur, respectivamente. < <

[134] Barrio de Londres donde se encuentra situado el observatorio de su nombre. A partir de su meridiano se cuentan las longitudes terrestres y los husos horarios. < <

[135] Todas ellas se encuentran en el Atlántico sur, en longitudes oeste, mientras que la dirección que llevan les conduce al Pacífico, longitudes este. De poder seguir ese rumbo sin desviarse, llegarían a Australia o Nueva Zelanda, como ya comentaron el señor Jeorling y el *bosseman* anteriormente, y repite Verne más adelante. < <

[136] Según Hansteen, los cálculos sitúan el polo magnético austral en los $128^{\circ} 30'$ de longitud este y $69^{\circ} 17'$ de latitud. Según los trabajos de Vincendon Dumoulin y Coupvent Debois, con ocasión del viaje de Dumont D'Urville a bordo del *Astrolabe* y del *Zélé*, Duperrey dio $136^{\circ} 15'$ para la longitud y $76^{\circ} 30'$ para la latitud. Es cierto que, recientemente, nuevos cálculos han establecido que dicho punto debería encontrarse a $106^{\circ} 16'$ de longitud este y $72^{\circ} 20'$ de latitud sur. Como vemos, los hidrógrafos todavía no han acabado de ponerse de acuerdo sobre este tema, al igual que ocurre con el polo magnético boreal. (*Nota del autor*).

[Christopher *Hansteen* (1784-1873), astrónomo y geógrafo noruego, conocido por sus trabajos sobre el magnetismo terrestre. Louis Isidore *Duperrey* (1786-1865), marino e hidrógrafo francés, realizó diversas expediciones al Pacífico y un viaje de circunnavegación del globo]. < <

[137] Teniendo en cuenta que un minuto equivale a una milla, estarían a más de quinientas millas. < <

[138] Expresión latina que significa que las observaciones se han realizado en el lugar de los hechos, es decir, en el sitio. < <

[139] Eso fue, precisamente, lo que sucedió: el teniente James Wilkes, después de haberse visto obligado a retroceder trece veces, pudo conducir al *Vincennes* hasta los 56° 17' de latitud y los 105° 20' de longitud este. (*Nota del autor*). < <

[140] Lapsus del autor, puesto que la tripulación de la *Halbrane*, contando al señor Jeorling, era de 33 hombres (los doce de origen, diecinueve enrolados en las Malvinas, Jeorling y Dirk Peters). Por tanto entre ambas goletas sumaban 71 hombres, y no 70, como se afirma aquí y en el título del capítulo. < <

[141] Nombre que antiguamente se daba a Australia, y que Verne es la primera vez que utiliza en la obra, ya que anteriormente usa en varias ocasiones el de Australia. < <

[142] Probablemente quiere referirse a la Costa Sabrina. < <

[143] Publicada en esta Colección. < <

[144] Publicado en esta Colección. < <

[145] A excepción de *Los hijos del capitán Grant*, publicadas en esta Colección. < <